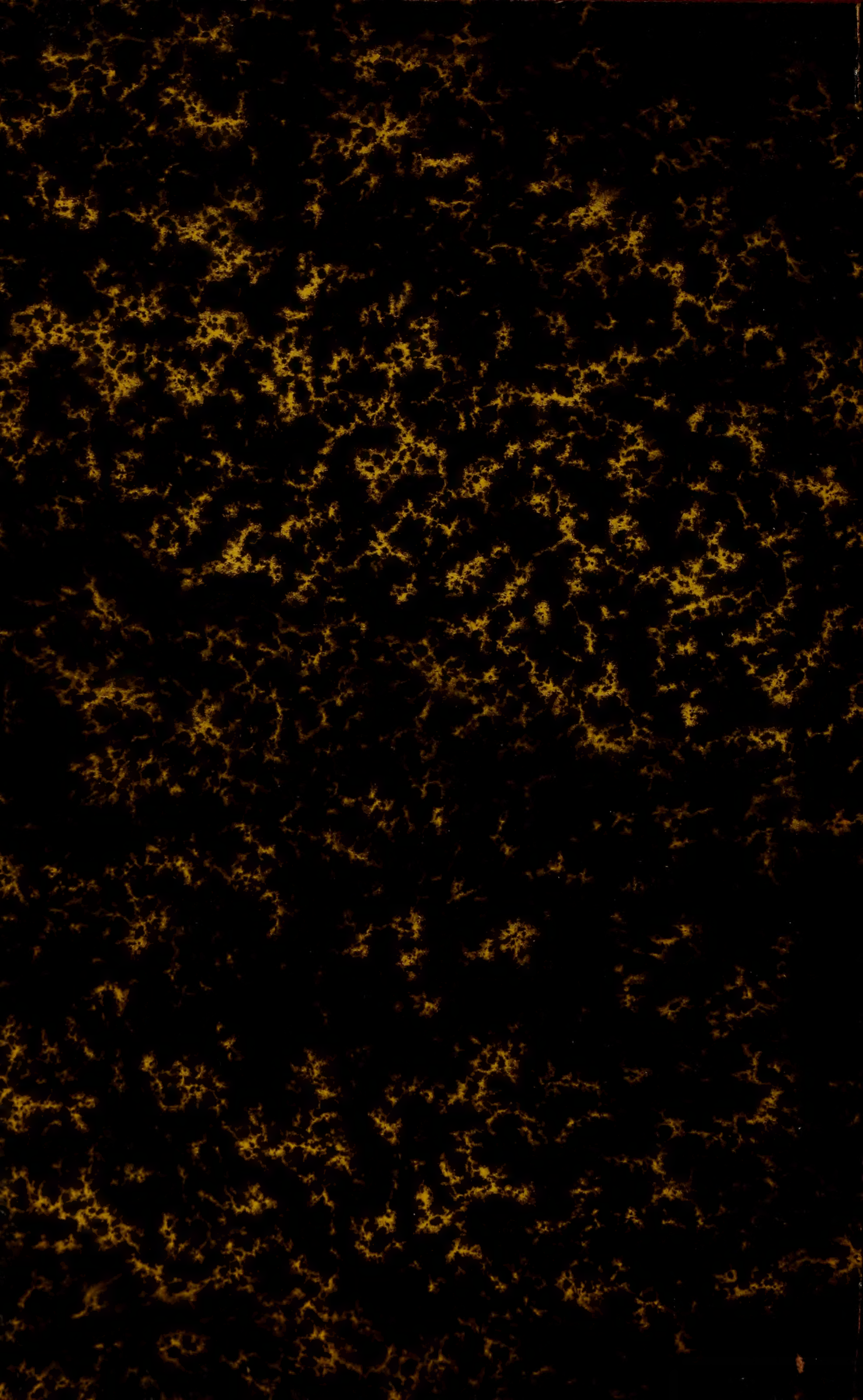


VICTOR BALAGUER

HISTORIA DE CATALUÑA







OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

TOMO XIX DE LA COLECCIÓN

Y UNDÉCIMO DE LA HISTORIA DE CATALUÑA

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Ultimas poesías.*)—Un tomo, que forma el I de la colección, 6 pesetas.

TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Llivia.—La última hora de Cristóbal Colón.—Los esponsales de la muerta.—El guante del degollado.—El conde de Foix.—Rayo de luna.*)—Un tomo (II de la colección), 8 pesetas.

LOS TROVADORES. *Su historia literaria y política.*—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección), 30 pesetas.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS. (*Discursos y dictámenes leídos en las Academias y en los Juegos Florales.—La corte literaria de Alfonso de Aragón.—Un ministerio de Instrucción pública.—Fundación de la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.—Cartas literarias.—El poeta Cabanyes.—Ideas y apuntes*, etc., etc.)—Un tomo (VII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.—Un tomo (el VIII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

HISTORIA DE CATALUÑA.—Tomos primero á décimo de esta obra, y IX á XVIII de la colección, á 10 pesetas cada uno, 100 pesetas.

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

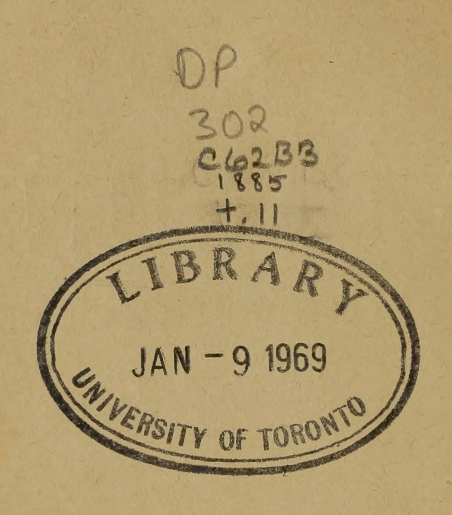
HISTORIA

DE

CATALUÑA

TOMO UNDÉCIMO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1887


DP
302
C62B3
1885
t. 11
LIBRARY
JAN - 9 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

HISTORIA DE CATALUÑA

LA HERÓICA PUIGCERDÁ

LA HERÓICA PUIGCERDÁ.

I.

Vamos á decir en este escrito cómo ha conquistado la villa de Puigcerdá el blasón de *heróica*, no pudiendo menos de hacer observar preventivamente que este título se le dió hace pocos años, con motivo del sitio que sostuvo contra los carlistas en 1837, cuando ya la historia la llama repetidamente *heróica* en sus páginas por altos hechos de más ó menos remota antigüedad.

Puigcerdá, en efecto, figura brillantemente en nuestra historia de Cataluña desde sus primitivos tiempos. A cada paso se tropieza, registrando antiguas memorias, con recuerdos memorables de aquellos célebres ceretanos, que fueron los últimos en ceder á las águilas romanas.

Colocada se halla esta villa en lo más alto de las montañas y en el centro del llano de la Cerdaña, sobre la línea divisoria de las dos partes modernamente separadas y llamadas de España y Francia. La loma en que se eleva se llamó *Puig-Cerdá*, del nombre topográfico latino *Mons Ceretaniæ*. Algunos autores dicen que se llamaba, en tiempo de los romanos, *Podium ceretanum*; otros afirman que era la capital de los ceretanos, llamada *Augusta*. Lo positivo es que antes de tener cualquiera de estos dos nombres, ó los dos á un tiempo, fué con el nombre de *Ceret*, según parece, una fortaleza inaccesible é inexpugnable para los romanos, que sólo hasta el año 38 antes de Cristo, pudieron apode-

rarse de ella, en la época del triunvirato romano, y hallándose de legado en Cataluña Cneo Domicio.

Por largo tiempo y con esa ruda é inquebrantable fortaleza peculiar á los montañeses, resistieron los ceretanos á los invasores. Los triunfantes estandartes de Roma, en todo el mundo entonces conocido dominadores, hubieron muchas veces de retroceder vencidos al divisar los robustos torreones de la ceretana Puigcerdá, sobre los cuales flotaba al viento la bandera de la independencia ibérica. Mucho costó á Cneo Domicio sujetar á los ceretanos, ya que, rechazado una vez, tuvo que volver otra y otra y otra contra ellos, siempre con numerosas fuerzas y con más selectas huestes. Consiguió, por fin, vencerles, y éste fué ya el último esfuerzo que hicieron los pueblos catalanes por recobrar su independencia. Desde entonces, y vencidos los indomables ceretanos, destruído con Puigcerdá el último baluarte de la independencia, Cataluña quedó opresa bajo el yugo de hierro de sus dominadores. Con el oro robado á los ceretanos en su conquista, compró Cneo Domicio el triunfo que obtuvo al regresar á Roma.

Siempre desde entonces ha sabido mantenerse la antigua capital de la Ceretania, á la altura en que la colocaron sus luchas heróicas con los que supieron hacer del mundo una vasta nación (*orbis romanus*).

Su excelente posición estratégica debió convertirla en un punto de gran importancia durante las guerras y acontecimientos por los que vino á suceder la dominación goda á la romana, y también en los que alteraron aquella monarquía, hasta que cayó con su último rey Rodrigo bajo el alfanje del islamismo en las llanuras del Guadalete. Nada puede especificarse relativamente á aquellas épocas, y se ignora lo que fué de Puigcerdá durante la reconquista. No obstante, conviene consignar que por aquellos alrededores, en aquella comarca, quizá en la

misma antigua Ceret, aparecieron, como si hubiesen brotado de las entrañas de la tierra, aquellos primeros independientes, á quienes se ha dado el nombre de Varones de la fama. Es justo hacer observar, para gloria de los ceretanos y manifestación de los inmutables designios de Aquél que dirige los destinos del mundo, que en el país donde estuvo el último baluarte de la independencia en tiempo de los romanos, estuvo también el primer baluarte en tiempo de la reconquista.

Puigcerdá debió desaparecer en el huracán de aquellas guerras. En las entrañas de la tierra, bajo los huertos y campos cultivados que hoy rodean á la villa moderna, existen aún los cimientos robustísimos de las murallas formidables que envolvían á la antigua Augusta.

Fué reedificada en la última mitad del siglo XII por Alfonso *el Casto* de Aragón, con el nombre de *Puig-Cerdá*, cerro de la Cerdaña ó de la Ceretania; y tales privilegios y franquicias concedió á sus pobladores, que á los pocos años hubo de darse mayor extensión á su recinto, llegando á ser bien pronto una villa de más de 600 vecinos.

Después de haber formado parte esta población del reino de Mallorca, por ser el rey de estas islas conde de Rosellón y de Cerdaña, quedó incorporada á la Corona de Aragón en tiempo de Pedro *el Ceremonioso*, pasando á formar parte del Principado de Cataluña, y se asegura que en los cuatro primeros siglos de su restauración sostuvo más de doce ataques y asaltos, sin haber sido jamás tomada á fuerza por los enemigos.

Llave de cuatro vías que la ponen en comunicación con Perpiñán, Tolosa, Barcelona y Lérida, debió aún ser de mucha más importancia en las varias guerras de España y Francia; y efectivamente, ha figurado en ellas siempre con esplendor, pues más de una vez han ido

poderosos ejércitos franceses á estrellarse al pie de sus murallas.

Ya el autor de estas líneas en otra obra refiere las glorias de Puigcerdá anteriores al presente siglo. No se trata aquí de repetirlas, pues sólo pretende el autor en estos artículos ampliar ó decir lo que en la indicada obra no ha podido tener cabida. Vamos, pues, hoy á relatar solamente el hecho por el cual conquistó su timbre de *heróica*; timbre que, por otra parte, ya había sabido ganar antes que oficialmente se lo dieran, y esto es lo que veremos en el próximo artículo.

II.

Ardía en Cataluña, como en toda España, aquella desastrosa lucha fratricida que se conoce por la *guerra de los siete años*, y que un noble español, el general Espartero, había de acabar con un abrazo fraternal, haciéndose acreedor á la gratitud de todos..... de todos los que no son ingratos.

A la muerte de Fernando VII en 1833, los absolutistas se declararon por el hermano del rey difunto, D. Carlos de Borbón, y los liberales ampararon el derecho de Doña Isabel II, niña todavía. Fué una lucha encarnizada y terrible. Fué aquélla una guerra de fuego y de sangre. Poco podía esperar el partido liberal, después de tantos esfuerzos, de tantos sacrificios, de tanta sangre pródigamente derramada en los campos de batalla, lo que había de suceder después.

El día 17 de Noviembre de 1837 una hueste carlista, mandada por el tristemente célebre Tristany el canónigo, invadió la Cerdaña. El 18 recibió refuerzos, juntándosele, entre otros, el cabecilla *Pep del Oli* con su terrible batallón; y el 19 hizo un reconocimiento sobre

la plaza de Puigcerdá, como indicio de que se aprestaba á sitiarla. Puigcerdá esperaba ya ser atacada desde el instante en que se supo que la Junta superior gubernativa del partido carlista, el intendente Lavandero y otros personajes acompañaban al cabecilla Tristany.

Entre su ejército de reserva y el de ataque contaban los carlistas 6.000 hombres, y la villa no tenía más tropa que dos compañías del regimiento provincial de Guadix, ni otros defensores, á más de éstos, que su escasa milicia nacional y sus habitantes. Se comprometieron, sin embargo, á resistir hasta el último extremo, á perecer envueltos entre las ruinas antes que rendirse, disponiéndose á tomar parte en la defensa la población en masa, de todo sexo y de todas edades, pues que hasta se organizó apresuradamente una compañía de niños de doce á quince años, á los cuales se armó con carabinas.

Comenzaron los carlistas el 20 á poner sitio á la plaza, y ocuparon en los tres días inmediatos los puntos á ellos más próximos, cerrándole por este medio toda comunicación con el resto de la Cerdaña y con Francia. El 24 quedaron terminadas las baterías que de noche pudieron construir, casi á tiro de pistola de la villa, y en la tarde de aquel mismo día comenzó un fuerte y repetido bombardeo que hizo llover sobre la población, en tres días que duró, 275 balas de á 36 y otras de inferiores calibres.

Estas ventajas no las consiguieron, sin embargo, fácilmente los carlistas. Los defensores de Puigcerdá se mantuvieron constantemente en las aspilleras, de noche y de día, á pesar del crudo rigor de aquel clima, haciendo un fuego continuo, mientras que, por otra parte, los más distinguidos cazadores del país fueron destinados á situarse en la torre de la iglesia, punto desde el cual, con certera puntería, diezmaban á los artilleros carlistas, de tal manera, que no pocas veces consiguie-

ron hacer suspender el fuego de los cañones y del obús que dirigían contra la plaza. Dícese que entre estos cazadores se distinguió un sacerdote de grande arrojo y puntería notabilísima, llamado D. Vicente Degollada, el cual ha dejado fama en todo aquel país.

A pesar de los esfuerzos heróicos de los defensores de Puigcerdá, quedó por fin abierta y expedita la brecha, rivalizando entonces la guarnición, la milicia nacional y los vecinos en hacer toda clase de esfuerzos y sacrificios para cerrar aquélla, y burlar con su constancia la frenética obstinación del enemigo. Por dos veces, en dos noches seguidas, probó éste el asalto, pero fué rechazado á la bayoneta con pérdida considerable de muertos y heridos, quedando en poder de los sitiados las escalas y herramientas de que al intento se habían provisto los carlistas.

Durante aquellos días de prueba, no flaquearon ni un momento los defensores de Puigcerdá, ofreciendo y legando á la historia el mismo ejemplo de alto patriotismo que en antiguas edades, y en situación parecida, dieron sus valerosos antepasados. Serenidad, valor, decisión, fortaleza de alma, prontitud para el ataque, firmeza para la defensa, resignación para el sufrimiento, de todo dieron relevantes muestras aquellos bizarros moradores de la capital ceretana, soportando con la misma impasibilidad el fuego del enemigo que las fatigas y las privaciones del sitio. Digna de todo elogio la milicia nacional, que durante aquellos desastrosos siete años prestó en todas partes grandes servicios á la causa de la libertad, compitió con la benemérita guarnición en arrojo y en bravura. Sin distinción de categorías, sexo ni edad, todos los habitantes trabajaron á porfía en coser y llenar de tierra los sacos hechos con las sábanas que al intento y gustosos ofrecían, y que fueron colocados en las brechas con los colchones, sacos

de lana y otros objetos que ellos mismos suministraron para formar así, y á costa de algunas víctimas, una nueva muralla por los dos lados de la puerta de Francia, en lugar de la que acababan los carlistas de derribar.

La aproximación de la columna de Carbó, entre cuyos bizarros oficiales iba el general Prim, produjo el levantamiento del sitio, que verificaron los carlistas en la madrugada del 28, habiendo incendiado antes tres casas que les habían servido antes de asilo en las inmediaciones de la plaza, y al abrigo de las cuales ofendieron bastante á sus defensores. La división de Carbó entró en Puigcerdá al anochecer del 28 de Noviembre, después de haber sostenido ocho horas de fuego con la hueste carlista, y en ella permaneció hasta que fué reparada su fortificación, y municionada y puesta en nuevo estado de defensa la villa.

Por este sitio memorable y esta valerosa defensa, las Cortes y el gobierno dieron á Puigcerdá el título de *heróica villa.*

III.

Después de escritos y publicados los dos anteriores artículos en un periódico de Barcelona, recibió su autor la siguiente carta de un buen amigo suyo, joven de grande ilustración, acompañándole los documentos que aquí se transcriben:

«Sr. D. Víctor Balaguer.—Muy señor mío y de mi distinguida consideración: Recuerdo haberme V. dicho que quería publicar un artículo sobre la heróica Puigcerdá, refiriendo el sitio que sufrió en 1837. Así no dudo que le complacerá á V. el tener una copia de los dos oficios que, intimándoles la rendición, dirigió á los sitiados el célebre mossén Benet.

»Yacían ambos olvidados entre papeles inútiles, y exhumándolos y dándolos á conocer, me han proporcionado no poca satisfacción al ver el interés con que son leídos, principalmente por los que presenciaron aquellas angustiosas jornadas, y que me han contado, con este motivo, detalles interesantes.

»Según dicen, ninguno de los dos oficios obtuvo contestación, y el portador de un tercero fué rechazado á balazos.

»Poseo la relación del sitio manuscrita por uno de los jefes de la milicia nacional, fallecido recientemente; pero no creo que contenga ningún pormenor que no conozca V. ya. Si supiese cuáles son los que V. tiene, podría recogerle quizás algunos nuevos, entre los muchísimos que refieren los testigos y actores.

»Tengo un vivo placer en repetirle mi profunda gratitud por las inmerecidas bondades de V., y en ofrecerme, aunque indigno, su sincero amigo y afectísimo servidor, Q. B. S. M.—*José María Martí.*

»Puigcerdá 1.º de Marzo de 1866.»

COPIA EXACTA DE DOS OFICIOS EXISTENTES EN EL ARCHIVO MUNICIPAL DE LA HERÓICA VILLA DE PUIGCERDÁ.

«*Ejército real de Cataluña.—2.ª Comandancia general.*

»Vencido el dificilísimo obstáculo de trasladar la artillería al frente de ese pueblo, prueba más positiva no puede darse de que vengo decidido á tomarlo á toda costa; y aunque los preparativos que habrán Vds. observado lo indiquen, y no puedan equivocarse, lo anuncio á Vds. para que reflexionen y conozcan á lo que los expondrá la más corta resistencia que opongan. Paz y unión á los demás pueblos fieles de este Principado, ó dejar de existir cubiertos de escombros; no hay otra

alternativa: las ventajas que les ofrece lo primero está en Vds. el conseguirlas; mas si permiten que el fuego de la artillería se rompa, ¡mi corazón se conmueve al sólo pronunciarlo! será tan cierto como inevitable lo segundo.

»Dos horas doy á Vds. de tiempo para que decidan de su suerte, y pasadas que sean, no tendrán ya lugar para Vds. mis buenos deseos.

»Campos de Puigcerdá, á las doce de la mañana del día 23 de Noviembre de 1837.

»El general segundo cabo,—*Benito Tristany*.

»Señor jefe militar y ayuntamiento del pueblo de Puigcerdá.»

«*Ejército real de Cataluña.*—2.ª *Comandancia general.*

»Señor gobernador y ayuntamiento de Puigcerdá.

»Si el deber militar ú otros motivos os ha impulsado á defender la fortificación de esa villa, como lo habéis hecho hasta hoy, el mío es el de anunciaros que si esperáis ser socorridos por fuerzas de vuestro partido que hayan de venir, en vano confiaréis, pues que están tomadas las disposiciones convenientes para impedirlo.

»Bien habéis visto que, hasta aquí, mi ataque ha consistido únicamente en aparentes tentativas, y espero no daréis lugar á que ponga en movimiento los recursos que me acaban de llegar. Deseo conservar la población, vidas de sus habitantes é intereses, como tratar la guarnición con toda la consideración á que se haga acreedora; pero si no accedéis brevemente á lo que os propongo por esta segunda y última vez, en este inesperado caso, el gobernador, ayuntamiento é influyentes de Puigcerdá, serán responsables á Dios y á los hombres de los estragos consiguientes á una infundada

cuanto temeraria continuación en la defensa, y no el general segundo cabo,—*Benito Tristany*.

»Campo, á las puertas de Puigcerdá, 27 de Noviembre de 1837.

»El concejal encargado de la custodia y conservación del archivo,—*José María Martí*.

»Puigcerdá 13 de Febrero de 1866.»

IV.

Con motivo y á consecuencia de la publicación de los dos artículos sobre Puigcerdá, un estimable y reputado escritor catalán, el Sr. D. Luis Cutchet, dió á luz en el mismo periódico en que la vieron aquéllos, un escrito que nos hacemos un deber de reproducir y copiar hoy en estas páginas.

Dice así:

«UNA ACLARACIÓN.

»Al consignar hace algunos días un distinguido colaborador de este periódico las glorias de la heróica Puigcerdá, no hizo mención en el segundo artículo, de seguro bien involuntariamente, pues tiene bien probada su imparcialidad como historiador, del admirable valor desplegado en el último sitio de aquella noble villa por una compañía de jóvenes de Bagá, que estaban allí refugiados por haberse apoderado de sus hogares los carlistas, á cuya causa no habían querido adherirse, corriendo por su constancia gravísimos peligros, y sufriendo como buenos toda clase de privaciones. Con el mayor gusto diremos, pues, hoy nosotros que aquellos beneméritos baganeses, tan llenos de virtudes en la paz como de ardimiento en la guerra, secundaron con

toda bizarría los esfuerzos de los bravos habitantes de la capital ceretana, acudiendo ganosos á los puntos de la muralla, ó mejor mala tapia, en que más terrible era la lucha, y mostrando una generosidad sin límites en el ofrecimiento de su sangre y de sus vidas. Cuantos recuerdan en Puigcerdá aquellos días de verdadera prueba, durante los cuales ricos y pobres vivieron vida común, en alimentos como en sangrientos azares, reconocerán la verdad de nuestras palabras con respecto á aquellos hidalgos hijos de Bagá, que al antiguo valor catalán reunían, según ya hemos indicado, las más elevadas cualidades del pacífico y laborioso ciudadano. Fraternal hospitalidad encontraron en Puigcerdá los baganeses, pero supieron mostrarse merecedores de ella, viniendo á ser, desde aquel memorable sitio, dignos hermanos de armas de aquéllos á quienes ya miraban justamente como hermanos de creencias. Crudos, muy crudos eran aquellos días de la guerra civil; pero si se presenciaban á menudo terribles escenas, si muchos daban á la sazón rienda suelta á feroces instintos, también brillaban en todo su esplendor los más nobles sentimientos. Aquélla era época de furor, de odios y de sangre, pero lo era igualmente de la más alta virtud, de los sacrificios más sublimes. Los resortes humanos para el bien y para el mal estaban fuertemente tendidos, pero la parte que de ángel tiene el hombre no cedía en influencia y poder á la que tiene de demonio.

»Había, sin duda, espectáculos de caribes y dolorosísimos martirios, como los habrá siempre en todas esas espantables luchas en que los hijos de Adán tratan de exterminarse unos á otros; pero al mismo tiempo se oía predominar, por lo común, la voz del deber y del honor. Bramaba desencadenado el huracán de todas las malas pasiones; pero las pasiones buenas tenían, sin embargo, suficiente fuerza de resistencia, porque en medio

de todo había convicción y fe. Toda guerra es una calamidad, y en las guerras intestinas la calamidad es mucho mayor, porque sea cual fuere el éxito de los combates que entre conciudadanos se traban, nunca puede dejar de afligirse la común madre, la patria. Cualquiera batalla de guerra civil anubla corazones en todas las familias, por poco numerosas que éstas fueren, pues en ambos campos hay parientes, hay amigos.

»Y sin embargo, tristes y todo como son esas épocas de fermentación y de contiendas á muerte, nos atrevemos á preferirlas, sin vacilar un momento, á tiempos de frío indiferentismo para lo verdaderamente grande y noble, á tiempos en que toda creencia esté muerta, menos la creencia en el oro, febrilmente codiciado para emplearlo tan sólo en goces de materia ó en envenenamientos del alma. En la historia se encuentran á veces esos períodos de bestial desenfreno, que Dios permite, cuando por la justicia del mismo ha de ser duramente castigada alguna nación en este globo. Semejantes tiempos son fáciles de conocer por síntomas característicos, infaliblemente precursores de cataclismos sociales. Entonces la clase gobernante, en vez de ser espejo de costumbres para los gobernados, es todo lo contrario: distinguiéndose aquélla por su cinismo más ó menos barnizado de hipocresía oficial, sólo da generalmente ejemplos de bajeza, de servilismo y descreimiento, inficionando de esta suerte el origen de las verdaderas fuerzas vitales del país, y precipitándolo, de caída en caída, hasta los más lóbregos abismos de la deshonra y la ignorancia. Entonces, para los gobernados, lo mismo que para los gobernantes, no queda ya más que un culto, el del deleite: todos, ó casi todos, llegan á ser al fin presa del monstruo llamado Sensualismo, eterno padre de la indignidad y la impotencia, transformador seguro de naciones de hombres en reba-

ños de eunucos que vienen á ser el ludibrio de los pueblos viriles de la tierra.

»Y he aquí cómo puede haber, y hay, en efecto, épocas más calamitosas que las épocas de guerra civil, la que al fin y al cabo supone vida, por formidables que fueren las condiciones en que ésta tiene que manifestarse; pero los períodos á que acabamos de referirnos son negación de vida, son postración y podredumbre. Durante una guerra civil, hay en cada partido una fuerza de acción, hay una bandera, un símbolo, principios que cuentan con creyentes, por más que en alguna de las enseñas haya de estar más particularmente representado el error que la verdad; pero lo repetimos: á lo menos todo esto es signo de vida, mientras que una paz interior de descreimiento y de inmoralidad, no es más que corrupción y muerte.

»No son por cierto exagerados los prodigios que se atribuyen al poder de la fe, poder tanto más incontestable, cuanto que la misma puede obrar maravillas aun descansando en una base falsa. El islamismo no es, á buen seguro, una religión verdadera; pero movidos de su ardiente entusiasmo, es decir, de su fe, los primeros hijos del Korán llevaron á cabo grandes cosas. La fe hasta resucita á los muertos, como la falta de fe vuelve cadáveres á los vivos.

»Véase, pues, cómo pueden venir para un pueblo días más funestos que aquéllos en que se divide en dos parcialidades, proclamando cada una su principio, y defendiéndolo á la luz del sol con las armas de los fuertes.

»Bien comprenderá el lector que pudiéramos extendernos fácilmente en consideraciones referentes á este tema; pero hemos dicho ya lo bastante para dar á conocer nuestra humilde opinión, que cada uno acogerá como mejor le parezca. Por lo demás, al tomar hoy la

pluma no lo hemos hecho con el ánimo de ventilar ninguna cuestión de filosofía política, proponiéndonos tan sólo, y esto lo hemos cumplido al principio de estas líneas, recordar el brillante servicio prestado en 1837 en la antigua capital de la Cerdaña por los hijos de Bagá, que pueden estar tan seguros, como lo estamos nosotros, de que por nadie mejor que por los puigcerdaneses mismos será más noblemente apreciado este recuerdo.»

HISTORIA DE CATALUÑA

EL CONCELLER CASANOVA

EL CONCELLER CASANOVA.

I.

El día 1.° de Diciembre de 1713 tomaba posesión del cargo de conceller *en cap* de Barcelona el ciudadano Rafael Casanova, ó Casanovas, como quieren otros. En críticas y terribles circunstancias entraba á ocupar aquel puesto de honor, y valor y patriotismo se necesitaban para aceptarle.

Sitiada se hallaba ya Barcelona por las tropas de Felipe V, y comenzaba ya á considerarse como perdida la causa de Carlos III, el emperador de Austria, abrazada con calor y empeño por los catalanes. Pero á bien que los catalanes no se batían precisamente por Carlos, sino por sus libertades amenazadas, por sus derechos ultrajados y escarnecidos. Al aparecer Carlos, el archiduque, en el territorio catalán, el Principado casi en masa se levantó á sostener sus derechos contra los de Felipe V, porque, sosteniéndolos, sostenía los suyos propios; que á la causa de Carlos iba unida entonces la de la libertad de Cataluña.

Larga y terrible fué aquella lucha, conocida en nuestra historia con el nombre de *Guerra de sucesión;* pero llegó un día en que Carlos, por muerte de su hermano, fué llamado á ceñir la corona imperial, y abandonó á los catalanes, que no por esto desistieron. Entregados á sus propias fuerzas, sacrificados por la diplomacia, abandonados por el que habían alzado rey, solos para resistir á Felipe V, que contaba con el apoyo francés,

no por esto desistieron los intrépidos catalanes, y decidieron continuar la lucha hasta morir. La guerra de sucesión se trocó en guerra de libertad. «Entiendan todos, decían en un manifiesto los concelleres de Barcelona el 17 de Abril de 1714, que el motivo de esta tan sangrienta como gloriosa guerra, declarada en 6 de Julio de 1713 por la Junta de Brazos generales de Cataluña, es, á más de la defensa de la justicia del emperador, la conservación de nuestras leyes y privilegios, y el mantenernos libres de la tiránica opresión con que cruelmente se pretendía sujetarnos al yugo de una violenta esclavitud.»

Pocas veces se había visto una nación tan indignamente sacrificada como fué Cataluña por la diplomacia, ni una ciudad como Barcelona que tan heróicamente y con tan sublime resignación haya subido la cuesta de su Calvario. Adictos á sus libertades, que probaron amar más que á su vida; fieles al rey que se habían dado y reconocido, rechazaron los catalanes el indulto que se les ofrecía si abandonaban su actitud hostil sometiéndose á las leyes de Castilla. Mantuviéronse firmes y denodados, y no hubo medio de doblegar y vencer la tenacidad de los pronunciados, sin embargo de que «caían sobre ellos la llama, el incendio y el suplicio,» según frase escrita con asombrosa sangre fría por el cortesano marqués de San Felipe.

En tal situación, y cuando las tropas de Felipe V eran ya dueñas de casi toda Cataluña, cuando Barcelona comenzaba á verse estrechamente sitiada, fué cuando el ciudadano Rafael Casanova salió elegido para ocupar el honroso, pero peligrosísimo puesto de conceller *en cap*.

De suma gravedad y de alto compromiso eran las circunstancias en el acto de vestir este ilustre ciudadano la purpúrea gramalla; pero no por esto hubo de arre-

drarse. Con la firme convicción de sacrificar su vida, si era preciso, en aras del pueblo que le llamaba al frente de sus destinos, Casanova ocupó el sillón de la presidencia entre los concelleres y empuñó el bastón de mando como coronel de la milicia ciudadana, que estaba ya en armas y bajo pie de guerra para atender á la defensa de la ciudad. Su actividad, su celo, su patriotismo, su decisión no se desmintieron un solo instante, y en todos los tristes momentos de prueba porque pasó entonces Barcelona, siempre ésta vió descollar la serena é imponente figura de su conceller *en cap*, acudiendo el primero al peligro, dando el primero el ejemplo, siendo el primero en el consejo, en la vigilancia, en el camino de la rectitud, de la lealtad y del patriotismo. Durante los nueve meses que desempeñó su cargo, hasta llegar el día en que cayó gravemente herido defendiendo como soldado de la libertad los muros de Barcelona, prestó innumerables servicios, que á grandes rasgos procuraremos trazar. Fué para Casanova aquel período una continuada serie de sacrificios, y era ya ocasión de que por medio de un público testimonio, como felizmente acaba de hacerse, se evocase del olvido en que yacía el nombre de aquel ilustre ciudadano, consagrándose al par un recuerdo de gratitud al patriota conceller.

II.

El *Diario del sitio y defensa de Barcelona*, correspondiente al 11 de Diciembre de 1713, se felicita de haber quedado al frente del gobierno de la ciudad, desde 1.° del mes, los concelleres Rafael Casanova, Salvador Feliu de la Peña, Raimundo Sans, Francisco Antonio Vidal, José Llaurador y Jerónimo Ferrer. «Hallándose como se hallan todos, dice, siguiendo la justa causa del rey

nuestro señor y la gloriosa resolución de este Principado, aseguran en su acertada conducta el más feliz éxito y cabal desempeño de esta excelentísima ciudad.» No tuvieron por qué arrepentirse los barceloneses, y se cumplió la predicción del *Diario*. Cada uno de los concelleres estuvo en su puesto de honor, siguiendo todos el grandioso ejemplo que con patriótica conducta les trazaba su presidente Casanova.

El celo demostrado por éste no se desmintió un solo instante. A sus acertadas disposiciones debieron más de una vez los intrépidos barceloneses el salir airosos en las luchas de aquel prolongado y memorable sitio, y á la prudencia y tino con que Casanova dictó sus órdenes y tomó sus medidas se debió en gran parte la victoria marítima alcanzada á la vista del puerto de Barcelona en 24 de Febrero de 1714. Habiéndose observado en dicho día que, á causa de cierta evolución, se había desmembrado el cordón de los buques enemigos que por la parte del mar formalizaban el sitio, decidióse hacer salir la fragata del coronel D. Sebastián Dalmau, al mando del capitán Esteban Magriñá; la del capitán D. Antonio Martínez, mandada por D. Juan Bautista Lunell, y con ellas catorce lanchas, bien provistas y tripuladas. Del arreglo y dirección general de la empresa se encargó el conceller Casanova, el cual, mientras duró el combate, permaneció en el muelle dando las oportunas órdenes, enviando prontos socorros y velando por la seguridad de los combatientes para que nada les faltase. Roto el cordón enemigo, entregáronse á la fuga los buques contrarios, dejando en poder de los audaces marinos barceloneses dos navíos, el uno de ocho cañones y el otro de cuatro, y trece grandes barcos cargados de todo género de municiones, pertrechos y víveres. No combatió personalmente el conceller D. Rafael Casanova en esta acción; pero cúpole no

poca parte en la victoria por el acierto con que supo atender á los preparativos y dirigir todas las operaciones que estuvieron á su cargo.

Proseguía el sitio cada vez más crudo y más apretado. Empero no desmayaban los barceloneses. A instancia y propuesta de Casanova, dieron á luz los concelleres un manifiesto ó carta-circular despachada á todo el Principado, que lleva la fecha de 13 de Abril. En este manifiesto, que es un documento histórico importante, los concelleres de Barcelona participaban á las ciudades, villas y lugares de Cataluña la justicia de su causa, el derecho y la buena razón que en su favor militaban, la seguridad que tenían de prolongar la defensa de Barcelona, la esperanza que fundaban en el porvenir y la firme resolución en que se hallaban de sostener con todo empeño su bandera, manteniéndose fuertes en la capital del Principado.

Pero iban llegando provisiones y refuerzos al campamento del duque de Pópuli, que era el general comandante del sitio, y arribó también procedente de Francia, á mediados de Mayo, un convoy que desembarcó muchas piezas de artillería y una cantidad considerable de bombas, balas, municiones y pertrechos. En estas circunstancias, los concelleres decidieron celebrar un consejo general de guerra en la casa de la ciudad, y fueron convocados para el 16 de Mayo todos cuantos debían tener voz y voto en la sesión, desde el comandante general D. Antonio de Villarroel hasta el último coronel. Sólo dejaron de asistir los jefes que estaban de servicio ó se hallaban enfermos.

Abrió la sesión, y llevó la palabra en nombre de los concelleres nuestro D. Rafael Casanova, el cual, en un discurso muy intencionado y lleno de patriótica entereza, manifestó que la ciudad deseaba oir el parecer y voto de sus capitanes en aquellas circunstancias, abrien-

do amplia discusión al efecto; pero teniendo en cuenta que ésta había de asentarse sobre el sólido principio de que la «defensa debía ser efectiva é inalterable hasta la última gota de sangre en todos los moradores de la plaza.» Las enérgicas frases del conceller *en cap* fueron perfectamente acogidas por los circunstantes, y á pesar de que llevaba la ciudad cerca de un año de sitio, que muchos de sus edificios estaban destrozados por las bombas, que sus muros comenzaban á desmoronarse ante la artillería enemiga, que las penalidades eran sin cuento, el peligro repetido, continuo el combate, obstinado el ataque é incesante la fatiga, se acordó por unanimidad que «la plaza de Barcelona, teniendo presentes las dos resoluciones del año seis, de haber quedado excluso en Cortes todo príncipe de la casa de Borbón, y la del año pasado de la declaración de la guerra, resolvía de nuevo, no sólo continuar invariable en su defensa, sino que por camino alguno quería oir proposición de ajuste, capitulación ó promesas del enemigo, deliberando que la manutención del empeño de la defensa fuese hasta no quedar sangre que derramar en ninguno de sus moradores, para que jamás pudiera la violencia triunfar de corazones tan generosos, que estimaban en más el sacrificio de sus vidas que la ignominiosa esclavitud de verse sujetos á quien no podía dominar con razón, ni justicia, ni equidad.» Constan estas palabras del acta que se levantó, y fué publicada en el *Diario* correspondiente al 9 de Junio de aquel año.

III.

A medida que el sitio se iba estrechando, iba creciendo la popularidad de Casanova, pues se le veía cada vez más activo, cada vez más diligente y decidido. El

Diario de 17 de Junio de 1714, después de dar cuenta de varias obras de defensa y hechos de armas llevados á cabo en aquellos días, añade, hablando del ciudadano ilustre que nos ocupa: «Ha asistido tanto á estos trabajos como á todos los demás y providencias necesarias, el Excmo. Sr. Conceller *en cap,* coronel y gobernador, D. Rafael Casanova, que con vigilante celo, despreciando los peligros, asiste á todas horas en la muralla, portales, baluartes y baterías.»

Había en esto llegado al campamento delante de Barcelona el duque de Berwick, reemplazando en el mando superior de las fuerzas al duque de Pópuli, y con la llegada de aquel general cobraron incremento las operaciones de sitio. Cada día Barcelona se veía más oprimida, y el hierro y el fuego llovían incesantemente sobre ella en deshecha tempestad. Las nuevas baterías de ataque mandadas levantar por el de Berwick vomitaban sin cesar horroroso fuego, y á sus tiros, ancha y espaciosa brecha quedó abierta desde el 30 de Julio. Tomaron entonces los barceloneses disposiciones extraordinarias, redoblaron su actividad y vigilancia, y dispúsose, por orden del conceller Casanova, que en cuanto se oyese tocar á rebato por las campanas de la catedral, acudiese cada compañía de la Coronela al sitio que de antemano tenía designado. Se esperaba de un momento á otro el asalto general.

Entonces, á propuesta también de Casanova, se escribió un nuevo manifiesto á las ciudades, villas y lugares de Cataluña, pidiéndoles auxilio y socorro, y protestando que los barceloneses «proseguirían en el empeño de defender la capital y común libertad de los catalanes hasta el último exterminio de sus vidas.»

Las poblaciones de Cataluña se vieron imposibilitadas de contestar al llamamiento de su capital, y ésta, sola, abandonada, falta de recursos, prosiguió su admi-

rable defensa, aquella defensa heróica que ha arrancado frases brillantes de entusiasmo á los primeros historiadores de la época moderna. Sordos á toda idea de avenencia, rechazando todo proyecto de capitulación, los barceloneses, por noble respuesta á los patrióticos discursos de sus concelleres Casanova y Feliu de la Peña y de sus generales Villarroel y Bellver y Balaguer, juraron sostenerse hasta exhalar el último aliento, y enarbolando una bandera negra con una calavera por escudo, fueron á clavarla entre los escombros de la brecha, á vista del contrario.

Llegó el 11 de Setiembre de 1714, día de horror, de sangre, de fuego, de exterminio para Barcelona. Las tropas enemigas se lanzaron al asalto, y los defensores de Barcelona lo resistieron con heroísmo ejemplar, firmes en sus puestos, hundidos sus pies en charcos de la sangre de sus compañeros, parapetados tras las murallas de cadáveres de sus hermanos, respirando el aliento pestífero que envenena la atmósfera de la ciudad sitiada. Calle á calle, casa á casa, palmo á palmo, defendieron su ciudad querida, y al exhalar aquellos héroes el último suspiro de su esforzada vida por las anchas bocas de sus heridas, se dejaban caer exánimes, pero satisfechos por haber vertido su sangre en defensa de la libertad de su patria.

En aquellos momentos supremos nadie faltó á la voz de su deber y de su honra. Mientras que el general Villarroel peleaba como simple soldado en el barrio de la Ribera (que luego hubo de ser destruído para levantar la ominosa Ciudadela), los concelleres D. Rafael Casanova y D. Salvador Feliu de la Peña, al frente de la milicia ciudadana y bajo los pliegues de la gloriosa bandera de Santa Eulalia, corrían á la brecha de la Puerta Nueva á oponer su pecho como muralla al empuje del enemigo. En este sitio de honor y de peligro

fué gravemente herido Casanova, á tiempo que caía también, revolcándose en su sangre, el general Villarroel.

Ambos á dos hubieron de ser retirados del sitio del combate. Pocas horas después caía Barcelona en poder del duque de Berwick, quien, admirado de tan heróica resistencia, concedía oficiosamente á la ciudad una capitulación que no se le había pedido.

Dueño Felipe V de Barcelona, sucedió lo que todos saben. Se quería arrasar la capital del Principado sembrando de sal su recinto; pero hubo de abandonarse esta resolución, y en su lugar se levantó la Ciudadela para castigo de los catalanes, y se abolieron todas las libertades públicas, condenando al olvido y al exterminio hasta la memoria más ínfima de las mismas. Varios de los defensores de Barcelona fueron ahorcados y decapitados. A Casanova y á Villarroel se les condenó á destierro, extrañándoles de los dominios de Felipe V, así que se restablecieron un poco de las heridas recibidas el día del asalto.

Tales son las noticias que de Casanova hemos podido recoger. A solicitud del autor de estas líneas, el Excmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona accedió á bautizar una de las calles del Ensanche con el nombre del último conceller y último defensor de aquellas venerandas libertades patrias, por las que tan generosamente sacrificaron nuestros abuelos su vida, reconociendo que el mejor medio que tiene el hombre para conservar su libertad, es estar dispuesto siempre á morir por ella.

HISTORIA DE CATALUÑA

DEL BANDOLERISMO

Y DE LOS BANDOLEROS EN CATALUÑA

DEL BANDOLERISMO

Y DE LOS BANDOLEROS EN CATALUÑA.

I.

Al escribir hace algunos años mi HISTORIA DE CATALUÑA, comencé el capítulo II del libro X con las siguientes palabras:

«Comienzo por confesar que habrá quien achaque á sobra de audacia lo que no es otra cosa en mí que fuerza de convencimiento. ¡Vindicar á los bandoleros! ¡Hacer de ladrones de camino hombres de partido, agrupados bajo una bandera política! Empresa es, dirá alguno de seguro.

»Me atrevo efectivamente á presentar bajo una nueva faz y á la claridad resplandeciente de una nueva luz, el bandolerismo catalán de últimos del siglo XVI y principios del XVII, sin inquietarme porque en desagradecimiento se me pague lo poco que hacer yo pueda en vindicación de mi patria, pues común cosa es desobligar con mercedes y con sembradura de afectos cosechar desdenes. ¿No he oído decir á hombres que pasan por algo, y á quienes por más de algo tenemos todos, que eso de las *libertades catalanas* es cosa moderna, pues jamás nuestros antepasados habían hablado de libertad; que nunca hubo tal *Corona de Aragón,* sino *coronilla;* y que cuantos hablamos y escribimos en este sentido acerca de nuestras cosas pasadas, pertenecemos á una escuela empeñada en abultar las faltas de los reyes?.... Pues á los que esto dicen y predican en público, desconociendo

por completo, de raíz, la historia de Cataluña, no les quiero yo por jueces, que harto tienen que hacer con juzgarse á sí mismos antes que á los demás.

»Puedo andar equivocado en lo relativo al bandolerismo de aquella época, pero un buen fin me guía. Deseo que se haga la luz en este punto, por desgracia harto confuso y oscuro de nuestra historia, y no veré con desplacer, sino muy al contrario, que haya quien me contradiga si con mejores datos y más lógica me convence. Busco la verdad, y á quien la busca su hallazgo no puede ofenderle, sino más bien llenarle de satisfacción y júbilo. ¿Cuándo se ha visto que un hombre se enoje al dar con el tesoro que busca? Lo que deseo es que se rebatan con argumentos mis argumentos, con razones mis razones, con datos históricos justificados mis justificados datos históricos; que esta obra no la escribo yo solamente, como tantas otras, para sustento mío y deleite ajeno, sino para inquirir la verdad, que en cosas de historia de Cataluña andaba y anda aún bastante desconocida y desarrapada, y para desabusar á aquéllos á quienes emponzoñaran las detenidas lecturas de ruínes cronistas cortesanos. Y si, por otra parte, soy yo el engañado, por muy contento me daré en reconocer el engaño, que guiarme quiero por el espíritu de la verdad y la justicia, y vengan éstas de donde vinieren, con gozo he de acogerlas y saludarlas.»

Esto dije entonces, y esto repito ahora al completar con nuevos datos, con más ampliación y con más abundancia de noticias, lo que escribí sobre los bandoleros catalanes en mi citada obra.

Vamos ahora al asunto, yendo á buscar su origen donde creo que debe buscarse.

Sabido es de cuantos conocen un poco nuestra historia, lo que fué y lo que significó la famosa guerra de las *Germanías* en tiempo de Carlos V.

Mientras que en Valencia y en Mallorca, por los años de 1520 y 1521, ardía la tierra en desastrosas luchas, y eran teatro aquellas fértiles comarcas de la guerra llamada de las *Germanías*, verdadero combate de la democracia con la aristocracia, vióse á Cataluña agitarse inquieta y desasosegada, traduciéndose su malestar interno en sacudimientos exteriores, que no llegaron á tomar el carácter de sublevación formal y general por la prontitud con que se acudió al remedio, por la prudencia de los gobernantes populares y por el mismo refrenamiento de la nobleza, que no abusó de su posición como en Mallorca y en Valencia.

Sin embargo, es un hecho positivo que los concelleres de Barcelona escribieron en 1521 al emperador, pidiéndole les fuese enviado cuanto antes virrey para sosegar á los turbulentos que querían levantarse en demanda de apoyar á los *sediciosos de Valencia*. (*Manuscrito de Bruniquer*, cap. XXXVI.)

No puede con más claridad marcarse el carácter político de la agitación reinante entonces en Cataluña. Probado dejo en mi HISTORIA DE CATALUÑA, que los *sediciosos de Valencia* eran los liberales, partido de cuya existencia, por más que se pretenda lo contrario, no puede dudarse, pues le vemos levantar varias veces y en distintas ocasiones la cabeza, ya en Valencia, ya en Mallorca, ya en la misma Barcelona, donde alguna vez ganó las elecciones municipales. Este bando, como se le llamaba entonces, este partido político, como diríamos ahora, apareció en la *Corona de Aragón*, y más principalmente en Cataluña por primera vez, cuando gobiernos desatentados, mejor que monarcas poco cautos, permitieron que aires impuros é infectos de absolutismo viniesen á turbar la serenidad del pueblo catalán y la limpieza de su atmósfera política.

En Diciembre de 1520 existía en Barcelona un cen-

tro agitador y se preparaba algún movimiento, pues se fijaron pasquines y carteles en varios sitios públicos, llamando á las armas, y señalando el día en que debía tener lugar la sublevación.

En 1521 hubo pronunciados síntomas de trastorno en Gerona, donde el pueblo se amotinó pidiendo rebaja de derechos y queriendo entender en la distribución de los impuestos.

En el mismo año 1521, y por el mes de Abril, el municipio barcelonés recibió un mensaje de los Comuneros de Castilla invitándoles á secundar el movimiento; y si bien los concelleres escribieron al rey solicitando sus consejos para lo que debían hacer en este caso, se ve que respetaron y trataron como amigo y correligionario, según diríamos ahora, al mensajero de las Comunidades.

Posteriormente, entre el infante D. Enrique, el conde de Módica, virrey de Valencia, y los concelleres de Barcelona, mediaron cartas, acusando los dos primeros al municipio catalán de favorecedor más ó menos oculto de las Germanías, y tratándose éste de disculpar, si bien con dignidad y decoro y de manera que claramente deja entrever al fino observador la verdad del hecho.

De todo esto existen las pruebas y los comprobantes en el archivo municipal de Barcelona. (Véase el apéndice núm. I.)

Y aún hay más. A fines de 1520 se hallaban de tal manera sobrexcitados los ánimos en Barcelona, que estallaron grandes disensiones en la ciudad y se dividió ésta en dos bandos, uno de los cuales se llamaba de la Ribera y otro del Arrabal. No una vez, sino varias, llegaron estos bandos á las manos, y el día de año nuevo (1521) los concelleres, el veguer y otros oficiales tuvieron grandes dificultades y se vieron en muchos apuros para apaciguar un motín que estalló en la plaza

del Born. Esto sucedía en Barcelona á tiempo que el gobernador se hallaba en Gerona, donde el pueblo se había alborotado, y el bayle real estaba en Moyá, *hont avia succehit una gran brega*, según palabras de la carta dirigida al rey por los concelleres explicándole los sucesos [1].

También se dice en otra nota de la *Rúbrica de Bruniquer*, que los concelleres escribieron al emperador pidiéndole mandase pronto un virrey, pues turbaban el pueblo agentes venidos de Valencia.

Todos estos datos, sin los otros que hallará sin duda en nuestros archivos quien con más detenimiento é ilustración los examine, prueban que realmente los sucesos de los otros reinos despertaron algún eco en el Principado, donde de seguro no cobró la cosa mayores proporciones porque en aquellos momentos el levantamiento democrático, tal como se efectuó en Valencia y en Mallorca, no tenía razón de ser en Cataluña.

Y no tenía razón de ser, porque aquí los plebeyos tenían su representación legítima, y los nobles no se desdeñaban de alternar con las demás clases de la sociedad, ni manifestaban las pretensiones que demostraron los de aquellos reinos; pues si algún abuso ó exceso cometían, era pronta y severamente castigado por los encargados de hacer cumplir aquellas democráticas leyes catalanas, ante las cuales al mayor potentado era igual el más humilde plebeyo.

Precisamente puede citarse un caso sucedido en esa misma época de las Germanías. El día 4 de Agosto de 1520 un individuo de la nobleza, D. Gaspar Burgués de Sant-Climent, doncel, como le llama el Dietario,

1 Consta todo de una carta escrita por los concelleres al emperador, su fecha 3 de Enero de 1521, que se halla en el libro de *Cartas comunas*, volumen correspondiente al citado año, del archivo municipal de Barcelona.

allanó, al frente de una partida armada, una casa del vecino pueblo de Sarriá, llevándose á una doncella, hija del conceller Juan Gualbes. Inmediatamente el Consejo de Ciento mandó pregonar la cabeza del raptor, ofreciendo 300 florines á quien se apoderase de él, y dispuso que saliese el veguer en su busca con una partida de 200 hombres. La hija de Gualbes fué devuelta á su familia, y el raptor cayó en poder del somatén alzado contra él; pero reclamó el privilegio de estar tonsurado ó ser clérigo, y hubo que entregarle al tribunal eclesiástico [1]. No he podido averiguar lo que fué del Sant-Climent; pero vista la enérgica actitud tomada por el Consejo, es de creer que hubieron de quedar satisfechas la moral y la vindicta pública.

De todos modos, siempre es preciso hacer constar que reinó cierta agitación y cierto malestar en Cataluña mientras duró en Valencia y en las Baleares la guerra de las Germanías; y no deben perder de vista los lectores, pues importa mucho al objeto que el autor se propone, que pocos años después comienza la época de los bandoleros en Cataluña. Y es época ésta en la cual fijaré un poco la atención, ya porque se ha hablado poco ó nada de ella, ya porque tengo algunos datos hasta el presente desconocidos é inéditos con que poder ilustrarla, y ya, finalmente, porque en los bandoleros de Cataluña, aparecidos poco después de haber sucumbido el pendón de las Germanías, se ve claramente, en mi pobre juicio, un colorido político que se va dibujando á medida que el poder centralizador de

1 "A 4 de Agost 1520 Gaspar Burgués y de Sant Climent, donsell, ab gent armada de ballestes y spasas entrá en una casa de Sarriá y forcivolment sen portá una donsella, filla de Joan de Gualbes, conceller, y lo consell deliberá donar premi de 300 florins á quil pendria y 200 homes armats assoldejats qui anassen ab lo Veguer pera pendrel, etc.„ (*Manuscrito de Bruniquer*, cap. XXXV.)

Castilla iba absorbiendo nuestras libertades é iba aquí despertándose la ambición política de la nobleza.

II.

Caída la bandera de las Germanías, y esparcidos por las torres de las ciudades y encrucijadas de los caminos los miembros y cabezas goteando sangre de aquel Vicente Peris, tan heróico en su muerte; de aquel Guillén Sorolla, tan enérgicamente entusiasta; de aquel Juan Caro, tan conciliador y digno de premio, en vez de vituperio; de aquel misterioso *rey encubierto*, que podía ser de ruín origen, pero que era de hidalgas prendas, y de aquel Odón Colom de Mallorca, á quien con inicua muerte se pagó la nobleza de su conducta; roto, pues, el pendón de las Germanías, é inaugurada una época de terror para los demócratas, éstos hubieron de ceder el campo y desaparecieron por el pronto.

Las guerras contra los franceses, que comenzaron ya en 1521, y contra los turcos en seguida, tuvieron el privilegio de cautivar la atención, no sólo de estos reinos, sino de todos los de Europa, y en ellas se inauguró el degolladero á donde con el tiempo habían de ir á hacerse matar millares de iberos, regando con su generosa sangre un suelo extraño, para conquistar nobilísimas glorias que no trajeron al fin y al cabo otro resultado positivo á España, que el de una nueva página en su historia.

Pero comienzan á ceder las guerras después de aquel funestísimo desastre de Argel en 1541; se habla ya de paz, que luego se firmó en Crespi por Setiembre de 1544, y coincide con la paz la aparición de los primeros bandoleros en Cataluña. La primera noticia que hallo de ellos es del 1543, en los *Anales* de Feliu de la

Peña. Habla este autor de turbaciones promovidas en el país, y dice: «Por este tiempo inquietaba á los pueblos de Cataluña grande número de los que, faltando la guerra, quedan sin empleo, y le buscan en daño ajeno; y como sucediesen escándalos todos los días, encargó el virrey á Miguel Bosch de Vilagayá levantase gente para perseguirles, y ejecutádolo llegó á 13 de Abril con 60 de sus soldados á Caldas de Montbuy, en cuya villa halló algunos de los delincuentes: quiso prenderles; trabóse encuentro; murieron algunos de ambas partes, y entre otros mosén Bosch. Llegó el aviso al virrey: salió de Barcelona, seguido del somatén; persiguió á los vagabundos hasta sacarles del Principado; retiráronse los más á Francia; murieron algunos en los encuentros, y los que hicieron prisioneros los del somatén pagaron sus errores con la vida en las horcas de Barcelona.» (Feliu de la Peña, lib. XIX, cap. VI.)

Esto dice Feliu, y lo hallo efectivamente confirmado, aunque con menos detalles, en los dietarios de la época.

Durante todo aquel año prosiguieron las turbaciones en Cataluña, sin que ni el somatén levantado ni la activa persecución llevada á cabo por el mismo virrey en persona hubiese logrado exterminar á los que tenían en alarma el país.

Había comenzado ya, con las alteraciones de 1543, la época de los bandoleros.

En 18 de Julio de este año perecieron en las horcas de Barcelona 15 bandoleros con su jefe, al cual los dietarios llaman el Moreu Cisteller. (*Dietario* de 1543, en el archivo de Casa de la ciudad.) Probablemente serían estos bandoleros de la partida que había dado muerte á Bosch de Vilagayá.

Estos castigos fueron inútiles. Aunque sofocado momentáneamente, no tardó el bandolerismo en volver á

alzar la cabeza, pues que á principios de 1544 se halla otra vez el país en agitación, y se dice que los *mals homens* se habían hecho nuevamente fuertes en Caldas de Montbuy, la cual villa parece haber sido por largo tiempo el cuartel general de los bandoleros.

En Febrero de este año de 1544 se levantó somatén (*Dietario municipal*) para perseguir á los que tenían alterada la tierra; pero no debió dar gran resultado, pues consta que á 15 de Abril salió el virrey en persecución de *Antonio Roca*, á quien se llama *famoso bandolero*. Con el virrey no salió—y es cosa digna de notar—la bandera de Santa Eulalia, señal de que el poder civil no quiso mezclarse en ello. Le acompañaban sólo dos de la Rota y muchos caballeros. (*A* 15 *de Abril de* 1544, dice el *Manuscrito de Bruniquer*, cap. XXXV, *lo virrey ab los de la Rota y molts cavallers anaren á Caldas de Montbuy en persecució de Antony Roca, famós bandoler.*)

No me ha sido posible averiguar qué éxito tuvo esta expedición; pero tampoco debió ser muy satisfactorio, cuando se halla que á 26 de Enero de 1545 se levantó somatén general en toda Cataluña. (*A* 25 *de Janer somaten general per tota Catalunya,* dice el *Dietario* de aquel año.) Lo mismo que en lo tocante á la expedición del virrey, callan los dietarios el resultado obtenido por este somatén; y adviértase que la circunstancia de haber sido general en Cataluña, hace creer que los bandoleros se habían extendido á varias comarcas.

Son escasas y muy concisas las noticias que los manuscritos de nuestros archivos nos proporcionan tocante al punto que nos ocupa. Sin embargo, esta concisión, este silencio mejor, no basta á ocultar la importancia del bandolerismo. Tenía éste jefes aguerridos y contaba con huestes disciplinadas, favoreciéndole algunas villas y poblaciones más ó menos abiertamente.

El jefe principal era Antonio Roca. No he podido

adquirir ninguna noticia de él; pero debió mover gran ruido cuando los dietarios le llaman unos *famoso* y otros *célebre*, y cuando en las *Memorias* de Felipe de Comines (tomo II de la traducción castellana, pág. 54) se dice que burló la persecución del virrey y *se atrevió á desafiar ciudades tan principales como Barcelona, Gerona y Lérida.*

Luego ese hombre, cuyo cuartel general estaba también en Caldas de Montbuy, traía una hueste á su disposición. Parece que su influencia y popularidad eran grandes en el país, y sin embargo de que carezcamos de detalles para poder apreciar debidamente su importancia, todos los datos inducen á creer que tenía mucha y que había llegado á inspirar serios temores á los gobernantes. Demuestra claramente la importancia de este bandolero una nota que se lee en un dietario del archivo de Puigcerdá, según la cual, á 13 de Setiembre de 1544, entró Roca en Cerdaña al frente de *tres mil* hombres, retirándose después de haber incendiado las poblaciones de Vía, Ro y Rajanda.

Antonio Roca acabó por caer en poder del virrey. Se había retirado á Francia, y las autoridades de aquel país se apoderaron de él, entregándolo á los gobernantes de Cataluña. Con referencia al 26 de Junio de 1546, se halla la noticia de haber sido sentenciado á muerte (*Rúbrica Bruniquer*, cap. XXXV, sacando la noticia de un dietario particular); y si bien esto y el no hablarse en los dietarios de otros sucesos pudiera hacer creer que se había conseguido dar un golpe de muerte á los bandoleros, hallo una prueba de que éstos se mantenían firmes en el país, y de que el bandolerismo proseguía en campaña durante el 1547, en una nota acerca de la administración del Hospital general, la cual dice que á 17 de Enero de 1547 nombraron los concelleres administrador á Juan Luis Lull, porque Ramón Dusay es-

taba ausente á causa de los bandos. Y aun está la nota redactada de tal manera, que no parece sino que el Ramón Dusay era uno de los bandoleros.

Véase si no cómo dice:

A 17 de Janer de 1547 perque Ramon Duzay per sa bandositat no podia enténdrer en la administració del Hospital General, perso durant sa absencia feren administrador á Joan Luis Lull. (*Manuscrito Bruniquer*, cap. XXXIII.)

En 1550 vuelven los dietarios á hablar de bandoleros, dando bien claramente á entender que en todos aquellos años habían tenido alterada esta tierra.

Se habla de haber salido el virrey con grande hueste el día 22 de Abril de 1550, después de haber llamado á somatén general, dirigiéndose á las comarcas de Urgel, donde parece que los bandoleros habían sentado por el pronto sus reales, y en 1553 hubo necesidad de levantar otro somatén general en toda Cataluña. (*Bruniquer*, cap. XXXV.)

¿Qué resultado dió esta expedición? El mismo silencio de siempre. No se dice: ó al menos, no he sabido yo hallarlo en mis investigaciones.

Se ve, sin embargo, que la cosa iba poniéndose seria cada vez más. Los bandoleros tenían dominada á Cataluña, y contaban con el apoyo de muchas poblaciones, habiendo llegado á poner en campaña huestes organizadas y regimentadas. ¿Y eran estos hombres meramente ladrones de camino real?

III.

Al comenzar el año 1553 continuamos viendo á los bandoleros en campaña. No consta quién era su jefe, pero sí he hallado que eran muchos hombres y que se apoderaron, á la fuerza ó por avenencia, de varias po-

blaciones. Ya no eran partidas sueltas, eran compañías de bandoleros, y creo que esto da algo que pensar.

Algún disgusto general debía haber, algún malestar, alguna llaga existía en el fondo de todo, cuando se iban formando, creciendo, organizándose y reemplazándose aquellos cuerpos numerosos de bandoleros, cuyo origen se halla en Cataluña á poco de haber sucumbido en Valencia y en Mallorca la causa de los agermanados, y en Castilla la de los comuneros.

El último somatén general de 1550 no debió producir gran resultado. Hubo, según ya hemos dicho, necesidad de levantar otro, general también, y éste, como el anterior, estuvo muy lejos de acabar con los bandoleros, que prosiguieron su vida ordinaria.

Se creyó entonces, sin duda, por el poder centralizador de la corte, que debían tomarse varias medidas para acabar con los trastornadores de la paz en Cataluña, y vino de virrey en 1554 el marqués de Tarifa.

Ya hubiese recibido instrucciones para el caso, ya quisiese obrar bajo su responsabilidad, es lo cierto que tomó enérgicas medidas, sin más consejo ni dictamen que el suyo propio. Sin entenderse de leyes, libertades y constituciones de Cataluña, las cuales serían para él trapos viejos y papeles mojados, comenzó por sí y ante sí á levantar somatenes, armar gente y derribar castillos y *masías*, bajo pretexto de que en ellos eran amparados ó se refugiaban los bandoleros.

El país se alarmó, y levantóse un grito de indignación general, no contra los bandoleros, sino contra el virrey. Los concelleres escribieron al rey una larga carta quejándose de los desafueros cometidos por el marqués de Tarifa, y pidiéndole nombrase otro virrey. (Archivo municipal: *Cartas comunas*. Volumen correspondiente á este año.)

Alarmose también la diputación, y convocó á junta

de los tres estados ó Brazos, resolviéndose en esta asamblea acudir al virrey y representarle que lo mandado por él era contrario á las leyes, pragmáticas, constituciones y privilegios de Cataluña. (*Dietario* del archivo de la Corona de Aragón.) Fué la embajada con esta misión, pero se volvió como había ido. El virrey se negó terminantemente á revocar la orden.

Serio amenazaba ser el conflicto, y su gravedad subió aún de punto cuando á 9 de Noviembre salió el virrey de Barcelona para Perpiñán, llevándose consigo la real Audiencia. Las cosas hubieran podido parar en mal, si en la corte no hubiese habido más prudencia que la que manifestó tener el marqués de Tarifa. El príncipe gobernador D. Felipe dió orden para que el virrey y Audiencia volviesen á Barcelona, y se procuró matar el asunto.

Pero el marqués de Tarifa continuó en su cargo de virrey, favorecido por la corte, y con dejarle á él en su puesto, se demostró bien claramente que había sonado la hora de entrar á saco el código, hasta entonces inmaculado, de las constituciones catalanas.

Por algunos años no vuelvo á encontrar noticias de bandoleros.

Sólo al llegar á 1565 hallo que corría el país Bartolomé Camps, á quien se llama bandolero famoso, con lo cual se prueba no ser aquel año la vez primera que se presentaba, y de quien se dice que residía comunmente en Caldas de Montbuy, villa que parece ser realmente el foco y el baluarte de los bandoleros en el siglo XVI. Bartolomé Camps fué perseguido, preso y ajusticiado en Barcelona el 4 de Junio. (*Fou sentenciat á 4 de Juny de* 1565 *Bartomeu Camps bandoler y ladre famós,* dice el *Dietario* del archivo municipal.)

En este año mismo de 1565 hubo grandes alteraciones y disturbios en Cerdaña. Los bandoleros domina-

ban por completo aquella tierra. El 1.° de Setiembre de aquel año llegó á Puigcerdá el virrey príncipe de Mélito con su esposa, y mandó quemar muchas casas en el valle de Querol y derribar dos en Puigcerdá, *per rahó de las bandositats*. Hizo firmar á los pueblos la unión contra los bandoleros, y dió orden para que fuesen entregadas á las llamas algunas casas de Ribas y algunas masías de aquellos contornos. Consta todo esto en el archivo de Puigcerdá.

Por aquellos tiempos sucedieron en Cataluña cosas que dejo mejor explicadas en el cuerpo de mi HISTORIA, presentándolas bajo un punto de vista distinto de como las presentan los historiadores y los analistas generales. Hay quien pinta aquellos sucesos de un modo diverso de como pasaron, y cuando así se escribe la historia, no es nada de extrañar que en otros asuntos se nos oculte lo verdadero.

Es imprudencia pretender apoyarse en nuestros analistas como en artículos de fe, para combatir lo que la crítica histórica vá descubriendo y desterrando. Nunca la luz artificial será la luz del sol. Según qué autores se lean, los agermanados de Valencia y de Mallorca, por ejemplo, no fueron otra cosa que miserables bandoleros encenegados en los crímenes. Según á qué otros autores se lea, los bandoleros catalanes no fueron sino bandidos sin ley y sin conciencia, ladrones de camino real, *lladres de pas*. Y sin embargo, hay pruebas bastantes para creer y para afirmar, en épocas determinadas, que los bandoleros catalanes, fuesen más ó menos criminales, llevaban la misma idea y enarbolaban el mismo pendón que más tarde hombres políticos trataron de levantar y llevar á cabo.

Pero hablar de idea política con referencia á bandoleros es un sacrilegio á los ojos de algunos, que sólo quisieran que la historia fuese la mitad de la verdad, y

aun esta mitad encaminada á servir sus intereses particulares. Los documentos oficiales, dirán éstos, hablan de los bandoleros como de unos meros ladrones. Pues qué, ¿hablan, por ventura, los documentos oficiales relativos á la Inquisición, de haber sido ésta mal recibida en el país y de haber sido arrojados los inquisidores de algunos pueblos á pedradas?

No, no es en las alocuciones de los virreyes donde debe irse á buscar la verdad tocante á los bandoleros.

IV.

Y digo esto, porque en 1568 vuelve á encontrarse noticia de partidas armadas que corrían los pueblos, y comienza á hablarse ya de un hombre llamado el *Moreu Palau*, como de un jefe de bandoleros.

Hubo necesidad de levantar un nuevo somatén, y se halla en el *Dietario* que á 14 de Junio de dicho año los concelleres y los diputados enviaron embajada al virrey, que lo era entonces el príncipe de Mélito, exponiéndole sus quejas y sus protestas por haber hecho derribar casas y castillos, *á titol que recaptavan bandolers.*

Los lectores irán notando, supongo, que en toda esta cuestión de bandoleros se ve siempre al poder civil en lucha con el poder militar. Añádase á esto el silencio significativo, expresivo, de los cronistas que con el mayor celo y la mayor puntualidad, sin embargo, se consagraban á ir anotando día por día todo lo notable que ocurría en Barcelona y en el Principado, apuntando hasta las fiestas más insignificantes y los acontecimientos de menor monta. Respecto á los bandoleros, no se hallan más que ligeras noticias, notables y expresivas por su laconismo. ¿No significa algo todo esto?

Los bandoleros continuaban en 1571. No hablaban de ellos los dietarios; pero por cierto documento, á que incidentalmente se refiere nuestro analista Feliu de la Peña al ocuparse de otro asunto (*Anales*, lib. XIX, capítulo X), se ve que en 1571 Antich Zarriera, caballero de la Orden de Santiago, fué nombrado por el virrey de Cataluña, á nombre de S. M., coronel de un regimiento, para librar al Principado de *las sediciones de trescientos hombres que le perturbaban*. Naturalmente, estos 300 hombres serían de los llamados bandoleros.

¿A cuántos llegarían en número, esos 300 hombres confesados por los documentos oficiales? No se sabe ni he podido averiguarlo.

En los dietarios y papeles de 1573 consta, siempre con el mismo laconismo, que á 31 de Marzo fué hecho prisionero en Igualada el famoso *Moreu Palau*, que venía ya figurando desde los años anteriores en la línea de bandoleros célebres. Fueron presos con él 63 de sus compañeros.

La *Rúbrica de Bruniquer*, de donde saco esta noticia, no da más detalles. Se ignora si hubo combate para prenderlos; si la población de Igualada tomó parte en su favor; si el *Moreu Palau* y sus compañeros fueron sentenciados ó solamente desterrados del país.

Son datos aislados todos los que encuentro tocante á este asunto de bandoleros; y si bien no tienen interés cada uno por separado, juntos, y con esa extraña continuidad con que se van sucediendo y reproduciendo, prueban, por lo menos, que había cierto malestar en el país por alguna causa producido.

Después del *Moreu Palau* viene *Montserrat Poch*. En memorias del 1575 se habla de éste como de un sedicioso muy atrevido y audaz, si bien no se particulariza ningún hecho. Tuvo también, por lo que parece, su cuartel en Caldas de Montbuy, y durante todo aquel

año de 1575 y siguiente de 1576 estuvo por él la tierra catalana en grandes alteraciones. En la *Rúbrica de Bruniquer* consta sólo que en 1576, á 2 de Octubre, fué sentenciado *Montserrat Poch, bandolero famoso.* No he podido hallar más datos.

Que en el fondo de este bandolerismo continuo, incesante, infatigable, había una idea política, á mí no me cabe duda alguna, y luego citaré comprobantes en apoyo de mi proposición; pero que también á la sombra de esta idea política se lanzaban á correr el país compañías de merodeadores y facinerosos, sin más objeto que el robo y el saqueo, lo tengo asimismo por muy cierto. A bien que esto ha sido y será siempre. ¿No lo hemos visto en las guerras civiles de nuestra misma edad?

Esto hizo que se sentaran por aquel tiempo las bases y reglamento de la llamada *Unión* ó *Santa Unión*, que consistía en unirse las ciudades y villas para exterminar á los ladrones; pero esta *Unión*, por dificultades que no se particularizan, tardó mucho en llevarse á efecto. Hasta principios del siglo siguiente no comenzó á dar resultados, y leyendo lo mucho que se escribió sobre este particular, no parece sino que los mismos encargados de llevarla á cabo iban retardando su cumplimiento, cual si hubiese una causa secreta que les impulsase á dejar sin efecto la *Unión*. La causa secreta podía muy bien ser el no avenirse á perseguir á los bandoleros, aun cuando se quisiese exterminar á los ladrones; pues, fijándose bien, se ve que aquéllos eran una cosa y éstos otra, aunque de las dos quisiesen hacer una misma el virrey y los delegados del poder central de Madrid, que eran los que con más ahinco instaban para llevar á cabo esta *Unión*. Léase con algún detenimiento todo lo que sobre este particular consta en la *Rúbrica de Bruniquer*, dietarios y acuerdos y deliberaciones del Consejo, existente todo en nues-

tro archivo municipal, y de seguro que quien con cuidado lo lea, acabará por tener la misma convicción que el autor de estas líneas. De todos modos, la *Unión,* de la cual se sentaron ya bases en 1576, no se realizó hasta 1606, como vamos luego á ver, es decir, hasta pasados treinta años, un tercio de siglo después. Bien significa algo este dato.

El bandolerismo no desapareció, antes cobró mayor fuerza. Desde 1576 á 1592 se habla vagamente de un jefe llamado *el Minyó (Memorias* de Felipe de Comines, lugar citado), y se ve que existían grandes compañías de bandoleros, aumentando ó decreciendo en número é importancia, según las circunstancias. (Acuerdos del Consejo de Ciento en el archivo municipal.)

Pero llegamos ya á la época en que vemos al bandolerismo tomar serias proporciones: á la época célebre, pero muy desconocida aún, de los *narros* y *cadells.*

V.

Algunos años después de publicada mi primera edición de la Historia de Cataluña, donde reuní sobre el bandolerismo todos los datos que entonces habían llegado á mi noticia, los azares de mi atormentada vida me llevaron en 1866 á Cerdaña. Allí trabé relaciones íntimas con D. José María Martí, persona á quien conocía poco de trato, pero mucho de reputación y nombre. Martí, sobre ser una persona de profundos conocimientos, es una especie de crónica encarnada en la Cerdaña, á la cual ha prestado importantísimos servicios, ya con el arreglo del archivo de Puigcerdá, ya con el hallazgo de manuscritos y lápidas, que son dos grandes elementos para facilitar la historia de un país como aquél.

Díjele que iba en busca de ciertos datos sobre el bandolerismo, que, según vagas noticias mías, había sido muy poderoso en Cerdaña, y púsome delante un manuscrito tan curioso como notable, tan notable como importante.

Es un *Dietario* que se conserva en el archivo de Puigcerdá, comenzado á escribir por Juan Onofre de Ortodó, notario de dicha villa, el año 1584. Tiene este *Dietario* unas cubiertas de pergamino, en el centro de las cuales hay el escudo de Puigcerdá; encima se lee: *Dietarium fidelissime ville Podis Ceretani*, y debajo: *Sola virtus expers sepulcri*.

Los datos que hallé en este libro completaron mis noticias y afirmáronme en mis opiniones.

Se ve de una manera clara y evidente que la Cerdaña fué el país clásico de los bandoleros y del bandolerismo. Por espacio de muchos años fueron los bandoleros reproduciéndose, llegando á tener verdaderos ejércitos; contando con villas y castillos; teniendo á su frente nobles, caballeros y hombres de arraigo en el país; poniendo sitio á poblaciones importantes, y burlándose del poder y de las medidas tomadas por los virreyes.

Procedamos por orden.

Ya hemos visto que en 1565 el príncipe de Mélito llegó á Puigcerdá, tomando varias medidas para extirpar el bandolerismo.

Por el *Dietario* de Ortodó vemos que éste continuó triunfante.

En 1568 se nombró en Puigcerdá un consejo de guerra para resistir á los bandoleros, que, aliados con los hugonotes de Francia, infestaban el país.

En 1570 se acordó comprar banderas para los regimientos, y formar *unió contra 'ls mals homens*.

En 1573 se ve tomar serias providencias, á fin de

proveer la villa de Puigcerdá de arcabuces, picas y pólvora para los hombres de armas defensores de dicha villa, y en 1575 se halla que el consejo de Puigcerdá obtuvo permiso para batir 3.000 ducados de oro, llamados *menuts*, á fin de reparar las murallas de la población.

Se halla que el mismo año, en virtud de la unión formada, se dió facultad á ciertas personas para expulsar á los bandoleros.

Con referencia al 1.° de Enero de 1580, consta que el veguer de Puigcerdá tenía presos en el castillo *á cuatro bandoleros de la compañía de Tomás Banyuls, señor de Liern*, y que, sabiéndolo éste, *con más de setenta bandoleros sorprendió el castillo y se llevó los cuatro presos.*

El 11 de Mayo llegó á Puigcerdá el virrey de Cataluña, que lo era entonces D. Francisco de Moncada, y para castigar á los culpables por la dicha sorpresa del castillo, hizo ahorcar á Tomás Pertils y al soldado Riera, y desterró al alcaide Muntallá por no haber dormido aquella noche en el castillo.

Siguiendo el *Dietario* de Puigcerdá, fué año de bandoleros el de 1581, distinguiéndose señaladamente Tomás de Banyuls *con su cuadrilla*, que fué á poner sitio á Oleta. Acudió mucha gente, de orden del virrey, por la parte del Rosellón y Cerdaña, con el gobernador Misser Osset, doctor del real consejo, y muchos caballeros y vegueres. Hubo, según parece, varios encuentros, se levantó somatén, y el de Banyuls con su gente, franceses y catalanes, que por lo visto eran muchos, se fueron á Francia, mientras que Misser Osset, después de haberlos perseguido, regresó á Oleta, á cuyo lugar mandó prender fuego. Fué esto por la Cuaresma de 1581. (Véase el apéndice II.)

Según todas estas noticias, tenemos á un noble de *cap de cuadrilla*, de jefe de bandoleros. La partida alzada por Tomás de Banyuls, ¿llevaba intenciones de robo?

A otro noble comenzamos ya á ver figurar este mismo año como *cap de cuadrilla* también.

Efectivamente: según el citado *Dietario* de Puigcerdá, durante el mes de Diciembre entraron por el valle de Querol 225 franceses, hugonotes y otros, reclutados por Galcerán Cadell. Esta partida de bandoleros entró en Cerdaña á son de guerra, cometiendo varios desafueros y corriéndose hasta la Seo de Urgel. En el campo de Lles tuvieron una refriega con los que les perseguían, muriendo algunos de ellos y perdiendo un mortero que llevaban, volviéndose á Francia. El virrey envió á Misser Oliva y Misser Fermín Sorribes para pacificar el país, consiguiéndolo éstos por el pronto, dando carta de guiaje ó salvo-conducto á algunos bandoleros y desterrando á Galcerán Cadell y á otros. (Véase el apéndice III.)

Tenemos, pues, á otro noble en campaña de jefe de bandoleros.

Debe ser en esta época cuando la parcialidad que capitaneaban los nobles Banyuls y Cadell comenzó á tomar color político, y cuando comenzaron también los bandos de *narros* y *cadells*, que tan famosos debían hacerse con el tiempo.

Era la de Cadell una familia ilustre de la Cerdaña, originaria de Puigcerdá, que ha dado un número considerable de personajes distinguidos á la historia. Se tiene ya noticia de Raimundo Cadell, jurisconsulto de Puigcerdá, que obtuvo un privilegio de Nuño Sancho, señor soberano del Rosellón y de Cerdaña, el 3 de los idus de Abril de 1222. (Véase el apéndice IV.)

Los Cadells eran señores del castillo de Arseguel, cuyo lugar existe aún en Cerdaña, lo propio que una torre que se llama de *Cadell*, y tenían por escudo de armas tres cachorros de oro.

Prosigamos ahora recogiendo notas del *Dietario* de Puigcerdá.

En 1588 encontramos á otro Cadell en campaña. Fué la de los Cadells una familia en que parece que los jefes de bandoleros se fueron sucediendo de padres á hijos.

«A 7 del mes de Noviembre de 1588, dice el *Dietario* en cuestión, del cual traduzco al pie de la letra esta nota, entendiendo el señor virrey D. Manrique de Lara los estragos que hacían *los bandoleros de la parcialidad* de Mosén Jonot Cadell de Arseguel en la tierra de Cerdaña y otras partes vecinas, envió al magnífico Misser Francisco Ubach, doctor del real Consejo, á esta villa de Puigcerdá para asentar la unión y dar remedio de justicia á la tierra, y también envió á Misser Enrich á Lérida, y á Misser Mur á la Seo de Urgel para el mismo efecto. Aquí ha hecho mucha justicia el citado Mosén Ubach, persiguiendo á los bandoleros y sitiándoles en Arseguel, en cuyo sitio mataron al *miñó* de Montella y al *miñó* de Capsir, y alzaron somatén y acudió toda la tierra, y también Misser Mur con los de la Seo de Urgel, y también acudió Bañuls con 300 hombres. Duró el sitio siete ú ocho días, y levantáronlo por no poder resistir el mal tiempo y el frío.»

De esta nota se desprenden varios datos importantes, pues á más de venirse en conocimiento de que los bandos se habían extendido por Lérida y la Seo de Urgel, se ve que Juan ó Jonot Cadell estaba al frente de una parcialidad numerosa, y que en su castillo de Arseguel se hacía fuerte contra los que le combatían, saliendo vencedor por el pronto en la contienda.

Otra particularidad de esta nota es la de que parece que esta vez la cuadrilla ó la fuerza del bandolero Tomás de Banyuls, que se componía de 300 hombres, apoyó á Misser Ubach contra el bando Cadell. ¿Es que la parcialidad de Banyuls representaba un partido contrario á la de Cadell? ¿Y qué partido representada Ba-

nyuls, cuando las fuerzas del gobierno no tenían inconveniente en unirse con él, siendo así que antes le habían perseguido?

Otras noticias del mismo *Dietario* prueban que el país de Cerdaña continuó siendo teatro de bandoleros; pero todas estas noticias son breves, llenas de misterio, notables por su laconismo, é importantes, más por lo que callan que por lo que dicen.

Así, por ejemplo, hallamos que en 1587 hubo grandes *disensiones de partido y de bando* en Puigcerdá, sin detalle alguno, y que 6.000 hugonotes pretenden, en Diciembre de 1588, entrar en Cerdaña, apoyados por los bandoleros, sin poder conseguir su objeto.

VI.

Vamos ahora amontonando datos, y acudamos otra vez á los archivos de Barcelona.

Hallo que en 1592 surgían grandes y transcendentales desavenencias en el seno de la diputación con motivo de las medidas tomadas para expulsión de bandoleros. Creyóse necesario reunir junta de Brazos, y hubo grandes contiendas, dividiéndose en fracciones, formándose en mayorías y minorías, aceptando unos por cabeza ó jefe á un diputado, otros á la diputación y otros al Brazo militar. Los concelleres se retiraron del parlamento, manifestando querer permanecer independientes. (Véase el apéndice VI.)

¿Cómo tanta agitación, tanta reyerta y tantos disturbios, si sólo se trataba de perseguir á bandoleros verdaderamente bandoleros, á ladrones verdaderamente ladrones, á criminales verdaderamente criminales?

Lo cierto es que estas luchas y disensiones existieron, y no pueden ocultar los dietarios la agitación rei-

nante entonces en el país; lo cierto es que había grandes turbaciones en el Principado y no salió la bandera de Santa Eulalia; lo cierto es que por entonces se halla esta nota sola, única, lacónica en el *Dietario:*

«A 26 de Setiembre de 1592, el virrey dió aviso á los concelleres de cómo había mandado sitiar el castillo de Arseguel, porque Cadell se hacía fuerte en él con otros bandoleros, y fué tomado y derrocado.»

Ahora bien; ya hemos visto que Cadell era un noble, y no podía ser un noble tan oscuro ni tan vulgar cuando dejó nombre á toda una facción que vivió largos años y por él se llamó *de los Cadells;* por fuerza algo debía ser, algo debía representar, cuando tanta excitación se promovió, particularmente entre la nobleza, al tratarse de su persecución.

Gracias á una nota del *Dietario* de Puigcerdá, correspondiente al 1598, donde por incidencia se refiere algo del 1592, me hallo en el caso de poder completar el vacío que se observa por su laconismo en el *Dietario* de Barcelona.

Efectivamente, he aquí lo que se desprende y se sabe:

Desde que Jonot Cadell apareció como jefe de bandoleros, éstos hubieron de tomar gran incremento. El *Dietario* ceretano dice que se había hecho tan fuerte, tan poderoso y tan temido, que no había manera de vivir tranquilo en las tierras de Cerdaña, de Baridá, Urgellet ni casi en Cataluña. Constantemente había en el castillo de Arseguel un cuerpo de 200 bandoleros, quienes, en sus frecuentes excursiones, saqueaban, no sólo casas, sino que hasta entraban en villas amuralladas y poblaciones de muchos habitantes, estando apoderados de todos los pasos y puertos de la Cerdaña.

D. Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda, virrey que á la sazón era del Principado, determinó acabar con aquel foco de bandolerismo, y comisionó, con

plenos poderes, á D. Juan de Queralt, gobernador de los condados de Rosellón y Cerdaña, el cual fué á poner sitio al castillo de Arseguel con una hueste compuesta de gente de Cerdaña, de gente de algunas veguerías de Cataluña y de 200 castellanos, de quienes era capitán «el valiente Argensola, caballero famoso y antiguo en las guerras de Flandes.»

Según el *Dietario* de Puigcerdá, el sitio del castillo de Arseguel no fué en 1592, como dicen las notas de Bruniquer, sino que se puso el día de Santa Tecla, que es á 22 de Diciembre del año 1593.

Por espacio de un mes duró el sitio, teniendo lugar muchas escaramuzas y muertes de sitiados y sitiadores, hasta que por fin, falto de víveres y sobre todo de agua, Jonot Cadell abandonó una noche el castillo, dejándolo á disposición de los sitiadores. Lo particular del caso es que, á pesar de hallarse dicho castillo estrechamente sitiado, Jonot Cadell halló medio de salir libre con toda la guarnición, que se componía, al decir del *Dietario*, de un caballero llamado Felipe Queralt, compañero de bandolerismo de Cadell, de los bandoleros de Arseguel, y de muchos payeses de aquellos contornos con sus mujeres y familias.

Los fugitivos de Arseguel se refugiaron en el condado de Foix, á donde pudieron llegar sin tropiezo guiados por los naturales del país, y entonces, por orden del virrey, se mandó quemar y asolar el lugar de Arseguel, confiscándose á Cadell todos sus bienes.

Jonot Cadell, á lo que parece, murió á poco tiempo en el condado de Foix; pero cinco años después, y obsérvese bien esto, pues es dato digno de la mayor observación, fueron devueltos á su familia, por acuerdo de las Cortes celebradas en 1599 en Barcelona, todos los bienes que le habían sido confiscados. (Véase el apéndice núm. VII.)

Terminemos ahora con los demás datos que he podido recoger referentes á noticias del siglo XVI.

Se halla que á 10 de Noviembre de 1594 partió Juan Sala, síndico de Barcelona, para la corte por el agravio de haber sacado de Cataluña á Pedro de Mur y de Navarro y á otros cabecillas. *(Y altres caps,* dice la *Rúbrica Bruniquer* en su cap. XXXVIII.) No queda duda con esta noticia, que el Pedro de Mur era jefe de bandoleros, y por consiguiente, tenemos á otro noble en campaña y de *cap de cuadrilla,* sin contar los *altres caps* de que ella nos habla.

Por fin, y para terminar con las noticias referentes á este siglo, en 1598 hubo de nuevo grande alteración por las tierras de Cerdaña. Una hueste de 3.000 franceses, mandada por M. de Durban y por el vizconde de Lacourt, atravesó la frontera penetrando en son de guerra. Iba guiada por los muchos bandoleros naturales de Cerdaña que se habían recogido en el condado de Foix con Jonot Cadell, después de la caída de Arseguel. Parece que el país en masa se levantó contra los invasores, acudiendo gentes de todas partes, según puede verse en el apéndice núm. VII, y después de varias escaramuzas y encuentros hubieron de volverse á Francia, rechazados vigorosamente de todos lados, con pérdida de 700 hombres. (Véase el apéndice VII.)

VII.

A principios del siglo XVII hallamos ya dibujándose claramente en nuestra historia las parcialidades de *narros* y *cadells*; pero si bien se ve su importancia, si bien se tocan sus efectos, reina sobre estos bandos la más lamentable oscuridad.

Agruparé, sin embargo, cuantos datos pueden ser-

virnos para esclarecer este período de nuestra historia, cuantas noticias he podido recoger en archivos y libros con el fin de hacer la luz en esa especie de caos.

Comencemos por los dietarios y hojeémosles hasta 1616, época en que se supone dieron fin estos bandos, aun cuando no fué así, pues les hemos de ver reproducirse más adelante todavía.

A principios del siglo XVII los bandoleros eran poderosísimos y tenían á toda Cataluña en agitación y en armas, pues se halla noticia de ellos en Rosellón, en Cerdaña, en Urgel, en Vich, en el campo de Tarragona y en el llano de Barcelona. Los dos bandos se daban encarnizadas batallas, y á su sombra, y protegidas por unos y otros, vivían regimentadas compañías de ladrones. Tratóse entonces de realizar la *Unión*, y á 23 de Diciembre de 1605 volvieron á sentarse las bases de ella *(Rúbrica Bruniquer*, cap. XXXV), tocándose ya sus efectos el 18 de Marzo de 1606. En dicho día sucedió en Barcelona un gran alboroto entre unos de la *Unión* y ciertos hombres recogidos en una casa junto al Hospital. Se tocó la campana; acudieron allí los de la *Unión*; defendiéronse los otros cuanto les fué posible, y por fin se les prendió en el convento del Carmen, á donde se habían retirado. «Fué cosa notable lo de aquel día (dice la *Rubrica Bruniquer*, cap. XXXV), y fué el primer efecto de la *Unión.*»

A 10 de Noviembre de 1612 celebróse Consejo de Ciento para tratar de la persecución de ladrones y bandoleros, y decidió la ciudad hacer 25 soldados. (Acuerdos del Consejo de este año.)

A 11 de Julio de 1613 otra vez Consejo de Ciento para tratar de la muerte del conde de la Bastida, á quien los bandoleros mataron viniendo de Montserrat, donde estaba el príncipe de Saboya, del que era gran privado. (Acuerdos de este año.)

A 9 de Noviembre del mismo 1613 otra vez Consejo para tratar de persecución de ladrones y bandoleros, y la ciudad ofreció hacer y pagar 500 hombres cuando saliere el virrey por la veguería con somatén general. (Acuerdos de este año.)

A 21 de Octubre de 1614 se decidió que saliese el conceller *en cap* como jefe de los 500 hombres. (Acuerdos de este año.)

Leyendo las sesiones celebradas por el Consejo de Ciento en 13 de Octubre de 1514 y en 15 de Julio de 1615, se viene en conocimiento, á pesar de lo difícil que es su lectura por hallarse el papel muy maltratado, de que los bandoleros eran dueños de todo el llano de Barcelona, y llegaban hasta las mismas puertas de la ciudad, contándose varios robos, homicidios y secuestros de personas acaecidos en Sans, San Quirse y otros pueblos vecinos á la capital.

Nada más he sabido hallar en los archivos de nuestra ciudad. Vamos, pues, á buscar noticias en otras fuentes.

Por los años de 1606 daban mucho que hacer en Reus y campo de Tarragona los *narros* y *cadells*, y se sabe que en aquella comarca hubo encuentros y refriegas encarnizadas entre ambos bandos. En 20 de Junio del año citado se celebró una concordia ó compromiso, que duró tres años, entre las ciudades de Tortosa, Reus y otras muchas universidades del Principado, cuyo objeto era la persecución y exterminio de ladrones y bandoleros que infestaban el país, prometiéndose por cada uno de los criminales que se cogiese, 100 libras al aprehensor, satisfechas de los fondos de las mencionadas universidades, cuyas disposiciones fueron acordadas en Tortosa, y su reglamento impreso en Barcelona con el título de *Constitucions de deners, cincuanteners y centeners*. (*Anales de Reus*, cap. IX.)

También por los archivos de Vich consta que en aquel país se planteó la *Unión*, pero no tuvo lugar hasta 1612, lo cual fué necesario hacer por «los muchos disturbios que en dicha comarca de Osona ocasionaron los bandos de turbulentos señores y los atropellos de los bandoleros.» (*Historia de Vich*, pág. 154.)

VIII.

En la casa de Fontanellas de Vich, hoy de Abad, existe un *Dietario* particular y en él unas notas, de las cuales se me ha facilitado copia. Las traslado, traduciéndolas del catalán textualmente, permitiéndome sólo subrayar ciertas palabras para fijar la atención de los lectores:

«José Fontanellas y Pradell, en el año 1613, fué capitán de una de las dos compañías de tercios catalanes de la ciudad de Vich. El día 23 de Setiembre de dicho año fué con su compañía, unido á otros tercios catalanes, á sacar á los *franceses* de la villa de Manlleu. A los 2 de Agosto de 1614, con su compañía y 12 caballos del teniente general D. Francisco Galvó, fué á convoyar 340 franceses, entre ellos un coronel y cuatro capitanes que los *españoles* habían hecho prisioneros en Puigcerdá. A los 26 de Agosto de 1614 asistió al sitio que se puso á la Abella, donde se había hecho fuerte una partida de migueletes *afrancesados*, cuyo comandante era el *hereu* Moncau de Tagamanent. Duró el sitio dos días y una noche, defendiéndose valerosamente: el segundo día, á las ocho de la mañana, después de haber abierto una brecha, entraron por asalto gritando dicho Fontanellas y otros *¡Viva España!* y ellos se retiraron á una buena torre que había muy fuerte, les intimaron que se rindiesen, y no lo quisieron hacer si no

se les aseguraba la vida: entonces continuó el combate más encarnizado que nunca, y comenzaron á abrir una mina para volar la dicha torre, y trabajando en la mina oyeron ruido encima, y temiéndose que ellos no hiciesen una contramina para desbaratarles los trabajos se les intimó de nuevo que se rindiesen, que se les conservaría *quince días de vida;* y no habiendo querido aceptar, se puso un barril de pólvora en la mina y se prendió fuego, y se voló la torre, de la cual se destruyeron las tres cuartas partes, y los colgó á todos menos al capitán y á otros cuatro que fueron conducidos á Barcelona, donde arrastraron vivo al capitán Moncau y le hicieron cuatro cuartos, y su cabeza fué puesta á la exposición pública, y los otros cuatro sentenciados á muerte.» (Del citado *Dietario* particular de casa de Fontanellas.)

El lector habrá comprendido toda la importancia de la noticia que se acaba de trasladar, por lo cual sólo me permitiré algunas ligeras observaciones. Aquí no se habla ya de bandoleros, ni de ladrones, ni de *narros,* ni de *cadells,* sino de franceses que se habían apoderado de la villa de Manlleu, de otros franceses á los cuales se había hecho prisioneros en Puigcerdá, y de migueletes *afrancesados,* cuyo comandante era un *hereu* del país. Luego, entre todo aquel rebullicio de bandos, de bandoleros, de agitadores, de facciosos y de ladrones, existía un partido de *afrancesados,* es decir, un partido que es de creer quisiera ya en 1614 lo que alcanzó algunos años más tarde, después de la revolución del 1640, cuando se negó la obediencia al monarca español por conculcador de las libertades catalanas, y se proclamó conde de Barcelona al rey de Francia.

Pero sigamos adelante.

Bastero, en su *Cruzca Provenzale,* pág. 134, habla de *narros* y *cadells,* pero sólo para decirnos que *guerro* (es

decir, *gnerro* ó *ñerro*, de lo cual se originó *niarro*, y por fin, *narro)* era el nombre que se daba á una facción, la cual fué muy célebre y estrepitosa en Cataluña por aquellos tiempos á causa de los dos bandos llamados *ñerros* y *cadells*, ó sea *lechones* y *cachorros*.

D. Diego de Clemencín, en sus notas y comentarios al *Don Quijote*, es más extenso que ningún otro autor acerca de estos bandos. Dice (y téngase entendido que lo dice con referencia á notas comunicadas por D. Próspero de Bofarull, cronista y archivero de la Corona de Aragón) que no se ha podido hallar ningún documento que dé noticia del origen y objeto de estos dos bandos; pero que *parece, no obstante, que en su principio tuvieron objeto político*. Clemencín añade que los *cadells* tomaron este nombre, equivalente en castellano á *cachorros*, por habérseles comenzado á dar con alusión al escudo de armas de su jefe Juan Cadell, señor de Arseguel, quien, según ya sabemos, tenía por blasón tres cachorros de oro. Los *cadells*, en correspondencia, llamarían á sus contrarios *narros, niarros*, ó más bien *ñerros*, que es lo mismo que *porcell* en catalán y *lechón* en castellano.

Tenemos, pues, que hay ya quien dice que estos bandos *tuvieron en su principio origen político*, y no se olvide que lo dice con referencia á un sabio anciano que vivió y murió entre los papeles de la Corona de Aragón. Voy yo ahora á dar nuevas pruebas de que no se equivocaron en sus sospechas y apreciaciones ni D. Próspero de Bofarull al comunicarlo, ni al publicarlo D. Diego de Clemencín.

Abramos la obra de D. Francisco Manuel Melo, escrita en 1644, y hojeando sus primeras páginas hallaremos que dice en el párrafo 71 de su lib. I:

«Son los catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina también su própio lenguaje, cuyas cláusulas y

dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza: estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exención, por lo que *entre las más naciones de España, son amantes de su libertad.* La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos; con pequeña ocasión el quejoso ó agraviado deja los pueblos, y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos: otros, sin más ocasión que su propia insolencia, siguen á estotros: éstos y aquéllos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto: no es acción entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. *Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en sus acontecimientos civiles; con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos* de narros y cadells, no menos celebrados y dañosos á su patria que los guelfos y gibelinos de Milán, los pafos y médicis de Florencia, los beamonteses y agramonteses de Navarra, y los gamboynos y oñasinos de la antigua Vizcaya.»

IX.

No creo que pueda decirse más claramente que en los *narros* y *cadells* había una idea política. Pero por si no bastase la autoridad de Melo, tengo á mano otra, que es D. Francisco de Gilabert, cuyo autor escribía por los años 1613, es decir, durante la época misma de los bandoleros, y publicó su obra en 1616. Y D. Francisco de Gilabert no puede ser sospechoso: primero, por-

que escribió su obra en cita, que es el «Discurso sobre la calidad del Principado de Cataluña y inclinación de sus habitadores, con el gobierno parece han menester,» precisamente para remediar los males que con los bandos llovían sobre el país; y después, porque es un autor cortesano, poco aficionado al pueblo, ya que en su citado discurso, dirigido al príncipe D. Felipe, no vacila en sostener (párrafo 78) «que uno de los daños que el gobierno de este Principado padece es estar en manos de letrados á solas,» proponiendo á renglón seguido (párrafo 81) que sería gran parte remedio del mal el elegir cuatro plazas en el Consejo, las cuales «fuesen ocupadas por caballeros de capa y espada.»

Advierto esto para que no se sospeche del buen Gilabert, creyéndole de procedencia liberal, por ser quien es el que se apoya en él.

Gilabert, como se supondrá atendidas sus ideas, se guarda bien de decir tan clara y terminantemente como Melo que hubiese idea política en los bandoleros; pero aun cuando procura ocultarlo, no es el cuidado tal que no se deslice y lo deje entrever.

Dice primeramente que «las bandosidades que de ordinario hay en el Principado, son efectos propios de ánimos fuertes y celadores de su honor» (párrafo 30).

Añade luego: «Por la mayor parte, los que levantan cuadrillas, antes de licenciarse para tan feo acto como el de robar, consumen primero sus haciendas, siguiendo la venganza de sus pundonores; pareciéndoles que el primer agravio á su honra hecho, es sólo el que pide satisfacción: y tienen por ninguno el de robar, pues no tiene su principio en codicia, sino en necesidad por descargo de su honra engendrada, de lo cual se sigue, que de las bandosidades salen los robos, y así, cesando ellas, cesarán ellos. Prueba también el no robar por codicia, el mostrarnos la experiencia que, aunque han hecho

muchos y crecidos robos, ninguno con ellos se ha retirado para gozarlos: lo que da clara prueba que no robó por codicia, pues si por ella fuera, retiràrase á gozar y conservar lo robado» (párrafos 41 y 42).

He aquí, pues, al noble Gilabert vindicando á los llamados bandoleros y ladrones, y es de suponer se tenga por un poco autorizada su voz.

Pero hay más todavía.

En los párrafos 60 y 61 dice, hablando de persecución de bandoleros y de salir el veguer contra ellos, «que aunque el somatén le dé gente (al veguer), es después de ser tan público lo que ha de hacer, que así por ser la gente popular enemiga del secreto, «como por ser banderiza,» queda el delincuente avisado antes que acometido.»

Tenemos confesado ya por un autor de la época que el pueblo era banderizo, y que favorecía á los bandoleros, pues le advertía el peligro.

He aquí cómo se expresa el mismo autor en el párrafo 71: «Tengo por cosa necesaria el quitar de la «milicia» de este Principado la correspondencia que con la gente inquieta tiene; ésta procede de diferentes causas, «no de las que el vulgo publica,» pues no es tanto querer inquietar la tierra, cuanta necesidad para defensa de la gente ruín.»

Luego el vulgo publicaba de los nobles que querían inquietar la tierra, ya que Gilabert trata de sincerarles y excusarles por la necesidad que dice tenían de salir en su defensa contra gente ruín. Y aún se demuestra esto más claro en el párrafo 161, donde se dice terminantemente «ser errónea la opinión que en común se tiene de que «los caballeros son causa del daño de este Principado,» y «que su remedio está en su castigo de ellos.» ¿Se quiere expresada con más claridad la idea?

En vano Gilabert dice y repite que si los caballeros

se veían obligados á armar gente, era por vivir en sus aldeas, «tan pequeñas y mal muradas, que pueden cuatro bellacos entrarlas,» siendo forzoso tener medios para resistirse de ellos. Siempre quedará demostrado por su propia autoridad y palabras que había en el pueblo disgusto contra los nobles, y bien claro se ve que existía un bando contra éstos y otro en favor.

Creo que todo lo dicho es suficiente prueba. Y finalmente, voy á trasladar otro párrafo del mismo autor en el cual se demuestra evidentemente el malestar de este Principado, aun entre los mismos nobles, producido por el mal gobierno de la corte.

«Nace también este daño (el de los bandos) de otra causa no menos manifiesta, y es por los pocos oficios que tiene S. M. para dar á caballeros de capa y espada en Cataluña,» y «por repartirse los de su real casa castellanos, esperan poco los de este Principado en él alcanzar merced, y así desconfiados de ella, cada cual echa su cuenta de que ha de acabar su vida en la vereda donde su patrimonio tiene: y como la mayor felicidad que en ella puede alcanzar sea ser respetado, toma por medio para serlo el tener amigos que en la ocasión con sus personas le ayuden; y para esto toman sus amistades con el villanaje que en caseríos vive, por la facilidad con que se aplican á cualquier mal hecho, lo cual admiten ellos de buena gana por tener alguna persona de calidad que los apadrine en sus trabajos de cárcel ú otros sucesos; como también para que con su sombra se puedan hacer temer y facilitar sus venganzas: y así como por entrambas partes corre razón de estado para que sean amigos, con facilidad se conforman y se ayudan, de lo que nace en el villanaje atrevimiento y en la nobleza mal nombre.»

Creo que todos estos datos y cifras habrán sido bastantes para llevar la convicción al ánimo de los lecto-

res. Cuando no otra cosa, demostrarán que no obré con ligereza, sino con detenimiento, al escribir hace algunos años una obra dramática que fué ruda y aristarcamente atacada por hombres de cierta escuela escolástico-política, suponiéndola hija de una exaltación febril y propalando que el autor compraba aplausos con el sacrificio de la historia y con hacer un héroe de un capitán de bandidos y ladrones. No: aquella pobre obra mía, titulada *Don Juan de Serrallonga*, y referente á la última época de los *narros* y *cadells*, es la expresión de una idea, vertida mejor ó peor, pero con un objeto, con un fin, con un plan. El drama puede ser malo. Sin embargo, no es hijo de una impresión ligera, sino de un estudio detenido de la época á que se refiere. Por esto deploro que se viese precisado á ir al teatro y á la prensa después de haber andado con él á tijeretazos la censura, y por esto deploro que, no sé por quiénes, se le hayan escrito segundas partes, cuyo mérito no trato de calificar, pero á cuyos autores no ha guiado de seguro la idea que á mí me impulsó á poner en escena á *Don Juan de Serrallonga*.

No cabe duda, en vista de los datos y antecedentes presentados, que tenían una idea política los *narros* y *cadells*, y no cabe duda tampoco que de estos bandos había visiblemente uno, que sólo podía ser el de los *narros*, sostenedor y continuador de la misma ó parecida causa proclamada por los agermanados de Valencia y de Mallorca, bando de *afrancesados*, como hemos visto que le llama un dietario, debiendo advertir que la palabra *afrancesados* no tiene más significación en aquella época que la de *anti-castellanos* ó enemigos de las ideas políticas del poder central de Castilla. En nuestro lenguaje de hoy llamaríamos á estos dos bandos absolutistas y liberales; en el de aquel siglo se les llamaba á los unos *narros* ó *ñerros*, como equivalente á decir cosa

de baja clase y de humilde esfera, de escoria de pueblo.

Esto es lo que yo creo, fundado, no en conjeturas y suposiciones, sino en hechos y en datos. Que más diga quien más sepa.

X.

Por los años de 1608 y 1609, los *narros* tenían ya á su frente á aquel célebre bandolero llamado vulgarmente *Roque Guinart*, cuyo nombre debe en gran parte al autor de *Don Quijote* la fama de que hoy continúa gozando. Efectivamente, en un brillante episodio de su obra inmortal, Cervantes hace aparecer á Roque Guinart pintándole como muy hidalgo y noble.

Por los años de 1614, Cervantes lleva á su héroe Don Quijote á Barcelona, y hace que cerca de esta ciudad tropiece con *el gran Roque*, como le llama tres ó cuatro veces, y sus bandoleros. Al decir del autor, Roque Guinart era entonces de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y de color moreno. Montaba un gallardo caballo cuando se presentó á Don Quijote, y vestía la acerada cota. (Cap. LX de la segunda parte.) Según le presenta Cervantes, que vivía en su misma época, Roque Guinart era un héroe, galante con las damas, cortés con los caballeros, temible para los enemigos, inflexible con los de su bando; justiciero, valiente, generoso y magnánimo. No de otro modo resalta el jefe de los *narros* en la obra inmortal del manco de Lepanto. Roque Guinart, cuya fama, dice Don Quijote, «no hay límites en la tierra que la encierren,» se presenta como protector de damas y mantenedor de la justicia, y se ve á los caminantes que caen en sus manos despedirse de él admirados «de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladrón

conocido.» Por lo que refiere Cervantes, una moza desgraciada que se le presentó á contarle cuitas de amores, halló en él protección y consuelo; una familia principal y unos capitanes detenidos por los suyos, quedaron en libertad después de haber satisfecho cierto tributo; y á unos peregrinos que con ellos iban, les regaló en vez de arrebatarles su poco peculio, dando á todos un salvoconducto para los mayorales de las otras escuadras de bandoleros que pudiesen hallar en su camino, á fin de no topar con otro impedimento. Finalmente, vemos á Don Quijote separarse del *gran Roque*, después de haber escrito éste á sus amigos de Barcelona recomendándoles el ingenioso manchego, y advirtiendo en la carta que «se diese noticia á sus amigos los *narros* para que con él se solazasen, que él quisiera que careciesen deste gusto los *cadells*, sus contrarios.»

Todo es, naturalmente, novela pura; pero no se hubiera atrevido Cervantes á pintar con estos colores á Roque, si las hidalgas prendas y nobles rasgos de éste no le hubiesen favorecido á los ojos de sus contemporáneos. A más, la aventura de los capitanes y peregrinos tiene todos los visos de ser cierta, y por fin, la carta que se supone haber escrito el bandolero á sus amigos de Barcelona, prueba que en esta ciudad había *narros* y *cadells* como los había en el campo y en la montaña.

Pocas noticias se tienen malaventuradamente de ese célebre caudillo de *narros*, á quien Cervantes nos pinta tan galán, tan noble y tan hidalgo. He aquí las que nos da el bibliotecario D. Juan Antonio Pellicer en sus notas al *Quijote*.

Dice este autor:

«Los bandos, pues, que andaban en tiempo de Don Quijote eran de los narros ó niarros y cadells. Uno de los que seguían el bando de los niarros era Roque Guinart, como le llama Cervantes, aunque comunmente le

llamaban Guiñart ó Guiñarte, según se comprueba con el equívoco de que, aludiendo á este Roque, usó Don Juan Navarro de Casanate contra Roque de Figueroa, célebre comediante del siglo pasado, en esta copla ridícula:

No pensé tan falso hallarte,
Roque, á mi piedra de toque,
Ni dado á bandolearte;
Mas, pues tú me guiñas, Roque,
Yo pienso, Roque, *guiñarte*.

(Biblioteca real, est. M, cód. 30.)

»Este Casanate era un poeta que andaba en la corte haciendo coplas ridículas y estrafalarias, á quien pusieron el siguiente epitafio:

Aquí yace Casanate
Debajo de aquesta losa,
Que en su vida dijo cosa
Que no fuese un disparate.

»Pero ni el nombre de este bandolero era Roque, ni su apellido Guinart, ni Guiñart, ni Guiñarte. Su nombre y apellidos verdaderos eran los de *Pedro Rocha Guinarda*. El vulgo, por abreviar, le suprimió el nombre de *Pedro*, y le convirtió el apellido *Rocha* en el nombre propio de *Roque*, y el apellido *Guinarda* en el de Guinart, Guiñart ó Guiñarte. Este nombre verdadero consta de un memorial que los vecinos de la villa de Ripoll presentaron á Felipe III quejándose de los excesos y vejaciones de cierto señor de vasallos, y en que se habla mucho de este famoso bandido, grande y especial amigo suyo. Entre otros cargos que le hacen, le acusan de que «favorece y fomenta á gente facinerosa y recoge »muchas veces dentro de su casa á *Pedro Rocha Guinar-* »*da*, ladrón famoso y salteador de caminos, y como tal, »publicado por enemigo público por V. M., al cual y »su cuadrilla tiene muy de ordinario en algunos lugares

»suyos, de donde salen á robar, y cometer otros insul»tos y delitos é homicidios, volviéndose á recoger á los »dichos lugares, como está probado y averiguado en la »regia corte del Principado; y con el favor del dicho »señor, algunos salteadores de la dicha cuadrilla han »tenido atrevimiento de asistir públicamente en unas »ventanas de cierta casa de la plaza de la dicha villa »de Ripoll en unas fiestas que en ella se hicieron; y por »ocasión de un pleito que el dicho trata con los vecinos »de la dicha villa, vino algunos pocos días há á ella con »junta ó escuadra de más de 200 hombres, y entre ellos »muchos ladrones y asesinos é salteadores de caminos, »y pregonados por enemigos de V. M. y perturbadores »de la paz pública, los cuales, divididos en cuadrillas, »con pistolas y otras armas ofensivas prohibidas, fue»ron por la villa haciendo amenazas y agravios á los »vecinos de ella, injuriándolos con obras y palabras, y »tomándoles por fuerza sus frutos..... y hallándose tan »injustamente oprimidos de su señor, acudieron al du»que de Monteleón para que, en nombre de V. M., le »secuestrase la jurisdicción de la dicha villa, presen»tando petición, y pareciendo á los doctores del real »Consejo de V. M. ser justo, cometieron el negocio al »Dr. Miguel, juez de la regia corte, y habiéndolo el »dicho señor entendido, amenazó á los dichos vasallos »que haría que el dicho Rocha Guinarda y sus compa»ñeros les quemasen sus casas, haciendas y personas si »no desistían de aquel recurso y remedio que habían »intentado; y temiendo la ejecución de las dichas ame»nazas, no se atrevieron á proseguir en el pedir su des»agravio é injusticia.»

Este recurso que Pellicer halló entre los manuscritos de la real biblioteca, «se hizo, dice, como se expresa en él, en tiempo del virrey, duque de Monteleón, D. Héctor Pignatelli, á quien se remiten los querellantes; y

aunque no tiene fecha, se colige que se presentó entre los años de 1603 y 1609, porque este tiempo duró su virreinato.»

Pero Pellicer se equivoca en la cita de esta última fecha, pues hallo que el duque de Monteleón sólo fué virrey hasta 1606.

Ahora dejemos que prosiga Pellicer:

«Continuaba su mala vida Roque Guinard, ó por mejor decir, Pedro Rocha Guinard, por los años de 1611 y 1615. Consta lo primero del celo con que un buen sacerdote aragonés, llamado Pedro Aznar, hallándose en Cataluña en el mes de Abril del citado año de 1611, intentó convertirle. Dícelo expresamente en su *Expulsión de los moriscos*, cap. XVI, fol. 54, por estas palabras: «En aquel reino ha discurrido por él estos »años un bandolero famoso, llamado *Roque Guinart*, á »quien, por su fama y bizarría alabada de su persona, »he deseado ver para tratar de su salvación.» Consta lo segundo, por testimonio de D. Diego Duque de Estrada, que refiriendo en los *Comentarios de su vida* (Biblioteca real, est. II, cód. 174, pág. 149), lo que le había sucedido en el viaje que hizo por Cataluña el mes de Noviembre de 1613, dice: «Había en aquel tiempo mu»chos bandidos en el reino de Cataluña, y entre ellos el »capitán Testa de Ferro, con 200 bandidos, y el capi»tán Roque Guinart, valeroso y galante mozo, con 150, »no dejando, como se dice comunmente, roso ni belloso; »y así el conde (de Morata) me dijo no tomase postas, »sino que me fuese con unos carros de lana que iban con »mucha guardia, y se habían ajustado muchos arrieros, »peregrinos y estudiantes, que la comitiva pasaba de »150, con buenas armas, porque entre la lana llevaban »20.000 ducados ginoveses secretamente..... Llegamos »á Igualada con la hostia en la boca, teniendo aviso de: »aquí van los bandoleros; allí llegan; allá nos aguar-

»dan..... En el camino de Barcelona hallamos muchos »bandidos paseándose por en medio de los lugares, hom»bres feroces, y aunque asalvajados, galanes de armas y »tahalíes, de quien no tuvimos pocos sustos.» En estas escuadras ó cuadrillas dice D. Francisco Gilabert que había muchos franceses, especialmente gascones, por la vecindad de la tierra y facilidad de volverse á ella. (Discurso sobre el Principado de Cataluña, páginas 6, 11 y 15.)

»En medio de esta vida tan facinerosa, observaba Roque Guinart con los suyos la justicia distributiva, y usaba con los demás de compasión, como dice Cervantes, y lo experimentó Don Quijote cuando cayó en sus manos el año de 1614, en que escribía nuestro autor su segunda parte, como se colige claramente de la fecha de la carta de Sancho á su mujer Teresa Panza, escrita en el castillo del Duque á 20 de Julio de 1614.» (Cap. XXXVI.)

Concluye diciendo Pellicer que sin duda Roque Guinart acabó por caer en manos de la justicia; pero por el citado historiador Melo vemos que no fué así, pues dice éste hablando de los bandoleros catalanes (párrafo del lib. I): «Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos *Roque Guinart*, Pedraza y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente D. Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero mallorquín, hombre cuya vida hicieron notable en Europa la muerte de 325 personas, que por sus manos é industria hizo morir violentamente, caminando veinticinco años tras la venganza de una injusta muerte de su hermano. Ocupóse estos tiempos sirviendo al rey católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfacción del escándalo pasado.»

Suerte igual debió ser, sin duda, la de Roque Guinart, quien sería enviado como capitán á las guerras

extranjeras. Por lo demás, el nombre de este famoso *narro* no existe, ó al menos no he sabido yo hallarle en ninguno de los dietarios y manuscritos que he hojeado. Nada de él, como nada tampoco de *narros y cadells;* siendo este silencio otra prueba de convencimiento para creer que existía una causa política en aquellos bandos, sin que valga decir que poderosos caballeros apoyaron á los *narros*, pues también hubo nobles que favorecieron á los agermanados, y en Cataluña la causa anti-castellana, representada, á mi juicio, por los *narros*, contaba á muchos y muy poderosos nobles en sus filas.

La popularidad y la fama de Roque Guinart fueron muy grandes.

En un manuscrito de poesías catalanas que existe en la Biblioteca de Barcelona hay, sin nombre de autor, el siguiente soneto dedicado á Roque Guinart, que me apresuré á copiar, y que traslado al pie de la letra, con todos los mismos defectos é incorrecciones que noté en la copia:

A ROCA GUINART, GRAN BANDOLER.

SONETO.

Quant baixas del Monseny, valeros Roca,
Com si una roca del Monseny baixara,
Mostras al mon la fortaleza rara
Y pera tu sa furia tota es poca.
A ningu 'l cop de tas balas toca
Lo qual not veu sino fuig la cara,
Que ton valor insigne nos repara
Tras falsa mata ni traidora soca.
Tol aquest Principat fas que badalle
Quit persegueix de son, qui persegueixes
Ab mortal y funebre paracisme.
Qui tinga tal judici mire y calle
O digat senyoría, que ho mereixes
Per lo millor pillart del cristianisme.

Posteriormente, en un cuaderno de poesías catalanas que se publicó como suplemento á la colección de poesías del Dr. Vicente García, rector de Vallfogona, hallé este mismo soneto atribuído á dicho autor, bajo el título *A un famos pillart anomenat N. Roca,* y con algunas variantes, entre ellas las de estar corregidos los versos quinto y sexto de esta manera:

A ningu de tas balac lo cap toca
Lo qual no 't veja, sino fuig la cara.

Si es ó no de García este soneto, averiguarlo puede quien tenga más datos. De todos modos, si el soneto no es suyo, está fuera de toda duda que le pertenece la siguiente décima que se lee en su poesía *Desenganys del mon,* y la cual revela lo populares que eran en su época (principios del siglo XVII) los bandos de *narros* y *cadells.*

Dice así:

Cuant lo Evangeli cantaban
En la iglesia antiguament,
Los nobles incontinent
La espasa desenvaynaban,
Y ab asso significaban
Que tenian á parell
De morir peleant per ell,
Mes ja aquella gallardia
Tota sen va vuy en dia
En ser nyerro ó ser cadell.

En la *vall d' Aro* existe también un proverbio ó dicho vulgar, el cual prueba que los bandos de que estamos hablando se habían extendido por aquellas comarcas.

Dicen los de aquel país:

A Santa Cristina nyerros,
A la vall d' Aro cadells,
A Calonje roba-sogas,
A San Feliu ganxonells.

Finalmente, únanse á todos estos datos los que con referencia á un manuscrito del siglo XVII me pude procurar un día.

Según este manuscrito, sin nombre de autor, refiriéndose á sucesos de Solsona, parece que por aquella comarca á los *narros* se les llamaba *cabelludos*, y que tenían un grito de guerra, que era *¡A carn, á carn!* mientras que los *cadells* tenían por grito de guerra *¡Via fora ñerros!* En este manuscrito se dice que el duque de Cardona pertenecía al bando de los *cadells*, y que uno de los más famosos jefes de este bando se llamaba *Mala Sanch*.

Ya no se vuelve á hablar de bandoleros hasta 1616, época en que los concelleres de Barcelona habían, sin duda, querido enviar una embajada al rey; pues éste les escribe con fecha 2 de Octubre de dicho año, diciendo que no le envíen embajadores por las *pretendidas* quejas contra el virrey acerca de haber procedido contra constituciones, porque no era así, antes con su gobierno había pacificado su tierra. (Volumen de *Cartas* de este año y *Rúbrica Bruniquer*, cap. XXXVIII.)

Esta noticia coincide con otra que debe constar aún en el archivo particular del señor barón de Segur, donde yo la hallé.

En 1616, el duque de Alburquerque, virrey y capitán general de Cataluña, mandó arrasar el castillo de Segur, según parece, por haber tomado D. Miguel de Calders y Gilabert parte en las contiendas de *narros* y *cadells*, ó por haber dado seguro y acogida á alguno de estos bandos. Así se deduce de un memorial elevado al virrey por su sucesor Felipe de Calders.

Estos dos datos prueban que en aquella época volvieron á tomar gran fuerza los bandos de *narros* y *cadells*, y sin embargo, nada apenas dicen de ellos las memorias del tiempo. Silencio extraño, pero fácil de com-

prender si el lector se fija en nuestra misma historia contemporánea, ya que muchas veces ha sucedido haber partidas armadas en el campo con una idea y una bandera política, guardando sobre ello sepulcral silencio la prensa periódica.

Los bandos debieron dar mucho que hablar y mucho más que hacer, cuando Feliu de la Peña, en sus *Anales* (lib. XIX, cap. XIV), nos dice que «á 10 de Diciembre de 1617 (y no 1616, como escribe Pellicer en sus notas al *Quijote)*, se publicó el jubileo plenísimo, concedido por el papa Paulo V, á petición de los diputados, á toda la provincia, y en desagravio de las ofensas y desórdenes ejecutados en ella por los bandoleros y parcialidades de los *narros* y *cadells*, quietados por el celo y grande aplicación del duque de Alburquerque, entonces virrey del Principado: bendíjose la provincia; hiciéronse procesiones, é imploróse el favor y misericordia del Señor en el discurso de las dos semanas que duró el jubileo, para que usase de piedad con la provincia.»

Sin embargo de esta fiesta para solemnizar la paz, fiesta que bien pudo tener más de oficial que de otra cosa, es lo cierto que los bandos no se aquietaron ni desaparecieron los bandoleros.

Existe de esto una prueba terminante en los acuerdos del Consejo de los Ciento, celebrado á 9 de Marzo de 1620, en el que se deliberó enviar embajada al virrey por haber éste mandado derribar castillos y casas, cometiendo otras infracciones de constituciones, á pretexto de ser refugio de *mals homens*. (Acuerdos tomados del Consejo correspondiente á este año.)

Otra noticia puedo añadir á ésta, y es la de que á 21 de Febrero de 1627 se celebró Consejo de Ciento para tomar acuerdo sobre la demanda hecha por el virrey al objeto de que se le ayudase á la persecución de los bandoleros que infestaban el país.

Tenemos, pues, de nuevo á los bandoleros en campaña, y sin disputa alguna á los *narros* y *cadells*, que no habían desaparecido, á pesar del jubileo de 1617.

Ignoro si se levantaron somatenes, si se persiguió á los bandoleros, y qué resultado dió esta persecución; pero es lo cierto que por aquellos tiempos, es decir, desde 1621 á 1633, es cuando campeó la famosa partida de bandoleros llamada de Serrallonga, personaje que tanto ha dado que decir y hablar á la tradición, al drama, á la poesía y á la crónica.

XI.

Según unos, el personaje de que voy á ocuparme se llamaba D. Juan de Serrallonga, y era noble. Según otros, era simplemente un labrador y un bandido vulgar, llamado Juan Sala y Serrallonga.

Serrallonga, según consta por el proceso de que luego hablaré, era *narro* y corría ya el país en 1621, no cayendo prisionero hasta 1633, por lo cual se ve, á más de los otros datos mencionados en los capítulos anteriores, que pudo muy bien celebrarse en 1617 un solemne jubileo por la desaparición de *narros* y *cadells*, pero que el jubileo no impidió que los bandos continuasen.

Ahora bien; ¿quién era ese Serrallonga, cuya memoria tradicional vive aún en el campo de Vich?.... ¿cuyo nombre se cita todavía y se menciona á cada paso entre el vulgo como el de un famoso ladrón y bandolero?.... ¿del cual se guarda el recuerdo en cuentos, romances y canciones populares, que le presentan con ciertos rasgos heróicos y nobles?

¿Quién era? Vamos á tratar de averiguarlo.

La tradición oral, que aún se conserva en Vich, y yo mismo recogí en aquella ciudad de labios de personas

de distintas clases el año que fuí á ella para asistir á la traslación de los restos de Balmes, es la siguiente:

D. Juan de Serrallonga fué un caballero noble y principal que tenía su casa en el pueblo de Caroz, situado en el corazón de las Guillerías. Pertenecía al bando de los *narros*, y estaba enamorado de una dama llamada Doña Juana de Torrellas, cuya familia, muy principal en Barcelona, era adicta al bando de los *cadells*. Por celos ó por otra causa, D. Juan tuvo una pendencia en Barcelona con un caballero, y le mató, viéndose obligado por esta muerte á salir de la ciudad, comenzando entonces su vida de bandolero. Cierto día de Carnaval penetró con algunos de los suyos en la casa de Torrellas, y se llevó á su querida Doña Juana, que desde entonces acompañó siempre á su amante en la vida de bandolero, viéndosela constantemente á su lado vestida de hombre, con pistolas al cinto y el pedreñal en la mano [1]. Un día Serrallonga fué cogido en el cementerio de Caroz, orando junto á la tumba de su padre, por el capitán D. Salvio Fontanellas, de Vich, dejándose prender sin oponer la menor resistencia. Admi-

1 Los pedreñales eran una especie de arcabuces pequeños, llamados así porque no se les daba fuego con una mecha, como al arcabuz, sino con pedernal, ó sea con una llave tosca de fusil. Covarrubias dice que el pedreñal era el arma de los bandoleros y foragidos catalanes.

De seguro se puede decir que fué esta arma el primer perfeccionamiento del arcabuz ó el primer paso dado para llegar al fusil moderno.

Felipe III mandó publicar una pragmática contra el uso de los pedreñales en el Principado catalán, y de esto resultaron serias y ruidosas contestaciones entre la diputación y el virrey. La causa llegó á tomarse con empeño por ambas partes, y la diputación, según puede verse en los dietarios de aquélla época que se conservan en el archivo de la Corona de Aragón, representó enérgicamente al rey, é hizo varias y repetidas gestiones en favor del uso de los pedreñales.

También protestó contra esta pragmática por medio de un discurso, que mandó imprimir, D. Francisco de Gilabert, escritor ya citado.

rado Fontanellas de que un hombre tan osado y tan valiente se entregase de aquel modo, le preguntó la causa, y contestó Serrallonga que, estando rezando sobre el sepulcro de su padre, había tenido una visión y había oído la voz del autor de sus días mandándole entregarse.

Esta es la tradición recogida por mí mismo; pero confieso ingenuamente que hallo difícil averiguar si es ésta la tradición que inspiró la comedia antigua del *catalán Serrallonga*, ó si es la comedia la que inspiró la tradición, lo cual pudiera muy bien ser, atendida la fama de que gozó en su época dicha comedia.

Fué escrita esta última á mediados del siglo XVII, y en su consecuencia, muy poco tiempo después de la muerte de Serrallonga, y bajo la influencia próxima de los acontecimientos, por tres ingenios acreditados de la época, D. Antonio Coello, D. Francisco de Rojas y D. Luis Vélez de Guevara. Hicieron los tres poetas con Serrallonga en su comedia lo que con Roque Guinart Cervantes en su *Quijote*. No presentan á Serrallonga como un ladrón miserable y como un foragido vulgar, sino como un noble bandolero, á cuyo carácter dan cuanta caballerosidad es posible; y aquí digo yo de estos autores lo que he dicho de Cervantes con Roque Guinart, á saber: que algún fundamento debieron tener para presentar á Serrallonga como un noble, si no lo era; como un hombre de bando, si era sólo un miserable ladrón; como un caudillo emprendedor, generoso, galán y aventurero, si era únicamente un hombre vulgar y un salteador de caminos. Y cuenta que la comedia debió escribirse muy pocos años después de la muerte de Serrallonga, pues que por los años de 1650 se sabe que murió D. Antonio Coello, otro de sus autores.

Sin más datos que éstos y los que había recogido referentes á *narros* y *cadells*, me propuse hace cinco años

escribir un drama sobre este asunto, poniendo también en escena á D. Juan de Serrallonga. Mi objeto principal no era el de este personaje, sino el de los *narros* y *cadells*; el de hacer ver que estos bandos habían representado en nuestra historia un papel político; el de poner en escena, por medio de un cuadro sintético, la lucha política de dos ideas que habían tenido su teatro aquí en Cataluña como en otras partes. Y mejor que Juan de Serrallonga hubiera yo aceptado como personaje dominante, por más propio, á Roque Guinart, si no me lo hubiesen impedido, por un lado, Cervantes, y por otro, un autor compañero que acababa de escogerle para personaje de una de sus novelas. Me fijé, pues, en Serrallonga, y calqué mi drama sobre la tradición y sobre la comedia antigua, sin más punto de contacto con esta última que el haberse basado ambas producciones en la historia tradicional de Serrallonga.

El drama hizo algún ruido; tuvo un éxito que yo el primero no podía ni debía esperar, y aquella especie de miserable crítica mordaz y venenosa que siempre levanta la cabeza cuando hay que amargar un triunfo, se cebó aristarcamente en mi pobre obra, sin reparar que era una vindicación de historia, y no una simple vindicación de personaje. Esta crítica no leyó, ó no quiso leer, el prólogo puesto por mí en el drama impreso; no vió ó no quiso ver la idea fundamental, la idea histórica y política del drama, y lanzó un grito de indignación y de anatema contra el osado autor que se atrevía á convertir de buenas á primeras y por su simple capricho á un capitán de ladrones en un héroe político. Poco se acordaba entonces la crítica [1] de que Cervantes,

1 Recuerdo, entre otras cosas, que un periódico, el más importante, dijo magistralmente que en Caroz, pueblo que yo decía ser de Serrallonga, no existía memoria de éste, ni casa, huella ni rastro en que pudiese apoyarse la memoria de aquel bandolero. Y debe saberse que

Coello, Rojas y Vélez habían admitido como personajes de sus obras á Roque Guinart y al mismo Serrallonga.

El cargo más grave que se me hizo, el único que podía ser un verdadero cargo, era el de que existía el proceso formado á Serrallonga, y en él figuraba éste como un ladrón vulgar y ordinario, como un salteador de camino real.

Yo ignoraba entonces la existencia de este proceso original, que estaba en poder del historiador D. Juan Cortada. Facilitóme este señor el proceso, y, aún más, me dió y tengo en mi poder un extracto minucioso del mismo, que algún día se publicará. El proceso no está realmente muy de acuerdo con la tradición y con la comedia antigua; pero lo está perfectamente con el punto capital de mi drama respecto á ser un bando político el de Serrallonga.

He aquí cómo se expresa D. Juan Cortada en el extracto y resumen de este proceso, advirtiendo que lo copio al pie de la letra del manuscrito suyo que obra en mi poder:

«En esta declaración (una prestada por Jaime Malianta, *alias el fadrí de Sau*, otro de los bandoleros de la cuadrilla), está descrito el gracioso lance ocurrido á Serrallonga; quien habiendo ido á Francia, *muy bien recomendado por el abad de Bañolas á personas notables de aquel reino, que lo recibieron muy bien y lo tuvieron unos días en sus casas,* al volver á España fué robado dentro de Francia mismo por algunos jóvenes que le quitaron 40 libras en dinero, el pedreñal, el cinturón, las bolsas de las municiones y dos sortijas de oro; pero tuvo tan

en Caroz existe una casa llamada de Serrallonga, y en su puerta un escudo que se supone ser el de la familia, y en esta casa un descendiente de aquél.

buena suerte, que por los manejos del señor de Anyer, á quien iba recomendado, le fué devuelto todo menos el dinero, porque no pudieron coger al ladrón que de él se había apoderado. De esta segunda declaración de Malianta, se deduce que Serrallonga y sus principales compañeros se metían con mucha frecuencia en Francia cuando la persecución que sufrían era muy viva, y que volvían á recoger dinero de cualquier modo que fuese cuando la persecución amainaba.

»Para hacer sus viajes contaban con muchos valedores que les hospedaban y hacían acompañar hasta la frontera, recibiéndoles luego á la vuelta y proporcionándoles cuanto necesitaban. Todos estos amigos y favorecedores están citados en la segunda declaración de Malianta, en la cual resultan comprometidas un crecido número de personas.

»Tras de esta declaración siguen las de Guillermo Strany (a) Clavells, de Pedro Juan Pales y Jaime Masbernat (a) Jaime Viola, las cuales son una confirmación de la primera de Malianta, pues en ella se refieren la mayor parte de los delitos que se relatan en ésta.

»Viene luego la tercera del mismo Malianta, que es la verdaderamente interminable, y en ella da noticia de otra larga serie de crímenes de la misma naturaleza que los confesados antes; y además expone noticias curiosas y que dan bastante luz para comprender que Serrallonga estaba muy relacionado y contaba con amigos en todas partes y aun en clases distinguidas. Además de esto, después de leer atenta y concienzudamente esta declaración, nos parece que no puede ya caber duda de que la cuadrilla de Serrallonga no era cuadrilla de ladrones y asesinos en la genuína significación de estas voces, sino una partida de los sectarios políticos llamados *nyerros* ó *nyarros*, en que figuró el famoso Roque Guinart, y que sostuvo una lucha prolongada y san-

grienta con otro bando llamado de los *cadells*. Estos bandos estuvieron en su apogeo á principios del siglo XVII.

»Habíamos comenzado á examinar el proceso que tenemos á la vista, en la persuasión de encontrar nada más que los hechos de unos cuantos salteadores de caminos de la clase vulgar, y comparables con los *Rajolers*, *Chafarrocas*, *Tetus* y otros de la misma calaña; mas estudiando lo que resulta de dicho proceso y que verán nuestros lectores, nos hemos visto precisados á rectificar aquel juicio formado *a priori*, y á creer que Serrallonga fué un cabecilla político, y que los robos tenían por objeto vivir, allegar dinero y tener hombres á su devoción, y que los asesinatos todos, á excepción de uno ó dos cometidos en el acto del robo por la resistencia de los robados, eran muertes de personas del bando contrario, ejecutadas, como de algunas de ellas ya consta, á instancias de los amigos y valedores de Serrallonga. Tal vez algunos de los que componían la numerosa cuadrilla de éste no eran más que ladrones vulgares que no estaban en el secreto de Serrallonga, ni les importaba de los bandos de *cadells* ni *nyarros*; mas también los había que estaban muy en autos, como, por ejemplo, el Fadri de Sau, ó sea Jaime Malianta, de cuya tercera é interesantísima declaración nos vamos ocupando.

»Explica este hombre la comisión de seis robos más de los que antes había declarado, ejecutados unos en caminos reales y otros en casas solares; delata otros dos asesinatos, y nos da noticia de la captura de seis personas más, de quienes exigieron cantidades de dinero por su rescate. De esta declaración además se deduce que el gobierno perseguía esta cuadrilla activamente, y que al paso que los alcaldes de algunos pueblos secundaban con valor y constancia los intentos del gobierno de acabar con la cuadrilla, otros alcaldes la pro-

tegían descaradamente; lo cual se explica con la mayor sencillez, por la diferencia de bando en que estas distintas autoridades militaban. De la sola declaración de Malianta resulta que seis veces tuvieron fuego con la gente del rey, según se llama á sus perseguidores; que hicieron brava y prolongada resistencia, y que el mismo declarante, Serrallonga y otros compañeros, fueron heridos varias veces. Esta resistencia la prueba además la frecuencia extraordinaria con que procuraban que los valedores proporcionasen pólvora y *pilotes* ó balas, de lo cual se ve que no hacían gasto ninguno sino para resistir á las gentes enviadas para perseguirlas.

»Siguiendo más bien el orden cronológico de la declaración que vamos resumiendo que el orden de materias contenidas en la misma, iremos apuntando las cosas y noticias que más han llamado nuestra atención, y que tienen interés más grande, ya histórico, ya dramático. La joven Margarita Severa que Malianta cogió al ir á maitines en la Noche-buena de 1626, según lo dijimos, y que la llevó consigo, convirtiéndola en su querida, fué en compañía de los ladrones de cinco á seis meses, y se acostumbró tan bien á la vida airada de éstos, que á poco tiempo ya la encontraremos vestida de hombre, con capa y sombrero chambergo adornado con plumas de colores, formando parte de la cuadrilla, y asistiendo, como espectadora, si no como actriz, en los robos y otras fechorías.

»Como dos pruebas concluyentes de que no eran meramente ladrones, sino partidarios políticos, citaremos textualmente dos trozos de la declaración de Malianta. Dice en el uno que en el robo tal asistieron Serrallonga, él, fulano y el ladrón Pedro Sala, que *se había ido con los cadells, y entonces había vuelto con nosotros*; y algunas hojas más adelante dice que fulano, llamado lo Roig del Esquirol, preguntó á Francisco Moner,

compañero mío, quiénes éramos, y diciéndole Moner quién era yo, dicho Roig dijo que quería acompañarnos hasta que estuviésemos fuera de peligro aunque supiese perderse, y nos fuimos directamente al Esquirol y pasamos juntos por en medio del pueblo, llevando Tutrich Gornes un bastón de rey corto en las manos como comisario (comisarios eran, según las declaraciones, los jefes de las partidas que seguían la cuadrilla), y dicho Roig nos acompañó media legua más allá del Esquirol, diciendo que bastaba que fuésemos *nyerros*, y ví que dicho Roig iba armado con dos pedreñales cortos.

»Esta declaración contiene muchas noticias que bastan para formarnos una idea de la calidad y quilates de las personas que componían la cuadrilla, y en particular de su capitán Serrallonga. Se ve que usaban plumas de diversos colores en los sombreros; que gastaban ropas de mucho lujo, con bordados, guarniciones de terciopelo, canutillo de oro y plata y otros adornos de valor y gusto, cinturones de terciopelo carmesí con planchas de plata, sortijas, y en particular Serrallonga, que se mando hacer una, y la usó de oro, con muchas piedras rojas (dice Malianta), que no podían ser sino topacios. Usaban algunos de ellos alpargatas, pero muy rara vez, cuando con grande frecuencia encargan las compras de zapatos y calcetas; llevaban capas, y estrenaban trajes con frecuencia. Es verdaderamente pasmoso el número de valedores y protectores con que contaban, habiéndolos de clase rica, y aun personas de alguna importancia, y que era imposible que se rozaran con ellos si hubieran sido meramente salteadores de camino. En todas las grandes y ricas casas solares tenían la puerta abierta y la mesa puesta de día y de noche; los heridos eran ocultados y cuidados con esmero; los distintos cirujanos de Vich fueron espontáneamente á curarles he-

ridas y enfermedades, sin recatarse de los demás ladrones, ni de los habitantes de las casas en donde los heridos se hallaban; tenían aviso seguro y anticipado de cuándo salía la fuerza armada en su persecución; los mismos amigos y valedores no sólo les llevaban la comida al bosque y comían con ellos, sino que iban en su compañía uno, dos ó más días, aunque no tomaran parte en sus fechorías; siempre hallaban gente dispuesta para llevarles á componer las armas á la ciudad de Vich, de donde recibían cuanto habían menester con una frecuencia extraordinaria. Los dueños de las casas solares les ofrecían sus casas y servicios, y se los prestaban con la mayor lealtad, y casi ingeniosamente, como lo hizo uno que, teniéndolos en su casa á tiempo en que supo que llegaba la fuerza armada que iba en su busca, les aconsejó que salieran y se refugiaran en un bosque suyo, y apenas la cuadrilla lo hubo ejecutado, el amo hizo marchar tras ellos por el mismo camino un rebaño de carneros para que borrara las pisadas que los ladrones podían haber dejado impresas en el suelo. ¿Ha sucedido esto jamás, ni puede suceder con ladrones vulgares? A éstos se los teme y se les da de comer por miedo y de mala gana; pero aquí vemos gusto y oficiosidad en hacerlo; se nota una especie de alegría en la casa cuando llega la cuadrilla: ancianos, jóvenes, mujeres, todas las edades están representadas entre sus valedores, y aun hay personas de alta clase, como indudablemente lo era en aquel entonces el abad del monasterio de Bañolas, que los recomendó muy bien en uno de los viajes de Serrallonga á Francia. Se ve un deseo grande, un gusto, un empeño en servirlos, en proporcionarles cuanto necesitan, y en ponerlos á salvo de sus perseguidores; y todo eso dura doce años, sin que los valedores se cansen, sino yendo cada día en notable progreso.

»Mucho más podríamos añadir á lo dicho para que no cupiese duda de que si Serrallonga y sus compañeros robaban y mataban, el alma de todo eso era el sostenimiento de un bando político, por más que los medios empleados para ello fueran ajenos del objeto principal que se proponían los caudillos.»

Hasta aquí Cortada. Y siguiendo el curioso extracto del proceso hecho por el ilustrado y concienzudo escritor, se ve que en las muchas veces que Serrallonga estuvo en Francia, siempre volvía á Cataluña por falta de dinero y con ánimo de recogerlo entre sus deudos y amigos, advirtiendo que esas permanencias en Francia eran á veces de cuatro y seis meses; que allí tenía relaciones con personas principales, como los señores de Viver y de Anyer, quienes le daban amistosa acogida y le aposentaban en sus propios castillos; que recibía muy á menudo regalos de gente de calidad, quienes le enviaban ya un pedreñal con flecos de seda encarnada y borlas de oro, ya una *xarpa* bordada en plata y seda; que era protegido del abad de Bañolas y de mucha gente principal del país, pues causa verdadero pasmo ver la multitud de casas de campo y rectorías del pueblo en donde era bien recibido y agasajado, dispensándole generosa protección, dándole avisos y noticias y facilitándole cuanto deseaba; que vestía con elegancia y era su traje el de un caballero, pues llevaba sombrero negro con corchetes de plata, ropilla con valona, capa roja y alguna vez blanca, medias de estambre de varios colores y zapatos, no usando jamás alpargatas; y por fin, que en cierta ocasión, estando con su cuadrilla en acecho al pie de Moncada, llegó un coche en el cual iban la condesa de Erill y el abad de Erill, quienes tuvieron una larga conversación con Serrallonga, despidiéndose luego y acompañando éste con los suyos un trecho el coche de la condesa *para hacerle cortesía*.

Datos son todos estos que pueden dar algo que pensar á cuantos crean á Serrallonga un ladrón ordinario; de todos modos, para mi vindicación contra las críticas de que fuí objeto, basta que una persona tan autorizada en historia como D. Juan Cortada, distinguido catedrático de esta asignatura en la universidad de Barcelona, haya dicho terminantemente, con el proceso á la vista, que *Serrallonga fué un cabecilla político, y sus robos tenían por objeto vivir, allegar dinero y tener hombres á su devoción, y los asesinatos todos fueron muertes de personas del bando contrario.*

Pero del proceso no consta realmente, sino muy al contrario, que Serrallonga fuese noble. «El martes 15 del mes de Noviembre del año 1633, en Barcelona, dicen los autos, ante dicho magnífico Pablo Guiamet, relator, pareció Juan Sala y Serrallonga, *labrador,* etc.»

Y permítaseme decir de paso que debió ser preso sólo muy pocos días antes de tomársele declaración; pues hallo que á 19 de Octubre se expedían aún órdenes terminantes para prenderle [1], dato que no deja de ser importante y que da que pensar.

1 En el archivo de la *Corona de Aragón* consta lo siguiente:

"Lo Duch, etc.

„Noble amat de la Real Majestat. Hans ha causat viu pesar lo atreviment de Serrallonga que apres de tantes diligencies fetes en sa persecució ab accesiu gasto de la Thesorería Real, desfeta del tot sa cuadrilla haja pogut un tant gran delincuent conservarse en aqueixes part y sol ab sa amiga vestida de home exir en camins Reals y fer los robos que sabeu, clara evidencia de la tollerancia y descuit del ordinaris, podent resultar della donar lochá que alce quadrilla y cause los mals y afliccions que se han experimentat, desitjant prevenirlos, tractat en lo Real Consell havem resolt fer apretades diligencies en sa persecució en totes les parts que ha paregut convenir y pera dispondrerles en aqueixos districtes de scriureus esta peraque cohoperant en ella procureu dispondrerla en la forma mes efficaz prenént inteligencias y corresponentvos ab Don Miquel Clariana al qual escrivim ab la mateixa conformitat. Diem per

Tenemos, pues, según el proceso, que Serrallonga no era caballero, sino labrador; pero en el mismo proceso consta que iba vestido como aquéllos, que tenía relaciones con personas de clase, y que trataba á los suyos con cierta arrogancia y superioridad, como se nota en varias declaraciones, dispensándole todos los de su cuadrilla las mayores atenciones y respeto.

También la Doña Juana Torrellas de la tradición aparece en el proceso como una mujer llamada Juana Macisa, molinera, á quien Serrallonga robó un día, llevándosela consigo, y siendo de entonces más su compañera.

Pero es de advirtir asimismo que en todo este proceso reina cierto misterio impenetrable, y que las declaraciones constan como arrancadas por el tormento, y ya sabemos hasta qué punto se puede hacer confesar así la verdad como la mentira atormentando á un hombre.

Serrallonga, en su declaración, confiesa que robó á *su amiga* Juana; pero no explica de dónde ni cómo; descubre á muchos de sus valedores, todos ellos personas de posición, siéndole cada una de estas declaraciones arrancadas por el tormento; y no contesta á la pregunta de quién le cogió, en dónde y cuándo, que le hace el juez al principio de su declaración.

Si la tradición valiera, ya sabríamos que fué preso en el cementerio de Caroz, orando sobre la tumba de su

so y encarregam vos dipongau molt de proposit en esta factio que tant interesa al servey de Sa Majestat y benefici publich de la provincia que sera ferlo y molt particular y nos obligará á la estimació que mereix. Datta en Barcelona á XVIIII de Octubre de MDCXXXIII.—El Duque de Segorbe y de Cardona.—V. D. M. Sala Regens.

—Manuel Pérez.

»—Dirigitur Nobili Ludovico Descallar.

»—Simili fuit expedita directa Nobili Michaeli de Clariana.

»—Simili fuit expedita directa Michaeli Johanni Granollachs et de Prat.»

padre. En cuanto á quién le prendió, nos lo dice un título de nobleza expedido en Barcelona á 21 de Enero de 1709 por Carlos III (el archiduque), á favor de Francisco y José Fontanellas y Pradell, en cuyo título se dice ser éstos biznietos de Salvio y José Fontanellas y Pradell, quienes, entre otros servicios, prestaron el de prender á Juan Serrallonga, siendo causa esto de que algunos de los secuaces de dicho bandolero matasen luego en venganza al citado Salvio [1].

Tenemos, pues, dejando para otra ocasión y para otra obra el profundizar en el proceso original, que Serrallonga era del partido de los *narros*, como parecen serlo del de *cadells* el Fontanellas que lo prendió y los jueces que lo sentenciaron; y que este famoso bandolero hacía frecuentes viajes á Francia, siendo el agente misterioso de una sociedad política, en la cual figuraban personas muy elevadas, puestas por Serrallonga en correspondencia, con otras muy principales también del vecino reino.

1 Este título, cuya copia debo á la amabilidad del descendiente de esta familia, dice así:

«Y teniendo presente que Francisco y José Fontanellas y Pradell, vecinos de nuestra leal y muy constante ciudad de Vich, é hijos legítimos y naturales de José Fontanellas y Pradell, difunto; nietos de otro de este mismo nombre y biznietos de Salvio Fontanellas, que obtuvo del Sermo. Sr. D. Felipe III de Castilla y II de Aragón, de eterna memoria, el título de ciudadano honrado; que su casa y familia fueron condecoradas con igual gracia hace ciento y más años, y que en todo tiempo han manifestado su fidelidad hacia nuestros anales predecesores, y que los sobredichos Salvio y José Fontanellas y Pradell concurrieron á la expulsión de los facciosos que perturbaban la tranquilidad pública en Cataluña, hasta prender y entregar en manos de los reales ministros á Juan Serrallonga y á Jaime Serra, alias *lo Tut*, lo que fué causa de que algunos de sus secuaces, guiados de un espíritu maligno, matasen á dicho Salvio, según puede inferirse de la alevosa muerte que le dieron, y no obstante lo cual, José Fontanellas y Pradell, nieto de dicho difunto, se dedicó con más ardor al real servicio, etc., etc.»

Tal es la verdad histórica, y cuáles sean las conjeturas que de esto pueden deducirse, claras las verá el lector atendidas las circunstancias y crisis porque estaba atravesando el Principado, y teniendo presente lo que significaba entonces, conforme queda dicho, el llamarse *afrancesado.*

XII.

Tales son los datos que, á costa de no pocos afanes y pesquisas en archivos públicos y privados, he podido recoger relativos al bandolerismo y á los bandoleros de Cataluña.

El historiador imparcial podrá, sujetándolos á la crítica, apreciarlos en lo que valgan y deducir las consecuencias que convenientes estime y acertadas crea.

Por mi parte, pocas observaciones me toca hacer y poco tengo que añadir, ya que transcendentales sucesos políticos de nuestra España vinieron en su día á interrumpir mi tarea reclamando para otra mis pobres servicios é impidiéndome por el momento completar mi trabajo.

En crónicas y en dietarios se concluye de hablar de bandoleros así que comienzan las turbaciones de Cataluña, aquellas famosas turbaciones que dieron origen á la revolución de 1640 y á la guerra llamada *de los segadores.*

¿No es esto toda una revelación para el historiador? ¿No dice esto que el bandolerismo, por condenable que sea, podía ser causa de un malestar secreto y aspiración del país á mejorar de estado?

En mi sentir, hay en la historia de España sucesos que merecen fijar la atención y la reclaman muy detenida y diligente por parte de aquellos escritores que con-

sagrarse puedan á una época determinada con tiempo, holgura y medios, ya que no es posible en historias generales descender al estudio especial y á los detalles minuciosos de un acontecimiento dado.

Las *Comunidades* de Castilla, las *Germanías* de Valencia, los alzamientos de Cataluña contra D. Juan II, D. Felipe IV y D. Felipe V, y otros y otros sucesos de los reinos que hoy forman la nacionalidad española, reclaman historiadores particulares que, allegando datos de inapreciable valía para la historia general, puedan estudiar causas, investigar orígenes y descubrir y publicar documentos con que se vean las cosas á la luz clara y transparente de lo cierto, enmendándose así juicios equivocados y errores profundos que, por falta de datos suficientes, pueden llegar á ser históricos, y perjudiciales, por ende, á la sagrada causa de la verdad y de la justicia.

En la historia política, en la historia de la vida de los pueblos y del progreso humano, yo creo, por ejemplo, que Cataluña ha sido en España la vanguardia de las libertades públicas; pero esto, que es, en mi opinión, verdad inconcusa, no lo es ciertamente para todos, que á muchos cabe duda de ello, y yo la respeto, á causa de no haberse historiado ciertos sucesos con la exactitud debida, ya sea en unos por falta de datos, ya sea en otros por falsedades convenientes á interesadas miras.

Yo condeno y condenaré toda mi vida los excesos á que á veces se entregó Cataluña en determinados períodos de sus turbaciones, obedeciendo más al impulso de las pasiones que á la serenidad de la razón, y por esto condeno el bandolerismo que de narrar acabo como estudio y dato histórico; pero, en cambio, siempre veré en las revoluciones de Cataluña el alto espíritu y el alto fin que se proponen los pueblos grandes y varoniles al acometer empresas adelantadas á su siglo.

Aun cuando en la relación de ciertos sucesos se hallen hechos dignos de oprobio y anatema, no hay que culpar por ello á la nación; que no es bien que paguen todos la falta de alguno, ni el desvarío ó el crimen de unos pocos debe ser mancha en la clara fama de la comunidad. En cambio, también en estos sucesos se ven descollar altas virtudes que ya quisiera yo ver imitadas, ciertamente, por los que hoy tanto hablan de ellas y tan poco las practican.

En las grandes épocas de Cataluña hay algo que los historiadores debieran tener especial cuidado en hacer resaltar.

Un gran amor á las libertades, pero un profundo respeto á las leyes.

Un gran sentimiento democrático, en el verdadero y recto sentido de esta palabra; pero al propio tiempo un gran sentimiento monárquico y un exquisito respeto á los reyes, hijo, no de la adulación y del servilismo, sino de la conciencia y de la dignidad.

Un perfecto conocimiento de los derechos, en defensa de los cuales eran extremados los antiguos catalanes; pero asimismo un religioso cumplimiento de los deberes, en cuya escrupulosa obediencia eran puntillosos.

Muy de desear fuera que en nuestros tiempos no se echaran al olvido estos eternos principios que tanto y tan característicamente resaltan en la historia del pueblo español todo.

Sin esto, tal es mi humilde opinión al menos, sin el sentimiento monárquico, en España, donde no hay costumbres, ni tradiciones, ni virtudes republicanas, no habría jamás orden ni justicia.

Sin esto, sin el respeto profundo á la ley y á la autoridad, sin el conocimiento y el cumplimiento perfecto de los deberes, en España, donde las costumbres son, sin embargo, democráticas, y donde el espíritu que en

el pueblo se encarna es eminentemente liberal, no habrá nunca libertad.

Por mala ventura, y con dolor lo consigno, la práctica de aquellas altas virtudes de los tiempos antiguos no tiene en los modernos la misma aplicación para todos. Hay en el día quien por libertad entiende licencia, por democracia demagogia, y quien, predicando la excelencia de los derechos, niega, ó por lo menos olvida, la obligación de los deberes.

Si esto es ser liberal y demócrata, yo confieso humildemente que no eran esto nuestros antepasados, ni soy yo esto tampoco.

Amo, como mis padres, la libertad que en las serenidades del cielo es compañera inseparable del orden y de la justicia, del deber y del derecho; pero aborrezco profundamente la libertad que desciende al fango de las calles y se revuelca en el cieno de la orgía.

La ramera no es la dama, como la licencia no es la libertad.

APÉNDICES.

APÉNDICE I.

En el *Manuscrito de Bruniquer*, que existe en el archivo de las Casas consistoriales, tomo II, cap. XXXVI, se encuentran, referentes á éstos y á otros sucesos de la misma época, los siguientes párrafos, donde se extracta y resume lo que con mayor extensión se halla en los dietarios, acuerdos del Consejo y copiadores de cartas:

—«A 14 de Desembre 1520, scriuhen los concellers al rey, com lo dilluns avans en la matinada eren estat trobats ficats en alguns lochs per la ciutat cartells; contenint conmoció dels pobles, asenyalant jornada, y segons ab letra

de 3 de Janer 1521, era asignat lo dia de Sant Thomas, empero ni avans, ni apres nos conegué nengun moviment.»

—«A 16 de Abril 1521, scriuhen als de Gerona en resposta sabre conmocions seguides en aquella ciutat y ab una scrita á 18, se veu que era perque volien tenir que veurer en las imposicions y ques devian levar drets, empero ab la venguda del virey, tots los moviments, y rumors quey hi habia en Barcelona, Gerona, y altres parts de Catalunya, tot se aquietá.»

—«A 23 de Abril de 1521 scriuhen al rey com per propi habian rebuda á 4 de dit una dels de la Junta del regne de Castella residents en Valladolit (á qui nosaltres diem los comuneros), y que no havian volgut capturar lo correu per no alterar la cosa, ni fer dany als mercaders catalans en Castilla, y que sa majestat ves la resposta volía que fesen.»

—«A 13 de Agost de 1521, havent lo infant D. Enrich stant en Valencia scrit als concellers ab paraulas molt sentidas, tractantlos é inculpantlos de actes de infidelitat, li responen y satisfan ab molta gran prudencia, ab la cual y ab la de 14 de dit que scriuhen al compte de Módica, se veu que Valencia y Castilla se eran alzats y Mallorca estava també en turbasions.»

—«A 29 de Janer de 1522 scriuhen al rey y li donan rahó de las grans sedicions commocions de Mallorca dels pobles contra los gentils homens, y que estos se eran retirats á Alcudia hont los tenian assetiats per terra y per mar, y 15 de Febrer scriuhen al virrey que era á Tarragona, com era arribat un berganti de Mallorca, tramés per los jurats y poble, ab letres pera Sa Senyoría, gobernador, deputats y concellers, y á altres, ab un frare, que segons fama aná per la ciutat de Mallorca, ab un christo en la mia, conmovent, y animant los pobles.»

APÉNDICE II.

AÑO 1581.

«Aixis be en lo dit añy han regnat molts bandolers y señaladamente Tomas de Bañyuls ab sa codrilla, lo cual as-

setiaba á Oleta y vingué molta gent por ordre del virrey per la part de Rosselló y Cerdaña en que hi era lo gobernador Nisser Osset, doctor del real consell y molts cavallers y veguers y arseñaladament lo veguer y un consul de *Pavils*, pero no feren res, ans be al moltes bregues y morts que se seguiren dels bandolers perssó no desampararen lo lloch, fins que lo somaten los hagué deixats, y á les hores lo de Bañyuls ab sa gent, francesos y catalans, que'n tenia molts, sen anaren en Fransa y lo dit Misser Osset torná á Oleta y cremá tot lo lloch y la vila ab lletres del virrey que manabe se fes dita persecució contra los bandolers, y gastá mes de «400» ducats. Al llibre dels Consells se pot venrer largament. Assó ere en la Coresma del añy 1581. Sessá la persecució del dit Bañyuls per cuant lo duch de Terranova en aqueix instant entrá virrey de Cataluña, y lo compte de Aytona entrá per virrey de Valencia, lo cual ere vingut en Perpinya sols per la dita persecució.»

(*Dietario* del archivo de Puigcerdá.)

APÉNDICE III.

1681.

«Aixis mateis en lo dit añy, en lo mes de Desembre, entraren per la Vall de Carol 325 franceses, hugonaus y altres, los cuals habia enviats á cercar Galceran Cadell, los cuals pasant per los llochs robaben lo que podien y s'menjaren 50 moltons de la vila y devallaren fins á la Seu de Urgell y assi vingueren los Ripollesos á valernos si fos mester, y tambe habien avisats á altres circumvehins, hagueren á Lles una brega y morinenthi cuatre ó sinch dels hugonaus, y prenguerenlos un morter que portaben, y sen tornaren per la vall de la Losa, y lo virrey enviá Misser Oliva y Misser Fermin Sorribes per pasificarho y tragueren ab guiatge molts bandolers, y Galceran Cadell y altres al desterro, y aixis ho remediá.»

(*Dietario* de Puigcerdá.)

APÉNDICE IV.

Extrait d'une lettre de M. Alart, archibiste du Département des Pyrenees orientales, adressée á M. Martí, de Puigcerdá.

«La famille Cadell, originaire de Puigcerdá, á fourni un nombre considerable de personages distingués, et la plus ancienne mention qui en soit faite, á ma coonnaissance, est celle de *Raymond Cadell, jurisconsult* de Puigcerdá, qui obtint un privilége portant diverses franchises accordées par Nunyo-Sanche, Seigneur souverain de Rousillon et de Cerdagne, le 3 des ides d'avril 1222.—Un acte de 1229 (que vons m'avez communiqué á mon dernier voyage), mentionne á Puigcerdá, *R. Katelli, R. son fils et Catelli* (c'est a dire Guillaume Cadell). Se trouve ensuite le nom de G. Cadell cité plusieurs fois dans des actes de la Cerdagne de 1264 a 1269, et ce nom est ainsi e'crit: *Sig + num G. Cattelli senioris* dans un document de l'an 1265, Ce Guillaume *senior* de 1265 était sans doute celui de 1229, et, pour qu'il prit cette qualification, il est clair qu'il devait avoir en 1265 un *fils* portant le méme nom que lui, et qui fut sans donte *l'epoux* de Margarite décédée en 1300. Celui-ci, d'apres l'inscription, eut aussi un fils du nom de *Guillaume*, mais je n'en trove aucune trace dans les actes que j'ai sous la main, sauf la mention faite en 1315 d'une propièté situé á Pallerols, et confrontant *in terra Guilletmi Castelli*. Il est bien probable que les documents que vous avez aux archives de Puigcerdá pourraint eclaircir comple'tement cette question, beaucomp mieux que je ne puis le faire ici. Les actes que j'ai a ma disposition ne concernent que deux branches de la meme famille Cadell de Puigcerdá, et qui posédérent, l'une la seigneurie d'Espira en Conflént et l'autre celles de Pruilans, Arceguel et Arausa en Cerdagne. Mais la généalogie de ces deux brances de la famille Cadell ne me fournit pas d'antres prénoms que ceux de Bernard, Pierre, Raymond, Guido, Jean, et Jacques, pendan les XIII[e] et XIV[e] siecles, et je u'y trouve rien qui puise m'aide a expliquer si les débris d'ossemets hu-

mains que vons aves trouvés derriére la pierre de l'inscriptiont se rapportent á deux enfants de *Guillaume* et de *Margarite* Cadell.»

La copia de la anterior carta me fué facilitada por el Sr. Martí, junto con las siguientes interesantes notas:

«La lápida de que se hace mención en el anterior escrito, se encuentra empotrada en el muro, detrás de un altar de la iglesia parroquial de Puigcerdá. No la descubrí yo, pues que me participaron su existencia, hace ya diez ó doce años; pero ninguna de las cuatro ó seis personas que de ella tenían noticia sabía cuál era su objeto. Gracias á la curiosa inscripción que contiene, me fué fácil saber la persona para la cual había sido labrada, y en qué época. Alterada, al difundirse esta noticia, se decía en toda la población que yo había encontrado un *cos sant.*

»Queriendo poseer una copia del hermoso relieve que figura el acto del entierro de la «Margarita,» ensayé un vaciado en yeso que, por las pésimas condiciones del local, no me dió buen resultado. No satisfecho, obtuve del señor párroco el permiso de arrancar la piedra, encontrándose, con sorpresa mía, dentro del tosco nicho, además de algunos restos de una persona mayor, los cráneos de dos criaturas. Obtenido el molde, yo supliqué que se permitiera colocar la lápida en paraje más visible, pero el señor párroco se opuso, y ahora vuelve á estar situada en el mismo incómodo sitio.

»Para que me aclarara aquel inesperado hallazgo, y algunas palabras de oscuro sentido de la inscripción, escribí á Alard, el cual me dió sobre ella y sobre la familia de la sepultada todas las noticias que V. vió en su carta, y de las cuales copio las que se refieren á la segunda, por creer que son las únicas que á V. interesan, y con el fin de ahorrarle trabajo y la molestia de tener que remitirme nuevamente aquel escrito.

»Queda en dicha inscripción una palabra, que ni la vasta ilustración de M. Alard, ni los raros especiales conocimientos de M. de Bonnefoy, pudieron explicar; pero que no perjudicando á la lectura general de la composición

poética *(¡mala guanyat nom!)*, no tiene interés más que para el paleógrafo, ninguno para el historiador.

»Para que tenga V. una idea de ella, he aquí la copia de la inscripción:

Borde superior.

Mitis, munifica,—proba, provida, mente pudica,
Gaudens, pacifica—pia, prudens, mori, amica,
Ritu sortita—quondam sermone perita,
Tu Margarita,—jam requiescis ita.
Uxor Guillelmi Catelli—fueras junioris
Mater Guillelmi Catelli—frantrisque minóris.

Borde inferior.

Pro te poscentes—venian sunt suscipientes
Christum donum erum(?)—fore quadraquinta dierum,
Dum contempsisti—mundum funere tristi.

Anno Dei M.CCC.VIII idus julii obiit Domina Margarita. Hic jaset, requiescat in pace. Amen.

APÉNDICE V.

AÑY 1588.

«Al 7 del mes de Novembre de dit añy entenent lo Señor Virrey D. Manrique de Lara los maleficis feyan los bandolers de la parcialitat de Mosen Jonot Cadell de Arseguel en la terra de Cerdanya y altres parts circumvehines, envia lo manifich Misser frances Ubach, doctor del Real Consell á la present Vila pera fer fermar la unió y per donar remey de justicia á la terra y també enviá á Misser Enrich á Leyda y á Misser Mir á la Seu d'Urgell per lo mateix efecte. Assi ha feta molta justicia lo dit Mosen Ubach perseguint los bandolers assetiantlos en Arseguel en lo cual siti mataren lo Minyó de Capsir y lo Minyó de Montellá y alsaren somaten y acudit tota la terra y també Misser Mir ab los de la Seu de Urgell, y també hi acudi Banyúls ab 300 homens. Durá lo siti set ó vuit dies y alsarenlo per no poderhi estar per lo temps tan mal

y fret. La Vila y la terra han fermada la unió per temps de tres añys.»

(*Dietario* de Puigcerdá.)

APÉNDICE VI.

«A 21 de Abril de 1592 scrihuen al rey los concellers com per expulsió des ladres á titol que feyan torb al General, havian feta junta de Brassos y entre dit Consistori havia grans alteracions en sos parers, y que los un s'eran ajustats en la Deputació y los altres en casa de un deputat, y que los del Bras militar se eran ajustat á la Seu, y que los concellers essent estats consultats ab embaxadas, no eran volgut resoldrers en nengun parer sens darne rahó á S. M.» (*Manuscrito Bruniquer*, cap. XXXV.)

«A 26 Setembre 1592, lo virrey doná avis als concellers, com havia fet assetiar lo castell Darcegol, perque Cadell se feya fort allá ab altres bandolers, y fou prés y derrocat.»

APÉNDICE VII.

1598.

«A gloria de Nostre Senyor Deu Jesus-Crist exaltació de la invictísima nostra fe catolica, llahor, honra y fama de la fael. Nació de Cerdanya, seria no cosa deguda se posás en oblit la tant famosa victoria obtingueren los de la Vila de Puigcerdá y terra Cerdanya als 22 del mes de Maig, añy de la Nativitat de nostre Redemptor 1598, divendres apres del solemnissim dia de Corpus contra de 3.000 francesos ó mes, dels cuals era Capitá Mossur de Durban en companya del Vescompte de la Cort Mossur Casals, ab molts altres cavallers francesos, guiats per molts bandolers, naturals de esta terra de Cerdanya, los cuals se eran recullits en lo comptat de Foix, després de la ruina y destrucció maná fer sa Magestad per lo Excelientisim Duch de Maqueda, Virrey de felis recordació y digne de tal carrech del Castell de Arseguel, terra de Baridá, en lo cual

se recullian per lo senyor de aquell qui les hores era Mossen Jonot Cadell, de tal manera que s'podia viure en la terra de Cerdanya, terra de Baridá, Urgellet ni casi en Cataluña, perque los predits bandolers se recullian en Arseguel exedian numero «200,» cossejaban y robavan de aqui tots los ports y passos de Cataluña, y ençara vilas muradas y llochs de molt numero de gent, puis que fou servit lo Senyor de provehirnos de un Virrey cual convenia por la tal ocasió com era lo predit Duch de Maqueda, que de son nom se deya D. Bernardino de Cárdenes, lo cual ab la valor, esfors y fidelitat del Sr. D. Joan de Queralt, gobernador del Comptats de Rosselló y Cerdanya, al cual en particular encomená aquesta empresa ajudat especialment de la gent de Cerdanya y secundariament de algunas veguerias de Cataluña y de 200 castellans feu desembarcar de certas galeras habia en Barcelona, de las cuals era Capitá lo valeros Argensola Cavaller famos y antich en las guerras de Flandes que vuy per sas hasañas y valentias es Gobernador dels Comptats del Rosselló y Cerdanya, los tragué de dit castell de Arseguel aprés de haber tingut lo siti per espay de un mes, que comensá lo dia de Santa Tecla, que es á 22 desembre del añy 1593, y aprés de haber tengudas llargas escaramusas y haber morta molta gent de la una part y altre, fou nostre Senyor servit en tot lo dit mes may plogue per la cual causa fou forsat al dit Jonot Cadell y á un altre cavaller qui s'era retirat en lo dit Castell nomenat Felipe Queralt en companya de tots los bandolers de Arsaguel y de molts pagessos de dit lloch y ses mullers y familias, una nit anassen de dit Castell y lloch de Arseguel y deixarlo tot sol á disposició dels puils tenian assetiats, los cuals com habia un mes y mes tenian lo siti en una terra tan fragosa ab tants treballs y malas nits y ab la industria y practica de la gent de la terra forent guiats y portats dins lo comptat de Foix, ahont es mort Mosen Jonot Cadell aprés de haberli lo senyor Rey cremat lo Castell y assolat lo lloch de Arseguel y en les ultimes Corts de Barcelona añy 1599 li habian tornat tot lo que li habia confiscat, de tal manera

que los del dit francesos del comptat de Foix, guiats per alguns dels dits bandolers se eren retirats en dit comptat de Foix entre los cuals se asseñalá molt *Cua de Llop*, natural de la Vall de Querol, *Barrabam* de son nom dit Masferrer, natural de Sareja, Vicens Jasquer de Querol y molts altres de Cerdanya, Baridá y altres parts, entraren per la vall de Querol y descubrils la torre Cerdana y tirá la Artillería, y com veren foren descoberts no gosaren pasar per la Vall de Querol avall sino com foren á Porta prengueren per de sobra á ma esquerra y caigueren sobre de Fanés y aquí comensaren á cremar y saquejar y robaren casa de Floquet de fanés y los bestiars de aqueix lloch y sen portaren á Tomás de Rabia alias floquet y á son Fill Guillem y matarem á un parayre de Puigcerdá que per sobrenom se deya lo Sor de la Sclamonda, y de aquí parsaren á la costa de la Sacratíssima Reyna de Belloch y á Dorras y aquí feren grandissimis estragos robant glesias, portantsen lo Santissim Sagrament y tot lo que trobaren per las casas, y de aquí pasaren á las Caldas ahont trobaren grant resistencia en lo Hostal de la casa Grant per raho de un monjo qui estaba en dit temps en ditas Caldas anomenat Fra Pujol natural de Ripoll y net de Mossen Sans de Puigcerdá, del ordre de Nostra Señora de Montserrat, lo cual ab adjutori de alguns fadrins tenia en sa companya resisti valerosament, y mataren alguns de dits fadrins á alguns dels dits francesos, y ells cremaren lo porcho del Hoste de las Caldas y aprés sen pujaren al serrat de sobre Vilanova y volgueren pendre lo port de Cabanas de sus Angostrina y no pogueren perque ja-hi-foren alguns de Llivia y ab mosquet que tenian los ho vedaren, y á les hores se posarent en lo serrat sobre Vilanova y aquí feyan cos de guarda y á tropas eixian á escaramussar ab Mossen Joan de Codol, señor de Ur y Flori, lo cual dels primers acudi á Vilanova y á les Caldas ab alguna gent de la Vila de Puigcerdá y aquí resistiren valerosament á las grans cargas donaban dit francesos cridant *Bandoma Bandoma*, fins que arribaren tota la gent de la terra y Vall de Querol y donaren brega á dits francesos, en las cuals bre-

gas escaramusas y cargas dels primers mori Mossen Francesch Montellá y casi á las derrarias Felip y molts de nafrat, y vehent los dits francesos la nit se acostaba, se retiraren en la montaña de Vall=marans ahont dormiren la nit dels cual per lo grant fret hi feu «Volento axis nostre Señor» sen moriren molts y apres sen tornaren per Pimoren ahont foren desbaratats per los Carolaus primerament, y apres acudiren los de la vila de Puigcerdá y apres los de la terra de Cerdanya de tal manera entre morts, presos y perduts á la montaña cuant ferent ressenya en Fransa los falta mes de 700 homens.»

(*Dietario* de Puigcerdá.)

HISTORIA DE CATALUÑA

LAS BODAS DE FELIPE V

LAS BODAS DE FELIPE V.

I.

El 16 de Julio de 1701 recibió el Consejo de Ciento de Barcelona una carta del rey Felipe V, anunciando que había resuelto salir de la corte el 16 de Agosto inmediato para pasar á Barcelona con objeto de convocar Cortes del Principado en el convento de San Francisco, según costumbre de sus antecesores, y también con el de salir al encuentro de la princesa María Luisa de Saboya, con la cual había ajustado casamiento.

Poco hacía que Felipe V de Borbón ocupaba el trono de España. Carlos II, cuarto, degenerado y último sucesor de Carlos V en el trono de Fernando y de Isabel la Católica, después de haber casado en primeras núpcias con una princesa francesa y en segundas con una hija de la casa de Austria, moría sin hijos el 1.° de Noviembre de 1700. Su adhesión á la casa de la cual descendía y la grande influencia de su segunda mujer, debían, según toda apariencia, decidirle á llamar al trono á un príncipe austriaco; pero no fué así. Los escrúpulos que hábilmente supo suscitar junto á su lecho de muerte el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, inclinado á los intereses de la Francia, obligaron á Carlos II á renunciar á sus más caros deseos para testar en favor de un nieto de su hermana y de Luis XIV, rey de Francia.

Así fué como entraron los Borbones á ocupar el trono de España. En todo aquel círculo de intrigas, de

enredos y hasta de crímenes puestos en juego para asegurar la sucesión del débil Carlos II, que no supo ni reinar en España ni dar un heredero á la monarquía, se consultaron mucho los intereses privados, los odios personales, las ambiciones de los representantes del partido austriaco y del partido francés, pero no fué consultada jamás la voluntad del país. ¡Como si de intereses de éste no se tratara más bien que de intereses de Francia ó de Austria!

Luis XIV, aunque ligado por pactos formales y por tratados anteriores, supo prescindir de sus sagrados compromisos, y aceptó para su nieto el duque de Anjou el trono de España. El 24 de Enero de 1701 los cañones de Fuenterrabía y de Irún anunciaban á los españoles la llegada de su nuevo monarca. Con él entró también en el país la más terrible y la más espantosa de las guerras: la guerra civil.

No dejaban de conocer los consejeros del joven Felipe y el mismo Luis XIV que, al pisar el territorio español el nuevo monarca de la casa de Borbón, acababa de poner su pie sobre el suelo de un volcán próximo á reventar. El emperador de Austria, que ambicionaba para su segundo hijo Carlos el trono de España, no podía permanecer impasible; las demás potencias extranjeras dejaban traslucir su desagrado contra el orgullo de la Francia; el príncipe de Darmstad, virrey que acababa de ser de Cataluña, al dimitir su mando y al embarcarse en Barcelona para Alemania, decía en alta voz, á cuantos fueron á despedirle, que volvería pronto con nuevo rey á la capital del Principado, y comenzaban á correr sordos rumores, principalmente en Cataluña, presagio de la tormenta que iba á descargar sobre la nueva dinastía.

Felipe V quiso atraerse el cariño de los catalanes pasando á celebrar Cortes en Barcelona y efectuando su

casamiento en el Principado; pero no tuvo tacto para conciliarse su afecto, pues se vió claramente en sus primeras medidas el deseo de ir coartando las grandes libertades y privilegios que de época inmemorial gozaba Cataluña. Atentar á los fueros y á las libertades, era atentar á la vida del país. Los catalanes que en tiempo de Juan II y de Felipe IV se habían alzado como un solo hombre, no vacilando en arrojar solemnemente del trono á aquellos reyes conculcadores de las libertades públicas, procediendo á la elección de nuevos monarcas, poco habían de titubear en hacer lo propio con Felipe V, si éste les faltaba en lo que para ellos era sacrosanto. Así, en efecto, sucedió, y con su constancia en una guerra de muchos años y con su heróica y famosa defensa de Barcelona, demostrar supieron los catalanes á la faz del mundo que no en vano se atenta á las libertades y á la dignidad de un pueblo.

Pero no es este el punto de que hoy nos vamos á ocupar en estas breves notas, sino de lo acaecido en los primeros días del matrimonio de Felipe, para lo cual habremos de levantar el velo que oculta los secretos de familia. Todos los historiadores hablan con misterio de ciertas escenas pasadas en Figueras el día de la boda del joven duque de Anjou; y como no refieren el suceso, que es por cierto curioso, vamos hoy á relatarlo nosotros con la ayuda de cierto historiador coetáneo de los hechos y de algún otro libro raro y poco conocido que lo particulariza.

II.

Luis XIV, luego después de haber aceptado el trono para su nieto, pensó en dar una reina á la España, y convino á sus planes políticos enlazarle con una prince-

sa de Saboya, con lo cual contribuía á quitar un aliado á las potencias enemigas de Francia. La elección recayó, pues, en la hija segunda de Víctor Amadeo, María Luisa Gabriela, hermana de la que había casado con otro príncipe francés, el duque de Borgoña. Las negociaciones para esta boda, entabladas desde principios de 1701, fueron retardándose á causa de las continuas vacilaciones del duque de Saboya; pero, al cabo y al fin, el 11 de Setiembre de dicho año, el príncipe de Carignan se casaba en Turín, á nombre y por poderes del rey de España, con María Luisa, que acababa de cumplir entonces trece años.

Después de haberla llevado al castillo de Racconigi, residencia veraniega de los príncipes de Carignan, donde hubo grandes fiestas, Manuel Filiberto acompañó á su sobrina, seguido de toda la familia real, hasta el pie del collado de Tende, en cuyo punto la joven reina tomó el camino de Niza, puerto en donde la aguardaban las galeras españolas.

Por su parte Felipe V retrasó su viaje, pues á pesar de lo que tenía escrito á los concelleres de Barcelona, no salió de Madrid hasta el 5 de Setiembre, llegando el 16 á Zaragoza, efectuando el 1.° de Octubre su entrada en la capital del Principado, prestando el 4 su juramento á los fueros y libertades del reino, y abriendo el 12 las Cortes con un discurso ó proposición que no fué, por cierto, del agrado general.

Contaba Felipe esperar á la reina en Barcelona, pero supo que había decidido proseguir su viaje por tierra, y fué á recibirla hasta Figueras, á cuyo punto llegó el 2 de Noviembre, teniendo lugar en aquella villa las escenas que luego relataremos.

Al separarse de su familia en Tende, María Luisa se dirigió á Niza, desde cuyo punto comenzó con su abuela una correspondencia bastante seguida y que no se

interrumpió hasta poco antes de su muerte. Esta correspondencia no deja de ser interesante, aunque se refiere casi toda ella á cosas íntimas y de poco valor para la historia, pues da á conocer por completo á la reina y nos pone de manifiesto el carácter de la mujer [1].

Según nos cuenta su biógrafo, la condesa de la Roca, María Luisa era de talla pequeña, pero había en toda su persona una elegancia notable. Sus cabellos eran castaños, sus ojos casi negros, llenos de fuego y de vivacidad. Su fisonomía conservó largo tiempo una expresión infantil, pero muy inteligente, una agradable mezcla de ingenuidad y de gracia pueril. Su tez era de notable blancura, y, como su hermana la duquesa de Borgoña, tenía las mejillas muy gruesas, talle airoso, pies pequeños y manos encantadoras. En una palabra, ganaba mucho en ser vista y oída, pues que sus retratos no dan más que una mediana idea de sus encantos, mientras que su persona estaba tan llena de atractivos, que cuantos hablaban con ella se deshacían en elogios.

Hay que añadir á esto que en María Luisa había toda la iniciativa, vivacidad y resolución que faltaba en Felipe, el cual era de carácter tímido, débil y frío. Por esto la joven princesa de Saboya, desde el primer año de su casamiento, escribía á Luis XIV: «Suplico encarecidamente á V. M. que se valga de toda la autoridad que por tantos motivos tiene sobre el rey mi esposo, para hacerle que de una vez para siempre se acostumbre á decir con tono resuelto *quiero* ó *no quiero*, á fin de que pueda imitar á V. M.»

Al llegar á Niza, hubo María Luisa de separarse de sus damas piamontesas, entrando á formar parte de su

1 Esta correspondencia ha sido recientemente publicada por la condesa de la Roca con el título de *Correspondencia inédita de la duquesa de Borgoña y de la reina de España*.

servidumbre otras damas francesas, conforme lo había dispuesto Luis XIV, quien á la sazón mandaba en todo lo relativo á España mucho más que el rey Felipe V. Este fué el primer disgusto serio que tuvo la princesa saboyana, y sólo con lágrimas y sollozos se separó de sus damas, particularmente de una que le era muy querida y que cita frecuentemente en su correspondencia llamándola siempre *la pequeña Vermet.*

En Niza encontró también á la princesa de los Ursinos, que la estaba aguardando, y que había sido destinada para ocupar el puesto de camarera mayor de la reina de España. La celebridad que adquirió esta mujer, y lo mucho que hubo de influir en la política, nos obligan á decir algo de ella.

En cuanto Luis XIV tuvo arreglado el casamiento de Felipe V, sintió la necesidad de prevenir la influencia que podía conquistarse sobre un príncipe poco experimentado una princesa que acaso el duque de Saboya habría preparado para servirle á él, mejor que á la nación sobre la cual iba á reinar. Luis XIV y su astuta consejera, Mad. de Maintenon, pensaron también que no era menos urgente poner al joven monarca en guardia contra las insinuaciones de un consejo demasiado español, que trataría sin duda de apartarle de una unión constante con la Francia, unión en la cual el rey Luis apoyaba su supremacía.

Para llenar las miras del gabinete de Versalles, se necesitaba un ingenio sutil, un espíritu despejado é insinuante, propio á conciliarse el afecto de los españoles, tan difíciles de engañar y más difíciles de seducir. La de Maintenon, que era maestra en sutilezas, propuso un personaje de su elección. María Ana de la Tremouille de Noirmontier, viuda en primeras nupcias del príncipe de Chalais, y en segundas del duque de Bracciano, príncipe de los Ursinos, llenaba todas las condiciones

necesarias para el cumplimiento de los proyectos concebidos. Ella fué, pues, la escogida.

Veamos ahora quién era esa dama que tan célebre había de hacerse, llegando un día á elevar sus miras hasta el mismo solio español.

III.

La vida de la princesa de los Ursinos fué la novela más rica en episodios, la más sembrada de pasiones y de aventuras. Nunca hubo galantería más expansiva que la de María Ana de la Tremouille, y jamás le hizo falta para alimentar una ambición que no tenía límites. Todos los hombres con quienes tropezó á su paso y de los cuales tuvo necesidad de emplear el crédito, fueron sus amantes, siquiera sus amores no durasen más que cuarenta y ocho horas; y como la princesa de los Ursinos solicitó toda su vida, por espíritu de intriga aún más que por necesidad, fácilmente se puede formar una idea de la rica nomenclatura de adoradores que tuvo. Así es como logró satisfacer sus deseos ambiciosos y su insaciable temperamento.

Pobre y desterrada con Blaise de Talleyrand, su primer marido; amada y cortejada durante su viudez por su juventud y belleza; rica y poderosa con el duque de Bracciano; siempre independiente y libre en sus acciones, la princesa de los Ursinos había podido conocer la sociedad y el corazón humano bajo todos sus aspectos. Inteligente, llena de ingenio, curiosa, de ardiente imaginación, de ambición desmedida y sin otra debilidad que un grande amor de sí misma, María Ana de la Tremouille era incontestablemente una de las primeras mujeres de su siglo. Demasiado lo sabía ella; ella que, bajo el peso de las más graves acusaciones, llamada

como culpable por Luis XIV, consiguió no solamente hacerse absolver, sino que se la solicitase para volver á España, donde ya había estado cuando su primer matrimonio, con una alta posición que le permitía aspirar á todo.

Cincuenta años tenía, nada menos, cuando fué elegida para esta misión, y á pesar de semejante edad, aquella nueva Lais era encantadora y poseía todas las seducciones de su sexo, al decir de los escritos contemporáneos. «Sus facciones, dice un autor, son bellísimas; sus ojos, sobre todo, os inundan de una deliciosa voluptuosidad que parte como un rayo de su límpida pupila; su voz, más dulce que la de las sirenas, penetra hasta el alma: unid á esto un talle de ninfa, las gracias de Hebe, la movilidad de caderas atribuída á Venus, y una flexibilidad de pasiones y de carácter que sabe prestarse á todo. He aquí, de pies á cabeza, á la princesa de los Ursinos, y Mad. de Maintenon debe haber repetido varias veces: Si yo no fuese Francisca de Aubigné, quisiera ser María Ana de la Tremouille [1].»

Tal era la mujer que María Luisa encontró en Niza, dispuesta á ser, por orden de Luis XIV, su compañera, y, según sientan muchos, su rival.

La joven reina de España se embarcó con su séquito en las galeras españolas que la esperaban en el puerto de Niza, y después de haber descansado algún día en Tolón, fué á desembarcar en Marsella, decidida á seguir su viaje por tierra, á causa de lo mucho que la hicieran sufrir el mareo y el mal tiempo. En Marsella hubo de esperar el permiso de Luis XIV para continuar por tierra su camino, y si el lector se asombra de que un permiso tan sencillo como el de un cambio de ruta

1 La condesa de la Roca: *Correspondencia inédita de la reina de España*.—Touchard Lafosa: *Crónicas del ojo de buey*.

hubiese de ser pedido al rey de Francia y no al de España, recuerde que durante los primeros años del reinado de Felipe V de Borbón, todos los negocios de la corte y del Estado se hallaban dirigidos por Luis XIV. Las órdenes partían de Versalles, no de Madrid, y sólo á precio de la más entera sumisión y dependencia era como el monarca francés concedía á su nieto el dinero y los ejércitos de que tenía absoluta necesidad para sostenerse en un trono que no tardó el Austria en venirle á disputar calurosamente.

Llegó por fin el permiso solicitado, y el 21 de Octubre salía de Marsella María Luisa, para llegar el 2 de Noviembre á la frontera española.

Según cuenta un folleto impreso en Barcelona con la relación de las fiestas que luego se celebraron, el rey Felipe V, que había llegado la víspera á Figueras, quiso salir á recibir á su esposa con el deseo de conocerla sin ser de ella conocido, y vistiendo un sencillo traje de caballero, montó á caballo y fué al encuentro del coche real, que halló cerca de la Junquera. Acercóse al carruaje y fué escoltándole, departiendo con la reina y con la princesa de los Ursinos hasta llegar cerca de Figueras, en cuyo punto se separó de ellas, altamente prendado de la que venía para ser su esposa. Si María Luisa pudo dejar de sospechar quién era aquel caballero, no así la princesa de los Ursinos, que conoció perfectamente al rey; y sirvió de mucho á entrambos en el embarazo de aquella primera entrevista.

Al llegar á Figueras, y al bajar del coche la reina, el patriarca de las Indias ratificó el casamiento con poca ceremonia, y bien pronto los regios consortes se sentaron á la mesa para cenar. Entonces fué cuando tuvo lugar la escena á que nos hemos referido, y cuyo conocimiento se debe al historiador Saint-Simon, que la cuenta de una manera deliciosa.

Los esposos eran servidos á la mesa por la princesa de los Ursinos y por las damas de palacio, habiéndose dispuesto que la comida se compondría por mitad de manjares guisados á la española y de manjares guisados á la francesa, acaso con el objeto de calmar las susceptibilidades nacionales é inaugurar la fusión política de ambos pueblos. Pero esta mezcla de manjares hubo de disgustar á las damas encargadas del servicio y á varios señores españoles que con ellas se habían confabulado, quedando decidido en aquel complot que ningún plato francés llegase á la mesa. Así sucedió, en efecto. Bajo un pretexto ú otro, con el achaque de que unos platos eran demasiado pesados y otros demasiado calientes, las damas de la servidumbre dejaron detenidamente ó al acaso caer todos los platos con guiso francés, rompiéndose los unos y volcando las viandas de los otros, de tal manera que sólo los manjares españoles tuvieron la buena suerte de llegar intactos á la mesa. La afectación y el embarazo de las damas era demasiado visible para que pudiese quedar inadvertido; sin embargo, así la reina como el rey tuvieron la cordura de hacer que nada habían advertido, mientras que por su parte la princesa de los Ursinos, altamente asombrada, no desplegaba los labios.

Pero no estaba aún todo terminado.

Dejemos ahora que hable el historiador Saint-Simon.

«Después de aquella larga y enojosa cena, dice el maligno cronista, el rey y la reina se retiraron, y entonces lo que se había contenido mientras duró la comida, estalló. La reina se puso á llorar, como una niña que era, lamentándose entre suspiros y sollozos de la ausencia de sus damas piamontesas. María Luisa, que no llegaba á catorce años, se creyó perdida en manos de damas tan altaneras, y cuando fué cuestión de acostarse, dijo clara y netamente que no quería y que

deseaba volverse á su país. Se hizo cuanto fué posible para convencerla; pero el asombro y la confusión fueron grandes, cuando se vió que no había medio de reducirla. El rey, que se había desnudado ya, estaba esperando, y por fin, la princesa de los Ursinos, apurada toda su elocuencia, se vió obligada á ir á decirle lo que pasaba. Felipe se manifestó muy resentido y picado por aquella niñería.»

La niñería se prolongó por espacio de tres días. Hasta el tercero no se pudo convencer á la reina, que por fin se avino á hacer vida conyugal con su esposo.

A través de esta escena, que parece tener mucho de ridícula y que hubo de tener algo de seria, y en aquel complot fraguado para proscribir de la comida de bodas todo manjar francés, se ve ya despuntar el odio de ciertos palaciegos á la Francia y se divisa el horizonte político cargado de nubes.

De Figueras pasaron los reales consortes á Barcelona, donde fueron recibidos con ostentación, celebrando la ciudad solemnes fiestas por su llegada. Sin embargo, en estas fiestas faltaba una cosa: entusiasmo popular. Las nubes se iban condensando en el horizonte político, y la tormenta rugía sordamente á lo lejos. Todo el mundo preveía los acontecimientos próximos, y estaba en la conciencia de todos que la dinastía, si llegaba á fijarse en España, sería sólo después de una larga y desesperada lucha.

HISTORIA DE CATALUÑA

BACH DE RODA

BACH DE RODA.

Al comenzar el siglo pasado, comenzaron con él las sangrientas escenas de la llamada *guerra de sucesión.*

Cataluña toda, excepción hecha de algunas individualidades y de algún pueblo, se declaró contra el duque de Anjou, que con el nombre de Felipe V se había sentado en el trono de España, proclamando en su lugar al archiduque Carlos de Austria, á quien creía con mejor derecho y á quien reconocía como más seguro guardador de sus libertades.

Apoyado por la Alemania, la Inglaterra y Portugal, el archiduque se vino á Cataluña á comenzar la guerra, después de haber hecho acuñar en Lisboa una medalla en la cual estaba grabada—al decir de unas memorias particulares—la leyenda: *Carlos III, rey católico por la gracia de los herejes.*

Felipe V—que era en España tan extranjero como podía serlo el mismo archiduque,—se dispuso á resistirle, apoyado por el ejército francés que se apresuró á enviarle su abuelo Luis XIV.

Los castellanos se declararon por Felipe; los catalanes, por Carlos.

Los primeros que en Cataluña levantaron pendones por este último, lanzándose resueltamente al campo, fueron los del llano de Vich.

De aquí vino llamar *viguetans* ó *vigatans* á los partidarios de Carlos III. Los de Felipe V recibieron el apodo de *butiflers,* con que aun en el día son conocidos los

habitantes de Cervera, por ser en esta ciudad donde únicamente halló Felipe partidarios catalanes.

Desde antes de comenzar la guerra existía en Vich un centro ó una junta secreta que, entre otras personas, se componía de Jaime Puig de Perafita; Francisco Puig y Surribes, su hijo; Antonio Cortada, de Manlleu, Carlos Regás, Miguel Mas, de Roda, y Francisco Bach, también de Roda.

Este último, que era vulgarmente conocido por *En Bach de Roda*, á causa de tener una masía ó propiedad en el término de aquella población, de la cual era hijo, era uno de los más entusiastas partidarios del archiduque, que simbolizaba para él la causa de las libertades catalanas, y uno también de los hombres de más prestigio y más popularidad que había en el llano de Vich.

La junta que secretamente se había establecido en Vich se entendía particularmente con el príncipe Jorge de Darmstad, landgrave de Hesse, que en otro tiempo, en la época de Carlos II, había sido virrey de Cataluña, donde había dejado muchas y profundas simpatías. El príncipe Darmstad era uno de los hombres de más confianza del archiduque Carlos, y fué el que más trabajó para decidirle á venir á Cataluña, donde sus secretas inteligencias le respondían del buen éxito de su causa.

El príncipe, para entenderse con la junta sigilosamente organizada en Vich, enviaba su correspondencia á una dama de Barcelona, que había estado con él en amorosas relaciones, y esta dama, por conducto de un capitán llamado Xirola ó Virola, remitía los pliegos á los conspiradores vicenses, quienes á su vez, por el mismo capitán y la misma dama, mandaban conocimiento al príncipe del estado de las cosas.

Don Francisco de Velasco, que era virrey de Cataluña por Felipe V, tuvo conocimiento de que se hallaba

en Vich el foco principal del bando austriaco, y fácil le fué averiguar quiénes eran los principales partidarios de esta causa.

Envióles, pues, á buscar para que se presentasen en Barcelona; pero conociendo ellos cuál era la intención del virrey, se negaron y permanecieron en sus casas.

Velasco entonces les mandó formar causa por desacato á la autoridad y crimen de conspiración, pero con esto no consiguió otra cosa que hacer adelantar el movimiento. Los vicenses, con las personas citadas al frente, se lanzaron abiertamente al campo, levantando bandera por Carlos III.

Velasco envió contra los pronunciados un cuerpo de tropas, que el 4 de Agosto de 1705 fué destrozado en la riera de Granollers por los sublevados.

No obtuvo mejor suerte un nuevo refuerzo enviado contra ellos. Las tropas hallaron seriamente defendido el paso del Congost y tuvieron que volverse, después de haber experimentado una nueva derrota.

En estas dos acciones, la de la riera de Granollers y la del Congost, fué donde hizo sus primeras armas Bach de Roda, conquistándose gran renombre por su valor y por su intrepidez.

Veinte días después de la primera acción, el 24 de Agosto, la escuadra de las potencias aliadas desembarcaba en las playas del Besós y Mongat el ejército que venía á sostener la causa del archiduque, mandado por este mismo, por el conde de Peterboroug y por el príncipe Jorge Darmstad.

Los sublevados de Vich fueron de los primeros en acudir á ponerse á las órdenes de Carlos III, y hay quien asegura que éste les confió la guardia particular de su persona.

Lo cierto es que se formaron y organizaron inmediatamente dos fuerzas: una de tercios de Vich, cuyos

principales jefes fueron Puig y Surribes, Oms, Arbell y otros; y otra, llamada de *fusileros de Roda*, á cuyo frente se pusieron Francisco Bach y Miguel Mas.

Estas dos fuerzas prestaron grandes é importantes servicios durante el sitio puesto por Carlos III á Barcelona, en cuya ciudad entraron triunfantes con él.

Estas mismas fuerzas fueron de grande utilidad y se señalaron muy especialmente cuando más tarde Barcelona fué sitiada por Felipe V, que vino contra ella al frente de un ejército castellano-francés.

Las crónicas del tiempo citan á los fusileros de Roda y á su jefe Bach con grandes elogios.

No seguiremos á Bach durante su carrera militar, pues necesitaríamos mucho papel y tiempo, á bien que también la historia le pierde de vista muy á menudo.

Sólo se sabe de él que, durante aquella sangrienta guerra de tantos años, fué uno de los partidarios más fieles, más celosos, más adictos y más desinteresados que tuvo la causa del archiduque.

Por amor á la patria y á las libertades del país había empuñado un arma, y no se sabe de él que tuviera más deseo que el de salvar ambos grandes objetos, pues no consta—al menos no ha llegado á nuestra noticia—que obtuviese ningún empleo ni se le diesen honores algunos.

Parece que durante el triunfo de las armas de Carlos III, Bach se retiró á su casa y heredad, volviendo sólo á salir de ellas en 1709, cuando las huestes de Felipe V volvieron á invadir la Cataluña.

Cuando ya la causa de las libertades catalanas podía darse por perdida; cuando en 1713 fuerzas considerables habían caido sobre Barcelona, á la cual tenían en estrecho sitio, parece que Bach era uno de los que tenían sublevado aún el llano de Vich, haciendo increíbles esfuerzos por levantar el país en favor de los bravos que como leones se defendían en Barcelona.

Es lo último que se sabe de él. Desaparece después, y ya la historia no le encuentra más que para citar su triste muerte.

Más que por la historia, el recuerdo de su muerte se ha conservado tradicionalmente por una bellísima canción popular qué comienza con estos versos:

¡Ay! adeu ciutat de Vich,
be'n mereixes ser cremada,
qu'has fet penjá un caballer
lo mes noble de la plana,
que per nom li diuhen Bach,
al tèrme de Roda estaba.

Si hemos de dar crédito á esta canción, Bach, sentenciado á muerte por el gobierno triunfante de Felipe V, fué vendido por un amigo que con un pretexto le hizo salir de su casa donde estaba oculto, y llevado á Vich atado á la cola de un caballo. Una vez en Vich, fué ahorcado en la rambla llamada de las *Devalladas*, cuyo sitio era conocido por el *Puig de las Guardiolas*. Con él fueron ajusticiados el llamado *Pagés de Paracols* y otros campesinos de distinción que se habían señalade en hacer armas contra Felipe V.

Sobre la muerte de Bach de Roda en la horca no cabe duda alguna y está confirmada por la historia; pero no estamos tan ciertos de que sea verdad lo que dice la canción popular citada, según la cual, apenas acababa de espirar Bach, cuando llegaba el perdón que el rey le había concedido.

Según cierta variante de esta misma canción publicada por el erudito D. Manuel Milá en su *Romancerillo catalán*, se podría creer que el traidor amigo que vendió y entregó á Bach, fué el antiguo capitán Xirola ó Virola—el mismo confidente de quien se valieran los vicenses antes de su sublevación,—respecto del cual, en

efecto, se tienen indicios de haberse pasado al bando de Felipe V durante la guerra.

Tales son las noticias únicas que hemos podido adquirir acerca de este personaje, sobre el cual ha escrito un drama el poeta catalán D. Francisco Pelayo Briz.

Es realmente una de las nobles y simpáticas figuras de aquel tiempo pródigo en nobles figuras; es uno de los mártires de la patria, y bien ha hecho el poeta en escogerla para ponerle el marco de un drama.

HISTORIA DE CATALUÑA

UN EPISODIO

DEL SITIO DE BARCELONA EN 1705

UN EPISODIO

DEL SITIO DE BARCELONA EN 1705.

I.

Corría el año de 1705 cuando estalló la primera chispa de la larga y porfiada lucha que debía llamarse *guerra de sucesión.*

Felipe V de Borbón había venido á ocupar el trono de España, despedido por su abuelo Luis XIV con aquellas palabras, tan célebres como impolíticas, de: *No hay Pirineos.*

Los catalanes, en general, no eran afectos al nuevo rey. Creían que el derecho y la justicia estaban á favor del archiduque Carlos de Austria, mejor que en el del duque de Anjou (Felipe V). A más, con el primero tenían seguridad plena de guardar y conservar íntegros sus fueros y libertades, que con el segundo corrían peligro de perderse. Venía Felipe V adiestrado por su abuelo, y bien á las claras indicaban sus primeros pasos que pronto había de quitar de en medio, como cosa para él inútil, las libertades de Cataluña.

Era virrey del Principado D. Francisco de Velasco cuando se demostraron los primeros síntomas de descontento entre los naturales de este país.

El foco principal de la conspiración contra el duque de Anjou (que era como se llamaba á Felipe V) estaba en Vich. Allí era donde se hallaban los principales jefes del partido de acción, los Puig de Perafita, los Puig y Sorribes, los Cortada de Manlleu, los Regás, los

Bach de Roda y otros que seguían secreta correspondencia con el príncipe de Darmstad, antiguo virrey de Cataluña y partidario decidido del archiduque Carlos.

No ignoraban los vicenses que se había formado una liga europea, en la cual entraban Austria, Inglaterra y Portugal, para impedir que el nieto de Luis XIV fuese rey de España; no ignoraban tampoco que se había decidido que el archiduque Carlos, proclamándose Carlos III de España, saliese personalmente á campaña, y menos ignoraban aún que, habiendo prevalecido en los consejos del pretendiente la opinión del príncipe de Darmstad, se había resuelto presentar con la armada de los aliados ante Cataluña, desembarcar en ella y fijar la corte en Barcelona.

Sabedores de todo esto, y de acuerdo con los aliados, los vicenses se lanzaron resueltamente al campo, alzando bandera por Carlos III al grito de *¡Vivan las libertades catalanas!*

Este fué el primer movimiento que en Cataluña tuvo lugar á favor del archiduque, y de aquí provino el que á los partidarios de éste se les aplicase en idioma del país el nombre de *viguetans* ó *vigatans* con que desde entonces fué conocido el partido austriaco, en recuerdo de haber sido los de Vich los primeros en pronunciarse.

A los del bando de Felipe V se les dió el nombre de *butiflers*, palabra intraducible en castellano.

Otro día diremos por qué.

II.

La armada de los aliados, con el archiduque Carlos al frente, se presentó á últimos de Agosto de 1705 ante las playas de Mongat, desembarcando 8.000 infan-

tes y 260 caballos, que acamparon por el momento desde la orilla del mar hasta el pueblo de San Andrés de Palomar.

Los catalanes partidarios del pretendiente fueron á prestarle su homenaje y á engrosar las filas de su ejército.

El virrey Velasco se encerró en Barcelona con las pocas tropas que tenía, y el ejército aliado fué á poner sitio á esta ciudad, en cuyo seno contaba con numerosos é influyentes amigos.

Las fuerzas aliadas venían bajo el mando del general inglés conde de Peterborough, que es principalmente de quien voy á ocuparme y á quien consagro hoy este recuerdo.

Era lord Peterborough uno de esos hombres extraordinarios cuya vida tiene algo de novelesco. Hablando de él Voltaire en su *Siglo de Luis XIV*, dice que en todo se parecía á esos héroes que la imaginación de los españoles ha hecho protagonistas de tantos libros.

La verdad es que el conde de Peterberough era singular, excéntrico, caprichoso, de raras costumbres, pero siempre valiente y héroe siempre. A los quince años había partido de Londres para ir á hacer la guerra á los moros en África; á los veinte años, de regreso á Inglaterra, fué el primero en comenzar allí la revolución contra Jacobo II, formando un núcleo de partidarios del príncipe de Orange y pasando á Holanda para juntarse con el mismo príncipe, cuando tuvo su plan combinado y sus partidarios dispuestos: sólo que por temor de inspirar sospechas sobre la causa de su viaje, se embarcó para América, dirigiéndose luego al punto que deseaba en un buque holandés.

Cuéntase de ese hombre extraordinario que más de una vez había perdido y restablecido su fortuna; que fué el principal promovedor y el agente que con más

actividad contribuyó á que la Inglaterra entrase en la liga para apoyar las pretensiones del archiduque; que, rico, generoso y pródigo, vino á Cataluña haciendo la guerra casi á sus costas, y que, al principio, él era quien mantenía de su propio peculio al archiduque y á su servidumbre toda.

Tal era el hombre que mandaba como general en jefe las fuerzas aliadas, y él fué el héroe de la anécdota que vamos á contar.

III.

El primer acontecimiento notable del sitio de Barcelona fué el asalto del castillo de Montjuich.

Se cuenta que el conde de Peterborough fué quien ideó apoderarse por sorpresa del castillo.

Sin comunicar á nadie su plan, ni aun al mismo monarca, tomó las precauciones necesarias, hizo sus preparativos, y el 13 de Setiembre por la noche mandó formar un destacamento de 1.200 hombres y 200 jinetes; pero antes de ponerse á su frente pasó al cuartel del príncipe de Darmstad, á quien participó su designio pidiéndole su cooperación.

Parece que desde tiempo antes estos dos caudillos rivales no cruzaban su palabra, mirándose como enemigos; pero en aquel momento todo quedó olvidado. Darmstad y Peterborough se dieron la mano, y llenos de ardor aquellos dos valientes, marcharon juntos al combate, del cual uno no había de volver.

El ataque del castillo se efectuó, pero sin otro resultado que uno funesto para los sitiadores.

El cañón de alarma de Montjuich dió aviso al virrey Velasco; éste envió un refuerzo al castillo, y la columna de los aliados hubo de retroceder, dejando el monte

lleno de muertos y heridos y llevándose el cadáver del príncipe de Darmstad, á quien una bala de cañón dejó sin vida.

No obstante este suceso, á los cuatro días, el 17 de Setiembre, el castillo de Montjuich se rendía á los aliados.

Barcelona no tardó en seguir la misma suerte.

Imposible le era á Velasco mantenerla por más tiempo, teniendo á la población hostil, á Montjuich enemigo y á Cataluña casi por completo sublevada.

IV.

El 4 de Octubre, cuando se iba á dar á la ciudad el asalto general y estaba ya formada la fuerza que debía subir á la brecha, Velasco pidió capitulación, que se firmó el 9 de Octubre, entrando en Barcelona los aliados y siendo proclamado conde de Barcelona y rey de España Carlos III.

Pero en este intermedio, y mientras se estaban pactando las bases de la capitulación, tuvo lugar la anécdota que me he ofrecido á contar.

La víspera del día en que se debía firmar el tratado, por la noche, una compañía de los sitiadores tuvo medio de introducirse en Barcelona por la brecha, gracias al auxilio eficaz de parte del pueblo catalán, que casi en su mayoría estaba por la causa de los sitiadores.

Grande alboroto y grande estruendo se promovió en la ciudad. Mientras el pueblo amotinado corría á invadir las cárceles poniendo en libertad á los presos y entregando á las llamas las casas de los más conocidos partidarios de Felipe V, los soldados de la hueste sitiadora corrían sin freno por las calles como audaces vencedores, saqueaban algunas casas, se entregaban á to-

dos los desórdenes, y de todo se apoderaban atropellándolo todo. Oro, mercancías, joyas, mujeres, todo caía en sus manos.

Barcelona presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto.

El virrey Velasco iba á perecer con todos los suyos, pero pudo refugiarse en el monasterio de San Pedro, en donde se hizo fuerte, enviando un mensajero al conde de Peterborough para pedirle cuenta de aquel suceso, de aquella violación del derecho de gentes, de aquella invasión de las tropas aliadas en Barcelona, precisamente cuando se estaban pactando las bases de la capitulación y se había mandado suspender por lo mismo las hostilidades de una y otra parte.

Lord Peterborough acudió á conferenciar con el virrey.

—Nos estáis vendiendo, le dijo Velasco. Nosotros capitulamos de buena fe, y vuestros soldados, entrando por la brecha, se entregan á los más repugnantes excesos.

—No son mis ingleses, respondió Peterborough, sino los alemanes del príncipe de Darmstad, que murió en el asalto de Montjuich y cuya muerte quieren vengar.

—Pues qué, ¿no sois vos el que mandáis en jefe y no podéis por lo mismo impedir estos desórdenes?

—Sin duda, pero no veo ahora más que un medio de salvar la ciudad y de detener á esos frenéticos en su obra de destrucción. Dejadme entrar con mis ingleses en Barcelona, y os respondo de todo.

—Pero, general, ¿quién me garantiza que las condiciones verbales de nuestra capitulación serán respetadas?

—La palabra de un oficial inglés.

—Ya; pero en la guerra...

—En la guerra, como en otra parte, el que tiene pa-

labra no falta á ella. Un inglés no ha violado nunca la palabra que ha dado. Entraré en la ciudad, recorreré las calles, restableceré el orden y me volveré con todos mis soldados al campamento para firmar mañana la capitulación.

Hablaba Peterborough con un acento tal de verdad y de grandeza, que, unido al peligro que se corría, persuadió al virrey. Éste le hizo abrir una de las puertas de la ciudad.

Peterborough entró con su tropa y halló á los alemanes que, unidos á la plebe de la ciudad, saqueaban algunas casas. Les sacó de Barcelona, apaciguó el tumulto, hizo soltar á los saqueadores el botín que se llevaban; encontró á la duquesa de Pópuli en poder de unos soldados frenéticos, próxima á ser deshonrada, y la salvó, haciendo pasar por las armas en la misma calle á los que se habían apoderado de ella; salvó también á su marido el general duque de Pópuli, que tenía su vida en peligro, y gracias á él pudieron librarse los marqueses de Aytona y de Risbour, amenazados por la cólera popular.

Calmado el tumulto y el desorden, restablecida la calma, presos muchos de los soldados invasores, fusilados los otros y ahuyentados todos, el conde Peterborough formó su gente y á la cabeza de ella salió de Barcelona.

Las puertas se cerraron tras él.

Al día siguiente se firmaba la capitulación, con las mismas honrosas bases para el ejército sitiado que de antemano habían sido convenidas.

HISTORIA DE CATALUÑA

EL ASALTO DE BRIHUEGA

EL ASALTO DE BRIHUEGA.

En nuestro anterior relato hablamos de un inglés, lord Peterborough, y contamos el brillante rasgo épico que se le atribuye.

De otro inglés, que también figura en las páginas de la historia catalana, vamos á hablar hoy también.

Pero antes, permítasenos decir algo más de Peterborough.

Son pocas líneas.

Sólo un año más permaneció en Cataluña este noble extranjero, que es una de las más bellas figuras de aquella época.

Felipe V, mal inspirado, decidió marchar sobre Barcelona tan pronto como tuvo noticia de que en esta ciudad había sentado Carlos III su corte.

En los primeros días de Abril de 1706 se presentaba ante los muros de Barcelona el ejército franco-hispano, compuesto de 37 batallones y 31 escuadrones, al mando del mismo Felipe V, que tenía por general en jefe al mariscal de Tessé.

Carlos III no se movió de la capital del Principado, cuya defensa fué encomendada al conde de Peterborough.

El general inglés desplegó todos sus talentos militares. Brillantemente secundado por los caudillos catalanes, hizo una gloriosa defensa.

Acudió en auxilio de la plaza la escuadra aliada; desapareció entonces la francesa que mandaba el conde de Tolosa, y Felipe V vióse obligado á levantar con pre-

cipitación el sitio, abandonando en su campamento víveres, artillería, bagajes y 1.500 heridos que recogió la humanidad del conde de Peterborough.

Libre por el pronto de enemigos Carlos III, se decidió á marchar á Madrid por Aragón, llevando siempre á lord Peterborough como general en jefe; pero no tardó ya éste en separarse del lado del monarca.

Habíase originado una violenta rivalidad entre él y otro general inglés, el conde de Galloway, y de ello resultó que Peterborough, irritado un día al ver desatendidos sus consejos para servir los de su rival, hizo dimisión del mando y abandonó la guerra de España y la causa de Carlos III, retirándose á Inglaterra, y desapareciendo para siempre del teatro de nuestra historia.

Con él pareció eclipsarse la estrella del archiduque, pues con la ausencia de Peterborough comenzaron los reveses y los infortunios.

Varios generales se sucedieron en el mando de la división inglesa hasta la llegada de lord Stanhope, que es de quien vamos á hablar.

Pasaba Stanhope por ser, y era, en efecto, uno de los mejores generales de su siglo.

La noticia de su nombramiento y de su próximo arribo fué recibida con júbilo por los catalanes y por los partidarios todos de la casa de Austria, pues aun cuando entonces no le faltaban al ejército de Carlos III buenos generales, entre ellos el alemán Guido de Staremberg, lord Stanhope era una figura sobresaliente, en cuyo nombre y reputación se fiaba mucho para contrarrestar el crédito que iban ganando por su nombradía europea los generales franceses de las huestes de Felipe V.

Llegó lord Stanhope á Barcelona precedido por la fama de su gloria, y fué recibido poco menos que en triunfo.

Un dietario de la época habla de su llegada con grande entusiasmo, y concluye con las siguientes líneas el recuerdo que le dedica:

«Lord Stanhope ha llegado en compañía de otros dos oficiales ingleses, y de un joven paje que ha llamado la atención general por su gallarda presencia y por su original modo de vestir.»

Ahora bien, este paje de gallarda presencia y de original modo de vestir era una mujer.

Cuando Stanhope pasó de incógnito por París, en 1709, nombrado para ir á tomar el mando de las tropas inglesas en Cataluña, conoció en aquella capital á una de esas frágiles beldades parisienses, como tantas había en la corrompida corte de Luis XIV.

Se llamaba Emilia de Mucie, y era una mujer bella, espiritual y galante, amiga de fausto y de lujo, de intrigas, de movimiento y de vida aventurera.

Prendóse de ella lord Stanhope, y apresuróse Emilia á aceptar la proposición que su amante le hizo de acompañarle á Cataluña vestida de hombre.

Este era el paje de gallarda presencia que acompañaba al general inglés cuando llegó á Barcelona.

Stanhope tomó el mando de la división inglesa; estuvo en varias acciones, y singularmente en la batalla de Almenar, donde contribuyó poderosamente al triunfo alcanzado en aquel campo por la bandera de Carlos III, y de victoria en victoria llevó á este monarca hasta las puertas mismas de Madrid.

El rey electo por los catalanes entró el 27 de Setiembre de 1710 en la corte de España; pero sólo algo más de un mes permaneció allí.

Madrid parecía decididamente fatal para la casa de Austria.

Acababa de llegar á Felipe V un poderoso refuerzo con el mariscal francés el duque José Luis de Vendo-

me; la causa de los Borbones se reanimaba; el pueblo castellano era hostil á Carlos III, y se decidió que este príncipe se retirase otra vez á Barcelona, su corte natural y verdadera, la ciudad que siempre le había permanecido fiel, y que, por su causa, tan cruentos y generosos sacrificios venía haciendo.

Emprendió, pues, el archiduque la retirada, tomando de nuevo el camino de Cataluña, y dirigiéndose á Barcelona, donde llegó el 15 de Diciembre.

Tras de Carlos III debían abandonar á Castilla el general alemán Guido de Staremberg y el general inglés lord Stanhope, que sólo se habían quedado para proteger la retirada de su rey.

Pero, por desgracia, la discordia se había introducido entre aquellos dos caudillos, y, para mayor desgracia aún, la traición vino á completar la obra que había comenzado la discordia.

Cuando Staremberg y Stanhope se alejaron de Toledo, emprendiendo su movimiento de retirada, el general inglés cometió la gravísima falta, hija de la desunión en que estaban, de quedarse algo atrasado con su división de retaguardia, compuesta de ocho escuadrones ingleses, un regimiento de dragones, siete batallones de la misma nación y otro de portugueses.

El 6 de Diciembre de 1710 entraba en la villa de Brihuega esta división de retaguardia, y allí decidió Stanhope hacer noche, creyéndose más seguro que en campaña abierta.

Brihuega, que es una villa situada á cinco leguas de Guadalajara, era entonces un lugar ceñido de un sencillo muro antiguo, ó dicho con más propiedad, de una tapia, y con un castillejo de no más fuerza y en mal estado, incapaz por estas circunstancias de resistir largo tiempo si era combatida por fuerzas numerosas.

No creía Stanhope tener que defenderse allí, ni creía

ser allí atacado; pero era porque, habiéndolo previsto todo, no había previsto que la traición pudiese velar junto á él.

No recordaba que junto á él se hallaba una mujer, y una mujer ultrajada.

El paje de gallarda presencia y de singular vestimenta, según el *Dietario* de Barcelona, se había ya convertido en una mujer al llegar á Madrid.

Luego que estuvieron en la corte de España, Emilia de Mucie, que hasta entonces había seguido por todas partes á su amante vestida de hombre, recobró sus hábitos y costumbres, volviendo á usar su traje mujeril y comenzando una nueva vida de disipación y fausto.

Parece que Emilia sólo guardaba dudosa fidelidad á Stanhope, y parece que éste, que comenzaba á tener sospechas acerca de la lealtad de su querida, sorprendió en Madrid una intriga galante de Emilia con un oficial del ejército.

Irritado y celoso lord Stanhope, mandó castigar al oficial é injurió públicamente á Emilia de Mucie, á quien trató, delante de toda la oficialidad reunida, como á una intrigante y á una aventurera. Sintióse herida en su amor propio la cortesana, y como estas heridas son profundas en el corazón de las mujeres, juró vengarse.

Al siguiente día Stanhope lo había olvidado todo, y su amor hacia su querida había vuelto á ser el mismo. No pasaba, sin embargo, lo mismo en Emilia.

Desde aquel día la cortesana buscó medio de entenderse secretamente con el duque de Vendome; desde aquel día el general de las tropas de Felipe V tuvo un espía fiel y un auxiliar seguro en aquella mujer; desde aquel día, sin saberse cómo ni por dónde, muchas operaciones, muchos planes, muchos proyectos del ejército austriaco llegaban á conocimiento del caudillo del ejér-

cito borbónico, que sabía perfectamente aprovecharse de aquellos avisos.

En semejante estado las cosas, se efectuó la retirada de las tropas de Carlos III, y lord Stanhope, en disensión abierta con Staremberg, se retrasó imprudentemente, ó imprudentemente también se decidió á pasar la noche en Brihuega el 6 de Diciembre.

Es de creer, sin embargo, que esta imprudencia no hubiera tenido ningún fatal resultado, si el general de Felipe V no hubiese recibido aviso directo de que durante aquella noche podía fácilmente cortar el camino á los ingleses, separándoles del general Staremberg.

En el aviso se le indicaba además: que aquella noche se procuraría que los oficiales ingleses se entregasen á los placeres de una fiesta, y que por lo mismo podría caer de sorpresa sobre ellos, si así convenía á sus planes.

Ya se comprenderá que fué Emilia quien dió el aviso.

Todo salió á medida de los deseos infames de aquella traidora beldad.

Durante la noche del 6 al 7, el marqués de Valdecañas pasó por orden del duque de Vendome á ocupar el pueblo de Torija con toda la caballería y los granaderos, cortando así las comunicaciones entre la retaguardia austriaca y el resto del ejército.

Mientras tanto Vendome, con lo restante de sus tropas, entre las cuales iba el mismo Felipe V, se adelantó, á favor de las sombras de la noche y con toda la prudencia conveniente, hacia Brihuega.

La cortesana no le había engañado.

Tenía lugar una improvisada fiesta, y los gritos de algazara y los çlamores de júbilo, llevados por la nocturna brisa, llegaron á oídos de los soldados de Vendome, que en silencio y á favor de las tinieblas envolvieron á Brihuega como si fuesen un ejército de fantasmas.

La población, ya lo hemos dicho, no tenía más murallas que unas simples tapias, y los descuidados centinelas no advirtieron el movimiento del enemigo, pero la operación de éste no terminó hasta que rasgueaba el alba.

La luz del día 7 de Diciembre nació para advertir al general inglés que estaba cercado por todas partes.

En cuanto á Emilia de Mucie, había desaparecido, yendo á refugiarse en el campamento de Vendome.

Stanhope se vió perdido, pero se dispuso á hacer una desesperada resistencia.

Tal fué ésta, que de ella hablan con admiración las mismas crónicas de los partidarios de Felipe V.

Conociendo el caudillo inglés que no podía salir sin mucho peligro y sin comprometerse en acción, se fortificó en Brihuega lo mejor que pudo; pero se hallaba sin artillería, sin víveres y sin municiones.

Calculó, sin embargo, que podría sostenerse por espacio de dos días, y por distintos puntos envió seis hombres de los más esforzados que tenía en su división á Staremberg, avisándole del peligro en que estaba, y diciéndole que si por todo el día 9 no era socorrido, se vería obligado á rendirse.

El día 7 lo pasaron por completo batiéndose, pero sin que los sitiadores obtuviesen ningún resultado favorable, y sin que produjesen gran efecto las piezas de campaña con las cuales se batía el muro.

El 8 la villa fué atacada y asaltada por dos partes.

La acción fué de las más sangrientas que habían tenido lugar en aquella guerra, pues todos los soldados eran veteranos.

Los oficiales ingleses eran excelentes: Stanhope, ya lo hemos dicho, uno de los generales más acreditados de su siglo; y su segundo, el teniente general Carpenter, era de un valor extraordinario y uno de esos hom-

bres raros que son naturalmente audaces é intrépidos y que, dominados del deseo de la gloria y del amor de su nación y de su causa, desprecian la vida y no cesan hasta triunfar ó morir abrazados á su bandera.

Los ingleses no tenían cañones, y hubieron de servirse de todos los medios de defensa. Al lado de los muros hicieron fosos anchos y profundos; aportillaron las brechas con leña y piedras; hicieron cortaduras en las calles; en una palabra, no omitieron ninguna diligencia, y se dispusieron á pelear con desesperación para salvar sus vidas, dando tiempo á que les llegase el socorro.

Las tropas de Felipe hallaban una dificultad á cada paso que daban, y muchos morían en la demanda.

Llegaron, después de grandes pérdidas, á salvar los muros, pero se encontraron entonces con que Stanhope y los demás oficiales les disputaban el terreno á palmos con las bayonetas.

El combate duró hasta la noche, y entonces se hizo más sangriento, porque los ingleses, conociendo mejor el terreno, herían con más acierto, hasta que, puesta la artillería en las calles, disparaba con bala menuda, y les obligó á retirarse á la torre.

Dos horas después de entrada la noche, cesó el combate.

Stanhope, desde lo alto de la torre que ocupaba con sus tropas, pidió capitulación en términos tan arrogantes como si estuviera en la mejor fortificación y provisto de todo para su defensa. Quería salir libre con sus soldados y con todos los honores que se conceden en la guerra á las tropas que se defienden con valor.

Merecía que se acordase su petición. Es casi seguro que en la historia de España no hay ejemplo de que se haya hecho mejor defensa en un pueblo de semejante fortificación.

Pero el duque de Vendome, picado por lo mismo, habiendo perdido tanta gente, no quiso oir en su corazón otra voz que la de la venganza y del amor propio, y respondió á Stanhope que *si no se rendía dentro de una hora, serían todos pasados á cuchillo.*

Stanhope entonces, por no sacrificar á tantos hombres valientes, dignos ciertamente de mejor suerte, cedió á la dura ley de la necesidad, y se rindió á discreción.

Las tropas de Felipe V hicieron 4.800 prisioneros, entre los cuales se contaron los generales Stanhope, Hill y Carpenter, y una infinidad de oficiales.

Los ingleses tuvieron 500 muertos y otros tantos heridos; pero esta victoria costó á Felipe V más de 2.000 hombres, entre ellos la pérdida de algunos bravos oficiales, como el marqués de Rupelmond y D. Gonzalo Quintana y D. Bartolomé Urbina, coronel el primero y capitanes los segundos, muertos al frente de sus compañías.

Cuando Staremberg tuvo aviso de la apurada situación de Stanhope, corrió en su auxilio; pero ya era tarde.

Vendome le presentó batalla en los campos de Villaviciosa; y si bien esta jornada no fué del todo perdida para Staremberg, el resultado fué tal, que bien puede decirse que en los campos de Villaviciosa volvió á recoger Felipe V la corona que había caído ya de su frente.

Tal fué el resultado funesto que tuvo la venganza de una mujer para la causa tan heróicamente defendida por los catalanes.

Las historias en general pasan por alto este incidente, y no hablan una palabra de Emilia de Mucie, pues no parece adecuado á la gravedad de la historia dar por origen pequeñas causas á grandes acontecimientos.

Sin embargo, todas las noticias que nosotros hemos podido procurarnos están contextes en hacernos ver como real y positiva la traición de la cortesana.

Podrán abrigarse dudas sobre el hecho; pero es lo cierto, y sobre esto no puede caber la menor duda—pues recientes investigaciones hechas en los archivos de París nos lo han demostrado de una manera patente,—es lo cierto, repetimos, que Felipe V de España y Luis XIV de Francia aseguraron una pensión á la querida de Stanhope.

Por algo sería.

Emilia de Mucie se retiró más tarde á Bruselas, donde se sabe que murió en 1722.

HISTORIA DE CATALUÑA

LOS ÚLTIMOS DIAS DE ÁLVAREZ

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE ÁLVAREZ.

I.

Pocas ciudades habrá que hayan adquirido más legítimos títulos que Gerona, á la inmortalidad. El sitio que sostuvo contra los franceses á principios de este siglo es una verdadera epopeya, y el nombre de su inmortal defensor, el célebre D. Mariano Alvarez de Castro, resonará siempre do quiera que se hable de patria, de virtud y de heroísmo.

Ya en otra parte lo hemos dicho. La posteridad recordará este sitio con pasmo, los hombres lo citarán con admiración, la historia lo narrará con asombro. Entre las páginas ilustres de la historia, es una de las más ilustres la defensa de Gerona. Tan sangrienta fué como esforzada. Numantinos modernos, los gerundenses resistieron á todos los horrores de un sitio prolongado y tenaz, é hicieron frente, ellos, un puñado de héroes, á valientes mariscales del imperio y á las mejores tropas de Napoleón. Antes de dos siglos la defensa de Gerona será un poema, y acaso encuentre un poeta que lo cante, como lo ha encontrado el sitio de Troya, como lo ha encontrado la conquista de Jerusalén. Es la moderna Iliada catalana. ¡Magnífica, gigantesca lucha la suya! Sola, sin más defensa que unos ruinosos muros, sin más escudo que el pecho de sus ciudadanos, sin más esperanza ni porvenir que la tumba, el incendio y los escombros, Gerona vió impasible á 40 baterías vomi-

tar sobre ella 60.000 balas y 20.000 bombas y granadas, es decir, una verdadera tempestad de fuego y de hierro. Mientras en Gerona quede una sola piedra, esta piedra hablará á la posteridad de su defensa heróica.

El 10 de Diciembre de 1809, hallándose Alvarez enfermo de gravedad, y habiendo tenido, por consiguiente, que ceder el mando, capituló Gerona honrosamente. Al poner el pie las legiones francesas en aquel montón de escombros, cuya conquista les costó la vida de 20.000 hombres, hubieron de quedarse asombradas á la vista de aquella guarnición, que más parecía de espectros que de hombres; de aquellos ciudadanos que, extenuados por el hambre y devorados por la fiebre, habían podido, sin embargo, hallar fuerzas suficientes para resistir uno tras otro los más tremendos asaltos.

La humanidad y el respeto que en todas épocas deben prestarse al valor y la desgracia, exigían que Alvarez hubiese sido tratado con las mayores consideraciones; pero no fué así. Para Alvarez, después del heroísmo, debía venir el martirio.

Registrando libros y papeles viejos, la casualidad hizo caer un día en nuestras manos un «Manifiesto de cuanto sucedió al excelentísimo señor teniente general Don Mariano Alvarez de Castro, gobernador de la plaza de Gerona, desde que quedó prisionero de guerra en ella, hasta su fallecimiento en el castillo de San Fernando de Figueras, escrito por el capitán de infantería, ayudante que fué de dicho general durante el sitio, Don Francisco Satué.»

Este manifiesto nos pone en el caso de relatar algunos hechos, que han sido pasados por alto en la historia, y vamos á hacerlo con referencia á dicho escrito y bajo la responsabilidad de su autor, testigo de vista como compañero de cautiverio que fué del general Alvarez.

Al valiente defensor de Gerona se le hizo expiar su heroísmo como si hubiese sido un crimen. Los franceses, y en verdad que es inexplicable el hecho; no guardaron ninguna consideración á aquella ilustre víctima de la desgracia. La Providencia quiso, sin duda, que á la gloria del héroe siguiese el sufrimiento del mártir, para mayor renombre y más duradera fama de aquel varón esclarecido.

Aunque Alvarez se había visto acometido muchas veces, durante el sitio, de la fiebre terciana, no quiso jamás dejar el gobierno ni abandonar los gravísimos trabajos que le circundaban, hasta que, aumentándose su enfermedad en los últimos días del sitio, y habiendo dispuesto los facultativos que se le suministrasen los sacramentos, tuvo que separarse del mando el día 9 de Diciembre. El 10 quedaba prisionero de guerra por capitulación, y en una situación tal, que no tenía 20 duros. Para remediar el estado de miseria en que se hallaba el ilustre defensor de Gerona, varios de sus amigos, entre ellos el canónigo D. Vicente Jiménez, le proporcionaron algunos auxilios, facilitándole una cantidad de 6 ú 8.000 reales con que pudiese subvenir á los gastos de su curación y demás que no podían menos de ocurrirle entonces.

Cuando, en virtud de dicha capitulación, entró en la plaza el mariscal Augereau, Alvarez le mandó hacer presente el estado de absoluta postración de fuerzas en que se hallaba, manifestándole que esperaba se le permitiese, tan pronto como para ello se hallase en disposición, ir á convalecer á un pueblo de la marina. Aunque pareció al pronto que el mariscal accedía á esta solicitud, la desatendió finalmente y dijo que iría á Figueras, en donde podría restablecerse. Dióse orden al mismo tiempo para que nadie de su plana mayor se quedase á acompañarle, y sólo se permitió permane-

cer á su lado al edecán Satué. A más, bajo pretexto de seguridad, se puso una guardia en la puerta del alojamiento del general, y para observarle en su mismo cuarto un subalterno, que fué relevado al día siguiente por un sargento de gendarmería y éste por un gendarme. Los tres ó cuatro primeros días permitieron que visitasen á Alvarez algunos sujetos; después, á excepción de los facultativos, á nadie de los de fuera de casa se permitía la entrada en el aposento.

La única muestra de deferencia que mereció el general español fué la de recibir de parte del nuevo gobernador de la plaza, con un recado de atención, un barrilito de vino generoso, un cuarto de carnero y dos aves muertas, expresándosele que pidiese cuanto necesitase.

Habiendo Alvarez convalecido un poco, á los seis días de la entrada de los franceses en Gerona, deseó salir para su destino, y solicitó del gobernador francés que le facilitase algunos caballos del tren de artillería á fin de partir á Figueras con el coche del obispo, el cual se lo había ofrecido. Satué hizo presente este deseo del general á uno de los edecanes del gobernador; pero no surtió ningún efecto la demanda, antes al contrario.

En la noche de 21 de Diciembre se presentó en el alojamiento de Alvarez el corregidor francés con algunos ayudantes y gendarmes, y le dijo que «de orden de S. M. el rey D. José debía ir preso á Francia,» acompañando esta intimación con expresiones insultantes; de modo que Alvarez, incorporándose en la cama con ademán altivo, á pesar de su decaimiento, contestó:—«Son ustedes unos impostores: todas esas son estratagemas de que se valen los franceses para encubrir su perfidia, mortificar é incomodar á aquél á quien no han podido hacer rendir la espada. Me llevarán prisionero, porque la suerte lo ha dispuesto así.»

Desentendiéndose de aquella respuesta el corregidor, pidió los equipajes del general, los cuales fueron escrupulosamente registrados, apoderándose de sus dos sables y de su espada, que, sin embargo, le fué devuelta más adelante, y se marchó diciendo á Alvarez y á su edecán que estuviesen dispuestos para partir entre once y doce de aquella misma noche.

II.

Efectivamente; á la hora citada, el general y su ayudante eran sacados de Gerona en una calesa ó cupé cerrado, con escolta de gendarmes. Al llegar al inmediato pueblo de Sarriá, les hicieron detener más de una hora para aguardar un considerable número de religiosos que en aquella misma noche salían de Gerona con destino á Francia.

El convoy llegó á Figueras el 22 de Diciembre, entre dos y tres de la tarde, y en seguida los prisioneros fueron llevados al castillo de San Fernando, alojando al general en un pabellón de los jefes de la plaza, en el cual no había más muebles que una madera de catre con un jergón, un canapé, una mesa y algunas sillas. Allí recibió el general la visita de un edecán del mariscal Saint Cyr, que fué á ofrecérsele en nombre de éste.

Era casi extremada la debilidad de Alvarez, y sobre carecer de la asistencia debida á un prisionero enfermo, y prisionero de sus circunstancias y categoría, sufría el martirio de verse provocado continuamente por las preguntas, así del gobernador del castillo como de los oficiales de la guarnición. La contestación de Alvarez era: «Si ustedes son oficiales de honor, hubieran hecho en mi puesto otro tanto.» Su serenidad, su resignación, su grandeza de alma hicieron mella en un joven oficial

francés, el cual, no pudiendo menos de rechazar el descomedimiento y la descortesía de sus compañeros, se acercó una vez á Satué, y le dijo señalándole el general:—«Es bravo ese hombre.»

A las dos de la madrugada del 23 salieron los prisioneros de Figueras, y prosiguieron su viaje á Perpiñán, á cuyo punto llegaron á las siete de la misma noche. Sin permitirles á Alvarez y á su edecán bajar de la calesa, fueron conducidos á casa del gobernador, y de allí en derechura al «Castillet.» Su primera estancia fué un aposento estrecho, en el que no había otros muebles que una cama pequeña, un colchón acribillado, un pedazo de lienzo ordinario, una funda asquerosa, tres sillas, cada una de su clase, y una mesita. Cuando Alvarez se vió en aquella indecente habitación, dijo con bastante calor al comandante de la gendarmería que le acompañaba:—«¿Es este sitio correspondiente para un general? ¿Y son ustedes los que se precian de guerreros?»—El comandante le contestó con irónica, ó mejor insultante frase:—*Patentia vobis necessaria est*. Y después de este latín, pretextando que estaban allí como reos en prisión, se apoderó de las armas de ambos prisioneros. En vano el edecán Satué procuró hacerle ver la evidente injusticia de su proceder al privarles de un derecho que les daba la capitulación de Gerona, y que sus generales habían concedido indistintamente á todos los oficiales de la plaza. Sin hacerse cargo de estas justas reconvenciones, y respondiendo que él era sobrado abonado para guardarles las armas, retiróse el comandante de la gendarmería, dejándoles entregados á la custodia de un alcaide desatento, que les hizo pagar á más de doble precio la pobre cena que les suministró, y á la vigilancia de un gendarme importuno que, al parecer, se complacía en no dejar dormir al general ni á su ayudante, presentándose frecuentemente con una linterna en la

mano para reconocerles y asegurarse de que no habían escapado.

Al siguiente día 24, el mismo comandante de la víspera entró á tomar á los prisioneros una media filiación, é inoportunamente hizo recaer la conversación sobre los oficiales españoles de la guarnición de Gerona, dándoles epítetos sobradamente odiosos, y diciéndoles que se habían fugado 20 ó 21, entre ellos un edecán de Alvarez; pero que habían sido cogidos 11 y los habían degollado. El general, á pesar de que cada vez estaba más débil y postrado, penetrando la dañada intención de aquel comandante, contestó con aire festivo:—«¡Volaron, eh! ¡Y los habéis cogido, y pif!» El hecho era mentira.

Estos inicuos procedimientos determinaron al general á dirigir una carta al mariscal Augereau, en la que exponía el modo inhumano é indigno con que se le trataba, quejándose amargamente de haberse faltado á lo que se le prometiera de permitirle convalecer en Figueras y poder recibir con este motivo algunos auxilios del general español que mandaba el ejército de Cataluña. La carta fué entregada al referido comandante, quien ofreció remitirla; pero probablemente no llegaría á su destino.

Aunque el general pasó una noche malísima, principalmente por la fiebre que le entró, vióse obligado á levantarse á la mañana siguiente muy temprano, pues se le dió orden de estar dispuesto á salir á las diez con su edecán. ¿Para qué? Lo ignoraban.

A la hora citada se presentó el mismo comandante de siempre con algunos gendarmes, é hizo salir del Castillet á los prisioneros, los cuales vieron la tropa tendida con un gran piquete á un lado, y á la vista de un inmenso gentío que, por su manera de mirarles, les presagiaba un acontecimiento funesto. Marcharon hacia la

muralla, apoyado el general en su ayudante y en un criado que le habían permitido llevar, y rodeados de gendarmes con espada desnuda. Alvarez estaba muy débil y apenas podía andar; pero se arrastraba con mirada fría y severo continente, dominando sus dolores y sufrimientos con aquella su característica fuerza de voluntad. Todas las apariencias indicaban que iban á ser fusilados. Los religiosos que habían salido presos de Gerona les seguían en dos filas.

Así estuvieron por algunos minutos, ignorando cuál sería su suerte, hasta que observando que uno nombraba los religiosos por sus órdenes respectivas y los alineaba, dedujeron que todo aquel aparato imponente se reducía á una revista. Terminada ésta, el comisario les dijo que desde aquel día se les abonaría el haber de prisioneros, y fueron conducidos á su encierro del mismo modo que fueron sacados de él.

El día 26 de Diciembre, el general y su ayudante fueron trasladados á un calabozo del mismo Castillet, donde los encerraron con dobles puertas. Parecía que aquellos inhumanos estaban empeñados en apurar el sufrimiento del general, vengándose á fuerza de multiplicados martirios de la heróica constancia con que había sostenido la defensa de la inmortal Gerona.

Triste y sombrío era el aspecto del nuevo calabozo. Una bóveda larga, sin otra luz que la que penetraba por una pequeña claraboya en lo más elevado de ella; un pavimento formado de piedras de punta que lo hacían sobremanera incómodo y desagradable; una cama la más indecente y dos sillas desvencijadas; un alcaide descomedido, avaro, tosco en sus expresiones y brutal en sus modales..... Esto era lo que se daba en pago al defensor de Gerona. Era necesario tener toda la firmeza de su espíritu para no sucumbir á tantos males reunidos, particularmente hallándose en una casi total postración de

fuerzas por los continuos crecimientos de la fiebre que hacía ya muchos días le consumía.

Dos veces todas las noches se visitaba á los prisioneros por el mismo alcaide y por un gendarme que, aplicándoles siempre la linterna á los ojos, y reconociéndoles con particular estudio, parecía tener orden de certificar de su existencia y de la identidad de sus personas.

Así permanecieron Alvarez y Satué, sujetos á este trato brutal y á esta triste situación, hasta el 6 de Enero de 1810.

III.

Al llegar la noche del día citado, hízose vestir precipitadamente, á deshora, al general y á su ayudante, y sacándoles del calabozo, les metieron entre filas de una gran escolta que esperaba. Allí estaban también los religiosos. El comandante de la escolta mandó cargar, previniendo en voz alta que el que intentara huir sería fusilado; hizo adelantar á Alvarez y á Satué, y les mandó subir á un coche que se había alquilado por cuenta del general. Este pidió su espada al comandante de la gendarmería, pero su respuesta fué:—«Está delante, ya se os dará.»

Sin embargo, no fué así. La espada no fué devuelta á Alvarez, y sólo después de su muerte pudo recobrarla el ayudante Satué.

Después de haberse detenido los prisioneros en Salces para tomar algún alimento, llegaron, anochecido ya, á Sitgán, y les hicieron entrar en una caballeriza, en la cual había una pequeña estancia de angosto y reducido espacio, sin otra ventilación que la de una aspillera en lo alto sobre la izquierda, llenos paredes y te-

cho de telarañas, y con unas tres cuartas de estiércol. En aquel inmundo sitio fueron encerrados el general Alvarez y su edecán con el criado, sin darles ni una silla ó banco donde poderse sentar.

Hubiera estado seguramente el general durante toda aquella noche con la incomodidad que se puede comprender, si el cochero que lo había llevado y se había compadecido de él, no hubiese arbitrado el medio de introducirse en la estancia, bajo pretexto de preguntar qué es lo que quería para cenar. Consternado aquel hombre á la vista del trato cruel que se daba á un general valiente y desgraciado, se apresuró á introducir en la estancia un catre de tijera con un buen colchón y buenas sábanas, y además una mesita y una silla.

Mientras el general y su edecán cenaban, los centinelas permitieron asomar á varias personas á quienes la curiosidad llevaba á ver á los prisioneros, llamando la atención de éstos una señora, que debía ser principal por las consideraciones con que se le facilitó la entrada. Pero apenas aquella dama fijó los ojos en los presos, cuando sorprendida por el estado de envilecimiento á que les veía reducidos, prorrumpió en llanto y se salió precipitadamente de la estancia.

Por la mañana del 8 de Enero salió el convoy para Narbona. Era inmenso el gentío que esperaba á los prisioneros á mucha distancia de la ciudad, y así fué que entraron en ésta con numeroso acompañamiento.

El general y Satué fueron llevados á una casa que dijeron había sido de estudios y para ellos fué cárcel. Se les encerró en ella poniendo centinelas dobles y gendarmes de plantón; pero las habitaciones eran decentes, y la que destinaron para ellos bastante cómoda y aseada. Fué aquél el único punto donde el general recibió muestras de consideración, pues fueron varios á ofrecérsele y á compadecer su suerte.

Cuando en la mañana del 9 se preparaba para proseguir su viaje, se presentaron de improviso un oficial de gendarmería, el capitán comandante de la escolta, dos ó tres oficiales más y algunos gendarmes, y abriendo un pliego, dijo el jefe de más categoría:

—El general Alvarez debe volver y el edecán no.

A esto contestó Alvarez:

—¿Con que me hacen volver? Bien. Mientras no me vuelvan al castillo de Perpiñán, llévenme donde quieran.

Desde aquel momento Satué, separado del general, ignora lo que á éste le sucedió, y suspende la relación. El edecán fué llevado á Embrún con el criado de Alvarez, y de allí á Nancy, donde supo la muerte de su general, no regresando á su patria hasta 1814.

Se ignora á punto fijo lo que sucedió al general Alvarez hasta su muerte, y he aquí lo único que hemos podido rastrear, tomándolo de varias relaciones que parecen verídicas, entre ellas la de D. Sebastián Bataller, ecónomo de la parroquia de Figueras, que fué quien tuvo la triste misión de enterrar al héroe de Gerona.

Desde Narbona, Alvarez fué conducido otra vez al Castillet de Perpiñán, y de allí al castillo de San Fernando de Figueras, donde fué miserablemente encerrado en una especie de oscuro aposento, oculto en el fondo de las caballerizas, como si no se hubiese encontrado otra habitación más digna para el defensor de Gerona.

Se ha dicho y asegurado que un centinela, colocado en la puerta, tenía la consigna espantosa y horrible de herirle con la bayoneta cada vez que le viera entregarse al sueño. Así lo dice el vulgo, apoyándose en la tradición; pero, afortunadamente, para honra de la humanidad, la historia lo refiere como una fábula. Lo cierto es que Alvarez, solo, abandonado, acabó su vida en

aquel miserable calabozo, entre horribles padecimientos, muriendo envenenado. Unos creen que le dió el veneno un oficial francés, compadecido de sus horribles sufrimientos y de la heróica resignación con que los soportaba; otros aseguran que el veneno que acabó con él le fué dado por orden superior.

Según se desprende de la certificación librada por el citado ecónomo de la parroquia de Figueras, D. Sebastián Bataller, fué éste avisado en la mañana del 27 de Enero de 1810 para que pasase á enterrar el cadáver del general Alvarez, y á las tres de la tarde salió de la iglesia con tres capellanes y dos monacillos, y no obstante que la costumbre era recibir el clero los cadáveres á medio camino del castillo, no pudo hacerle más honor en aquellas tristes circunstancias, según él mismo dice, que pasar adelante entrando en el castillo con cruz alta hasta llegar al sitio mismo donde estaba el cadáver, que era el en que había muerto. Mientras se cantaban los responsos, presentáronse el gobernador del castillo, Guillot, y algunos oficiales franceses, quienes acompañaron el cadáver hasta que fué enterrado. Llegados á la iglesia, se le hizo la entrada de costumbre, y dirigiéndose después al cementerio, los soldados alemanes que le llevaban encima de una cama de difuntos, sin caja, intentaron quitarle la sábana en que estaba envuelto; pero viendo el cura Bataller que este hecho inhumano no hacía sensación al general Guillot ni á sus oficiales, levantó la voz y dijo:

—¿Cómo es esto? Hasta las fieras respetan los cadáveres. Si ustedes le quitan la sábana, voy á envolverle con mi capa pluvial.

Y como conocieron que el cura estaba dispuesto á ejecutarlo, dejaron la sábana, y en esta disposición, sin caja y sin más ceremonia, fué enterrado.

Más tarde, en 1814, fueron exhumados los restos de

aquel héroe mártir, y hoy descansan en una modesta urna en la iglesia de Gerona; urna que se trocó en un sencillo mausoleo si se lleva adelante, como debiera hacerse, la suscrición nacional iniciada hace un año por el elocuente tribuno D. Salustiano de Olózaga.

En el calabozo en que Alvarez murió, se mandaron colocar por orden del capitán general Castaños, en 1815, una verja de hierro que impidiese su entrada, y una inscripción que dice así: «Murió envenenado en esta estancia el día 22 de Enero de 1810, víctima de la iniquidad del tirano de Francia, el gobernador de Gerona D. Mariano Alvarez de Castro, cuyos heróicos hechos vivirán eternamente en la memoria de todos los buenos.»

El inmundo y oscuro rincón de las caballerizas del castillo en donde murió el héroe de Gerona, es hoy religiosamente visitado por todos cuantos van á Figueras. Nadie abandona esta villa sin ir á ver los lugares en que Alvarez sucumbió. Aquel sitio de martirio es hoy un templo, como el nombre de la víctima es una gloria.

HISTORIA DE CATALUÑA

DE LA SOBERANÍA NACIONAL

Y DE

LAS CORTES EN CATALUÑA

DE LA SOBERANÍA NACIONAL

Y DE LAS CORTES EN CATALUÑA.

I.

Podrían escribirse volúmenes sobre el asunto que hoy emprendemos; pero nuestro intento es sólo reunir algunos apuntes para facilitar el estudio de aquéllos que, con más tiempo y más conocimientos, pueden dedicarse á profundizar esta materia. Para esto vamos á allegar materiales.

Comencemos por decir algo del sistema representativo y del constitucionalismo, en el modo como debe entenderse, ó como nosotros lo entendemos al menos.

Si bien pudiera, en rigor, llamarse sistema representativo al conjunto y enlace de principios, al orden de cosas producto de la reunión, discusión, deliberación y acuerdo de varios representantes, la verdad es que sólo debe darse nombre de institución representativa á la que está basada sobre el elemento popular. El comienzo del sistema parlamentario debe fijarse en el momento en que se ve á la clase popular representada por síndicos, procuradores ó diputados, con poderes *ad hoc* y con delegación legítima, sentarse en los escaños de los Congresos nacionales, contribuir á la formación de leyes, participar en el gobierno y destino de las naciones. Y debe sólo así considerarse, y sólo así puede ser, porque entre los más grandes intereses sociales de un

país, el más grande es del pueblo, ya que siendo la única clase que se sostiene á sí misma y ayuda á sostener á las demás, teniendo condiciones de vida independiente y propia, están reconcentrados en ella la acción, el movimiento, la fuerza, la vida, el fuego céntrico de la nación.

El origen y cuna del sistema representativo se hallan en la Península ibérica. No hay que ir á buscar modelos de parlamentarismo fuera de casa, como hacen algunos, poco conocedores de nuestra historia: abundantes los tenemos en ella. Los grandes ejemplos que pueden presentarnos los extraños, tal vez, y sin tal vez, nacieron de haberse inspirado en las antiguas Cortes de las nacionalidades españolas.

Pudiéramos apelar á muchas y grandes autoridades en prueba de este aserto; pero limitémonos á citar lo que dicen los inmortales legisladores del año 12 en el notabilísimo discurso preliminar leído en las Cortes, al presentar la Comisión de Constitución el proyecto de ella. Después de decir la Comisión, en los primeros párrafos de aquel luminoso y excelente preámbulo, «que nada ofrece la Comisión en su proyecto que no se halle consignado del modo más auténtico y solemne en los diferentes cuerpos de la legislación española,» añade, algunas líneas más abajo, «que sólo la falta de tiempo, la urgencia del trabajo y la impaciencia natural del país por ver terminada la obra, le impidieron presentar todos los comprobantes que en nuestros códigos demuestran haberse conocido y usado en España cuanto se comprendía en el proyecto de Constitución. «Este trabajo, dice textualmenle el preámbulo, aunque ímprobo y difícil, hubiera justificado á la Comisión de la nota de novadora en el concepto de aquéllos que, poco versados en la historia y legislación antigua de España, creerán tal vez tomado de naciones extrañas, ó intro-

ducido por el prurito de la reforma, todo lo que no ha estado en uso de algunos siglos á esta parte, ó lo que se oponga al sistema de gobierno adoptado entre nosotros después de la guerra de sucesión.»

He aquí cómo nuestros legisladores de Cádiz, temiendo que algún día pudiese hacérseles el cargo de haber acudido, como fuente, á las modernas constituciones extranjeras, hacen de antemano la protesta solemne que se acaba de leer, y rechazan el cargo, poniendo de manifiesto los manantiales en donde fueron á beber aquellas puras doctrinas de constitucionalismo sentadas en el Código inmortal del año 12. Y estas fuentes, estos manantiales, en admirables páginas nos lo dicen, están en las antiguas constituciones de las nacionalidades españolas, hechas en Cortes, donde había verdadera, legítima, real y efectiva representación del pueblo.

Tenemos, pues, confesado por los mismos legisladores de Cádiz, que no fueron á inspirarse en los artículos de la Constitución francesa de 1791, como algún autor ha pretendido y escrito, sino en los antiguos códigos nacionales que dormían el sueño del olvido en el fondo de nuestros archivos. Otro cargo se les pudiera hacer á los constituyentes de Cádiz, más acertado y más justo que el de copistas de la Constitución francesa; y dicho sea esto con todo el respeto que tan altos y extremos varones deben merecernos.

Así como supieron aprovechar muchas grandes y buenas cosas que había en nuestras constituciones antiguas, ¿cómo se olvidaron de lo que había en ellas y en ellas estaba explícita y terminantemente consignado para asegurar la indemnidad de los derechos que constituyen la ciudadanía, por ejemplo, para contener la potestad real dentro sus límites jurisdiccionales, para residenciar al monarca y á sus delegados, en cuantos

actos suyos se denunciasen como contrarios á las leyes, á la libertad y á la soberanía de la nación?

Ya que nuestras constituciones tuvieron á la vista; ya que sobre ellas, y no sobre ninguna extranjera, basaron la del año 12, ¡lástima grande que olvidado dejaran quizá lo más importante en ellas consignado!

II.

En el mismo preámbulo citado se quejan también amargamente nuestros constituyentes del año 12, de la ignorancia en que intencionalmente se había procurado dejar al país con relación á nuestras antiguas cosas é historia política.

«La Comisión recuerda con dolor el velo que ha cubierto en los últimos reinados la importante historia de nuestras Cortes. Su conocimiento estaba casi reservado á los sabios y literatos, que la estudiaban más por espíritu de erudición que con ningún fin político. Y si el gobierno no había prohibido abiertamente su lectura, el ningún cuidado que tomó para proporcionar al público ediciones completas y acomodadas de los cuadernos de Cortes, y el ahinco con que se prohibía cualquier escrito que recordase á la nación sus antiguos fueros y libertades, sin exceptuar las nuevas ediciones de algunos cuerpos del Derecho, de donde se arrancaron con escándalo universal leyes benéficas y liberales, causaron un olvido casi general de nuestra verdadera Constitución, hasta el punto de mirar con ceño y desconfianza á los que se manifestaban adictos á las antiguas de Aragón y Castilla. La lectura de tan preciosos monumentos habría familiarizado á la nación con las ideas de verdadera libertad política y civil, tan sostenida, tan defendida, tan reclamada por nuestros mayores

en las innumerables enérgicas peticiones en Cortes de los procuradores del reino, en las cuales se pedían, con el vigor y entereza de hombres libres, la reforma de abusos, la mejora y derogación de leyes perjudiciales y la reparación de agravios.

»La funesta política del anterior reinado había sabido desterrar de tal modo el gusto y afición hacia nuestras antiguas instituciones, comprendidas en los cuerpos de jurisprudencia española, descritos, explicados y comentados por los escritores nacionales, á tal punto, que no puede atribuirse sino á un plan seguido por el gobierno la lamentable ignorancia de nuestras cosas, que se advierte entre no pocos que tachan de forastero, y miran como peligroso y subversivo lo que no es más que la narración sencilla de hechos históricos referidos por los Blancas, Zuritas, Anglerías, Marianas y tantos otros profundos y graves autores, que por incidencia ó de propósito tratan con solidez y magisterio de nuestros antiguos fueros, de nuestras leyes, de nuestros usos y costumbres.»

Y de esto, que ya era en el año de 1812 punto de queja por parte de nuestros hombres de Cádiz, se lamentó también con sentidas frases, en nuestros tiempos, el eminente repúblico D. Salustiano de Olózaga. En su *Caída de la Constitución aragonesa*, después de decirnos que la historia política de España no se ha escrito todavía, ni podrá escribirse con verdad, mientras no sean conocidos los muchos documentos que yacen entre el polvo de nuestros archivos, añade que los castellanos, en tiempo de Felipe IV, fueron á arrancar sangrientamente á Aragón la libertad que ellos habían perdido, y manifiesta que más tarde, no sólo toda España perdió su libertad sucesivamente, sino que se ha procurado «que perdiera también la memoria de ella, y el conocimiento de sus antiguas leyes fundamentales.» Y á propósito de esto,

sienta que en los archivos está la verdad, «que pocos han conocido, dice, que no pudieron decir los que de ella supieron ó adivinaran algo, y que truncaron y desfiguraron horriblemente los únicos á quienes fué permitido escribir y comentar, á gusto de los que mandaban, los hechos públicos de los siglos anteriores.»

Y efectivamente, parece increíble que hasta tal punto se haya borrado la memoria de nuestras antiguas cosas. Hoy se ve á hombres que pasan por ilustrados, y que en realidad lo son, ir á buscar en los anales de países extranjeros ejemplos de parlamentarismo, que mejor y más abundantes y más puros tenemos en casa. De tal manera la pesada atmósfera de absolutismo, que desgraciadamente se ha cernido sobre España por tanto tiempo, ha interpuesto un velo espesísimo entre lo pasado y lo presente; velo tras del cual se ocultan los ricos tesoros de las libertades patrias, las obras importantes y patrióticas del sistema representativo. Los antiguos cronistas é historiadores, á sueldo de los monarcas absolutos, ó míseros cortesanos del rey, han escrito la historia en el sentido que podía satisfacer á su real amo y señor, y en su afán de matar lo que fué moda llamar *provincialismo*, llegaron hasta falsear documentos para destruir la verdad histórica y para poder escribir, no en sentido nacional, sino en sentido exclusivo.

Pero la verdad acaba por salir triunfante, y por brillar con luz más radiante y pura á través de los errores tras de los cuales la quiere hacer desaparecer. Hoy se levantan do quiera escritores independientes, que llenos de patriótico entusiasmo evocan los grandes recuerdos antiguos para que puedan servir de norma, pauta y ejemplo á los modernos, y que al rehabilitar la memoria de las antiguas gloriosas nacionalidades ibéricas, resucitan los grandes monumentos de la clase popular.

Llegada había de ser ya la hora en que se escribiese la historia de los pueblos, tan importante, por lo menos, como la de los reyes.

III.

Hemos dicho que el sistema representativo era antiquísimo en España.

Veámoslo si no, yendo á buscar no sólo su origen, sino sus fundamentos.

Debajo de los cimientos de nuestros grandes palacios de la Edad Media y de nuestros edificios modernos, se han hallado siempre vestigios que habían permanecido largos siglos sepultados en las entrañas de la tierra, para luego aparecer de pronto á flor de ella y avergonzar con su riqueza y esbeltez á aquellos que, cegados por el orgullo de la ciencia, creían que lo antiguo era raquítico y miserable, y sólo hallaban grandeza, bondad y originalidad en lo nuevo. En nada se parecen nuestros edificios modernos á los romanos; sin embargo, se han construído sobre ellos como base, como punto de apoyo. Lo propio sucede con las instituciones políticas. En nada se parecen á las romanas, y sin embargo, como base, como punto de apoyo, parten de aquéllas. Nuestros edificios modernos se han alzado sobre las ruínas que dejó el pueblo romano esparcidas por la haz de la tierra, como nuestro sistema representativo arranca de entre las ruínas de sus instituciones políticas.

Omnipotente y poderoso era aquel pueblo, que se había propuesto hacer del universo todo un mundo romano, y al cual hoy aún, y siempre, habremos de volver los ojos para buscar en él ejemplos, así de grandes virtudes y de grandes heroicidades, como de grandes monstruosidades y de grandes crímenes. Este pueblo,

al dominar á España, dejó arraigada en nuestro suelo una institución, planta lozana que debía transformarse, andando el tiempo, en árbol gigante de robustas ramas y frondoso follaje. Al quitarnos los romanos la libertad, nos dieron con esa institución el germen y principio restaurador de una nueva libertad mucho más civilizada que la antigua, principio y fundamento de admirables y grandes empresas. Queremos hablar del municipio, que durante ciertas épocas ha sido, bien puede decirse, el gobierno único de los pueblos, y que, como Arca Santa, hasta en los tiempos del más espantoso absolutismo, ha conservado en su seno la generadora semilla de la idea representativa.

La dominación romana desapareció de España para hacer lugar á otra dominación, á tiempo que sobre las ruínas de la antigua sociedad se alzaba triunfante y esplendorosa una sociedad nueva. Rajados y hechos trozos yacían por el suelo los miserables dioses de barro y de madera de los antiguos romanos, y sobre el capitolio de los Césares se alzaba triunfante la horca del Justo, aquella horca infame y degradante, convertida en pendón de gloria y en símbolo de amor, de luz y de justicia.

Conspiraron á un tiempo contra Roma la idea y la fuerza. Eran representantes de la idea los cristianos, los hombres de la Cruz y de las catacumbas, aquellos hombres que habían ido á hundirse en las entrañas de la tierra para organizarse, y que de ellas salían, precursores de una nueva sociedad, sin más armas ofensivas que el Evangelio bajo el brazo, y llevando por bandera la horca de los romanos, padrón de ignominia y signo de muerte, convertido por ellos en signo de vida y redención. Los representantes de la fuerza eran aquellos hombres del Norte, á quienes los historiadores todos llaman godos, pero á quienes con más propiedad, Mas-

deu y Ortiz de la Vega llaman septentrionales. Los cristianos hacían la revolución por la propaganda pacífica; los septentrionales, por el hierro; aquéllos, en nombre de esa trinidad sublime que se llama libertad, igualdad y fraternidad; éstos, en nombre de esa trinidad horrible que se llama el odio, la venganza y el exterminio. La fuerza fué la que derribó; la idea, la que construyó sobre las ruínas.

Allá iba con unos y con otros ese móvil misterioso y supremo que, con apariencias de casualidad á veces, viene rigiendo desde el principio de los siglos los destinos humanos, señalando á cada hombre su misión, á cada época su camino y á cada idea su norte, y ese móvil supremo quiso que de aquel día en adelante fuesen cabeza los hombres de la idea, y brazo los hombres de la fuerza.

Entonces fué cuando la España, que había sido de los romanos, pasó á ser la España de los septentrionales.

IV.

Pero sucedió entonces una cosa singular y que merece fijar la atención. La España, que con los romanos había acabado por hacerse romana, con los bárbaros no se hizo bárbara. Existía ya en ella el germen de la doctrina predicada por los Apóstoles de la Cruz; había acampado en ella el ejército de los soldados de la idea, y éstos pudieron más que los soldados de la fuerza. En vez de amoldar los conquistadores á sus usos y costumbres á los conquistados, los conquistados civilizaron á los conquistadores.

Comenzó entonces á levantarse el edificio de la nueva sociedad y de la nueva civilización. Puestos de acuerdo los representantes de la idea y los de la fuerza, que

eran entonces los altos dignatarios de la Iglesia y los monarcas de los septentrionales, echaron los cimientos sobre los cuales se había de elevar más tarde el alcázar de las libertades públicas.

No cabe la menor duda que la soberanía nacional está reconocida en el Fuero Juzgo; no cabe la menor duda tampoco que en los concilios de Toledo se halla el germen que había de dar más tarde nacimiento á las asambleas nacionales; pero la verdad es que no puede decirse que en estos concilios estuviese planteado el sistema representativo. En ellos lo eran todo el clero y el rey, quienes asistían allí por derecho propio; representaban muy poco los nobles, y nada absolutamente el pueblo, el cual era llamado para hacer un papel de comparsa. Pero allí, sin embargo, y hay que reconocerlo, con reminiscencias del municipio romano estaba el germen del sistema representativo futuro.

Pero si en los concilios no se encuentra planteado el sistema representativo, pues que en ellos sólo creemos hallar nosotros el dominio avasallador del clero, que no sabemos á dónde hubiera ido á parar si afortunadamente no hubiese venido la invasión árabe, quizá—y téngase en cuenta que es una idea aventurada,—quizá podría encontrarse en otras asambleas de carácter distinto que tuvieron lugar en igual tiempo, y acerca de las cuales nos faltan, desgraciadamente, datos para poderlas apreciar. En una asamblea general y nacional de hispano-romanos, según la llaman los autores, después de la sangrienta revolución que arrojó del trono á Witiza, fué proclamado rey aquel D. Rodrigo que tanto ha dado que hablar á la historia y á las fábulas. ¿Se hizo esta proclamación en toda regla, asistiendo representantes del clero, nobleza y pueblo? Bien pudiera ser; pero es sólo una idea que aventuramos para estudio.

De todos modos, si aquel D. Rodrigo fué elegido del

pueblo, hemos de reconocer que Dios no aprobó aquella vez la elección popular. En los campos de Guadalete perecieron para siempre aquel rey, aquel trono y aquella corte, y los árabes triunfadores invadieron la España como un torrente desbordado. Si aquellos nuevos invasores de la patria se hubiesen presentado algunos siglos antes, hubiera de seguro bastado la menor de nuestras antiguas tribus ibéricas para volverlos á arrojar al mar de donde salían. Pero ya no había nacionalidades en la Península, y ya no había patria, por consiguiente. Roma, queriendo fundir en una las nacionalidades, las había matado á todas, y la dominación de los septentrionales continuó en este sentido la obra de Roma. Ya aquí no había patria, y donde no hay patria no hay héroes; sólo existen esclavos.

Únicamente en algunas ciudades hallaron resistencia los árabes, y vióse entonces á muchos hombres de corazón verdaderamente ibero, restos de las antiguas razas, entre quienes vivía como un recuerdo santo y un culto sagrado la memoria de las muertas nacionalidades, refugiarse en los Pirineos, como van las águilas á las montañas á procrear sus aguiluchos, para allí esperar el momento propicio de arrojarse sobre aquellos nuevos conquistadores de su país. Dios debió elegir la invasión de los árabes como una ocasión suprema para revalidar, con mejores fundamentos, la obra que Roma se había encargado de destruir. Dios, que rodeado de las sombras impenetrables del misterio, señala con su dedo el camino que han de seguir la civilización y el progreso á través de los siglos y de las edades, quiso que nuestra sociedad pasara por aquel último tamiz para que brotara en cada pueblo ibero una nueva nación purificada por el hierro, por la sangre y por el fuego, como la raza humana toda entera se había purificado un día por el agua del diluvio; una generación vir-

gen, una raza independiente y libre, esencialmente cristiana por su origen, esencialmente civilizadora por su misión.

La invasión de los árabes hubo de ser bajo este concepto beneficiosa. Las nacionalidades, que estaban dormidas, despertaron al choque, como despierta el pedernal al sentirse herido por el acero y arroja fuego de sus entrañas. Los esclavos volvieron á ser hombres libres, las nacionalidades volvían á tener patria, la patria volvía á tener historia, y los que sólo habían sido comparsas de los concilios de Toledo, iban á tomar asiento como ciudadanos en los escaños, desde lo alto de los cuales no debían tardar en proclamar su derecho á hacer leyes y hacer reyes. Fueron entonces levantándose, unos tras otros, los astures, los vascos, los catalanes, los aragoneses, los navarros, y cada pueblo, despertando del letargo, suprimió los siglos que habían pasado, lanzándose por sí solo y por su propia cuenta á la reconquista. Las nacionalidades volvían á reconstituirse. No eran los godos los que levantaban la enseña goda, como malamente se ha escrito y más injustamente se ha creído. Erán catalanes, astures, gallegos, aragoneses, vascos y navarros; es decir, naciones distintas, pero que estaban unidas por un lazo común de fraternidad y de raza. Combatieron todas á un tiempo, es verdad, para felicidad común y para arrojar al común enemigo de la común patria; pero cada una en su casa, cada una en su país.

En este momento de la historia es cuando hay que ir á buscar los orígenes de la patria catalana.

V.

En 711 fué cuando los árabes invadieron á España y tuvo lugar la rota famosa del Guadalete, pero hasta dos

años más tarde, en 713, no penetraron en Cataluña. Fueron apoderándose, una tras otra, de Lérida, Urgel, Tortosa, Tarragona, Vich, Barcelona, y, siguiendo la costa, de Gerona, Ampurias y Rosas, hasta llegar á los Pirineos, donde se detuvieron por el pronto.

Ocuparon sin hallar resistencia la mayor parte de estas ciudades, pues que muchos de sus moradores fueron á refugiarse en las fragosidades y asperezas de los Pirineos, á donde se trasladaron con sus mujeres, hijos y tesoros. Hay motivos para creer que allí formaron un estado libre é independiente, y que, continuando en el ejercicio de sus leyes, usos y costumbres, eligieron un jefe, una cabeza, un príncipe ó un rey, llámesele como quiera. Existen documentos incuestionables por los cuales se prueba que en 736 aquel grupo de hombres libres refugiado en los Pirineos, tenía á su cabeza un príncipe llamado Quintiliano.

Los proscritos de las montañas, cuyo centro de refugio principal parece que era el Canigó, no tardaron en inquietar á los invasores de su país. El primer levantamiento contra los árabes, de que hay memoria en nuestras comarcas, fué en 724, once años después de su invasión, y siete más tarde del alzamiento de Pelayo en Asturias. Pero si bien esto es lo que probado queda, todo induce á creer que la guerra de la reconquista comenzó tan pronto como los cristianos se hubieron organizado en el seno de las montañas á donde habían ido á buscar un asilo.

No existen memorias escritas de aquella época, y hay que apoyarse en los recuerdos tradicionales que nos han conservado antiguos historiadores. Por estos recuerdos se ve que la lucha entre los árabes y los proscritos de las montañas continuó viva siempre, y que consistía en escaramuzas, sorpresas, avances y retiradas; guerra propia de guerrilleros montañeses, hasta que comenzó

á tomar un carácter más organizado en 754 con la aparición de Otger y los que han sido llamados los nueve varones (y no barones) de la fama.

Otger fué el Pelayo catalán. Los antiguos cronistas se han devanado los sesos para darle noble cuna y hacerle descender de ilustre prosapia; pero Otger no pudo ser, no fué otro que un jefe de los independientes, de los proscritos de las montañas, de los cristianos del Pirineo. No hay en él otra noble cuna ni otra ilustre prosapia que su valor, su patriotismo y su grandeza; tres títulos que valen más por sí solos, á los ojos de la crítica histórica, que todas las genealogías imaginarias ó reales de los cronistas.

Mientras Otger y sus compañeros llegaban á formar una hueste temible, y bajaban con ella á poner sitio á Ampurias, aparecía otro núcleo de independientes en el Vallés. Nuestros recuerdos tradicionales hablan de un puñado de cristianos que se mantenían fuertes en el castillo de Egara, hoy Tarrasa. Es fama que los bizarros *Caballeros de Egara*, que así son conocidos en la historia, no sólo resistieron en aquel castillo cercos y asaltos, sino que dieron improvisadas acometidas contra los pueblos vecinos en que estaban los árabes, metiéndose de continuo con ellos en escaramuzas, cerrándoles el paso, cogiéndoles precioso botín y rompiendo á menudo sus huestes.

Se dice que Dapifer sucedió á Otger en el mando de los independientes, y luego á Dapifer, Seniofre ó Seniofredo; y como hay quien en este caudillo halla el tronco de los condes de Barcelona, se agotan todos los recursos para probar que Seniofre era de estirpe carlovingia. Aquellos caudillos primeros de los independientes eran de la tierra catalana, jefes valerosos á quien sus hechos de armas y no sus títulos de nobleza ponían al frente de las huestes cristianas. Tan ridículo es buscar-

les timbres nobiliarios, como hablarnos de los milagros que se dicen entonces acaecidos, suponiendo que los santos bajaban á la tierra para combatir entre los cristianos y darles la victoria. Allí no hubo más nobleza que la de las proezas, ni más milagro que el de un puñado de hombres lanzándose á la reconquista de su país contra numerosísimos ejércitos de valientes invasores.

Sin embargo, los gotholaunos, ó sean los catalanes, no eran en número bastante ni tenían fuerzas suficientes para arrojar del país á sus enemigos. Hubieron entonces de pedir apoyo á los condes de la frontera, y en varias ocasiones penetraron en Cataluña cuerpos de francos, con ayuda de los cuales llegaron á apoderarse de plazas tan importantes como Gerona, Vich y Urgel.

La empresa más notable fué la toma de Barcelona en el año 801, de la cual, después de un glorioso sitio, se apoderó el mismo Ludovico Pío, que mandaba las huestes de los sitiadores. Ludovico Pío, monarca franco, hijo de Carlomagno, había entrado en Cataluña, no como conquistador, sino para ayudar á los naturales á conquistar su perdida patria. Importa mucho dejar esto terminantemente consignado; importa mucho hacer constar que el recobro de Barcelona se debió, no tanto á las armas del monarca franco, como á los esfuerzos de los proscritos de las montañas y de los *Caballeros de Egara*, que fueron todos á juntarse bajo los pendones de guerra de Ludovico, cuyo auxilio y apoyo habían reclamado.

Es conveniente para nuestro objeto fijar bien esta circunstancia y levantar acta de ella, porque el sistema parlamentario catalán está estrechamente ligado con la epoca de la independencia del condado de Barcelona, y hay que desvanecer los errores que torcidamente han esparcido autores antiguos asalariados, suponiendo que Cataluña fué provincia del imperio franco. No fué así.

Los emperadores franceses no tuvieron nunca dominio en Cataluña, y sólo se les admitió á título de protectores con las condiciones establecidas en un pacto, según veremos.

VI.

Existe una prueba patente, que no deja lugar á duda, para hacer constar la independencia de los catalanes, y para demostrar que los emperadores francos sólo ejercieron aquí un protectorado. Está en los que unos llaman *preceptos* y otros *privilegios* de los mismos monarcas franceses Carlomagno, Ludovico Pío y Carlos *el Calvo*. En estos documentos, especialmente en el de Ludovico Pío, se encuentra el fundamento de la historia del Derecho y de la Constitución política de Cataluña, la primera piedra que hubo de servir de base al alcázar de su independencia y públicas libertades. Pero, ante todo, hay que hacer aquí una observación, que debe tenerse muy presente para nuestros estudios sucesivos. En Cataluña, lo propio que en Aragón, las palabras *fuero*, *privilegio* y *franquicia* no tenían el significado que posteriormente se les dió y se les da ahora, suponiendo que ellas entrañan merced de rey, y que los derechos conocidos con estos nombres fueron debidos á la liberalidad ó longaminidad del monarca. En Aragón y en Cataluña hubo fueros, privilegios y franquicias antes que reyes, y más particularmente aún en Cataluña, donde jamás los reyes fueron conocidos oficialmente como tales, sino sólo como Condes de Barcelona. Se solía llamar *fueros* á las leyes civiles, *privilegios* á lo que hoy llamamos artículos de la Constitución política, y *franquicia* era sinónimo de libertad. En Cataluña, *home-franc* (de la palabra *franquesa*, franquicia) quiere decir hombre libre.—*Reyna*, *Reyna*, decía el

Conde de Barcelona y rey de la Corona de Aragón, Don Alonso III, á su esposa Doña Leonor de Castilla, la cual se quejaba de que aquí no pasasen las cosas como en aquel país; *el nostre poble es franc, é no es assi subjecte com ho es lo poble de Castella.* Es decir: *nuestro pueblo es libre y no está sujeto como el pueblo de Castilla.*

Dicho esto, que debe tenerse muy presente para lo sucesivo, volvamos á los privilegios de los emperadores francos.

El de Carlomagno está fechado el 4 de las nonas de Abril de 812, once años después de haber entrado en Barcelona su hijo Ludovico Pío; pero ni es tan extenso, ni tan explícito, ni tan importante como el que dió Ludovico en 816, confirmando el de su padre. En este documento se reduce ya á escrito el pacto entre los catalanes y el monarca francés, y bien puede ya dársele el nombre de privilegio ó Constitución política. Carlos *el Calvo* confirmó en 844 el pacto, ó sea la Constitución política de su padre.

Por estos documentos importantes, que obran en el archivo de la catedral de Barcelona, se ve que los catalanes pidieron el apoyo de los monarcas franceses, no porque dependiesen en manera alguna de ellos, sino como una nación solicita el auxilio de otra contra los enemigos que la oprimen; que, entrada Barcelona por Ludovico Pío, se pusieron bajo su protección y la de sus sucesores, pero con la condición de conservar sus leyes, privilegios y franquicias como hombres independientes y libres; que tenían ya los catalanes leyes y costumbres propias, las cuales se comprometieron á respetar los emperadores francos; que hubieron de quedar muy limitadas las facultades de los reyes de Francia en este país; y, por fin, que estaban ya constituídos ó eran conocidos los tres Estamentos, eclesiástico, militar, y popular ó real, que más tarde habían de llamarse *Bra-*

zos, pues hallamos consignado que del privilegio de Ludovico Pío se dejaron tres copias en cada ciudad: una en manos del obispo, otra en poder del conde ó gobernador general, y la tercera bajo la custodia de los ciudadanos.

No se puede dar reconocimiento más marcado de las tres clases, clero, nobleza y estado llano, y aquí podría encontrarse de seguro el origen del sistema representativo en nuestro país, por poco que en ello se fijara la atención. Pero no hay necesidad de irle á buscar tan allá; que, aun descendiendo á más modernos tiempos, lo hemos de encontrar establecido de una manera inconcusa en época bastante primitiva para que pueda caberle á Cataluña la gloria de haber sido el primer estado de Europa en que la clase popular entró á formar parte de los Congresos nacionales, precediendo á Aragón, Navarra y Castilla, y mucho más aún á Inglaterra, á la cual usurpatoriamente se llama cuna de la libertad europea.

VII.

Los primeros condes que hubo en Barcelona fueron nombrados por los emperadores francos, pero eran sólo condes gobernadores, especie de caudillos militares ó generales enviados para la defensa del país. Hasta llegar á 873 no hallamos un conde soberano; pues si bien es verdad que algunos de los condes anteriores á esta época trataron de declararse independientes, ninguno lo consiguió.

Vifredo *el Velloso* fué el primer conde soberano de Barcelona en 873, y lo fué por aclamación de los catalanes, que se gobernaban por las leyes electivas del *Fuero Juzgo*. Eligióle el país por medio de un acto de soberanía nacional. Algunos historiadores pasan como por sobre ascuas al llegar á este punto; pero hay que

confesar que Vifredo fué proclamado por voto de los catalanes, es decir, por elección popular, cuando el primer rey de Aragón lo fué por elección de los caudillos ó nobles. Tenemos, pues, aquí tan antigua la independencia como la soberanía de la nación.

Como los datos de aquellos tiempos escasean, no tenemos noticias de Asambleas nacionales ó Cortes durante el gobierno de nuestro primer conde soberano; pero los tenemos fundadísimos para creer que Berenguer Ramón el *Curvo*, el cual gobernó desde 1018 hasta 1035, celebró muchas veces Cortes para arreglar los negocios del Estado. Hallamos también que este conde es el primero del que consta haber jurado las franquicias (libertades) de los barceloneses, cuyo juramento hizo sobre el altar de San Juan de la iglesia de Santa Cruz y de Santa Eulalia, de Barcelona. Existe un privilegio ó Constitución política de Ramón Berenguer el *Curvo*, por el cual asegura, así á los seglares como á los eclesiásticos, la confirmación de todas sus franquicias y heredamientos libremente, sin censo alguno, comprometiéndose por su parte los barceloneses á guardarle fidelidad y auxiliarle contra sus enemigos. ¿Fué este privilegio otorgado á consecuencia de unas Cortes? Todo induce á creerlo así. De todos modos, cuando esto no fuera, que sí debió de ser, tenemos al conde jurando pública y solemnemente guardar y hacer guardar la libertad y Constitución política del país en el año 1025.

Los que no se fijan en los datos que acabamos de dar, por ignorarlos ó pasarlos por alto, aseguran, sin embargo, que los principios de Representación nacional fueron consagrados y elevados á derecho constitucional por D. Ramón Berenguer en las *verdaderas* Cortes de Barcelona de 1068, y efectivamente es así. En estas célebres Cortes, que no fueron precisamente en 1068, sino

que, abiertas en 1069, no terminaron hasta 1071, se compiló y estableció el Código de los *Usatges*, quedando consignado de hecho y de derecho que los condes soberanos de Barcelona, y luego como tales los reyes de Aragón, no podían legislar ni formar Constitución ó Estatuto de interés general sin concurrencia de las Cortes. Los autores hacen observar que este principio se llevó hasta el punto de que, no habiendo sido llamados ó no habiendo asistido á esta legislatura los representantes de los condados de Ampurias, Besalú y Pallás, todos los antiguos jurisconsultos de Cataluña opinan que el Código de los *Usatges*, sin embargo de estar hecho en Cortes, no tenía fuerza y vigor legal en aquellos condados por la circunstancia mencionada. De aquí podemos deducir una práctica altamente liberal y un principio de doctrina eminentemente constitucional, á saber: que estaban dispensados del cumplimiento de lo acordado en Cortes aquellos estados que en ellas no tenían representación.

Han supuesto algunos que estas Cortes de Barcelona de 1069 á 1071, convocadas por Ramón Berenguer *el Viejo* para dar fuerza de ley y reducir á tal lo que ya estaba recibido como uso *(Usatge)*, no tuvo representación en el Estamento popular. Es un error. Se fijan principalmente los que tal sientan en los veintiún nombres de las personas que aparecen firmando el acta de la sanción con el conde de Barcelona y su esposa Doña Almodis. Si en este dato hubiésemos de apoyarnos, caeríamos entonces en un error mucho mayor aún, pues habríamos de suponer que sólo asistieron barones á aquellas Cortes, y que no sólo no hubo representación del Estamento popular, pero ni del eclesiástico tampoco.

En los veintiún nombres de los firmantes del acta, no aparece ningún eclesiástico, ni ninguno que, al pa-

recer, sea representante del estado llano, sin embargo de que en esto nos cabe alguna duda. Pero es preciso tener en cuenta que, como ya advierten nuestros antiguos cronistas, aquellos veintiuno fueron sólo una comisión nombrada por la Asamblea general para que recopilase los *usatges* y leyes, y los presentase después para su aprobación á las Cortes. En el preámbulo de este Código se consigna que, después de redactado por la indicada comisión, fué aprobado *laude et consilio proborum hominum.*

No puede quedar la menor duda de que el Estamento popular estaba representado en aquella Asamblea nacional, ni tampoco de que allí tuviese su representación el Estamento eclesiástico, al cual, por otra parte, se ve comenzar en Cataluña la idea del Congreso representativo. Los compiladores de los Códigos, los jurisconsultos más entendidos en las leyes catalanas, los cronistas más importantes, todos están conformes y contextes en decir que el conde D. Ramón Berenguer *el Viejo* celebró verdaderas Cortes y formó los *usatges* con intervención y consejo de los obispos, prelados y otros eclesiásticos, barones, nobles, caballeros, ciudadanos y hombres de villas.

Así, pues, cuando no se quieran encontrar, que bien se puede, los albores del sistema representativo de Cataluña en épocas anteriores, hay que hallarlos sin vacilar en las Cortes del 1069 á 1071.

VIII.

Desde 1071 no hallamos que volviesen á celebrarse Cortes en Cataluña hasta 1125, en época de D. Ramón Berenguer III *el Grande*. A estas Cortes ó Asambleas parece que no asistieron más que eclesiásticos y nobles, pero también debe advertirse que, más que Cortes, fue-

ron sólo un verdadero concilio, pues se ocuparon principalmente de cuestiones relativas á la Iglesia y al clero.

Durante la época de D. Ramón Berenguer IV llamado *el Santo*, por cuyo enlace con la reina de Aragón se unió Cataluña á este reino, sólo hallamos Cortes en 1133 y 1142, las primeras en Barcelona y en Gerona las segundas. Se trató únicamente en ellas, así en unas como en otras, del establecimiento de los Templarios en Cataluña, y tuvieron un carácter de Asambleas mixtas, entre Concilio y Cortes.

Unidos quedaron el reino de Aragón y el principado de Cataluña; pero séanos permitido decir de paso que ninguno de los dos perdió su carácter de nacion libre é independiente.

Por vez primera, á la muerte del conde de Barcelona, D. Ramón Berenger IV, hubo Cortes generales de aragoneses y catalanes en Huesca. En ellas se declaró el testamento de aquel príncipe, y se acordó que quedase regente del reino la viuda Doña Petronila, ínterin llegaba la mayor edad del príncipe D. Alfonso. A estas Cortes, que fueron celebradas en 1162, asistieron por parte de Cataluña los tres Brazos, pues consta que enviaron sus procuradores las ciudades y villas.

También asistieron los tres Brazos á otras Cortes particulares de Cataluña que se celebraron en Barcelona el año 1198, convocadas por Pedro *el Católico*, y si bien no consta que la clase popular tuviese representación en las que se reunieron el año 1200 en la misma Barcelona, se halla probado que la tenía en las celebradas en Cervera el año 1202.

Ya desde entonces se ve al Estamento popular constante y sin interrupción en su puesto, lo propio en las Cortes reunidas en Puigcerdá, el año 1206, como en las celebradas en Barcelona y Lérida en 1210. Es, pues,

una equivocación la que se ha sentado al decir por algún historiador, respetable y digno de crédito por otra parte, que á D. Jaime I *el Conquistador* se debe indudablemente el otorgamiento definitivo del derecho de acudir á las Cortes la clase popular. Se ha dicho que antes de su reinado el derecho vacila, y no es así, pues vemos al tercer estado concurrir á todas las legislaturas celebradas, quedando sólo en duda si asistió á las Cortes de Barcelona en 1200. No está probado que á éstas asistiera, pero tampoco consta que dejara de concurrir.

En las Cortes que se reunieron en Lérida el año 1214 para proclamar rey á D. Jaime *el Conquistador*, asistieron diez síndicos de cada una de las ciudades, villas y lugares principales, con poderes bastantes para consentir y aprobar lo que se acordase, y en todas las legislaturas convocadas por aquel gran monarca aragonés el pueblo fué siempre llamado á ocupar su puesto.

Aunque el pueblo catalán tenía ya reconocido por inmemorial y continuada costumbre el derecho de representación, á que siempre fué llamado, con rarísimas excepciones, desde las Cortes de 1071, no quedó, sin embargo, totalmente sancionado hasta las Cortes de Barcelona de 1283, reunidas por Pedro *el Grande*. En ellas dió el monarca su sanción á los capítulos presentados, alguno de los cuales tenía un carácter tan esencialmente político, que fueron, por decírlo así, la base de la Constitución catalana y la consagración del régimen liberal que vigente estuvo en Cataluña hasta la sangrienta guerra de sucesión á principios del siglo pasado. Estaba ya anteriormente reconocido el derecho de las Cortes á legislar con el rey; era tradicional é inconcuso en el estado llano el derecho á formar parte de las Cortes; pero este derecho no se ve sancionado por ley paccionada hasta 1283, y de esta época arrancan las

primeras leyes conocidas sobre el sistema representativo catalán.

IX.

Fueron importantes bajo muchos conceptos las Cortes de 1283. Ya D. Jaime *el Conquistador* en 1228 había convenido en partir el poder legislativo con la nación, estableciendo que tenían derecho á concurrir á las Cortes los ciudadanos y hombres de villa, y cuantas personas por su posición social eran merecedoras de figurar en el Cuerpo representativo; pero en la legislatura de 1283, presidida por Pedro *el Grande*, se estableció: que en lo sucesivo sería necesario el consentimiento de los prelados, barones, caballeros y ciudadanos de Cataluña, ó de la mayor parte de ellos, llamados á Cortes, para hacer constituciones ó estatutos generales; que las leyes de Cataluña fuesen paccionadas y tuviesen fuerza de contrato, es decir, que el rey no pudiese hacer ni derogar ninguna sin concurso y aún autorización de las Cortes; y que éstas debían ser convocadas todos los años dentro de Cataluña en la época que mejor le pareciese, no impidiéndolo alguna justa causa.

Como esta última disposición fué infringida por el rey á poco de aprobada, en las Cortes de Barcelona de 1291 se reiteró la ley de 1283, pero haciendo obligatoria la reunión anual, y no permitiendo al rey alegar causa alguna que evitase la congregación de los tres Brazos, dejándosele, sin embargo, la facultad de elegir la población donde deberían celebrarse. No tardó, empero, en conocerse que esta facultad podría tener graves inconvenientes, y en las Cortes de 1299 en Barcelona se acordó que la apertura de la Asamblea legislativa se verificase todos los años en un día señalado, debiéndose reunir las Cortes en Barcelona ó

en Lérida alternativamente, á no ser que el rey creyese conveniente elegir otro punto, en cuyo caso debía señalarlo y anunciarlo con dos meses de anticipación, advirtiendo que si el monarca estaba ausente ó enfermo, ó las Cortes no podían celebrarse por cualquier otro obstáculo, deberían precisamente reunirse á los treinta días después de haber aquél desaparecido.

Los tres Brazos que componían las Cortes catalanas se intitulaban más técnicamente *Estamentos*, eclesiástico, militar y real, y sólo tomaban el nombre de *Brazos* cuando, despues de convocados, hablaban ya en las sesiones y deliberaban. En los tres Estamentos se comprendían indistintamente nobles y plebeyos.

El Brazo eclesiástico lo componían su presidente nato el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Lérida, Gerona, Vich, Tortosa, Urgel, Solsona y Elna (en el Rosellón), los síndicos de los cabildos de las catedrales, el Castellan de Amposta, el prior de Cataluña, los comendadores de las órdenes militares y los abades y superiores de los monasterios.

El Brazo militar ó sea el noble, lo componían todos los nobles de Cataluña, desde el duque de Cardona, presidente de Brazo, hasta el último hombre de *paratje*. Formaban parte del mismo los extranjeros si poseían feudos ó jurisdicciones territoriales en el Principado, y los ciudadanos, así nobles como plebeyos, ya fuesen comerciantes ó simples artesanos que poseían tierras jurisdiccionales.

El Brazo real ó popular lo formaban las ciudades todas del Principado y las villas de realengo, teniendo la presidencia Barcelona. Todas, así ciudades como villas, enviaban sus respectivos diputados con el nombre de síndicos. Barcelona enviaba cinco por lo regular, pero no tenía sino un solo voto, como las demás.

Las Cortes eran nulas si se excluía de ellas algún Brazo.

Las Cortes eran convocadas para tratar del estado y reformas hacederas en el país, y para establecer las necesarias y convenientes á la custodia, gobierno y quietud de la nación.

Todos los que tenían derecho de asistencia á las Cortes podían presentarse y exigir su admisión, aun cuando por descuido ó por malicia no hubiesen sido préviamente llamados por cartas reales.

Por lo que toca á los procuradores, síndicos ó diputados de las ciudades y villas, eran especialmente elegidos á cada nueva convocatoria de Cortes. La noticia más antigua que hemos podido hallar relativa á esta eleccion es de Diciembre de 1347. En el manuscrito titulado *Rúbrica de Bruniquer*, que se custodia en el archivo de las casas consistoriales de Barcelona, consta que el lunes 4 de los idus de Diciembre del año citado, los concelleres y Consejo de Ciento, reunidos en la plaza del Palacio Real con muchos jurados y muchos de los otros ciudadanos y habitantes de Barcelona, eligieron síndicos á dos de los concelleres y á seis otros ciudadanos para concurrir á las Cortes que el rey había convocado. Después de esta noticia, á cada paso se encuentran en la citada *Rúbrica* notas referentes á elección de los síndicos de Cortes, elección que siempre consta hecha en público, en la plaza y escaleras del Palacio Real, y siempre *según la forma acostumbrada*. También consta que á los pocos días de su elección, los síndicos debían presentarse á jurar en la plaza pública, delante del pueblo congregado para el acto.

Se ve, pues, por estas noticias, que los representantes del pueblo eran verdaderamente tales y elegidos por voto libre y espontáneo de sus representados.

X.

Para ser diputado ó síndico, es decir, para ser elegible, no se necesitaban más condiciones que ser catalán, vecino de la población que lo elegía, y estar habilitado para formar parte de la corporación municipal; de manera que con estas condiciones la prole de los *cuneros*, hoy tan fecunda y tan fatal para el país, no podía existir en Cataluña.

En el siglo XV los diputados cobraban honorarios, á razón de treinta sueldos por día, según consta en esta noticia que traducimos al pie de la letra de la *Rúbrica.*

«A 12 de Enero de 1420, Ramón de Plá, uno de los síndicos, hizo recibo de 351 libras catalanas por sus salarios de 234 días, á razón de 30 sueldos por día, según es costumbre dar á los síndicos de Cortes *extracivitatem.*»

Los diputados de las antiguas Cortes catalanas pueden presentarse como dechado y ejemplo de patriotismo, de lealtad, de amor al trono y al pueblo, de hidalguía, de rectas intenciones, de cuantas virtudes son necesarias á los legítimos representantes del país, que sólo por amor á él se presentaban en los escaños del Congreso á hacer oir su autorizada y desinteresada voz. ¡Infeliz por otra parte el diputado que no cumplía como bueno y leal, ó que se manifestaba indiferente á los intereses del país! Escarnio de sus conciudadanos, blanco de sus tiros, se veía precisado á abandonar la ciudad.

Antes de ir á las Cortes los diputados, prestaban el juramento solemne de no admitir empleos ni honores para ellos ni para los suyos, no sólo durante el tiempo de su mandato, sino hasta cinco años después de haber cesado en sus funciones. La diputación ó *General*

de Cataluña, cuerpo casi soberano entonces, era el centinela avanzado del país, y ante este tribunal eran residenciados los síndicos al volver de las Cortes, á fin de que, durante cierto número de días, pudiesen los electores hacerles todos los cargos que quisieran respecto al buen ó mal desempeño de su elevado cometido. El país era inexorable para con un diputado traidor ó vendido. Probado el cohecho, se le borraba de la lista de los ciudadanos honrados y quedaba inhabilitado para toda clase de empleos y honores.

Recordamos haber leído que una vez, en tiempo del emperador Carlos I, este monarca regaló una pieza de rico brocado á un representante de Cataluña que había ido á tomar asiento en las Cortes de Monzón. El diputado catalán, que había prestado solemne juramento de no aceptar dádivas ni empleos, se halló entonces en un verdadero compromiso de delicadeza, pues ni podía faltar á lo que tan solemnemente había jurado, ni quería dar un desaire al emperador. En este apuro, aceptó la pieza de brocado que le ofrecía el rey, pero fué para regalarla á uno de los templos de Barcelona, á fin de que se destinase al uso y servicio de una de las santas imágenes veneradas por los catalanes.

En otra ocasión, en tiempo de Felipe II, los diputados catalanes que se hallaban en las Cortes de Monzón accedieron á que el monarca suspendiese las Cortes á causa de haberse declarado la peste en dicha villa: pero al regresar á esta ciudad fueron públicamente degradados por haber tenido miedo á la peste, y por haber dado su consentimiento á que el rey suspendiese las Cortes antes de haber contestado á ciertas quejas del país.

Ejemplos como estos abundan en los anales de nuestra historia, y prueban cuán alto rayaba el patriotismo de nuestros mayores y cuán arraigadas estaban en nuestro suelo las verdaderas prácticas constitucionales.

Los altos funcionarios y empleados, como gobernador general, senescal, almirante, etc., estaban absolutamente excluídos de las Cortes, siendo las únicas imcompatibilidades que había. Al contrario de lo que hoy sucede, nuestros antiguos políticos creían deber alejar de las Cortes á los altos funcionarios que podían falsear la representación, seduciendo, oprimiendo, vejando ó influyendo malamente.

Los diputados de Barcelona tenían un Consejo con el cual conferenciaban y se ponían de acuerdo para cualquier caso grave, dificultoso ó delicado. Llamábase este Consejo la veinticuatrena de Cortes, por formarse de 24 ciudadanos, que eran elegidos al propio tiempo que los diputados, solamente para dar á éstos el consejo y apoyo de sus luces é influencia. Venía á ser en cierto modo la veinticuatrena de Cortes, lo que modernamente han sido los comités políticos para los representados de cada partido.

XI.

Abríanse las Cortes el día señalado con la que entonces se llamaba «proposición del rey,» y hoy se llama discurso de la Corona. En esta proposición ó discurso, el monarca hablaba de los motivos que le habían precisado á convocar las Cortes, de lo que esperaba de ellas y de los asuntos generales del reino, contestándole por lo regular el arzobispo de Tarragona con palabras de mera cortesía.

Sucedió una vez que Juan II celebraba una solemne apertura de Cortes en Barcelona, y por ley ó capítulo de corte estaba terminantemente prohibido, á cualquiera que fuese, hallarse en el estrado que sustentaba el trono y al nivel del rey, mientras que éste pronunciaba el discurso con el cual abría la legislatura. En tanto

que Juan II pronunció este dissurso, su nieto, hijo del conde de Foix, é infante de Navarra, estaba junto al trono del rey, su abuelo. Terminado el discurso, la Asamblea guardó silencio, y en vano esperaba Juan II la respuesta, que, según uso, debía dar el arzobispo de Tarragona á la proposición real. Era que se había decidido no contestar mientras el infante continuase en el puesto que contra la ley ocupaba. Esta decisión fué comunicada en voz baja al vice-canciller, pero en términos generales, como eran los de que *no podía darse contestación mientras hubiese junto al trono personas que no debían estar*. Encargado de transmitir esta respuesta al rey, el vice-canciller cumplió con su encargo; pero el rey le volvió á enviar á la Asamblea para hacer observar que la presencia de un niño era sin consecuencia, y que no debía dilatar por lo mismo su respuesta. Á pesar de la opinión del rey, las Cortes persistieron en su silencio, y Juan II, cediendo ante una insistencia protegida por la ley, dió orden al infante para que abandonara el sitio.

Entonces se levantó el prelado, y contestó al discurso del rey diciendo que las Cortes harían lo que más conforme estuviese con el servicio de Dios y la salud del reino.

En todas las circunstancias, como en ésta, hallamos la prueba de los sentimientos íntimos, de los sentimientos patrióticos y nacionales que animaban á nuestras antiguas Cortes y á nuestros antiguos ciudadanos. Se ve á éstos siempre respetuosos para con el rey, siempre adictos, pero inspirándose en la susceptibilidad más leve respecto á sus relaciones con el poder soberano, é inflexibles con respecto á lo que imperiosamente les exigían su posición en el Estado y las prerrogativas anexas á uno de los grandes poderes nacionales, á la representación del pueblo que les había confiado la elevada mi-

sión de defender sus derechos y franquicias, y depositado entre sus manos una parte de su soberanía al confiarles el poder de hacer sus leyes.

La primera sesión de las Cortes se reducía al discurso del rey y á la contestación de la Cámara.

En la segunda, quedaban nombradas las diez y ocho personas, nueve por la parte del rey y otras nueve por la parte de los Brazos, que debían formar lo que hoy se llama la Comisión de actas. Estas diez y ocho personas, con el nombre de *habilitadores*, examinaban las circunstancias legales de los diputados y los poderes que traían, para ver si estaban en regla y dar su dictamen.

Constituída ya la Asamblea, elegía el rey á las personas que en su nombre y representación habían de entenderse con ella, y á éstas se daba la denominación de *tratadores del rey*.

Los Brazos no deliberaban en común, sino cada uno separadamante; pero al objeto de entenderse entre sí, cada Estamento nombraba seis *tratadores de Brazos*, y reunidos los diez y ocho, conferenciaban y se ponían de acuerdo, llevando luego los asuntos á la discusión de sus respectivos Brazos. En éstos, despues de amplia discusión, se tomaban los acuerdos por mayoría absoluta, excepto en el Brazo militar, donde era necesaria unanimidad de votos para que hubiese decisión, pues el disenso de un solo individuo paraba el Brazo.

Aprobadas por los Brazos las proposiciones de los tratadores, se llevaban á la reunión general de los mismos, y como estaban ya previamente aprobadas por cada uno en particular y se habían ámpliamente discutido, poco lugar ofrecían al debate en la Asamblea general, con tanto mayor motivo, cuanto que llevaban también la aprobación de los *tratadores del rey*. Para su sanción y definitiva aprobación se aguardaba á celebrar

su última sesión, que era llamada *del solio*, donde el rey juraba todo lo hecho y legislado, no disolviéndose jamás las Cortes hasta que por parte del monarca, y con toda religiosa pompa y pública solemnidad se había prestado este juramento.

XII.

Dos circunstancias muy importantes y muy notables hay que hacer observar, tratándose de las Cortes catalanas.

La primera, que hasta después de haber terminado todo lo que debían tratar las Cortes, y hasta después de haber prestado el rey el juramento de guardar y hacer guardar las Constituciones hechas y demás acuerdos y actos de Cortes, no se le otorgaba el servicio ó donativo, que en los primeros tiempos nunca fué pecuniario por cierto, consistiendo sólo en gente armada sostenida á costa del Principado.

La segunda, que el subsidio no era nunca votado por las Cortes, como el rey no desagraviase antes al país, á cualquiera de los tres Brazos ofendidos ó á los simples particulares, de las injusticias, desafueros ó arbitrariedades que él ó sus oficiales hubiesen podido cometer desde la legislatura anterior.

Sobre este punto fueron siempre inexorables los catalanes.

En 1264 se negó al rey D. Jaime *el Conquistador* el auxilio que pedía contra los moros, mientras no satisfaciese los agravios que se reclamaban de arbitrariedades cometidas por él y sus oficiales en el país.

A D. Pedro *el Grande* le negaron las Cortes el auxilio que pedía para la guerra, si antes no retiraba ciertas órdenes que había dado contrarias á lo prevenido en las Constituciones.

En tiempo de Alfonso, el conquistador de Nápoles, las Cortes se negaron á servir á este rey con el subsidio que demandaba, si antes no venía de Nápoles á responder de ciertos cargos que se le hacían, y aun acordaron que el subsidio no le fuese dado hasta seis meses después de su regreso y de haber satisfecho los agravios para ver si sus ofrecimientos eran cumplidos.

En 1396, el Parlamento que celebró la reina en Barcelona pasó á hacer algunos actos de consideración, sin intervenir los síndicos de Barcelona, quienes, por causas especiales, no se habían presentado aún á tomar asiento en el Congreso. Diéronse por agraviados los diputados barceloneses, y se deliberó que no se presentasen en el Parlamento ínterin aquellos actos no fuesen revocados, como así tuvo que hacerse en 16 de Diciembre de dicho año, pasando entonces á ocupar su puesto los diputados (*Bruniquer*, tomo II, pág. 289).

En 1437, la veinticuatrena de Cortes deliberó y dió instrucciones á los diputados para que no permitiesen que se procediese á hacer ningún acto de Cortes, como antes no fuese reparado un agravio que había recibido de parte del gobernador de la ciudad de Gerona (*Bruniquer*, lugar citado).

Los anales parlamentarios de nuestro país están llenos de casos de esta índole, y consta en diversos é importantes casos la firmeza con que en este punto obraron siempre las Cortes catalanas.

El derecho de quejarse y ser desagraviado, no se limitaba á los Brazos ó diputados. Cualquier catalán, aun de la condición más humilde, tenía derecho de acudir en queja ó *greuje* á las Cortes pidiendo remedio y justicia contra la autoridad, oficial ó empleado que le hubiese ofendido arbitrariamente, aun cuando fuese el mismo rey (*Encara sia lo senyor Rey*).

Por lo mismo, todas las legislaturas comenzaban por

nombrar una Comisión, que era llamada de *Jueces de greujes*, la cual se acostumbraba componer de diez y ocho personas, elegidas la mitad por el rey y la otra mitad por las Cortes; esta Comisión tenía á su cargo dar informes sobre cuantas quejas se presentaban.

En cuanto se reunían las Cortes, quedaban destituídos todos los empleados reales existentes en Cataluña hasta que, sujetos á un juicio de residencia celebrado por los comisionados de veguería nombrados por las mismas Cortes de legislatura á legislatura, fuesen absueltos de su conducta oficial en el desempeño de los destinos.

«Unas Cortes, ha dicho un ilustre contemporáneo, con verdadera iniciativa en todos los ramos de la legislación y del gobierno, que principiaban sus tareas por residenciar al monarca y á todos sus delegados en cuantos actos suyos se denunciaban como contrafuero, pidiendo su remedio y reparación, y que terminaban por revocar los servicios otorgados á la Corona (si las licenciaba antes de llegar el término de sus trabajos legislativos), ó por anular todo lo hecho por ellas mismas si negaba la regia sanción á sus proyectos de ley, reunían dentro de sí más elementos de estabilidad y de supremacía parlamentaria que todas las que en España se han conocido en el siglo que corremos.»

Conforme observa otro autor, las disposiciones legales de las Cortes con el rey se calificaban de constituciones y actos ó capítulos de Cortes. El jurisconsulto catalán Ripoll diferencia la Constitución del acto de Cortes, diciendo «que la Constitución se hacía por el rey y los tres Brazos juntamente, usándose la fórmula *Statuimus et ordinamus*, mientras que los actos ó capítulos eran peticiones que elevaban uno ó dos Brazos separadamente al rey sobre intereses particulares del Brazo.» La fórmula de esta concesión era: *Plau al senyor Rey* (Place al señor rey).

Las constituciones se consideraban como leyes paccionadas, y todos los antiguos jurisconsultos están conformes en darles esta fuerza y vigor; y como una de las principales precauciones para no bastardear el texto y espíritu de las leyes es su interpretación auténtica, las Cortes catalanas no quisieron que esto fuese facultad del rey, sino que se apropiaron esta interpretación considerándose como autoras de las leyes, y acordaron que esta importante atribución debía residir en los Brazos, pero oyendo para las interpretaciones á una comisión de jurisconsultos.

XIII.

Las Cortes no podían celebrarse en pueblo de menos de 200 casas, ni en lugar alguno que fuese casa de rey ó tuviese fuerza armada.

En la *Rúbrica de Bruniquer* se lee: «En 24 de Marzo de 1450, queriendo la reina celebrar las Cortes en el castillo de Perpiñán, los concelleres escriben á los síndicos que disientan por ser casa de rey, y á 26 les escriben ejemplares, y á 28 escriben que cuando el rey esté indispuesto, recibida información de médicos continuada en los actos de la corte, van los Estamentos con protesta allí donde está el rey á celebrar el acto, y de otra manera el rey debe ir al apartamento de los Estamentos.»

Con motivo de esto, dice un autor, muy entendido por cierto en todo lo que se roza con el parlamentarismo antiguo: «En cuanto á las relaciones oficiales entre el rey y las Cortes, éstas llevaban siempre ventaja; porque si bien agotaban las muestras de política y cortesanía cuando se hallaba presente, es lo cierto que nunca, ni en corporación ni en comisión, se presentaban en el palacio del rey. Éste iba para todo en persona á las

Cortes: son muy contadas las veces que éstas se presentaban en palacio, y sólo en ocasiones tan críticas y solemnes como cuando, muriéndose el rey D. Martín sin sucesión ni testamento, quisieron oir de su boca el nombre del sucesor para evitar una guerra civil.»

Las Cortes llevaban esto tan al extremo, que ni siquiera permitían que la sanción de las leyes y capítulos de corte fuese otorgada en el palacio real, sino en el seno de aquéllas. Así es que habiendo sucedido una vez, durante la legislatura de Barcelona de 1599, que las circunstancias del momento hiciesen de suma urgencia la sanción de un capítulo de Cortes, se obligo á Felipe III á levantarse de su cama á las doce de la noche para trasladarse al convento de San Francisco, donde las Cortes celebraban sus sesiones, al objeto de sancionar y jurar aquel capítulo.

De grande importancia, de suma transcendencia y de vital interés para el parlamentarismo era un privilegio ó facultad de las Cortes catalanas. Había obligación de considerarlas reunidas y con facultad de deliberar y tomar acuerdos hasta seis horas después de disueltas por el rey. Á nadie puede ocultarse la transcendencia de este derecho de prórroga, altamente favorable para la causa del constitucionalismo, y sabido es que de él usaron las Cortes de Lérida en 1460 para intentar la libertad del príncipe de Viana.

El poderío é influjo de este Cuerpo legislativo llegó á rayar tan alto, y tan respetado se vió, que fué la admiración de las naciones extranjeras y dió fama merecida á Cataluña, que era reconocida do quiera como suelo clásico de parlamentarismo y sistema constitucional.

En Cataluña no existía la fórmula aragonesa de *si non, non;* pero venía á ser lo mismo. Los condes-reyes no eran reconocidos y admitidos como tales, hasta que habían prestado solemne y público juramento á las cons-

tituciones y libertades del país. No se olvidaban jamás los catalanes de exigir la solemnidad del juramento si por cualquier incidente el conde-rey la retardaba; y llevaron su suspicacia política hasta tal extremo, que á Don Fernando *el de Antequera*, el rey aclamado por sentencia de los jueces de Caspe, se le obligó á prestarlo hasta cuatro veces antes que ellos prestasen el suyo de fidelidad.

Un autor del siglo XVII ha escrito: «Era la ley perpetua que los condes de Barcelona fuesen tenidos á jurar, tener y guardar todas las leyes de la tierra, ordenanzas de la corte, estatutos y privilegios, así generales como particulares, y esto antes que los súbditos les presten ó den obediencia, juramento de fidelidad, pleito y homenaje. En tanto que si antes que la real majestad haya jurado, algunos de los súbditos le prestaron el juramento de fidelidad, fuera nulo, se tendría por no hecho y de ningún valor.»

Ya en otra obra ha dicho el autor de estas líneas que la libertad, la cual, por espacio de siglos, tuvo un templo en Cataluña, estaba asegurada contra cualquier ataque; pues los buenos patricios, mirando en ella el elemento de prosperidad, el porvenir, el bienestar, en una palabra, el alma del país, habían tenido buen cuidado de tomar las medidas para que fuese indestructible y para que no pudiese atreverse á ella ninguna clase de anarquía: ni la del rey, que es la tiranía; ni la de los nobles, que es la oligarquía; ni la del clero, que es la teocracia; ni la del pueblo, que es la licencia.

XIV.

Le estaba expresa y terminantemente prohibido al rey, por las Cortes, el otorgar privilegios generales ni

especiales en contra de lo dispuesto por las mismas, y acostumbraba renovarse esta prohibición en cada legislatura.

Los diputados ó representantes del país tomaban á su cargo el vigilar que las disposiciones y acuerdos de las Cortes se observasen y no fuesen quebrantadas ni por el rey ni por sus oficiales. Al efecto, en cada legislatura se nombraban comisiones que, discurriendo por las veguerías (lo que hoy llamamos distritos), investigaran é informasen si eran cumplidos los acuerdos tomados por la Asamblea nacional.

Un autor ya citado, el Sr. Manrique, hace observar que en varias leyes de nuestras Cortes se ha establecido el juicio por jurados, sobre cuya conveniencia, inconveniencia ó posibilidad tanto se discute hoy y se disputa.

Finalmente, estudiando la historia de nuestras antiguas Cortes, constituciones, legislación y libertades, se encontrarán reconocidos, respetados y aclimatados en Cataluña muchos derechos y muchas libertades, que sólo á costa de mucha sangre y de muchos sacrificios hemos logrado volver á conquistar en tiempo moderno.

No hablemos ya del derecho de petición, reunión y asociación, que eran tan latos como permitían las circunstancias y costumbres políticas de aquellos tiempos; en cuanto á la libertad de imprenta, folletos políticos se imprimían entonces cuya reproducción no ha sido hasta ahora permitida; en cuanto á la libertad de enseñanza, bastará decir que cualquiera tenía derecho á abrir cátedras; y en cuanto á tolerancia religiosa, recordar que en las Cortes de 1283 se confirmaron todos los privilegios, franquezas y libertades que tuviesen los judíos y sarracenos en cada lugar de Cataluña, permitiéndoles el ejercicio público de su culto. Ya antes de 1268, por medio de un documento que el autor de estas líneas ha trasladado en otra obra, D. Jaime el *Conquis-*

tador otorgó varias gracias á las aljamas de judíos, permitiéndoles conservar, adornar y énsanchar sus sinagogas, tener cementerios particulares y dejarles en libertad de oir los sermones de los frailes, comprometiéndose por sí y por sus sucesores á no hacer innovación alguna en aquellas disposiciones sin que previamente fuesen oídos y juzgados conforme á derecho.

Para completar las ideas que brevemente nos hemos comprometido á dar en estos escritos, sobre lo relativo á las Cortes catalanas, debemos consignar que los diputados eran inviolables. «Nunca falta en los príncipes la ambición de aumentar su hacienda, decían nuestros antiguos; nunca debe dejar de ser la ley el freno de ambición tan nociva; nunca les faltan tampoco aduladores que son enemigos de las libertades públicas, y nunca á éstos se les debe dejar ocasión de servir exclusivamente al príncipe en daño del Estado; nunca, pues, deben faltar vengadores de la libertad; y para que éstos no falten, es menester que sean inviolables, siendo de advertir que esta inviolabilidad no es en beneficio de tales ó cuales diputados, sino en beneficio del mismo Estado.»

No ha existido jamás ningún país en que tan terminantemente consignado y reconocido estuviese el derecho de la soberanía nacional. Si alguna vez, que pocas fueron, en la época del constitucionalismo catalán el monarca quebrantaba su solemne juramento de guardar y hacer guardar las leyes, faltando de este modo al pacto, las Cortes, si no bastaban las respetuosas y repetidas súplicas y manifestaciones que hacían para volver al buen camino al extraviado príncipe, no vacilaban entonces en ponerse á la cabeza del país, en aclamar á otro por conde de Barcelona, y en jurarle fidelidad después de haber él jurado las leyes, constituciones y libertades.

Así sucedió en tiempo de D. Juan II, de Felipe IV y de Felipe V. En nombre del pueblo catalán se desposeyó del trono á estos tres príncipes, como conculcadores de las leyes y violadores de las patrias libertades; y si bien es verdad que sucumbió las tres veces Cataluña, y si bien lo es que los tres monarcas volvieron á ocupar el trono, del que se les había arrojado en nombre de la patria, también lo es que sólo fué después de una larga, cruda y sangrienta guerra, durante la cual los catalanes supieron demostrar á cuánto llegaban su valor, su entereza y su amor á la libertad y á la patria.

El cronista Pujades dice en su *Crónica de Cataluña*, y con esta frase podemos dar por terminados nuestros artículos: «El servir de los catalanes se puede decir que no es servir, sino co-reinar.»

HISTORIA DE CATALUÑA

EL CASTILLO

Y LOS CABALLEROS DE EGARA.

EL CASTILLO

Y LOS CABALLEROS DE EGARA.

I.

La historia debe importantes resultados á los estudios de la crítica moderna. Ninguna duda puede caberle al historiador, de que Tarrasa fué la antigua y famosísima Egara, siendo quizá la misma que Ptolomeo llama Egosa, y la que, sin duda por error ó equivocación de los copiantes, se ha llamado en diferentes escrituras Egra, Exara, Exabra y Exatera.

La existencia de Egara de todos era sabida. Nadie ignoraba que había existido una Egara, á la que Roma pagana había hecho municipio y Roma cristiana sede episcopal; pero discordes andaban los autores en señalar el sitio donde un día se levantara: así es que mientras unos la ponían en Narbona, otros la situaban en Berga, y otros, finalmente, en Egea de los Caballeros. Nuestro celoso y docto cronista D. Jerónimo Pujades fué quizá el primero que, sacando á luz el irrecusable testimonio de las piedras escritas, probó, por medio de la traducción de unas inscripciones halladas en ciertas lápidas, que Egara había existido en el sitio donde hoy se levanta San Pedro de Tarrasa. Vinieron detrás de él á robustecer esta opinión, con el peso de su autoridad, los Flórez, los Masdeu, los Finestres y los Amat.

Ninguna duda queda ya del lugar en que se hallaba situada Egara; pero si bien los citados autores anduvieron afortunados en demostrar esto de un modo patente, no les sucedió lo propio en averiguar su origen, vicisitudes y ruína. Su historia yace oculta en el seno de las tinieblas amontonadas por los siglos bárbaros. ¿Quién la fundó? ¿Quién la destruyó? Se ignora completamente.

Pujades colige, de una carta de venta correspondiente al año 978, que esta ciudad no fué asolada en la general pérdida de España, cuando la venida de los moros, y cree que debió conservarse, dándose á partido como Barcelona. Sin embargo, las tradiciones están contextes en citar aquella época como la de la destrucción de Egara. Así lo asegura, entre otros, el autor de unos Anales manuscritos que hemos tenido ocasión de hojear [1]. Para este autor no queda duda alguna que los moros, en la pérdida de España, después de asolada Tarragona, pasaron adelante conquistando otros pueblos hasta llegar á la ciudad de Egara donde hallaron tan fuerte defensa y resistencia de los naturales, que antes que entregarse prefirieron, cual otros saguntinos, perecer entre los escombros y ruínas de su ciudad nativa. Destruída hubo de quedar entonces la población, salvándose sólo su fortísimo é inexpugnable castillo, como luego veremos, y desde aquel momento lo que era Egara arrasada se llamó *Terra rasa*, de donde tomaron el nombre de Terrasa ó Tarrasa las dos villas modernas que hoy se levantan en Cataluña en el sitio ocupado un día por la floreciente Egara.

1 *Memoria de la antigua ciudad de Egara*, situada en Cataluña, en el lugar donde lo está la villa de Tarrasa, con otras varias noticias pertenecientes á la historia eclesiástica y á la del reino de España, y muy particularmente á Cataluña, por D. José Ignacio Rodó. Este manuscrito se halla en poder del Sr. D. Miguel Vinyals, en la actualidad diputado provincial por el partido de Tarrasa.

Y que era rica y opulenta ciudad la de Egara, no cabe duda por las memorias que de ella se conservan. Florecía muchos años antes de la venida de Jesucristo, existiendo ya en tiempo de los fenicios, según parece, de quienes heredaron sus naturales la industria en la fabricación de sus manufacturas. Fué capital en tiempo de los cartagineses, y municipio en la época de la dominación romana.

Su posición, en medio de un suelo poco fértil, parecía destinarla únicamente para la industria y fabricación; así es que, desde tiempos antiquísimos, sus moradores se dedicaban con preferencia á la industria de lanería, habiendo sido siempre muy celebrados sus artefactos.

A esto pudo muy bien contribuir la protección que le dispensaron los emperadores romanos. Sus productos eran tenidos en grande estima y exportados á las costas de Francia y de Italia, especialmente á Roma y á Sicilia, donde los nobles se preciaban de vestir sus manufacturas.

Algunas lápidas que de la época romana se conservan, prueban la importancia y esplendor de la antigua población.

Pero lo cierto es que reina una lamentable oscuridad en lo que atañe á la historia militar y política de Egara. Sólo tenemos alguna mayor luz tocante á su historia eclesiástica. En tiempo de los godos fué silla episcopal, y no cabe la menor duda que su iglesia catedral estaba donde hoy se hallan las tres iglesias de San Pedro, Santa María y San Miguel, las cuales se edificaron de las ruínas de aquélla.

Se sabe haberse celebrado en su recinto un Concilio el año 614. Este Concilio, que parece fué nacional, confirmó las decisiones del de Huesca, celebrado en 598, donde se establecieron dos cánones, uno de los cuales

era que los sacerdotes, diáconos y subdiáconos guardasen el celibato, y el otro, que todos los años se celebrasen sínodos. Fué presidido este Concilio por el metropolitano Eusebio, y asistieron, entre otros obispos, los de Barcelona, Zaragoza, Gerona y Calahorra.

A fuerza de grandes trabajos de investigación, gracias, sobre todo, á un importante manuscrito que existía en el convento de padres Recoletos de Tarrasa, se ha logrado saber que ya en 313 había obispo en Egara, y que fueron 25 los que ocuparon sucesivamente la sede, desde dicha época hasta 684, por el orden siguiente:

Terentius, 313; Literinus, 350; Joannes, 393; Celius, 420; Irineo, 465; Faticlus, 472; Félix, 503; Nebridius, 512; Taurus, 523; Nebridius II, 538; Félix II, 563; Joannes II, 586; Sofronio, 589; Ligridio, 589; Petrus, 597; Ilergio, 599; Celius II, 613; Eugenio, 633; Deodatus, 633; Godon, 643; Bacaudus, 650; Secua, 655; Vicente, 655; Juxtus, 670; Joannes III, 684.

No habiendo memoria de más obispos desde 693, en que acabó Juan III, hasta 928, en que fué electo San Julio, benedictino de Monserrat, se cree que hubo de ser extinguida la Sede por la irrupción de los moros, acaecida á principios del siglo VIII.

Queda ya dicho que la tradición supone que la ciudad de Egara fué destruída por los moros, después de haber opuesto sus naturales una vigorosa resistencia á aquellos invasores. Hasta fija la tradición el año de su ruína, poniéndola en el de 714, según unas memorias manuscritas del Dr. D. Segismundo Font y Parés, de las cuales se nos ha facilitado copia. Pero si los moros acabaron con la ciudad de Egara hasta dejarla arrasada *(terra rasa)*, no sucedió lo propio con el castillo, fortísimo almenar, baluarte inexpugnable, donde se refugiaron los héroes de la independencia catalana, conforme vamos á ver.

II.

Apoderados de Cataluña los moros, muchos habitantes se doblegaron al yugo de los invasores á fin de no abandonar sus hogares, mientras que otros muchos, templado su corazón en el fuego del patriotismo, corrieron á refugiarse en los Pirineos con sus mujeres, sus hijos y sus tesoros, para esperar la aurora de un porvenir mejor, y criar allí á sus hijos, educándoles en el triple culto de amor á la religión del Crucificado, de amor á la tierra de sus padres y de odio á los invasores de su tierra. Los grandes valles de Cerdaña, Aran, Andorra y Pallás, llenos de espesos bosques, de fragosas cavidades, de ignoradas cuevas y de ásperas quebradas, ofrecieron un asilo seguro á los proscritos. Refugiados allí, como los aragoneses en Uruel y en Covadonga los astures, fortaleciendo su espíritu con el aire de libertad que se respira en las montañas, robusteciendo sus miembros con las fatigas, las necesidades y los rebatos, esperaron á que llegase el día en que poder arrojarse de pronto sobre aquellos hombres de extraña patria, de extraña religión y de extraños usos, que habían invadido su país.

Los naturales de Egara y de sus inmediaciones, no tuvieron necesidad de ir á ampararse de los Pirineos. El vasto castillo de Egara les ofreció á todos un asilo seguro. Allí se refugiaron también con sus mujeres, sus hijos y sus tesoros, los que hasta el último trance defendieron la ciudad, y muchos habitantes del Vallés y de los pueblos vecinos, arrojados de sus casas por los invasores. De Egara y de los Pirineos debía partir á un tiempo el primer grito de patria é independencia.

La tradición da el nombre de *los caballeros de Egara* á los catalanes que en aquel castillo se hicieron fuertes

y temidos, consiguiendo que jamás dejase de ondear el pendón de la cruz en sus almenas, y que fuese aquella fortaleza un baluarte inexpugnable, á cuyos pies se estrellaron siempre las muslímicas armas. Es fama que los bizarros caballeros de la patria, como con más propiedad debiera llamárseles, no sólo resistieron en aquel castillo cercos y asaltos, sino que dieron imprevistas acometidas contra los pueblos vecinos en que estaban los moros, metiéndose de continuo con ellos en escaramuzas, cerrándoles el paso, cogiéndoles preciosos botines y rompiendo á menudo sus huestes.

Así se mantuvieron, según tradición, por espacio de ochenta años, sucediendo los hijos á los padres, y heredando los menores la inquebrantable fe y la bélica fortaleza de sus mayores.

No faltará quien ponga en duda el mantenimiento por espacio de tantos años de una fortaleza en medio de un país ocupado casi totalmente por el enemigo; pero la misma tradición se encarga de explicarnos esto.

Varios sitios se vió obligado á sostener el castillo de Egara; pero siempre los moros, viendo impotentes sus esfuerzos, acababan por levantar el campo y retirarse á Barcelona ó á otra de sus plazas fuertes, dejando entonces ciertas épocas de respiro á los valientes egarenses, que aprovechaban aquellos momentos para reforzar sus muros y proveer la fortaleza con auxilio de las poblaciones vecinas, cuyos habitantes, al reconocer el yugo de la morisma, no habían renunciado á favorecer á sus hermanos, siempre que para ello se les presentaba ocasión.

Cuéntase que una vez el sitio puesto á Egara por los moros duró muchos meses. Ya que no era posible rendir por la fuerza á aquellos bravos, se trató de rendirles por hambre. Llegó un día en que el jefe de las fuerzas sitiadoras, creyendo que los egarenses estarían ya extenuados y desfallecidos por el hambre, les envió un par-

lamento ofreciéndoles honrosas condiciones de capitulación. Las condiciones fueron rechazadas, y el embajador moro pudo enterarse por sus propios ojos de que los almacenes estaban llenos de víveres y los establos llenos de ganados de todas clases. La abundancia reinaba en el castillo. El parlamentario no pudo menos de mostrar su asombro. Los sitiados le llevaron á la capilla del castillo, y enseñándole la imagen de la Virgen, esplendentemente rodeada de luces, le dijeron:

—No os admiréis si, después de tantos meses, se halla tan bien provisto nuestro castillo. Todo se lo debemos á la Reina de los Cielos, que está obrando para nosotros este milagro.

Sin embargo, allí no había más milagro que el del patriotismo. A fuerza de grandes trabajos y de muchas penalidades, los sitiados habían abierto una mina ó camino subterráneo que iba á salir á dos ó tres horas de distancia, en un punto completamente ignorado de los conquistadores del país. Por aquel conducto recibían las provisiones y las tropas de refresco que á veces les enviaban sus hermanos de los Pirineos, con los cuales estaban en constante comunicación.

Así cuenta la tradición que por espacio de ochenta años se fué sosteniendo el castillo. Lástima grande que la carencia total de documentos y memorias escritas haga reinar tan profunda oscuridad en los anales de aquellos tiempos. Ni sabemos los nombres de los héroes egarenses, ni cómo se gobernaba aquel pueblo allí refugiado, ni cuáles fueron sus hechos.

Sólo una cosa sabemos, y está afortunadamente confirmada por un documento auténtico que viene en apoyo de la tradición para que no pueda cabernos duda de haberse mantenido inexpugnable el castillo de Egara durante el período de la invasión muslímica.

Más de tres tercios de siglo hacía ya que imperaban

en nuestro país las armas de los musulmanes, cuando, puestos de acuerdo los catalanes de Egara ó Tarrasa con los que vivían libres en los valles pirenáicos y los que gemían cautivos en Barcelona, decidieron ponerse bajo la protección de Ludovico Pío, hijo de Carlomagno, ofreciéndose á reconocerle bajo ciertos pactos y condiciones si les ayudaba á arrojar de esta tierra á los invasores. Así consta en los preceptos de los emperadores francos, citados ya por nosotros en otra ocasión y existentes en el archivo de la catedral de Barcelona. En este documento, fuente primera de la historia catalana á datar de la época de la reconquista, la existencia de los caballeros de Egara está reconocida en aquellas palabras de *gothos sive hispanos intra Barchinonam famosi nominis civitatem vel Tarrasium castellum*, etc.

Llamado, pues, por los defensores de Egara vino Ludovico Pío, al comienzo del siglo IX, á poner su campo sobre Barcelona, pasando los bravos catalanes que se habían mantenido fuertes en Tarrasa á ayudarle en el cerco y conquista de la que debía ser muy luego corte y cuna de los condes barceloneses.

Tal fué el origen que tuvo la guerra de la reconquista y de la independencia catalana. Veamos ahora lo que hoy ha quedado de aquel castillo célebre, cuna de heróicos al par que desconocidos varones.

III.

Así en Aragón como en Asturias, grandiosos monumentos que atraen al viajero y fijan la atención del artista, indican el sitio que fué cuna de la patria independencia. En Cataluña sólo señalan este lugar unos paredones ennegrecidos que se van desmoronando. Lo que se enseña en Tarrasa al forastero como castillo de Egara no es más que un resto escuálido, imperfecto y re-

mendado de aquel célebre propugnáculo, donde acreditaron su fe y su constancia fuertísima nuestros ínclitos mayores.

Al escribir estas líneas acabamos de visitar los restos de aquella antigua fortaleza. Apenas queda nada.

Las venerables ruínas se levantan á orillas del pintoresco torrente llamado *Valle del Paraíso*, y por lo que toca á su exterior, se conservan algunas paredes negras y sombrías en donde, esparcidas acá y acullá, se ven las hendiduras de varias saeteras, algunos restos de ventanas góticas, algún arranque de muro. Es ya imposible conocer la forma de las murallas coronadas de almenas, ceñidas de torreones y flanqueadas de torres circulares. Se enseñan los que dicen ser vestigios del foso, y en la puerta de entrada dos hendiduras ó largos tragaluces abiertos en la pared que, al decir de las gentes, indican el sitio donde estuvo el puente levadizo. Sin embargo, á nosotros nos pareció que nada de esto debía ser, porque ni allí podía estar el foso ni allí tampoco el puente levadizo. Como este castillo ó la parte que de él quedaba fué monasterio de cartujos en el siglo XIV, según luego veremos, debió sufrir grandes alteraciones á fin de ser habilitado para su nuevo objeto. Lo que hoy se conserva son restos del monasterio más que del castillo.

Por lo que toca á su interior, he aquí lo que puede verse: un patio en cuya parte superior corre una galería, que está interrumpida por recientes hundimientos, y que debió ser cuadrada y compuesta de veinte toscas ojivas apoyadas sobre columnas de iguales bases y capiteles. La escalera que conducía á esta galería debió ser ancha y espaciosa, pero es sólo un montón de escombros, por sobre los cuales se trepa para ir á contemplar desde lo alto el triste aspecto que presentan aquellas ruínas. Permanecen aún en pie los cuatro paredones del que fué santuario ó capilla, hoy convertido en

corral de conejos. La piedra que servía de clave á la bóveda, y en la cual se distinguen aún tres figuras de muy buen dibujo representando, según parece, á Cristo azotado por dos sayones, sirve hoy de abrevadero para las gallinas.

Muros agrietados, arranques de arcos, escudos de armas destrozados, ventanas rotas, capiteles partidos, vestigios de almenas y de torres, arcos más antiguos cegados por modificaciones hechas en el edificio, ruínas y escombros, he aquí lo que queda del inexpugnable baluarte de la milicia cristiana. El viento penetra por todas partes en el interior del venerable recinto, silbando de un modo lúgubre y quejumbroso por aquellas desiertas galerías como si lamentara su ruína.

En un ángulo, y en una miserable habitación arreglada con restos antiguos, vive una pobre familia, á cuyo cuidado está la conservación de las ruínas, las cuales pertenecen hoy á los señores de Mauri [1].

Idea muy equívoca tendría el que formase opinión de lo que era el antiguo castillo por los restos existentes en el día. La fortaleza de los caballeros de Egara debía extenderse en vasto radio por los campos vecinos á las ruínas, y de seguro que el arado y la azada del labrador remueven hoy tierras amontonadas sobre los cimientos del castillo.

La tradición, única antorcha con la cual pueden disiparse un tanto las tinieblas que reinan en todo este asunto, nos dice también que el castillo estaba rodeado de profundos fosos, los cuales se llenaban de agua cuando convenía, y que en cada uno de sus ángulos tenía una fuertísima torre, de las cuales una cayó, otra fué destruída por un rayo, y las dos restantes, en época

1 Cuando visitó el autor este castillo era por los años de 1857, época en que se escribieron estas líneas.—*(Nota de 1874.)*

más reciente, fueron mandadas derribar hasta la mitad, á causa de amenazar ruína, por el marqués de Senmanat, á cuyo dominio había ido á parar el edificio.

También asegura la tradición, recogida de boca de los ancianos por el autor de un viejo manuscrito, que en cierta época sobrevino una gran tempestad, á consecuencia de la cual la *Riera de las Arenas*, vecina á Tarrasa, se salió de madre, inundando los campos de la parte Norte de San Pedro, y dividiéndose en dos brazos aisló la calle é iglesia de San Pedro, abriendo dos profundos barrancos colaterales que luego vinieron á formar uno solo, y derribando con la avenida gran parte de los muros del antiguo castillo. Este barranco es el que después se llamó y continúa llamándose todavía *Valle del Paraíso*.

Estas alteraciones sufridas por el tiempo acaban de desorientar completamente, y, unido esto á la carencia total de memorias escritas, hace que no pueda formarse cabal idea de lo que era el antiguo castillo, el cual, sin embargo, debía tener gran extensión y abrazar un vasto radio.

Las noticias que tenemos de haber servido este edificio para monasterio de cartujos se deben al Dr. D. José de Vallés, y se hallan en su libro titulado *Primer instituto de la sagrada religión de la Cartuja*, impreso en 1792.

Según este autor, por los años de 1344, habiendo quedado viuda sin sucesión de D. Ramón de Calders la nobilísima señora Doña Blanca de Centellas, hija que fué de D. Bernardo de Centellas, señor de la villa de Tarrasa, y de doña Alemanda, su mujer, de la casa de los marqueses de Quirra, deseosa de ofrecer parte de sus bienes á Dios, resolvió fundar una Cartuja, y para ello cedió el castillo que poseía en Tarrasa y era el mismo donde por espacio de tantos años se habían mantenido fuertes los caballeros de Egara.

Cumplido quedó el deseo de Doña Blanca, y aquel mismo año, después de grandes reparaciones en lo que del antiguo castillo se conservaba, quedó convertida la antigua morada de los batalladores héroes de la independencia en pacífico asilo de solitarios cartujos, dándose á la nueva fundación el título de Cartuja de San Jaime de Vallparaíso, por haber ocurrido ya la inundación de que se ha hablado y estar situada junto al profundo barranco, repentinamente abierto por la avenida de las aguas, al que el vulgo había comenzado á llamar *Vall del Paradís*.

Vivió sólo cuatro años la noble Doña Blanca después de su donación, y sólo durante estos cuatro años moraron en aquel sitio los cartujos; pues, hallándole reducido por el creciente desarrollo de su fundación, decidieron trasladarse á Montealegre en el lugar que había sido de religiosas agustinas, y donde permanecieron hasta quedar extinguidas las órdenes religiosas en 1835.

Ya nada más se vuelve á saber de esta fortaleza sino que pasó al dominio de los marqueses de Senmanat, de quienes la adquirió recientemente la familia Mauri, hoy día su propietaria.

Tales son las noticias que, no sin trabajo, hemos podido recoger concernientes al que fué baluarte de la catalana independencia. De este lugar ignorado, de entre estas ruínas olvidadas y de aquellos héroes, por desgracia no conocidos, arrancan los fundamentos de la moderna historia de Cataluña [1].

1 Los varios manuscritos que se citan en estos artículos, de autores desconocidos unos, y otros de D. Segismundo Font, Dr. D. Antonio Solá y Dr. D. José Ignacio Rodó, se hallan en poder de D. Miguel Vinyals, diputado provincial; D. Felipe Soler, notario, y del Doctor Coll, presbítero, quienes nos los han facilitado con la mayor amabilidad y con celoso interés. Llévenles estas líneas el profundo recuerdo de gratitud que les consagra el autor.

HISTORIA DE CATALUÑA

EL REY D. JAIME

Y EL OBISPO DE GERONA

EL REY D. JAIME

Y EL OBISPO DE GERONA.

I.

Es un hecho cierto y positivo, por más que haya autores, verídicos en otros puntos, empeñados en negarlo, que, á principios del año 1246, el rey D. Jaime *el Conquistador* mandó cortar la lengua al obispo de Gerona, Fr. Berenguer de Castellbisbal. En vano ciertos cronistas han procurado hacer que se olvidara este suceso negándolo, refutándolo ó falseándolo; pero todos sus esfuerzos han sido inútiles. La verdad acaba siempre por abrirse paso.

Zurita se vió obligado por la censura oficial á borrar, en su segunda edición de los *Anales*, el pasaje que relativo á este suceso había impreso en la primera; Abarca escribió largas páginas tratando de demostrar la poca consistencia y la falsedad del hecho; otros autores, cortesanos de la mentira, han lanzado los rayos de su ira contra los que, apóstoles de la verdad, han intentado poner este suceso en claro. Sin embargo, hoy no puede caber ya la menor duda. La crítica histórica demuestra, con severa lógica, que el hecho es indudable.

Lo que todavía está oculto bajo un velo hasta ahora impenetrable, es la verdadera causa que impelió á D. Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona.

Aparece como lo más cierto, que este prelado reveló algo que el rey le había confiado en secreto de confesión, y que quiso el monarca castigarle por donde mismo había pecado; pero se ignora en qué consistía este secreto, pues aun cuando algunos han supuesto que lo revelado por el obispo fué el matrimonio clandestino del rey con Doña Teresa Gil de Vidaura, es positivo que este enlace no pudo realizarse hasta después de 1251, época de la muerte de la reina Doña Violante. Ni creemos que vayan tampoco más acertados los que suponen que la revelación del obispo fué comunicar al infante D. Alfonso, primogénito del rey, la desapacible distribución de la Corona que el monarca tenía premeditada.

El hecho es que el rey mandó prender y cortar la lengua á Fr. Berenguer de Castellbisbal, escribiendo, poco después de esta sangrienta mutilación, una carta al Sumo Pontífice, dándole cuenta de los motivos que había tenido para proceder tan cruelmente contra e obispo y pidiéndole ser absuelto. El texto de esta carta no es conocido; pero sí lo es la contestación del papa Inocencio IV, dada en Lion, de Francia, á 10 de las calendas de Julio del año III de su pontificado (22 de Junio de 1246), la cual transcribe el P. Odorico Rainaldo sacándola de la librería Vaticana y del libro III de las *Epístolas* del papa Inocencio, cuyo primer capítulo, que transcribimos por ser el más constante abono de la noticia, dice así, traducido del latín:

«Inocencio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a rey de Aragón, espíritu del más sano consejo: Recibidas y leídas tus letras, ocupó nuestro ánimo un grandísimo asombro por la enormidad del delito que ellas expresaban; pues afirmaste que nuestro venerable hermano Berenguer, obispo de Gerona, antes que lo fuese, había alcanzado tanta autoridad en la corte, que

era tenido como el más honrado entre los mayores; pero que después, como tú añades, siendo traidor contra tí, tuvo la osadía de revelar cosas que tú le habías descubierto en el fuero de la penitencia, y también había armado contra tí otras muchas y graves máquinas, por lo cual le mandaste salir luego de tu reino; y habiendo él alcanzado allí la dignidad episcopal, tú, encendido con el calor de la ira, le hiciste prender y con mandato sacrílego quitarle parte de la lengua. Así nos pedías que mandásemos salir de tu reino á dicho obispo, y á tí y á los partícipes en consejo, ayuda ó ejecución, se diese la absolución de tan gran delito [1].

Hasta aquí el primer capítulo de la epístola. La suma de los otros consiste en decir: que concede al rey Don Jaime la grandeza de sus virtudes y hazañas, manifestándole el amor que por ellas y las de sus predecesores le tiene el Papa sobre los demás príncipes católicos, y que en esta medida era el dolor del escándalo con su delito ocasionado; que no debía su real prudencia haber creído ligeramente en delito tan inverosímil de su confesor, y no fácil de probar, ni cuando se probara podía ser castigado del rey, sino del mismo Papa; que no estaba el rey en disposición de recibir la absolución, pues le duraba el rencor contra el afligido obispo; y que, por fin, le exhortaba al arrepentimiento de sus culpas, y á que, conforme á los saludables consejos que le daría el penitenciario Fr. Desiderio, que le enviaba, satisfacie-

1 En el cuerpo de esta HISTORIA DE CATALUÑA insertamos algunos párrafos de esta epístola. El cronista de Gerona, en su obra *Gerona histórico-monumental*, con una ligereza que no queremos calificar, tachado falsa la epístola citada por nosotros. "Permítasenos, dice, dudar, no diremos de su autenticidad, sino de su existencia, ínterin no podamos leerla por nuestros propios ojos." Puede leerla cuando guste en Odorico Rainaldo, y traducida del latín en la *Historia de Poblet*, por Finestres, tomo II, pág. 277.

se á Dios y á la Iglesia para no perder el reino eterno por la sacrílega tiranía de aquella sangrienta ejecución.

Varias cosas se deducen del contenido de esta epístola: entre ellas, que Fr. Berenguer reveló un secreto de confesión; que la revelación de este secreto fué anterior á su nombramiento de obispo y, por consiguiente, anterior á los amores del rey con Doña Teresa Gil de Vidaura, y también á los sucesos que dieron margen al levantamiento del príncipe D. Alfonso; que D. Jaime, no sólo desterró al fraile por la revelación del secreto, sino por estar urdiendo tramas contra él y por acaudillar quizá alguna parcialidad ó algún bando que ponía en conflictos al reino, y que no se lanzó el monarca á proveer por sí y ante sí la captura del obispo y su bárbara mutilación, cediendo sólo á los impulsos de su cólera, sino que tomó consejo de los barones que le rodeaban.

Terrible fué la sentencia: bárbara y cruel, más que terrible; pero criminal y gravemente criminal anduvo el sacerdote indigno que ante Dios y ante los hombres faltaba de aquel modo á la santidad del Sacramento. Si la Iglesia no tenía perdón para el rey que mandaba arrancar la lengua al monje por haber revelado un secreto de confesión, tampoco debía tenerlo para aquel otro rey que más adelante castigaba un delito político con hacer beber á los reos el plomo derretido de la campana que les llamaba á consejo.

II.

Bastaría el sencillo documento de que hemos dado cuenta en nuestro anterior artículo, para dejar sentado como verdad irrecusable el suceso de haber mandado el rey D. Jaime cortar la lengua al obispo de Gerona, por revelación de secretos que le había descubierto el

monarca en el fuero de la penitencia. Sin embargo, por si acaso esto no bastaba, Finestres, en su *Historia de Poblet*, apéndice á la disertación XI, tomo II, nos da importantísimos detalles, que comprueban y particularizan el trágico acontecimiento, copiando varias escrituras que extrae del proceso de reconciliación del rey D. Jaime, cuyo proceso parece que se conservaba en el archivo de dicho monasterio.

Por estas escrituras se ve que, recibidas las letras exhortatorias del Papa, avínose el rey á seguir los consejos de su penitenciario Fr. Desiderio, haciendo público el reconocimiento del delito cometido y el propósito de satisfacer á la Iglesia, con escritura que otorgó en la ciudad de Valencia el 5 de Agosto de 1246, la cual comienza así, traducida del latín:

«Nos Jaime, rey de Aragón, por consejo y exhortación de Fr. Desiderio, penitenciario del señor Papa, reconocemos habernos excedido gravemente en el hecho de la mutilación de la lengua del obispo de Gerona, y haber enteramente ofendido á nuestra madre la Iglesia. Por tanto, doliéndonos de lo hecho, contritos y humillados, pedimos perdón á Dios y al Sumo Pontífice, su vicario en la tierra.»

Sigue ofreciéndose á pedir perdón al ofendido obispo, á levantarle el destierro, y, en satisfacción del delito, á construir un hospital, á terminar la abadía de Benifazá, de la Orden cisterciense, ya comenzada, ó á dar algunos réditos á la iglesia de Gerona, según lo que al Papa le pareciera mejor y más conveniente. También se ofrece á reconocer su culpa en junta de prelados, nobles y ciudadanos de sus reinos.

D. Jaime envió este documento al Papa por conducto de Fr. Arnaldo de Peralta, obispo de Valencia, al que nombró para este caso su embajador, y lo acompañó con una carta, que también traslada íntegra el cita-

do Finestres, en la cual protesta de su arrepentimiento, manifestándose dispuesto á hacer cuanto el Papa le ordenare en desagravio de su enorme delito, y acabando por pedirle la absolución.

A estas cartas contestó el Sumo Pontífice con otra, fechada en Lión, á 10 de las calendas de Octubre del año IV de su pontificado (22 de Setiembre de 1246), comisionando á sus legados Felipe, obispo camerinense, y Fr. Desiderio, para que en su nombre absolviesen al rey luego que hubiese dado satisfacción á la Iglesia y al agraviado obispo.

Los legados del Papa presentaron las letras apostólicas al rey en la ciudad de Lérida, donde á la sazón se hallaba, y D. Jaime, antes de recibir la absolución, hizo en la iglesia de religiosos franciscanos de dicha ciudad el acto de perdón y reconciliación con el obispo de Gerona, como es de ver en la escritura que así dice traducida:

«Antes de nuestra absolución, delante de los carísimos y venerables y discretos varones obispo camerinense y Fr. Desiderio, nuncios del Sumo Pontífice, y congregada toda la multitud, así de prelados como de otros, en la ciudad de Lérida, en la casa de los frailes menores, perdonamos de puro corazón al obispo de Gerona, sobre todas las cosas por las cuales había incurrido en nuestra ofensa, y al mismo damos en adelante nuestra seguridad. Dada esta escritura en Lérida á 16 de las calendas de Noviembre, año 1246.»

Concurrieron á este acto público, á más del obispo de Camerino y Fr. Desiderio, legados apostólicos, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza, Urgel, Huesca y Elna, muchos magnates de Aragón y de Cataluña, y varios ciudadanos principales de Lérida.

Luego que el rey hubo firmado el anterior escrito, procedieron á absolverlo los legados pontificios, impo-

niéndole por penitencia que hubiese de terminar el monasterio de Benifazá, dando para la fábrica de su iglesia 200 marcos de plata, y bienes suficientes para que pudiesen mantenerse en él hasta 40 monjes, en vez de los 20 para que se edificara; que completase la dotación del hospital de San Vicente de Valencia, hasta que tuviese la renta anual de 600 marcos de plata, y que fundase además una capellanía perpetua en la catedral de Gerona.

Así terminó aquel suceso que tanto escándalo hubo de mover entonces, y que á tan diversos y contradictorios pareceres ha dado lugar después.

Por lo que toca al obispo gerundense, Fr. Berenguer de Castellbisbal, se sabe que falleció fuera de su diócesis, en Nápoles, el año de 1254.

HISTORIA DE CATALUÑA

LAS RUINAS DE POBLET

LAS RUINAS DE POBLET.

I.

INTRODUCCIÓN.

Á LA EXCMA. SRA. DOÑA RAFAELA DE TORRENTS DE SAMÁ, MARQUESA DE MARIANAO.

Madrid 17 de Noviembre de 1884.

¿Recuerda V., noble dama y queridísima amiga mía, nuestra expedición á las ruínas de Poblet, hace pocos días, y en la noche de difuntos?

Ignoro la impresión que pudo causar en V. Por lo que á mí toca, puedo asegurar que fué profunda, tanto que, obedeciendo á fuerzas superiores á las de mi voluntad, me veo obligado á confiar al papel mis impresiones y recuerdos.

Al llegar á mi casa de Madrid, de regreso de aquella venturosa excursión, busqué con afán algo que recordaba haber escrito sobre Poblet, allá por los años de 1850 nada menos. No sin dificultades alcancé un ejemplar, y con viva curiosidad y mayor emoción púseme á leer, á devorar mejor, las páginas que escribí hace treinta y cuatro años.

Pareciéronme detestables, lo digo en crudo, y concebí en el acto la idea de modificar aquel trabajo, ó más bien escribir otro nuevo. No será mejor que aquél probablemente, así lo temo; pero probará, cuando menos, que conozco mis errores y busco la enmienda.

Deseo amparar esta nueva obra mía con el nombre

de V., mi noble y bondadosa amiga. Quiero que el pabellón cubra la mercancía, y que su nombre, por ser de tan ilustre y discreta dama, salve la obra.

A más, ¿cómo no dedicar este escrito á la que fué nuestra compañera y tomó parte en la excursión; á la que, abandonando las delicias y comodidades de su espléndido y suntuoso hogar, no vaciló en acometer las fatigas y molestias de un viaje penoso y verdaderamente anormal en la estación presente?

¿Recuerda V., amiga mía, cómo surgió la idea de nuestra expedición?

Habíamos inaugurado ya nuestra *Biblioteca-Museo* de Villanueva y Geltrú, y para honrar al ilustre académico D. Manuel Cañete, gloria de nuestras letras, que había asistido á la fiesta en representación de las dos Reales Academias Española y de la Historia, su hermana de V., ese ángel de amor y de bondad que se llama la marquesa de Casa Samá, nos había reunido á todos en su hogar patriarcal y en torno de la mesa bendita donde su noble esposo tiene el placer indecible de ver congregada su numerosa y querida familia.

Conozco bien, V. lo sabe, aquella casa de bendición. No soy en ella el huésped. Soy el amigo, el miembro de la familia que es siempre esperado con impaciencia, recibido con alegría, despedido con pena. Conozco bien aquella casa. Se me imagina que es la mía, y al entrar en ella, sobre todo cuando llego con el ánimo afligido, me parece respirar los aires de paz y de serenidad que dan vida al cuerpo y salud al alma.

Aquel excelente, y llano, y modesto marqués de Casa Samá, que á tan gran corazón reune tan agradable trato; aquella bondadosa señora tan amante de sus hijos y tan devota á los suyos; aquellos hijos tan tiernos y respetuosos para con sus padres; aquel hogar de tan sencillas y patriarcales costumbres, que recuerda la

tradicional y antigua *llar* catalana; aquella serena tranquilidad que se respira y siente al entrar en aquel templo de familia, todo esto me atrae y fascina de tal manera y con tan poderoso encanto, que sólo me resigno á mi tempestuosa vida política de Madrid, para considerarme con derecho á gozar del placer inefable que siento cada verano al llegar á aquella casa, que Dios bendiga. Es algo parecido á lo del viajero que tras de un largo y penoso viaje á pie por abruptos y áridos caminos, bajo los rayos de un sol abrasador, llega de pronto, sediento y fatigado, á una fresca y apacible fuente donde arroyos murmurantes le brindan al descanso, y árboles frondosos le ofrecen el regalo de su sombra.

Pero vuelvo á anudar el hilo de mi relato.

¿Recuerda V., repito, cómo nació la idea de la expedición?

Estábamos á 28 de Octubre y en torno de la mesa de los marqueses de Samá.

Manuel Cañete hablaba de nuestro viaje de regreso á Madrid, y deploraba no tener tiempo para ir á visitar las ruínas de Poblet.

—Pues es preciso tenerle. Poblet vale la pena,—dijo uno de los comensales.

—¿Y si fuéramos á pasar la próxima noche de difuntos en Poblet, junto á las tumbas de los reyes de Aragón?—dijo alguno, no sé quién.

¿Fué V., señora mía?

La idea brilló como un rayo de luz. Tan excelente hubo de parecer, que se recibió con un grito unánime de aplauso, y se impuso como se imponen las cosas que llegan al alma: sin discutirse.

La expedición quedó arreglada aquella misma noche, y comprometidos los expedicionarios, de los cuales, con gran contentamiento de todos, se decidió V. á formar parte.

No he de olvidar fácilmente aquel viaje. Viviera mil años, y lo recordara aún.

Recuerdo cómo fuimos en numerosa caravana á recibir el hospedaje con que nos brindó el venerable anciano D. Miguel Clavé, ofreciéndonos su casa de campo junto á las ruínas. Recuerdo que no permitiéndole su avanzada edad acompañarnos, nos envió, para hacer los honores de la casa en su nombre y representación, á su ilustre yerno D. Casimiró Girona, quien, acompañado de su hijo, gallardo y excelente mancebo, hubo de dispensarnos una hospitalidad tan cordial, tan amiga y tan suntuosa, que no parecía sino que, en vez de llegar á unas ruínas, habíamos llegado á una de esas opulentas mansiones feudales de otras edades, donde al presentarse grandes comitivas, inopinadamente y de súbito, encontraban cómodo albergue y estancia preparada para todos.

Recuerdo también todas las sorpresas y todos los encantos de aquella hospitalidad amiga, donde nada faltó á nadie, como si nos halláramos en una ciudad populosa y abastada. Y recuerdo, por fin, nuestras excursiones á las ruínas, nuestra misa solemnemente celebrada por el P. Llanas en la solitaria capilla de la Masía, nuestros paseos por el monte á la vera de murmurantes arroyos, y nuestras fraternales agapes sazonadas con el discreteo de animados coloquios, y presididas por V. como reina, y señora, y dama de nuestros pensamientos.

Pero por gratos que estos recuerdos sean, hay uno que á todos domina y supera á todos. El de nuestra llegada á Poblet. ¿No es verdad, señora mía?

Eran el día de difuntos y poco antes de la media noche cuando por vez primera penetramos en las ruínas. La noche estaba oscura y borrascosa, como adecuada al día, y ráfagas violentas de aire húmedo venían á

herir nuestras frentes, atizando la llama de las antorchas con que los guías alumbraban nuestro camino. Lo avanzado de la hora; las sombras y misterios de la noche; las grandes masas negras de los montes vecinos, que parecían á través de la oscuridad abalanzarse sobre nosotros; las siluetas de los muros y de las torres, dibujándose confusamente á nuestra vista; el helado viento que llegaba de las ruínas como para traernos la humedad y la frialdad de los sepulcros; la misma vacilante llama de las antorchas, que sólo parecía lucir para que pudiéramos ver mejor las tinieblas: todo esto, unido á la santidad y tradición del día, nos impresionaba de una manera singular y desusada.

Los que pocos momentos antes, congregados en el triclíneo de la casa Clavé y en torno de la abastecida mesa del huésped, saboreando el aromático café y el legítimo veguero, nos entregábamos á todo el bullicio y expansión del regocijo, íbamos entonces, mudos y silenciosos, recogidos y encerrados en nuestros pensamientos, avanzando paso á paso y acercándonos, con temor más aún que con respeto, á aquellas ruínas que nos atraían con la ardiente curiosidad que inspira todo lo desconocido y todo lo misterioso. Si alguien entonces, desde cualquiera de las apartadas Masías, acertó á vernos pasar á semejante hora de aquella noche de difuntos, silenciosos, envueltos en nuestras capas, por entre la doble hilera de guías con sus encendidas teas, debió creer que los muertos, salidos de sus tumbas, andaban vagueando por el monte á la luz de fuegos fatuos.

De esta manera llegamos á la puerta del monasterio, y alguno hubo de asombrarse no encontrando en ella, de pie, y vivos dentro de sus enmalladas cotas y férreas armaduras, á los nobles caballeros catalanes y aragoneses que, despertando de su sueño de siglos y abando-

nando sus lechos de piedra, se presentaban para impedir que los profanos invadieran el lugar destinado para descanso eterno de los reyes de Aragón. Pero no; ¿cómo habían de presentarse á detener el paso de viajeros inermes y curiosos, si un día dejaron acercar á las turbas que, blandiendo la tea incendiaria y el arma homicida, fueron á profanar las cenizas de los héroes que allí dormían?

La oscuridad era profunda é intensa cuando, pasada la puerta que diera un día ingreso al palacio llamado del rey D. Martín, nos encontramos bajo la bóveda románica que comunica con el claustro. Habían quedado atrás nuestros guías con las antorchas, y estábamos en medio de las más profundas tinieblas, sin atrevernos á retroceder ni avanzar.

No podíamos explicarnos el abandono de los guías, é íbamos ya á llamarlos, cuando de repente vimos aparecer una luz roja; y entonces, como si brotara de las entrañas de la tierra, por sobrenatural acaso ó milagro de hechicería, se presentó á nuestra vista, magnífico y soberbio, esplendente de luz y de color, encendido, flameante como en medio de un grande incendio, el maravilloso y monumental claustro de Poblet.

Todo era obra de un rojo fuego de Bengala que uno de nuestra comitiva mandara encender para sorprendernos.

No recuerdo haber tenido nunca impresión más viva.

Así apareció á nuestros ojos, inopinadamente y como por arte de magia, aquel claustro que centenares de personas vieron y conocieron un día por vez primera, cuando el pincel de un artista célebre lo trasladó al teatro para la magna escena del cementerio en el *Roberto*. Así es como se nos presentó aquel admirable claustro del siglo XIII con todas sus bellezas y portentos de arte; con sus esbeltos pilares y labradas ojivas; con

sus columnas, y capiteles, y rosetones, y calados; con su templete románico en mitad del patio; con los lienzos de sus paredes llenos de severos sepulcros; y allá, en el fondo, con la puerta en arco semicircular que daba entrada á la suntuosa estancia donde los Monjes Blancos se congregaban en capítulo.

Á la luz de las teas y de los fuegos de Bengala recorrimos aquella noche las ruínas de Poblet, y todo lo vimos, siquier fuese de prisa y de pasada; que, aun cuando habíamos aplazado más detenida visita para la mañana siguiente á la luz del día, no queríamos perder una sola impresión de aquella noche. Y era que, dominados por imprevistos retornos de añejo entusiasmo romántico, satisfacíamos, no ya un deseo, sino una necesidad de corazón, visitando las ruínas de aquella manera, con las sombras, con el misterio, á la luz de las antorchas y al sordo mugir del aborrascado viento, que al penetrar en las galerías y en las estancias, remedaba unas veces los majestuosos cantos de los monjes en el coro; otras los lúgubres gemidos de víctimas infortunadas, y otras, por fin, los descompasados gritos de muchedumbres entregadas á la orgía de las bacanales, como si quisiera así familiarizarnos con los secretos de las tres épocas más caracterizadas del cenobio cisterciense.

¡Qué expedición la nuestra, señora mía! No ha visto, no, ciertamente, las ruínas de Poblet quien no las haya visto como nosotros, á la luz de las teas, al rumor de la tempestad y en la noche de difuntos.

Entramos en la capilla de San Jorge, joya preciosa del arte gótico, donde doblaban los monarcas su rodilla antes de penetrar en el recinto; descendimos á la iglesia de Santa Catalina, que tiene algo de cripta, mandada edificar por el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV; pasamos por junto al que fué palacio aba-

cial, del que casi sólo queda en pie un lienzo de pared con ventanas sin postigos ni contrapuertas, como anchas cuencas de ojos sin pupila; atravesamos la puerta claustral, abierta entre dos torreones almenados, sobre cuyas jambas y dinteles se destacan aún los escudos de Aragón y Cataluña, y la tradicional famosa cimera de D. Jaime; nos sentamos á departir unos momentos en el claustro, junto al saltante surtidor que se alzaba un día en el centro vertiendo el agua por treinta fuentes, hoy desecadas y mudas, sobre labradas conchas de piedra, hoy destruídas y rotas; visitamos la sala capitular que ostenta aún en sus tres naves, en los arcos de sus bóvedas, en sus ventanas, columnas y capiteles, toda la opulencia del arte; penetramos en la que fué Biblioteca, donde entre códices preciosos y manuscritos de gran valía, se guardaban todos aquellos libros de rojas cubiertas, afanosamente buscados hoy por los bibliófilos, con las armas y el nombre de D. Pedro de Aragón que los legó al monasterio; subimos al palacio mandado levantar por el rey D. Martín, y que, por fallecimiento de éste antes de habitarlo y por los sucesos acaecidos á su muerte, pareció destinar la Providencia á perpetuas y eternas soledades; atravesamos los antiguos dormitorios de los monjes, y bajamos, por fin, al templo, á la llamada Iglesia Mayor.

¡Qué grandeza aún y qué majestad en aquella ruína! La luz y el aire penetran allí sin obstáculos. Desaparecieron los cristales de colores que en sus rosetones y ventanas modificaban las luces; los preciosos y artísticos altares que la poblaron, consumidos fueron por las llamas; desnudos y agrietados se ven sus robustos muros; los murciélagos anidan entre las molduras y labrados de sus columnas; ya no existen los cien magistrales sillones de su coro; los restos valiosos de sepulcros sacrílegamente profanados, yacen por el suelo; ya las

estatuas de los santos, la imagen venerada de la Virgen, los ángeles con sus espadas desnudas no custodian la casa santa; ya el incienso en aromatizantes oleadas no sube á esparcirse por las bóvedas; ya el órgano no llena de armónicas notas el espacio; ya no resuena el pausado y sonoroso canto de los monjes. Todo está desierto, todo ha huído, todo está profanado, y, sin embargo, todavía hay allí majestad y grandeza; todavía el ánimo se turba y se recoge, impresionado por el sentimiento religioso, ante las tres airosas naves de aquel templo y ante su grandiosa forma de cruz latina, con sujeción á la cual lo levantó el artífice, como si hubiese querido prever que, aun desapareciendo todo, imágenes, crucifijos, emblemas, reliquias, leyendas, lienzos, esculturas, todo, allí debía permanecer siempre, mientras quedase en pie un solo palmo de muro, la santa forma de la cruz de nuestro Redentor divino.

Por instinto ¿lo recuerda V.? fuimos á agruparnos todos junto al sitio donde existen los destrozados sepulcros de los reyes de la Corona de Aragón, que allí pensaron dormir su sueño eterno, rodeados en muerte, como lo fueron en vida, de sus próceres más altos y más renombrados barones.

Efectivamente, allí se leen aún, en aquellas rotas lápidas; allí se ven aún, en aquellas mutiladas estatuas que andan á trozos por el suelo, los nombres y los hechos, las efigies y los trajes de cien nobles caballeros de la Corona de Aragón que, al estremecer la tierra bajo la uña de sus corceles, extendían por todo el universo mundo la fama de sus virtudes y de sus hazañas. Esparcidos por los claustros y las capillas estaban los panteones y monumentos fúnebres de algunos condes de Urgel, la ilustre familia que por lo alto y antiguo de su nobleza rivalizaba con la casa de Barcelona, y que fué á extinguirse desastrosamente en el castillo de Já-

tiva con aquel D. Jaime *el Desdichado* á quien su madre impuso la arrogante divisa de *ó rey ó nada;* de algunos vizcondes de Cardona, magnates poderosos que se preciaban de ser, y así lo hacían constar en sus blasones y sepulturas, condes entre los reyes, pero reyes entre los condes; y todos aquéllos que se llamaban Anglesola, ó Cervera, ó Mur, ó Grañena, ó Rocafort, ó Pinós, ó Cervelló, ó Ribelles, ó Castellbó, ó Moncada, nombres todos de esplendor y de gloria en nuestros anales, y cuyos títulos nobiliarios recordaban conquistas alcanzadas en lucha abierta y franca contra los sarracenos ó contra los enemigos de la patria.

Allí, entre aquella fúnebre corte de egregio procerazgo, se alzaba, relumbrante de oro y de púrpura, el panteón que sobrepujaba á toda riqueza por sus espléndidas urnas góticas, por sus mármoles y esculturas, por sus trabajos primorosos, por sus labradas puertas de bronce, por sus dorados doseletes, por sus bovedillas de azul cuajadas de estrellas de oro, por sus cuadros de piedra con los hechos más culminantes de los reyes, por sus estatuas de mármol con vestiduras reales ó con hábitos de monje, y, finalmente, por sus tendidas franjas de bajos relieves donde aparecían, como en procesión de duelo, grandes grupos de compungidos varones con luengos trajes talares que asomaban la doliente faz por entre el rebozo de su manto.

En aquellas urnas yacían sepultados los reyes. Allí D. Alfonso, á quien los historiadores llaman *el Casto* y los poetas *el que trovó*, el primero que juntó bajo su cetro real los dos estados de Aragón y Cataluña, y también el primero de los trovadores conocidos y que tienen historia: allí D. Juan I, *el amador de la gentileza*, el de las músicas y danzas y Juegos Florales: allí Don Pedro IV *el Ceremonioso*, mejor conocido aún por *el del Puñal*, á causa del que llevaba siempre en su cinto y

con el cual rasgó los célebres privilegios de la Unión, *que tenían facultad de hacer reyes:* allí D. Fernando de Antequera *el Honesto,* á quien hubo de dar derecho y trono el parlamento de Caspe, acto el más alardoso de soberanía nacional que registra nuestra historia: allí D. Alfonso V *el Sabio,* conquistador de Nápoles y restaurador de las letras, de quien se duda si fué más agudo su ingenio que su espada, y que suspendió el saqueo de Mantua por haber sido patria de Virgilio: allí Don Juan II, el que por haber sembrado tantos vientos recogió tantas tempestades, provocando el levantamiento de Cataluña con aquellas palabras imprudentes de *la ira del rey es mensajera de muerte:* allí D. Martín *el Humano,* que con su muerte sin hijos abrió ancho campo á los pretendientes: y allí, por fin, entre todos el primero, D. Jaime *el Conquistador*, de quien todo lo que de más grande puede decirse está dicho con sólo pronunciar su nombre, para siempre memorable en las eternidades de la historia.

Junto á los monarcas descansaban sus esposas y sus hijos, las reinas y los príncipes; á sus pies las familias de los magnates deudos de la casa real; en torno y por toda la ancha extensión de las naves, las damas y caballeros de su corte: y no dejaba de ser ciertamente singular espectáculo el de encontrar en aquel sitio, unidos por la majestad de la muerte, á muchos que durante su vida se combatieran con toda la crueldad de sus odios y rivalidades, de sus pasiones y sus bandos. Así se veía á Doña Juana Enríquez, la soberbia castellana esposa de Juan II, junto al infeliz é infortunado príncipe de Viana, su entenado, á quien tan fieramente persiguió y á quien por su mandato hubieron de dar *yerbas*, según dicen; así estaban algunas pobres reinas junto á aquellas damas galantes de su corte que les habían robado el amor del esposo y la paz del tálamo; así se en-

contraban, mirándose aún con ira y retándose con los ojos de piedra de las estatuas erguidas sobre sus mausoleos, los caudillos que con sus bandosidades habían turbado cien veces la paz del reino.

Aquello era un pueblo de sepulcros, una ciudad de muertos. Allí estaban todas las grandezas de la tierra en el seno de todas las majestades de la muerte; pero allí también, en medio de aquel silencio y de aquella soledad; allí, donde todo estaba frío, helado y mudo; allí, en el seno de toda aquella muerte, había, sin embargo, algo que vivía con toda la exuberancia de una vida poderosa, algo que hablaba con la voz tonante de las tempestades y de las multitudes, algo viviente, animado, parlante, prócero: la historia de la Corona de Aragón, que allí se hallaba con sus monarcas ejemplares, con sus libertades y parlamentos modelos, con sus capitanes de épicas hazañas, sus jurados y concelleres de romanas virtudes, sus leyes dominando la braveza de las pasiones, sus flotas domeñando la fiereza de los mares, y su progreso y su civilización alumbrados por la eternidad de su gloria.

Largo espacio de tiempo permanecimos en la soledad de aquellas ruínas, vagando unas veces silenciosos por entre los escombros, agrupándonos otras junto al que acertaba á cautivar nuestra atención, ya nos hablara de las maravillas del arte que allí brotan á cada paso, ya nos entretuviera con las legendarias narraciones ó las históricas gestas que recuerdan cada una de aquellas expoliadas tumbas ó de aquellas desiertas capillas.

Fué entonces cuando, entre diversos relatos curiosos, oimos contar á un compañero nuestro.....

Pero no, no puede ser, debo haberlo soñado. ¿Lo oí verdaderamente contar? ¿Fué engaño entonces de mis oídos, ó ilusión ahora de mis recuerdos?

¿Será cierto lo que nos contaron? ¿Y es verdad que

nos lo hayan contado? ¿Es cierto, es verdad, señora?—¿lo recuerda V.?—¿es cierto, es verdad lo que junto á las regias sepulturas, á la luz de las teas y en la noche de los muertos nos contaron?

Ni Hoffmán, ni Edgardo Poé en sus fantásticos cuentos, ni las baladas alemanas con sus sombrías y delirantes creaciones, oyeron contar, ni escribieron jamás, cosa semejante.

Un día..... ya los monjes habían desaparecido arrastrados por la tormenta revolucionaria, ya las llamas del incendio habían devorado los altares, ya Poblet había sido entrado á saco; pero todavía estaban allí, respetadas, intactas, incólumes, las sepulturas de los reyes de Aragón.

Una turba, que no una hueste; una facción de migueletes apareció de repente para vivaquear en aquellos lugares.

Cierto día de los que allí acampaba, la tropa estaba alegre y contenta, y de concierto general y común acuerdo, decidieron todos pasar la tarde entregados al inocente é inofensivo juego de los bolos.

Fué la iglesia el sitio elegido. Las sepulturas fueron abiertas, y los muertos convidados á la fiesta. Los sudarios, las regias vestimentas, las cotas de malla, los despojos de la muerte, todo quedó esparcido por el suelo y, como cosa de poca monta, abandonado.

En el primer panteón de la derecha hallaron un esqueleto gigante. Era realmente el de un gigante: el de D. Jaime I de Aragón.

Fué trasladado al atrio y colocáronle de pie, á la puerta del templo, cruzado de brazos, con un fusil en ellos, de centinela y en vigilancia para que nadie fuera osado á turbar la paz del juego.

Éste comenzó entre bulla y algazara.

Los huesos de los reyes de Aragón y de sus magna-

tes sirvieron de bolos. Los cráneos de los reyes de Aragón y de sus barones sirvieron de bochas.

Y así fué como durante la siesta de una calurosa tarde de verano, se concertaron para matar tranquilamente sus ocios los descendientes y legítimos herederos de aquellos almogávares, que también se entretenían en matar los suyos conquistando reinos, como los de Sicilia y Cerdeña, y Constantinopla y Atenas, para los reyes de Aragón.

Y aquí termino ya, señora mía, esta larga epístola, rogándole me permita ponerla al frente de la obra que deseo entregar al público bajo la protección y auspicios de tan discreta dama y tan cariñosa amiga.

II.

La leyenda de Poblet.

¿Cómo, y por quién, y de qué manera se elevó ese grandioso monasterio de Poblet, asombro un día de propios y de extraños, maravilla de los siglos, y hoy miserable ruína y recuerdo vivo de catástrofes y tristezas?

¿A quién debió su grandeza? ¿Quién le dió nombre?

A todas estas preguntas contesta una leyenda, una verdadera leyenda con su historia de amores y de guerra, y con su crónica también de portentos y milagros.

Permítase, pues, al historiador que, antes de llenar su misión, deje campo al leyendista; y oye tú, bella dama, que recorres las ruínas de Poblet con el libro en la mano para que él te cuente el recuerdo, la conseja, la tradición ó la historia de los objetos que más cautivan tus ojos ó más te impresionan al paso. Para tí, sólo para tí, no para los eruditos ni para los sabios; sólo para tí, bella dama, la que lees estas líneas, voy á contar la

leyenda en la forma y manera que hacerlo solía el viejo trovador en sus remotas mocedades.

Era á mediados del siglo XII.

El castillo de Ciurana se elevaba sombrío y negruzco sobre una eminencia, dibujando en la sombra, á la primera sonrisa del alba, su triple línea de almenas y sus moriscas torres. Las tinieblas, que parecían retirarse perezosamente ante la proximidad del astro diurno, apenas dejaban aparecer el castillo en toda su imponente y soberbia majestad. La fortaleza se destacaba como si fuera un gigantesco buitre posado sobre una peña.

Todo anunciaba una hermosa mañana, una de esas tibias mañanas de Mayo, llenas de perfumes, ricas de encantos, bañadas de poesía, como sólo las conocen aquéllos que habitan en países meridionales. La primera luz de la aurora flotaba por encima de las tinieblas que no bastaba á disipar, como flota un velo blanco sobre un vestido de luto; las flores más maravillosas de colores y de incienso, perdidas entre mares de verdura, abrían cariñosamente sus húmedos cálices; la brisa acariciaba las crecidas yerbas que se mecían amorosas exhalando suspiros; los árboles balanceaban sus cabelleras perfumadas, y los céspedes extendían sus peregrinas alfombras de terciopelo, sobre las cuales, á la hora del matinal crepúsculo, llueven á millares esas transparentes gotas de rocío que aparecen como puntas de diamantes sobre tapices de esmeraldas.

Todo reposaba en calma. Sólo se oía el paso monótono del centinela sarraceno que velaba en el muro, y el rumor cadencioso del viento acariciando el follaje.

Á aquella hora, pues, en que el silencio podía hacer pensar que el universo todo yacía en profundo sueño, una puertecita de la torre del Norte se abría cautelosamente para dar paso á una mujer envuelta en un man-

to blanco como la nieve, que se deslizó con paso rápido á lo largo de la muralla.

No tardó en salir del primer recinto del alcázar y penetrar en un ameno circuito que á espaldas del castillo se elevaba, poblado de árboles y de flores. Siguió la mujer avanzando por aquel delicioso sitio con no menos rapidez. Cualquiera, al verla cruzar envuelta en los flotantes pliegues de su blanco albornoz por entre el murmurante ramaje, y deslizarse por entre los olorosos naranjos y cimbreadoras palmas, la hubiera tomado por una ondina retardada que, sorprendida por los albores matinales, corría presurosa á reunirse con sus compañeras, para con ellas sumergirse en sus palacios de cristal y de plata.

El sitio que atravesaba era, por lo demás, un bello sitio: magnífico jardín oriental transportado, como por encanto, al suelo de Cataluña, sin que nada hubiese perdido de su espléndida y encantadora pompa. Surtidores caprichosos dejaban caer el agua con blando susurro sobre marmóreas conchas que la despedían llorando; bóvedas de follaje dejaban apenas atravesar los rayos del sol; senderos de fina y blanquizca arena veían elevarse á sus costados murallas de flores y verduras, donde la rosa y el jazmín enlazaban sus aromas.

Un reyezuelo moro, como tantos existían entonces en España, Almira Almuminiz, señor de Ciurana, había hecho brotar aquel delicioso verjel del seno mismo de una árida montaña, para que ni á él ni á sus bellas favoritas les faltara nada en Cataluña de sus esplendores africanos.

Al extremo del jardín se alzaba un elegante pabellón de pórfido y de mármol, placentero lugar de descanso, á cuyo alrededor crecían espesas matas y grupos de cipreses artísticamente entrelazados. La mujer llegó á este pabellón, y después de haber vuelto la cabeza para

asegurarse de que no la seguían, empujó la primorosa puerta de cedro que le cerraba el paso, y penetró atropelladamente en el interior.

Un hombre, recostado en unos cojines de escarlata con franjas de oro, se levantó al verla; ella entonces dejó caer el albornoz que la cubría, y una mujer, superior en hermosura á toda idea, espléndidamente vestida de gazas de oro, según la usanza árabe, apareció á los ojos del habitante del pabellón.

—Mucho tardaste hoy, Anhuba—dijo éste dando un paso hacia la bella mora;—demasiado quizá. Mira: el sol asoma ya como una mancha de sangre en el horizonte,—añadió señalando por una ventana el espacio.

—¡Ay! sí; conozco que he tardado—añadió con voz dulce aquélla á quien el desconocido había llamado Anhuba;—el alba me sorprendió en mi estancia, y por esto vine sólo á decirte que te amo. Te lo dije ya, Rodrigo, y me marcho. Pudieran sorprenderme.

—Óyeme antes. Todo está preparado para nuestra fuga,—dijo Rodrigo.

—¿Todo?

—Sí. Esta noche, á la hora en que las tinieblas hayan alcanzado la mitad de su carrera, te esperaré aquí mismo, en este pabellón, y con la ayuda de Dios abandonaremos este sitio infame.

—Tus palabras me hacen feliz, Rodrigo mío..... y, sin embargo, tiemblo y vacilo..... Un secreto sobresalto me hiela el corazón.

—No temas, amada mía. En el extremo del jardín he abierto una brecha, cubierta ahora con espesos matorrales, que nos facilita seguro paso á la montaña, y, al hallarnos en ésta, el cauce del torrente nos conducirá por su hondonada, sin ser vistos, hasta las primeras casas del pueblecito de Ullés. Una vez allí, mira: sólo tengo que aplicar por tres veces seguidas á mis la-

bios este silbato de acero, y poco tardaremos en tener á nuestras órdenes, dispuesto á servirnos y á ponernos en lugar seguro, al hombre más activo, más incansable y más práctico de la comarca.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un pobre cazador que se llama Poblet. Un día, hace ya un año, cuando me hallaba con numerosa hueste guerreando contra los moros de Tortosa, tuve la suerte de librarle de un mal paso en que había arriesgado su vida, y entonces el agradecido cazador me dijo, presentándome este silbato: «Pobre soy y cazador; me llamo Poblet, y habito en el pueblo de Ullés. Si algún día quisiera vuestra mala suerte, D. Rodrigo, que os hallárais por aquellas cercanías en algún lance apurado, rasgad el aire tres veces con el agudo son de este silbato, y aun cuando pasen años, como Poblet ó sus amigos estén en disposición de oirlo, uno y otros se hallarán con la rapidez de la flecha á vuestro lado.» Lo tomé, y prometí apelar á sus servicios si llegaba la ocasión. No sabía entonces que bien pronto, á los dos meses, una miserable emboscada debía hacerme caer en manos del régulo de Ciurana, y que transportado aquí, tan cerca de los lugares que recorre libre mi fiel cazador, debía languidecer diez meses, atado á la cadena del esclavo, y sentir crujir mis huesos bajo el látigo de un perro de Mahoma.

Y el noble Rodrigo inclinó su cabeza y ocultó su frente entre las manos.

—¿Y yo?—dijo tristemente Anhuba.

—¡Ah! sí—exclamó entonces apasionadamente el cristiano;—por fortuna Dios me ha enviado en mi larga carrera de sufrimientos y martirios un ángel para consolarme y templar mis penas.

—Esta noche seremos libres, amado mío—dijo la joven mora tratando de apartar las ideas tristes que veía

prontas á apoderarse de Rodrigo;—esta noche cruzaremos la montaña con libertad, uno en brazos de otro, y acaso el alba de mañana nos encuentre ya ante un altar de ese Dios de los cristianos, cuyos dulces preceptos y religiosos misterios me enseñaste tú á venerar. Anhelo ya ser cristiana, Rodrigo mío: cada momento que pasa es un siglo para mí. Deseo que la religión de mi amado, esa religión de amor y de esperanza, purifique mi cuerpo con el agua del bautismo, como sus preceptos, que ansiosa aprendí de tus labios, han purificado ya mi alma, sumergida hasta ahora en el caos de la idolatría.

—Sí, Anhuba, mañana serás mía; mañana bendecirá Dios nuestros lazos, y la altiva favorita del orgulloso moro será la dulce compañera del cristiano caudillo. Vete ahora. El sol asoma ya en toda su pompa. Vete, y hasta la noche, Anhuba.

—Hasta la noche, amado mío.

Y la joven, envolviéndose en su manto, se deslizó ligera fuera del pabellón, después de haber rozado con sus labios la frente del amante esclavo.

Poco después que Anhuba, Rodrigo abandonaba á su vez el pabellón, pero partiendo en dirección opuesta.

Cuando ya el albo manto de la favorita había desaparecido tras las últimas palmeras del jardín; cuando ya se habían apagado del todo los pasos del esclavo, entonces tuvo lugar una escena extraña junto á aquel mismo pabellón solitario, poblado un momento por el amor y ternezas de los dos amantes.

Un ligero ruído, que no podía ser ciertamente causado por el viento, se dejó sentir en lo más espeso de un matorral vecino, cuyas ramas se agitaron lentamente dando paso á una monstruosa cabeza de negro..... Tras de la cabeza apareció un deforme cuerpo de enano. Hubiérase dicho un demonio brotando del seno de un monstruo.

Al hallarse fuera del matorral, el negro olfateó el aire como pudiera haberlo hecho el más fino sabueso; paseó sus miradas por todas partes; interrogó el silencio y la profundidad de las matas, y, seguro de que nadie le veía, se lanzó presuroso tomando la misma dirección que Anhuba.

Dos horas más tarde, el señor de Ciurana y de todos aquellos alrededores, el rey moro Almira Almuminiz, el más constante y más implacable perseguidor de los cristianos, hallándose en su estancia y sentado sobre opulentos cojines, acertó á volver casualmente la cabeza, y vió, no lejos de la puerta, á un hombre respetuosamente encorvado, de tal manera que casi tocaba con la cabeza el suelo. Largo rato hacía ya que estaba en semejante postura sin desplegar los labios para no turbar el recogimiento de su poderoso señor.

—Levántate, Hadkahadji,—dijo el régulo.

El negro se incorporó.

—Dime—prosiguió Almira Almuminiz,—¿qué noticias traes á tu señor?

—El cristiano y la favorita—dijo el negro con voz sorda,—se han visto hoy, como ayer, como anteayer, en el pabellón del jardín al romper el alba.

—¿Pudiste oir algo de su conversación?

—Una vez me acerqué á rastras hasta la puerta de cedro, y distinguí perfectamente la voz de Anhuba.

—¿Qué decía?

—Hablaba en la lengua de los cristianos.

—Que ese perro esclavo le habrá enseñado. ¿Irá también mañana Anhuba á la cita?

—Probablemente.

Almira Almuminiz sacó un puñal de su cinto, y arrojándoselo al esclavo le dijo:

—Cuando vaya Anhuba á la cita debe encontrar un cadáver. Por hoy nada más—añadió, viendo que el ne-

gro no se movía, aguardando sin duda más órdenes;—otro día veremos lo que se ha de hacer con Anhuba..... No sé; puede que te la regale.

Una expresión de salvaje gozo resplandeció en el rostro de Hadkahadji, que recogió el puñal, retirándose en seguida.

Aquella misma noche, á hora ya muy avanzada, se volvió á abrir como por la mañana una pequeña puerta del Norte en el castillo, saliendo por ella la misma mujer en el mismo manto blanco envuelta. Tomó igual dirección que al rayar el alba, y llegó á la puerta del pabellón.

Anhuba se detuvo allí para respirar y reponerse un momento de su fatigosa carrera.

Reinaba el silencio más profundo, un silencio de muerte interrumpido sólo por el monótono compás del agua que caía en las conchas de mármol, y por la voz quejumbrosa del viento de la noche zumbando entre las ramas. Tranquilizada Anhuba por la calma que en torno suyo reinaba, empujó la puerta de cedro y adelantando la cabeza en las tinieblas, dejó escapar de sus labios, como un eco débil, el nombre de Rodrigo.

Nadie contestó.

La joven repitió el nombre con voz más alta. El mismo silencio.

—No ha venido aún,—pensó la bella mora.

Y entró en el pabellón. Sobrecogida de miedo, trémula de ansiedad, Anhuba dió algunos pasos en las tinieblas para sentarse en los almohadones que había en el centro de la estancia, y esperar allí la llegada de su amante. No tardó en hallar el asiento; pero al ir á dejarse caer en él, su mano tropezó con otra mano helada como un mármol, que descansaba sobre los blandos cojines.

Anhuba retrocedió despavorida, no pudiendo contener un imprudente grito.

Alguien había allí..... alguien, y, sin embargo, al grito de la mora nadie se movió. Todo volvió á entrar en el mismo aterrador silencio. En cuanto á Anhuba, se quedó clavada en el sitio, á cuatro pasos del diván, no sabiendo á qué atribuir aquel contacto de hielo que la había estremecido: si á una ilusión de sus sentidos, ó á una espantosa realidad.

La luna, que en aquel momento se destacó de entre un grupo de nubes invadiendo el pabellón por una de sus abiertas ventanas, vino á sacarla de duda.

Un hombre aparecía á los ojos de la joven, un hombre tendido en el diván; pero pálido, amoratado, inerte, caídas las manos, lleno de sangre de una herida abierta en el pecho; un cadáver, en fin, y..... y el cadáver de Rodrigo.

Anhuba quiso gritar, y no pudo; quiso moverse, y le fué imposible; pero sus manos se cruzaron, dobláronse sus piernas, y cayó de rodillas sobre el duro mármol pálida como una muerta, muda como una estatua, insensible en aquellos momentos como si un rayo la hubiese herido.

Medio tendida en el suelo permaneció por largo rato. Poco á poco la vida fué volviendo á su cuerpo, el calor á su corazón, el fuego á sus ojos. Una crisis nerviosa agitó por un breve instante sus miembros, y se puso repentinamente de pie movida como por un resorte.

Y se puso entonces de pie, pero no pálida, conmovida, convulsa; sino terrible, soberbia, sombría.

—Nuestro amor ha sido descubierto—dijo dando un paso y extendiendo su mano sobre el cadáver,—y tú, pobre mártir, has regado con tu sangre la aurora de mi libertad. Pues bien; yo marcharé serena por el camino que me traza la religión de tus padres..... Una brecha ha sido abierta en el muro, un cazador ha de

responder al sonido de tu silbato..... Yo atravesaré esa brecha, yo llamaré á ese cazador.....

Dijo, y volviéndose hacia la puerta, y amenazando con su puño cerrado, añadió:

—¡Tiembla, rey de Ciurana! Tu antigua favorita ha de venir un día á pedirte cuenta de la sangre de su amante, al frente de una hueste de cristianos.

En seguida besó en la frente el cadáver, registróle el pecho para apoderarse del silbato, y recogiendo un puñal caído en el suelo, el mismo que debió servir para dar muerte á Rodrigo, salió del pabellón y no tardó en perderse en la profundidad de las sombras.

Rato hacía que dejara atrás el castillo; rato hacía que, siguiendo el camino indicado por su amante, la joven mora andaba á la ventura, sin que supiera á punto fijo dónde se dirigía, dónde encaminaba sus inciertos pasos. Sin embargo, tenía confianza en Dios, en el Dios de su amante; seguía andando, venciendo las contrariedades del terreno, murmurando entre dientes una plegaria que le había enseñado Rodrigo.

Llegó un momento, no obstante, en que, rendida por la emoción y la fatiga, sin fuerzas casi, Anhuba se detuvo para tomar aliento y se apoyó en el tronco de un árbol. Se hallaba en un paraje salvaje y solitario: la luna hería una masa imponente de árboles que se alzaba no lejos de ella; todo estaba desierto; el viento zumbaba con eco triste entre las ramas, y algún pájaro nocturno iba de cuando en cuando á pasar por junto á la joven, haciéndola estremecer.

Repuesta ya algún tanto de su fatiga, la pobre joven siguió su camino; pero no hubo de tardar en convencerse de que se había totalmente extraviado. Se hallaba en el centro de un fragoso bosque, y ningún sendero, ni indicio de él, se ofrecía á sus pasos. En esto, ya el alba comenzaba á sonreir.

Anhuba tuvo miedo, y pensando que acaso estaría ya cerca del pueblo de Ullés, cerca de la vivienda del cazador, llevó por instinto el silbato á sus labios, y dejó escapar, promediados por naturales intervalos, tres agudísimos silbidos.

En seguida esperó.

Pocos momentos después, un grave y lento paso sonaba en el bosque, y saliendo de entre los árboles, un hombre con la primera luz del alba apareció ante la joven.

No era el cazador, era un ermitaño. Luenga barba caía sobre su pecho, burdo sayal le cubría, una grosera cuerda ceñía su talle, un palo corvo apoyaba sus pasos. Al ver aparecer aquel hombre, que no era el que buscaba, Anhuba se hizo atrás. El ermitaño, por su parte, se detuvo también á la vista de la mora.

Sin embargo, no tardó esta última en conocer que el hombre que tenía delante era uno de esos piadosos anacoretas que, para cumplir un voto ó expiar una falta, iban las más de las veces á sepultarse en las entrañas de los montes para pasar su vida rezando y haciendo penitencia. Así es que, recobrándose pronto de su primer movimiento, se arrojó á los pies del hombre que Dios le deparaba y exclamó:

—¡Santo varón, si sois un enviado del cielo, amparadme!

—Pobre puede ser la protección de un cenobita, hija mía—dijo con pausada voz el solitario;—pero antes, explicadme..... esos silbidos que rasgaron el aire.....

—Yo los dí,—dijo la joven.

—¡Vos!

—Sí; para llamar á un cazador que debe habitar no lejos de aquí: el cazador Poblet.

—¡El cazador Poblet!—exclamó lleno de asombro el ermitaño.—¿Y qué os mueve á vos á ir en busca del cazador Poblet?

—Oidlo.

Y la bella mora refirió con expresión ingenua toda su triste historia. Contó el favor de que gozara un tiempo con el rey Almuminiz; cómo conoció al cristiano esclavo; cómo amó á Rodrigo; cómo fué iniciada por éste en los misterios de su religión; cómo debían partir juntos aquella misma noche al encuentro del cazador, y cómo, finalmente, había ido en busca de su amante á la hora de la cita, encontrándose sólo con un cadáver. Nada le ocultó, nada: ni aun el juramento de venganza que hiciera sobre el helado cuerpo de Rodrigo.

Cuando hubo terminado su relación, el ermitaño, que atento había escuchado, le dijo:

—¡Regocijaos, hija mía! Ante vos tenéis el que buscáis. Sí—continuó, viendo que la joven hacía un movimiento;—Poblet, el cazador, es hoy el ermitaño Poblet.

—¡Vos!

—Yo mismo, que estando en oración en mi solitaria cueva, á cuya puerta Dios os ha traído, oí la seña y conocí el silbato que hube de dar un día al hombre que me salvó la vida. Héme apresurado á acudir. Juzgad de mi sorpresa cuando he visto á una mora.

—¿Sois vos Poblet, vos?—preguntó la joven, que no acertaba á creer.

—¿Os admira hallar al cazador convertido en ermitaño? Es también otra historia que, á mi vez, voy á contaros. Habíame un día retirado tarde á mi humilde choza, rendido por el trabajo de la jornada, y apresuréme á tender mis fatigados miembros en mi lecho, buscando el apetecido descanso. Acababa apenas de cerrar mis párpados á impulsos de una gran soñolencia, cuando un ruido como el de un trueno cercano me despertó, á tiempo que una claridad vivísima y espléndida penetraba en mi habitación. Incorporéme asombrado:

un suave aroma se había esparcido por la estancia, y un coro de voces angélicas resonó á mi oído. Algo sobrenatural tenía lugar allí, algo divino. Me arrojé del lecho, y con las manos plegadas, con los ojos dirigidos al cielo, con el corazón embargado por una dicha desconocida, caí de rodillas en oración, en éxtasis. Dios se dignaba hacer un milagro en favor de su humilde siervo. Una voz resonó de pronto; una voz débil como el silbido de la flecha que pasa rasgando los aires, y que, sin embargo, percibí con toda claridad, no perdiendo una sola palabra de cuanto dijo. «Poblet—murmuró la voz,—en la cueva de Lardeta falta un solitario. Un día ha de llegar en que esa ignorada cueva se convierta en una de las casas de Dios más famosas del universo; casa elegida por el Señor para llevar tu nombre. Humíllate, Poblet, y bendice el santo nombre de Dios.» Otro trueno retumbó entonces; calló la voz, desapareció la luz, extinguióse el aroma que llenaba mi morada, y yo me quedé con la frente en el polvo, golpeando mi pecho y bendiciendo con toda la efusión de mi alma cristiana al Dios que se había dignado enviarme á uno de sus celestiales mensajeros para nombrarme su elegido en la tierra. Al siguiente día salí de Ullés, y vine á esperar en la cueva de Lardeta, donde paso el día y la noche entregado al ayuno, á la oración y á la penitencia, el ansiado instante en que se cumplan los designios del Eterno.

Cesó de hablar el solitario. La mora miraba con respeto á aquel hombre que había oído la palabra y había sido elegido por los designios de Dios.

Poblet interrumpió el silencio.

—Seguid mis pasos, dijo á la joven;—os llevaré á mi cueva.

Anhuba se dispuso á obedecerle. Durante la conversación de nuestros dos personajes, el día había ido avan-

zando, y los rayos del sol doraban ya las copas de los árboles. Habíase ya internado en el bosque el anacoreta seguido de la joven mora, cuando repentinamente el viento llevó hasta ellos los aullidos de una jauría.

—¡Oh!—gritó la joven deteniéndose.

—¿Qué es eso?—exclamó Poblet volviendo tranquilamente la cabeza.

—¿Oís? Son los perros del rey de Ciurana que aullan. Padre, se habrá notado mi desaparición del castillo, y Almira Almuminiz ha lanzado sus mastines en mi busca. Perdidos somos.

Poblet se sonrió.

—¿Y nuestra confianza en Dios?—dijo.

—Es que vos no sabéis, padre, lo que son los perros de Ciurana—contestó la joven.—El rey los tiene acostumbrados, como si fuesen fieras, á destrozar cristianos: siguen la huella del hombre en el bosque; dan con la más secreta morada, y.....

—Tranquilizaos—interrumpió Poblet.—Por fieros que sean, les veréis tenderse tranquilamente á mis plantas. Á la voz de San Antonio, los mismos leones cavaron en el desierto la huesa donde enterró á San Pablo.

Respiraban tanta confianza y seguridad las palabras del solitario, que Anhuba depuso su zozobra y le siguió llena de valor y resignación.

Llegaron á la cueva de Lardeta, sin haber dejado de oir, y cada vez más claros, más distintos y próximos, los aullidos de la jauría. Un murmurante arroyo rodaba en la boca de la cueva sus olas de plata, como si una mano invisible le hubiera allí colocado para apagar la sed del ermitaño.

Al llegar á aquel sitio, Poblet se acercó á un árbol, arrancó dos ramas y, formando con ellas una cruz, la clavó en el suelo á pocos pasos de la cueva. En seguida, dirigiéndose á la mora,

—¡De rodillas, Anhuba!—le dijo.

La joven cayó de rodillas junto al lecho del arroyo. El anacoreta se acercó, murmurando una plegaria; inclinóse hasta recoger con el hueco de su mano una porción del agua cristalina que á sus pies corría, y dejóla caer sobre la cabeza de la mora, pronunciando unas palabras que Anhuba no comprendió. Terminada esta ceremonia, Poblet dijo á su compañera con voz solemne:

—Dios te ha admitido entre sus hijos; eres ya cristiana. De hoy en adelante, llevarás el nombre de la mártir barcelonesa. ¡Levántate, Eulalia!

Y la joven se levantó, llena de júbilo el alma, resplandeciente el rostro de alegría.

Terribles aullidos sonaron entonces á pocos pasos.

—¡Ya están aquí!—gritó la nueva Eulalia con una indecible expresión de terror, arrojándose azorada hacia el solitario como para escudarle con su cuerpo;—ya están aquí, pero me matarán á mí primero.

Poblet extendió el brazo y apartó á la joven.

—Tranquilízate, hija mía,—dijo; y añadió, señalando la cruz que pocos momentos antes había formado con las ramas:—basta esa cruz para impedirles el paso.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando la vega de Lardeta, en medio de la cual sobresalía la cueva que había tomado su nombre, se vió repentinamente invadida por una multitud de perros y de moros á caballo. Al frente de los sarracenos se veía al mismo rey de Ciurana montado en un soberbio alazán que barría el suelo con sus crines.

—Allí está—gritó Almira Almuminiz al divisar á su favorita.—¡Adelante!

Y hombres, caballos y perros se precipitaron á un tiempo.

La jóven arrojó un grito, cubrióse el rostro con las

manos y se estrechó contra el ermitaño, que esperó á pie firme sin retroceder una línea; pero ¡oh prodigio! al llegar cerca de la cruz de ramas, los perros se detuvieron, los caballos se pararon impedidos de avanzar como por una fuerza sobrehumana. Sólo el rey de Ciurana quiso esforzarse en pasar adelante, y, tropezando el corcel, derribó en el polvo á su jinete.

Almira Almuminiz se levantó rugiendo de cólera.

—¿Qué es eso?—exclamó.—¿Quién me impide el paso?

—Yo,—dijo la voz tranquila de Poblet.

—¡Tú! ¿Y quién eres tú?

—Un humilde ermitaño, un pobre siervo del Dios único y verdadero.

—¡Mientes!—gritó el moro.—No hay más Dios que Dios, y Dios es grande.

Poblet se sonrió con desdén.

—Voy á hacerte despedazar vivo por mis perros,—exclamó el régulo de Ciurana exasperado.

Y mandó dar de latigazos á la jauría, pero todos los perros se tendieron en el suelo; el mismo rey probaba de avanzar, y no podía. Almira Almuminiz palidecía de ira. Así es que, crispados sus puños y amenazando con ellos al anacoreta, exclamó profiriendo una blasfemia:

—¡Perro infiel, toda esta vega diera por tenerte sólo una hora en mi poder!

—Moro—dijo entonces Poblet,—acepto tu palabra. Prométeme la vega, júrame que dejarás partir sana y salva á mi compañera, y me entrego á tí.

—¡Por Alah te lo juro!—exclamó el moro, que ansiaba por de pronto hacerse dueño á todo trance del solitario.

—Eulalia—dijo entonces Poblet volviéndose hacia la joven,—tu misión te llama á otra parte. Encamína-

te al sitio donde la fama te diga que está el conde de Barcelona: preséntate á él, díle que Ciurana y Prades le esperan, que sus dominadores los moros son débiles, y que un puñado de valientes basta para arrojarlos de sus riscos. Corre, no te detengas; no vuelvas sin traer contigo una hueste de héroes; piensa en la sangre del pobre mártir que clama venganza. Parte, y, escudada por esa cruz, atraviesa sin miedo por entre esa turba de infieles. ¡Dios va contigo!

En seguida el anacoreta arrancó del suelo su tosca cruz, y se la dió á la joven.

—Y ahora—añadió,—avanza, rey de Ciurana; pero antes abrid, abrid paso á la que sigue su camino escudada por la protección de Dios.

Sobrecogidos los moros, hiciéronse respetuosamente á un lado cual si á un poder desconocido obedecieran, y fué entonces de ver cómo, con reposado ademán, con serena frente, con tranquilo paso, con la sonrisa en los labios y alzando la tosca cruz de ramas, pasó por entre toda aquella turba de hombres feroces y desalmados sarracenos, la mujer que un día reinara en el corazón de su rey, sin que uno solo se atreviera á estorbarle el paso, sin que un solo brazo se adelantara para detenerla en su camino. Almira Almuminiz mismo se callaba, pareciendo lleno de estupor y siguiéndola con su mirada.

Cuando ya la joven hubo desaparecido; cuando todos aquellos hombres comenzaron á moverse, asombrados de no haberse sentido con fuerzas para detener á una mujer indefensa, Poblet dió un paso y dijo sosegadamente:

—Aquí estoy, rey de Ciurana: cumplida está mi palabra; cumple la tuya.

—Lo único que tú mereces, perro cristiano—exclamó rugiendo de cólera Almira Almuminiz,—es que,

maniatado como el más vil de los esclavos, te lleve á mi castillo de Ciurana, y te haga pudrir en la más profunda de sus mazmorras.

Y á una seña de su caudillo, varios sarracenos se arrojaron sobre el anacoreta, que se dejó atar sin oponer la menor resistencia. Así fué llevado al castillo y hundido en un calabozo subterráneo.

Al siguiente día un azorado servidor se presentaba al rey moro y le daba parte de haber desaparecido el solitario durante la noche.

Almira Almuminiz recibió la noticia con asombro: quiso enterarse por sus propios ojos; bajó á la mazmorra; la registró, y, no pudiendo ya dudar de la verdad, montó precipitadamente á caballo, y seguido de algunos pocos sarracenos tomó á escape la dirección de la vega de Lardeta.

Allí, sentado en el umbral de la cueva, pacífico y tranquilo, estaba el anacoreta que, como la vez primera, al ver á los sarracenos dirigirse á él, formó otra cruz con dos ramas fijándola en el suelo. Quisieron avanzar los infieles, pero cuantos lo intentaron fueron á rodar por tierra á pocos pasos de la cruz.

—¿Qué es eso, y qué poder mágico te auxilia?—gritó el régulo de Ciurana.

—No es ningún poder mágico: es Dios, que protege á su humilde siervo. Prométeme, como hiciste ayer, que me harás donación de la vega, y volverás á tenerme en tus manos.

Prometióselo Almira Almuminiz, y entonces Poblet, pasando por delante de la cruz, se dejó atar y conducir al castillo, donde, nuevamente olvidado de su promesa, mandóle el moro bajar á una profunda mazmorra, de la que no se partió hasta ver al solitario sujeto á una argolla por una firme cadena, y hasta después de haber mandado que dos guardias velaran toda la noche

con luz en la estancia. Cuando ya todo estuvo conforme á sus deseos, se salió diciéndole:

—Veremos si hoy te escapas.

Poblet no contestó.

Al día siguiente, el anacoreta había desaparecido. Los soldados se durmieron, la luz se apagó, la cadena se había desprendido de la argolla sin violencia, la puerta se había abierto por sí sola.

Al saber esta nueva el régulo de Ciurana, exclamó:

—Tercera vez voy á aherrojar á Poblet; y si por vez tercera se me escapa, creeré entonces que un poder divino le socorre y darle hé la vega que habita. Lo juro por la tumba del profeta.

Nuevamente fué maniatado el ermitaño, al que, como siempre, se halló en su cueva; nuevamente fué bajado á su mazmorra, quedándose aquella vez á vigilarle el mismo rey; pero como la primera, como la segunda, los sonrientes albores de la mañana hallaron ya en su cueva de Lardeta al solitario, transportado allí, como las dos veces anteriores, por misericordia divina.

Ya no fué asombro lo que sintió entonces el rey moro: fué terror, fué miedo de aquel poder omnipotente y misterioso que, adormeciendo á sus guardas, arrancaba de entre los hierros y cerrojos á un preso para depositarlo sano y salvo, y por tres veces consecutivas, en un punto lejano.

Acaso entonces comprendió y admiró en secreto toda la grandeza de esa religión que sus padres y su país le habían enseñado á aborrecer. Lo cierto es que, subiendo á su estancia en tanto que le ensillaban un corcel, mandó escribir de prisa algunas líneas en un pergamino que arrolló y puso en su cinto. Pocos minutos después montaba á caballo, y no acompañado de lucida hueste, como las veces anteriores, sino solo y sin armas, bajó hasta el valle de Lardeta.

El huésped de la cueva se hallaba, como de costumbre, sentado en el umbral de su mansión.

Aquella vez pudo el rey moro acercarse sin tropiezo al solitario, en cuyas manos dejó el pergamino, diciéndole:

—Me venciste, Poblet. De hoy más serás sagrado para mí. La protección del rey moro de Ciurana escuda tu persona, y también el territorio de que es este pergamino el acta de donación.

El ermitaño desplegó el pergamino y leyó la donación que en toda regla hacía el régulo de Ciurana, cediéndole el valle de Lardeta con sus montañas y tierras vecinas [1].

1 Finestres asegura que este documento se guardaba en el monasterio, caja 1.ª, legajo 1.º, y lo copia traducido al castellano de esta manera:

"En el nombre de Dios piadoso apiadador, y la salvación de Dios sea sobre Mahoma su profeta honrado, sobre él y los suyos, y loores á Dios el uno. Esta es la donación del honrado rey Almira Almuminiz. Esfuérceos Dios, y ayúdeos con su ayuda á vos el ermitaño Poblet, aquél que habita en la partida de Lardeta. Esfuérceos Dios y ayúdeos, y os faga cercano á su misericordia la grande. En lo cual vos fuísteis preso en la villa de los Moros en el tiempo de la guerra, y por vuestra dignidad y gracia, que Dios os quiso facer, fuísteis vuelto á vuestra ermita. Por ende yo el dicho rey Almira Almuminiz, vos fago gracia de todas estas Montañas y Tierras, que son en esta partida para vos, y para quien vos querráis indistintamente, sin ninguna revocación. Y que ningún Moro sea osado de ir contra la dicha mi Donación, so pena de la vida. Otro sí: vos aseguro que ninguno de los míos, ni menos otros Moros que sean, no sean osados á damnificar vuestra persona ni cosas vuestras. Y así lo firmo con firma honrada, y juro á Dios de no ir contra lo que vos he prometido. E pongo á Dios por testigo, aquél que no hay otro Criador sino él. Fué fecha la dicha Escritura á veinte días del mes de Febrero, año de la era de Mahoma DC.XIIII. años (1120 de Jesucristo)."

Aun despojando de la leyenda la parte de milagros y alguna otra, parece, en efecto, positivo que existió un ermitaño llamado Poblet, del que tomó nombre el monasterio.

A favor del seguro que se acaba de leer, reuniéronse á Poblet algunos compañeros; pero como no tardaron en ser perseguidos por vasa-

Dueño ya Poblet de la vega, dió mayor espacio á la cueva, erigiendo en ella un oratorio y un altar bajo la advocación de San Salvador, en memoria de haberle Dios salvado. No se pasó mucho tiempo sin que se le reunieran dos ó tres amigos dispuestos á vestir hábitos de penitencia, y sepultarse, como él, en las profundidades del desierto.

Algunos años se pasaron así. Cada tarde Poblet decía á sus compañeros:

—Oremos, hermanos míos, oremos para que venga pronto el conde de Barcelona, y para que las altivas torres de Ciurana vean ondear triunfantes las armas de Vifredo.

Y los solitarios oraban, oraban para que llegase el conde; y el conde tardaba en llegar.

La noche de un sábado, estando en oración los penitentes, vieron bajar del cielo unas luces sobre la frondosa alameda que había á corta distancia de la ermita, hacia Oriente. Llamóles la atención el suceso, y suspendieron sus preces. Tres eran las luces, todas de vivísimo resplandor, cerniéndose como lenguas de fuego sobre la bóveda de follaje que se extendía bajo de ellas.

Al cabo de algunos minutos, que contemplándolas estaban, desaparecieron con más rapidez de la que se habían presentado; pero casi al mismo tiempo los extasiados anacoretas veían salir de entre el espesor de la alameda tres blancas formas deslizándose una tras otra, mudas, silenciosas y graves.

llos del rey moro de Lérida, consiguieron de éste que en 20 de Marzo de 1130 confirmase con nuevo documento la donación y privilegio del rey de Ciurana; confirmación que les animó á fabricar una capilla, y con ella su casa, á lo cual dió grande empuje el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, al arrojar á los moros de Prades y Ciurana.

Esto es lo que dice la crítica histórica, para la cual no hace ciertamente gran fuerza todo lo demás de la leyenda.

Hubiérase dicho tres fantasmas. Eran tres mujeres.

Fueron adelantándose, é iban á pasar por delante de los atónitos anacoretas sin dirigirles la vista que no levantaban del suelo, á no haberlas detenido la voz sonora de Poblet.

—¿A dónde van las doncellas á semejante hora por el valle?

—A Ciurana.

—¿Y á qué van allí?

—A conquistar para Dios las pobres almas extraviadas.

—¿Quién os envía?

—Eulalia.

—¿Quiénes sois?

—Somos tres de sus hermanas.

—¿Eulalia vive?

—Vive y va á llegar con el ejército del conde, conquistador de Lérida y Tortosa.

—Gracias te sean dadas, Dios todopoderoso—exclamó Poblet, alzando con efusión sus manos al cielo;—nuestros votos fueron oídos. Los héroes catalanes vienen á clavar su victorioso estandarte en Prades y en Ciurana. ¿Viene con ellos Eulalia, habéis dicho? ¡Verdad, doncellas?

—Eulalia viene con ellos.

—¿Eulalia, la mora un día y hoy cristiana?

—Sí, Eulalia, favorita un tiempo del rey moro, y hoy la noble cristiana que, enarbolando por pendón una sencilla cruz de ramas, ha reunido en torno suyo un ejército de doncellas para conquistar con la persuasión y el ejemplo á los infieles, antes que el conde les conquiste con las armas y la guerra. Adiós, pues, hermanos. A Ciurana vamos, que allí nos envía Eulalia.

—Adiós, pues, doncellas; pero atended, que en Ciurana está la muerte.

—Moriremos bendiciendo á Dios.

—¡Id, pues, nobles mártires!

Y las tres doncellas se marcharon mudas, tranquilas y resignadas. Caminaban hacia la muerte, ya lo sabían. Eulalia misma no se lo había ocultado al enviarlas: ellas las primeras habían pedido entonces partir.

—Seréis víctimas,—les dijo Eulalia derramando una lágrima.

—Seremos mártires,—le contestaron con una sonrisa.

En efecto; al día siguiente de su conversación con Poblet, Almira Almuminiz las sorprendió predicando los preceptos del cristianismo á un grupo de moros que las escuchaban atónitos, y después de haber mandado desgarrar sus carnes con uñas de hierro y de haberlas visto espirar entre tormentos, pero sonriendo, hizo colgar sus cuerpos de una torre del castillo.

Aquella misma tarde, cuando ya las luces de un sol moribundo arrojaba sus últimos destellos, un grupo de caballeros cristianos celebraba consejo junto á un bosquecillo de hayas al pie de los montes de Ciurana. Con los caballeros se veía á una mujer. Era Eulalia. Detrás de ellos se extendía un bosque de lanzas. Era la hueste del conde catalán.

La que un día se llamara Anhuba, la que recibiera nueva religión y nuevo nombre de labios del solitario de Lardeta, había cumplido su juramento. Años pasaron; pero la mora volvía, heroína y cristiana, al frente de un ejército, á pedir cuenta á Almira Almuminiz de la sangre de su amante. Durante todo aquel tiempo había seguido las banderas victoriosas de Berenguer IV, esperando la promesa que éste le hiciera de ir á Ciurana; le había acompañado á Tortosa y á Lérida, y había agrupado en torno de la cruz de ramas del pobre cenobita un número considerable de doncellas, dispues-

tas á su vez á pelear en pro de la santa causa con las armas de la persuasión y de la dulzura.

El día en que la volvemos á encontrar permanecía silenciosa, oyendo los discursos de los caballeros sobre el orden que guardar se debía para el ataque de Ciurana.

El debate era vivo, cuando de pronto, adelantándose un caballero mozo y galán, en cuya frente brillaba el entusiasmo, dijo al conde de Barcelona:

—Señor, dadme en feudo el castillo de Ciurana, y el sol de mañana alumbrará ya en su torre el pendón cristiano de Vifredo.

—En feudo lo tendrás, Ramón de Cervera—contestó Ramón Berenguer IV,—si al primer albor de la mañana veo ondear en su torre mi bandera.

—Lo veréis, señor, ó habré muerto en la demanda,—exclamó el aguerrido joven.

—Y yo con él, señor,—exclamó entonces Eulalia con voz dulce.

—¡Pues bien, id, y que Dios os guíe!—dijo el conde.—Yo, en tanto, me dirijo á la vega de Lardeta para cortar la retirada á los infieles.

Ramón de Cervera mandó tremolar su pendón y tocar al arma.

—Aquí los míos—gritó.—¡A Ciurana!

Y la mitad del ejército se precipitó tras sus huellas y las de Eulalia, gritando como ellos:

—¡A Ciurana!

La guarnición no pudo ser sorprendida, como esperaban. Almira Almuminiz fué advertido de la llegada de los cristianos, y los esperaba á pie firme, tomadas todas las precauciones de defensa. La lucha fué, pues, encarnizada; el combate horrible, aumentado su horror por la oscuridad de la noche. Allí donde era mayor el peligro, allí estaba la espada del valiente Ramón

de Cervera; allí donde había mayor número de heridos, allí de donde partían más lastimosos y dolorosos ayes, allí estaba Eulalia dando á besar su cruz de ramas á los moribundos, vendando las heridas de los que desfallecían, exhortando con palabras varoniles á los que se mantenían aún de pie.

Rato hacía ya que duraba el combate, cada vez más enconado y sangriento, cuando repentinamente se vieron brillar tres luces que bajaban del cielo: eran las mismas que los solitarios de Lardeta vieron posarse sobre la alameda.

—Son las almas de nuestras tres mártires, cuyos cuerpos yacen colgados en la torre—gritó con entusiasmo Eulalia señalando aquellas luces misteriosas.—Son ellas, que bajan enviadas por Dios á prometernos la victoria.

Dijo, y agitó en el aire la cruz, de que su mano estaba constantemente armada en medio del peligro.

Los guerreros arrojaron, no ya un grito, sino un rugido de entusiasmo, precipitándose furiosos sobre el enemigo.

En el ínterin, el conde de Barcelona, que avanzaba con la otra mitad del ejército hacia Lardeta, vió también brillar las tres luces misteriosas, como un mudo aviso del cielo. Asombrado de tal maravilla, apresuraba el paso, cuando se ofreció á su vista la cueva ya conocida en toda la comarca por *la ermita de Poblet.*

Temió el conde que aquella cueva encubriese alguna emboscada; así es que colocó sus soldados en disposición de poder resistir á cualquier choque imprevisto, y adelantándose solo, dió con la espada en la puerta. Abrióse ésta de repente, y ofrecióse á la vista de todos el más inesperado espectáculo.

En el fondo de la ermita, alzándose majestuosa sobre un modesto y sencillo altar, se descubría la imagen

de la Reina de los Cielos rodeada de luces y velada por los anacoretas que oraban á sus pies, enarbolando uno de ellos la santa cruz del Redentor.

Asombrado el conde, se hizo algunos pasos atrás, y cayó de rodillas, prosternándose con él todo el ejército.

Entonces los cenobitas comenzaron á entonar un canto tierno, melancólico, solemne, lleno de unción y de poesía, al que prestaban un tinte inefable de dulzura y un sagrado carácter de religiosidad, las sombras de la noche, la soledad, el silencio y la santa contemplación de todo un ejército de prosternados héroes.

Acababan las últimas notas del canto de perderse en el aire subiendo al cielo, cuando un puñado de guerreros catalanes se precipitó en el valle llevando á su cabeza á Eulalia, que agitaba su cruz.

—¡Victoria! ¡Victoria!—gritó la joven arrojándose hacia el conde.—Nuestra es Ciurana. La mitad de la guarnición ha perecido, y la otra mitad está prisionera con su rey Almira Almuminiz.

El gozo resplandeció en el semblante del conde, que llamando á los anacoretas les dijo:

—Ya lo veis, Ciurana es nuestra. El pendón catalán tremola en las cimas de estos montes. En memoria de este suceso, y para corresponder también al secreto consejo que acaso quisieran darme con su aparición las tres luces misteriosas, deseo fundar aquí un monasterio cual otro no haya en la cristiandad. Este monasterio llevará tu nombre—añadió, dirigiéndose á Poblet,—ya que eres el primer ermitaño de esta comarca, y desde ahora lo elijo, con todos mis sucesores, en vida para recreo y en muerte para descanso.

Estas palabras produjeron grande emoción de gozo en los solitarios. Habíase cumplido la predicción de Poblet. Dios le había destinado para dar nombre al monasterio.

Eulalia se adelantó.

—Señor—dijo,—Ciurana está ya en poder de las huestes cristianas, y mi voto se ha cumplido. Mis compañeras y yo desearíamos retirarnos á terminar nuestros días con las religiosas de San Pedro de las Puellas.

Dióle el conde su permiso.

Al día siguiente Ramón Berenguer tomaba posesión del castillo, y Eulalia, la Anhuba del infeliz Rodrigo, se retiraba al fondo de un claustro á terminar su vida entregada al llanto, á la penitencia, á la oración y á los recuerdos.

También al siguiente día comenzaban los trabajos para la edificación del monasterio.

Tres años después, la ermita quedaba transformada en una iglesia de regulares dimensiones con su altar y retablo á usanza de la época, bajo la advocación de la Virgen de la Humildad. Al propio tiempo el magnánimo conde hacía levantar otras dos iglesias, una bajo la advocación de Santa Catalina y otra bajo la de San Esteban, en memoria de las tres luces celestiales que se vieron la noche del asalto de Ciurana.

Cuando ya la obra tocaba á su término; cuando ya D. Ramón Berenguer IV, á quien llaman nuestras crónicas *el Santo*, vió alzarse majestuoso y soberbio el edificio que debía ser un tiempo perla del suelo catalán y gloria de los monarcas aragoneses, entonces pensó en llamar á algunos virtuosos solitarios para que continuaran la obra por él tan santamente comenzada, y entonces recordó asimismo sus ya antiguos y secretos deseos de introducir en sus estados la religión cisterciense.

Existía por aquellos tiempos un hombre á quien los pueblos veneraban y á quien pedían consejo los reyes; un hombre que era la más firme columna de la Iglesia, de esa Iglesia que lo mismo producía entonces mártires que soldados; un hombre que agrupaba bajo las

banderas de Cristo y reunía á la sombra del claustro la flor de los caballeros de la flor de las familias; un hombre, en fin, que desde su abadía de Claraval, y con la reforma de San Benito, iba enviando huestes de Monjes Blancos [1] á todas partes y conquistándose el apoyo de toda la cristiandad.

Este hombre era San Bernardo.

A él recurrió el conde. Un mensajero partió un día para Claraval con una misión del cuarto de los Berenguers, suplicando á San Bernardo le enviase algunos religiosos de su orden para fundadores de aquel nuevo edificio que á su costa y gastos estaba levantando. Oyó Bernardo el mensaje y accedió. Trece monjes del Císter fueron elegidos por él; confirió la dignidad abacial á uno de ellos, y desde el monasterio de Fonfreda, en Narbona, mandóles á Cataluña, donde, junto con los piadosos anacoretas y con Poblet, formaron comunidad y vivieron bajo reglas cistercienses.

A contar de esta época, fué siempre en aumento el monasterio, que comenzó á llamarse de Poblet. Cedióles el conde todas las tierras circunvecinas, y para que los monjes viviesen con toda tranquilidad y cual requerían su instituto y su grandeza, permanecieron en la vecina montaña de Ciurana los vasallos de Ramón de Cervera, sirviendo siempre de atalaya y defensa del monasterio en memoria del que fué su señor y del que un día, junto con el conde de Barcelona, libertó á todo aquel país del yugo sarraceno.

La religiosa casa que acababa de tomar nombre del humilde ermitaño, no tardó en ser uno de los más famosos y opulentos monasterios de España.

Cada día fué creciendo en suntuosidad, en esplendor y en magnificencia.

1 Así eran llamados vulgarmente los monjes de la orden del Císter.

III.

Los muros de Poblet.—La capilla de San Jorge.—La iglesia de Santa Catalina.—La Virgen del Ciprés.—La puerta dorada.

Poblet es hoy una gran ruína; pero es, al menos, una ruína que permite al viajero y al artista hacerse cargo de lo que pudo ser aquel edificio, mejor dicho, aquella agrupación de edificios, en sus tiempos de esplendor y gloria.

Ayer todavía Poblet era panteón de los reyes y de los próceres aragoneses y catalanes, y por sus galerías y claustros, por los espaciosos salones de sus palacios, el del rey y el del abad, veía cruzar sus monjes, entre los cuales los hubo famosos por su santidad, rectitud ó ciencia: ayer se alzaba majestuoso con su manto de almenadas torres y su diadema de graciosas cúpulas, y no veía entrar por sus puertas más que á príncipes y á monarcas que, revueltos con devotos romeros y piadosos peregrinos, iban á doblar la rodilla ante sus altares: ayer recibía pruebas inequívocas de la munificencia y largueza de los reyes, que se apresuraban á colmar de presentes, en vida, al monasterio escogido para albergarles en muerte; los más opulentos magnates acudían á depositar sus ofrendas á los pies del abad; los fieles dejaban allí sus dones, y los artistas de más fama, por fin, enriquecían el monumento con joyas de gran valía para conquistarse el aplauso y admiración de las edades venideras.

Hoy todo ha cambiado. Solitario, desierto, abandonado casi, Poblet es nido de aves de rapiña; el viento turba sólo el silencio de sus capillas, estancias y corredores, penetrando por las brechas abiertas en sus muros; agrietadas y rotas aparecen las bóvedas majestuo-

sas de sus vastos salones; ya no existen los tesoros sin cuento que guardaban su iglesia y sacristía; violadas fueron sus tumbas, y manos impías removieron los huesos de tantos héroes como en ellas descansaban; desaparecieron las joyas artísticas de que era depositario, muchas de ellas para perderse, algunas para ir á poder de particulares, otras, por fortuna, para conservarse en nuestros museos nacionales, no pocas ¡vergüenza y ludibrio! para ser ostentadas hoy con orgullo por extranjeras naciones; sólo curiosos viajeros ó errantes artistas van á recorrer, alegres ó silenciosos, sus ruínas solitarias, y, finalmente, el suntuoso y monumental edificio que recibiera el homenaje de los pueblos del contorno, ha visto á estos mismos pueblos levantar con sus escombros sus albergues y sus casas de recreo.

El monumento, sin embargo, era sólido, y como pudo resistir el embate de los siglos, ha resistido el de su abatimiento y destrozo. El viajero-peregrino, á quien aquel inmenso montón de ruínas habla más alto que todas las grandezas de la tierra, recorre con los ojos del alma siglos y épocas pasadas; ve momentáneamente alzarse á su vista, majestuoso y lleno de vida, el edificio; y penetra en él, y lo recorre, y contempla sus grandezas, apareciéndosele como en sus tiempos de esplendor, con toda la magnificencia y suntuosidad de aquella maravilla, llegada á ser una de las más ricas joyas de los cistercienses, que tantas, sin embargo, y de tanta valía tuvieran.

Todo el vasto recinto de Poblet estaba encerrado dentro de un doble muro. El rey de Aragón, D. Pedro IV *el Ceremonioso*, mandó convertir el monasterio en casa fuerte para que, si llegaba á verse alguna vez acometido, pudieran ser defendidas las cenizas reales en aquel sitio guardadas. Tenía, pues, el monasterio

todo el aspecto de una gran fortaleza, mejor aún, el de una población feudal, guarnecidos sus cuatro lienzos por doce torres, coronado todo el muro de almenas y ladroneras.

Atravesado el primer muro, por la única puerta que en él se abre, y siguiendo una hermosa y agradable calle de álamos, el viajero se encuentra en la vasta plaza donde, á derecha é izquierda, se hallaban las habitaciones ocupadas por oficiales de todas artes y menesteres, formando también parte de aquéllas las de los religiosos ancianos, el dormitorio y locutorio de los conversos, el hospital, las bodegas, los graneros, los silos, las caballerizas, corrales para ganados, almacenes, fuentes, pozos para conservar la nieve, carpintería, almacén de los picapedreros, molinos de harina, hornos, molinos de aceite, lagares, en una palabra, todo lo que podía necesitar una población entera.

A mano derecha está la capilla llamada de San Jorge. Es una hermosa joya de la última época gótica. Estaba dedicada á la Virgen del Rosario y á San Jorge, y fué costeada por D. Alfonso V de Aragón, el que conquistó la ciudad y reino de Nápoles, de donde envió un retablo de piedra con ricos ornamentos y alhajas para el culto. Esta capilla ha sido recientemente restaurada por la Comisión de monumentos de la provincia de Tarragona, que también, como se irá viendo, ha conseguido restaurar otras partes del monasterio; pero la Comisión no tiene más fondos que los que puede facilitarle el Gobierno, y cuán escasos son éstos y con cuánta fatiga se alcanzan y se cobran, sabido es de todos.

Volviendo ahora á la capilla de San Jorge, se me ocurre decir que, restaurada como se halla, está ya en disposición de abrirse nuevamente al culto. Pero es muy de temer que esto no suceda, ó tarde mucho al menos;

quizá le llegue su época cuando haya vuelto ya á comenzar su ruína, que así pasa desgraciadamente con muchas cosas en nuestra patria. Algo mejor sería ceder esta capilla en patronato á cualquiera de los grandes propietarios de aquellos alrededores, con el encargo de su custodia, conservación, arreglo y gastos consiguientes al culto. Así, todas aquellas *masías*, todas aquellas casas de campo, y las muchas familias que viven por los contornos, tendrían lo que hoy no tienen: un lugar de oración y un templo donde poder asistir al santo sacrificio de la misa. ¿Qué mejor sitio para esto que la hermosa y gótica capilla de San Jorge?

A la izquierda de la plaza se encuentra la antigua y primitiva iglesia de Santa Catalina. Su fábrica, de construcción románica y de mediados del siglo XII, consta de diez y ocho varas de longitud y doce de anchura, siendo una de las tres que mandó levantar el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV, cuando arrojó á los moros de aquella comarca y convirtió en templo la ermita del pobre anacoreta. La iglesia de Santa Catalina es toda de sillería, y por la disposición del terreno parece como tener algo de cripta.

En la plaza de que se viene hablando están los restos de una capilla consagrada á la Virgen del Ciprés. Tomó este nombre de un árbol secular de esta clase que se alzaba á su puerta, y que se suponía haber visto acampada á sus pies la hueste del conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV, y sostenida de su tronco la tienda de este conde, lo cual, si era dudoso por lo tocante á la suposición, era bello por lo concerniente á la leyenda.

Junto á la capilla de San Jorge se levanta todavía la majestuosa portada de piedra, que se llamó la *Puerta dorada*, por hallarse revestida de recias planchas de bronce dorado, con relieves, cosa que le comunicaba gran aspecto de esplendor y magnificencia.

Quien tenga á mano el *Album* de Poblet (vistas fotográficas), publicado por la celosa Asociación de excursiones científicas de Barcelona, podrá formarse una idea de lo que era esta puerta, viéndola exterior é interiormente en sus láminas 4.ª y 5.ª

Es realmente grandiosa, de un gusto severo, y le dan gran carácter el símbolo de Poblet, los dos timbres abaciales y los tres grandes escudos que coronan su arco de perfectísimas líneas.

Era éste el sitio donde se recibía á las personas reales.

Desde la *Puerta dorada* se pasaba al atrio, cuyas paredes, según las historias, se hallaban cubiertas de pinturas al fresco, con la representación de ciertos pasajes pertenecientes á la vida del ermitaño Poblet, que dió nombre al monasterio.

Al salir del atrio está la plaza, á cuya izquierda se veían las mencionadas iglesias de Santa Catalina y la Virgen del Ciprés, y á cuya derecha estaba la Hospedería, y, ya más arrimado al monte, el grandioso palacio del Abad, edificio que comunicaba con la iglesia mayor por medio de un ancho pasadizo. Quedan aún algunos restos de este palacio, verdadera morada señorial de aquellos abades mitrados de Poblet que llegaron á figurar entre los más grandes y opulentos señores de su tiempo. Entre lo que existe, lo más notable es, sin duda, una hermosa galería abierta sobre los que fueron jardines del palacio.

Así se llega al verdadero recinto del monasterio, donde estaba la clausura, donde se halla lo que principalmente le constituía; y el viajero se encuentra ante las dos grandiosas puertas que comunican con su interior.

IV.

La puerta real.—El claustro grande.—El aula capitular.—El refectorio.—El palacio del rey D. Martín.—El claustro de San Esteban.—Las cámaras reales.—La biblioteca de D. Pedro de Aragón.—La biblioteca primitiva.—El original de la crónica de D. Jaime.—El archivo.

La entrada de la derecha daba paso á la iglesia mayor, y sus puertas, que hoy ya no existen, se hallaban cubiertas con planchas de bronce primorosamente labradas con preciosas esculturas y relieves. A cada lado de la puerta, entre columnas, están los santos patronos en estatuas de piedra; encima, y en una hornacina, la imagen de la Virgen. Es una portada de jaspes, moderna, y que recuerda una época de mal gusto.

No así, ciertamente, la entrada de la izquierda, que es la llamada *Puerta Real* y daba paso á la clausura. Se halla flanqueada y protegida por dos torreones octógonos, coronados de almenas, y defendida por una barbacana en su parte superior. Sobre sus paredes se destacan los escudos de Aragón y Cataluña, con el casco tradicional de D. Jaime. En lo alto y en el centro se abre una lindísima ventana. No parece la entrada de un monasterio, sino la de una fortaleza, y esto era realmente, según dicho queda, desde que D. Pedro IV de Aragón mandó levantar los muros, cuya obra se hizo en diez años, comenzando el 1367.

La Puerta Real conduce directamente al claustro que se halla al finalizar su robusta y románica bóveda; pero antes se deja á la izquierda el pasadizo que conducía á las cocinas y otras dependencias, y á la derecha la airosa y bellísima portada en que comenzaba la escalera de honor del palacio llamado del rey D. Martín.

Junto á la escalera, sosteniendo el palacio real sobre sus robustas bóvedas, se halla la vasta pieza que fué bodega del monasterio. Es un grande y espacioso salón, construído, de seguro, el siglo XIII, y cuyo primer destino debió ser muy distinto del que posteriormente tuvo.

El distinguido padre esculapio D. Eduardo Llanas, que era uno de nuestros compañeros de expedición, y que con este motivo escribió unos eruditos y notables artículos en el *Diario de Villanueva y Geltrú,* cree y asienta que esta grandiosa pieza debió construirse para refectorio de legos, conversos, donados y huéspedes benefactores, como lo indican su situación cerca de la cocina, su grandiosidad sorprendente, su antigüedad del siglo XIII y las evidentes modificaciones que debió sufrir para su moderno destino de bodega. Es posible que esta pieza tuviera comunicación con la iglesia, de la cual hoy se halla separada por un espeso muro de moderna construcción.

Al finalizar la bóveda de la Puerta Real, una grandiosa portada románica da entrada al claustro.

Cuando por vez primera se puso en escena la ópera *Roberto el Diablo*, en el gran teatro del Liceo de Barcelona, el artista encargado de pintar las decoraciones tuvo el acierto y el buen gusto de presentar el claustro de Poblet para la escena del cementerio. Muy joven era yo entonces; muchos años han pasado, pero recuerdo, como si fuera ayer, el efecto maravilloso que causó en el público.

Y es que el claustro mayor de Poblet es una verdadera maravilla.

Su fábrica pertenece al siglo XIII, y asombra por su buen gusto, por la elegancia de sus pilares, por la belleza de sus ojivas, por el calado y primor de sus rosetones.

Pablo Piferrer que es, si no me engaño, el primero que en este siglo se ha ocupado de aquel claustro, observó que uno de sus lienzos llamaba más particularmente la atención. La misma observación hace el Padre Llanas, pero dice ser esto debido á que la construcción de una de las galerías pertenece por entero á la época románica, mientras que las restantes fueron construídas en pleno período ojival de la primera época.

El ilustrado catalanista D. Eduardo Toda tiene en su libro, titulado *Poblet*, una hermosa página describiendo este claustro.

En el centro del patio, y frente al refectorio, se levanta un templete románico, que se supone ser de construcción anterior al claustro. Había allí un surtidor que lanzaba el agua á grande altura, cayendo sobre una concha que tenía treinta y una fuentes.

Distribuídas por las paredes del claustro se ven antiguas sepulturas, en forma de osarios unas, otras de panteones, donde se guardaban los restos de nobles y antiguas familias; pero de todo esto se hará especial mención en el capítulo que más adelante se consagrará á recordar lo que eran los sepulcros de Poblet, y quiénes los que en ellos descansaban.

Una de las más bellas y mejores piezas que comunican con el claustro es, sin disputa, el Aula capitular. Tiene también la circunstancia de ser una de las mejor conservadas.

Se entra en ella por una puerta de arco semicircular, ricamente decorada de molduras, elevándose á cada uno de sus costados un pilar, mejor podría decirse un haz de esbeltas y airosas columnas. La puerta está en medio de dos ventanas partidas por un pilar que sostiene dos graciosas ojivas y un bello rosetón, que ostentaba en otro tiempo cristales de colores.

Unas cuantas gradas permiten bajar á su sala, que

tiene gran parecido con la del Monasterio de Piedra, al mismo objeto consagrada.

De perfecto cuadrado, esta sala capitular se ensancha por medio de tres naves sostenidas por cuatro bellísimos pilares, sobre cuyos capiteles arrancan los arcos de sus bóvedas. En el fondo se abren tres grandes ventanales góticos, que con sus pintados vidrios debieron dar á aquel sitio la luz opaca y misteriosa, adecuada al lugar donde se reunían en asamblea y celebraban sus sesiones los monjes blancos.

Pablo Piferrer, el romántico cronista de Cataluña, y el primer excursionista, como ahora se dice, que tuvo en este siglo el Principado, acertó todavía á ver el Aula capitular de Poblet, con los últimos restos de su antiguo esplendor.

El recinto estaba circuído por tres anchas gradas de piedra, las cuales aún hoy existen; pero no así los cómodos asientos de nogal de que se hallaban revestidas, ni tampoco el magnífico y alto respaldo coronado por una linda faja de primorosas labores que ostentaba la tercera, ni mucho menos, naturalmente, los doce cuadros repartidos por el muro con los retratos de aquellos monjes, hijos de la casa, que sobre el humilde hábito de San Bernardo habían vestido la púrpura ó cubierto su cabeza con la mitra ó la tiara.

Estos adornos, un Cristo de plata sostenido por un pilar de piedra y una gran mesa en el centro con la silla escultural de los abades, era lo único que se veía en aquella sala, á cuyo frío, severo é imponente aspecto contribuían no poco las anchas y largas losas sepulcrales que entapizaban el suelo, y que aún hoy muestran esculpidas, por medio de colosales figuras de relieve con su ropaje y su báculo, las efigies de los abades muertos en el ejercicio de su cargo y allí sepultados, según lo prevenían las constituciones de la Orden cis-

terciense. La lectura de las lápidas sepulcrales revela que allí estaban enterrados, entre otros, los abades Poncio de Copons y Francisco Oliver, de quienes se ha de hablar con algún detenimiento más adelante.

Comunicando con el claustro está también el refectorio, espaciosa sala de ciento treinta y dos palmos de longitud por cuarenta y ocho de anchura. Un banco de piedra, aforrado antes de madera labrada, corre por su circuito, y aún existe el púlpito donde el monje lector acompañaba con su piadosa lectura la comida de sus hermanos, al compás cadencioso del agua que manaba la fuente colocada en el centro de la estancia.

En una de las alas del claustro, sobre los grandes departamentos que servían de bodegas, se eleva el edificio comenzado á fabricar en 1397 por el rey D. Martín *el Humano*, pacífico y sabio monarca, no muy venturoso ciertamente, que había manifestado el deseo de acabar sus días en la paz del claustro, escogiendo el monasterio de Poblet para esta resolución, que no le permitieron cumplir las circunstancias.

La idea del monarca pudo ser, en efecto, la de retirarse al claustro; pero, en verdad sea dicho, la fábrica que para su retiro mandó levantar no tenía nada de celda: por el contrario, todas sus trazas eran las de un suntuoso palacio.

Hay quien dice, y no va errado ciertamente, que el palacio del rey D. Martín es la joya más rica y esbelta de cuanto en Poblet existe. No parece sino que los artífices que lo construían trabajaban más para su gloria que para su lucro: tan admirables son las labores que se ven en sus portadas y ventanas, en sus frisos y en sus ménsulas. Verdadera joya de arquitectura y escultura ojivales, asombra por la riqueza de sus detalles, por la perfección de sus líneas, por el gusto de sus molduras, por la delicadeza de sus trabajos, por la grandiosidad,

en fin, de sus suntuosas bóvedas en los salones y departamentos. No sé si es Piferrer ó el P. Llanas quien ha dicho, y ha dicho bien, que las piedras están trabajadas con más arte y delicadeza de lo que en orfebrería pueden trabajarse los metales. Es un edificio de tan bellas y correctas líneas, de tan armónico conjunto y de tan artística estructura, que parece pintado. Las ventanas del palacio que dan al claustro, y también las que se abren sobre la derruída escalera, hallarán pocas que rivalizar puedan con ellas en elegancia y gusto, en perfección y riqueza.

A juzgar por los anchurosos salones y grandes departamentos que aún hoy existen, restaurados en parte algunos, se comprende que el artífice encargado de la ejecución de la obra la construía obedeciendo á un vasto plan. ¡Lástima grande que la fábrica no se terminara, si terminarse debía con el esplendor y grandeza comenzados!

La muerte del rey vino á suspender los trabajos, y el interregno que sucedió á su fallecimiento, tan fecundo en agitadas revueltas y en grandes sucesos para la Corona de Aragón, no permitió continuar la obra. El palacio quedó inacabado é inhabitable, y aun cuando en tiempo de Felipe II y del abad Tarrós se proyectó continuar sus obras, y hasta llegaron á comenzarse, fortuna fué la de su nueva suspensión á buen tiempo, pues por lo poco que se hizo puede juzgarse del mal gusto y mala dirección con que hubieran proseguido.

La galería del claustro á que da paso directo la Puerta Real, comunicaba con diferentes dependencias del monasterio, que merecen especial mención.

Existe todavía, aunque caminando con pasos de gigante á su ruína, un segundo claustro llamado de San Esteban, por estar contiguo á la iglesia del mismo nombre, otra de las tres que mandó levantar el conde de

Barcelona en recuerdo de las tres misteriosas luces que allí vió aparecer, según piadosa tradición ya referida. No es el claustro primitivo, sino el que se reedificó por los años de 1415 á expensas de D. Fernando I. Aún se ven en diversos puntos de su fábrica el escudo de las armas reales de Aragón y el de León y Castilla, por recuerdo de Doña Leonor, esposa del citado D. Fernando.

Encima del claustro estaba la enfermería de los religiosos, y junto á la iglesia de San Esteban las *Cámaras Reales,* vasto edificio construído á mediados del siglo XIV, y que era el departamento destinado á estancia de los reyes que honraban el monasterio con su visita.

Saliendo del claustro de San Esteban, se entra en otro de la misma arquitectura que hace frente á una plaza rodeada de varias habitaciones, reservadas unas para monjes ancianos y otras para dormitorio de los jóvenes.

Llégase así al que fué locutorio de los monjes, y se penetra en las estancias que estaban destinadas á biblioteca. Son dos grandes salas que reciben la luz por anchos ventanales. La primera, dividida en dos naves por cuatro columnas que aparecían pintadas de jaspe, y que ha sido recientemente restaurada por amenazar ruína su bóveda, estaba destinada á guardar la biblioteca que por los años de 1673 regaló al monasterio D. Pedro Antonio de Aragón, hijo tercero de los duques de Cardona, embajador que fué del rey católico cerca del Papa, virrey y capitán general de Nápoles y presidente de las Cortes de Aragón y del Consejo de Estado. La biblioteca regalada por este ilustre personaje constaba, según Finestres, cronista de Poblet, de 3.750 volúmenes; según otros más modernos, de 4.322, número, de todos modos, muy respetable para la época.

La colección se componía de libros, impresos muchos

de ellos en Venecia, Roma y Nápoles, y gran parte en Amsterdam por la célebre casa de los hermanos Elzevir, al renacimiento de cuyos tipos hemos asistido en nuestra época; de un número considerable de papeles políticos y manuscritos sobre sucesos referentes á Nápoles, durante los virreinatos españoles; y, particular y especialmente, de los dietarios correspondientes al tiempo en que Nápoles fué gobernado por el duque de Monteleón y el donador de la biblioteca; gran tesoro para la historia, miserablemente perdido.

Estaban los libros repartidos en treinta grandes estantes de ébano, muy bien labrados, con cristales de Venecia, y lucían rica y uniforme encuadernación, todo á expensas del D. Pedro Antonio, cuyo retrato y el de su esposa, Doña Ana Catalina de Lacerda, figuraban debidamente en el sitio más visible de la biblioteca. La encuadernación de los volúmenes era de piel roja, con cantos dorados, y dorados también en las cubiertas el escudo de armas y el nombre del donador, *D. Pedro de Aragón*. Esta última circunstansia ha hecho que muchos, con poca discreción y gran ignorancia de épocas y sucesos, creyeran que pudo pertenecer aquella biblioteca á uno de los Pedros aragoneses. Perecieron estos volúmenes cuando los varios incendios y saqueos de Poblet, y los pocos que esparcidos quedan son buscados con grande afán y curiosidad por los bibliófilos. A incesantes pesquisas, y también á la casualidad, debe el autor de estas líneas el hallazgo de algunos que, como muestra, depositó en el instituto de Villanueva y Geltrú.

Contigua á la biblioteca que se llamaba de D. Pedro de Aragón, estaba la primitiva del monasterio, que contenía sobre 8.000 volúmenes al sonar la hora de su ruína.

Villanueva, que tuvo ocasión propicia de examinar ambas bibliotecas, menciona, en el tomo XX de su *Via-*

je literario, muchos libros importantes que allí existían. Merced á este literato eximio, el curioso puede tener conocimiento de la verdadera riqueza que allí existía en libros impresos, en manuscritos, en códices, en documentos literarios é históricos. Los monjes de Poblet, gracias á su celo, á sus adquisiciones y al donativo espléndido de D. Pedro de Aragón, tenían una de las más ricas y escogidas colecciones de libros que á principios de este siglo existían en España.

Se supone que, entre las preciosidades de la biblioteca de Poblet, había el original y autógrafo de la crónica catalana de D. Jaime de Aragón, escrita por el propio monarca, y por él mismo legado en depósito al monasterio, según voz común en tiempo de Villanueva, aun cuando éste confiesa haberle buscado inútilmente.

El archivo de Poblet, situado en un departamento del piso superior, era también un verdadero tesoro de datos y noticias para la historia de Aragón y Cataluña. El monje-archivero estaba considerado como notario real y escribano público, por privilegio del rey D. Pedro II de Aragón.

Eran en número infinito los pergaminos y documentos que allí existían, y puede juzgarse de lo que debía ser aquel grandioso archivo y atesorar aquel inmenso depósito, con sólo decir que nuestra Real Academia de la Historia posee hoy 20.762 documentos, á más de una importante colección de procesos formados con motivo de las alteraciones y movimientos de Aragón en 1591, todo procedente de aquel centro y salvado milagrosamente del saqueo ó de las llamas en que los demás libros y manuscritos perecieron.

Para que pueda ser útil á los curiosos é investigadores, publicaré en Apéndice, al final de esta obra, la nota de todos los documentos que pertenecieron al mo-

nasterio de Poblet, y que hoy están bajo la custodia de la Academia y del Archivo histórico.

V.

La iglesia mayor.—La sacristía.—El tesoro de Poblet.

Pablo Piferrer, escritor insigne á quien quisiera tener ocasión de citar á cada paso, decía que el edificio más notable de Poblet, y el que más belleza contiene, es, sin disputa, su iglesia mayor.

Grandiosa es, en efecto, y cosa magnífica debía de ser en su tiempo de esplendor y gloria. Hoy se necesita gran esfuerzo de imaginación para comprender lo que fué, aun cuando bien puede juzgarse su pasado por sus restos.

La iglesia mayor de Poblet, última de las tres que se edificaron en memoria de las luces milagrosas, remonta á la época de la fundación del monasterio por el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV.

Echó este príncipe sus cimientos, pero ni rastro queda ya de la primitiva iglesia. Sólo se sabe que era muy pequeña y que tenía un altar único con la imagen de la Virgen en medio de los santos, apareciendo pintados al pie del retablo, como en adoración, los nueve primeros monjes del cenobio.

Las necesidades de la creciente comunidad hicieron que D. Alfonso, hijo del conde Ramón Berenguer, diera nueva planta á la iglesia y comenzara con amplitud y grandiosidad la nueva fábrica.

Es toda de sillería y tiene la forma de cruz latina, formada por la gran nave y el crucero, y dos naves laterales muy bajas y estrechas. Su longitud, desde la entrada al remate, es de ochenta y tres metros; su ele-

vación, setenta y cinco en la nave central y veintidós en las laterales; su anchura es de veintidós, excepto en el crucero, donde llega á treinta y seis y medio. Siete pilares por parte, rodeados de agrupadas columnas, dividen la central de las menores y sostienen los arcos de sus espaciosas bóvedas.

El centro de la iglesia estaba ocupado por el coro, cuyas cien sillas tenían grande majestad, siendo notables por sus esculturas, elegancia y riqueza. La puerta de entrada era de piedra con primorosos remates, y ostentaba el escudo de Aragón con las divisas, á sus lados, del abad D. Francisco Oliver, que gobernó por los años de 1584.

Nada queda ya de este coro, ni vestigio siquiera; pero no sucede lo mismo con el altar mayor, del cual se conservan algunos restos, suficientes para apreciar su magnificencia. Era todo de alabastro, formando cuatro cuerpos llenos de esculturas con las imágenes de santos, con los misterios de la Pasión de Jesucristo, con los apóstoles, y con una Virgen de gran tamaño, cobijado todo por un magnífico pabellón que comunicaba al altar notable majestad y grandeza. Se terminó la obra en 1529, reinando en España el emperador Carlos V, y siendo abad del monasterio D. Pedro Queixal.

Cuéntase que esta obra hubo de costar grandes disgustos y mucho dinero al abad Queixal, contra quien se sublevó un día la comunidad, acusándole de relajador de la observancia regular y disipador de los bienes del monasterio. La sublevación triunfó: fué encerrado el abad en la cárcel de una de las torres, y dos monjes pasaron á ver al rey, portadores de las quejas y acusación. Las historias, y singularmente la de Finestres, el cronista de Poblet, no explican el misterio que se nota en el suceso. Sólo dicen que por orden del general del Císter pasó á Poblet el abad de Santas Creus, D. Bernardo

Tolrá, quien presidió el tribunal que el 15 de Noviembre de 1531, y en pleno capítulo, dictó sentencia contra D. Pedro Queixal, privándole de la abadía y condenándole á reclusión perpetua.

Diez y siete capillas adornaban las naves laterales y ábside del templo, siendo algunas obra de la Edad media, ricas todas en altares, en esculturas, en adornos, pero más ricas aún en urnas y sepulcros, ya que, esparcidos por las capillas, estaban los panteones de muchas nobles familias de Cataluña y Aragón.

A un lado y otro del crucero, entre el presbiterio y el coro, sobre un enlosado de mármoles blancos y negros, estaban los panteones reales, la obra más notable y el más vistoso adorno del templo, que dará materia á capítulo aparte, pues es asunto que merece mayor y más especial detenimiento.

A las grandezas de este templo había que añadir el órgano, obra de mucha escultura, y que se supone era uno de los mejores de Cataluña; así como también el atrio conocido por el nombre de *La Galilea*, con magníficos altares de mármol, y el llamado tras-altar mayor, consistente en una preciosa capilla arrimada á espaldas del altar mayor, en la cual, conforme al estilo de los cistercienses, estaba la reserva del Santísimo Sacramento.

Queda ya dicho cuál es el estado actual de la iglesia. Las paredes están desnudas y agrietadas, el gran retablo del altar mayor aparece roto y destrozado, los altares están vacíos, mutiladas las esculturas de los sepulcros, y en algunos puntos la bóveda amenaza ruína, de tal manera, que llega ya á ser peligroso pasar por el punto comprendido entre la puerta del coro y el órgano. En el atrio del templo se guardan aún magníficos restos de los antiguos altares, y esparcidos por los suelos, y amontonados en el que fué presbiterio, se ven diferentes fragmentos, sepulcros de rica escultura, co-

lumnas y capiteles, trozos de estatuas, objetos varios que con solicitud se han recogido, evitando que desaparezcan, como ha sucedido durante su tiempo de abandono con muchos de ellos, que son hoy adorno principal de Museos extranjeros.

También era obra grande la sacristía, y digna del monumento. Al edificarse la iglesia se construyó la sacristía conocida con el nombre de *antigua*, pero no tardó en ser pequeña para guardar los objetos de culto que las necesidades del mismo y la piedad de los fieles iban acumulando. Hubo pronto precisión de construir una nueva, que se levantó en el crucero del lado de la Epístola. Es un salón espacioso, perfectamente cuadrado, de cien palmos de extensión y ciento cincuenta de altura, con una cúpula octagonal.

Su puerta tenía aspecto de grandiosidad, fabricada de piedra jaspe, con vivos remates de escultura, que no por pertenecer al género plateresco dejaban de ser de muy buena y entendida ejecución. Sobre pedestales y arrimadas á sus costados se veían la estatua de Don Bartolomé Conill, abad de Poblet, y la de Fr. Pedro Marginet, monje que fué de la casa, y acerca del cual se refieren muy curiosas y entretenidas consejas. Sobre la puerta figuraba el rey D. Jaime *el Conquistador*, vestido de cogulla, con la corona real y el cetro.

El interior de la sacristía era espléndido. Una vasta cómoda de nogal ocupaba las paredes en toda su extensión, y encima de ella descansaban grandes armarios esculturados, ostentando transparentes cristales de Venecia. En el centro de la estancia había otra riquísima cómoda, y diversas hornacillas abiertas en los ángulos ostentaban imágenes y estatuas de primorosa labor, siendo algunas de ellas verdaderas joyas de arte, como una que pude adquirir y deposité en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú. Los lienzos de pared que per-

manecían libres estaban cubiertos por tapices y paños de raso, de los cuales poseía el monasterio una riquísima colección, algunos de ellos con los escudos de armas de su donadores. Terminaban la decoración grandes cuadros, debidos al talento de famosos pintores catalanes, sobresaliendo los de Viladomat, Juncosa y Flauger. Aún hoy existen en lo alto de la cúpula tres lienzos, que con dificultad se divisan colocados á tanta elevación, y que se dice ser obra del primero de los citados artistas. Para ayudar al decorado de la sacristía, colgaban de la bóveda suntuosos cortinajes de raso y terciopelo con bordados de oro y plata.

Las riquezas que allí se guardaban eran incalculables. Finestres ocupa todo un capítulo sólo para enumerarlas, y con bastantes detalles habla de ellas también D. Eduardo Toda en su libro recientemente publicado.

Como cosas de precio y joyas de valor figuraban en primer lugar, y en gran número, vasos sagrados, cálices, custodias, aderezos de altar, imágenes de santos, relicarios, blandones, candeleros, etc., objetos todos de oro, de plata, de marfil ó de ricos metales, cuajados de piedras preciosas, siendo de notar que algunos de ellos eran de obra mucho más rica por el arte que por sus diamantes ó esmeraldas, zafiros ó turquesas.

Gran tesoro era también el que allí se guardaba en colgaduras y ornamento, frontales, capas pluviales, casullas, dalmáticas, gremiales, estrados, mitras, tapices, paños de túmulo y de púlpito, alfombras, etc., todo vistosamente aderezado con relieves y bordaduras de oro y plata, figurando ya caprichosos dibujos, adornos y flores, ya escudos de armas y pasajes, ó escenas de la Historia y de la Biblia.

Finestres dice que eran tales las riquezas y profusión de oro y plata, que llegaban á fatigar la vista.

Entre las cosas de mérito y valor que existían en el tesoro de Poblet, debe hacerse especial mención de algunas. No por haber ya desaparecido dejan de merecer un recuerdo en este libro, destinado á consignar lo que fué un día y lo que es hoy el monasterio de Poblet.

Regalo de la infanta Juana, condesa de Ampurias é hija del rey D. Pedro IV, había una cruz que era una admirable joya de arte, según se supone.

Entre los tapices sobresalían unos con pasajes de la Sagrada Escritura, donativo del infante D. Enrique de Aragón.

Se conservaban y enseñaban una rica dalmática perteneciente á D. Jaime *el Conquistador*, que éste vestía en las grandes ceremonias, y dos cetros de plata dorada con piedras preciosas de los monarcas aragoneses.

No parecía sino que los reyes, príncipes y magnates rivalizaban en quién de ellos había de ser más espléndido para Poblet. El tesoro de este monasterio ostentaba lujosas dádivas debidas á la liberalidad de D. Jaime I de Aragón, de Pedro IV, de Jaime de Mallorca, de Alfonso V, de Fernando *el Católico*, en una palabra, de todos; pero á todos llegó á superar en sus dones y ofrendas aquel D. Pedro Antonio de Aragón, de quien ya se ha hablado como generoso donador de la biblioteca.

D. Pedro Antonio de Aragón aparece en las crónicas y memorias como un verdadero enamorado de Poblet. No se contentó, ciertamente, con el donativo espléndido de la biblioteca, ni tampoco con haber contribuído en gran parte al adorno del altar mayor, ni mucho menos aún con enviar cuantiosas sumas en varias épocas.

La sacristía guardaba de él un aderezo de difuntos, superior á todo encarecimiento, que se ostentaba en los funerales de los reyes; una urna de plata guarnecida de coral; una custodia de plata con pie y ramas de oro; un frontal del altar mayor de lapis-lázuli, ágatas

y jaspes, con adornos de plata y bronce; catorce grandes blandones de plata maciza; un oratorio de plata formado por un peñasco, en el seno del cual había una Verónica, y en lo alto una primorosa cruz con el Salvador; una custodia de oro con doce mil diamantes, y muchos relicarios de oro, plata, ébano y bronce, guardando reliquias de santos.

Y todo esto no era más que una pequeña parte de los regalos debidos á la inagotable munificencia de D. Pedro Antonio de Aragón.

Eduardo Toda, que hizo detenidas investigaciones en Poblet, habla también de un depósito conocido con el nombre de *Armario de las espadas*, donde se conservaban las de los reyes y varones allí enterrados.

También poseía el monasterio ricos servicios de oro y plata en su refectorio y en el palacio del abad.

Nada queda ya de tanta riqueza. En otros tiempos el mismo monasterio dispuso de ciertos objetos de mérito, á los que no daba más valor que el del metal que tenían, y así se ve al abad D. Antonio Rosell en 1677 mandar fundir muchas imágenes y objetos de plata, sólo porque eran de modelo antiguo.

Cuando sonó la hora de la ruína y del desastre, todas esas joyas desaparecieron, destrozadas y vendidas á vil precio. Sólo queda algo de tanta riqueza en la catedral de Tarragona y en las iglesias de San Pedro de Reus, Espluga y Vimbodí.

VI.

Las sepulturas reales.—El panteón de la casa de Cardona. El *prohom vinculador*.

Queda ya dicho que la mayor riqueza de Poblet estaba en sus sepulcros. Era aquélla una verdadera ciudad de muertos.

Así como el monasterio de Ripoll fué destinado á panteón de los condes de Barcelona, así Poblet fué el de los reyes de Aragón hasta que se unieron las dos Coronas aragonesa y castellana. Por esto alguien dijo, con bastante verdad, creo que fué primero Villanueva, que Poblet era el Escorial de Cataluña.

Ya se ha dicho dónde estaban las sepulturas reales, en la iglesia mayor, á uno y otro lado del crucero, entre el presbiterio y el coro, formando un recinto, especie de departamento cerrado por una puerta coronada, cuyas hojas de bronce sólo se abrían para dar paso á la muerte.

Sostenido por robustos arcos se alzaba el panteón de los reyes, en medio de singular grandeza, y correspondiendo su arquitectura al estilo gótico, que era el dominante en Poblet. Entre grandes cuadros ó compartimentos de mármol, donde figuraban escenas y pasajes bíblicos; sobre bajos relieves en que se veían los hechos más notables de la vida de los reyes; en compañía de estatuas que dentro de sus nichos de piedra asemejaban piadosos varones, envueltos en sus mantos de anchos pliegues y entregados á la meditación y al dolor; bajo primorosos doseletes de artísticos calados y suntuosas bovedillas azules con estrellas de oro; en medio de toda la magnificencia del arte que allí había amontonado sus bellezas, aparecían las admirables urnas góticas de los reyes, alumbradas cada una por tres lámparas de luz eterna, que al reflejarse y descomponerse en los pintados vidrios, puestos allí por el arte de la Edad media para mayor realce y ornato, comunicaba color y hasta parecía dar vida y movimiento á las estatuas yacentes de los monarcas en aquella opulenta necrópolis sepultados.

En el panteón correspondiente á la parte del Evangelio, yacía el rey D. Jaime I *el Conquistador*. Dos estatuas tendidas adornaban su sepulcro, representándole

una con sus insignias y vestiduras reales y la otra con la cogulla cisterciense por haber muerto cuando se encaminaba á Poblet, donde quería ratificar los votos y profesión de monje que hizo al abdicar en su hijo Don Pedro. Los restos de D. Jaime, después de la profanación que se refiere en el primer capítulo de esta obra, y también todos los adornos y esculturas de su tumba, fueron trasladados á Tarragona, en cuya catedral se levanta hoy, más aparatosa que artística, la sepultura de aquel monarca entre los grandes el más grande.

Cuatro estatuas se veían en el sepulcro inmediato al de D. Jaime. Eran la de D. Pedro IV *el Ceremonioso*, y las de sus tres esposas Doña María de Navarra, Doña Leonor de Portugal y Doña Leonor de Sicilia, todas tres con traje real y diadema. La del monarca aparecía en hábito de diácono; pero el escultor, aun cuando mal se aviniera con el traje y aun cuando en ello hubiera de notarse algo de notoria irreverencia ó de intencionada crítica, tuvo la singular idea de poner en su mano el puñal que, como es sabido, no se apartaba nunca de su cinto.

El tercer panteón del lado del Evangelio estaba destinado para el rey D. Martín *el Humano*, y así, en efecto, lo decía el epitafio. Se lo había mandado labrar él mismo, en vida, igual al de sus predecesores; pero á su muerte sin sucesión, ardiendo el país en bandos y en disturbios, nadie pensó en trasladar sus restos, que hubieron de quedar depositados en Barcelona hasta medio siglo después de su fallecimiento. Sin ni siquiera borrar su epitafio, el sarcófago sirvió para su sucesor D. Fernando I *el de Antequera*, aquél á quien elevó al trono el Parlamento de Caspe. En el sepulcro, pues, de D. Martín yacía D. Fernando, que estaba representado por dos estatuas, una armada de punta en blanco, otra en hábito de diácono. Junto á estas estatuas se veía

otra, la de su esposa la reina Doña Leonor, que tampoco descansaba allí, pues al quedar viuda profesó en un convento de Medina del Campo, donde se había retirado y donde la enterraron.

Al otro costado del recinto que nos ocupa, y en el sitio más inmediato al presbiterio por la parte de la Epístola, estaba el sepulcro de D. Alfonso I de Cataluña y II de Aragón, hijo del conde de Barcelona Don Ramón Berenguer IV, fundador del monasterio, y de Doña Petronila de Aragón, hija de Ramiro *el Monje*. Dos estatuas había en su sepultura que lo representaban: una con el hábito de diácono y ceñida de laurel, sin duda por haber sido aquel rey famoso trovador; otra con la cogulla cisterciense, hábito con que quiso ser sepultado por la mucha devoción que tuvo á la Orden y al monasterio de Poblet, al cual legó su corona real.

D. Juan I, y sus dos esposas Doña Matha ó Matea de Armeñach y Doña Violante, hija de los duques de Bar, descansaban en el panteón segundo de la Epístola, y allí se veían sus tres estatuas de alabastro, la del rey con dalmática y diadema, insignias reales que llevaba también la de su segunda mujer Doña Violante, pero no así la de Doña Matea. Esta aparecía con una modesta guirnalda de flores en las sienes y su corona de reina en las manos.

El tercer sepulcro del lado de la Epístola era quizá el más rico y ostentoso, guardando los restos del rey D. Juan II y de su esposa Doña Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla. El monarca estaba representado por dos estatuas: una con rica y lujosa armadura; otra con el manto real guarnecido de pedrería. La de Doña Juana figuraba vestir un suntuoso traje y ceñía corona.

Inmediato al panteón real del Evangelio, y arrimado á la pilastra, se alzaba un mausoleo de alabastro

enriquecido con numerosas esculturas de *mucha y primorosa imaginería,* como dice Finestres para ensalzar lo suntuoso y espléndido de la obra. Remataba este sepulcro en una urna con una magnífica estatua en traje de corte, arrodillada sobre un almohadón, teniendo á sus pies cetro y corona y cobijada por un dosel de oro y de púrpura. Mandó elevar este monumento el virrey de Nápoles D. Pedro Antonio de Aragón, el enamorado de Poblet, para guardar los restos del rey D. Alfonso V, que desde 1458 hasta 1671 estuvieron depositados en el convento de padres dominicos de Nápoles. Hallándose de virrey en esta ciudad el referido D. Pedro Antonio de Aragón, doscientos trece años después de la muerte de D. Alfonso, fueron llevados á Poblet los despojos mortales del egregio monarca, conquistador y literato, y guardados en el sepulcro que á su memoria erigió el ilustre citado miembro de la casa de Cardona.

En frente de esta sepultura se alzaba otra en un todo semejante, mandada erigir también por el mismo Don Pedro Antonio de Aragón al infante D. Enrique, hermano de los reyes D. Alfonso V y D. Juan II, gran maestre de Santiago, conde de Ampurias y primer duque de Segorbe, fallecido en 1445 á consecuencia de heridas que recibió en la batalla de Olmedo.

Por lo que toca al rey D. Martín *el Humano*, ya se ha visto que su tumba hubo de servir para su sucesor en el trono D. Fernando *el de Antequera*. Cuando D. Martín fué trasladado á Poblet, en 1460, cincuenta años después de su muerte, quedó depositado en uno de los panteones de la casa de Cardona, donde estaba á mediados del siglo pasado, en época del cronista Finestres, quien dice que sus restos se guardaban en un arca de madera guarnecida de terciopelo negro, *perseverando con la misma incorruptibilidad y entereza con que se le descubrió en el año de* 1460, *al hacerse la entrega de su cadáver.*

No tardaremos en hablar de los panteones de la casa de Cardona, que acaban de citarse; pero antes importa decir, para que el lector pueda formarse aproximada idea de aquella ciudad de muertos, que en las mismas tumbas regias, ó á su alrededor, en sepulcros semejantes por su riqueza aun cuando no por su tamaño, descansaban muchos infantes y príncipes de las familias reales. Así, por ejemplo, en la tumba del rey D. Fernando fueron depositados los restos de doce infantes, hijos de diversos reyes de Aragón, que yacían antes en arcas de madera. Con D. Juan I estaba su hija la condesa de Fox; con D. Juan II su hija también la infanta Doña Marina; y en sepulturas aparte, ricas en relieve y con estatuas yacentes, varios príncipes y princesas, mereciendo particular atención entre los sarcófagos uno que se levantaba en el brazo izquierdo del crucero, mandado fabricar por el rey D. Martín.

No era que este sepulcro sobresaliera entre los demás por mayor esplendidez y riqueza; al contrario. Casi igual á los otros, si en algo se distinguía, era por su sencillez y modestia; pero el pensador no podía menos de contemplarle con cierta emoción, ya que con los huesos que allí se depositaron fueron sepultados también los últimos restos y las postreras esperanzas de aquella línea varonil de la monarquía aragonesa que tan esplendentemente vive en la historia. Yacía allí D. Pedro, hijo del primogénito de Aragón D. Martín, rey de Sicilia, cuya temprana muerte, acaecida en 1399, motivó las luchas, incertidumbres y últimas disposiciones del rey su abuelo, D. Martín *el Humano*, dándose así lugar á que, por medio de un acto grandioso de soberanía nacional, aunque no tan justo y afortunado como grande, el Parlamento de Caspe llamase al trono á la línea femenina.

Se ha citado el panteón de la casa de Cardona.

Era fábrica de gran importancia y de singular suntuosidad, mandada erigir, mientras corrían los años de 1660 y siguientes, por D. Ramón Luis Folch de Cardona, duque de Segorbe y de Cardona, en los huecos de los arcos que sostenían las sepulturas reales, y al pie de éstas, por consiguiente. Mandó el duque cubrir por ambos costados los arcos con una rica pared de mármoles traídos de Sarreal, sirviendo como de pie y base á los panteones reales, aunque de estilo diferente, y dejando así espacio bastante para contener los restos de sus antepasados. Las dos puertas que miraban respectivamente á cada lado del crucero estaban divididas en cuatro compartimientos, separados por tres estatuas de mármol blanco sentadas, en pedestales á manera de pilares, ostentándose en el centro una sencilla urna decorada con una corona ducal. Las fachadas que correspondían al interior de la iglesia formaban también cuatro cuadros cada una, figurando escenas bíblicas, episodios de guerras, detalles de entierros reales y los escudos de la casa de Cardona. Era fábrica muy bella, realizada por dos escultores hermanos de la ciudad de Manresa, Juan y Francisco Grau, cuyos nombres, sacados del olvido por Finestres, merecen consignarse.

Dentro de estos panteones de la casa de Segorbe y de Cardona yacían también en arcas de madera algunas reinas, príncipes é infantes, entre ellos, según queda dicho, el rey D. Martín, á quien, sin embargo de haber levantado un palacio en Poblet, Poblet permitió indiferente que le usurparan su tumba. La casa de Cardona abrió también las puertas de sus mortuorias estancias para dar hospitalidad á las reinas Doña María, primera mujer de D. Martín, y Doña Beatriz de Aragón, que fué reina de Hungría; y á los príncipes D. Juan de Aragón, hijo de Fernando *el Católico,* en su segundo matrimonio con Jermana de Fox; D. Alfonso, hijo natural del

rey D. Juan II; D. Pedro, hijo de Fernando I, que murió en el asedio de Nápoles á la vista de su hermano el rey D. Alfonso V, el cual, al verle caer, exclamó entre sollozos: *ha muerto el mejor caballero que salió de España;* y aquel desdichado D. Carlos, príncipe de Viana, por quien hubo de alzarse en armas Cataluña, amparándole en su derecho, y á quien poco faltó, después de su muerte, para ser venerado en los altares [1].

El panteón de los Cardona guardaba, en número extraordinario por cierto, los restos de muchísimos miembros de aquella ilustre familia que á tan alto grado llegó de poder y de valenza. Los despojos de aquéllos que habían muerto antes de terminarse la obra, lo cual fué por los años de 1664, y estaban en distintos puntos, fueron piadosamente recogidos y trasladados á Poblet en ostentosa procesión y ceremonia de que conservaban gran recuerdo los anales del monasterio. Erigido ya el panteón, eran depositados en él todos cuantos individuos de la casa de Cardona iban falleciendo, habiéndose designado, entre tan conspicua ayuntación de muertos, un puesto de honor y un sitio escogido para el enamorado de Poblet, aquel D. Pedro Antonio de Aragón tantas veces citado en estas páginas, á quien era deudor el monasterio de regalos valiosos, pero entre todos, aun siendo de gran precio, ninguno como el de su escogida y selecta biblioteca.

Sólo un sepulcro de los de Cardona estaba apartado de los demás, compitiendo en lujo y esplendidez con los mausoleos de los reyes, como que encerraba á uno de los más insignes varones de nuestra historia, á aquel que

1 En 1542 un legado apostólico dió licencia para separar del cadáver de D. Carlos de Viana un brazo que se guardaba con veneración en la sacristía de Poblet, y un dedo que como reliquia conservaba la iglesia de San Vicente, en Valencia.

era conde entre los reyes y rey entre los condes, el *prohom vinculador,* según le llaman las crónicas, célebre capitán, esforzado caballero, héroe numantino, ínclito defensor de Gerona contra el poder unido de la Iglesia y de Francia, en tiempo de Pedro *el Grande*; D. Ramón Folch, en fin, vizconde de Cardona y décimo de este nombre. Murió en 1320 y fué enterrado en un sepulcro, que más tarde sirvió para D. Rodrigo Rebolledo, y en donde permaneció hasta 1669, época de la traslación de sus restos al que expresamente le mandó erigir D. Luis Ramón Folch, duque de Segorbe y de Cardona.

Levantábase este sepulcro junto á la grande escalera que subía de la iglesia al dormitorio, y figuraba un pedestal adornado con muchas esculturas, sosteniendo una urna enriquecida con relieves y rodeada de grandes bustos, sobre la cual aparecía tendida, y de forma gigantesca, la estatua del vizconde, armado de todas armas. Un epitafio latino revelaba los honores, títulos, cualidades y hechos heróicos del que allí descansaba; pero no era ciertamente más expresivo que el que grabado en la piedra se leía en la primera tumba, compuesto de este solo dístico:

Conditus hic sum Raimundus cognomine Folchus
Regibus ecce comes, Rex Comitique fuit.

Pendientes del sepulcro, y á manera de traducción del dístico latino, aparecían en una tabla estos versos castellanos, que mejor hubiera sido dejar en los cuatro primeros, siguiendo el elocuente laconismo del primer epitafio:

A quien esta tumba esconde
por ser varón de su ley,
entre los reyes es conde
y entre los condes es rey.

Por hazaña señalada
ganó el conde esta corona,
por dó queda coronada
la real casa de Cardona.

VII.

El cementerio común.—El monje misterioso.—La capilla de los condes de Urgel.—El panteón de esta familia.—Doña Leonor de Aragón, la triste.—La casa de Cabrera.

Fatigado estará el lector de tanto como de muertos se viene contando; pero hay necesidad absoluta de hablar más aún, si este libro ha de corresponder á su objeto. Considérese que, en medio de las grandezas de Poblet, su Necrópolis era su mayor grandeza, y que en ella estaba toda la historia de la Corona de Aragón. Con sólo entrar en Poblet y detenerse un momento ante cada mausoleo, leyendo los epitafios y fijándose en los hechos del difunto, el curioso podía salir del templo enterado á grandes rasgos de lo más saliente y culminante de nuestra memorable historia. Por esto es más de lamentar la ruína y desaparición de aquellos monumentos. El arte puede restaurar ó levantar de nuevo el edificio; pero ¿cómo volver á reunir aquellas tumbas desaparecidas ó aquellos restos perdidos para siempre, que el genio de los artistas y el respeto de las familias y de la posteridad habían ido allí acumulando, á través de siglos y generaciones, para gloriosa manifestación de las artes y monumental archivo de la historia?

En el antiguo cementerio de los monjes, que está detrás de la iglesia, y en el claustro, se ven aún muchas sencillas urnas de piedra, á modo de ataúd, sostenidas por columnas ó empotradas en el muro, tan comunes en la Edad media. Aunque al parecer incólu-

mes muchas de ellas, todas fueron, sin embargo, profanadas un día en busca de imaginarios tesoros. Allí se guardaban los restos de honrados ciudadanos, letrados, jurados y concelleres que de Lérida, de Tarragona, de la misma Barcelona, de diversas comarcas, trasladaba á Poblet la piedad de las familias, deseosas de que sus ascendientes, después de una vida laboriosamente consagrada al hogar y la patria, fuesen á dormir su sueño eterno en la tierra bendita de Poblet, donde, bajo e amparo y custodia de la Virgen, acudían á reclamar un sitio en torno de sus reyes todos cuantos habían sido columna de su trono ó esplendor de su reinado, príncipes, barones, magnates, caballeros, letrados y ciudadanos, como si fuese aquel sagrado lugar la *via Appia* de Cataluña.

Entre estas tumbas de que venimos hablando, las hay muy curiosas y dignas de fijar la atención, aun cuando sólo descuellen por su excesiva sencillez ó por la artística forma que sabía darles la Edad media, y que con ninguna otra se confunde. Algunas tienen epitafio, revelando el nombre del difunto ó sus cualidades y profesión de ciudadano, mercader, notario etc. Otras, según costumbre de los tiempos, tienen sólo una divisa, un emblema, un escudo, una señal cualquiera, que pueda dar motivo á descifrar ó sospechar quién fuese el personaje allí sepultado: así, por ejemplo, la espada esculpida en una lápida, indica que allí yacía el Mossen Espada, que por antiguos manuscritos se sabe que fué enterrado en el cementerio de los monjes; unos ciervos dan á conocer á los individuos de la casa Cervera; un atributo profesional revela el arte ejercido por el difunto.

¿En qué urna de éstas ó en qué ignorado rincón del cementerio descansaba cierto misterioso personaje que, después de la célebre batalla de Muret, y cuando el rei-

no todo se doblaba bajo la inmensa pesadumbre de aquella gran catástrofe, se presentó á tomar el hábito en Poblet, revelando sólo al abad el secreto de su nombre y de su vida?

Se ignora todo lo referente á este personaje, que debió ser hombre de cierta importancia, y sin duda muy conocido en el siglo, por lo que se trasluce. Cuanto pude averiguar, y constaba en antiguos manuscritos, es lo siguiente:

En 1213, á los pocos días de la batalla de Muret, malhadada rota en la que D. Pedro de Aragón *el Católico* y la nación provenzal perdieron, el primero su vida y la segunda su independencia y libertades, presentóse á la puerta de Poblet un caballero, que tal parecía por su armadura y arreos. Jinete y caballo llegaban maltrechos y fatigados, como quienes venían de una larga y tal vez peligrosa jornada. Pidió el caballero hablar con el abad, que al parecer lo era D. Pedro de Curtacans, aun cuando en esto no andan claros los manuscritos; y encerrados entrambos en la celda abacial, tuvieron larga y detenida plática. Ya el caballero no volvió á salir del monasterio, y poco después contaba la comunidad con un nuevo monje que nadie sabía quién era, ni cómo se llamaba, ni de dónde había venido. Retraído, huraño, sin hablar ni comunicarse con los demás hermanos, recatando el rostro cuando podía ser visto de gente forastera, el monje misterioso vivió algunos años en el cenobio, extraño á todo y á todos, y sin más trato que el de haberse llegado á conferenciar con él un día, y en secreto, el magnate D. Pedro Ahones, á quien las Cortes de Lérida de 1214 habían nombrado gobernador general de Cataluña durante la menor edad del rey D. Jaime I.

Cuando murió el monje misterioso, mandáronse quemar sus papeles, ropa y muebles de su celda por

orden expresa del abad, que lo era á la sazón D. Ramón de Hostalrich, y fué enterrado, en lugar aparte y como recóndito, dentro del cementerio de los monjes. La circunstancia de haber llegado al monasterio pocos días después de la batalla de Muret, en la que sin duda estuvo y tomó parte, siendo quizá también el portador de la infausta noticia, puede hacer pensar si sería alguno de los capitanes de D. Pedro, que, por no haber sabido salvar á su rey ó morir con él, fué á encerrar su vergüenza en el fondo de un claustro, ó también, quizá, alguno de aquellos caballeros y trovadores de Provenza, que, tras de la fatal jornada de Muret, perdida toda esperanza, abandonaron para siempre su patria, viniendo á buscar en Cataluña amiga hospitalidad é ignorada tumba.

Referido esto, que por lo curioso vino á interrumpir nuestro relato, volvamos á seguir la emprendida tarea.

La casa de los condes de Urgel, tan poderosa y primada, que por ser originaria de los condes de Barcelona no reconocía superior, tenía en Poblet varios sepulcros, principalmente en la capilla de los santos Evangelios, llamada también de los condes de Urgel por estar á cargo de esta casa, que erigió en ella su enterramiento.

Entre los muchos miembros de esta familia allí sepultados, estaba Armengol VIII de Urgel y su esposa Elvira, condesa de Subirats, que murió en 1228, y á la cual las leyendas, y sobre todo las canciones de los trovadores provenzales, presentan como una de las damas más hermosas, gallardas y galantes de su tiempo.

También tenía allí humilde y pobre tumba la triste Doña Leonor de Aragón, hermana de D. Jaime, último conde de Urgel.

Las crónicas de Poblet hablan largamente de esta señora, y hay que consagrarle unas líneas.

Conocidos son de todos los transcendentes sucesos que siguieron á la muerte, sin hijos, de D. Martín *el Humano*. Varios fueron los pretendientes al trono vacante, pero ninguno, ciertamente, con más derecho y justicia que D. Jaime, conde de Urgel, que era también el que con mayor partido y más adictos contaba, singularmente entre los catalanes. No hubo, sin embargo, de reconocerlo así el parlamento de Caspe, cuyo fallo convinieron en aceptar todos los pretendientes, deponiendo los unos las armas, suspendiendo los otros las hostilidades. Fué el elegido D. Fernando *el de Antequera.*

Entonces el conde de Urgel, que contaba con el amor de los catalanes, y á quien su madre Doña Margarita de Monferrat repetía á cada momento: *Hijo, ó rey ó nada*, se rebeló contra el fallo de los jueces de Caspe, é invocando su derecho, se levantó en armas. Tan infieles le fueron éstas como la justicia. D. Jaime, preso en Balaguer, se vió desposeído hasta de sus estados de Urgel, y enviado al castillo de Játiva por su victorioso rival D. Fernando. Allí estuvo prisionero algunos años, y allí pereció desastradamente, por mandato, según cuentan, del que ocupaba el trono que á él pertenecía.

Tenía el conde de Urgel una hermana, Doña Leonor de Aragón, á la cual su padre dejó heredera de la baronía de Entenza y feudo de Balaguer, á falta de sus hermanos. Cuando el rey D. Fernando desposeyó de sus estados al sobredicho conde D. Jaime, poseía Leonor, entre otros, el lugar ó villa de Menargues, lo cual no impidió que el rey se lo vendiera al monasterio de Poblet. Comprendió Doña Leonor que á la caída de su hermano seguiría ineludiblemente la suya, y se apresuró á nombrar su heredera universal, por escritura del 4 de Marzo de 1427, á Doña Cecilia de Aragón y Cabrera, mujer que había sido de D. Bernardo de Cabrera, conde de Módica en Sicilia y vizconde de Cabrera en

Cataluña, la cual puso pleito al rey y al monasterio de Poblet sobre el dicho lugar de Menargues; pero el rey entonces, desentendiéndose de la instancia de Doña Cecilia, mandó proseguir el proceso de inobediencia y rebeldía contra Doña Leonor, á quien se confiscaron sus bienes por suponerse que había recaído en el mismo crimen que su hermano.

La infeliz Doña Leonor se vió entonces desprovista de todo, abandonada de todos, sin recursos, sin asilo, sin hogar, sin patria, y la descendiente en línea recta de los reyes de Aragón, que habían asombrado al mundo con la fama de sus hechos y la esplendidez de sus riquezas, se encontró de pronto tan perdida de bienes y tan falta de recursos, que hubo de pedir á la caridad pública el amargo pedazo de pan con que proveer á su necesario sustento: grande ejemplo de la humana ingratitud.

Pero aún no paró en esto su miseria, que todavía le guardaba el cielo mayor humillación y trance más duro. Por alguna misteriosa serie de sucesos, que no me ha sido fácil averiguar—pues que las crónicas de Poblet y las memorias que de aquella infeliz señora existen, sólo citan los hechos como si tuvieran miedo y rubor de ahondar en ellos;—por alguna misteriosa serie de sucesos, repito, Doña Leonor vino á ser penitente de un Fr. Pedro Cerdán, su confesor, discípulo y amigo de San Vicente Ferrer, de aquel San Vicente Ferrer, varón eminente, es verdad, apóstol egregio á quien con justicia se venera en los altares, pero que, hombre al fin, no pareció ciertamente haber obedecido á las inspiraciones del cielo ni á las del derecho y de la justicia, influyendo contra el conde de Urgel tan obstinadamente como lo hizo, cuando el parlamento de Caspe. Aconsejada por Fr. Pedro Cerdán, Doña Leonor decidió abandonar el mundo y retirarse á una ermita llamada

de San Juan Bautista, distante una legua de Poblet, en donde vivió con increíble abstinencia, descalza, vestida de ásperos cilicios, devota imitadora de la Magdalena, hasta su muerte, ocurrida en 1430.

Los cronistas de Poblet, precisados á guardar silencio sobre los sucesos de la vida de Doña Leonor, subsanan su laconismo forzado con grandes alabanzas á la penitente y á la mártir; dicen que murió en olor de santidad, la llaman venerable, y cuentan que Fr. Pedro Marginet, otro eremita de quien falta aún hablar, vió subir al cielo el alma de Leonor conducida en triunfo por los ángeles, apoteosis arrancada tal vez á la conciencia de aquellos historiadores obligados á hacerse cortesanos de la muerta por impedirles ocuparse de la viva la implacable censura de su época. La triste Doña Leonor fué sepultada de limosna, en tierra llana, al lado izquierdo de la capilla que sus ascendientes habían ayudado á levantar y engrandecer con sus riquezas y donativos.

Era también esta capilla panteón de los señores de Cabrera, vizcondes de Ager, emparentados con la casa de Urgel y sucesores de su título. Raza turbulenta que nunca permaneció inactiva, fué la de Cabrera. Nuestras crónicas catalanas están llenas de sucesos referentes á esta casa batalladora, para la cual no había punto de descanso, ni paz, ni tregua, siempre en actividad de combate, y siempre en lucha abierta, cuando no con los enemigos de la patria, con sus vecinos y con sus propios señores los condes de Barcelona y reyes de la Corona de Aragón. Varios de los Cabrera sepultados en Poblet bajaron á sus lechos de piedra desde el mismo campo de batalla donde encontraron su muerte.

Otra de las casas que tenía sepulturas en Poblet era la de Moncada, primera entre las que llamaban de *los nueve varones de la fama*, tan esclarecida y alta que, por

ser quien era esta familia y por tener que relatarse cómo murió uno de sus individuos allí enterrado, merece más detenido comento y capítulo aparte.

VIII.

Las sepulturas de los Moncadas.—El caballero y el almogavar.—La casa de Moncada.—Los varones de la fama.—El capitán Dapifer.—Glorias de los Moncadas.

Merece, en efecto, muy especial mención la casa de Moncada que, con la de los condes de Barcelona, después reyes de Aragón, y la de los condes de Urgel, formó el núcleo y la fuerza de aquel estado, ante cuyas sobrecrecientes glorias por todas las tierras conocidas y todos los mares surcados, palidecía el astro de los más principales monarcas y más primadas naciones.

No era realmente en Poblet donde la casa de Moncada tenía su panteón. Era en Santas Creus, famoso monasterio cisterciense, rival de Poblet en esplendor y alteza, sobre cuya historia, maravillas, tradiciones y recuerdos se me hubiera ocurrido decir mucho, si cuanto hay que decir no estuviera ya en un libro recientemente publicado por D. Teodoro Creus Corominas [1].

1 Se titula esta obra SANTAS CREUS, *descripción artística de este famoso monasterio* y *noticias históricas referentes al mismo* y *á los reyes* y *demás personas notables sepultadas en su recinto*. Está impreso en Villanueva y Geltrú, establecimiento tipográfico de F. Miguel y Comp. Es un libro verdaderamente importante, que se lee con gran interés y se estudia con más provecho, en el que su autor D. Teodoro Creus, conocido y reputado en la república de las letras por otros trabajos de gran valía, ha sabido reunir con arte, discreción y talento cuanto de artístico, histórico y legendario tiene aquel grandioso monumento, citado siempre en Cataluña al par de Poblet. Y tan es esto así, que corre entre los catalanes como frase usual y vulgar la de *Poblet* y *Santas Creus*,

En aquel monasterio, á cuya fundación contribuyó principalmente un Moncada, era donde descansaban los más altos varones de esta casa señorial, junto á las tumbas de los reyes de Aragón Pedro *el Grande* y Jaime *el Justo*, y junto á la de aquel otro rey de los mares llamado Roger de Lauria.

La casa de los Moncadas sólo tenía en Poblet tres sepulturas. Era la una de Doña Aurembiax, hija de D. Ramón de Moncada, capitán famoso que murió en la conquista de Mallorca, esposa que fué de D. Ponce de Cabrera, conde de Urgel. Su sepulcro, primorosamente labrado, con divisas de Urgel y de Moncada, y sostenido por dos columnas, se hallaba en la capilla del Masanto sepulcro de Cristo, en la Galilea ó atrio de la iglesia.

En la misma capilla, y al lado del de Doña Aurembiax, con iguales divisas de Urgel y de Moncada, y en urna también de alabastro, veíase el mausoleo de Doña María de Moncada, primera mujer de D. Pedro de Aragón, hijo del infante D. Jaime.

La tercera sepultura de los Moncadas en Poblet, estaba en el cementerio de los monjes. Todavía se hallan hoy allí, elevados de tierra y encajados en la pared, á espaldas de la capilla de San Bernardo, nueve sencillos sepulcros. En el octavo, sin inscripción y con solo un escudo en el centro, yacen los restos de un D. Hugo Guillén de Moncada, cuya trágica muerte dió origen á que se contara un suceso que hasta nosotros trajo la tradición y que, por lo extraordinario y curioso, me place referir. Podrá ser tal vez una conseja, pero es de

ó mejor aún *de Poblet á Santas Creus*, como quien dice: de maravilla en maravilla, dando lugar con esta frase á que alguien creyera ser uno solo el monasterio. Por lo demás, fortuna ha tenido Santas Creus en hallar un cronista tan hábil y tan completo en D. Teodoro Creus.

todas maneras un hecho y un episodio que caracterizan una familia y retratan una época.

La escena que voy á contar debió suceder en una fría y oscura noche de Noviembre de 1268, á corta distancia de Santa Coloma de Gramanet, en un camino que bajaba al río Besós desde el castillo de Moncada.

Un hombre envuelto en una manta parduzca, según usaban los almogavares, se hallaba sentado en el suelo con la cabeza apoyada en un árbol. Hubiérase dicho que dormía. Nada de esto, sin embargo. No dormía: esperaba.

Cualquiera que hubiera podido observarle á través de la oscuridad que reinaba, hubiérale visto de pronto incorporarse bruscamente, avanzar la cabeza en ademán de interrogar los ruidos de la noche, buscando entre todos uno que le fuese familiar; y después, como si este examen no le hubiese dado el resultado que esperaba, bajarse hasta tenderse en tierra y aplicar á ella el oído, permaneciendo así más de un minuto inmóvil, á manera de estatua yacente.

Al cabo de este tiempo se levantó satisfecho, y abandonando el árbol junto al cual había hasta entonces permanecido, fué á situarse en mitad del camino.

Unos minutos después un ruido comenzó á dominar los rumores de la noche. Era el trote de un caballo. Acercándose fué poco á poco hacia el sitio donde estaba nuestro hombre misterioso, y bien pronto vió éste surgir de entre las sombras la silueta de un jinete. Sin duda el que avanzaba vió también, á favor de la escasa claridad de las estrellas, dibujarse una sombra en mitad del camino, pues que, inclinándose sobre el cuello del caballo, gritó con voz robusta y varonil:

—¿Quién anda ahí?

—Un hombre que desea hablaros,—contestó el de la manta.

El jinete tiró la rienda y detuvo su caballo; pero al propio tiempo que se inclinaba de nuevo, como para descubrir mejor al que acababa de hablar, su mano derecha buscaba bajo la pellica en que iba envuelto el pomo de la daga, compañera inseparable entonces de los caballeros, daga pequeña y de agudísima punta que servía de arma arrojadiza á quienes, como el jinete de que hablamos, sabían dispararla con certero tino y á gran distancia. Quizá el de la manta notó este manejo, pues hizo un movimiento como para adelantarse, deteniéndole sólo la voz del jinete.

—Dí cuanto quieras sin avanzar un paso, ó te arrojo mi daga; y por la sangre de Cristo Nuestro Señor, que no erraré de una pulgada tu corazón.

El desconocido, que había dejado caer el embozo de su manta, se cruzó de brazos, y dijo, mientras una sonrisa indefinible asomaba en sus labios:

—¿D. Hugo de Moncada tiene miedo?

—¡Villano!—gritó el jinete.—¿Cuándo has visto ó has oído decir que hubiese temblado un Moncada? Perdónote tu insolencia en gracia de que me digas pronto lo que de mí deseas: pero antes de todo, comienza por decirme tu nombre, ya que sabes el mío. ¿Quién eres?

—Soy Farech el almogavar.

—¿Y qué es lo que quiere Farech el almogavar de Hugo de Moncada?

—Una sola cosa..... Su vida.

D. Hugo se irguió sobre la silla de su caballo, y sus ojos centellearon en la oscuridad.

—¿Mi vida dijiste, perro almogavar?.... ¡Mi vida! ¿Y para qué necesita mi vida un miserable como tú?

—Porque la palabra de un villano vale lo que la de un caballero, y he prometido mataros.

—¿Y á qué perro judío ó moro has prometido la vida de un Moncada?

—Al vizconde de Rosanes.

Al oir Moncada el nombre de su enemigo capital y encarnizado, lo comprendió todo. El hombre que tenía delante era uno de esos, nacidos en la hez del populacho, que en aquella época alquilaban su brazo y su puñal á los caballeros para desembarazarles de cualquier enemigo demasiado poderoso ó demasiado temible para atreverse con él ellos mismos: así es que, en cuanto D. Hugo oyó el nombre de su enemigo, instantáneamente, con la rapidez del rayo, desenvainó su daga y la arrojó con ímpetu al almogavar, clavando al mismo tiempo, con furia, el aguijón en los ijares de su caballo para hacerle saltar por sobre el cuerpo del asesino.

La daga partió, en efecto, disparada por la mano de D. Hugo, pero fué á clavarse en el árbol en que antes se apoyara Farech; el caballo saltó, en efecto, por encima de un cuerpo, pero no de un cadáver.

También el almogavar lo había comprendido todo á su vez, y con la misma presteza que en la acción puso D. Hugo, se tiró al suelo para evitar la daga y dejar pasar el caballo, que, á mantenerse en pie, le hubiera derribado de seguro. Fué, sin embargo, tan instantáneo el saltar D. Hugo por encima de su cuerpo, como el ponerse de pie el almogavar, emprender tras del caballo, montar en grupa de un bote, y ceñir al jinete con una de aquellas correas de que iban siempre provistos los almogavares para sujetar sus azconas ó aprisionar á sus enemigos, teniendo algunos de ellos la habilidad, y Farech era de este número, de arrojarlas como un lazo.

Cuando D. Hugo quiso hacer un movimiento de resistencia, estaba ya atado.

El almogavar paró el caballo, apeóse, levantó á Don Hugo de la silla con la misma facilidad que lo hubiera hecho con un saco de plumas, y lo depositó en el suelo.

El asombro por un lado, y por otro la rapidez de la ejecución, habían paralizado la lengua del caballero.

—D. Hugo, os dije que los villanos, al dar una palabra, saben cumplirla. Sois mío ya. Rezad vuestras oraciones y poneos bien con Dios. Vais á morir.

No le espantaba la muerte al de Moncada. La había visto muy á menudo y muy de cerca en los campos de batalla. Una idea cruzó, sin embargo, como un rayo por su mente, y mirando cara á cara al almogavar,

—Farech—le dijo,—¿cuánto te dieron por mi vida?

—Me han llenado de morabetinos el casco [1].

—¡Torpe! Te lo hubieran llenado cinco veces lo menos, si hubieses sabido hacerte valer. Yo te lo llenaré estas cinco veces como me salves la vida.

—No puede ser, D. Hugo. Dí mi palabra, y me han pagado anticipadamente.

—Te lo llenaré seis, diez veces.

—Aunque fuesen ciento; aunque me diéseis, construído de oro macizo, el castillo de vuestro hermano el Senescal que asoma allí arriba.

D. Hugo comprendió que no había dado con un asesino vulgar, y se dispuso á morir.

La frente del almogavar se había, sin embargo, nublado. El caballero siguió en el rostro de Farech la impresión de sus sentimientos, y esperó.

—No—dijo al cabo de un instante el almogavar:—no puedo dejar de mataros, porque sería deshonrarme. He recibido la paga, y he dado mi palabra; pero puedo hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Matar al vizconde de Rosanes luego de haberos matado á vos.

Un rayo de gozo iluminó el semblante de D. Hugo.

1 Cada morabetino equivalía á unos cuatro reales.

El placer de la venganza le hacía grata su misma muerte. Los hombres de aquel siglo eran de este temple.

—Que me place—dijo.—Hubiera querido, bien lo sabe Dios, matarle por mi propia mano y en singular combate; pero ya que esto no puede ser, acepto tu oferta. Te llenaré cinco veces tu casco de morabetinos.

—No sería justo tampoco, y me deshonraría también —contestó con cierto tono de hidalguía el almogavar, que por lo visto entendía el honor á su manera.—Os cobraré sencillamente por su vida lo que me dió por la vuestra; y sale ganando, que no vale lo que vos. ¿Os acomoda el precio?

—Me acomoda. Falta ahora arreglar las condiciones del contrato.

—Son muy sencillas. Vais á darme vuestra palabra de honor de volver á este sitio dentro de dos horas, solo y sin armas. Ahora os soltaré la correa, montaréis en vuestro caballo, os llegaréis al castillo del barón, vuestro hermano, y volveréis con el precio convenido. En cambio, yo os daré á mi vez la palabra de que antes de tres días habrá muerto el vizconde de Rosanes.

—¿Puedo estar seguro de que cumplirás tu palabra?

—Como yo lo estoy de que vos, D. Hugo, cumpliréis la vuestra, volviendo á este sitio dentro de dos horas, solo y sin armas.

—Mi palabra tienes, almogavar. Desata la correa.

—Y vos tenéis la mía, D. Hugo. Id en paz.

Farech aflojó la hebilla de la correa que sujetaba al caballero, y ya ni uno ni otro se dijeron más palabras.

Extraño contrato, ¿no es verdad?

Y, sin embargo, uno y otro de los contrayentes lo cumplieron al pie de la letra.

A las dos horas estaba de vuelta D. Hugo con el precio estipulado; á los pocos instantes había dejado de

existir, y tres días después de esta muerte, los servidores del vizconde de Rosanes, que tenía su castillo cerca de Martorell, viendo que su señor tardaba en volver de la caza á que había partido muy de mañana, fueron á registrar el bosque y le encontraron bañado en sangre y cadáver al pie de un grupo de álamos. Junto á él recogieron una ensangrentada azcona de almogávar.

Y ahora que he contado, tal como me la contaron, la leyenda del Moncada que yace en la tumba del cementerio de los monjes, permitido me sea decir algo de aquella insigne familia, cuyo nombre no se puede citar sin un recuerdo.

¿Quién no oyó hablar de esa raza de héroes? ¿Qué hecho de armas notable, qué gran hazaña, qué gloria tiene Cataluña, á que no vaya unido el nombre de un Moncada?

Era hereditario en los Moncadas el título de senescal de Cataluña, y servían á los condes de Barcelona más como aliados que como súbditos, siendo frecuentes en la historia las ocasiones en que por agravios recibidos se les ve alzar pendones contra los condes, sus señores, y luchar abiertamente con ellos, corriendo sus tierras y negándoles pleito homenaje.

Cuando Otjero Katalon, según cuentan las tradiciones, capitán que había sido de Carlos Martel, emprendió la reconquista de Cataluña, nueve estrenuos varones ó capitanes acometieron con él la empresa, siendo, por tan heróica resolución, apellidados *de la fama*. Entre estos nueve varones se hallaba, figurando en las crónicas como el primero, Naufer, Napifer ó Dapifer de Moncada.

De él tuvo origen la casa de este nombre en Cataluña. Los Moncadas comienzan, pues, á figurar en el primer período de nuestra historia, en el primer albor de

nuestra independencia. Más antigua es en Cataluña su raza que la de los mismos condes de Barcelona. Dapifer es una grandiosa y soberbia figura de los tiempos de la reconquista, y cuando Otjero Katalon exhaló su último suspiro ante las murallas de la sitiada Ampurias, legó á Dapifer la continuación de su empresa y de su venganza. Tomó Dapifer el mando de la hueste, y fué, de hazaña en hazaña, de gloria en gloria, á clavar el pendón triunfante de la cruz sobre los torreones de la subyugada Urgel. Debía aún nacer el fundador de la casa de Barcelona, cuando estaban ya cansados los Moncadas de conquistar ciudades y sujetar reyes moros.

Y ahora, sabido ya el origen de esta casa de egregios varones catalanes, vamos á indagar el de su apellido, sobre lo cual hay varias opiniones.

Es una de ellas la de que Dapifer tenía su campamento, según costumbre de entonces, cerrado con una cadena que servía de muro, empalizada ó palenque entre los cristianos competidores y sus enemigos los moros. Supónese que con motivo de esta cadena se empezó á llamar al monte de los Pirineos, donde tenía Dapifer su campo, *monte catenato*, y al señor de aquel campamento, *el capitán de Montecatenato*, ó Dapifer de Montecatenato, cuyo nombre, corrompiéndose, se transformó en Moncada andando el tiempo.

Otra opinión, que no se aparta mucho ciertamente de la anterior, asegura que Dapifer tenía su campo fortificado en la montaña de Canigó, en aquellos tiempos llamada *Canaco* ó *Caco*, viniendo de ahí el llamársele Dapifer de Montecaco ó Montcaco, nombre que alterándose se convirtió en Moncada.

Cuando la conquista de Barcelona por Ludovico Pío á principios del siglo IX, un hijo ó nieto de Dapifer, al frente de un puñado de cristianos, tomó á los moros una torre ó atalaya que tenían sobre el que luego se

llamó *Coll de Moncada,* y en aquel sitio echó los cimientos del que hubo de ser con el tiempo fortísimo castillo é inexpugnable ciudadela. No falta, empero, quien crea, y de este parecer es *Zurita,* que la casa de Moncada tomó este nombre y título de la baronía de Moncada, en la época de D. Ramón Berenguer IV *el Grande.* Llobet y Vall-llosera, en una erudita Memoria sobre esta casa, presentada á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, cree que los Moncadas tomaron su nombre del monte y del castillo, en lugar de dárselo.

Lo cierto es que desde entonces fué aquélla la mansión señorial de los Moncadas, y allí, en lo alto del monte que se alza como centinela gigante en los límites de las llanuras de Barcelona y del Vallés, comenzaron á anidar aquellas águilas soberbias de la nobleza catalana y á reproducirse aquella familia, siempre turbulenta y siempre independiente, que había de enlazar con los príncipes y señores más poderosos de la tierra; que había de dar tan grandes capitanes á su patria, tantos nombres ilustres á la historia, tantos héroes al drama, y que había de prestar, finalmente, asunto interesante á los trovadores para sus más románticas consejas y peregrinas leyendas.

Larga y muy entretenida tarea sería la de reseñar las glorias todas de esta raza: me limitaré á citar algunos hechos principales.

Dejemos á un lado al capitán Dapifer, tronco de esta familia, el primer varón ó *barón de la Fama,* según le llaman las crónicas, que ganó á Urgel y rindió tres reyes moros; no hablemos tampoco de aquel Moncada que, según una poética leyenda, montó á la grupa del caballo de San Jorge, trasladándose por los aires desde Antioquía á la llanura de Alcoraz, y tomando parte el mismo día y á la misma hora en dos batallas; y demos al olvido la conseja de aquel otro Moncada, que, agra-

viado por un arzobispo de Tarragona, esperóle al paso una noche y le mató, fundando luego el monasterio de Santas Creus en penitencia de su crimen. Por bellas que sean estas tradiciones, la crítica histórica las rechaza, y la familia de que hablamos no tiene afortunadamente que recurrir á la fábula para buscar dramáticos episodios y hazañas caballerescas realzadas por la poesía de la gloria.

Ninguna expedición contra moros, ninguna empresa grande tomaron á su cargo los condes de Barcelona, que no fuera contando con algunos de los Moncadas entre sus más valientes y atrevidos capitanes. Esta noble familia, cuyas glorias van unidas á todas las de aquellos tiempos, figura por medio de dignos representantes y esforzados varones en la expedición de los catalanes á Andalucía á comienzos del siglo XI; en la reconquista de Barcelona por el conde Borrell; en la empresa contra las Baleares, llevada á cabo por el conde Don Ramón Berenguer III, y en las conquistas de Lérida y de Fraga, venturosamente realizadas por D. Ramón Berenguer IV. En la toma de Tortosa tan señaladamente se distinguió un Moncada, que el conde le dió en feudo la tercera parte de la ciudad por sus servicios; á este mismo Moncada se debió muy principalmente el enlace del conde D. Ramón Berenguer con Doña Petronila, lo cual trajo la unión de Cataluña y Aragón; y mientras un Moncada se enlazaba con una hija del monarca aragonés D. Pedro *el Católico,* otro tomaba por esposa á la condesa del Bearn, emparentando así con dos casas reales.

Dos Moncadas, yendo en la armada de D. Jaime, son los primeros en tomar tierra en Mallorca y los primeros que riegan con su sangre aquellos campos, abriendo paso su muerte á las huestes del *Conquistador,* quien detiene todo un día su victoria para consagrarlo

á llorar sobre sus cadáveres y á rendir fúnebres honores á aquellos dos heraldos de la conquista: los Moncadas, senescales perpetuos de Cataluña, pasan á ser también procuradores generales de Aragón: una hembra de su familia, Doña Constanza, enlaza con el príncipe Don Alfonso; como más tarde otra, Doña Guillerma, ha de enlazar con el príncipe D. Pedro; como otra, Doña Elisenda, ha de ser, andando el tiempo, mujer de Jaime II, reina de Aragón, y, muerto su esposo, fundadora y primera abadesa del monasterio de Pedralva; y como, finalmente, otra Doña Guillerma, émula de la varona castellana María Pérez, es ilustre capitana, monta á caballo, pone á cerco castillos, entra á saco ciudades, y, tan esforzada en armas como diestra en letras y en leyes, debate con los monarcas y los prelados, discute ante todos los tribunales, y con arrolladora elocuencia truena contra todas las jerarquías y condiciones.

Un Moncada es gran almirante de Aragón en tiempo de D. Pedro IV, vence en Estepona á una armada de moros, socorre á los aragoneses y catalanes de Sicilia, y es almirante de la escuadra que el monarca aragonés envía contra Mallorca y su rey D. Jaime: otro es condestable del reino, y en Sicilia caballeroso defensor de la reina Doña María: otro es gobernador general de Cerdeña y Córcega primero, de Mallorca después, y brilla lo mismo en el campo de batalla, donde es el primer héroe, que en los parlamentos, donde es el primer orador: otro toma parte en los bandos de Aragón antes del parlamento de Caspe y figura en las asambleas de Mequinenza y de Tortosa: otro libra á la reina Doña Blanca de Sicilia cercada en el castillo de Marqueto, socorre á la reina Doña Juana de Nápoles, se señala en la guerra de Córcega y pelea valerosísimamente en Nápoles con Sforza: otro conquista á Argel: otro

defiende á Puigcerdá: otro es el capitán de más fama del duque de Valentinois: otro deja fama eterna en Calabria, de donde es gobernador; y por fin, otro, Hugo de Moncada, á quien llaman las crónicas el *Neptuno catalán*, es virrey de Sicilia, corre las costas de Berbería y vence y sojuzga á la indomada Trípoli.

Tal era esta casa. El viajero que visite las ruínas de Poblet ó las de Santas Creus, no debe pasar indiferente por junto á los sepulcros de los Moncadas sin saludarlos con respeto y sin recordar que los que allí yacen fueron, y son sus nombres todavía, gloria y timbre de la patria.

IX.

Los sepulcros de personas y familias distinguidas.—La tumba de Fray Pedro Marginet.—Los monjes bandoleros.—La Morena del Mas.—Fr. Anselmo Turmeda.—La conversión de Marginet.—Su vida penitente.—Sus portentos y milagros.

Como los Moncadas, otras familias de los nueve *varones de la fama*, tan renombrados en nuestras crónicas, y á quienes dieron celebridad y origen los primeros capitanes de la reconquista, tenían panteones y sepulturas en Poblet. Eran estas familias las de Pinós, Cervera, Cervelló, Anglesola y Ribelles. Varios de sus individuos descansaban en el monasterio, ya en sencillas urnas que estaban en el cementerio de los monjes ó en el claustro, ya en ricos y opulentos mausoleos esparcidos por las capillas del templo.

Para no fatigar al lector con una pesada enumeración, citaré sólo los más principales, aquéllos de quienes creo debe consignarse un recuerdo, como tributo á su honrada memoria.

En una urna del cementerio común estaba D. Ramón de Cervera, señor de Cadoz y de la Espluga, capitán

famoso que mandaba las huestes del conde D. Ramón Berenguer IV cuando fueron arrojados los moros del territorio en que luego se fundó Poblet.

La casa de Anglesola tenía varias sepulturas. En una de ellas se guardaban los restos de D. Guillén de Anglesola, señor de Bellpuig, que murió en 1159, y otra era un panteón, que se alzaba en la capilla de Santa Magdalena, sobre cuya magnífica urna de alabastro se veían las estatuas yacentes de D. Bernardo de Anglesola, señor de Miralcamp, y de su esposa Doña Constanza, allí enterrados.

Muchas eran las personas principales que tenían su sepultura en Poblet, siendo en número tan extraordinario, que abruma la sola idea de dar detallada cuenta. Pablo Piferrer llamaba á Poblet *el templo de los sepulcros*, y dice con gran verdad que jamás hubo otro que poseyera tanta riqueza de monumentos sepulcrales, ni donde mejor que en él pudiera el artista hacer un estudio completo de las sepulturas góticas de todas épocas, desde las fúnebres y sencillas urnas levantadas en las paredes de los claustros, hasta el trabajado sarcófago de los monarcas.

A cada paso encontraba el viajero lápidas mortuorias con nombres de gran resonancia en la historia: D. Jaime Zarroca, obispo de Huesca y canciller del rey D. Jaime, cuya urna se veía majestuosamente coronada por una estatua de hábitos pontificales; D. Guillén de Alcarraz, así llamado porque ganó á los moros el lugar y el castillo de aquel nombre; D. Ponce de Perellós, embajador de Cataluña en diversos puntos; D. Rodrigo de Rebolledo, barón de Montclús, capitán insigne, que fué sepultado en la urna labrada para el *Prohom vinculador*, vizconde de Cardona, cuando se trasladaron estos restos á la que dejamos descrita al hablar de los panteones de aquella casa.

Allí tenían tumbas más ó ménos espléndidas las familias de Zacirera, Alañá, Boxadors, Alayá, Vallebrera, Timor, Castelloni, Castro, Copons, Sanahuja, Grañera, Guimerá, Montpahó, Torba, Marta, Montpalau, Rocafort, Morell, Puigvert, Mur y Senhero: allí se guardaban los restos de muchos prelados y príncipes eclesiásticos, de los abades de Poblet y de varios monjes de la casa que, por sus virtudes ó servicios, merecieron enterramiento singular.

Pero entre tantos y tan suntuosos sepulcros como había en el templo, uno solo era el visitado con verdadera curiosidad, con devoción y fervor, principalmente por el vulgo, que acudía atropellado á preguntar por él. Verdad es también que el monje encargado de acompañar á los visitantes y de enseñarles las curiosidades del templo, les conducía, aun sin ser solicitado, y aun con preferencia sobre las mismas sepulturas regias, á la capilla de las santas reliquias ó de San Salvador, donde estaban los restos mortales del que era objeto de singular y expresiva veneración, mostrándoles devotamente un nicho levantado de tierra en la pared inmediata á la Epístola. Tenía este nicho una ventanilla con una reja de hierro dorado, que permitía ver una sencilla tumba cubierta con un magnífico damasco rojo, y alrededor de ella este letrero:

Hic jacet venerabilis P. Fr. Petrus Marginet.

Hay que referir la historia de este monje, ya que sería imperdonable su olvido, pues constituye una de las leyendas de Poblet; pero debe referirse de manera que no pierda su sello especial y característico, y resulte con aquel color distintivo de prodigios y milagros con que la cuentan los cronistas de la casa, y que tanto extendió la fama del monje, aceptado como venerable por la Iglesia y como santo por el pueblo.

Allá por los años de 1409, siendo abad de Poblet D. Jaime Carbó, vivía en el monasterio un monje alto, moreno, gallardo, joven, de buenas maneras y mejores facciones, con crédito y fama tales de perfecto religioso, que le valieron el cargo de bolsero, cuya ocupación le permitía disfrutar de mayor independencia, facultado como se hallaba para ir donde bien le acomodase so capa de proveer, cobrar ó satisfacer.

Un día sucedió que, pasando por la calle principal de una villa no muy lejana de su convento, acertó á levantar, por casualidad, la cabeza, que por prescripción y costumbre llevaba siempre baja, y pudo ver á través de una celosía dos rasgados ojos negros relucientes como dos carbunclos, que le miraban de una manera extraña.

Sintió el buen padre latir su corazón bajo el fuego de aquella mirada; apretó el paso para alejarse, y por la noche dejó su asiento desocupado en el refectorio, ayunando por espíritu de contrición.

Una, y otra, y varias veces en días sucesivos, volvió el joven monje á ver aquellos dos rasgados ojos negros que parecían haberse clavado en su corazón y que le acompañaban ya por todas partes, pues es fama que los veía en el silencio y soledad de su celda, en medio de los mismos ayunos y penitencias á que despiadadamente se entregaba para librarse de una visión convertida para él en febriscitante vértigo.

Pero ya con esto llegó un día en que, al pasar por la misma calle y casa, y abierta de par en par la ventana, pudo ver la más adorable mujer, cuya tez hubiese dorado jamás el sol de España.

Era una mujer muy conocida en la comarca, de singular hermosura y de costumbres francas y verdaderamente varoniles, á quien llamaban *la Morena del Mas* por ser la propietaria de una deliciosa casa de campo ó

granja que existía en el centro del frondoso y agreste bosque del Tillar.

Los cronistas populetanos no pasan porque fuese aquella mujer la arrogante y seductora *Morena del Mas*, y sientan que era el mismísimo Satán en forma de encantadora hembra para conseguir la prevaricación del monje. Y acaso no andaban desacertados en su juicio, pues no fué, de seguro, aquélla la vez primera en que se vió al demonio parapetarse tras los ojos negros ó azules de una mujer hermosa.

De todos modos, y sea de ello lo que fuere, la *Morena del Mas* era la penitente, la amiga ó la parienta de un religioso del convento de franciscanos de Montblanch, llamado Fr. Anselmo Turmeda, varón de reconocido saber y de gran palabra y elocuencia, cuyos famosos y notables sermones había tenido Fr. Marginet ocasión de oir y admirar repetidas veces.

Por medio de la *Morena del Mas* llegaron á intimar Turmeda y Marginet, haciéndose grandes amigos y compañeros, y viviendo largo tiempo en estrecha y cordial fraternidad; pero siempre sojuzgado Marginet á Turmeda, á quien miraba como hombre de gran talento, juicio confirmado más tarde por la historia, aun cuando comenzara ya á murmurarse en Montblanch y en sus alrededores de la conducta un tanto misteriosa y un tanto relajada del fraile franciscano.

Ocurrió por entonces la muerte del rey de Aragón, D. Martín *el Humano*, que murió sin hijos, terminando con él la línea masculina de los condes de Barcelona en el trono, y el país quedó entregado al embate y discordia de las pasiones, avivadas por el celo y las intrigas de los pretendientes que se presentaron á disputar la corona, algunos con las armas en la mano. Por algún tiempo, que venturosamente no se prolongó mucho, gracias á la sensatez y cordura de los prohombres

de Aragón y Cataluña, el reino ardió en bandos y en discordias, y la consternación y el terror se apoderaron de los ánimos, siendo nuncio todo de trastornos y catástrofes.

Entonces fué cuando, á principios de aquella época turbulenta, y corriendo el año 1410, comenzó á decirse que en el Mas del Tillar, en la casa de aquella morena de rasgados ojos negros, se reunían los partidarios de uno de los pretendientes al trono vacante, acudiendo allí mucha gente de siniestro aspecto, y congregándose por las noches, á favor de la oscuridad, en tumultuosa asamblea.

Un día se encontraron colgados de un árbol del bosque dos hábitos religiosos, uno de cisterciense y otro de franciscano, y el mismo día se notó en el monasterio de Poblet y en el convento de Montblanch la desaparición de Fr. Anselmo de Turmeda y de Fr. Pedro Marginet. No bien se observó la falta de los dos religiosos en sus respectivos conventos, cuando se comenzaron á referir y ponderar hazañas de dos famosos bandoleros que recorrían los montes vecinos, usando traje de caballero y acompañados de una mujer vestida de hombre. Decíase que derramaban dinero en abundancia, y que con él se hacían servir ricamente en los mesones, seducían á las muchachas de los pueblos, y sólo con el puñal ó la ballesta respondían á las autoridades y jurados que intentaban parar sus desafueros.

Eran, efectivamente, aquellos dos bandoleros los dos monjes de Montblanch y de Poblet, y la mujer que en traje varonil solía acompañarles la *Morena del Mas*.

En vano el abad de Poblet hacía recorrer sus bosques y las montañas vecinas por los monteros y servidores de la casa; en vano los jurados de Vallclara y otros pueblos y el mismo veguer de Lérida intentaron pesquisas y levantaron somatenes para dar con ellos: su

astucia les hizo evadir siempre la justicia, y sus fechorías fueron creciendo en tanto grado, que de ellos se hablaba en todas partes, llegando á ser el verdadero terror de la comarca.

Todo lo intentaban y á todo se atrevían los dos bandoleros. No había sagrado que les contuviera, justicia que no burlasen, honor que no atropellaran, leyes que no desobedeciesen. Unas veces solos, ó acompañados cuando más de la gallarda moza que les seguía; otras ayuntándose con los partidarios de alguno de los bandos en armas; á veces rumbosos y galanes, otras crueles y asesinos; escalando conventos de monjas, saqueando castillos y masías, poniendo á contribución los pueblos, riñendo verdaderas batallas con sus perseguidores, despojando á viajeros, apoderándose de personas determinadas y sometiéndolas á rescate, corriendo toda suerte de aventuras y héroes en toda clase de desmanes, llegaron á tal punto de crecimiento y fama, que más de una vez, según parece, hubo de pensarse seriamente en tratar con ellos y llamarles á partido, ofreciéndoles con el perdón de sus maldades empleos y hasta honores que satisfacer pudieran su codicia.

Pero vino en esto el año de 1413, habiendo entrado á regir la abadía de Poblet D. Juan Martínez de Megucho; y aun cuando quedaban en Cataluña restos de los bandos que se habían disputado la corona, todo parecía encaminarse á la paz, con la aceptación por rey de Don Fernando *el de Antequera*. Cada establecimiento volvió á su antiguo orden y disciplina, y sucedió entonces que llegaron á formal rompimiento los dos bandoleros, sin que las memorias que existen nos digan la causa, como no sea lo que suponen los piadosos cronistas de Poblet, atribuyendo en Turmeda la fidelidad á su vida de aventuras, y en Marginet el deseo de arrepentimiento y enmienda.

Roto ya el pacto entre los dos antiguos monjes, no seguiremos á Turmeda, por el pronto, en su nueva serie de aventuras. Sólo sí diremos de él que fué á parar á Túnez, donde renegó de la religión cristiana, convirtiéndose en apóstol de Mahoma y comentador del Alcorán, acabando su vida, según parece, como mártir, pues volvióse arrepentido al cristianismo, y fué bárbaramente asesinado por los infieles; pero de todo lo referente á este personaje hemos de ocuparnos luego con mayor detención.

Lo que por el momento nos importa, es seguir en la nueva faz de su vida á Marginet, quien, rotos ya sus lazos con el crimen, apareció un día inopinadamente en casa de sus padres, que eran labradores del pueblo de Vallclara. Manifestóles su propósito de cambiar de vida, y confiándoles dos mujeres que en su compañía llevaba, una de ellas acaso la *Morena del Mas*, para que les diesen cobro, se dirigió al monasterio de Poblet sin ni siquiera despojarse de su traje de bandolero.

Fué el suceso una tarde, víspera de la fiesta de Nuestra Señora, á hora en que los monjes acababan de reunirse en el Aula capitular. Presentóse de repente Marginet ante los asombrados religiosos, y cayendo de rodillas en medio de la sala, y prorrumpiendo en sollozos á tiempo que con una piedra se daba violentos golpes en el pecho, comenzó á decir:

—¡Perdón! ¡perdón! Soy un miserable, soy el que aquí se llamó un día Fr. Marginet, y después Marginet el bandolero. Vengo á implorar de la misericordia divina el perdón de mis crímenes y culpas. Recibidme otra vez en vuestro seno, dejadme morir entre vosotros conquistando con mis penitencias la gracia del Señor. ¡No me alejéis de aquí, no me abandonéis, no me maldigáis, hermanos! ¡Soy un pecador arrepentido, y á todo pecador misericordia!

Con éstas y otras palabras y con las vivas señales de su arrepentimiento, Marginet conmovió á la comunidad hasta llegar el momento en que, levantándose de su sillón el abad Mengucho y yéndose para el bandolero, le abrigó solemnemente con su manto abacial, exclamando:

—Infinitas son la bondad y misericordia de Dios. La oveja descarriada torna al redil. ¡Bien venida sea! Recibámosla en nombre de Dios, ¡hermanos míos!

Y pronunciadas estas palabras, dió orden á los monjes para que se llevaran al penitente. Un silencio sepulcral reinó por breves instantes. Volvióse el abad á su asiento, y una vez allí alzó su voz y dijo:

—¡De rodillas, hermanos! Digamos con San Lucas: «Mayor es el gozo de ver á un pecador arrepentido, que noventa y nueve justos sin necesidad de penitencia.» Regocijémonos, pues, y demos gracias al Señor implorando para el pobre arrepentido la bendición del Dios de la misericordia infinita.

Y todos los monjes cayeron de rodillas, y la oración, como nube de incienso, subió pura y ferviente hasta los pies del trono del Eterno.

Ya al llegar aquí los cronistas de Poblet, y singularmente Finestres, consagran extensas y difusas páginas á explicar la vida de arrepentimiento, de penitencia, de oración y de martirio á que desde entonces se entregó Marginet con todo el mismo ardor y fervoroso entusiasmo con que antes se entregara á su vida aventurera.

Cuentan cómo pasaba los días en el rezo, la mortificación y el éxtasis, y cómo fué discurriendo uno por uno por todos los lugares que en tiempo de su vida bandolera había seguido, haciendo en ellos pública y ejemplar penitencia; refieren cómo se fué á una cueva del vecino monte á proseguir su vida penitente, acom-

pañada de hechos extraordinarios y sucesos milagrosos; relatan cómo fué excitándose la pública curiosidad y creciendo la veneración del pueblo hacia el monje-bandolero; explican, por fin, sus visiones y portentosas curas y milagros; y de cómo las campanas tocaban solas al divisarle; y de cómo recibía extrañas visitas de tentadores demonios; y de cómo por las noches, estando cerradas las puertas del templo, se abrían éstas por sí solas para darle paso y permitirle hacer oración ante los altares; y de cómo veía bajar y subir cohortes de diablos y de diablillos por las cuerdas de las campanas; y de cómo un día le encontraron cabalgando sobre una barra de madera, de la cual estaba pendiente una gran lámpara, subido allí por invisibles espíritus infernales; y de cómo otra vez disipó con sólo una señal una gran tormenta que iba á caer sobre la comarca amenazando la cosecha; y de cómo otra vió á los ángeles subir en brazos al cielo el alma de aquella triste Doña Leonor de Aragón que moraba en una ermita próxima; y de cómo otra fué arrebatado por seres invisibles mientras estaba en oración y transportado instantáneamente á Túnez, donde habló con su amigo el renegado Turmeda, á quien convenció de que debía volver al seno del cristianismo, siendo con esto causa de la conversión del antiguo bandolero; y de cómo, últimamente, pues sería no acabar nunca, acaecieron al eremita tales y tan portentosos sucesos y fué objeto de tales y tan milagrosos hechos, que á una voz sola y á grito unánime la comunidad y la comarca hubieron de darle por santo.

Acabó sus días Marginet en opinión de santidad el 26 de Marzo de 1435, siendo enterrado en la iglesia á espaldas del altar mayor; y como fuera muy concurrido el lugar de su sepultura y continuara en muerte, según dicen sus cronistas, los milagros que hiciera en vida, por los años de 1490 se colocaron sus huesos en nueva

tumba y en el nicho con reja dorada de que se habló al comienzo de este relato, asistiendo á la traslación Doña Guiomar de Portugal, esposa de D. Enrique de Aragón, llamado el infante *Fortuna,* que dió para cubrir su ataúd el rico brocado en que aparecía envuelto á los ojos de sus numerosos y asiduos visitantes.

Tal es la curiosa historia de Fr. Pedro Marginet el monje, el bandolero, el visionario, el santo, según con más copia aún de pormenores, y también con más golpe de portentos y milagros, refieren los creyentes y sencillos cronistas de la casa populetana.

Pero todavía falta que decir algo de él, y mucho de su compañero Turmeda.

X.

Pedro Marginet y Anselmo Turmeda vindicados.—Turmeda escritor catalán, filósofo y poeta.—Sus obras.

Me he limitado á contar la vida de Fr. Pedro Marginet, siguiendo la pauta trazada por sus fervorosos cronistas y biógrafos. Todos, sin discrepancia ni desacuerdo de ninguna clase, lo presentan como sencillo monje en su época primera, como bandolero y capitán de malhechores y foragidos en su segunda época, como férvido penitente y piadoso eremita luego, y, por fin, como venerable y como santo, sufriendo mortificaciones y martirios, teniendo éxtasis prolongados, gozando de visiones celestiales, comunicándole Dios la virtud y el poder de hacer milagros.

Así es como aparece Fr. Pedro Marginet en todas las crónicas populetanas y en todas las vidas de venerables y santos catalanes. Así aparece igualmente, aunque con más accidentada vida y muerte trágica, su compa-

ñero de aventuras Fr. Anselmo Turmeda; pero hora es ya de que, haciéndoles justicia, aparezcan también bajo nuevo aspecto, con derecho á ser juzgados imparcialmente, sin la pasión del fanático por un lado, sin el desdén del escéptico por otro.

En primer término, conviene decir y consignar que reina un verdadero misterio, misterio que proseguirá sin duda siendo impenetrable, en la vida de aquellos dos hombres, habiendo de seguro exagerado las fechorías del uno para luego exagerar su santidad y milagros, y habiendo falseado intencionalmente, acaso, la vida del otro para poderle presentar convertido por la aparición milagrosa del anacoreta Marginet.

Tocante á lo del bandolerismo, hay que andarse con mucho tiento, sobre todo cuando se trata del bandolerismo de Cataluña; especialmente en épocas tan revueltas y castigadas de bandos genuinamente políticos, como fueron las de comienzos del siglo XV. Ya en otro trabajo traté de demostrar un día, y creo haberlo conseguido, que el bandolero catalán no era el malhechor ni el facineroso, ni tampoco el ladrón y salteador de caminos, según se define el vocablo, sino el hombre de bando, el adicto á una bandosidad, facción ó partido [1].

Todo induce á creer, á sospechar al menos, que Turmeda y Marginet, al desaparecer de sus conventos y al colgar sus hábitos, debieron afiliarse á uno de los bandos que entonces corrían la tierra apellidando patria y derecho. Y esto aun, si es que en realidad llegaron á colgar sus hábitos, cosa que acaso no esté del todo averiguada, principalmente respecto á Turmeda, no siendo, de todos modos, en este caso los únicos monjes á quienes, así en lo antiguo como en lo moderno, se haya visto figurar al frente de facciones, parcialidades ó bandos.

1 *Estudios históricos y políticos:* Madrid, librería de San Martín.

Pero en fin, sea de ello lo que fuere, lo que importa demostrar es que entrambos, así Marginet como Turmeda, distaban mucho de ser dos hombres vulgares: eran, por el contrario, de inteligencia superior á su tiempo, muy singularmente Turmeda, que fué gran filósofo y gran poeta.

Poco, realmente, se sabe de Fr. Pedro Marginet en este terreno, pero es lo suficiente para juzgarle: según parece, debió ser orador de verdadera elocuencia, pues las gentes iban en tropel á oirle, y una vez con su conmovedora palabra hizo entrar en razón á un grupo de amotinados; los monjes consultaban con él, como varón docto, y su voz era atendida y pesaba en las decisiones del capítulo; en varios documentos su firma aparece la primera después de la del abad, como señal de gran consideración á su persona; y á la muerte del abad D. Juan Martínez de Mengucho, en 1433, su elocuencia y su autoridad se sobrepusieron á todas las cábalas y manejos para la elección de sucesor. Marginet fué quien consiguió el triunfo de D. Guillén de Queralt, que residía en Barcelona, y cuando éste, por razones de salud y de modestia, se negó á aceptar la abadía, escribióle Marginet una carta para decidirle y obligarle.

Finestres publica esta carta en su tomo III y en el apéndice que consagra á trasladar los rasgos más característicos de la vida de nuestro monje anacoreta. Basta leer esta carta para que se comprenda que quien la escribió era, á un tiempo, una voluntad, un carácter y una inteligencia. Esta sola carta, modelo en su género, bastó para que Torres Amat colocara á Marginet en su *Diccionario crítico de escritores catalanes*.

Dos siglos después de su muerte, por los años de 1625, dos comisarios apostólicos, hallándose en Poblet, informados de cuanto se refería al monje de que estamos hablando, abierto expediente, oyendo á todos y

consultando las memorias y documentos que acerca de él existían en los archivos del monasterio, ordenaron que se labrase *un sepulcro de mármol ó de jaspe, con la mayor grandeza y majestad que pudiere,* para conservar en él los restos de Marginet, lo cual no llegó, sin embargo, á efectuarse.

Mucha menos celebridad tuvo Fr. Anselmo Turmeda. Para éste no hubo biógrafos; la posteridad no le votó mausoleos; no le envuelve ninguna atmósfera de portentos y milagros; sólo de pasada se ocupan de él las crónicas; afectan hasta tratarle con desdén, y de seguro le hubieran dejado con la infamante nota de bandolero y renegado, si no hubiese convenido presentar á Marginet rasgando los aires en alas de espíritus invisibles para convertirlo á la fe y devolverle al seno de la Iglesia. Y, sin embargo, Turmeda es tan infinitamente superior á Marginet, que no hay entre ellos ni asomo de paridad siquiera.

La vida de Turmeda la refieren los cronistas en poquísimas palabras. Apenas ocupa un párrafo en las historias, y si alguna celebridad le otorgan, al reflejo de la de Marginet la debe.

He aquí, en resumen, lo que de él dicen. Fué fraile franciscano de Montblanch; se hizo bandolero con Marginet, ó mejor, arrastróle á él al bandolerismo; cuando Marginet se apartó movido de arrepentimiento, prosiguió Turmeda su vida airada; acabó por pasar á Túnez; hízose renegado para predicar el Alcorán, y un día, en ocasión de estar hablando calurosamente contra la fe, apareciósele como bajado del cielo el P. Marginet, y echándole en cara sus crímenes y reprendiéndole con severidad, le convenció de su error, consiguiendo su enmienda. Desde aquel momento Turmeda comenzó de nuevo á predicar el Evangelio, en vista de lo cual el bey de Túnez le mandó cortar la cabeza por los años de 1419.

A esto se reduce todo cuanto de Turmeda dicen.

Pues bien; aunque muy á la carrera, pues no es la obra que escribo el campo propio para dilucidar la cuestión, he de decir, sin embargo, quién fué Turmeda, qué gran inteligencia hubo de ser la suya, y hasta qué punto anduvieron desencaminados los cronistas, tratando con tanto desenfado al que es varón eximio en la historia de las letras.

Es verdad que Fr. Anselmo Turmeda fué bandolero como Marginet; pero queda ya dicho de qué manera hay que entender el bandolerismo. Es verdad también que pasó á Túnez; pero es muy dudoso, por no decir inverosímil, que renegase de la fe. Quien dejó escritas obras como *La disputa del asno* y el *Libro de máximas morales y cristianas*, debió ser hombre de convicciones profundamente arraigadas, de principios fijos y de una gran alteza de miras. De estas obras, verdaderamente notables, no hablan una sola palabra los cronistas á que me refiero.

La primera se titula: *Disputa del Asno con Fr. Anselmo Turmeda, acerca de la natura y nobleza de los animales, escrita por el dicho fraile en la ciudad de Túnez el año* 1417. Escribióla Turmeda en lengua catalana, y fué traducida al francés el año 1548 por Laurents Buyson.

Es un libro sumamente peregrino, de grande ingenio y sutileza, en el que hay un verdadero tratado de filosofía bajo una forma entretenida y nueva.

Finge el autor que, habiéndose ido á un parque para gozar unos momentos de la soledad y huir del bullicio de las ciudades, tropezó, despierto ó soñando, con una asamblea compuesta de todos los animales conocidos en el mundo y congregados para prestar homenaje y juramento de fidelidad al león, por ser el rey recientemente proclamado. Uno de los animales, al divisar á

Turmeda, lo denuncia á la asamblea como mantenedor de una doctrina falsa: la de ser superiores los hombres á los animales por las excelencias del cuerpo y las dotes del alma.

El monarca entonces llama á Turmeda y le invita á sostener su doctrina tomando parte en un debate público, y nombrando á un asno para que le replique, no sin antes haberle dado su palabra real de poder argüir libremente sin miedo alguno á las iras de sus súbditos.

Nada más curioso, ni más nuevo, ni más original, ni de más profunda sutileza y filosofía, que este singular debate.

Se pasa revista á todas las cualidades y circunstancias de los animales, el elefante, el buey, el carnero, el camello, el buitre, el águila, el tigre, el león, la hormiga, la golondrina, el perro, el escarabajo, el caballo, el mulo, la abeja, etc., etc.; y después de larga discusión, de viva y empeñada controversia, de fuertes razones por parte de Turmeda, de discretas y profundas réplicas por la del asno, acaba por demostrarse que sólo en una cosa es el hombre superior á los animales: en el alma..... y ésta es sólo de Dios, dice Turmeda; frase admirable que siglos después debía repetir el gran Calderón de la Barca en una de sus obras inmortales [1], sin sospechar, de seguro, que antes la había pronunciado un bandolero catalán.

El libro está lleno de discretos comentarios y profundas observaciones acerca de la sociedad, la moral, las conveniencias, etc., y se discurre muy juiciosamen-

1 Al rey la hacienda y la vida
Se han de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

(El Alcalde de Zalamea.)

te sobre los papas, los reyes, los gobiernos y los magnates, con delicadas alusiones á los monarcas, á quienes se induce á imitar el ejemplo de los reyes de las hormigas y de las langostas, «cuyo cargo consiste en dirigir á todos hacia la común felicidad, único norte de los Estados.»

Algo hay en la *Disputa del asno con Fr. Anselmo;* algo hay efectivamente que puede dar lugar á que se crea renegado á Turmeda. El autor da algunas noticias de sí mismo por boca de un conejo, que dice, dirigiéndose al león:

—«Muy alta y venerada majestad: aquel hijo de Adán que recostado veis á sombras de aquel árbol, es de nación catalán, natural de la ciudad de Mallorca, y tiene por nombre Fr. Anselmo Turmeda, hombre muy sabio y entendido en toda ciencia, especialmente en astrología, y es oficial de la aduana de Túnez por el grande y noble Maule Brafet, rey y señor entre los hijos de Adán, y gran escudero de dicho rey.»

Pudiera deducirse de estas líneas que Fr. Anselmo había apostatado, pues se hallaba al servicio de un infiel; pero, como no sea esto burlería de ingenio, el espíritu y el texto de la obra lo desmienten. Lo único que resulta verdadero y cierto es que el profundo misterio extendido en general sobre la vida de nuestro monje, es todavía mayor tocante á su permanencia en Túnez. Nada de positivo se sabe, y sólo tenemos conocimiento de un hecho que él mismo nos cuenta en la *Disputa con el asno,* haciéndolo referir también por uno de los animales interlocutores.

El gobernador del castillo de Cáller, Arnaldo de Mur, al pasar de Sicilia á Cataluña, vióse obligado por vientos contrarios á refugiarse con su buque en el puerto de Túnez. Una vez allí, encontrándose falto de víveres y refuerzos, envió por ellos á tierra, y echándolo de ver

Fr. Anselmo, mandó llamar á los mensajeros del gobernador y les dijo:

—Tomad estas vituallas y llevadlas á vuestro señor, saludándole de mi parte y diciéndole que yo le suplico que acepte este pequeño servicio de mí, su humilde servidor, Fr. Anselmo, y devolvedle sus dineros; y si necesita alguna otra cosa, que me lo mande á decir, pues en todo cuanto quiera será servido.

En esta relación, que ya no es posible interpretar como burla, según pudiera tomarse la otra, se ve que Turmeda se llamaba en Túnez *Fr. Anselmo,* lo cual demuestra que no estaba allí como renegado.

El gobernador de Cáller agradeció mucho la atención de Fr. Anselmo, y así se lo manifestó desde su nave por medio de una carta que le escribió dándole las gracias, con otras muestras también de cortesía, pues que, según dice más adelante el libro, *al llegar Arnaldo de Mur á Cataluña, envió á Túnez, con destino á Fr. Anselmo, un gran presente de muchas y gentiles cosas.* No hubiera de seguro sucedido este cambio de cortesías y regalos entre un caballero cristiano y un renegado.

Lo que sí parece positivo es que Fr. Anselmo murió en Túnez á manos de los enemigos del cristianismo por predicar el Evangelio.

De otro libro de Turmeda hay que dar cuenta, y también este libro es patente demostración de lo que venimos sosteniendo, aun cuando, como luego se verá, parezca deducirse lo contrario de su portada. Me refiero al ya citado de *Máximas morales* y *cristianas,* preciosa obrita, digna de merecer especial atención, que desde tiempos muy antiguos hasta comienzos del presente siglo se daba en las escuelas á los niños para enseñarles á leer. Son unas *máximas* en verso catalán, con unas poesías del Angel Custodio y Juicio final. Los versos, leídos hoy, no se encontraran muy buenos, pero ni se hacían me-

jores en el siglo XV, ni en muchos se hallan la fuerza y la elevación de pensamiento que en éstos. Revelan un poeta, y un poeta serio.

Ya no se hallan ejemplares de esta obrita. Son muy raros al menos. En mis mocedades recuerdo haber visto alguno, y últimamente mi excelente y querido amigo el maestro Barbieri, que es tan entendido compositor músico como inteligente bibliófilo, dióme extensas noticias acerca de uno que existe en la *Biblioteca Colombina* de Sevilla, cuya papeleta traslado á continuación tal y como fué copiada por el eximio maestro.

Dice así:

Libre compost per frare | Encelm Turmeda ab la ora | ció del angel Custodi.

Aquí la estampeta del impresor Durán Salvanyach, y al verso de la portada dice:

En nom de Deu sía: | e de la gliōsa e hũil vergt María libre | cōpost en Tuniç p. lo Rev= | erene pare frare Encelm | Turmeda: en altra manera | Anomenat Abdalla de al= | guns bōs ensenyamēs: jat | sia que ell mal los haja se | guits Empero pēsen hauer | algũ merit d' diuulgar los | a la gent. E per que deu lo | deixe ben finar exi com lo | seu cor ab gran esperança | desija. Amen. | Comença la hobra.

Al fin se lee:

Fonech estampat lo pre= | sent tractat en la insigne | Ciutat de Barçelona per | Duran Saluanyach. En pũy | Mil. D. e. XXVII a iij d' l mes de setēbre.

En 8.° gót. de 16 hojas sin foliación. Sign. A—Biiij. La mayor parte en verso y con dos estampas grabadas en madera (además de la del impresor), que representan, la una el Juicio final y la otra la Virgen de la Concepción. En frente de la del Juicio final se hallan los cé-

lebres versos de la profecía de la Sibila, que se cantan en las iglesias de Cataluña por Navidades, cuyo estribillo dice:

Al jorn del judici
parrà qui aurá fet servici, etc.

Este rarísimo libro se halla en Sevilla, *Biblioteca Colombina*, bajo la sign. G. 37—36. *Misceláneas in* 8.°

Por lo que toca á la *Disputa del asno*, Torres Amat, que no hubo de ver el libro, dice que se imprimió en Barcelona el año 1509 con el título *Disputa del ase contra frare Anselme Turmeda sobre la natura et nobleça dels animals.*

Existen de esta obra dos traducciones en francés, la de Lión, más arriba mencionada, y *La revanche et contre dispute de frere Anselme Turmeda contre les betes, par* Mathurin Maurice. París, 1554.

Este libro de Fr. Anselmo consta prohibido por el Santo Oficio; pero debió de ser por siete pasajes muy licenciosos que tiene al hablar de los siete pecados capitales, aplicándolos á los religiosos de su siglo.

Es cuanto se me ha ocurrido decir sobre Marginet y Turmeda, considerando que los lectores no tomarán á mal esta digresión ó paréntesis en el curso de esta obra, ya que, en cierto modo, se trata de vindicar á dos personajes que de seguro no aparecen con su verdadero carácter ni con su exacta fisonomía en las historias de los cronistas de Poblet.

XI.

SARRACENO, MONJE Y MÁRTIR.

(Otra leyenda de Poblet.)

(1156.)

Lupo, el rey moro de Valencia, llama un día á Amete, hijo segundo de Almanzor, rey moro de Carlet.

Lupo estaba sentado en su jardín, á la sombra de un bosquecillo de olorosos naranjos, cuando llegó el joven Amete.

¡El joven Amete! Las orillas del Turia no vieron nunca mozo más gallardo ni galán. Nadie como él maneja una lanza, nadie como él sabe domar un rebelde potro, nadie más que él es vencedor en las cañas, nadie mejor que él sabe cantar amores al pie de la árabe ventana.

—Amete—le dice Lupo,—el conde de Barcelona me brinda con treguas; quiero aceptarlas y necesito un mensajero que vaya en mi nombre á sellar el pacto con el de Barcelona.

—Yo seré ese mensajero,—contesta Amete.

—Toma, pues, el mejor de mis caballos y por escolta la flor de mis soldados; escoge para hacer un presente al conde las mejores de mis joyas..... ¡Apresúrate y parte!

—Sólo te pido el tiempo indispensable para besar la barba blanca de mi padre Almanzor, y dar un abrazo á mis hermanas *Zaida* y *Zoraida*.

Voló Amete á abrazar á su viejo padre y á sus bellas hermanas, y en seguida partió.

Partió jinete en un potro cordobés, negro como la noche, veloz como el viento en su carrera. Cuatro soldados moros le seguían. Era toda su escolta. Amete no necesitaba más. Era audaz y arrojado, valiente y temerario.

Ya muy entrados en Cataluña, atravesaban una tarde por entre un espeso pinar, cuando les sorprendió la noche, y un soldado moro dijo:

—Allá abajo, á nuestra izquierda, á la luz del crepúsculo, he visto unos montes soberbios que escondían su frente en un turbante de nieblas; el sol, al retirarse, nadaba en un mar de sangre; el aire, que azota nuestros rostros, trae un hálito de fuego. Vecina está la tempestad.

Vecina está la tempestad: se lo dice á Amete el viento que azota con desiguales y furiosas ráfagas las crespas cabelleras de los pinos; se lo dicen esos ruidos sordos, prolongados y lejanos que se oyen de noche en las montañas cuando se aproxima la tempestad, pareciendo gemidos lanzados por las fragosas sierras al sentir el látigo del huracán.

—Sí, sí—grita Amete,—la tempestad nos sale al encuentro: ¡compañeros, á escape!

A escape ha dicho, y el bruto cordobés vuela, vuela con la rapidez del águila que se lanza sobre la presa, con la velocidad de la flecha que rasga el aire. Bien pronto deja atrás á sus compañeros.

Deja atrás á sus compañeros, y en tanto el huracán se desencadena. El viento silba como una serpiente en la llanura, y ruge como un león entre los matorrales. Los pinos más altos son tronchados; los árboles más corpulentos ruedan por el camino. De la sierra bajan torrentes furiosos que arrastran enormes peñas. El cielo ha abierto sus cataratas.

El cielo ha abierto sus cataratas, y el valiente potro

ya tiene que saltar por sobre una barrera de árboles atravesados en el camino, ya resbala por la pulida pendiente de unas peñas, ya costea la profunda cava abierta por las aguas, ya atraviesa á nado el torrente. Todo es destrucción y muerte, todo terror y espanto. De pronto.....

De pronto un rumor de voces viene á mezclarse con el ruido del viento. Entre el desorden de los elementos, entre el rugir de la tempestad, entre el fragor del huracán, Amete percibe, como á ráfagas, un canto misterioso, melancólico, divino. ¿Es el canto de las hourís del Paraíso?.... ¿ó es el himno de júbilo de los genios maléficos que gozan en la destrucción de la naturaleza? Amete siente una emoción ignorada.

Siente una emoción ignorada hasta entonces, y no acierta á preguntarse á sí mismo. Tiene miedo de saber. El huracán redobla su furia y el caballo su celeridad. Los árboles pasan raudos por su lado como hileras de gigantescos fantasmas; los montes y los bosques cruzan rápidos ante sus ojos como visiones de un sueño. Sólo le falta empuñar una tea para asemejarse al genio de la tempestad, cruzando con desatada carrera, jinete en su caballo negro, las selvas y los valles. Ignora por dónde va, ignora dónde se dirige..... Su caballo le guía.

Su caballo le guía, y cuando por fin se para, la masa de un imponente edificio, al lado de una sombría alameda, se eleva ante él. Amete lo había creído al pronto un gigante con la cabellera suelta y echada hacia atrás. ¡Oh, sorpresa! El canto que ya había oído, lo oye aún de nuevo, pero más cercano.

Más cercano, como que sale del interior de aquel edificio. Es un cántico nocturno, religioso, lleno de unción y poesía, entonado por acentos varoniles. Amete lo escucha un instante suspenso, y, en su éxtasis, casi se

diría que lo ve partir como un surco de luz rasgando las tinieblas, cruzando la lluvia que cae, atravesando la nube que lleva el rayo en su seno, deslizándose por entre la tempestad y la cólera de los elementos. Amete siente algo que le habla en su corazón, y arrastrado por un impulso desconocido.....

Arrastrado por un impulso desconocido, abandona su caballo, que se deja caer á un lado muerto de fatiga, y comienza á escalar la cerca del edificio. ¿Dónde va? ¿Qué idea le guía?.... No lo sabe.

No lo sabe, pero aquel cántico le fascina, le seduce, le arrastra, le atrae, en fin, como el imán al hierro, como la luz á la mariposa, como la libertad al cautivo. Amete se halla en el interior, atraviesa un jardín, sigue una galería, cruza un claustro, penetra en un templo.

Y en el templo, allí, bajo las bóvedas sonoras, solemne y misterioso, dulce y tierno, el cántico suena más excelso y más divino, y las acordes voces ruedan majestuosas entre oleadas de armonía por las cóncavas profundidades. El templo está invadido por las tinieblas, y sólo tres luces brillan en el altar.

Sólo tres luces brillan en el altar, porque aquel templo es el de Poblet y aquel canto la *Salve*, es decir, el fervoroso saludo que al aparecer los primeros albores de la mañana dirigen á la Reina de los Angeles los corazones cristianos. Las tres luces son en recuerdo de aquéllas otras tres que los solitarios de Lardeta y el ejército de Berenguer vieron un día brillar sobre la alameda. Amete se apoya en una columna, y llora.

Y llora copiosamente, llora sin tregua su infancia pasada en el error, su juventud transcurrida en la obcecación. Amete se siente renacer, siente bullir en su alma un mundo de nuevos sentimientos, y las lágrimas que vierte son el bautismo que purifica y lava de la culpa sus horas de ceguedad y de engaño. Amete cae de rodillas.

Cae de rodillas, y entonces, uno á uno, en procesión, unos seres extraños, cubiertos con largos y blancos ropajes, empiezan á deslizarse por delante de él. Son los monjes que se retiran del coro cruzados los brazos, inclinada la frente, murmurando la primera plegaria del día.

Un monje repara en Amete y da un grito.

—¡Nuestro padre San Bernardo me valga! ¡Un moro!.... ¡Un moro en la casa de Dios!

—¡Un moro!—repiten los demás monjes con asombro.

Y todos se echan atrás horrorizados, haciendo la señal de la cruz.

Sólo el abad se adelanta.

—¿Quién eres?—le dice.

—Soy Amete, el hijo del rey de Carlet.

—¿Quién te trajo aquí?

—La tempestad.

—¿Dónde ibas?

—No lo sé..... Ya no lo recuerdo.

—¿A quién buscas en estos sitios?

—A Dios.

—¿Qué le quieres?

—Quiero pedirle que me deje habitar estos lugares, que me deje ser uno de vuestros hermanos, que me deje vestir ese ropaje que vestís vosotros, que me deje oir esos cantos que me enajenan, y que me deje, en fin, adorarle, la frente en el polvo, el pensamiento en el cielo, como hijo de cristianos.

El abad se volvió hacia los monjes.

—¡Acercaos, hermanos!.... Es un alma que pide entrar en el camino de la virtud y del cielo. ¡Acercaos, y demos gracias por ese nuevo beneficio á Dios y á nuestro padre San Bernardo!

—¡Bernardo!—exclamó el moro.—Así es como quiero llamarme de hoy en adelante.

—Así te llamarás.

Desde entonces hubo en Poblet un monje más que se llamó Bernardo; un monje virtuoso y santo, cuyos rezos continuos, cuya austeridad y penitencia, cuya ascética vida le valieron el que volase la fama de su virtud hasta los más remotos confines.

Desde entonces la caridad en Poblet fué más abundante, y á centenares los pobres que acudían á sus puertas, porque, siendo Bernardo el despensero, ni un solo menesteroso se retiraba sin ser socorrido.

Desde entonces todos pedían ver y besar la mano del santo, pues es fama que habiendo un día el abad reprendido al despensero por su prodigalidad sin límites, Bernardo enseñó los graneros intactos y aumentadas las arcas del tesoro.

Desde entonces había crecido el número de los convertidos, ya que, con sus consejos, Bernardo atrajo á la religión de Cristo á una parienta suya llamada Doraycela, de Lérida, y á otros muchos sarracenos de la misma ciudad.

Un día Bernardo se presentó al abad y le pidió su bendición y su permiso para emprender un viaje.

—¿A dónde quieres ir, hermano?—le preguntó el abad.

—A Valencia, á Carlet. Tengo allí unos hermanos, cuyos ojos quiero abrir á la luz y cuyo corazón á la fe.

Dióle el abad su bendición, pero diósela llorando.

—¡Permita Dios que regreses! ¡Permita Dios que no halles en tu camino la palma del sufrimiento y del martirio!

—Hágase la voluntad del Señor,—dijo Bernardo despidiéndose del abad.

Bernardo marchó y llegó á su país. Su anciano padre había muerto, y su hermano Almanzor era rey de Carlet. Quiso ver á sus hermanas Zaida y Zoraida. Las dos le recibieron llorando.

—Os traigo á cada una una cruz y un rosario,—dijo.

Y desde aquel día, *Zaida* y *Zoraida* se llamaron María y Gracia; pero lo que había conseguido de sus dos hermanas, no pudo lograrlo de su hermano Almanzor. El corazón de éste era duro como un mármol. Ningún presente quiso admitir, ninguna palabra oir.

—No te conozco—dijo á Bernardo;—no sé quién eres, renegado. Sólo puedo decirte que si no partes pronto hacia aquéllos que te enviaron, la luz del día dejará de brillar para tí.

Bernardo fué entonces en busca de Gracia y de María, y les dijo:—Vamos.

Y los tres partieron.

Al saber Almanzor la fuga de sus hermanas, partió apresurado tras ellas al frente de una escolta de sarracenos. En vano huyó Bernardo hacia el Júcar para embarcar á sus hermanas y salvarlas; dióles Almanzor alcance, degolló á las pobres niñas, y después de atar á Bernardo á una encina, arrancó el clavo que aseguraba el timón de la barca en que iban á partir los fugitivos, y lo mandó clavar en la frente del cisterciense sin misericordia.

Bernardo murió como el Redentor, perdonando á su verdugo.

Cuentan las leyendas que medio siglo después, luego que el rey D. Jaime I hubo conquistado Valencia á los moros, fué advertido por unos almogavares que en los campos de Alcira ocurría un hecho prodigioso. Junto á una encina, cerca del río, se veía un gran charco de sangre fresca, y cada noche se iluminaba aquel sitio con celestiales resplandores. Acudió allí el buen rey, mandó cavar la tierra y hallóse el cuerpo de Bernardo.....

Esta era la leyenda que se contaba ante la imagen de un monje con la frente atravesada por un clavo, que

todos los peregrinos se detenían á admirar en Poblet; ésta era la historia de San Bernardo de Alcira, el moro Amete, hijo del rey de Carlet, á quien el monasterio cisterciense levantó una suntuosa capilla de mármoles y jaspes, visitada con gran veneración por los devotos.

XII.

Visitas de reyes á Poblet.—Alfonso *el Casto.*—Fundacion del monasterio de Piedra.—Jaime *el Conquistador.*—Hace cortar la lengua al obispo de Gerona y por qué.—Fundación del monasterio de Benifazá y del Real de Mallorca.—D. Pedro *el Ceremonioso.*—Visita de los Reyes Católicos.—Lo que sucedió con el aposentador de Felipe II. —Entierros reales.

El monasterio de Poblet se enorgullecía con el recuerdo de las visitas regias. Consideraba, en efecto, como uno de sus timbres más preciados el de haber ofrecido hospitalidad á todos ó á casi todos los reyes que ocuparon la corona de Aragón.

El conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV, estuvo distintas veces en Poblet, atento á la edificación del monasterio que con tan solícito empeño llevó á cabo.

En cuanto á su hijo el rey D. Alfonso *el Casto*, el rey trovador como más propiamente debiera llamársele y como así le llaman las memorias literarias, consta que visitaba á Poblet muy á menudo, unas veces para vigilar y activar los trabajos de construcción, pues ya queda dicho que con gran solicitud prosiguió la obra de su padre, y otras tal vez para buscar en aquellas amenas soledades el descanso y el reposo que necesitaba su vida, agitada y febril como la de ningún monarca.

El antiguo bosque de Poblet, hoy ya desaparecido,

aquella grandiosa y secular selva, de que los cronistas hablan con embeleso, como de un sitio lleno de encantos y amenidades, vió sin duda pasear muchas veces por entre sus árboles al rey trovador, en busca de solaz para su ánimo preocupado y de soleded para sus serenas meditaciones. ¡Quién sabe si fué entre las delicias de aquel bosque, célebre en nuestras crónicas, donde D. Alfonso compuso alguna de aquellas trovas provenzales, sentidamente amorosas, que dirigía á Matilde de Montagnac ó á la vizcondesa Adelaida de Beziers, dos galantes y seductoras damas de su tiempo, á cuyos pies es fama que languideció de amores el monarca! Y ¡quién sabe si fué también en las soledades de aquella selva donde el ofendido D. Alfonso meditaba la manera de contestar á los duros y sangrientos serventesios que le dirigía el famoso trovador Beltrán de Born, su inexorable rival en amor y en poesía! [1].

De D. Alfonso se sabe que estuvo en Poblet, sin contar otras veces anteriores, por los años de 1174 y 1175, época en que otorgó escritura auténtica, ofreciendo enterrarse en dicho monasterio. También consta que estuvo el año 1190, acompañado de su hijo el príncipe D. Pedro, aquél que fué más tarde llamado *el Católico* ó *el de Muret*, y de varios magnates, entre ellos el arzobispo de Tarragona Berenguer de Vilademuls, Artal de Alagón, Guillén de Granada, Lope de Daroca y Miguel de Luesia ó de Lusia. Cuéntase que en esta ocasión el príncipe D. Pedro, á presencia del citado arzobispo y demás magnates, eligió sepultura en Poblet, con las mismas condiciones que la eligiera su padre, año de 1175, otorgando de ello escritura que se guardaba auténtica en el archivo del monasterio. Sin embargo de

1 Los que deseen tener más detalles sobre esto, pueden hojear, si les place, mi obra *Los Trovadores* en sus capítulos *Alfonso de Aragón* y *Leonor de Aquitania*.

esto, D. Pedro no fué enterrado allí, sino en Sijena, á donde llevaron su cadáver los caballeros y magnates, que ensangrentado lo recogieron en las llanuras de Muret, campo de triste recordación para nuestra historia.

Volvemos á encontrar á D. Alfonso en Poblet durante el mes de Julio de 1194. Las crónicas del monasterio hablan de una gran solemnidad religiosa, actuando como abad D. Pedro de Masanet, en la que el monarca aragonés *ofreció á su hijo tercero D. Fernando á la majestad de Dios, dedicándole para monje de Poblet,* como así fué, en efecto. También en esta ocasión parece que D. Alfonso otorgó testamento, haciendo varias donaciones al monasterio, legando al tesoro del mismo su real diadema, ratificando su voluntad de ser allí enterrado y nombrando al abad uno de sus albaceas.

Falta decir, pues es dato curioso, que en una de las varias veces que D. Alfonso visitó nuestro monasterio, dispuso que doce monjes suyos pasaran á Aragón, donde el rey trovador fundó á orillas del río Piedra, y al amor de sus admirables cascadas, otra casa cisterciense, hija de Poblet, por consiguiente, que tiene también gran historia y esclarecidos recuerdos [1].

Huésped fué de Poblet en varias ocasiones el rey D. Jaime I *el Conquistador.* Allí estuvo antes de emprender la conquista de Mallorca, y en su iglesia tuvo lugar la solemne bendición de las banderas que las huestes catalanas llevaron á aquella gloriosa campaña; y allí volvió inmediatamente después de su conquista, en 1230, apenas desembarcado en Tarragona, para dar gracias á Dios por el éxito maravilloso de su jornada. En el monasterio pasó la octava de Todos los Santos ocupado en dar aviso á todas las iglesias de sus reinos

1 Véase *El monasterio de Piedra,* del mismo autor.

para que celebraran solemnes ceremonias en acción de gracias al Señor, convocando al obispo de Barcelona y á otros prelados para tratar del nuevo obispado que intentaba fundar en Mallorca, lo cual sólo se resolvió después de grandes debates.

También durante su permanencia en aquel retiro, otorgó formal escritura para consignar que elegía allí sepultura, como sus antecesores, y acordó, con el abad D. Arnaldo de Gallard, la manera de proveer á la fundación del monasterio del Real de Mallorca, que quiso fuese de la orden del Císter é hijo de Poblet, como con Piedra hiciera su abuelo D. Alfonso.

De nuevo volvió D. Jaime á nuestro cenobio dos ó tres años más tarde, allá por los de 1233, y también entonces encargó al que era su abad, D. Vidal de Alguaire, la fundación de otro monasterio, el que se llamó de Santa María de Benifazá, haciéndole donación para ello del castillo de Benifazá y otros lugares en el reino de Valencia, cuya conquista había emprendido.

Y por cierto que no merece desaprovecharse esta ocasión que se ofrece para referir lo que se cuenta acerca de esta fundación.

El cronista valenciano Beuter dice que el rey Don Jaime mandó un día cortar la lengua al obispo de Gerona, Berenguer de Castellbisbal, por haber revelado ciertos asuntos que en secreto de confesión le comunicara, relativos á sus amores con la célebre y hermosa dama Doña Teresa Gil de Vidaure. Arrepentido luego el rey, acudió al Papa pidiendo la absolución, que se le dió mediante su promesa de fundar un convento de la orden de San Bernardo, lo cual cumplió dando comisión al abad de Poblet para fundarlo en términos de Morella y en un lugar llamado Benifazá.

El hecho es cierto; pero no fué la fundación de Santa María de Benifazá, sino su terminación y engrande-

cimiento, lo que se impuso por penitencia á D. Jaime.

El hecho es cierto, repito, aun cuando se haya procurado negarlo con insistencia; aun cuando muchos cronistas lo hayan refutado ó falseado; aun cuando la censura oficial obligara á *Zurita* á borrar en su segunda edición de los *Anales* el pasaje relativo á este suceso que se imprimió en la primera; aun cuando Abarca se extendió en largas y difusas consideraciones para demostrar la poca consistencia y falsedad del hecho; aun cuando, por fin, en nuestra misma época lo haya rotundamente desmentido un cronista de Gerona, que lo atribuyó á invención y fábula del autor de estas líneas por haber dado ligera cuenta de ello en la *Historia de Cataluña*. Hoy no puede caber ya la menor duda. La crítica histórica demuestra, con la innegable lógica de los documentos, la verdad del suceso.

Lo que todavía está oculto bajo un velo impenetrable hasta ahora, es la verdadera causa que indujo á Don Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona. Aparece sólo como lo más cierto que el prelado reveló algo que en secreto de confesión le había confiado el monarca, queriendo así este último castigarle por donde mismo había pecado; pero se ignora en qué consistía el secreto.

El suceso se reduce á que el rey mandó prender y cortar la lengua á Fr. Berenguer de Castellbisbal, escribiendo, poco después de esta horrible mutilación, una carta al Sumo Pontífice dándole cuenta de los motivos que tuviera para proceder tan cruelmente contra el obispo, y pidiendo ser absuelto. El texto de esta carta no es conocido; pero sí la respuesta del papa Inocencio IV, dada en Lyón, de Francia, á 10 de las calendas de julio del año III de su pontificado (22 de Junio de 1246), la cual transcribe Odorico Rainaldo, sacándola del archivo del Vaticano.

Por este documento y por otras varias escrituras que en su *Historia de Poblet* (apéndice á la disertación XI, tomo II) copia y extrae Finestres del proceso de reconciliación del rey D. Jaime, cuyo proceso parece que se conserva en el archivo de Poblet, se puede seguir la marcha y consecuencias de aquel suceso.

Se obligó á D. Jaime á pedir perdón al ofendido obispo, á levantarle el destierro que le impusiera, y á reconocer su culpa en junta de prelados, nobles y ciudadanos de sus reinos, acto que tuvo lugar en Lérida el mes de Noviembre de 1246. Hecho esto, procedieron á absolverle los legados pontificios, y le impusieron por penitencia que terminase el monasterio de Benifazá, dando para la fábrica de su iglesia 200 marcos de plata y bienes suficientes á fin de mantener en él 40 monjes en vez de 20 como se había fijado; que completase la dotación del hospital de San Vicente de Valencia hasta tener la renta anual de 600 marcos de plata, y que fundase además una capellanía perpetua en la catedral de Gerona.

Volvamos ahora á las visitas reales.

Las crónicas hablan de dos que D. Jaime II *el Justo* efectuó al convento en Junio de 1313 y en Mayo de 1320, sin que mencionen cosa particular.

También estuvo el año 1335 el rey D. Alfonso *el Benigno*, que había ido á celebrar Cortes á los catalanes en Montblanch.

Del rey D. Pedro IV *el Ceremonioso* ó *el del Puñal*, existe recuerdo de haber ido distintas veces al monasterio, entre ellas los años de 1340, 1341, 1342, 1346 y 1378.

Los cronistas de Poblet dan gran importancia á la primera de estas visitas, suponiendo que el rey D. Pedro celebró en el monasterio Cortes ó parlamento; pero no fué así. Lo que hay de cierto en ello es que Don

Pedro, que había comenzado ya sus arteros manejos contra D. Jaime de Mallorca, su deudo, cuyo reino ambicionaba, quiso tratar este asunto en consejo privado con algunas personas de su confianza, y citó para Poblet á sus tíos los infantes D. Pedro y D. Ramón Berenguer, á su hermano el infante D. Jaime conde de Urgel, á los arzobispos de Tarragona y Zaragoza, al obispo de Lérida, á varios otros prelados, á diferentes magnates del reino, y también á algunos síndicos de las principales ciudades. Tenía realmente la reunión un aspecto de Asamblea.

De resultas de lo convenido en este consejo, volvió el rey á Poblet el año siguiente de 1341, y allí recibió á los embajadores de su cuñado el rey D. Jaime III de Mallorca; pero no llegaron á acuerdo, y poco tardó Don Pedro en comenzar su proceso contra el de Mallorca, cosa de que largamente hablan las historias, á las cuales, por no ser cosa de este lugar, se remite al lector.

Parece que el rey D. Pedro pasó todo el verano de aquel año de 1341 en Poblet, acompañando á su esposa, que estaba embarazada y que dió allí á luz una niña, la cual hubo de ser la infanta Doña Constanza, casada después con el rey Federico II de Sicilia.

Vuelven á hablarnos las memorias de otra larga estancia del *Ceremonioso* en el convento, por los meses de Julio y Agosto de 1346, en cuya época expidió una ordenanza prohibiendo cazar en el bosque de Poblet, *para que*, dice, *cuando Nós vengamos al monasterio, al cual solemos venir frecuentemente y morar en él, podamos hallar caza en el referido bosque.*

Allí torna á encontrársele á últimos de Julio de 1347. No parece sino que aquél era el lugar á donde iba á refugiarse D. Pedro para entregarse á sus meditaciones, cuando alguna preocupación de ánimo le dominaba, ya que esta vez le vemos ocuparse también en consultar

con ciertos magnates y con los más distinguidos letrados del país acerca de si la infanta Doña Constanza (la hija que le nació en Poblet) podía suceder en sus reinos, caso de no tener él hijos varones.

Por las memorias antiguas se ve que el monasterio tuvo ocasión de albergar á muchos más reyes, entre ellos D. Carlos II de Navarra; D. Juan I, que fué en 1394 acompañando el cadáver de su padre D. Martín *el Humano;* D. Fernando I, D. Juan II, D. Alfonso V, los Reyes Católicos, D. Felipe II, D. Felipe IV y el archiduque Carlos, á quien los catalanes proclamaron rey, en lucha con Felipe V.

De todas estas visitas reales hay curiosos datos; pero son especiales, y merecen pormenorizarse, los relativos á los Reyes Católicos y á D. Felipe II.

En el año de 1493 se hallaban en Barcelona, celebrando Cortes, los reyes D. Fernando y Doña Isabel, y comunicaron al abad de Poblet, D. Juan Payo Coello, su determinación de ir á visitar el monasterio con toda la real familia, tan pronto como terminaran las Cortes.

El domingo 3 de Noviembre de dicho año llegaban al monasterio los infantes D. Juan y D. Fernando, hijos de Boabdil *el Chico* de Granada, convertidos á la fe después de conquistada aquella ciudad por los Reyes Católicos. Eran jóvenes de veintidós á veinticuatro años, muy gallardos y nobles de carácter, según dicen los anales populetanos, habiéndose adelantado algunos días á los monarcas.

El sábado 9 de Noviembre, al mediodía, llegó la princesa Doña Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, acompañada de nueve damas principales. Como se hallaba viuda por muerte de su esposo D. Alfonso de Portugal, entró velada con su manto, sin dejarse ver, y con gran secreto pasó á la iglesia, y de allí á su hospedaje, donde casi siempre estuvo retirada en compañía de sus damas.

El mismo día á las tres de la tarde llegaron los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, con sus hijas las infantas Doña Juana, Doña María y Doña Catalina, acompañados de gran número de prelados, grandes y damas, distinguiéndose el arzobispo de Toledo, cardenal de España y patriarca de Alejandría, que llevaba á la reina del brazo izquierdo; los arzobispos de Sevilla y de Cáller, y el obispo de Mallorca. Entre los grandes estaba el infante D. Juan de Aragón, duque de Villahermosa, y entre las damas sesenta hijas de duques, marqueses y condes, con más de quinientas mujeres de servicio de Palacio.

Salió á recibir á SS. MM. el abad D. Juan Payo Coello, vestido de pontifical, con toda la comunidad, que se componía de 94 monjes profesos, 8 novicios y 35 conversos. Apeáronse los reyes ante la capilla de San Jorge; abrióse la puerta dorada, y entrando los monarcas en el atrio se arrodillaron y adoraron las santas reliquias que llevaba el abad, dirigiéndose luego á la iglesia, bajo el palio sostenido por los principales señores de la corte, y siguiendo toda la comitiva con los monjes que iban entonando el himno de *Tè-Deum laudamus*.

En la iglesia, los reyes besaron las tumbas de sus padres D. Juan y Doña Juana, y terminada la ceremonia religiosa fuéronse al palacio del abad, donde tenían preparada habitación. La princesa Doña Isabel y las infantas con su comitiva se aposentaron en los edificios de la derecha de la plaza grande. El cardenal, arzobispos y obispos, con los más principales magnates, fueron hospedados en las antiguas cámaras reales del claustro de San Esteban, y más de trescientas damas en el salón de los arcos, que caía á espaldas de las cámaras abaciales, donde posaban los reyes, advirtiendo los manuscritos de la época que fué cosa de grande ejemplo

tanto silencio entre tantas mujeres, que más parecían religiosas en dormitorio que damas en palacio.

Poco antes de anochecer llegó el príncipe D. Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos, mozo de quince años, que había venido cazando por el camino con lucida comitiva, siendo recibido por el abad y convento con las mismas ceremonias que sus padres.

Al siguiente día, domingo 10, quisieron ver los reyes las tumbas reales, algunas de las cuales fueron abiertas, habiendo dado orden especial la reina para que se abriera la de su tía la infanta Doña Catalina, mujer del infante D. Enrique, duque de Segorbe, que había sido una dama muy hermosa. Largo rato estuvo Doña Isabel contemplando su cadáver, y quiso tomar algunos cabellos, que eran muy rubios; pero no se lo permitió el rey D. Fernando.

Los monarcas permanecieron tres días en el monasterio, al cual aún vemos volver á D. Fernando en 1503, de paso para celebrar Cortes en Barcelona.

Por lo que toca á Felipe II, estuvo también dos veces en Poblet, una en 1564, siendo abad D. Pedro Boques, y la segunda en 1585, siéndolo D. Francisco de Oliver.

De esta segunda visita puedo dar algunos detalles curiosos, gracias á un manuscrito titulado *Llibre que contè algunas memorias antigas y curiosas,* el cual vino por casualidad á mis manos, aunque muy deteriorado y falto de algunas hojas, después de haber formado parte del archivo de Poblet. Lo que de este manuscrito queda se conserva hoy en una vitrina de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, donde lo deposité con otras curiosidades, pareciéndome que debió ser este libro el que como muy notable cita Finestres en su *Historia de Poblet,* tomo IV, disertación 2.ª

Al dirigirse el rey Felipe de Zaragoza á Barcelona,

se detuvo en Lérida, desde donde pensó marchar á Poblet, enviando con anticipación á su aposentador Pedro del Yermo con cartas para el abad D. Francisco de Oliver, á fin de que se le dispusiera alojamiento. Llegó Pedro del Yermo al monasterio á hora desusada, según parece, y con la arrogancia y autoridad de mensajero real, quiso que se le abriera la puerta diciendo que iba á hacer el aposento del rey de España; á lo cual replicó el monje portero que allí no conocían al rey ni era su dueño, consiguiendo, no sin grandes dificultades, ser recibido el aposentador y costándole un triunfo llegar á presencia del abad. Cuentan que, cuando Felipe II supo el caso, exclamó:—«El fraile dijo bien: dijérades vos que iba el conde de Barcelona, y viérades cuán de otra suerte os respondiera.»

La visita del monarca, referida por el manuscrito citado, dice así:

«Sábado á 13 de Abril del anyo 1585 pasó el rey Don Philippe nuestro señor por Poblete, á donde se izo lo siguiente:

»Primeramente lo salieron á recibir D. Abbad vestido de Pontifical con todo este santo convento á la Puerta daurada, á donde adoraron la vera cruz Su Magestad, el príncipe, la infanta mayor, el duque de Saboya y su mujer la infanta, y de allí le llevaron en procesión asta el altar mayor, á donde le fueron todos á besar la mano, la qual no quiso dar Su Magestad, y ansí le besaron la roba juntamente con el príncipe, y luego los llevaron á las cambras reales y los aposentaron á cada uno de por sí, donde estubieron asta segundo día de Pasqua que se marcharon á 23 de Abril de dicho anyo.

»Jueves santo hicieron el mandato el rey y el príncipe y el duque de Saboya. Dieron de principio seis servicios de fruta y 15 de pescado y 10 de postre, que son 31 servicios. Hízose el mandato en el refitorio mayor.

El príncipe ponía el agua en el bacín, y cayó en tierra por causa que el panyo que traya cinydo le travó. También icieron mandato las infantas en la claustra de santo Esteban, y también lo icieron muy lindo de todo.

»El dicho día predicó Don Abbad, y el viernes predicó el padre Tarrós, y el día de Pasqua el padre Fray Ferrer, y este día dió de cenar el Abbad á las infantas en el huerto del prior. Dió á sus Altezas de todos servicios 61, ansí de volatería como de confituras.

»Su Magestad traía 31 caballos de coche para sí, y el príncipe y las infantas 44 acas, 70 caballos de armas y tres sillas de oro picado.

»La gente que Su Magestad traía. Presidente D. Joan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla y aio del príncipe. El marqués de Aguilar, del Consejo de estado y guerra. El marqués de Denia, gentilhombre de la cámara. El conde de Buendía, sumiller del corp que biste el rey. El conde de Chinchón, mayordomo de Su Magestad. El conde de Fuensalida, mayordomo de Su Magestad. El conde de Uceda, mayordomo de Sus Altezas. D. Francisco Enríquez, de la boca. D. Fadrique Puerto Carrer, mayordomo de Sus Altezas. D. Joan Enríquez, mayordomo de Sus Altezas. D. Luis de Ayala, de la boca. D. Sancho de la Cerda, de la boca. Don Philippe de Córdoba, de la boca. D. Pedro de Bobadilla, de la boca. D. Francisco Pacheco, de la boca. Don Henrique de Guzmán, de la boca. D. Joan Pacheco, de la boca. D. Diego de Córdoba, caballerizo de Su Magestad. D. Luis Montfor, caballerizo de Su Magestad. D. Álbaro de Chiroga, caballerizo de Su Magestad. D. Gonzalo Chacón, caballerizo de Su Magestad. Don Pedro de Guzmán, caballerizo de Su Magestad. Don Joan de Velasco de Obando, caballerizo de Sus Altezas. D. Alonso de Zúñiga, gentilhombre de la cámara.

D. Pedro de Velasco, gentilhombre ut supra. D. Joan Díaz, secretario de Su Magestad.

»D. Diego Enríquez. D. Rodrigo de Mendoza. Don Francisco Manríquez. D. Joan de Bracamontes. Don Joan Velázquez, hijo del conde de Uceda. D. Pedro Mejía, su hermano. Secretario, Mateo Vázquez. Limosnero Mayor. Confesor, Diego de Chaves. D. Pedro de Velasco, capitán de la guardia espanyola. D. Alonso de Velasco, su tiniente. El conde Landró, capitán de la guardia tudesca con su tiniente. Mosén de Tinaz, tiniente de los archeros. Cien espanyoles de la guardia. Cien tudescos. Cien archeros y borgoñeses.

»Damas: La condesa de Abero. La condesa de Paredes, camarera mayor de la infanta Isabel. Donya Sancha de Guzmán, camarera mayor de la infanta Catalina. Donya Anna de Mendoza, aya del príncipe nuestro señor. Donya Mariana de Tharsis, duenya de honor de la infanta. Donya Anthonia de Mendoza, duenya de honor. Donya Anna Manríquez. Donya María de Aragón. Donya Joana Manríquez. Donya Mariana de Mendoza. Donya María Chacón. Donya Mencía de la Cerda. Donya Anthonia Manríquez. Donya Luisa Lazo. Donya Catalina de Córdoba. Mas 145 mujeres más de las sobredichas.»

Hasta aquí el manuscrito.

Con motivo de esta visita, Finestres y Serra y Postius hablan de haberse llevado el rey como cosa curiosa, tomándola del archivo de Poblet, una escritura antigua de la casa catalana de Alentorn, en que se explicaba cómo un caballero de dicha casa tomó á censo cierta cantidad de dinero para un viaje á Jerusalén con objeto de ver y conocer al deseado Mesías.

Así como con tantos detalles hablan las memorias de Poblet de las visitas de los reyes, así hablan también de los entierros reales, describiendo con toda clase

de pormenores y minuciosidades la pompa, la solemnidad y el aparato con que los restos de los monarcas eran conducidos al monasterio y depositados en sus tumbas.

Suntuosas eran, en efecto, las ceremonias que se hacían con motivo de los funerales. Desde Barcelona, ó desde el punto donde el rey fallecía, su cadáver era llevado á Poblet á pequeñas jornadas, en ostentosa procesión, con gran acompañamiento de príncipes, magnates, prelados, concelleres, diputados, etc., deteniéndose en cada villa importante que se hallaba al paso para las ceremonias de la Iglesia, hasta llegar al monasterio, donde eran recibidos los reyes muertos con tanta solemnidad como los vivos, celebrándose aparatosos funerales en que el convento desplegaba todo su fausto y grandeza.

XIII.

El abad de Poblet.—Sus títulos, rentas y grandeza.—Monjes célebres del monasterio.—Los abades de Poblet.—Arnaldo de Amalrich.—Ponce de Copons.—Guillén de Agulló.—Vicente Ferrer.—Juan Martínez de Mengucho.

Cuando un conde de Barcelona y rey de la Corona de Aragón se acercaba á llamar á las puertas del monasterio de Poblet, el abad salía de su palacio particular y recibía al monarca revestido con mitra y báculo de obispo, rodeado de una corte y de un faustuoso ceremonial feudal, y llevando un numeroso séquito de monjes parecidos á los antiguos caballeros religiosos, por lo holgado y flotante de sus militares mantos blancos con cola, que arrastraban majestuosamente. Era tan ostentoso el aparato, que un curioso observador,

ignorante de lo que veía, podía dudar cuál de aquellos personajes era el monarca, si el abad ó el rey.

Y es que, en efecto, el abad de Poblet era un verdadero monarca.

Se le consideraba como el más rico y poderoso señor eclesiástico de su tiempo, bajo cuyo dominio y autoridad se hallaban sujetos infinitos señoríos, que le rendían feudo y vasallaje. Era abad de siete abades; era barón de Prenafeta, y de Segarra, y de Urgel, y de Algerri, y de las Garrigas, y de Valencia; era señor de pueblos y villas; en lo temporal dueño de 19 lugares y aldeas, granjas y yermos; en lo espiritual, jefe de dos prioratos y una comunidad, sin contar los títulos que le correspondían como rector nato de varias iglesias parroquiales que estaban bajo su patronato.

Las siete baronías que le miraban como señor jurisdiccional, eran las llamadas el Abadiato, Prenafeta, Segarra, Urgel, Algerri y las Garrigas, en Cataluña, y la de Cuarte y Aldaya, en Valencia; todas las cuales tributaban al monasterio las décimas y otros derechos, reconociendo al abad por señor absoluto, como que su dominio estaba confirmado por privilegios, reales decretos y bulas apostólicas.

El abadiato constaba de los sitios y territorios propios del monasterio, con sus bosques y cinco granjas, las de Mitjana, Riudebella, Milananda, Castellfulit y la Peña, y los lugares poblados de Vimbodí, Terrés, Senant, Montblanquet, Fulleda, Vinaixa, Omedons, Pobla de Cervols, Velusell y Vallclara con sus términos, y tres lugares yermos llamados Torrellas, Cudós y Corregó.

La baronía de Prenafeta, situada en el campo de Tarragona, se componía, á más del pueblo que le daba nombre, de los lugares de Figuerola, Miramar, Mas den Amill y Puigdespí con sus términos, y el de Montornés, que era sitio despoblado.

La de Segarra contenía las villas, lugares y términos de Verdú, Grañanella, Sandomí, Solanellas, Puigdemages y la Portella.

La de Urgel abrazaba los lugares y términos de Castellserá, Fuliola, Boldú, Tornabous, Belcayre, Belmunt, Buccenit y Montalé, y siete términos de lugares desolados.

La de Algerri consistía en la villa del mismo nombre y los lugares de Menargues, Boix, la Friguera y Tragó, con sus términos respectivos, y además tres términos yermos que eran los de Torredá, Salavert y Cañellas.

La baronía de las Garrigas contenía los términos y lugares de Juncosa, Torms, Solerás, Albages, Cugal y las Besas, con los cinco términos despoblados de Montbellet, la Cova, Sisquella, Hospital de Riu de Set y Valdereig.

La baronía de Valencia, de la cual desmembró el monasterio la villa de Castelló de la Plana y el lugar de Montornés, que vendió al rey D. Jaime II, comprendía un espacioso término en la huerta de Valencia á una legua de la ciudad, y en él dos grandes lugares, llamados Cuarte y Aldaya, con muchos censos y señorío directo sobre dos molinos y diversas casas y campos en la ciudad y huerta de Valencia.

En cuanto al dominio espiritual, estaban sujetos al monasterio:

El priorato de San Vicente mártir, extramuros de la ciudad de Valencia, y los de Nazareth en Barcelona y Nuestra Señora del Tallat, situado á la vista de Poblet.

El abad era rector nato de varias iglesias parroquiales, y tenía bajo su patronato diversas vicarías y muchos beneficios en ciudades, villas y lugares de Cataluña y Valencia. Era, á más, limosnero mayor del rey y de la real familia, con facultad de enviar á la corte

dos monjes de Poblet como lugartenientes suyos; y era también, con otras dignidades, vicario general y rector del colegio de San Bernardo en Huesca.

Entre sus abades y monjes, Poblet cuenta algunos que llegaron á ser célebres en sus tiempos y supieron abrirse paso en el mundo por sus virtudes, sus talentos y su ciencia, dejando nombre y huella. No deben ser olvidados, principalmente, los siguientes, de quienes, no sin trabajo, pude reunir algunos datos:

Fr. Guillén de Ripoll. Fué doctor teólogo de la universidad de París, catedrático y regente de estudios en el colegio de San Bernardo de la misma universidad, por los años de 1330.

Fr. Jaime Ricart. Era hombre de gran sabiduría, y en 1316 mereció ser celebrado y escogido con otros doctos varones para impugnar los dogmas y espurgar los libros del famoso Arnaldo de Vilanova.

Fr. Bernardo Serra, del siglo XVII, maestro en teología, autor de varias obras religiosas escritas en latín, sobresaliendo entre ellas su *Speculum predicatorum verbi Dei*.

Fr. Pedro Queralt, del mismo siglo que el anterior, y de quien se dice que era escritor culto y erudito en latín y en catalán. Dejó varias obras manuscritas. No está continuado en el *Diccionario* de Amat.

Fr. Guillén de Cervera, del siglo XIII. Fué un caballero distinguido, de la noble familia de su apellido, y parece que era excelente trovador; pero mandó quemar todos sus versos y poesías cuando se hizo monje de Poblet. El rey D. Jaime *el Conquistador* le distinguió mucho y le hizo su consejero, encargándole la educación de uno de sus hijos. Tampoco figura en el *Diccionario* de Torres Amat.

Fr. Jaime Finestres, varón erudito y muy versado en antigüedades, según dice Torres Amat. Es el cronista

de Poblet. Su historia de este monasterio desde el año 1150 hasta el de 1752, está llena de erudición, y es una buena obra de consulta y archivo copioso de interesantes noticias. No se lee con gusto, porque adolece del vicio que tenían por lo general las obras de su tiempo; pero se consulta con provecho, y se ve que era hija de profundos estudios y de pertinaces disquisiciones.

Son muchos los monjes de Poblet que salieron de este monasterio para ir á ocupar lugares distinguidos en abadías, obispados y hasta en el consistorio de los cardenales. Esteban de San Martín pasó á ser obispo de Huesca en 1166; Ramón de Villalonga, de Elna en 1209, sede que ocuparon también más tarde Arnaldo de Filella y Ramón de Ostalrich, hijos de Poblet; Arnaldo de Amalrich, de quien aún hemos de ocuparnos, fué arzobispo de Narbona; Arnaldo Gallard fué obispo de Aix; de Segorbe lo fué Simón Semeno; de Girgenti, en Sicilia, Lorenzo Maza; de Cerdeña, Miguel Aparici; de Lérida, Ramón Siscar; de Barcelona, Juan Jiménez Cerdán; de Solsona, Francisco Dorda.

Juan Martínez de Murillo, monje de Poblet, vistió la púrpura cardenalicia; y fueron abades del monasterio de Huerta, Juan Magdalé; del de Monte-Aragón, el infante D. Fernando; del de Veruela, Miguel Aparici; del de Rueda, Bernardo de San Romá, Arnaldo de Abella y Juan García; del de Escarpe, Juan Martí y Jerónimo Gomar, monjes todos de Poblet.

Entre sus abades, el monasterio cuenta varones muy eminentes, algunos cuyo nombre ha repercutido con gloria y con estruendo en los anales de la historia patria:

Arnaldo de Amalrich era abad de Poblet por los años de 1196. Hubo pocos hombres de tan agitada vida y de tan varia fortuna. Tengo hablado de él muy extensamente en mi *Historia de los Trovadores*. Es una gran

figura para un cuadro dramático, y extraordinario servicio prestaría á la historia quien en detenido estudio monográfico tratara de poner en claro todo lo relativo á aquel monje de Poblet, que á tan alto rayó, ya fuese para vindicarle de las tremendas acusaciones que se le han dirigido, ya para presentarle con recta justicia ante el tribunal de la historia.

Arnaldo comenzó por ser monje en Poblet, luego prior primero, y después abad; pero á más altos destinos y á mayor teatro estaba llamado. Llegó á ser abad del Císter y general de la orden; asistió al concilio lateranense de 1215; fué inquisidor general en Provenza, y mandó la cruzada contra los albigenses, cruzada terrible y exterminadora que estaba destinada, en nombre de la Iglesia, á verter tanta sangre y á llenar de estragos y ruínas el suelo de aquella hermosa é infortunada Provenza, cuya libertad y cuyas glorias acabaron á un tiempo.

Fué Arnaldo de Amalrich quien mandaba en el asalto y saco de Beziers. Cuando los habitantes de esta plaza, viéndose perdidos, se ampararon en tropel de una iglesia, donde se confundieron herejes y católicos unidos todos por el terror y pidiendo misericordia, Arnaldo fué quien dió orden de exterminarlos, y á él se atribuye aquella horrible frase de «Degolladlos á todos, que ya Dios escogerá los suyos.»

Como abad del Císter, dió al conde de Monfort, en nombre del Papa, la soberanía de las tierras conquistadas al conde de Tolosa y á los barones de Provenza; pero hubo de excederse tanto en el cumplimiento de su misión, que poco satisfecho el papa Inocencio III, envió á otro legado en su lugar. Esto no obstante, le confirió el arzobispado de Narbona. Poco después vino Arnaldo á España con objeto de unir á los reyes contra los moros, y estuvo en la famosa batalla de las *Na-*

vas de Tolosa, de la cual nos dejó una *Relación* en latín.

Al regreso de la guerra, volvió á su arzobispado de Narbona, y habiendo roto con el conde de Monfort, abandonó su partido por el del conde de Tolosa, á quien tanto persiguiera antes.

Tal es, en breve resumen, la historia de Arnaldo de Amalrich, que fué el undécimo abad de Poblet, según la cuenta de Finestres.

Ponce de Copons fué el abad XXII, elegido solemnemente por los monjes reunidos en aula capitular el 20 de Mayo de 1316, y por más de treinta y dos años, hasta el de 1348, gobernó el monasterio.

De este abad guardan gran recuerdo los anales populetanos; su vida alcanzó tres reinados, y tuvo la suerte de hospedar en su casa á tres reyes de Aragón: D. Jaime *el Justo*, D. Alfonso *el Benigno* y D. Pedro *el Ceremonioso*, consiguiendo de ellos diferentes gracias y privilegios para engrandecimiento y esplendor del monasterio.

Parece que era varón justo, docto y muy entendido, siendo solicitado su consejo. Asistió, por razón de su cargo, á las Cortes de Tarragona en 1319, de Gerona y Tortosa en 1321, de Barcelona en 1323, de Montblanch en aquel mismo año, de Tortosa en 1337 y de Barcelona en 1339, 1340 y 1347; así como asistió también á nueve concilios provinciales tarraconenses, celebrados desde el año 1317 hasta el de 1341.

Ponce de Copons murió el año de 1348, víctima de una terrible peste que por aquel tiempo se desarrolló en Cataluña, y que diezmó el monasterio de Poblet, donde en sólo el mes de Julio murieron 59 monjes y 30 conversos.

En el número de los abades que más nombradía dejaron, hay que contar también á *D. Guillén de Agulló* y *D. Vicente Ferrer*, que son el XXV y XXVI de Poblet,

siempre conforme á la cuenta de Finestres. El primero de éstos fué gran privado de D. Pedro *el Ceremonioso*, y en su tiempo se levantaron las murallas del convento. En cuanto á *Vicente Ferrer*, fué tío de San Vicente Ferrer, y dícese que no sólo se le parecía en la naturaleza y en el nombre, si que también en virtudes y talento. Es el primero de los abades que se halla con el título de *maestro en teología*: era varón docto y entendido, y murió á 13 de Julio de 1415, en gran opinión de santidad, siendo sepultado en el Aula capitular, debajo de una losa en que no se lee más inscripción ni epitafio que esta frase: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*, palabras que pronunció al espirar.

Del abad XXVIII, *D. Juan Martínez de Mengucho*, se hace también gran memoria en los anales populetanos. Entró á regir la abadía el año 1413, gobernándola hasta el de 1433. Las crónicas del monasterio dicen que fué varón de virtud, celo, prudencia, doctrina, religiosidad y observancia; pero á ello debe añadirse también que fué un sagaz político de su tiempo, y que supo con sus artes abrirse paso y llegar á los primeros puestos. Grande amigo y devoto del rey D. Fernando *el de Antequera* y el elegido por el parlamento de Caspe, figuró en los sucesos y en las intrigas que prepararon el advenimiento de aquel monarca, de quien fué consejero y privado.

Es evidente asimismo que después de haber sido Martínez de Mengucho acérrimo partidario del papa Benedicto XIII (Pedro de Luna), le abandonó por completo secundando el ejemplo de San Vicente Ferrer y del rey Fernando, que tan á favor suyo estuvieron en sus principios, y que tanto particularmente le debían. Así se ve á Martínez de Mengucho ir al concilio de Constanza, acompañando al conde de Cardona, embajador de Don Fernando, y trabajar activa y abiertamente en aquel

concilio contra Benedicto XIII, á quien acabó por deponerse, nombrando en su lugar al papa Martín V. Y es muy de notar, aun cuando sólo sea éste otro de los muchos ejemplos de humanas ingratitudes, que Martínez de Mengucho debía su abadiato de Poblet, no ciertamente á la elección de los monjes, según uso, ley y costumbre, sino á nombramiento especial del papa Benedicto.

Pero de todo esto, y de mucho más, dará cuenta el capítulo siguiente, donde hay que hablar de sucesos dignos de nota en que anduvo mezclado y tomó parte muy principal el abad de Poblet.

XIV.

Suceso misterioso.—Bodas del rey D. Martín con Margarita de Prades.—Intrigas de la corte.—Muerte del rey.—Parlamento de Caspe.—Benedicto XIII, San Vicente Ferrer y el abad de Poblet.—Los amores de la reina.—El niño recogido por el abad de Santas Creus.

El suceso de que se va á tratar está muy envuelto en nubes de misterio, y aunque de asunto interesante, más pertenece al drama ó á la novela que á la crónica histórica; pero la venturosa indiscreción de un cronista populetano, el P. Finestres, puso por accidente en el rastro al historiador y al leyendista, y no debe ciertamente desperdiciarse la ocasión, que no á todas horas y todos los días se vienen á mano asuntos que, siendo rigurosamente históricos, puedan cautivar al lector por su dramática acción ó su interesante argumento.

Gracias, pues, al rastro en que nos puso Finestres (tomo III de su *Historia de Poblet*, cent. III, disert. III), ó dicho sea con más propiedad, al cable que soltó para que con el tiempo pudiera asirse de él alguno, he aquí

como pasaron ó como pueden narrarse al menos las cosas referentes al asunto que es materia de estas líneas.

Corría el año 1409 y ocupaba el trono de la Corona de Aragón el rey D. Martín llamado *el Humano*, viudo de sus dos primeras esposas y sin hijos. El único que había tenido en su primera mujer, llamado como él D. Martín y apellidado *el Joven*, acababa de morir en Sicilia, sin dejar sucesión legítima. D. Martín el padre hallábase achacoso y doliente, y con él concluía la línea varonil de los condes de Barcelona reyes de Aragón.

El país comenzaba á temblar, pues veía cernerse una nube de desgracias en el horizonte de su política y de sus destinos, ya que, al morir el rey sin sucesión, el reino quedaba entregado á la lucha de los bandos y pretendientes que amenazaban aparecer para disputarse el gobierno y la corona. Con terror se veía que pudiera llegar el caso de cumplirse la terrible maldición arrojada un día sobre D. Pedro *el Ceremonioso* y su descendencia por aquel hombre singular y superior, todavía no bien definido, que se llamó Arnaldo de Vilanova.

En este estado las cosas públicas, los privados, los magnates del reino, las Cortes por medio de sus representantes, los consejeros del monarca, todos se pusieron de acuerdo para influir en D. Martín é interesarle á contraer terceras nupcias. A esto se avino por fin el rey.

Dos partidos se formaron inmediatamente en la corte. Uno pretendía que eligiera por esposa á Doña Cecilia, hermana del conde D. Jaime de Urgel, á quien eran muy adictos los catalanes, y en favor del cual parecían estar las mayores probabilidades como sucesor del trono, caso de morir sin hijos el rey D. Martín. A efectuarse este enlace, tal vez los destinos de la Corona de Aragón hubieran sido otros, evitándose muchos disturbios y catástrofes al reino.

El segundo partido deseaba que la elección recayera en Doña Margarita de Prades, joven y garrida dama, de singular hermosura, que se había criado en Palacio con la primera mujer del rey, Doña María de Luna. A este partido, que fué el que acabó por triunfar, pertenecía el P. D. Juan Martínez de Mengucho, que fué en Sicilia limosnero de D. Martín *el Joven*, debiendo sin duda á esta circunstancia ser muy favorecido del rey D. Martín padre, gran amador de los recuerdos y memorias de su perdido hijo. Todo induce á creer que el P. Martínez de Mengucho influyó poderosamente en el ánimo del monarca para su resolución.

La bella Margarita de Prades fué, en efecto, la escogida, y sus bodas con el rey se celebraron en el castillo ó casa de campo llamada *Bell Esguart*, junto á Barcelona, al pie del Tibi Dabo, de cuya real mansión aún alcanzó á ver ruínas en su juventud el que estas líneas escribe.

Desposó á los reyes Benedicto XIII (Pedro de Luna), reconocido entonces como papa por estos reinos, aunque anti-papa para otros; y dijo la misa de bendición el sacerdote Vicente Ferrer, hoy venerado como santo en los altares, y á la sazón estrechamente unido á los intereses de Benedicto XIII, á quien debía faltar más tarde; como estaba estrechamente unido á entrambos en aquella época el P. Martínez de Mengucho, que poco pensaba entonces sin duda en que, andando los tiempos, llegaría á ser abad de Poblet por virtud de aquel su gran amigo y protector Benedicto, á quien también había de faltar y ser traidor, como Judas á su divino Maestro.

Vencida por las instancias del papa Benedicto, de San Vicente Ferrer y del P. Martínez de Mengucho, confesor de Margarita de Prades, acabó esta joven y hermosa dama por prestarse á unir su suerte á la del

enfermizo, impotente y valetudinario D. Martín. Habría que descender á insondables profundidades de la historia, más aún que á las mismas del corazón humano, para conseguir explicarnos cómo aquella mujer, joven, gentil, hermosa, noble, ardientemente apasionada de uno de los más gallardos mancebos de la nobleza, y de él correspondida, se avino á contraer un matrimonio de antemano condenado á ser estéril, á compartir un tálamo del cual era sabido que debía salir doncella cada vez de entrar en él, y á ser cómplice de aquellas tenebrosas intrigas políticas y víctima de aquellos miserables secretos de alcoba, que no lo fueron, sin embargo, para el historiador Lorenzo Valla, quien, aunque en latín, los refiere con tremenda y prolija complacencia de pormenores.

Margarita de Prades estaba próxima á casarse con el escogido de su alma D. Juan de Vilaregut, mozo de altas y nobles prendas, cuando las intrigas políticas la arrojaron en brazos del rey, que murió en Mayo de 1410, á los pocos meses de matrimonio.

A su muerte, Margarita, reina viuda, se retiró al monasterio de Valdoncellas, de religiosas cistercienses, pero sin profesar, por el pronto; y las intrigas políticas emprendieron nuevos caminos, declarándose entonces Benedicto XIII, San Vicente Ferrer y el P. Martínez de Mengucho, ardientes partidarios de Fernando *el de Antequera*, en contra del derecho, á toda razón legítimo, que tenía el conde de Urgel para suceder en el trono vacante.

Lo que entonces ocurrió, manifiesto está en las historias. Ellas nos dicen de qué manera fueron desarrollándose aquellos grandiosos sucesos, y de qué manera también tuvo lugar aquel acto imponente y para siempre memorable de soberanía nacional, viniendo todo á terminar en el Parlamento de Caspe, donde San Vi-

cente Ferrer, uno de sus jueces, influyó tan poderosamente con su elocuencia, que era al parecer arrebatadora, con su aureola de santidad, que á voces le daba el pueblo, y con su talento, firmeza y resolución, que en aquel hombre, realmente superior, constituían un carácter.

El derecho del conde de Urgel, á todas luces evidente, fué desconocido, y proclamado rey de la Corona de Aragón D. Fernando *el de Antequera*, debiéndose esto principalmente á los esfuerzos de Benedicto XIII y á la elocuencia portentosa de San Vicente Ferrer, quien, dicho sea con todo el respeto que merece su recuerdo, abusó un poco de su popularidad de santo para inclinar el ánimo de los jueces, haciéndose el inspirado del cielo y tratando de dar cierto color providencial y sobrenatural á lo que era puramente humano y político.

El pueblo murmuró largamente del acto, y el descontento fué tan general, y tan unánime la voz de traidores á la patria, aplicada á los jueces de Caspe que votaron por D. Fernando, que hubo necesidad de recurrir á San Vicente Ferrer para calmar desde el púlpito con su elecuencia y autoridad el universal disgusto.

A mediados de 1412 tomaba posesión del trono Don Fernando, no obstante levantarse en armas el conde de Urgel con sus partidarios, y en seguida comenzaron las recompensas. A Benedicto XIII, que había de concluir, sin embargo, por ser la gran víctima de aquel suceso, se le ofreció la obediencia y apoyo de los reinos de Aragón y Castilla; á San Vicente se dió el cargo de confesor del rey; á Berenguer de Bardají, uno de los jueces, se hizo merced de cuarenta mil florines; á Bernardo de Gualbes, otro de los jueces de Caspe, se le nombró canciller, y así sucesivamente.

No podía ser olvidado en el reparto el P. Martínez de Mengucho, á quien Benedicto XIII, de acuerdo

con el rey ó á propuesta de éste, nombró abad de Poblet, que era darle una gran posición y una gran prebenda en estos reinos, lo cual se hizo por bula pontificia y sin elección de los monjes. Para esto se aprovechó la circunstancia de haber renunciado la abadía en manos de Benedicto, el que antes la poseía, D. Jaime Carbó, de quien no es gran malicia sospechar que pudo verse obligado á dimitirla, antes de que le dimitieran, según la frase modernamente puesta en uso entre nuestros políticos.

Lo cierto es que tan pronto como entró á regir la abadía de Poblet D. Juan Martínez de Mengucho, se le halla ya en intimidad con el nuevo rey D. Fernando, viéndosele figurar entre sus privados y formar parte de sus consejos. Cuando los catalanes, en las Cortes de Montblanch del año 1414, se negaron á votar al rey la suma de 80.000 florines que pedía, el abad de Poblet, Martínez de Mengucho, es quien acude al monarca en sus apuros ofreciéndole y pagándole la cantidad de 15.000 florines, á cambio de unas tierras que habían pertenecido al conde de Urgel, y en las cuales no era aún muy legítimo, por estar en litigio, el derecho del rey.

Sin embargo de esto, Martínez de Mengucho, por complacer al monarca, no vaciló en exponerse á comprometer los intereses de Poblet, aviniéndose á adquirir para el monasterio las citadas tierras, aun antes de recaer sentencia en el pleito; si bien era de suponer cuál debería ser aquélla, estando de un lado el rey, el Papa y el abad de Poblet, y del otro un infeliz descendiente de los reyes de Aragón, condenado á morir prisionero en el fondo de un castillo, y á quien en aquellos momentos abandonaban á un tiempo la justicia, las armas, la fortuna y el cielo.

Ya desde entonces se vió á Martínez de Mengucho privar con el rey D. Fernando. Era éste tan adicto al

abad de Poblet y tan ciega su confianza en él, que cuando hubo de nombrar embajador para el concilio de Constanza, donde debía tratarse de poner término al cisma de la Iglesia, eligió como su enviado y representante al conde de Cardona, pero imponiéndole por consejero al mencionado Martínez de Mengucho. En este concilio fué donde Benedicto XIII, á quien todo se lo debían el rey de Aragón, San Vicente Ferrer y el abad de Poblet, se vió de todos abandonado, tratándole como él había tratado al conde de Urgel un día, y teniendo que ir á terminar su vida recoleto en un castillo, siendo en esto justa la Providencia, y realizándose con Benedicto de Luna, respecto á D. Fernando, á San Vicente Ferrer y á Martínez de Mengucho, aquello por Calderón admirablemente dicho de que

el traidor no es menester
siendo la traición pasada,

Pero con todo esto hemos echado al olvido á la gentil Margarita de Prades, que puso la pluma en nuestras manos para trazar estas líneas. Perdónenme mis lectores, ó mejor dicho mis lectoras, que serán sin duda las que con más atención hayan comenzado á leer este capítulo, atraídas por su epígrafe de *Los amores de una reina*.

Volvamos á Margarita de Prades.

Ya queda dicho que cuando las intrigas de la corte la llevaron á desposarse con el rey, estaba en amores con un noble, galán y gallardo mancebo, llamado D. Juan de Vilaregut. No tardaron estas relaciones amorosas en reanudarse á la muerte del rey, y se supone que los amantes debieron contraer matrimonio, aunque secreto, para no perder Margarita su estado, condición, privilegios y emolumentos de reina viuda.

Fruto de estos amores fué un hijo que fué criado ocultamente hasta la edad de seis ú ocho años.

Pasadó este tiempo, presentóse un día el caballero Juan de Vilaregut á las puertas del monasterio de Santas Creus y pidió hablar al abad, para el cual llevaba un mensaje del de Poblet, D. Juan Martínez de Menguchо. Lo que hablaron el caballero y el abad, ha quedado desconocido para la historia; pero pocos días después Juan de Vilaregut iba á reunirse con el que luego fué rey de Aragón, D. Alfonso V, hijo de D. Fernando, ocupando á su lado el puesto de mayordomo, en cuyo desempeño aún se le halla en 1435, y el abad de Santas Creus recogía un niño de siete ú ocho años, desconocido, huérfano de padres, que fué ocupado como monacillo en el servicio del templo y de la sacristía.

Por lo que toca á Margarita de Prades, hízose religiosa cisterciense y profesó en el monasterio de Valldoncellas, donde se hallaba el año 1424, según documentos de aquella época, al pie de los cuales aparece su firma de esta manera: *La reina Margarita, monja de Valdoncellas*. De este convento pasó luego al de Bonrepós, cerca de la cartuja de Scala-Dei, donde fué abadesa, falleciendo el año 1430, y trasladándose con el tiempo sus restos á Santas Creus, en cuyo coro, según dice el cronista de aquel monasterio, D. Teodoro Creus Corominas, figuraba un sillón perteneciente á dicha reina, que tenía esculpidas las armas reales y un báculo, como señal de haber sido abadesa.

Mientras tanto, el niño amparado por el abad de Santas Creus fué creciendo, ignorante de quiénes eran sus padres, mudado el nombre propio en otro desconocido, y cuando llegó á edad competente se le persuadió que tomase el hábito cisterciense en aquel monasterio, «como de hecho lo vistió y profesó en manos de aquel abad, dice Finestres, no por devoción, sino por temor, ignorando la calidad de sus padres.»

Reinaba sobre esta historia el más profundo secreto,

y nada ciertamente se hubiera sabido si el abad de Santas Creus, en su última enfermedad y acusado por la conciencia, no se hubiese resuelto á revelar el misterio que pesaba sobre el desconocido joven, declarando que era hijo de D. Juan de Vilaregut y de la reina Margarita. Apercibido el mancebo, y certificado de la calidad de sus padres, estimó por inválida su profesión monástica, hecha por temor y por ignorancia de su nombre, y tomando el de Juan Jerónimo de Vilaregut dejó el hábito y el monasterio, lanzándose al mundo y contrayendo matrimonio.

El mozo, que por lo visto lo era de empuje y bríos, fué á ampararse del rey D. Alfonso V, á la sazón en Nápoles, llegando á obtener el favor de este monarca, como antes lo obtuviera su padre, y sucediendo á éste en el cargo de consejero y mayordomo, según es de ver en Letras Reales firmadas por Alfonso V de Aragón el 20 de Noviembre de 1451, donde se da cuenta de cómo el papa Nicolao V había absuelto del vínculo de la religión á Juan Jerónimo de Vilaregut.

Tal es lo que me ha sido dado averiguar relativamente á los secretos amores de la reina Margarita, quedando, sin embargo, lo principal del suceso envuelto en el misterio, como también lo de la legitimidad del matrimonio, que aparece entre nubes por lo menos, no habiéndose atrevido el cronista de Poblet, Finestres, á levantar más que la punta del velo.

Me ceñí en esta relación puramente á lo histórico. Día llegará, de seguro, en que un hombre de talento sepa hacer de estos apuntes el grandioso drama que se siente palpitar en su fondo.

XV.

Siguen los abades de Poblet.—Bartolomé Conill.—Miguel Delgado.—Juan Payo Coello.—Domingo Porta.—Pedro Quexal.—Lo que sucedió con un novicio en tiempo del abad Boques.—Francisco de Oliver.—Levantamiento de Cataluña contra Felipe IV.—Guerra de sucesión.—Guerra de la Independencia.

Prosigamos ahora hablando de aquellos abades de Poblet, cuyos nombres no deben quedar en el olvido.

Bartolomé Conill, que figura el XLI en la lista de Finestres, fué elegido el 8 de Febrero de 1437. Muy favorecido del rey D. Alfonso V, que le consultó en distintas ocasiones sobre asuntos graves del Estado, rigió el monasterio en paz, aumentando sus rentas, realizando notables mejoras y dejando gran memoria de su gobierno.

Se le encuentra en las Cortes de Barcelona el 1438, en las de Tortosa los años de 1440 y 1442, en las de Barcelona el 1446, en las de Perpiñán el 1450, y en las otras de Barcelona el 1456, haciéndose siempre notar, según parece, por su rectitud de miras y su previsión en el consejo.

Murió el año 1458, y es otro de los que yacen enterrados en el Aula Capitular, distinguiéndose su lápida sepulcral por la divisa de un conejo, que era la suya, en conformidad á su nombre.

Miguel Delgado. Fué abad XLII de Poblet, sucesor de Conill, y elegido en 1458. Larga materia ofrece este abad á la crónica. Pertenece al número de aquellos prelados que, como Martínez de Mengucho, dieron carácter político á su gobierno, comprometiendo al monas-

terio en luchas y en empresas que hubieran podido resultar muy caras á no contar con el éxito.

Fué limosnero del rey D. Alfonso V en la corte de Nápoles, y confióle este monarca varias comisiones delicadas y de importancia cerca del Papa. En la biblioteca de Poblet se conservaba como joya de precio el libro *De potestate eclesiastica*, por Fr. Agustín Ancona, que cierta vez regaló el papa Calixto III al maestro Delgado, cuando, terminada la misión que le confiara Alfonso V para el Sumo Pontífice, éste le despidió entregándole aquel libro y anotándole un pasaje para demostrarle que, conforme á su contenido, no podía el jefe de la Iglesia acceder á la pretensión del monarca aragonés.

Alfonso V murió en brazos del maestro Delgado, y éste se vino entonces á Cataluña, donde, por ocurrir á poco la muerte de Bartolomé Conill, fué elegido abad del monasterio.

Los cronistas populetanos dicen del abad Delgado, como pudieran decirlo de un capitán: *sirvió valerosamente al rey D. Juan II en la guerra de Cataluña*. Y es así, en efecto. Desde que tomó posesión de su abadía el antiguo limosnero de Alfonso V, se nos aparece como un caudillo militar, más que como un pacífico y religioso prelado. En la lucha del rey D. Juan II con Cataluña, el abad de Poblet se puso decididamente y con empeño al lado del monarca en contra del país.

Sabido es el origen de aquella desastrosa guerra. Era ídolo de los catalanes el príncipe Carlos de Viana, heredero del trono, como primogénito del primer matrimonio del rey con Blanca de Navarra; pero no entraba esto en las miras de la segunda esposa del monarca, Doña Juana Enríquez, soberbia castellana, que deseaba ver suceder en los estados de Aragón á su hijo y el del rey en segundo matrimonio, el príncipe D. Fernando, que fué más tarde *el rey Católico*.

El 23 de Setiembre de 1461 moría en Barcelona el príncipe de Viana, víctima, según se aseguró, de un veneno que mandara darle su madrastra Doña Juana; pero esta muerte, en vez de apaciguar los ánimos como parecía lógico, pues ya no quedaba rival al príncipe D. Fernando, pareció, por el contrario, encenderlos y enconarlos con más llama. D. Juan II, empujado por su esposa Doña Juana, que ardía en cólera y en deseos de venganza al verse aborrecida y maltratada de los catalanes, llevó muy mal las negociaciones, ignorante del terreno que pisaba, y la guerra estalló cruel y formidable.

A voz de pregón y á son de clarines fué depuesto del trono D. Juan II, en Barcelona, por conculcador de las públicas libertades, y elegido en su lugar el rey de Castilla. Toda Cataluña se alzó en armas contra el monarca, quedándose sólo del lado de éste unos pocos, entre ellos el abad de Poblet.

Finestres, en su *Historia de Poblet* y en su *Apéndice* á la disertación 1.ª, tomo IV, refiere minuciosamente los servicios que el abad Delgado y el monasterio prestaron al rey durante aquella desastrosa guerra que los catalanes sostuvieron, fuertes en su derecho y en su justicia, reconociendo primero como rey al de Castilla, después al condestable de Portugal, y por fin á Renato de Anjou. En el citado Apéndice copia el cronista gran parte de la correspondencia que medió, durante aquellos tiempos, entre D. Juan y el abad Delgado, quien fué muy adicto de aquél y, sobre todo, de la reina Doña Juana, á cuyo consejo, mejor aún, á cuya camarilla pertenecía.

En aquella época se ve al abad Delgado no darse un momento de tregua ni reposo: ir y venir de Zaragoza y de los demás puntos donde se aposentaba el rey; levantar en armas á los vasallos de Poblet, y con ellos y

otros mercenarios formar una hueste, cuyo mando confió á su hermano el capitán D. Juan Delgado; poner al monasterio en estado de defensa, rechazando ataques de las armas catalanas, y, por fin, ir en persona, mandando numerosas fuerzas, á sitiar el castillo de Omells de Valbona, que obligó á rendirse, ínterin las tropas de D. Juan II caían sobre Barcelona.

Cuando esta ciudad hubo capitulado de la manera noble y gallarda que cuentan las historias, obligando al rey á entrar en ella más como vencido que como vencedor, el abad Delgado fué á ocupar un alto puesto al lado del monarca, que recompensó sus servicios con honores, dignidades, privilegios y rentas para el monasterio, comenzando entonces para éste su buena época de esplendor y de grandeza, aunque con la nota desfavorable que venía ya señalándose desde los tiempos del abad Martínez de Mengucho, de ser siempre Poblet más inclinado á los intereses de los reyes que á las libertades de la patria.

Juan Payo Coello. Fué abad XLIV de Poblet, elegido en Abril de 1480. Era natural de Zamora, en Castilla, de linaje portugués, y había sido bravo soldado, antes que la suerte, los infortunios y unos amores desgraciados le llevaran á tomar el hábito en Poblet. Su elección de abad le halló desempeñando el cargo de limosnero de D. Fernando *el Católico*, de quien era muy parcial y adicto, así como muy favorecido del monarca, que en él tenía, al parecer, singular confianza.

Esto último quedó patente cuando en 1488, habiendo dispuesto el rey Católico que por aquella vez no se sorteasen diputados y oidores en Cataluña, sino que fuesen los que él nombrara, eligió diputado eclesiástico al abad Payo Coello. Desempeñó éste su cargo, que fué de Real orden, como ahora se diría, y no como estaba prescrito en las constituciones catalanas; y también por

una venturosa indiscreción de Finestres, que copia una correspondencia secreta entre el rey y el abad, se puede venir en conocimiento de cómo este último supo favorecer los intereses del monarca con tanta fidelidad como otros ponían en servir, más discretamente, los intereses del país.

Payo Coello era aún abad de Poblet cuando los Reyes Católicos, después de la toma de Granada, visitaron el monasterio, según ya se vió en un capítulo anterior, y durante su gobierno contribuyó poderosamente á engrandecer y realzar el convento. Por esto, al fallecer en 1498 y ser sepultado en el Aula Capitular, se escribió sobre su lápida una elegante leyenda latina, la que dice vertida al castellano:

«Quien duerme bajo esta piedra es D. Juan Payo Coello, abad de Poblet. De noble linaje, trocó el hábito militar por el de monje, y elegido por sus hermanos, embelleció la casa, muy quebrantada por las guerras.»

Domingo Porta. Fué el XLVI abad de Poblet, elegido el año de 502. Era varón docto y eminente, doctor en teología y catedrático de la universidad de Lérida. Torres Amat lo continúa en su *Diccionario de escritores catalanes* como autor de unas *Obras morales y políticas* que hubieron de quedar manuscritas, y que sin duda estarían en la biblioteca de Poblet.

Pedro Quexal. Sucedió al venerable Porta, siendo elegido en 1526.

Queda ya hecha mención de este abad en otro capítulo de esta obra, al tratar del altar mayor de la iglesia.

Parece realmente que era hombre superior, de mérito y ciencia, y Finestres dice de él que hubiera sido uno de los grandes prelados que ilustraron al monasterio, si no se hubiese dejado llevar por sus vivos deseos de aumentos propios y de sus parientes.

Es algo misterioso todo lo que se refiere á este abad. Supónese que sus prodigalidades y larguezas, disponiendo con gran soltura de los bienes del monasterio, provocaron una insurrección de los monjes, que, rebelándose contra él, le prendieron y encerraron en la cárcel del convento hasta ser juzgado, como así fué, en efecto. Formáronle proceso, presidiendo el tribunal el abad de Santas Creus; y dejándole convicto de relajador de la observancia regular y disipador de los bienes del monasterio, se le sentenció en 15 de Noviembre de 1531 á privación de la abadía y á cárcel perpetua.

Pero contra esta sentencia se alzaron en armas los amigos y parientes de D. Pedro Quexal, que debía tenerlos muy poderosos, y consta que en la noche de Navidad de 1533, siendo ya abad *D. Fernando de Lerín*, el monasterio se vió acometido y asaltado por una hueste de hombres armados. Junto al palacio abadial fué muerto Fr. Pedro Mas, converso; y escalados los muros, entraron en el convento, causando grandes daños, aunque sin conseguir la libertad del prisionero, sin embargo de ser lo que principalmente deseaban.

A consecuencia de esto, el abad y el convento pidieron al emperador Carlos V, á la sazón reinante, que el ex-abad Quexal fuese llevado á una fortaleza, y así lo acordó el monarca. Quexal fué trasladado al castillo de Játiva, donde años adelante acabó sus días.

No puede negarse, sin embargo, que en tiempo de este abad se hicieron grandes obras en Poblet, singularmente la espléndida del altar mayor de la iglesia.

Gobernaba *Pedro Boques*, abad L, cuando por los años de 1552 ocurrió en Poblet un caso singular, y también rodeado de misterio.

Un joven novicio á quien dos ó tres años antes se había dado el hábito, conocido con el nombre de Juan Bartolomé de Vilaroja, se presentó un día al abad, y

entre lágrimas y suspiros le reveló que era mujer. Había tomado aquel nombre y el traje de varón, disimulando el sexo, que sin duda no pudo tener oculto por más tiempo.

Los motivos que pudieron inducir á aquella mujer desconocida á penetrar en el convento, han quedado envueltos en el más profundo misterio. Sólo se sabe que el abad, después de oir su confesión, mandó con toda prudencia despedir al novicio, sin que volviese á hablarse de este asunto y sin que nada más pudiera averiguarse del suceso.

En tiempo del abad *D. Juan de Guimerá*, por los años de 1568, estaba de monje en Poblet un joven llamado *Francisco de Oliver*, que por sus altas cualidades y grandes prendas parecía llamado á superiores destinos. Por desgracia, tenía impedimento canónico para obtener cualquiera dignidad eclesiástica, á causa de no ser fruto de legítimo matrimonio. Era, en efecto, hijo natural del vizconde de Castellbó, D. Luis de Oliver, quien lo tuvo en unos amores con cierta desconocida dama.

Pero como el joven Oliver daba grandes muestras de disposición y talento, y contaba al parecer con elevadas influencias y altos protectores, llegó al monasterio una bula pontificia sometiendo al abad D. Juan de Guimerá el encargo de abrir proceso sobre la legitimidad de dicho monje, y, no encontrándole otro defecto canónico, dispensarle y habilitarle para obtener cualquiera dignidad, excepción hecha sólo de la suprema de la orden.

Así se hizo. Abrióse proceso, y D. Francisco de Oliver y Boteller, no obstante su origen de ilegitimidad, quedó habilitado, de tal manera, que en 1583 no hubo inconveniente en elegirle abad de Poblet, como no lo hubo antes para darle otros cargos y dignidades.

Pertenece Francisco de Oliver al número de los abades que dejaron nombre y huella. Fué hombre de vasta erudición y reconocida ciencia, y por dos distintos trienios, en 1587 y en 1596, eligióle la suerte de insaculación, según costumbre política del tiempo, para diputado eclesiástico de Cataluña y presidente de la Diputación catalana.

Prestó buenos servicios, obró con rectitud y prudencia, contribuyó á la grandeza y prosperidad del monasrio, y, conforme consignaba su epitafio del Aula Capitular donde fué enterrado, murió en Barcelona el año 1598 durante el desempeño de su cargo de diputado.

Otros varios abades tuvo Poblet dignos de honrosa mención, aun cuando no permita hacerlo lo breve de esta obrita; y fué el monasterio creciendo y adelantando en grandiosidad, en esplendor y en fausto, si bien siempre con la singularidad rara, y casi pudiera decirse única en su clase, de ser más afecto á los intereses del rey que á los de Cataluña.

Así sucedió también cuando el levantamiento de Cataluña en 1640, y hubo ya de observarlo y tomar nota de ello el ilustrado joven D. Eduardo Toda, quien en las páginas que ha escrito sobre Poblet, recogiendo curiosos pormenores, sobre todo en los sucesos posteriores á Finestres y más cercanos á nuestros tiempos, consigna juicios que, no por ser hijos alguna vez de arriscada intuición, dejan de verse confirmados por la verdad histórica, según tuve ocasión de comprobar.

Efectivamente; cuando Cataluña toda se levantó en favor de sus derechos desatendidos y de sus libertades conculcadas, teniendo lugar aquella memorable guerra de 1640, llamada *de los segadores*, Poblet permaneció fiel á la causa de Felipe IV; y si bien, en determinada ocasión, al principio, pareció inclinarse á la causa catalana, no tardó en verse á su abad reunir sus milicias

y somatenes para prestar ayuda á los capitanes de Felipe IV.

No resulta tan clara, sin embargo, la parcialidad de Poblet, como pretende Toda, cuando la grandiosa lucha ó guerra de sucesión, á principios del pasado siglo. Al fallecer Carlos II, Castilla, contando con el poderoso apoyo de Francia, proclamó y sentó en el trono á Felipe V, mientras Cataluña, con el auxilio de las potencias aliadas primeramente, pero luego sola, alzaba pendones por Carlos III el archiduque. En esta ocasión, Poblet, si pudo estar al principio vacilante, concluyó por decidirse de pleno á favor del país, y su abad Don Francisco Dorda figuró como consejero al lado del archiduque, de quien aceptó cargos, honores y dignidades, perdiéndose con él al perderse su causa, pues jamás se lo perdonó el vencedor Felipe V.

Finalmente, en tiempos más modernos, á comienzos del siglo que corre, cuando nuestra épica guerra de la Independencia, tampoco faltó Poblet á la causa abrazada con entusiasmo por el país. Pudo en accidentales ocasiones verse obligado á recibir á los generales franceses, cuando éstos dominaban el territorio, obrando así, más que por temor ó simpatía, por celo á favor del monumento; pero es positivo que distintas veces se congregaron los hijos del país en el monasterio, y bajo los arcos venerables de su Aula Capitular sonaron los primeros entusiastas discursos de los patriotas y las primeras sagradas voces de independencia.

No, en aquella guerra no faltaron al país el apoyo y el concurso del monasterio de Poblet.

XVI.

La ruína de Poblet.—Movimiento absolutista.—La guerra civil.—El bosque de Poblet.—Incendio de los conventos.—Abandono del monasterio.

Y llegamos ya al término de nuestra tarea.

Al comenzar este siglo, Poblet era un grandioso monumento, admiración de propios y de extraños, y su celebridad y fama se habían extendido por todo el orbe.

Todo lo tenía Poblet, y á todo había llegado.

Con su extensa cerca de almenado muro y con sus torres y cúpulas, asemejaba una gran ciudad; sus obras de arte eran asombro y maravilla de cuantos iban á gozarlas; en su recinto se alzaban, no uno solo, sino cuatro templos; poseía inmensas riquezas; tenía granjas, y castillos, y pueblos, y señoríos, y territorios, y vasallos; su abad era un gran señor, y su palacio una casa señorial y opulenta, con todo el fausto y toda la ceremonia de un real alcázar; su biblioteca y archivo lo eran de consulta para sabios y eruditos; aposentaba á los reyes en vida y en muerte; sus hijos sólo salían de aquella casa para ir á los consejos de los monarcas, al escaño de los parlamentos populares, á las sedes episcopales, á los concilios, á las asambleas cardenalicias, á la cátedra de las universidades; los papas le favorecían; la religión le amparaba con su manto; las tradiciones de la fe y las leyendas cristianas le envolvían en una aureola de poéticos resplandores; sus tres iglesias guardaban inmensos tesoros, y de todas las partes del mundo y de todas las clases de la sociedad llegaban peregrinos y devotos á prosternarse ante sus altares, á venerar sus reliquias y á depositar sus ofrendas.

Poblet había alcanzado el grado máximo, el colmo

de sus pujanzas y esplendores. Ya no podía llegarse á más; ya no se podía subir más alto: parecía que todo aquello iba á ser eterno; pero sabida cosa es y notoria que siempre junto á las grandes alturas estuvieron los grandes abismos.

Ninguna hueste á mano armada invadió su recinto; ninguna turba popular asaltó sus muros ni derribó sus puertas. Espíritus más aéreos y más impalpables aún que aquéllos que, según la leyenda, atormentaban al P. Marginet, vinieron á confluir y á cernerse en el espacio sobre el monasterio, y un día, sin advertirlo nadie, sin llamar á la puerta ni escalar los muros, pasando á través de las paredes como el convidado de piedra, un huésped invisible fué á sentarse en el gótico y escultural sillón que en su Aula Capitular tenían los abades de Poblet.

Era el espíritu del siglo XIX.

Y este siglo XIX era el que estaba destinado á presenciar, en medio de terribles sacudimientos y junto á otras grandes catástrofes, la catástrofe de Poblet.

No fué este monasterio invadido, como tantos otros, por turbas incendiarias en una noche de sangre y exterminio, no: su destrucción y ruína fueron más lentas, pero no por serlo fueron menos seguras y completas. El destino fué implacable para Poblet.

He aquí cómo ocurrieron los sucesos:

Allá por los años de 1821, poco tiempo después del movimiento de Riego y de proclamada la Constitución, habían sido desterrados á Poblet unos frailes del convento trapense de Caspe, habilitándoseles alojamiento fuera de clausura, en la gran plaza del monasterio, y allí vivieron durante dos años, ocupándose más de preparar el movimiento político, pronto á iniciarse, que de cumplir con sus deberes religiosos.

Así lo cuenta Toda, á quien seguiremos en esta parte,

pues tuvo ocasión de hacer provechosas disquisiciones acerca de la ruína del monasterio, recogiendo noticias de personas que á ella contribuyeron y de otras que la presenciaron.

Cuando se constituyó la regencia de Urgel por el barón de Eroles y se dió el grito de rey y religión, que era el de los absolutistas, uno de los frailes trapenses desterrados en Poblet, llamado Antón Griñón, reunió en la plaza del monasterio el 3 de Mayo de 1822 á una turba de paisanos, y poniéndose á su frente, junto con otro religioso, bajó al pueblo de la Espluga del Francolí, donde mandó pregonar que daría cuatro reales diarios á cuantos se presentaran á engrosar su hueste, secundando su grito, que era el de *Vivan el rey y la religión* y *Abajo la Constitución*.

Los somatenes liberales de Reus, Valls, Barberá y Vimbodí, salieron inmediatamente en persecución de la partida sublevada, obligándola á internarse en las sierras, desde donde fué á juntarse en Urgel con la hueste que mandaba el general Romagosa.

Durante algún tiempo los somatenes permanecieron en los alrededores de Poblet, de cuyo punto se mandó salir á los monjes. Ningún daño sufrió por entonces el monasterio; pero al partir las fuerzas liberales tuvo lugar en él un incendio, que afortunadamente pudo cortarse, destruyéndose sólo algún altar, el órgano y alguna dependencia.

Por espacio de dos años Poblet quedó abandonado á merced de todo el mundo, habiéndose llevado á Tarragona las riquezas de la sacristía y las joyas y ornamentos del culto. Durante el abandono del edificio, desaparecieron muchos objetos, y es fama que á menudo acudían vecinos de los lugares cercanos para llevarse efectos.

Triunfante el movimiento absolutista, los monjes

volvieron á ocupar su antigua casa, que fué restaurada, obligándose á todos aquéllos de quienes se supo que se habían llevado objetos, á reintegrarlos y devolverlos.

Los años que transcurrieron desde 1825, época en que los monjes volvieron á Poblet, hasta el de 1835, fueron muy intranquilos para los monjes. Las luchas con las poblaciones cercanas eran continuas, á causa del pago de los diezmos, de la renta que de ciertas tierras del monasterio se había dejado de pagar, y del señorío del bosque.

Las cuestiones que sobre el bosque se suscitaban habían sido siempre graves para Poblet, que desde siglos venía sosteniendo un verdadero combate, más que un pleito, con el pueblo de Vimbodí, el cual, amparándose con una carta ó privilegio del conde D. Ramón Berenguer, se creía con derecho á tomar del bosque la leña que le convenía.

Con este motivo los debates y las luchas fueron siempre constantes entre los frailes y los pueblos vecinos, y más de una vez hubo ensangrentadas colisiones. Todavía puede ver el viajero una sepultura en el claustro de Poblet, cuya lápida recuerda que allí yace Fr. Guillermo Tort, muerto por vecinos de Prades el año 1366, á consecuencia de querer impedirles que cortaran leña del bosque. De distintas épocas existen recuerdos semejantes. Unas veces los guardas del monasterio eran arrollados; otras eran los vecinos de los pueblos quienes sufrían duros castigos. Los anales populetanos hablan hasta de una verdadera batalla que hubo de librarse en cierta ocasión. Una hueste de paisanos armados entró en la ermita llamada de la Pena, dando muerte al monje guardián, incendiando la capilla y bajando luego al asalto del monasterio, que á duras penas pudo rechazar el ataque, no sin que tuviera lugar gran daño de edificios y robo de ganados.

Por lo demás, el bosque de Poblet, causa de estas contiendas, era de mucha extensión y de esplendorosa magnificencia, con árboles seculares de todas clases, con abundancia de aguas frescas y regaladas y con extraordinaria caza, que prestaba apacible diversión á los reyes y magnates cuando visitaban el monasterio.

Durante los años que transcurrieron de 1825 al 35, las contiendas con motivo de la propiedad de este célebre bosque fueron más vivas aún que en anteriores siglos, mostrándose más osados que nunca los vecinos de Vimbodí, que era un pueblo eminentemente liberal, y en el ánimo de cuyos moradores entraba por mucho la pasión política.

Con el año 1835 llegó la caída de los frailes y la ruína de sus conventos.

Los partidarios del absolutismo se habían lanzado al campo, levantándose en armas y proclamando por rey á D. Carlos, mientras que los liberales se disponían á mantener el trono y el derecho de Doña Isabel. Se dijo, confirmándose malaventuradamente la verdad de la noticia, que los frailes apoyaban decididamente á los carlistas, facilitándoles recursos y medios, á más de verse á muchos religiosos, olvidados de su misión, al frente de partidas armadas. La exaltación de los odios populares determinó el incendio de los conventos en Reus, Valls, Barcelona y otros puntos, llegando la noticia á Poblet con la alarma consiguiente. Asustados los monjes, abandonaron la casa, refugiándose en el inmediato pueblo de la Espluga del Francolí.

Sin embargo de esto, á pesar de la exaltación de los ánimos y del recrudecimiento de los odios políticos, Poblet fué respetado, y nadie pensó allí en reproducir las escenas de Reus y Barcelona. El último abad del monasterio, P. Gatell, tuvo tiempo sobrado para recoger y retirar lo más importante de cuanto custodia-

ba el convento. No sólo las riquezas y tesoros se trasladaron en carros á la Espluga: hasta se recogieron los víveres y ganados. De lo único de que no se acordó nadie, siendo un tesoro, fué de la biblioteca y del archivo.

Un monje y cuatro ó seis guardas quedaron al cuidado del monasterio, hasta que, pasados muchos días, dióse cuenta el país del abandono de Poblet. Entonces fué cuando comenzó á acudir gente de toda la comarca, principiando el despojo y la destrucción. Por espacio de algún tiempo se veían salir continuamente de Poblet carros y animales cargados de muebles, de maderas, de ropas, de hierros, de libros, de cuantos objetos se encontraban á mano y podían fácilmente llevarse. Cada uno de los recién llegados se apoderaba como cosa propia, sin que nadie se le opusiera, de lo que más le convenía ó halagaba. Se prendió fuego al palacio del abad, á los altares de la iglesia y á la biblioteca y archivo; pero pudieron salvarse muchos libros y papeles, llegando aún á tiempo las disposiciones del Gobierno para incautarse de muchos pergaminos, gran número de los cuales, según anteriormente se ha dicho, existen hoy en los archivos de la Real Academia de la Historia.

Vino después la época en que fueron violadas las tumbas en busca de soñados tesoros, haciéndose también con este objeto diferentes excavaciones en varios puntos del monasterio. No se encontraron más riquezas que algunas imágenes de plata y varios objetos del culto. Los grandes tesoros que existían en la sacristía habían sido ya retirados por el abad Gatell. Muchos cuadros, joyas preciosas de Viladomat y Juncosa, con las ricas cómodas de nogal y los preciosos estantes de la biblioteca, perecieron en grandes hogueras que para divertirse y calentarse levantaban en la plaza las gentes que acudían al pillaje y al saqueo.

Por entonces fué cuando tuvo lugar la tremenda escena que se ha contado en el primer capítulo de esta obra: la profanación de las tumbas reales. Los esqueletos de los monarcas, de los príncipes, de los próceres, quedaron largo tiempo insepultos y abandonados por el pavimento de la iglesia, hasta que se mandaron recoger y sepultar todos juntos y confundidos, exceptuando el de D. Jaime *el Conquistador*, que pudo reconocerse y fué llevado á la catedral de Tarragona.

Durante varios años Poblet quedó poco menos que abandonado, desapareciendo entonces muchas obras de arte, y destruyéndose poco á poco el edificio, debido principalmente á las partidas de tropa que allí acampaban, á los viajeros y curiosos que recorrían las ruínas, y á las turbas de gente ociosa y alegre que iba á celebrar en aquellos alrededores excursiones de campo.

Así fué como terminó el monasterio de Poblet.

Sus ruínas son hoy objeto de curiosidad y visita de cuantos van á pasar los meses de verano en sus deliciosos alrededores, atraídos por la virtud medicinal de las aguas de la Espluga ó por los goces del campo.

La celosa Comisión de monumentos de Tarragona, á cuya cabeza se halla el distinguido señor Marqués de Montoliu, ha reparado cuanto le ha sido posible el monumento, con los escasos fondos de que dispone, para salvarlo de una total ruína.

Como nota curiosa, que conviene llegue á noticia de todos, publico á continuación la que me ha facilitado la Comisión provincial, y que dice así:

«*Obras de reparación hechas en el monasterio de Poblet, y cantidades á ellas destinadas desde* 1877 *á* 1884.

Siendo Ministro de Fomento el Excmo. Sr. Conde de Toreno, y en el presupuesto de 1877-78, se destinaron á dicho objeto 8.000 pesetas.

Siendo Ministro de Fomento D. Francisco Lasala, se formó otro presupuesto para reparaciones, importante 7.496 pesetas, que fué aprobado á su entrada en el Ministerio de Fomento por D. José Luis Albareda, quien en 1882 aprobó un presupuesto adicional al anterior, importante 4.429 pesetas.

Total invertido, 20.375 pesetas.

OBRAS HECHAS.

Reconstrucción de la techumbre del templo y su tejado. Puertas en las iglesias de San Jorge y Santa Catalina y palacio del rey D. Martín.

Reparación de la parte ruinosa de los claustros y del embaldosado que cubre su terrado.

Recorrido de quiebras y rejuntado con cal hidráulica de las bóvedas de la Sala Capitular y de la Biblioteca.

Reconstrucción de las cubiertas de la capilla exterior de San Jorge, del gran dormitorio de los monjes y de la chocolatería.

Se retejaron de nuevo los siguientes edificios: capilla exterior de Santa Catalina, refectorio, oficina del culto, cocina antigua y sacristía nueva.

Se hicieron obras de importancia en el cimborrio de la iglesia, que amenazaba ruína.

Se arregló una cómoda habitación para el conserje dentro del mismo monasterio.

Se quitaron á centenares de carretadas los escombros que había en el dormitorio, ruínas de la anterior techumbre.

Retejo de la capilla de San Bernardo, cuya bóveda estaba hundida.

Enladrillado del palacio del rey D. Martín.

Tejado nuevo en el comedor de palacio.

Se abrió la Puerta Real, que estaba tapiada, para dar entrada al monasterio.

Se restableció la cubierta del templete del claustro.

Retejo de la sacristía de la capilla de San Jorge.

Reparaciones importantes en los claustros.

Se levantó, por los Sres. Barba y Hernández, el plano general del monasterio, con nota detallada y explicativa de todos sus diferentes edificios.

El arquitecto provincial está ocupándose en el plan general de restauración completa del monasterio.»

XVII.

LA NOCHE DEL 25 DE JULIO DE 1835 EN BARCELONA.

Meditaciones.—Grandeza y ruína de los conventos.—Caída del Gobierno absoluto.—El ministerio Martínez de la Rosa.—Los carlistas.—La guerra civil.—Prevención popular contra los frailes.—Motín en la plaza de toros.—Incendio de los conventos.—Horribles escenas ocurridas en la noche del 25.—Sucesos posteriores.—La muerte del general Bassa.—Conclusión.

Me hallaba solo, solo en las grandes ruínas de Poblet.

El cansancio y la fatiga del día me impidieron seguir á mis compañeros de expedición, que habían ido de paseo á una fuente no lejana, lugar encantador que atrae al viajero, como tantos otros hubo en tiempos por las cercanías de Poblet, punto de reunión y de cita, de solaz, diversión, deporte y galanteos en las calurosas siestas del estío, cuando rebosan de vagantes forasteros las masías inmediatas y el pueblo vecino de la Espluga del Francolí.

La tarde estaba al caer, y había ya comenzado esa hora dulcísima y misteriosa del crepúsculo vespertino, hora de encantos y deleite que tanto se presta á la me-

ditación y al estudio y que conserva gratos recuerdos, no por más distantes menos olvidados, para quien algún día gozó en ella venturosas primicias de furtivos y malogrados amores.

Sentado en el roto capitel de una columna, y apoyándome en un montón de escombros, dí libertad á mi espíritu, que hubo de partir desbocado como en demanda de lo que solicitaba mi profunda preocupación. Parecióme ver alzarse ante mis ojos el monasterio de Poblet, y le ví, le ví con todas las grandezas y esplendores de sus buenos tiempos. Hube de fijarme luego en la historia de las órdenes monásticas, que mi imaginación recorrió desde sus comienzos en las soledades del yermo hasta su ruína entre los arrebatamientos revolucionarios, y esto trajo á mi memoria el recuerdo de una noche de horrores, de sangre y de exterminio, que me tocó presenciar cuando apenas terminaban mis dos primeros lustros, y que es el recuerdo más poderoso y vivo de mis años juveniles.

¡La historia de las órdenes monásticas! ¡Qué inmensa es, pero al propio tiempo qué breve!

Hay una época en la historia en que los espíritus religiosos, queriendo aislarse del mundo y huir de la corrupción del siglo, buscan la soledad del desierto; los corazones heridos por la ingratitud, el infortunio ó la persecución, se enamoran del cielo y viven en los arrobos del éxtasis; los seres castos y puros á quienes disgustan el siglo y sus vanas pompas, se arrojan á la soledad para edificarse y fortificarse en las austeridades de la vida ascética. Es la primera época, la época de los Antonio y los Pablo, de los Macario y de los Pacomio. Los cenobios se instalan, los conventos nacen, y comienzan los tiempos de su esplendor.

Los bárbaros caen como un diluvio y se esparcen por la tierra. El Occidente se ve invadido por hordas salva-

jes de indómitos conquistadores, que convierten los templos en cuadras para sus caballos, entregándose en las ciudades y en los campos á todos los furores y desórdenes de sus insaciables apetitos. El mundo es un campo de batalla. Las letras se refugian en los conventos. Los monjes recogen, preservan y guardan los monumentos del saber antiguo; custodian los manuscritos y utilizan la clave de las lenguas, griega y latina, sin la cual fueran inútiles los tesoros de la ciencia; no sólo son historiadores y literatos por espacio de muchos siglos, sino que son también los institutores de la juventud, las solas antorchas vivas del espíritu humano entre las tinieblas de una época en que los grandes dignatarios no saben leer, y en que los reyes ponen una cruz al pie de sus edictos por no saber escribir su nombre. Entonces los conventos se levantan y elevan, y es la época de su gloria.

La política de los reyes toma una parte activa en la influencia y desarrollo de los claustros. Los monjes empiezan á ser ricos, la ambición nace entre ellos, tienen esclavos y vasallos, venden al poder su conciencia y al oro sus oraciones, los abades levantan huestes y toman parte en las contiendas civiles, los intereses temporales dominan sobre los espirituales, el ocio sustituye á la fe, la relajación al fervor, el deleite á la penitencia, los conventos son castillos feudales, el claustro es un palacio, y llega forzosamente con el abuso la época de la reforma.

La reforma es inútil. La generalidad no se aparta de la senda extraviada, se olvidan reglas y disciplina, el hábito oculta los vicios, los solitarios son sibaritas, quieren influir en la política y en el destino de los pueblos. Los conventos, olvidados de su origen, no tienen ya razón de ser..... y he ahí la época de su muerte.

La ruína y desaparición de los conventos en España tuvo lugar de la manera que voy á referir, ciñéndome

principalmente á Cataluña, y sobre todo á Barcelona, de cuya sangrienta noche del 25 de Julio de 1835 guardo hoy, pasados ya cincuenta años, un recuerdo tan vivo y persistente, que me parece un suceso de hace tres días. En medio de los vaivenes de mi agitada vida, jamás se borró de mi memoria la impresión que, niño aún, recibí en aquella noche terrible. Puedo contar aquellos sucesos como si acabara de presenciarlos. Es más: de tal manera hube de sentirlos y con tal consistencia arraigaron en mí, que han llegado á borrar de mi memoria todos los demás recuerdos, hasta los más familiares y más íntimos de aquella época. No hay que pedirme de mis primeros años más recuerdo que el de aquella noche.

Pero antes de referir sus escenas he de poner al corriente de sus orígenes y precedentes al lector, trazando, siquier sea á grandes rasgos, un boceto histórico indispensable para que pueda comprenderse cómo, por una fatal y encadenada serie de acontecimientos, vino á tener Barcelona la inevitable y gran desgracia de contar en sus anales la infausta noche del 25 de Julio de 1835.

He aquí el origen de los hechos:

A los generales gobernadores en Cataluña, Castaños y Campo-Sagrado, que habían gobernado discretamente dejando en el país los más gratos recuerdos, sucedió en 1828 el tristemente célebre conde de España. Bajo su ominoso mando, cada día la Ciudadela, como monstruo que nunca logra verse satisfecho, engullía las víctimas que le enviaba el capricho del conde; y las familias, inhumanamente diezmadas, en vano pedían al cielo que las librase de aquel azote sangriento que en el conde de España había caído como una maldición sobre la infeliz Barcelona.

Al morir el rey Fernando VII, D. Manuel Llauder se presentó á sustituir al conde de España.

La llegada de Llauder con el carácter de capitán general de Cataluña, fué un acontecimiento que marca época en la historia de Barcelona. Ningún recibimiento de pueblo ha sido más entusiasta que el que hubo de hacérsele; ningún general obtuvo nunca mayor aura popular; ningún ciudadano puede gloriarse de haber tenido como él en su mano los destinos de la patria.

A la entrada del nuevo general en Barcelona, Carlos de España se retiró apedreado, silbado, maldecido. Fué un verdadero milagro que escapara con vida.

Al dar el último suspiro Fernando VII, la nación toda se conmovió. Había llegado el momento de la crisis.

La sedición del engañado Bessieres y el alzamiento de los realistas de Cataluña en 1827, demostraban claramente que el partido antiliberal no quería que la prole de Fernando sucediera en el trono, y al fallecer el monarca, ó debía permitirse que empuñara el cetro su hermano el infante D. Carlos, ó era necesario llamar en apoyo de la tierna Isabel á los que habían recibido el bautismo regenerador de las ideas proclamadas por el héroe de las Cabezas de San Juan.

Nadie ignora el entusiasmo con que los liberales abrazaron la causa de la augusta niña que ciñó la corona; pero nadie ignora tampoco el efecto desconsolador que hubo de causar el manifiesto del ministerio Zea Bermúdez, anunciando que la viuda de Fernando, gobernadora del reino, no cambiaría de sistema.

Un grito de asombro contestó al manifiesto. La consternación fué general en España, y todos cuantos se habían visto perseguidos durante los últimos aciagos diez años y los que acababan de comprometerse decidiéndose por la reina, creyeron ver ya suspendida sobre su cuello la sangrienta cuchilla de otros tantos tiranos como el conde de España.

El general Llauder fué el primero que, con el ardor

de buen patricio, se atrevió á levantar su voz desde el seno de la ciudad misma donde algún día también la alzaran en favor de los derechos del pueblo los Fivaller, los Tamarit y tantos otros ilustres ciudadanos.

Efectivamente; Llauder, en 25 de Diciembre de 1833, elevaba una exposición á la reina gobernadora, en que hacía patentes los males que sufría la nación, sus necesidades y sus deseos, y declaraba que el ministerio Zea comprometía la paz pública y minaba el trono de Isabel II, que era necesario afirmar sobre cimientos liberales. Al propio tiempo que tomaba esta actitud, el general procedía al desarme de los voluntarios realistas, y armando á los de Isabel, se procuraba el apoyo de los patriotas catalanes.

La opinión pública fué acentuándose de una manera muy significativa, y la reina gobernadora se decidió por fin á cambiar el Ministerio y á variar de sistema, renunciando al gobierno absoluto.

Martínez de la Rosa reemplazó á Zea y presentó su Estatuto, aquel Estatuto que envejeció tan pronto, y que no obstante estar destinado, según el discurso de la reina gobernadora al abrir las sesiones de Cortes, «á ser el cimiento sobre el que debía elevarse majestuosamente el edificio social,» fué sólo una verdadera y rápida transición á otro más necesario y más radical sistema.

Pródiga se mostró la nación á las demandas del Ministerio. El amor á la libertad alcanzó á la caída del gabinete Zea Bermúdez un grado de sublime entusiasmo; el país depositó su confianza absoluta en un Ministerio que dejó, sin embargo, bastante que desear.

Al encargarse de sus carteras los que componían el Consejo presidido por Martínez de la Rosa, apenas había en España un faccioso declarado; y, sin embargo, durante su administración aumentó con tanta rapidez

el partido carlista, que á lo mejor se encontró España con un ejército formidable que sitiaba y rendía ciudades. Las banderas de Carlos V desplegáronse al viento, y de todas partes corrían voluntarios á engrosar las huestes rebeldes.

El ministerio Martínez de la Rosa no supo conocer el peligro, y no pudo por lo mismo evitarlo. Permaneció en una inacción completa, sordo á las voces de algunos próceres, á las reclamaciones de la prensa, y hasta al eco tremendo de la campana que tocaba á rebato en varios pueblos, anunciando las revueltas y asonadas de Málaga, de Zaragoza y de la misma villa de Madrid.

Mucho había esperado la nación de Martínez de la Rosa. Sus triunfos en la tribuna, sus declaraciones en la prensa, sus primeros pasos en la senda de la emancipación nacional, las persecuciones de que había sido víctima por parte del despotismo, todo había hecho creer que era la persona necesaria para la felicidad de España, y fué por lo mismo elevado al apogeo de la popularidad.

Pronto llegó el desengaño.

Las lentas y tardías medidas de su espíritu de contemporización, comprometieron gravemente el porvenir del país. El primer ministro vió síntomas de anarquía allí donde no existía más que el ardor del patriotismo; vió anuncios revolucionarios donde no había más que entusiasmo constitucional, y temiendo una parodia de la revolución francesa, no se atrevió á conceder todo cuanto la necesidad reclamaba en nombre de las exigencias del siglo, empeñado en hacer triunfar su absurdo justo medio, que consistía en una fusión del antiguo y del nuevo régimen.

España no quería esto: pedía reformas, reformas radicales y completas, tales como se las había hecho es-

perar la rehabilitación de 1812 y 1820 en la persona de Martínez de la Rosa.

El Ministerio tuvo entonces que alegar, para sostener sus erróneas doctrinas, que la nación no se hallaba todavía en estado de gozar de sus derechos; palabras aventuradas é imprudentes que costaron la vida al Gabinete.

A todo esto, Llauder había sido nombrado ministro de la Guerra; pero hacía poco que estaba en el Ministerio cuando hubo de retirarse ante el motín que costó la vida al general Canterac, volviéndose á su mando de Cataluña que se había reservado.

Cerráronse las Cortes, hubo en Madrid algunos desórdenes dirigidos contra la persona del primer ministro, y éste, en el colmo de la impopularidad, cedió su puesto al conde de Toreno.

Mientras tanto, las fuerzas del pretendiente habían ido engrosando: el mismo D. Carlos se hallaba ya entre sus partidarios, y la jornada y victoria de las Amezcuas habían acabado de rasgar el velo, apareciendo los carlistas en toda su verdadera importancia.

Llauder en Cataluña parecía querer seguir un sistema parecido al del Gobierno, y su popularidad antigua, ya muy menguada, iba decayendo precipitadamente. Mientras que con su policía se empeñaba en descubrir anarquistas y revolucionarios, conspiraban los carlistas casi á la luz del día, é iban engrosándose las filas de los facciosos, quienes con sus correrías y desmanes tenían aterradas las comarcas.

Cataluña presentaba un cuadro desolador, y los honrados patricios veían un triste porvenir.

Era llegada la hora de llorar por la pobre patria.

La guerra civil se ofrecía en primer término, y donde quiera que se fijaban los ojos sólo aparecían incendios, muertes, alevosías, horrores y catástrofes. La dis-

cordia recorría las filas de los españoles, é incitaba al padre contra el hijo, al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo.

A tan triste espectáculo, que afligidos y preocupados tenía á todos, se juntó la indignación nacida de un rumor que con insistencia comenzó á correr por todas partes. Asegurábase que, faltando á las santas leyes del sacerdocio, cada convento era un foco de rebelión, y que en el silencio y misterio de los claustros se tramaban sordas maquinaciones contra el trono de la inocente Isabel.

Sabíase que los frailes, en general, no ocultaban sus deseos de favorecer la causa del pretendiente; decíase, y esto era por desgracia una triste verdad, que algunos habían abandonado sus conventos para ir á alentar con su presencia las huestes carlistas ó para ponerse á su cabeza, soñando en otra guerra de la Independencia; dábanse detalles y pormenores de las conjuras y asambleas misteriosas celebradas en el fondo de los monasterios; citábanse y señalábanse con el dedo los religiosos que en voz alta y con culpable osadía osaban negar el derecho hereditario de la reina; llegábase á decir, y ya esto era calumnia de la pasión excitada, que habían envenenado las aguas para acabar de una vez con los liberales.

Todo parecía unirse para convertir á las comunidades religiosas en blanco de la ira del pueblo.

Las cabezas fermentaban, los corazones hervían, la pasión cegaba, los odios se iban avivando por instantes. La opinión pública estaba unida y compacta en acusar á los frailes. En cada uno de éstos se creía ver un carlista, y la indignación pública iba cada vez embraveciéndose, sobre todo al considerar que las órdenes monásticas, temerariamente convertidas en elementos políticos, no podían ocultar su desplacer y enojo.

Este fué su gran error. Dada su actitud, y también, forzoso es decirlo, su provocación, el choque era inevitable.

Así las cosas, no podía tardar el conflicto.

No hubo ningún plan, ninguna conjuración, ninguna trama contra los frailes; sin embargo, su ruína estaba decretada por la Providencia. Los ánimos se hallaban preparados para el combate. Todos esperaban instintivamente una señal que nadie dijo que debía darse, pero que todos sabían que se iba á dar.

Zaragoza fué la primera en darla.

La noticia de sus sangrientas escenas cundió con la rapidez del rayo, agitando y conmoviendo los ánimos.

La consternación de todos los buenos patricios, la exaltación y efervescencia de los espíritus habían llegado á su colmo, cuando se supo en Reus la nueva de que un destacamento de sus urbanos, regresando de Gandesa, había sido sorprendido por los facciosos, quienes hicieron perecer miserablemente á su capitán Montserrat y á seis voluntarios, á uno de los cuales, padre de ocho hijos, se dijo que había ordenado crucificarle y sacar los ojos un fraile que iba con los rebeldes.

Se ignora el grado de certeza que pudo tener este último hecho; hecho, sin embargo, que se halla confirmado en todos los impresos de la época, y que garantizaron los vecinos de Reus; pero, aun admitiendo exageración en la noticia, queda fuera de toda duda que fué un fraile quien incitó á los facciosos á quitar la vida á los ya rendidos é indefensos urbanos. Esta noticia, cundiendo con la rapidez de las malas nuevas, hizo estallar á la población en gritos de ira y de venganza.

La mecha acababa de prender en la pólvora.

El pueblo de Reus, contagiado por el reciente ejemplo de Zaragoza, rompió todos los diques en su desbordada cólera, saltó la valla de las leyes divinas y hu-

manas, y aquella misma noche veía la villa arder en su recinto dos de sus tres conventos, al propio tiempo que eran inhumanamente asesinados cuantos frailes caían en poder de la desenfrenada plebe.

Al recibir Llauder la comunicación que le participaba este atentado, envió á Colubí, gobernador de Tarragona, amplios poderes para obrar conforme lo exigiesen las circunstancias; pero el pueblo de Reus cerró sus puertas y negó la entrada al gobernador, á quien, como dijera que acudía para restablecer el orden, se contestó con laconismo verdaderamente espartano que el orden estaba ya restablecido.

La asonada de Reus produjo por mala ventura su efecto, y fué éste tanto más desdichado, cuanto que, como pregón á mal reprimidos furores, circuló la voz de haberse encontrado en los conventos depósitos de armas, uniformes, proclamas y retratos del pretendiente.

Esto acabó de encender el enojo popular.

Justamente alarmados los religiosos de Barcelona al ver la tempestad que les amenazaba pronta á caer sobre ellos, se acogieron al general Llauder pidiéndole su protección y manifestándole sus deseos de abandonar secretamente sus moradas; pero el general se empeñó en no consentirlo. Fiado en su previsión y en sus bayonetas, les dijo:

—Duerman tranquilos, buenos padres. Aquí estoy yo.

¡Ay! no, allí no estaba él. Era la revolución la que allí estaba; era la cólera del pueblo, que pocas veces para sino en sangre.

Si Llauder hubiese meditado un poco; si su vanidad hubiese hecho lugar á su prudencia; si hubiese querido fijarse en la situación, en la época, en el momento; si, por fin, hubiese estado atento á los síntomas visibles que se marcaban con insistencia y que todos, menos él, veían, hubiera convenido en considerar como lo más

cuerdo y político en aquellos críticos instantes, la separación de los religiosos y el apartamiento de sus moradas.

Esto, que debía hacer, fué lo que no hizo.

Teniendo ciega confianza en el jefe del Principado, los religiosos siguieron habitando sus conventos.

Llegó el 25 de Julio.

Desde algún tiempo se daban en Barcelona corridas de toros, y con motivo de la celebridad de los días de la reina Cristina, los periódicos habían anunciado la sétima función para la tarde del 25, día festivo por ser el de Santiago, patrón de España.

Los toros lidiados en la anterior corrida habían sido excelentes, y la plaza estaba llena; pero quiso la mala suerte que aquella tarde la función fuese mala, desagradando al público. Este, con aquella natural libertad que se le concede, y de que algunas veces abusa, en una corrida de toros, comenzó á mostrar su disgusto, y embriagándose con las voces, el estruendo, la confusión y el barullo, arrojó los abanicos á la plaza, tras los abanicos las sillas, tras las sillas los bancos, tras los bancos las columnas de los palcos.

Bien pronto el circo presentó una escena difícil, cuando no imposible, de describir. Hubo desmayos de señoras, atropellos, riñas, protestas, arrebatos, y algunos espectadores se arrojaron á la plaza para matar á palos el último toro, y también el peor de la lidia.

En esto, algunos muchachos rompieron las maromas que escudaban la contrabarrera, y atando un pedazo á la cornamenta del toro, empezaron á gritar que debía ser arrastrado, para escarnio, por las calles de Barcelona. El pensamiento fué acogido con entusiasmo, y bien pronto una turba numerosa, con estrépito y algazara, dando gritos desaforados, penetró en la ciudad arrastrando la res por las calles.

Apenas la gente sensata salía á dar su ordinario paseo por la Rambla á cosa de las siete y media, cuando principió ya la alarma; y vióse á una turba arrojar algunas piedras á las ventanas del convento de Agustinos calzados. La guardia del fuerte de Atarazanas cerró el rastrillo y se puso sobre las armas, porque veía irse formando un grupo numeroso junto al convento de Franciscanos, que estaba muy próximo á la fortaleza.

Preludio parecía todo de una asonada. Sin embargo, nadie creía en tumulto; la gente tímida se iba retirando á sus casas; los curiosos discurrían por todas partes; la turba de muchachos continuaba arrastrando el toro al son de gritos descompasados é incomprensibles, con los que se empezaron á mezclar algunos de *¡Mueran los frailes!* al pasar por delante del convento de los Franciscanos.

Frente á su puerta principal se hallaba la revuelta multitud, cuando se le ocurrió á uno decir que se podría pegar fuego á las puertas del convento para tostar el toro. Grandes aclamaciones celebraron esta infeliz agudeza, y, en efecto, se trató de incendiar las puertas del edificio, á las cuales se había ya conseguido prender fuego, cuando acudieron los vecinos y disuadieron á la turba, que se alejó dejándoles en libertad para contener los progresos del incendio.

Ya á todo esto había llegado la noche; una tranquila y dulce noche de verano.

¿Quién, de cuantos la presenciaron, no recuerda aquella lastimosa noche?

Entre ocho y media y nueve se fueron formando algunos grupos en la plaza del Teatro y en la de la Boquería; grupos que iban engrosando por momentos y que en vano intentaron disolver la guardia del Teatro y un piquete de soldados de caballería destacado de Atarazanas.

Lograban sólo que se apartasen de un punto para reunirse en otro, pudiendo conocerse que la opinión estaba pronunciada. Fácil fué entonces prever la tempestad que avanzaba.

Desatado andaba el populacho por las calles de la ciudad vociferando ante las puertas de varios conventos; y como el capitán general y el gobernador de la plaza se hallaban ausentes, el infatigable teniente de Rey, señor Ayerbe, recorría todos los puntos, procurando en vano distraer con sus exhortaciones el peligro, que á cada instante se hacía más inminente.

Los gritos de *¡Mueran los frailes!* comenzaron á menudear. Las voces que los daban eran cada vez más numerosas, y cada vez también más oscuras y sombrías. Vióse de pronto agitarse entre las masas algunos brazos armados, mientras que otros blandían flamígeras teas que alumbraban rostros pálidos de furor, de odio y de venganza.

Las turbas se precipitaron en torrente por las calles, incitadas por algunas mujeres que corrían por entre los grupos como insanas furias, suelta al aire la desgreñada cabellera, blandiendo en su contraída diestra el puñal ó la tea, dando gritos iracundos que eran secundados por rugidos de la desatentada y frenética muchedumbre.

¡Noche infausta fué aquélla, noche de ruína, de incendio y de sangre!

Ardió el primero el convento de Carmelitas descalzos, llamado de San José, que se alzaba en la Rambla de la Boquería y en el sitio que hoy es plaza-mercado. Al ver los amotinados las llamas que con sus serpenteadoras lenguas lamían las rojizas piedras allí colocadas por el siglo XVI, parecieron cobrar nuevo aliento para seguir en su idea destructora. Había subido de punto su audacia con su primer triunfo. ¡Triste triunfo!

La tea incendiaria corría por las calles iluminando los siniestros semblantes de cuantos tomaban parte en aquella bacanal de sangre.

Precipitóse la turba por la calle del Carmen y se detuvo ante la puerta del convento de Carmelitas calzados, que no tardó en lanzar al aire su humeante penacho de llamas.

Ya en esto, una densa humareda se cernía sobre el bello y grandioso edificio de Santa Catalina, que era presa del voraz incendio y que veía su claustro, joya del arte gótico, invadido por un desalmado tropel que corría ciego de furor tras de fugitivos y despavoridos religiosos.

Los moradores del convento de Trinitarios descalzos y del de Agustinos calzados, veían también al mismo tiempo turbada su habitual soledad por el incendio, huésped inesperado y terrible que aparecía al son de la gritería, del aplauso y de las carcajadas de la muchedumbre.

La capital del Principado era teatro de espantosas escenas.

Mientras que en un lado resonaban los golpes del martillo que abría las verjas de los monasterios, en otro se oía el estrépito de una bóveda que se desplomaba; mientras que por un lado sonaba el griterío de la plebe anunciando la matanza, por otro los desventurados religiosos, huyendo del hierro y del fuego, se esparcían en todas direcciones buscando la salvación en la fuga.

Lejos de menguar, el encono parecía avivarse con el incendio de los cinco conventos convertidos en otras tantas ardientes fraguas.

¿Dónde estaba el hombre que había dicho á los religiosos: dormid tranquilos, que yo velo?

Iba la multitud á prender fuego al convento de Capuchinos y al de Trinitarios calzados; pero desistió al

ver que las llamas hubieran inevitablemente hecho presa en las casas inmediatas.

Tampoco fué incendiado el de los Servitas, por la voz que cundió de que el cuerpo de artillería tenía muy inmediato su almacén de pertrechos.

A las repetidas instancias y súplicas de los vecinos, se debió también el que fuese respetado el de la Merced. Los incendiarios pasaron de largo, sin que los edificios recibieran más insulto que el de algunas piedras arrojadas á sus puertas y ventanas.

—¡Al Seminario!—había gritado una voz ronca y sombría.

—¡Al Seminario!—repitió la turba.

Y todos se lanzaron en tropel.

Era el Seminario un majestuoso edificio todavía no terminado y que se elevaba en un extremo de la ciudad, donde luego se habilitó la cárcel del Estado. Servía de morada á los sacerdotes seculares de la congregación de la misión.

Dando gritos desembocaba la desordenada plebe por la calle donde se alzaba el convento, cuando los primeros que avanzaron para consumar su obra de destrucción, cayeron muertos ó heridos á la inesperada descarga de varios tiros de fusil.

Ante aquel inopinado accidente, la turba, cuya marcha hasta entonces nadie había detenido, levantó con asombro la cabeza, y vió.....

Vió las ventanas del Seminario coronadas de religiosos que, fusil en mano, aguardaban el ataque.

El Seminario fué respetado. Todos volvieron las espaldas.

Bien distinta escena tenía al mismo tiempo lugar en el convento de Agustinos calzados. Tocóme presenciar la parte más trágica desde la galería de mi casa, y con todo el horror que me inspiró voy á referirla.

Es preciso decir primero que el convento de San Agustín ocupaba una vasta extensión de terreno entre la calle de San Pablo y la del Hospital, en donde tenía su fachada.

A los clamores del populacho que rugía ante sus puertas incendiadas, los infelices frailes, despavoridos y asustados, decidieron apelar á la fuga; fuga difícil y peligrosa atendida la situación del edificio, cercado todo él de casas cuyos vecinos podían ser adictos al movimiento.

Reuniéronse todos los religiosos en el refectorio para deliberar, y expusiéronse de prisa y atropelladamente algunos pareceres. La cosa urgía; oíanse los gritos y sentíase el calor de las llamas.

De pronto sonaron terribles golpes que fueron á despertar todos los ecos del convento. Era que algunos hombres del pueblo echaban abajo una puerta lateral, con objeto de penetrar en el edificio y asesinar á sus moradores.

Los frailes entonces, sobrecogidos de terror, se desbandaron por el convento, buscando manera de huir ó esconderse.

Un grupo se refugió en la biblioteca. Las ventanas de ésta caían á un patio, al otro lado del cual se elevaba una casa particular. Una de las ventanas de la biblioteca estaba frente á otra que daba luz á la escalera de la casa contigua.

Con la rápida lucidez de pensamiento que en situaciones apuradas ocurre, un religioso creyó hallar en aquello un medio de salvación, y se lo propuso á sus compañeros.

Tratábase de poner una viga, un madero, una tabla entre las dos ventanas, y pasar así del convento á la escalera de la casa.

Aventurado era el medio, pero la ocasión no permitía la duda.

Uno tras otro, diez y ocho frailes, jinetes sobre el madero, atravesaron el patio á una altura inmensa del suelo, pasando con auxilio de una frágil tabla por encima de un verdadero abismo.

Llegaron de este modo á la escalera; pero, ¿y allí? ¿qué hacer? ¿dónde huir? ¿dónde refugiarse?

Un vecino de la casa, á quien había parecido oir rumor y voces confusas, abrió la puerta de su habitación para cerciorarse. Júzguese de su asombro al ver á diez y ocho frailes que cayeron á sus pies, pálidos, despavoridos, plegadas las manos. Nada le dijeron, pero todo lo comprendió.

Era un hombre honrado. Hízoles subir á la azotea en silencio, y les abrió la puerta de un desván, donde todos se precipitaron bendiciendo á su salvador.

Allí pasaron la noche aquellos infelices en mortal angustia, en terrible congoja, esperando á cada instante ver aparecer á sus asesinos.

Afortunadamente no fué así, y pudieron salvarse al siguiente día.

En el ínterin, aquellos de sus compañeros que habían buscado la salud por otro lado, se veían en más inminente peligro y terminaban algunos de manera trágica.

A espaldas del convento corría una calleja reservada para uso de las dependencias, y un muro separaba esta calleja de los jardines y huertos de las casas inmediatas, en una de las cuales vivía yo, niño de diez años, con mi pobre madre, viuda, y dos criadas.

Escondido tras un balcón de la galería, y con mi curiosidad de niño, pude presenciar parte de la escena que voy á referir, mientras mi pobre madre y las criadas rezaban, llenas de zozobra, en una sala contigua.

Al abandonar los religiosos el refectorio en completa fuga, algunos intentaron huir por la calleja, refu-

giándose en la vecindad; pero como el incendio, ya vivo, les impedía atravesar el claustro para alcanzar la callejuela, decidieron bajar á ella desde una de las ventanas del primer piso, con auxilio de una cuerda.

Hiciéronlo así, en efecto. Uno tras otro, siete ú ocho frailes fueron descolgándose en medio del mayor silencio, sólo turbado por los alaridos de la muchedumbre, que pugnaba por entrar en el convento, presa ya de las llamas. La noche estaba clara, y yo distinguía perfectamente, distingo aún hoy, cómo aquellos tristes frailes se iban colgando de la cuerda, dejándose deslizar por ella poco á poco.

La puerta lateral que á hachazos estaban derribando los incendiarios, acabó por caer á sus repetidos golpes, y un grupo de hombres con armas invadió el convento.

Los infelices monjes, que oían cerca los pasos y voces de sus asesinos, se daban prisa á huir. La cuerda cortaba las manos de los religiosos y estaba llena de sangre.

Mientras que el último fraile bajaba, la cuerda se rompió. El triste, cayendo desde bastante altura, se dislocó un brazo. No obstante, ni un ¡ay! salió de sus labios.

Sonaron precisamente en aquel momento repetidos aldabazos y fuertes gritos.

Eran los incendiarios que, temiendo que los religiosos se escaparan, llamaban á las casas contiguas para impedirlo.

Los frailes que se hallaban en la calleja reunidos en grupo junto á su compañero herido, se desbandaron en todas direcciones á la proximidad de aquel nuevo peligro.

Sólo un lego se quedó junto al caído, y ayudóle á ponerse en pie y también á saltar una tapia para llegar á un huerto público, llamado de Morlá, por ser éste el nombre de su dueño.

En el momento en que los dos fugitivos acababan de saltar la tapia, la puerta del huerto se abría para dar paso á varios hombres armados que iban á apostarse allí con objeto de impedir la fuga de los frailes.

Los infelices se vieron perdidos.

—Huye, huye y abandóname,—dijo el herido al lego.

—¡Silencio!—contestó éste.

Hallábanse junto á una especie de cobertizo, bajo el cual había un vasto lavadero público. El lego hizo acurrucar al herido junto á uno de los poyos que sostenían el cobertizo; encargóle que reprimiese sus dolores, que suspendiese hasta el aliento, y en seguida de haber dejado allí al fraile, no viendo otro sitio donde ocultarse á su vez, y creyendo sin duda que la entrada de los hombres en el huerto sería momentánea, se sumergió con todo el tiento posible en el agua del algibe, sacando sólo su cabeza, que procuró amparar tras de un cesto allí abandonado y flotante. A pesar de que la noche era bastante clara, creyó poder ocultarse á las miradas.

Por mucho cuidado que pusiera, algún ruido debió oirse, sin embargo, pues que uno de los recién llegados volvió la cabeza.

—¡Hola!—dijo,—parece que en aquel lavadero hay ranas.

—¿Por qué lo dices?—preguntó otro.

—No sé; pero se me ha figurado oir un ruido, y juraría que hay ranas..... y ranas con hábito, que es más.

—Estaremos á la mira.

—Con el fusil preparado.

Y, en efecto, preparó el arma homicida.

Al cabo de unos instantes sonó el tiro.

—¿Qué es eso?—preguntaron sus compañeros.

—Bien decía yo. He visto asomar una cabeza.

—Vamos á registrar el algibe,—dijeron algunos.

—No. Será más entretenido. Preparad vuestras ar-

mas; fijaos en aquel cesto ¿veis? que aparece sobrenadando, y si se mueve algo junto á él, dispararemos á un tiempo.

Todos prepararon sus armas y fijaron sus ávidas miradas en el lavadero y en el punto indicado.

Hubo un rato en que sólo reinó un silencio sepulcral, silencio de muerte.

El lego, cuya posición era violenta, debió mover la cabeza que tenía casi sumergida en el agua.

Tres ó cuatro tiros sonaron á un tiempo; oyóse un gemido, el agua se agitó, y una exclamación de triunfo salió de labios de los asesinos.

—Dimos en el blanco,—gritó uno.

—Ya tiene su cuenta,—dijo otro.

En efecto, los bárbaros habían asesinado al pobre lego.

—¿Qué vas á hacer ahí?—exclamó uno viendo á otro que paso á paso, como un reptil, se iba acercando al lavadero, introduciéndose bajo el cobertizo.

—Me ha parecido que algo se removía por aquí á nuestros tiros,—contestó un interpelado.

Tengo buen olfato, y apostaría mi cabeza á que anda por ahí algún otro fraile.

Reuniéronsele sus camaradas, registraron juntos, y no tardaron en hallar al pobre agustino herido, que, al verse descubierto, hizo un esfuerzo para ponerse de rodillas. Ya que no podía evitar á los asesinos, quiso al menos que le hallasen de hinojos y rezando.

—Ya le tengo,—gritó el primero que se había adelantado, cogiendo al fraile por el cuello.

Diferentes voces sonaron entonces.

—¡Hiérele!

—¡Mátale!

—¡Arrojemos á ese pillo al agua!

—¡Quemémosle vivo!

—¡No, mejor es fusilarle!

—Que nos diga primero dónde están los fanáticos sus compañeros.

—¡Dí, fraile! ¿dónde se han ocultado los demás?

El desventurado no contestó. De rodillas entre aquel grupo de hombres frenéticos, el religioso, pálido, pero sereno, continuaba rezando en voz baja.

—¿No quieres hablar, fraile?—preguntó uno.

Tampoco contestó el agustino.

Entonces uno de aquellos infames, infames ante el cielo y ante la tierra, se adelantó y le dió con la culata del fusil un terrible golpe en la cabeza.

—¡Jesús, Dios mío!—murmuró el religioso cayendo al suelo.

—¡Ah! ¿No quieres hablar, bribón?—gritó otro de aquellos malvados con voz ronca.—Pues yo he de hacerte hablar, mal que te pese. ¿Dónde están los otros, dí?

Y le dió un bayonetazo en el vientre, acompañando su acción con una blasfemia.

—¡Jesús, Dios mío!—repitió el triste dirigiendo los ojos al cielo con resignación sublime.—¡Jesús, Dios mío! —murmuró de nuevo, ya con voz apagada, al sentir la punta de un sable que rasgaba sus carnes.

Y ya no volvió á abrir sus labios.

Entonces aquella miserable gente, lanzada ya por tan fatales descaminos, se cebó en la víctima que espirando veía á sus pies.

Otros episodios tuvieron lugar durante aquella noche.

En Santa Catalina, presa ya el convento de las llamas, los pobres religiosos, aturdidos y huyendo de la matanza con que les amenazaban los gritos furiosos que partían del claustro, donde las turbas habían logrado penetrar, se lanzaron todos juntos por un corredor buscando la salida de un huerto á espaldas de su morada.

Sólo uno, tomando dirección contraria, se disponía á bajar por la escalera del claustro.

—¿Dónde vais, padre?—le gritaron los demás.—Por ahí os perdéis.

—No; por aquí me salvo,—dijo el religioso siguiendo su camino.

Y siguió adelante, mientras sus hermanos se daban á la fuga.

Dirigióse tranquilamente á la iglesia, pero al entrar le deslumbró el vivo resplandor del incendio. Parte del templo era una hoguera.

El digno sacerdote que voluntario se ofrecía al sacrificio, llegó al pie de un altar, donde se prosternó, olvidándose de todo para no pensar más que en Dios, al que ferviente rogaba por sus hermanos, por él, por los sacrílegos mismos que osaban profanar la santa morada.

Orando se hallaba, cuando una indisciplinada horda invadió el templo dando alaridos y haciendo resonar con impías blasfemias aquellas bóvedas, en que tantas veces repercutieran los cantos religiosos, bañadas por las oleadas del incienso que hasta ellas llegaba brotando de los altares.

Volvióse el religioso al sentir cerca la turba, é irguiéndose ante ella cuan alto era y alzando manos y brazos al cielo, como si fuera á fulminar un anatema,

—¿Dónde vais, asesinos?—exclamó.—¿Dónde dirigís los pasos, incendiarios? ¡Aquí está Dios! ¡Abajo las armas! ¡Abajo las teas! ¡Atrás los sacrílegos!

Sublime de expresión y admirable de heroísmo estaba el sacerdote.

Merecía haberse salvado.

La multitud pasó por encima de su cadáver siguiendo su obra de destrucción.

La escena era muy distinta en el convento de Franciscanos, que estaba situado en la hoy llamada plaza de Medinaceli, contiguo á la muralla del mar.

Al llegar á oídos de los Franciscanos los primeros alaridos populares, al ver los primeros resplandores del incendio que abrasaba sus puertas, los frailes, que iban á entrar en el refectorio por ser la hora de la cena, arremolináronse en tropel junto al superior, pálidos, cadavéricos de terror y miedo.

—No temáis—dijo el superior á la comunidad.—¡Orden! ¡Seguidme, y, sobre todo, silencio!

Todos bajaron la cabeza y nadie desplegó los labios.

El superior comenzó á andar, siguiéndole la comunidad en hilera, muda, silenciosa, como si fuese una procesión de fantasmas.

Atravesaron el corredor, el patio, el claustro, varios departamentos.

Llegaron á un lugar sombrío, especie de subterráneo, y el superior mandó desembarazar la entrada de una cueva. Un camino oscuro, misterioso, extraño, se presentó á los ojos de la comunidad sorprendida.

El padre guardián fué el primero en penetrar por él.

Todos le siguieron.

Era una antigua cloaca romana, de gran capacidad. Por ella podía marchar un hombre sin inclinarse, y conducía por debajo de la muralla, á la cual ya se ha dicho que estaba pegado el convento, hasta las rocas que se alzan á orillas del mar.

Caminaron un rato por entre tinieblas, pero no hubieron de tardar en salir al aire libre, á la dulce y tenue claridad de las estrellas.

Al dejar la cloaca se encontraron en las rocas. Las tranquilas aguas del mar en bonanza llegaban á besar sus pies, gimiendo con melancólico arrullo como si llorasen su infortunio. De vez en cuando el aire llevaba

á sus oídos los clamores del populacho que recorría las calles de la capital.

Los religiosos se deslizaron á lo largo de la muralla, y á su sombra siguieron su camino por entre rocas y en dirección al fuerte de Atarazanas, que se destacaba no lejos avanzando en el mar la punta de su baluarte como la proa de un monstruoso buque.

El centinela de la muralla se sorprendió al ver aquella hilera de sombras ó fantasmas que se acercaba.

Inclinóse sobre el muro, y gritó:

—¿Quién vive?

—Los frailes de San Francisco,—contestó el superior con voz débil.

El centinela llamó al cabo de guardia, á quien no sorprendió menos ver aquel grupo misterioso á orillas del mar y al pie de la muralla.

—Dicen que son los frailes de San Francisco,—exclamó el centinela.

—Pero ¿de dónde diablos vienen?—preguntó el cabo.

—Pasad aviso al gobernador—dijo en esto desde abajo el padre guardián,—y pedidle que nos haga arrimar escalas para que subamos.

El cabo fué, en efecto, á dar conocimiento de lo que ocurría al gobernador, quien acudió en seguida á la muralla, movido por la extrañeza del caso. Reconocidos los frailes, que parecían salir del mar, pues otro camino no conducía al fuerte por aquel lado, mandó el gobernador de Atarazanas arrimar escalas al muro, y los franciscanos subieron á la fortaleza, donde todo fué explicado y donde encontraron refugio y protección.

Toda la noche prosiguieron las turbas recorriendo las calles de Barcelona sin que autoridad alguna pusiera coto á sus desmanes, penetrando en los claustros y habitaciones de los conventos asaltados, á la luz del incen-

dio, mientras crujían las vigas, mientras se desplomaban las bóvedas, mientras que columnas de humo se lanzaban á los aires.

No hubo más víctimas que de diez ó doce religiosos, y hartas fueron por desgracia: se consiguió salvar á los demás con la generosa acogida que pudo dárseles en las casas de que se ampararon, y cuyos vecinos supieron arrostrar la ira del pueblo para ponerles en seguridad.

Muchos fueron los habitantes de Barcelona, es preciso decirlo en su obsequio, que rivalizaron aquella noche en generosidad é hidalguía y dieron á los infortunados fugitivos una hospitalidad que podía costar bien cara ciertamente á sus favorecedores.

Justo es consignar asimismo, la rectitud y la imparcialidad lo exigen, que no animaba en manera alguna á los incendiarios la esperanza del pillaje, porque casi todo lo que no fué devorado por las llamas se encontró intacto en los templos y en las celdas.

Por lo demás, ningún convento de monjas sufrió el menor ataque; ningún clérigo recibió un insulto; ni tampoco ninguna de esas feas maldades, que ordinariamente acompañan á semejantes conmociones nocturnas, tuvo lugar aquella noche; antes, por el contrario, muchas casas permanecieron abiertas, sin que nadie recelara ni temiera los insultos ni el saqueo.

Y á fe que todo lo hubieran podido, pues Barcelona estuvo, durante toda la noche, á completa merced de las turbas, que libres y sin ningún obstáculo recorrían las calles.

Con la primera sonrisa del alba cesó el tumulto.

Hubiérase dicho que, espantados de su obra, habían corrido á esconderse cuantos tomaron parte en el desorden. La luz del día, la luz clara del sol, que se presentaba á iluminar tantos horrores, les hundía en el

fondo de sus miserables guaridas, de donde sólo salieran, con reprobación eterna de los siglos, para consumar su obra de sangre, de fuego y de sacrilegio.

La catástrofe de aquella noche fué reprobada por todos los hombres de honor, por todos los ciudadanos, sin distinción de partidos. Nada, sin embargo, más fácil de evitar si los encargados del orden y de la vigilancia pública hubiesen accedido con buen acuerdo y previsión á que los frailes se retiraran á tiempo de sus moradas. Al estado á que habían llegado las cosas; dadas la situación y la crisis porque atravesaba el país; teniendo en cuenta las imperdonables imprudencias de las órdenes monásticas al tomar ostensiblemente un carácter político; considerando la culpable tenacidad del Gobierno en negar paso á las corrientes liberales, únicas entonces salvadoras; fijándose en el estado de los ánimos, en las pasiones exacerbadas, en la provocación que natural y lógicamente resultaba de las partidas facciosas mandadas y dirigidas por frailes; atendido todo esto, repito, la catástrofe se veía venir, y criminal fué no preverlo. Todo lo humano está sujeto por la Providencia á una lógica inflexible.

El partido liberal creía que las órdenes monásticas habían terminado su misión, y que, por lo mismo, no tenían ya razón de ser. Es más: creía, y creía bien, que en la crisis porque atravesaba España eran un gran peligro para todos, y una amenaza para el trono y futura dinastía de la reina Isabel. Pero no por esto podrá jamás culparse á los partidos liberales del incendio de los conventos y matanza de los frailes. Obra fueron estos sucesos de hombres ilusos y mal aconsejados, que á ningún partido político pertenecían; obra fueron de la hez del pueblo; obra de aquellos seres de extraña naturaleza y anormales condiciones, que en todas épocas y en todos los países son materia dúctil para

el vicio, apta para el crimen y apropiada para cuanto sea maldad, escándalo ó desorden.

Por esto aquella noche lo fué de luto para todos.

Desde el amanecer del siguiente día las calles se poblaron de gente que iba á visitar el teatro de las escenas nocturnas, y numerosos piquetes de tropa y Milicia nacional cruzaban por todas partes, enviados por la autoridad, á recoger los frailes que habían logrado encontrar refugio en las casas particulares, ó consiguieran esconderse en sus propios conventos. Los religiosos eran trasladados para su seguridad personal á los fuertes de la plaza, pero no sin recibir por el camino groseros insultos del pueblo, al que con admirable tesón sabía mantener á raya, impidiéndole los desmanes, la Milicia ciudadana, gran mantenedora en aquella ocasión de la causa del orden.

El teniente de Rey, D. Joaquín Ayerbe, estuvo, sobre todo, admirable. Iba á recoger en persona á los frailes, y, haciéndoles subir á su propio coche, les acompañaba á Montjuich ó á Atarazanas, arrostrando las iras de la muchedumbre é imponiéndose á ella con su serenidad.

Cerráronse las puertas de la ciudad, sin permitir la entrada á la gente del campo, y por aquel día limitóse la autoridad civil á mandar que los dueños de fábricas y talleres no los cerrasen bajo ningún pretexto.

Las monjas, previo el consentimiento de la autoridad eclesiástica, fueron invitadas á retirarse del claustro, con facultad para alojarse en casa de sus padres, parientes ó amigos, y pusiéronse fuertes guardias en todos los conventos.

Al otro día, 27, el comandante general de las armas y el gobernador civil, que en la aborrascada noche del incendio dieron ostensibles muestras de ánimo desmayado, publicaron una proclama en que pintaban la gravedad de los sucesos, y concluía de esta manera:

«Disposiciones fuertes, enérgicas, sin contemplación ni miramiento á clases ni personas, se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites..... Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo que fallará la comisión militar, con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordaros la existencia de aquel tribunal de excepción, es justo advertiros que incurriréis en delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infracción, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía expiación del crimen.»

Fué esta proclama el anuncio de la llegada de Llauder.

La alarma hubo de ser entonces general.

Los términos violentos en que estaba redactada la proclama; el querer culpar á Barcelona de lo ocurrido, cuando la verdadera culpa estaba en las autoridades, que nada hicieron para reprimir; las intenciones que se suponían en Llauder, todo fué causa de general disgusto.

Barcelona, que no se sentía culpada, pues no pertenecían á su seno ni á su familia los hombres que en la noche del 25 recorrieron sus calles armados con el puñal del asesino y la tea del incendio; Barcelona, que era la primera en deplorar los sucesos, sintióse herida en su dignidad y en sus nobles sentimientos al ver que se trataba de castigarla como si fuese ella la culpable.

Un grito unánime se levantó: el de *¡Muera Llauder! ¡muera el tirano!*

El general entró en la ciudad el 27, pero al enterarse de lo que ocurría y al conocer la actitud del pueblo, se encerró en la Ciudadela con parte de la tropa que traía, y al amanecer del día siguiente, 28, salió para

Mataró, desalojando después el palacio, del que hizo sacar todo su equipaje.

Mientras que estas escenas tenían lugar en Barcelona, consecuencia de la noche del 25, en otros puntos del Principado se secundaba el movimiento.

Ardían á un tiempo el convento de Recoletos de Riudoms, el precioso monasterio de Benedictinos de San Cucufate del Vallés, y el general Llauder y su comitiva hacían alto en Mongat para contemplar el torrente de llamas que se escapaba del de San Jerónimo de la Murtra. Más tarde, como si se hubiese dado por todas partes la implacable señal de exterminio, devoraba el incendio el convento de Capuchinos de Mataró; el de la misma orden de Arenys; otro de Igualada; el monasterio de *Scala-Dei*, que era el primero y más rico monasterio de Cartujos en España; otro de igual religión, el de Monte-Alegre, colocado como un águila en la cima de una pintoresca montaña, y ocurrían en Poblet las escenas en el anterior capítulo descritas.

Mientras tanto, la agitación y la alarma reinaban en Barcelona. El desorden volvía á presentar su negra faz.

Dióse una disposición justísima y acertada, por la que se prohibía á toda persona, fuese de la clase que fuera, penetrar en el recinto de convento alguno de la capital sin expreso permiso de la autoridad competente; añadiendo que quien contraviniese, aun cuando no extrajera efecto alguno de dichos lugares, sería tratado como atentador á la propiedad ajena.

Terrible cadena de sucesos siguió á la noche del 25.

Barcelona estaba sobre un volcán.

Inquietos, agitados, calenturientos fueron los días que mediaron hasta el 5 de Agosto.

A las diez de la mañana de este día se esparció con la rapidez del rayo la noticia de que había entrado el general Bassa, con su columna de operaciones, porta-

dor de severas órdenes de Llauder para reprimir el movimiento político que se iniciaba, y escarmentar duramente á los que intentaran secundarlo.

Al difundirse esta voz enciéndense los ánimos, óyense en la Rambla gritos subversivos, acuden algunos patriotas á la plaza de Palacio donde estaba el general, recorren otros los cuarteles, huyen despavoridas las mujeres que iban á sus faenas, desaparecen los curiosos, ciérranse precipitadamente las puertas de las casas y tiendas, y, por fin, á las doce del día Atarazanas da la señal de alarma con un cañonazo, al que responde con su ronco estampido el cañón de la Ciudadela.

Lejos de atemorizar esta señal al pueblo, inflama por el contrario los ánimos. Óyese por todas partes el grito de *¡á las armas!* y el movimiento es general. Dirígese la Milicia urbana á la plaza de Palacio, tambor batiente y banderas desplegadas: avanza la tropa que Bassa había dejado á las puertas de la ciudad y ocupa el edificio de la Lonja, pero no hostiliza al pueblo: comisiones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial, de la Milicia, personas respetables de todas opiniones, suben á Palacio para rogar al general Bassa que haga dimisión de su cargo, que no anegue en sangre y en llanto la segunda capital de España. El general resiste, llega á vacilar en ciertos momentos, lucha por largo tiempo entre sus deseos como ciudadano y sus deberes como militar; pero triunfando, por último, la voz de estos últimos, exclama resueltamente:

—O yo, ó el pueblo.

¡O yo, ó el pueblo! Palabras fatales, temerarias, tal vez imprudentes en aquella situación, pero palabras dignas y propias de un valiente.

La respuesta de Bassa se esparce con rapidez. Acaba apenas de pronunciar su frase, cuando ya el pueblo amotinado en la plaza se entera, y un grito unánime

de millares de voces contesta al reto. Con la celeridad del pensamiento una turba desaforada invade la vecina iglesia de Santa María; escala una tribuna que comunicaba por un puente, cuyos restos existen aún, con el Palacio del general; entra como un torrente en las habitaciones; penetra en el gabinete donde se halla Bassa dictando órdenes para comenzar la lucha, y un pistoletazo tiende sin vida al caballeroso militar á los pies de sus asesinos.

El cadáver es arrojado por el balcón á la plaza, arrastrado por las calles, y, como si Barcelona se hubiese convertido en un pueblo de salvajes, quemado y consumido en una pira que se formó con los efectos y papeles de la Delegación de policía.

Todo esto antes que el ejército pudiera volver en sí de su estupor; todo esto antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando; todo esto antes de que la Milicia urbana pudiera con su mediación reprimir aquel indigno y bárbaro atentado.

Los hombres honrados de todos los partidos lamentaron aquel fatal suceso, que llenó de consternación al vecindario de la capital.

Mientras tanto el populacho, desbandado por calles y plazas, asaltaba á un tiempo las oficinas de los comisarios de policía; echaba mano de cuanto se ofrecía á su vista; llovían por los balcones de las oficinas legajos, y papeles, y muebles, todo en revuelta confusión, y con todo se hacía hogueras, mientras que otro grupo en la plaza de Palacio derribaba la estatua de bronce de Fernando VII, que allí mandara colocar en su tiempo Carlos de España, en actitud verdaderamente soberbia y amenazadora para el pueblo.

Desbordada la plebe, perdió todo freno, y aquella noche una turba de malvados reducía á cenizas la fábrica de vapor llamada de Bonaplata.

No es éste el sitio adecuado para referir todo cuanto entonces ocurrió, pues que sólo me propuse, con motivo de la ruína de Poblet, trazar á grandes rasgos la historia de los sucesos que tuvieron lugar en Barcelona durante la infausta noche del 25 de Julio de 1835; sucesos que, como he dicho, me tocó presenciar en parte, dejándome tristes recuerdos que jamás se apartaron ni se apartarán de mi memoria.

Referidos quedan ya aquellos sucesos, así como los que más inmediatamente les siguieron, pudiéndose decir que en ellos tuvieron origen. Sólo dire, en conclusión, que la Milicia y los buenos ciudadanos supieron unirse para arrojar á las turbas que tenían consternada á Barcelona; que se trató de organizar el movimiento; que se le imprimió un carácter político, levantado y serio; que se nombró una Junta auxiliar y consultiva que reasumió todos los poderes; y que esta Junta, con solicitud y prudencia, cuidó de poner en seguridad á los frailes, dió cuantas disposiciones requerían las circunstancias, y se entendió con Aragón y Valencia para formar una *confederación liberal* que tuviese por égida, símbolo y bandera, el trono constitucional de Doña Isabel II.

La situación de Barcelona fué entonces imponente y marca época en su historia aquel período, que hubiera sido mucho más brillante y gallardo á no tener que lamentar los duelos y tristezas de su comienzo.

La crisis toda concluyó con el nombramiento del ministerio Mendizábal y con la llegada del famoso Mina como capitán general del Principado.

Así terminaron las órdenes monásticas en España. Fué su ruína por medio de una gran catástrofe, pero es

ley natural que sólo por grandes sacudimientos y grandes crisis se derrumben los poderes de la tierra.

Poderosamente influyó entonces Cataluña en los destinos de la nación, y comenzó una época de sistema representativo y régimen constitucional; época de bienhechora libertad, conquistada á través de muchos disturbios y conmociones, á costa de muchos sacrificios y mucha sangre pródigamente vertida por dos generaciones de patricios, á quienes hay que conceder, al menos, un desprendimiento á toda prueba y un patriotismo que alcanzó todos los grados de lo heróico y de lo sublime.

Sean las ruínas de Poblet y otras que como ellas están esparcidas por el suelo de la patria, ejemplo constante y vivo de que es pasajera, cuando no efímera, toda grandeza que no se apoye y asiente sobre bases de amor y desinterés, de equidad y de justicia; y permita Dios que nuestra noble tierra española, aleccionada por lo ocurrido, halle el remedio de sus males en las salvadoras y reguladas prácticas de la libertad, bajo la cual pueden vivir tranquilamente sin menoscabo los poderes, sin egoísmo los ciudadanos, sin monopolio los intereses, sin odio las clases, sin lesión la justicia, sin trabas la inteligencia, sin agravio los derechos, sin merma los deberes, sin debilidades el carácter, sin contrariedades el mérito, sin escarnio la rectitud, y todas las fuerzas unidas para el bien, la prosperidad y el engrandecimiento de la patria.

Madrid 4 de Marzo de 1885.

APÉNDICES.

I.

EL ARCHIVO Y LA BIBLIOTECA DE POBLET.

(V. la pág. 291.)

El archivo y la biblioteca de Poblet tenían gran importancia, guardaban un verdadero tesoro. Villanueva, en su *Viaje literario* á las iglesias de España, da cuenta de su visita á Poblet (tomo XX), y cita algunos de los códices, libros raros, manuscritos y documentos que halló en dicha biblioteca.

Gracias á este erudito literato, que ha prestado singular servicio con su obra, se sabe que, entre otros muchos de estima, había los siguientes, de que me parece oportuno tomar nota:

Las coplas de Juan de Mena, excelente manuscrito del siglo XV.— *Poesías de D. Diego Mendoza y Pedro de Villalva*, manuscrito del siglo XVII, obra desconocida en nuestras bibliotecas.—*La crónica del rey D. Enrique IV de Castilla*, por D. Diego Henríquez del Castillo.—*Libellus regiæ successionis regnorum Siciliæ*, por Pedro Trosillo, notario de Valencia. —El libro de Fr. Francisco Eximéniz, en catalán, dirigido á la reina Doña María de Aragón.—Una *Biblia* del siglo XI, y acaso anterior; códice que Villanueva celebra por su lujo, iluminación, limpieza y hermosura, adelantando la idea de que tenía visibles señales de haber pertenecido á un monarca aragonés. También dice el mismo autor que debía estar en el archivo, según voz común, aun cuando él no lo vió, el original de la *Crónica de D. Jaime el Conquistador*, escrito de puño y letra de este monarca.

Lo que fueron la biblioteca y archivo de Poblet pueden decírnoslo los libros, pergaminos, papeles y manuscritos que, con solicitud y diligencia, y á costa de no pocos sacri-

ficios, ha conseguido ir recogiendo nuestra Real Academia de la Historia. Procedentes de Poblet, y salvados del incendio que devoró muchos papeles, y del saqueo que ha esparcido muchos libros por bibliotecas nacionales y extranjeras, la Academia de la Historia posee:

1.° 20.762 documentos, entre pergaminos y papeles más ó menos interesantes, conservados en 25 grandes cajas.—2.° Varios libros, manuscritos, cartularios, etc.—3.° 46 volúmenes de procesos, formados con ocasión de las alteraciones y movimientos de Aragón en 1591.

De lo primero, ó sea de los 20.762 documentos, no hay índice ni catálogo alguno. La Academia de la Historia, falta de personal, con gran escasez de fondos y teniendo que atender á mucho, traspasó todos estos documentos al *Archivo histórico nacional*, á fin de que, teniendo éste más medios, pudieran en él irse catalogando; pero atenciones apremiantes del servicio y otras causas fueron retardando esta tarea. El distinguido literato D. Guillermo Forteza, que pertenecía al archivo, hizo en su tiempo unas doscientas papeletas. Hace algunos meses, con ocasión de hallarse en Madrid el joven, ilustrado y entusiasta catalanista D. Eduardo Toda, de quien hablo más extensamente en el texto de esta obra, visitó el *Archivo histórico* por recomendación mía, y pasó algunos días registrando, con laudable celo, la infinidad de documentos que existen, revueltos y confundidos, en las citadas cajas; las cuales se tomó la molestia de numerar en relación con un índice que hizo, muy á la ligera, muy por encima, es cierto, pero índice gracias al cual pude yo luego orientarme para entender algo en aquel revuelto mar de papeles. La imparcialidad y la justicia me obligan á consignar este tributo de gratitud al Sr. Toda, ya que sin él no pudiera dar ni siquiera la más escasa noticia de aquellos documentos que me propongo ofrecer aquí á los investigadores y amantes de la historia patria, y que de algo podrá servirles ínterin el *Archivo histórico* no cuente con más recursos y medios para catalogarlo todo y publicar luego lo que digno de publicación sea.

Las cajas, pues, que contienen los documentos de Po-

blet, en relación con el índice de Toda, que poseo y he aumentado con muchas notas de papeles que él no llegó á ver, encierran:

Cajas números 1, 2 y 3.—Pergaminos varios, algunos de ellos de personajes reales, con sus correspondientes sellos colgantes, contratos, cesiones, ventas ó compras de terrenos. Algunos de estos documentos son del siglo XII. Papeles sueltos y truncados de procesos seguidos por el monasterio en los siglos XIII y XIV.

Caja núm. 4.—Libros de Poblet pertenecientes á los siglos XIV, XV y XVI, con notas, cuentas, contratos, relaciones de cosas relativas al monasterio, etc. Un libro de historia, usos y costumbres del Priorato de Nuestra Señora del Tallat, con unos gozos que parecen ser originales de Fr. Maciá Grau, prior en 1659. Un libro de cartas de los abogados de Roma, concernientes al proceso que el monasterio seguía contra el de Santas Creus de 1741 á 1751. Un libro de confirmación de los privilegios reales del monasterio de Cartujos de Scala-Dei. Dos manuales con la lista de los monjes entrados en el monasterio, y nota de las cosas memorables ocurridas en el mismo desde 1493 á 1653.

Caja núm. 5.—Pergaminos referentes á donaciones, ventas y sentencias. Varias cartas de reyes é infantes de Aragón.

Caja núm. 6.—Pergaminos, casi todos de los siglos XV y XVI, siendo copia de otros más antiguos interesantes para Poblet, pero cuyos originales no estaban en el monasterio.

Caja núm. 7.—Un grueso volumen sobre el pleito seguido entre el monasterio y la Espluga de Francolí con motivo del dominio de las aguas y del bosque, cuyo pleito duró desde 1278 á 1280. Un tomo de hechos curiosos y datos muy interesantes sobre la población del término de Vimbodí. Un paquete de correspondencia recibida durante el siglo XVII por el monasterio, conteniendo varias cartas de D. Pedro Antonio de Aragón, el enamorado de Poblet. Otro voluminoso paquete de correspondencia política y particular. Cartas de reyes, príncipes y gobernadores de

Cataluña, entre las cuales se hallan algunas correspondientes á la guerra de sucesión.

Caja núm. 8.—Algunos pergaminos y una colección de Bulas de Papas, del siglo XII al XVIII. Son notables por su mérito artístico é histórico los sellos en cera y plomo de los documentos pontificios.

Caja núm. 9.—Colección de antiguos pergaminos relativos á títulos de propiedad, contratos, arriendos, servidumbres, etc., que tenía el monasterio, no sólo en los pueblos de las cercanías, sino en diversos puntos de Aragón, Valencia y Mallorca. Hay además muchas cédulas ó declaraciones de obediencia hechas por monjes que profesaron en el monasterio, del siglo XV al XVIII, curiosas algunas de ellas como trabajos caligráficos.

Caja núm. 10.—Pergaminos.

Caja núm. 11.—Contiene una cantidad considerable de papeles antiguos y modernos, relativos algunos al monasterio de Santas Creus.

Caja núm. 12.—Bulas pontificias y cartas reales.

Cajas números 13, 14, 15, 16 y 17.—Pergaminos.

Caja núm. 18.—Bulas pontificias y cartas reales.

Caja núm. 19.—Pergaminos y declaraciones de monjes.

Caja núm. 20.—Cartas reales.

Caja núm. 21.—Grandes paquetes de cartas reales y papeles políticos, que abrazan del siglo XV al XVIII.

A más de estas cajas, existen en el Archivo muchas obras, papeles y cartularios procedentes de Poblet. Entre ellos hay varios privilegios y escrituras de la casa y hospital de San Vicente, junto á Valencia; distintos documentos curiosos y de valor histórico, como por ejemplo el *Processus reconciliationis Domini Jacobi regis Aragonum quondan pro excessu commisso in episcopum gerundensem*, de que se habla en otro apéndice; los privilegios concedidos por los reyes al monasterio; varios volúmenes de pleitos seguidos por el monasterio contra particulares ó cabildos, etc., etc.

Merece citarse un libro manuscrito, cuyo título es: *Relación histórica del Serenísimo Señor Príncipe D. Carlos de Viana: autor el reverendo padre Joseph Queralt y Noet, monje Benedictino cisterciense del Real monasterio de Nuestra Señora de Poblet.*

Esta obra está dedicada al muy ilustre Sr. D. Francisco Dorda, abad de Poblet, y escrita el año 1706, y es un MS. en 4.º de 88 páginas de letra metida.

En el prólogo al lector se dice que lo contenido en la obra está sacado de varios autores: Carbonell, Lucio Marineo, Zurita, Mariana, Garibay y otros, pero muy especialmente de «*un manuscrito antiguo de un autor monje de Poblet, el cual es de eccoptación? grande, pues dice que cuasi todo quanto escribe lo sacó de unos manuscritos del Sr. Abad de Poblet D. Miguel Delgado, varón docto y maestro en Santa Theología, y que se halló con él en tiempo que vivía el señor Príncipe D. Carlos, y trató con él, con su tío D. Alonso y su padre Don Juan.*» Este abad Delgado es aquél de quien recordará el lector que se habla en el texto de esta obra.

Al prólogo siguen unos versos dedicados al príncipe Don Carlos, que se dice ser copia de un MS. antiguo de Poblet, cuyos versos son, por cierto, bastante malos, como puede juzgarse por la siguiente estrofa final:

«No le levanta el honor
ni el deshonor le entristece,
ni jamás le desvanece
la voz del adulador,
ni la del malsín le empece
al tener, ó, al no tener
con una tassa la tassa
no estima el ser, ó, no ser,
y en hazer, ó, dezaser
con sólo Dios se compassa.»

El libro se compone de las materias y capítulos siguientes:

Recopilación de muchos elogios que tributan algunos autores al sereníssimo príncipe D. Carlos.

Genealogía de los condes de Barcelona y reyes de Aragón.

Descríbese la genealogía del serenísimo infante hijo de D. Juan II, el príncipe de Viana, por la línea de su padre.

Descríbese la genealogía del serenísimo príncipe Don Carlos, por la parte de su madre, esto es, del árbol de los reyes de Navarra y Sobrarbe.

Libro primero. Cap. I.—Del nacimiento é infancia del serenísimo infante D. Carlos de Viana.

Cap. II.—Del principio de las guerras entre padre é hijo.

Cap. III.—De la embajada que envió el padre al hijo y de su respuesta.

Cap. IV.—Cómo D. Juan II dió batalla al ejército del rey de Castilla y de D. Carlos, y cómo los venció.

Cap. V.—De cómo el príncipe D. Carlos fué aprisionado, de la concordia que se hizo para libertarle, y de la guerra que después se movió.

Cap. VI.—De cómo D. Carlos se fué á Nápoles, y de lo que le sucedió allí por el camino. En este capítulo, lo propio que en el anterior, hay algo curioso, y algunos detalles que me parece son desconocidos en la historia.

Cap. VII.—De cómo el príncipe se fué á Sicilia y después á Cataluña, y lo que allí sucedió.

Cap. VIII.—De la venida del príncipe D. Carlos á Cataluña.

Cap. IX.—De la venida de D. Carlos á Barcelona, y lo que le sucedió en ella.

Cap. X.—Cómo el rey llamó á su hijo para Lérida, y cómo allí le mandó aprisionar.

Cap. XI.—De las diligencias que hizo el Principado de Cataluña para librar al príncipe de la cárcel. En este capítulo se dan como exactas aquellas palabras de «*la ira del rey es mensajera de la muerte*,» dirigidas por D. Juan II á los embajadores catalanes.

Cap. XII.—De las diligencias que hizo el reino de Aragón para alcanzar libertad á D. Carlos.

Cap. XIII.—Cómo fué puesto en libertad el príncipe, y

cómo fué entregado á Barcelona. Se detallan en este capítulo los festejos y alegrías de la ciudad al recibir al príncipe.

Cap. XIV.—De las capitulaciones y juramento del príncipe de Viana.

Cap. XV.—De cómo enfermó el príncipe, recibió los sacramentos y ordenó su testamento. En este capítulo se asegura que el príncipe había querido hacerse monje de Poblet, lo cual impidió por su consejo contrario el abad de dicho monasterio, D. Miguel Delgado, á quien previamente se consultó al efecto.

Libro segundo. Cap. I.—De la muerte, funeraria y milagros que obró el Sr. Príncipe. En este capítulo se traslada una escritura auténtica, en catalán, que existía en el archivo de Poblet, autorizada por el notario de Barcelona *Lluys Rufet,* en la cual se dan minuciosos detalles de lo ocurrido en los doce días que pasaron después de la muerte del príncipe hasta que fué enterrado.

Cap. II.—De la translación del cuerpo del príncipe Don Carlos de la Seo de Barcelona al panteón real de Poblet. Este capítulo está escrito refiriéndose á una relación que existía en un manuscrito de Poblet antiguo, y que por fama común se decía ser del abad Delgado.

Cap. III.—De un indulto apostólico que declara el culto que se ha de dar al príncipe.

Cap. IV.—De algunos milagros que ha obrado Dios por las reliquias del príncipe de Viana.

Cap. V.—De algunos otros milagros que ha obrado Dios por intercesión del Sr. Príncipe.

Cap. VI.—Cómo el Sr. Príncipe D. Carlos ha curado á muchos de lamparones.

Cap. VII.—De otros diversos males que ha curado el Sr. Príncipe D. Carlos.

Cap. VIII.—De algunos milagros que ha obrado el Señor Príncipe en nuestros tiempos.

Cap. IX.—De otros milagros que en nuestros tiempos obró el Sr. Príncipe D. Carlos. Este capítulo parece comenzado en el año 1707 por algún continuador de la obra,

pero está interrumpido al llegar al mes de Febrero de dicho año.

Aparte de todos estos documentos que existen en el Archivo Histórico, la Real Academia de la Historia posee y custodia 46 gruesos volúmenes de procesos (todos procedentes también del Archivo de Poblet) que se formaron con motivo de las alteraciones y movimientos de Aragón en 1591. El señor Marqués de Pidal encontró en ellos gran caudal para escribir su notable libro sobre las alteraciones de Aragón. El Sr. D. Salustiano de Olózaga se ocupó de estos procesos en su discurso de entrada en la Academia, y también dije yo algo de ellos en mi contestación académica al discurso de entrada de mi noble y llorado compañero el Sr. D. Antonio Romero Ortiz.

Estos documentos debieran publicarse, y así lo hará de seguro la Academia el día que disponga de fondos para ello. Mientras no se conozcan y estudien estos procesos, no podrá escribirse con verdad la historia de aquellas célebres alteraciones de Aragón, motivadas por el amparo que se dió á Antonio Pérez y que acabaron con las libertades de aquel reino.

Con objeto de ayudar á los curiosos é investigadores, daré aquí un extracto sucinto de lo que son y contienen estos volúmenes de procesos.

I. Sumaria en averiguación de los que tomaron parte en los movimientos de Aragón en 1591, formada por los Sres. Licenciado Diego de Covarrubias y el Dr. Miguel de Lanz, comisarios nombrados por el Rey. Sigue la declaración tomada á D. Juan de Luna, preso en el castillo de Santorcaz, y las tomadas al Dr. D. Juan Francisco de Torralba, Diego Bustamante, criado que fué de Antonio Pérez; Urbán de la Serna Bracamonte, Lázaro Corrilla, Jerónimo Formente, Jerónimo Marqués, D. Jorge Fernández de Heredia, gentil-hombre de la boca del Rey, y Juan de Ovalle.

II. Confesión original de D. Juan Martínez de Luna,

preso en el castillo de Santorcaz. Precede una Real cédula de 12 de Abril de 1592 dando comisión al regente Christóbal Pellicer, con asistencia del licenciado Molina de Medrano, para que examine y tome la indagatoria al referido D. Juan de Luna.

III. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales de S. M. con motivo de las sediciones de Zaragoza en 1391 contra Cosme Pariente, aposentador que fué del ejército aragonés; Juan de Villaverde, menor, que salió con el Justicia, y por comisión de éste y de los diputados de Aragón, abrió una boquera de una acequia en el lugar de Grissen para impedir el paso del ejército del Rey; Hiorónimo Pecco, el mayor, que se halló diversas veces en algunas de las juntas que se tuvieron por los sediciosos; Hierõnimo Avenilla, que fué también uno de los que hicieron instancia con el Justicia y diputados para que saliesen á resistir al ejército; D. Miguel de Sessé y Juan de Bombau, que se hallaron en la requesta que se hizo á los diputados del reino, para que á mano armada se resistiese al ejército Real y que se convocase la gente para dicho efecto; Jaime Buil, procurador, que ordenó diversas requestas muy perjudiciales y en deservicio de S. M.; en particular ordenó las requestas que se hicieron al Justicia de Aragón y diputados para que se resistiese al ejército del Rey, y también ordenó otra requesta para que no se entregase al Santo Oficio de la Inquisición la persona de Antonio Pérez, y otra para que se quitasen los presidios de Ainxa, Benabarre y del Mercado; Dionisio Pérez, muy amigo y fautor de Antonio Pérez, y camarada de los sediciosos; y por último, Miguel de Torres, vecino y justicia de la villa de Alagón, que en la noche del 24 de Setiembre de 1591, después que Antonio Pérez fué sacado de la cárcel de los manifestados, se fué á la dicha villa de Alagón en compañía de Gil de Messa, Francisco de Ayerbe y otros, y se fueron á apear á casa del señor de Canduero, á donde fué este Miguel de Torres, y allí le contó Antonio Pérez todo lo que había sucedido acerca de su liberación.

IV. Proceso contra D. Martín Despés y Alagón, barón

de la Laguna, Juan de Marcuello, Miguel Turlán, diputados que fueron del reino de Aragón, y Juan Bucle Metelí ó Metelín, jurado de Zaragoza. Están todas las actuaciones menos la sentencia. Entre los documentos que contiene, se hallan cartas de los diputados mandando resistir al ejército Real, convocatorias á ciudades y villas del reino para alzarse en armas, comunicaciones á los concelleres de Barcelona y contestación de éstos, diligencias, declaraciones, registros, etc., etc., con papeles y noticias de suma importancia para la historia de aquellos memorables sucesos.

V. Proceso á instancia de Doña Blanca Manrique, condesa de Aranda, viuda de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, para que los jueces comisarios absolviesen la memoria, honor y bienes de su difunto marido. En este proceso figura y declara como testigo el célebre poeta Leonardo de Argensola.

VI. Parte de un proceso que empieza con el interrogatorio, al tenor del cual había de ser examinado D. Antonio Ferriz de Lizana, con las declaraciones tomadas á muchos presos y á otros testigos que intervinieron más ó menos directamente en las revueltas. Hay declaraciones de verdadera importancia, y muchos documentos relativos á los sucesos.

VII. Expediente ampliando la ciudad por cárcel á algunos presos. Los comprendidos son los siguientes: Miguel de Torres, de Alagón; Lucas Pérez de Oliván, Micer Pedro Luis Martínez, Pedro Prado, procurador del reino; Miguel Torres, D. Juan de Urrea, Juan de Sadava, Doctor Micer Jerónimo López, Luis Ganareo, librero; Esteban de Ardanza, en libertad por haber entregado la persona de Jerónimo Abinilla; Martín de la Era y Araincar, Juan de Bombao, Sebastián Moles, Juan Agustín Batista, Agustín Jimeno, Juan de Mendive, D. Juan de Aragón, Juan de Aro, notario; Mateo Ros, D. Juan Alonso de Moncayo, Bartolomé Mainar, Miguel Turlán de Alabiano, Juan de Sius, barquero; Micer Felipe Gaco, Micer Bartolomé López Zapata, Juan de Layeto, notario; Pedro Navarro, Cos-

me Pariente, D. Dionisio Guaras, Juan Jerónimo Espés de Solá, Dr. Juan López de Bailo, Juan de Marcuello, diputado; Juan Azlor, Domingo Montañés, labrador; barón de la Laguna, Juan Ramírez, Jaime Boyl, procurador, y Juan de Villaverde, menor.

VIII. Cartas de D. Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y de los diputados del reino á los justicias, lugartenientes de justicias, jurados, consejos y universidades de aquel reino, mandándoles envíen á Zaragoza sus hombres de armas, hábiles y prácticos en el arte militar, que los acompañen á resistir y expeler de sus tierras á las gentes y ejército que en ellas habían entrado con D. Alonso de Vargas.

De este volumen forman parte también varios procesos incoados para averiguar la culpa que en las alteraciones del reino pudieron tener determinados sujetos.

Entre los documentos hay la sentencia que se dió contra D. Diego Fernández de Heredia, á quien se declaró reo del delito de lesa majestad, condenándole á la pena de muerte, siendo decapitado y su cabeza puesta en lugar elevado sobre la puerta llamada de la Puente, con un rótulo escrito en piedra, donde se leyese su nombre y los delitos porque se le condenaba, mandando también que sus bienes fuesen secuestrados y aplicados al fisco.

IX. Proceso de la acusación criminal de los fiscales del Rey contra Esteban de Ardanza, Miguel Torres y Miguel Español de Niño.

En la hoja que sirve de cubierta y portada al proceso hay una nota tachada que dice: *contra Miguel Español no se puede proceder sin orden del Sr. Arzobispo, que así lo tiene mandado.*

Forman parte de este volumen varias interesantes cartas de diversos personajes, y los edictos y pregones del capitán general de los ejércitos reales, D. Alonso de Vargas, ofreciendo premios de dinero á los que dieren y entregaren presos en manos de los comisarios y ministros que para el efecto se nombrasen, las personas de los rebeldes, en esta forma: Por la persona de Antonio Pérez, 6.000 duca-

dos; por la de D. Juan de Luna, 4.000; por la de D. Diego de Heredia, 4.000; por la de D. Martín de Lanuza, 4.000, etc., etc.

X. Proceso de los procuradores fiscales del Rey en la acusación criminal contra Jaime de Urgel, Francisco Pérez de Calatayud, Micer Juan de Bardají, doctor; Godofre de Bardají, Pedro de Mur, Pedro Cañigar, Pedro Martínez de Arbula y Pedro Pelegrín, alquilador de mulas en Zaragoza. Los cuatro primeros fueron condenados á muerte por sentencia pronunciada por los señores del Consejo de Aragón.

XI. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales de S. M. contra Marcos de Araiz, criado de D. Diego de Heredia, Lucas de Andía, Juan del Barco, Miguel D. Lope, el maestro Basante, Rafael Robellat, Francisco Vallés, Diego de Barrionuevo y Juan Ganareo, menor.

XII. Proceso seguido por D. Juan de Torrellas contra el procurador fiscal para que se le devuelvan los bienes que se le secuestraron; de la cual pena, así como de la de muerte que le había sido impuesta por sentencia de 25 de Diciembre de 1592, fué absuelto por otra de 18 de Setiembre de 1598.

XIII. Proceso de los procuradores fiscales de S. M. contra Gil de Urroz y Julián de Conderano, ausentes. Por sentencia de los señores del Consejo de Aragón, dada en Almazán á 9 de Diciembre de 1592, fueron condenados á la pena de muerte en horca.

XIV. Proceso de pleito seguido por Doña Catalina de Urrea y Toledo y por D. Pedro de Lanuza, viuda é hijo de D. Juan de Lanuza y de Perellós, Justicia de Aragón y vizconde de Roda, contra el procurador fiscal de S. M.: la primera sobre que se la entreguen libremente los bienes del dicho su marido, así libres, en cuya posesión entró á la muerte del mismo por virtud de su testamento y último codicilo, como de los otros de mayorazgo de su difunto consorte, que también entró á poseer, así por razón de hipoteca de su dote y aumento de ésta, como por el derecho

de la viudedad, cuyo goce le concedió su marido en las capitulaciones matrimoniales: coadyuvando la pretensión de la Doña Catalina su hijo D. Pedro de Lanuza, quien pidió se alzase el secuestro y embargo de los bienes del mayorazgo en cuanto á la propiedad de ellos, declarándole por legítimo sucesor para que los pueda gozar después de los días de su madre, conforme á los mayorazgos y llamamientos hechos por los fundadores. Dióse sentencia por los señores del Supremo Consejo de Aragón en la villa de Madrid y en su iglesia parroquial de San Gil, donde acostumbraban celebrar sus acuerdos, en miércoles 26 de Agosto de 1598, en que se declaró corresponder á la Doña Catalina de Urrea el derecho de viudedad foral en los bienes de su marido, conforme á lo concertado en las capitulaciones matrimoniales, juntamente con los vestidos, joyas y demás ventajas forales; declarando también que, concluída la viudedad, correspondía á la Doña Catalina el derecho de cobrar de los mismos bienes la cantidad de cuarenta y un mil libras jaquesas por razón de su dote, y además por aumento de ésta tres mil libras jaquesas de tres censales, de cada mil libras de propiedad y capital, con cada mil sueldos de pensión, que después de contraído el matrimonio recibió y heredó la misma por muerte de su madre Doña Juana de Toledo, quedando salvos los derechos del fisco en cuanto á la propiedad de los dichos bienes. Por esta razón, la sentencia no contiene declaración alguna acerca de la pretensión de D. Pedro de Lanuza.

XV. Proceso del apellido criminal, querella ó demanda de Antonio Pérez, preso en la cárcel de la Manifestación de Zaragoza, ante el muy ilustre Sr. Galacián Cerdán, ciudadano y juez ordinario de Zaragoza, contra Nicolás Melgar, Isidoro de Mur, Francisco Horfanel, Jerónimo de Gali, morisco converso; Urbán de la Serna, Lázaro Zorrilla, Pedro Luis de Alburquerque y Juan Lorenzo Montalbo, como culpables de falsedad en las declaraciones que contra él prestaron.

XVI. Proceso de la requesta ó suplicación de D. Pedro de Bolea, Manuel D. Lope, D. Juan de Moncayo, Don

Diego Fernández de Heredia, D. Antonio Ferriz, D. Martín de Lanuza, Tomás de Rueda, Francisco de Ayerbe, Agustín de Santa Clara y de Soria, Martín Jaime Ponz, Gonzalo Iturden, Lucas de Andía, Jerónimo García, Jerónimo Pérez, Pedro Cañigral, Francisco de Angulo, Juan de Espada y Juan Porquet, dieron en 17 de Agosto de 1591 á los diputados del reino de Aragón, en que les pidieron no diesen ni entregasen á los inquisidores la persona de Antonio Pérez. Contiene muy curiosas informaciones de diferentes testigos sobre los movimientos de Zaragoza y reino de Aragón en 1591, siendo entre ellas notable la declaración de Juan Díez d'Aux, vecino de Daroca, la cual está en los fols. 33-36.

XVII. Apuntamientos y extractos de las declaraciones de seiscientos diez y nueve testigos, examinados en los procesos que se formaron por las alteraciones de Aragón en 1591.

XVIII. Proceso de fianzas prestadas por algunos procesados para salir de la prisión y tener la casa y ciudad por cárcel. Son los siguientes: Juan Jerónimo Espes de Solá, Micer Gerardo Clavería, Jerónimo Taffalles, notario; Don Francisco de la Caballería, Micer Andrés Serveto de Aninyón, Juan de la Huerta, Miguel Martínez, Felipe de Pomar, Dr. Diego de Funes, Tomás Gormaz, Antón de Exea, Pedro Meliz, Martín de Marchueta, Jerónimo Jiménez, D. Francisco Altarriba y Alagón, señor de Huerto, Don Luis de Urrea, D. Luis de Torrellas, Dr. Juan Murillo, Micer Carlos Montesa, Valero de Aro, Miguel de Fuertes, comendador; Fernando Ruiz de Prado, Pedro de Arnedo, D. Juan de Torrellas, Pablo de Villanueva, Juan de los Cos, infanzón; Jaime y Martín de Mezquita, hermanos; Lorenzo Jiménez, Juan Bautista de Vello, Domingo Montañés, Jerónimo de Falces, Felipe Canerol, Micer Baltasar Andrés Barutell, Juan Díez de Aux y de Marcilla, D. Juan de Bardají y Domingo Lobera.

XIX. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales contra Micer Andrés Serveto de Aniñón, Micer Bartolomé Díez, Micer Diego de Funes, Micer Je-

rónimo López, Micer Carlos Montesa, Micer Felipe Gaçó, Micer Andrés Barutell, Micer Bartolomé López Zapata y Micer Juan López de Baylo, letrados acusados de haber dado consejo á los diputados de Aragón que convocasen las gentes del reino y que á mano armada se impidiese la entrada del ejército del Rey en 1591.

XX. Acusación criminal de los procuradores fiscales contra Antonio Pérez, Gil de Mesa, Juan Francisco Mayorini, D. Martín Lanuza, D. Pedro de Bolea, D. Juan de Torrellas, D. Ibán Coscón, Manuel D. Lope, Christóbal Frontín, Juan Luis Fontova, Juan de Ubieto, pelaire; Antón de Añón y Gaspar Burzes, por la parte que cada uno de éstos tuvo en los movimientos.

XXI. Proceso del procurador fiscal del Rey contra Gil Ibáñez de Urroz, por haber sido uno de los que más se mostraron en los motines y sediciones que ocurrieron en Zaragoza en 1591.

XXII. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales contra Felipe Ros, D. Juan Agustín, Don Felipe de Castro, Jerónimo Vallés, Jaime Villanueva, Juan Agustín Bautista, Juan de Vertiz, Manuel D. Lope, Ascanio de Omedes y Pablo de Villanueva. Además de los escritos de los fiscales y de las declaraciones de testigos que se presentaron contra los reos, contiene el proceso los siguientes documentos: Proceso de requesta de los muy ilustres señores D. Martín de Bolea y Castro, D. Antonio Ferriz, D. Pedro de Bolea y otros caballeros de Zaragoza, contra la aprehensión de armas á los que las llevaban por dícha ciudad y sus términos: 13 de Mayo de 1501: fol. 169. Otro proceso de la requesta de ilustres señores D. Diego de Heredia, D. Pedro de Bolea, D. Martín de Lanuza y otros caballeros de Zaragoza, por haberse puesto presidios de tropa en algunos puntos de la ciudad, lo cual era contra los fueros y libertades del reino: 24 de Mayo de 1591: folio 173. Proceso de requesta de los muy ilustres señores D. Martín de Bolea y Castro, D. Antonio Ferriz, D. Pedro de Bolea y de otros caballeros de Zaragoza, contra el pregón sobre llevar linternas por las noches, que manda-

ron publicar los jurados de la ciudad: 15 de Mayo de 1591: fol. 175. Proceso de los muy ilustres señores D. Diego Fernández de Heredia, D. Pedro de Bolea, D. Martín de Lanuza, D. Antonio Ferriz de Lizana, D. Ibán Coscón, Don Martín de Bolea, D. Juan Agustín, Manuel D. Lope, caballeros; Miguel Español de Niño y Tomás Pérez de Rueda, infanzones, sobre requesta contra los jurados de Zaragoza, porque acaudillaban y amparaban muchas y diversas gentes para ciertos fines y efectos, de que se temía resultar grandísimos inconvenientes á la libertad y paz del reino: 27 de Junio de 1591: fol. 179. Certificación de las cantidades que se dieron para la guerra: fol. 181. Actos del Consejo de guerra. Nominación de capitanes: fol. 182. Proceso de la requesta de los muy ilustres señores D. Diego Fernández de Heredia, D. Pedro de Bolea, D. Miguel de Sessé y otros muchos caballeros, infanzones y naturales de Aragón, ante los señores diputados del reino, sobre la entrada del ejército Real en Aragón: 27 de Octubre de 1591.

XXIII. Prueba presentada por D. Juan de Torrellas en el mes de Julio de 1596.

XXIV. Copia de las declaraciones tomadas en Madrid en el día 7 y siguientes de Marzo de 1592 por el licenciado Rodrigo Vázquez Arce, presidente del Real Consejo de Hacienda y comisario por S. M. para entender en las averiguaciones y probanzas sobre los motines y sediciones de Aragón. Declararon en este proceso D. Juan Fernández de Híxar, conde de Belchite; el Dr. D. Juan Francisco Torralba, Diego de Bustamante, Jerónimo Marqués, Manuel Zapata y D. Artal de Alagón, conde de Sástago.

XXV. Otro proceso de las declaraciones tomadas en Marzo de 1592 por el referido licenciado Vázquez Arce á los testigos siguientes: Alonso de Contamina, D. Juan Fernández de Híxar, conde de Belchite; D. Manuel Zapata y D. Jorge Fernández Heredia. Contiene también este proceso declaraciones que en Abril del mismo año de 1502 dieron el Dr. Francisco de Santa Cruz y Morales, Pedro Sessé y D. Bernardino Pérez de Pomar y Mendoza.

XXVI. Proceso de la acusación criminal de los procu-

radores fiscales contra Jaime Christóbal, labrador muy rico y de los principales de Zaragoza, cabeza de los amotinados, y particularmente de los labradores.

XXVII. Acusación criminal y proceso contra Micer Marco Alonso de la Serna, Luis de Torrellas, D. Diego de Funes, D. Juan de Ferrera y Micer Jusepe Domínguez, por la parte que tomaron en los sucesos de Aragón.

No hay sentencia. Este proceso contiene, entre otros documentos, los siguientes: Acuerdo tomado por el Justicia de Aragón y sus lugartenientes para resistir al ejército del Rey: fol. 38. Requesta que sobre lo mismo fué hecha á los diputados del reino en 27 de Octubre de 1591 por algunos caballeros de Zaragoza, y parecer que acerca de esto dieron los letrados: fol. 40 vuelto. Registro de los acuerdos del Consejo de guerra, formado para alzar y organizar el ejército que había de resistir al del Rey: fol. 64. Relación de los gastos que se hicieron con motivo de la salida del Justicia y diputados: fol. 78. Proceso seguido en la corte del Justicia por consulta de 29 de Octubre de 1591, propuesta por los muy ilustres diputados del reino, sobre la duda que se les ofrecía si para los gastos que hacían en gratificar espías y correos con objeto de tener avisos, así como en la guarda de soldados puesta para seguridad de la Diputación, y en proveer otras muchas cosas necesarias al buen gobierno y quietud de la ciudad y del reino, podían tomar y sacar de la tabla común de los depósitos de la ciudad y de lo que en aquélla estaba depositado á nombre del reino y de las generalidades del mismo: fol. 106. Acuerdo de la corte del Justicia en 8 de Noviembre de 1591, dando facultad á la Diputación para que se valiesen y pudiesen tomar de las generalidades y masa del reino, puesta y depositada en la tabla de los depósitos de Zaragoza, las cantidades que parecían necesarias para los salarios de las gentes que se empleasen en la jornada que se había resuelto para resistir la entrada del ejército Real en aquel reino: fol. 114. Carta del Justicia y diputados á la ciudad de Borja, mandándoles que aperciban toda la gente, las armas y municiones, así de mantenimientos como de cual-

quiera otras cosas y pertrechos necesarios para la guerra, y los recojan en los lugares y sitios más fuertes: 3 de Noviembre de 1591: fol. 118. Requesta hecha por Mateo Ferrer, verguero ordinario de la corte del Justicia de Aragón, en nombre y voz de éste, á D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, para que con sus vasallos se disponga á resistir á mano armada y expeler los soldados y gente de guerra que habían entrado en el reino: en la villa de Épila á 10 de Noviembre de 1591: fol. 120. Carta que el Justicia y D. Juan de Luna, diputado del reino, escribieron á la ciudad de Calatayud dando sus disculpas por haber desamparado su gente en Utebo: su fecha en Épila á 13 de Noviembre de 1591: fol. 122. Carta que los jurados de Zaragoza escribieron á los concelleres de Barcelona, á petición de los diputados del reino de Aragón: 7 de Noviembre de 1591: fol. 144. Carta de Pablo Salmurri en respuesta á la anterior: Barcelona 12 de Noviembre de 1591: fol. 145. Ordenes, provisiones, mandamientos, íntimas y relaciones, sacados del original proceso de denunciación dada ante los inquisidores del reino de Aragón en el mes de Abril de 1591, á instancia de Antonio Pérez, contra Micer Juan Francisco Torralba, lugarteniente del Justicia de Aragón: fol. 242. Enquesta sobre que era contra fuero el llevar á Antonio Pérez á la Inquisición: 14 de Agosto de 1591. Un vol. en fol., 528 fojas.

XXVIII. Pleito que D. Pedro de Lanuza sostuvo con el fisco sobre devolución de los estados y bienes que poseyó su hermano D. Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y que por haber muerto éste sin hijos legítimos le pertenecían.

XXIX. Proceso y probanzas de testigos examinados y recibidos, tanto de acusación como de defensa, que se hicieron así por los procuradores fiscales de S. M., como por parte de los reos acusados en la causa sobre los movimientos y alteraciones de Zaragoza y del reino de Aragón. Los comprendidos en este proceso son: Juan de Villaverde, menor, fol. 4: Jerónimo de Avenilla, fol. 36: Jaime Buyl, fol. 50: Francisco Arantegui, fol. 55: Martín de la

Hera, calcetero, fol. 60: Juan Moles, fol. 68: Dr. Murillo, médico de Antonio Pérez, fol. 108: Juan de Mendibe, fol. 121: D. Antonio Ferriz, fol. 140: D. Juan de Moncayo, fol. 150: Juan de Alteraque, impresor, fol. 158: Martín Jaime, fol. 159: Jaime La Cambra, fol 167: Cosme Pariente, fol. 191, y Esteban de Ardanza, fol. 192. Perdón publicado por mandamiento del Rey D. Felipe II en la ciudad de Zaragoza á 17 de Enero de 1592, en que dió perdón á todos los que se hallaron, intervinieron ó dieron consejo en las revueltas y ruidos que desde el 24 de Mayo de 1591 habían sucedido en aquella ciudad; exceptuando del perdón á algunos que en la misma Real cédula van nombrados. Es impreso y está al fol. 64. Requesta hecha á los diputados del reino en 17 de Agosto de 1591 por D. Pedro de Bolea, Martín D. Lope y otros caballeros de Zaragoza, sobre que no se entregase á los inquisidores la persona de Antonio Pérez: fol. 142. Un vol. en fol., 194 fojas.

XXX. Proceso de la suplicación, interpuesta para ante el Supremo Consejo de Aragón por el procurador fiscal de S. M., de la sentencia que en 23 de Diciembre de 1595 se dió en favor de D. Fernando de Gurrea y de Aragón, duque de Villahermosa, conde de Ribagorza; cuya defensa tomaron, oponiéndose á la petición del procurador fiscal sobre que se admitiese la suplicación Doña Juana de Pernestán, duquesa viuda de Villahermosa, y D. Francisco de Gurrea y Aragón, hermano del referido duque; los cuales, cada uno de ellos por su parte y para sí, pidieron se les mandase librar la dicha carta absolutoria y las ejecutoriales de ella.

XXXI. Proceso de la acusación criminal del procurador fiscal contra D. Fernando de Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa, seguido después á instancia del mismo procurador contra la persona y bienes del referido duque; á cuya defensa salieron después de su muerte Doña Juana de Pernestán, duquesa viuda, y D. Francisco de Gurrea y Aragón, hermano del duque difunto. Dióse sentencia por los señores del Supremo Consejo de Aragón en sábado 23

de Diciembre de 1595, declarando por no probada y suficientemente justificada la acusación fiscal, y dando, en su virtud, por absuelta la memoria del duque de Villahermosa.

XXXII. Proceso del pleito que se trató entre Doña Blanca Manrique y Aragón, marquesa de Astorga y viuda de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, en nombre y como tutora y curadora de D. Antonio Jiménez de Urrea, su hijo, y del dicho su marido, de la una parte, y de la otra el procurador fiscal, sobre la sucesión de la casa y estados pertenecientes al dicho conde de Aranda y á los otros sus predecesores, y que durante su vida había él tenido y poseído, así en el reino de Aragón como en el de Valencia.

XXXIII. Proceso del pleito que Doña Blanca Manrique, condesa viuda de Aranda, trató con el procurador fiscal sobre que se mandase alzar el secuestro del estado de Aranda y se le diese la posesión de los lugares y bienes que en su vida tuvo el conde, su marido.

XXXIV. Proceso del secuestro de la tierra y lugares de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, hecho por Salvador Mongay, portero y comisario Real, en virtud de comisión é instrucción que para ello le fué dada por Don Ramón Cerdán, gobernador de Aragón y comisario Real por S. M.

XXXV. Proceso de la confesión que se tomó y cargos que en virtud de ella y de otras informaciones se hicieron á D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, preso en la fortaleza de la Mota, de la villa de Medina del Campo, por consecuencia de los movimientos de Aragón.

XXXVI. Traslado de todo el proceso de los tutores de D. Antonio Jiménez de Urrea, menor, hijo de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, difunto [1], hecho ante el señor Dr. Gaudiosso de Azaylla, del Consejo del Rey en lo civil de Aragón y su comisario Real. En él se contienen los dichos de gran número de testigos que fueron exa-

(1) Murió á 3 de Agosto de 1592 en el castillo de Coca, donde estaba preso por la parte que tomó en los movimientos de Aragón.

minados sobre los movimientos de Zaragoza y reino de Aragón, al tenor de los articulados de preguntas propuestas por dos tutores, y de las repreguntas á pedimento del procurador fiscal. Examináronse también algunos testigos en Madrid, cuyas declaraciones se hallan originales en este proceso. Entre ellas está, al fol. 310, la de Lupercio Leonardo, secretario de la serenísima Emperatriz, de edad de treinta y seis años, poco más ó menos, quien declaró en Madrid á 17 de Noviembre de 1598. También fueron examinados D. Francisco de Aragón, conde de Luna, al folio 312; Doña Juana de Pernestán, duquesa viuda de Villahermosa, la cual, como fuesen en sábado 28 del mismo mes á tomar su declaración á las casas ó palacios en que vivía la serenísima Emperatriz en la plaza de las Descalzas, dijo que no quería jurar ni decir su dicho si no iba á tomarlo uno de los regentes del Supremo Consejo de Aragón, como otras veces se había hecho con ella. Otro día, adelante, en 14 de Diciembre siguiente, juró la duquesa en manos del Dr. Martín Batista de Lanuza, relator de esta causa y regente la cancillería, ante quien dió su declaración: fols. 324-326. Declaró asimismo en 24 de Marzo de 1599 Bartolomé Leonardo y Argensola, capellán de la serenísima Emperatriz, de edad, según dijo, de treinta y cuatro años, poco más ó menos: es su declaración la última de este volumen, á los fols. 329-330. Un vol. en fol., 330 fojas.

XXXVII. Proceso de la acusación criminal del procurador fiscal de S. M. contra la memoria y bienes de Don Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, difunto; Juez comisario por el Rey el Dr. Miguel de Lanz, del Consejo de S. M. y Senador de Milán. En las primeras hojas de este volumen se halla el memorial ó tabla de lo que en el mismo se contiene. Entre otros, comprende los siguientes documentos: Información que á 3 de Agosto de 1592 se hizo en la villa de Coca, dentro de su castillo y fortaleza, sobre la enfermedad y muerte del conde de Aranda, que murió en aquel mismo día, lunes 3 de Agosto, al amanecer, en el noveno de su enfermedad, que fué una calentura con-

tinua de las malignas de tabardillo. Asistióle en los primeros días de su enfermedad el Dr. Juan Núñez, médico de la dicha villa de Coca, y con él, desde el martes 28 de Julio, le visitó el Dr. Miguel Arindez de Oñate, médico, vecino de la villa de Valladolid, llamado por Diego Benegas de Córdoba, á cuyo cargo y custodia estaba la persona del conde. Los dichos Diego Benegas y Dr. Arindez escribieron al Dr. Mercado, vecino de Valladolid y médico de cámara del Rey, para que viniese á curar al conde; y por estar él ocupado vino en su lugar el Dr. Pedro de Soria, médico y catedrático de Valladolid, quien llegó á Coca y vió al de Aranda pocas horas antes que muriese: fols. 15-32. Acta de depósito y sepultura del conde de Aranda. Diósele sepultura á 5 de Agosto de 1592 en el monasterio de San Pablo, extramuros de la villa de Coca, dentro de un ataúd y en una sepultura al lado del Evangelio, junto y en frente del altar de Nuestra Señora; fol. 33. En este volumen hay algunas cartas originales del conde de Aranda, otras del Rey D. Felipe II y del conde de Chinchón al de Aranda, éstas en copias; una certificación de D. Alonso de Vargas, capitán general del ejército Real, sobre los buenos ofrecimientos que le hizo el conde de Aranda, estando él en Agreda y en Zaragoza: 14 de Enero de 1593: fol. 223. Capítulos matrimoniales de los muy ilustres señores Don Hernando Jiménez de Urrea y Doña Juana de Toledo: folio 251. Otros capítulos matrimoniales de los ilustrísimos señores D. Juan Jiménez de Urrea y Doña Isabel de Aragón, condesa de Aranda: fol. 269. Capítulos matrimoniales de D. Luis Jiménez de Urrea y Doña Blanca Manrique y Aragón, condes de Aranda: fol 291. Copia y sumpto original del proceso intitulado: «Processus summarie informationis Guardiani, fratrum et conuentus Sti. Francisci, ciuitatis Cesaraugustæ. Contra..... Super propositione ad futuram rei memoriam.» Siguióse este proceso ante el Dr. Pedro Reues, canónigo de la Seo de la ciudad de Zaragoza, oficial eclesiástico y regente el vicariato general en la dicha ciudad y arzobispado por D. Andrés de Bobadilla, arzobispo de Zaragoza, en virtud de cédula de ar-

tículos y proposición que ante el dicho juez se presentó en Zaragoza á 9 de Abril de 1592, á nombre y por parte del P. Fr. Pedro Arregui, ministro provincial de Aragón, de la orden de San Francisco, denunciando la vida relajada y costumbres desenvueltas de Fr. Pedro Ibáñez, fraile profeso de la misma orden, que en los años anteriores habitó en el monasterio de Nuestra Señora de Jesús, extramuros de Zaragoza: fol. 317. Letras narrativas del proceso de Don Ibán Coscón y D. Martín de Lanuza: fol 383. Letras narrativas del proceso de Doña Juana de Toledo, viuda del ilustre D. Fernando Jiménez de Urrea, hijo de D. Miguel Jiménez de Urrea: fol. 397. Letras narrativas y certificatorias del proceso del conde de Aranda: fol. 475. Diligencias que se hicieron en Epila en 6 de Marzo de 1593 ante el señor Dr. Miguel de Lanz, comisario de S. M.: fol. 487. Al fol. 492 hay un inventario de las armas que había en Epila en la sala de armas del palacio del conde de Aranda, las cuales se llevaron en carros á Zaragoza. Un vol. en folio, 530 fojas.

XXXVIII. Proceso del recurso de suplicación, que en 30 de Diciembre de 1595 interpusieron los tutores de Don Antonio Jiménez de Urrea, de la sentencia pronunciada en 23 del mismo mes contra la memoria de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda y padre del dicho D. Antonio. Habiéndose seguido este recurso, presentó el procurador fiscal de S. M. en 24 de Diciembre de 1599 un escrito apartándose de la acusación y súplica. El Consejo Supremo de Aragón dió en el mismo día auto, fol. 156 vuelto, en que se hubo por admitido este desistimiento de parte del procurador fiscal, y se mandó dar la posesión del estado y condado de Aranda y de los otros bienes al dicho D. Antonio Jiménez de Urrea, hijo único y sucesor del D. Luis.

XXXIX. Copia de la información recibida por virtud de una letra y Real provisión del Consejo Supremo de Aragón, su fecha en San Lorenzo á 13 de Julio de 1611, enviada al Ilmo. y Excmo. Sr. D. Pedro Manrique, arzobispo de Zaragoza, del Consejo de S. M., lugarteniente y

capitán general en el Principado de Cataluña y condados de Rosellón y Cerdaña, contra el magnífico Dr. Jerónimo Astor, abogado patrimonial de S. M., y el noble D. Pedro de Vilanova, lugarteniente del maestro racional de la casa y corte del Rey, sobre lo que pasó acerca del despacho del pleito de la villa de Figueras, y culpas que resultaban de los procedimientos del referido abogado patrimonial y otros.

XL. Un volumen en gran folio, rotulado por fuera en el lomo: «Testamento de Jaime Rodríguez y inventario de diferentes cosas.» Es el segundo protocolo ó manual de todos los contratos otorgados por Pedro Franqueza, «scriba mandati» (escribano de mandamiento) de S. M. y su notario público.

XLI. Un volumen en gran folio, rotulado por fuera «Cartas de pago en favor del conde de Chinchón, Thesorero general de la Corona de Aragón.» Es otro protocolo del mencionado Pedro Franqueza, escribano de mandamiento («scriba mandati») de S. M. y su notario público; quien, por la noticia que se halla en la primera escritura, vivía por entonces en Madrid en la calle de la Morería vieja. Da principio este libro con un testimonio ó fe de vida y de residencia, á la sazón en Madrid, que pidió el ilustre Sr. D. Francisco de Moncayo, morador en la ciudad de Zaragoza, y por aquel tiempo andante en corte de S. M.: su fecha en sábado 21 de Enero de 1576.

XLII. Un volumen en folio, 65 fojas útiles, y las siguientes 66-98 en blanco. Está rotulado «Cartas de pago de diferentes cantidades de diferentes sujetos.» Es continuación del protocolo anterior de Pedro Franqueza, que, según se ve por la segunda escritura inserta en el mismo, su fecha jueves 13 de Agosto de 1577, vivía entonces en la plaza de la Madera.

Contiene documentos de las mismas clases que los trasladados en los dos protocolos anteriores, descritos en este catálogo con los núms. XL y XLI, y cartas de pago en favor del Ilmo. Sr. D. Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchón, del Consejo de S. M. y su te-

sorero general en los reinos de Aragón. La primera escritura, otorgada en jueves 8 de Agosto de 1577, es la minuta de poder dado por el Ilmo. D. Raimundo Riusec, *aliter* D. Francisco Centellas, *olim* Borja, marqués de Lombay, al ilustre D. Fernando de Borja, caballero de la orden militar de Calatrava. Cierra y concluye el protocolo con una escritura, su fecha miércoles 4 de Junio de 1578, que es la carta de confesión de deber ochenta mil ochocientos y veinte maravedises, que valen dos mil trescientos setenta y siete reales castellanos y dos maravedises, otorgada por D. Francisco Ortaffa, poblado en la ciudad de Perpiñán, diócesis de Elna, en favor del magnífico Juan Ribes, contino de la casa del Rey.

XLIII. Un volumen en gran folio, 398 fojas, titulado en la cubierta «Cartas de pago en favor del conde de Chinchón, Thesorero de la Corona de Aragón.» Es otro libro protocolo de Pedro Franqueza, escribano de mandamiento de S. M. y su notario público. Da principio con la carta de poder otorgada en Alcalá de Henares á 16 de Setiembre de 1578 por Pedro Grabiel *(sic)*, mercader vecino de aquella ciudad, en que nombra por su procurador al magnífico Pedro Arnal, notario público de la ciudad de Valencia, para que en su nombre demande y cobre de los magníficos Pedro de Balda, «hospite cursorum,» de la dicha ciudad; de Miguel de Lerisa, cirujano, y de otras cualesquier personas y corporaciones cualesquier sumas de dinero que entonces le debían ó en adelante pudieran deberle. Al fol. 303 de este protocolo hay un testamento cerrado del muy magnífico D. Gaspar Andrés Corso, el cual está sellado con sus sellos en placa, puestos en doce lugares, seis en cada una de sus cubiertas, y tiene en la primera de éstas la cláusula acostumbrada de presentación y otorgamiento ante Pedro Franqueza, estando éste en las casas de su morada en la calle de la Morería vieja, á 16 de Abril de 1584: este testamento no tiene señales de haberse abierto. La última escritura del protocolo es la carta de pago que en favor del conde de Chinchón, mayordomo de S. M., de su Consejo y su tesorero general en los reinos de

la Corona de Aragón, dió Guillén Ramón de Blanes, como uno de los herederos de D. Gaspar Olzina, por la cantidad de tres mil y trescientas libras, de la moneda de Valencia, en cuenta de la parte y porción que como tal heredero le cabía de las veintiocho mil novecientas y cincuenta libras que se restaban por pagar del precio de la baronía de Planes: fué hecha y otorgada esta carta de pago en la villa de Monzón, estando en ella la corte de S. M., á 29 de Octubre de 1585.

XLIV. Manual ó protocolo de los instrumentos de los años 1532, 1537, 1538, 1539, 1540, 1541, 1542, 1543, 1545, 1546, 1547 y 1548 por los venerables Fr. Miguel Ardiles y Fr. Pablo Ibán, monjes y notarios del monasterio de Santas Creus, en virtud de privilegio concedido por el Rey al referido monasterio.

XLV. Proceso actuado ante el muy ilustre y reverendísimo Sr. D. Vicencio Domec, obispo de Jaca, del Consejo del Rey, juez visitador y comisario nombrado por S. M. para inquirir los oficiales reales en el reino de Aragón y demás personas sujetas á enquesta conforme á los fueros del mismo; á instancia del procurador fiscal para esta visita, contra Martín de Berdún, notario, por excesos y delitos que cometiera en el desempeño de su oficio. Dió principio el proceso en Zaragoza á 25 de Mayo de 1634.

XLVI. Proceso general de la conquesta y visita hecha en el reino de Aragón por el muy ilustre y Rmo. Sr. Don Vicencio Domec, obispo de Jaca, del Consejo de S. M. y su visitador en el dicho reino. Actuario Juan de Villanueva, notario y secretario.

Algunos de estos volúmenes, como se habrá visto, no tienen relación con los procesos; pero los incluyo en este catálogo porque con ellos fueron enviados á la Academia, y porque proceden también de Poblet.

También en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, que tuve la honra de fundar y establecer, dejé deposi-

tados varios importantes documentos procedentes del archivo de Poblet, que la casualidad y mis pesquisas consiguieron.

Ninguna ocasión mejor que la presente para dar de ellos una ligera noticia.

Lo que procedente del monasterio de Poblet pude adquirir, á más de algunos objetos de arte, consiste:

En varios pergaminos, que falta catalogar:

En algunos libros de los que formaron la biblioteca regalada por D. Pedro Antonio de Aragón, encuadernados conforme estaban todos los demás y con las armas del donador:

En un libro que llegó á mis manos muy deteriorado, donde se refieren sucesos relativos al monasterio, y del cual se habla en el texto de esta obra;

Y, por fin, en varios é importantes documentos, que mandé encuadernar formando libro.

Entre ellos hay muchas cartas originales de reyes y príncipes dirigidas á los abades de Poblet, desde 1400 á 1784, algunas sumamente curiosas y que aclaran puntos difíciles ó confusos de nuestra historia; pero entre todos estos documentos que una venturosa casualidad me procuró, hay especialmente dos que hacen muy al caso para este apéndice.

El primero es una *Carta de recibo* hecha á 29 de Setiembre de 1677 ante el discreto (así dice) Jerónimo Alba, notario de la villa de Montblanch, por el abad y convento de Nuestra Señora de Poblet, particularizando todo lo que el monasterio había recibido del Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Aragón, «virrey y capitán general que hoy es del reino de Aragón y presidente de las Cortes de dicho reino, desde el año 1662 hasta el de 1677 inclusive.»

Es un verdadero inventario de todos los objetos regalados al monasterio por dicho señor, y tan notable y digno de ser conocido, que más adelante lo he de trasladar si hago nueva edición de esta obra, ya que en la actual no me lo permiten las prisas de la publicación. Por de pronto, el curioso que quiera examinarlo, puede hacerlo con sólo to-

marse la pena de visitar la Biblioteca de Villanueva y Geltrú, donde se encuentra.

Al dar cuenta de la biblioteca regalada, dice el inventario, después de citar los libros:

«*Item:* una librería muy insigne, que consta de treinta estantes de ébano, con sus puertas de vidrios cristalinos, cerraduras y llaves y cuatro mil trescientos y veinte y dos libros de divinas y humanas letras, donados con cubiertas de cordonancillos finos colorados, y en ellas sus perfiles, rosetas, título del libro, escudo de armas de S. E. y su nombre, todo dorado.»

El otro documento á que me he referido, y forma parte del citado libro, es un acta notarial con la copia de un legado hecho por el Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Aragón, al Real monasterio y convento de Nuestra Señora de Poblet, en el último testamento que dicho señor hizo y firmó en Madrid el año 1690, ante el notario de la villa Isidro Martínez.

De ello resulta que, no satisfecho aún D. Pedro Antonio de Aragón con tanto como había donado á Poblet, quiso todavía que á su muerte se le enviaran otros objetos, en especial todas las reliquias y preciosos relicarios que tenía en su oratorio y todos cuantos libros se hallasen en su poder á la hora de su muerte.

A la copia de este legado acompañan dos mandatos de los señores inquisidores, para que no se ponga impedimento, en el tránsito de Madrid á Zaragoza, á dos cajones de libros procedentes de la testamentaría de D. Pedro Antonio de Aragón con destino al citado monasterio.

Sigue á continuación un ejemplar impreso de la *Propuesta hecha por parte de S. M. el rey D. Carlos II á la corte general del reino de Aragón el día* 30 *de Mayo de* 1677 *para la nominación de presidente de Cortes, en la persona del Excelentísimo Sr. D. Pedro Antonio de Aragón;* y termina el cuaderno de estos documentos, con una Memoria de todos los libros y relicarios que en virtud del referido legado se entregaron en Madrid á Fr. Baltasar Sayol, monje de Poblet, que llevaba el encargo de recibirlos. Consta, sin embargo, que

los relicarios y libros no llegaron á Poblet hasta últimos de Abril de 1701.

Los volúmenes impresos fueron 245, casi todos de materias religiosas, algunos clásicos, y varios de política y de historia. Los manuscritos, que al parecer constituían la parte más valiosa del donativo, fueron 21 volúmenes, y á juzgar por sus títulos debían ser algunos de verdadera importancia. Entre ellos figuraban tres cuadernos de memorias de la época en que D. Pedro fué virrey de Nápoles; un *Episcopologio* de la iglesia de Ausona; unos *Anales de Cataluña*, cuyo autor no se cita en la Memoria; una historia de los antiguos reyes de Nápoles, y un volumen de cartas *que parecen ser*, dice el inventario, *de la Madre María de Jesús de Agreda*, las cuales formarían parte, sin duda, de la interesantísima correspondencia de aquella célebre monja con el rey Felipe IV, que acaba de dar hoy lugar á un notable libro escrito por el que es en el momento de escribirse estas líneas ministro de Gracia y Justicia, Excmo. Señor D. Francisco Silvela. A no haberse perdido el manuscrito de dichas cartas (si es que se ha perdido y no haya dado la afortunada casualidad de caer en buenas manos), en él hubiera hallado tal vez el Sr. Silvela nuevos datos que añadir á su importante libro *Sor María de Agreda* y *Felipe IV;* libro que está sin duda llamado á fijar la atención de la crítica histórica, y que me complazco en citar por ser estudio muy meritorio, de honra y gloria para su autor.

Parecióme que todas las noticias que acabo de dar merecían consignarse en este *Apéndice*, complemento del capítulo de esta obra dedicado al Archivo y Biblioteca de Poblet. Ya con esto doy una norma á los investigadores y bibliófilos, á quienes puede servir para encontrar todavía mayores y más abundantes noticias en el Archivo Histórico Nacional, en el de la Academia de la Historia y en la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.

II.

(Cap. X, pág. 336.)

FRAY ANSELMO TURMEDA.

Este personaje necesita estudio más detenido que el que se le consagra en las páginas de este capítulo, y algún día he de escribirlo, Dios mediante.

El capítulo dedicado á Turmeda en esta obra no debe tomarlo el lector más que como un boceto.

Anselmo Turmeda fué un hombre verdaderamente superior, y hay que considerarle como filósofo, como novelista, como poeta y como político.

En la Biblioteca del Escorial existe manuscrito un libro de profecías, en verso, por él escritas, y se cuenta que este libro se lo leía frecuentemente la condesa de Urgel á su hijo D. Jaime con objeto de alentarle para la lucha y tener siempre su ánimo preparado á la contienda empeñada contra D. Fernando *el de Antequera*. En este libro de Turmeda puede encontrarse, sin duda, la clave, ó mejor el secreto, de su vida bandolera. Turmeda debió pertenecer, de seguro, al bando que proclamaba al conde de Urgel, y al perderse la causa de éste fué cuando emigró á Túnez.

Mariano Aguiló ha publicado de él algunas poesías, que revelan un verdadero poeta; pero hay otras inéditas en el cancionero de trovadores que se custodia en la villa de Carpantrás.

También habla de Turmeda Milá y Fontanals en algunas de sus obras, y sobre él se publicaron unos curiosos artículos en el *Museo Balear*.

Menéndez Pelayo, que es quien más datos, y más curiosos, tiene recogidos sobre Anselmo Turmeda, concede gran importancia á este autor.

Es realmente una figura de nuestra historia literaria,

poco conocida, que merece completa vindicación, y á la cual hay que sacar del olvido para ofrecerla y presentarla en toda su grandeza.

III.

(V. pág. 357.)

DON JAIME EL CONQUISTADOR Y EL OBISPO DE GERONA.

Para ilustración y complemento de lo que se dice en el texto de esta obra referente al suceso del rey D. Jaime con el obispo de Gerona, paréceme oportuno trasladar aquí los documentos que, merced á laboriosas pesquisas y á venturosa casualidad, pude encontrar en nuestro Archivo Histórico Nacional, secundado con ahinco y solicitud por los empleados de dicho Archivo y sus dignos jefes.

Forman parte estos documentos del *Proceso de reconciliación* del rey, y llegaron al Archivo procedentes del de Poblet, junto con los demás papeles que por fortuna se salvaron de incendios y saqueos, debiendo ser, sin duda, los que afirma haber visto y examinado el cronista populetano Finestres en su apéndice á la Disertación XI de su *Historia de Poblet*.

Con referencia á Finestres, cité en mi HISTORIA DE CATALUÑA Y DE LA CORONA DE ARAGÓN el suceso ocurrido entre el monarca aragonés y el obispo gerundense; pero un desatentado historiador catalán lo refutó negándolo en absoluto y diciendo ser fábula de mi invención.

Pues bien; los documentos por los cuales se prueba la veracidad de lo que yo dije, existen hoy en el Archivo Histórico, sección de *Códices y cartularios*, núm. 212, folio 57 vuelto hasta 31, y dice así su copia:

Processus Reconciliacionis domini jacobi Regis aragonum quondam pro excesu comeso in episcopum gerundensem.

Nos jacobus Rex aragonum ad consilium et exhortacionem fratris Desiderii domini propter pecuniarii Recognos-

cimus in facto mutilacionis linguæ episcopi gerundensis grauiter excesise et matrem eclesiam in eodem facto in maniter ofendise Animum nostrum ira et indignacio maxima perturbant propter quod dolentes contriti et humiliati a deo et a summo pontifice eius vicario in terris ueniam supliciter postulamus. Et in signum uere contriccionis nostre promitimus quod per literas nostras patentes a dito episcopo injuriam paso postulabimus ueniam deuote et per literas nostras domino pape supplicabimus quod non obstantibus literis et percibus afectuosis quas pro eieccione eius de regno nostro direximus faciat quod ei utilius uidebitur faciendum ita quod si in loco suo ipsum dimiserit gratum habebimus et pro injuria illata eclesie gerundensis satisfaccionem faciemus alterum istorum faciendo. Aut construemus hospitale uel complebimus abbadiam de benifazano ordinis cisterciensis jam de nouo inceptam vel complebimus hospitale sancti vincencii in civitate valencie vel aliquos redditus asignabimus eclesie gerundensis sed quod domino pape melius uidebitur expedire. Et quot multi de Regnis nostris credut nos contra ordinem predicatorum indignatos subtraxerunt eis suam familiaritatem et beneficia, timentes se ex eorum familiaritate nostra maliuolencia incursuros. Promitimus quod ad omnia loca regnorum nostrorum in quibus dicti fratres habent loca personaliter accedemus humiliter nos eis reconciliantes. Et eosdem ad nostrum amorem pristinum reducentes. Et populo et clero earundem civitatum comuniter conuocatis significabimus nos contra ordinem fratrum predicatorum in nullo esse ofensos, sed eos diligere uolumus honorare et promouere et precipiemus quod idem faciant omnis nostri. Et conuocabimus curiam prelatorum et nobilium et ciuium regnorum nostrorum coram omnibus super predicto scelere recognoscentes humiliter culpam nostram. Per omnem modum taliter nos humiliantes, quod sicut in magnitudine reatus materiam scandali prebuimus eisdem ita in maxima nostri humiliacione hedificacionis materiam prestabimus domino concedente. Et hoc omnia dicemus salua semper conscien et preuia veritate. Datum valencie nonas Augusti.

Sanctissimo in christo patri ac domino et Karisimo consanguineo suo innocencio diuina prouidencia sacrosancte Romane eclesie summo pontifici. Jacobus dei gracia Rex aragonum maioricarum et valence comes barchinone et vrgelli et dominus montispesullani. Debitam Reuerenciam et honorem. Ex parte sanctitatis uestre literas recepimus super facto pro cuius uinculum excomunionis incideramus quod multum graue. gerimus et molestum. Qum nulla de tam juste uel injuste nobis placet nec unquam placuit tantum periculum incurrisse. Set de illo qui nos promittit in terris uiuere et regnare fiduciam gerimus pleniorem. Quod auxilio ipsius et uestri mediantibus taliter faciemus quod onus istud ab humeris nostris releuabitur et nunquam in consimile relabemur. Et licet aliquibus uerba literarum uestrarum uisa fuerint aspera at que dura. tam nos ea benigne recipimus et correccionem uestram intelligimus pro magna gratia et amore. Et sanctitatis uestre consilium sicut obediencie filius amplectentes nos semper et eclesiam super omnia proponimus reuereri. Nec aliqua racione a tramite eclesie deueiare uel ipsam in aliquo scandalizare. vobis grates omnimodas referendo quam fratrem Desiderium uestrum pecuniarium virum prouidum et discretum nostris annuentes postulatis transmisistis per cujus uerba persensimus quod quantum in presencia uestra persistit omnem quam comode potestis nobis paratus estis. facere gratiam et honorem vnum humiliter suplicamus. quot considerantes bonam uoluntatem nostram quam semper erga eclesiam ihesu christi habuimus. nobis in presenti articulo ritis fauorabilis et benigni. Et propter hoc factum uobis non placeat quod illa ardua negocia que coram nobis dicti facti proposuit hac racionem ueniant ad efectum. Nos enim propter aliquos suggestores uel maleditos contra vos in aliquo non proponimus deuiare. Cumsimus parati in maioribus negociis eclesie et maioribus deseruire. vos tamen si placuerit nos excusantes non posit perpendi ab hominibus cum propter hoc factum et infamian subsequentem nobis seruicium faciamus. Satis enim et considerare potestis confidenter. quod circa dampnum eclesie sumus

parati personam nostram proposse nostro exponere. contra illos qui eam expugnant et perturbare nituntur vobis tamen prospicientibus oportunitatem nostram et nobis non prospicientibus mortis metum. Cui subici semper proponimus. pro euiccione uestra et eclesie libertate. Credentes in super venerabili et dilecto A.º episcopo valentino. et dicto fratri in hiis et aliis que nobis ex parte nostra duxerint proponenda. Nobis igitur contritis et humiliatis de tanto excesu perpetrato et humiliter satisfacere paratis sed quod dicto fratri uiua uoce exposuimus sine mora mitere dignemini absolucionis beneficium expectatum. Attendentes quod alias non monnuimus nos in aliquo eclesiam ofendisse. nec dante domino decetero ofendemus. Suplicamus etiam quod per eundem fratrem per quod anime nostre consuli pietate benignisima uoluistis. nobis et qui nobis cum fuerint si placet absolucionis beneficium transmitatis. visum est enim nobis quod ad uiam salutis eius salutare consilium nos direxit. Datum valencie. Nonas Augusti.

Sanctitati uestre graciarum magnificis agimus attendentes. Quod nos uestrum filium ac deuotum non solum a rectitudinis tramite deuiantes. studuistis adauile eclesie pastorali sollicitudine reuocare. uerum etiam ex solite pietatis afluencia karisimos uiros prouidos et discretos episcopum camerinensem et fratrem Desiderium pecuniarium nostrum nobis pro absolucionis beneficio misericorditer inpendendo. dignacione prouida mitere curauistis. vnum dominacioni nostre nec non et uniuersis presentes literas inspecturis harum serie facimus manifestum. Quod nos Anno domini M.º CC.º XL. VI.º pridie ydus octobris ad locum fratrum minorum ylerdensis attendentes. In presencia venerabilium Archiepiscopi Tarracone Cesaraugustani vrgellensis oscensis elnensis episcoporum et aliorum prelatorum baronum Religiosorum ac seculiarium uniuersa multitudine congregata. De voluntate ac mandato predictorum nunciorum uestrorum prius excesu commiso in episcopum gerundensem humiliter sicut domino dare nobis complacuit recognito juxta formam debitam stare promissimus mandatis eclesie sub prestito juramento. Qui nuncii uestri

nobis in uirtute juramenti prestiti mandauerunt quod in clericos uel personas Religiosas. nisi in casibus a jure exceptis decetero iniciamus uel inici faciamus manus temere uiolentas. Et nos pro satisfaccione ofense commise in persona episcopis gerundensis. et in remisione pecatorum nostrorum. ipsis nuncis acceptantibus satisfaccionem obtulimus in hunc modum. videlicet quod abbadiam de benifazano cisterciensis ordinis Dertusensis dyocesis que est nouiter a nobis in choata. cum expensis nostris ad complementum perducamus. Et quod fabrice eiusdem eclesie demus ducentas marchas argenti. et hospitali pauperum sancti vincencii de valencia quod inchoabimus asignemus sexcentas marchas argenti prepetuo in redditibus ex quibus pauperes et peregrini ibidem sustententur et certus numerus sacerdotum et clericorum seruicio eiusdem eclesie deputetur. Et quod instituamus vnum sacerdotem perpetuo in eclesia gerundense. Qui intersit continue diurnis ac nocturnis oficis. et pro nobis ad dominum intercedat. Datum ylerde. XV° Kalendas nouembris. Anno domini M.° CC.° XL. VI.°

Innocencius episcopus seruus seruorum dei. Ilustri Regi aragonum. spiritum consilii sanioris. Dum secreta cordis nostri sollicite per scrutamur. dum profunda nostri pectoris perspicue indagamus. et nos debitores aliis euidenter agnoscimus. et aliorum nos esse prospicimus creditores. Ab illo autem bono patre familias protinus et instanter a nobis exigitur debitum qui pegre proficiscens. familiam suam sollicitudini nostre sub pasuit. cui talenta que credidit reddere cogimur duplicata. Nam qui talentum sibi ad lucrum creditum propter austeritatem domini sub terra posuit. quot illud numulariis tradere metuit. signanter a domo ipsius dominus est eiectus. Sed viceuersa eclesie romane sublimitas que in omnium presidencium occulis uelut in specula collocatur. Nos qui sumus ad eius regimen licet inmeriti disponente domino constituti ammonet et inducit. ut ex hiis quos ex deuocione diuina et morum honestitate preclara. dileccionis gracia prosequimur ampliori sollicitam diligenciam et curam prouigilem

habeamus. De illis autem potisime qui si quod absit im-precipicium laberentur. nam nulli earum ex ergo ad animarum interitum properarent. Sed subtiliter intuenti mirabilis condicionis utrumque delitum apperebit, cujus hec solucio emolumenta non minuit debitoris. Et soluenti concrescit magis incomodo quam suscipienti proficiat in augmento. Quia si satisfacimus preponenti ut diligentis propositi oficium impleamus. eterne retribucionis stipendia querimus dum proficimus in salute. verum si jusu dominico nobis loco christi cuius uices in terris gerimus. reditur quod est eius emolumentum solucionis fert in tamen soluenti relinquit dum nobis recipientibus nón magis comodi et honoris ecquiritur, quam vexacionis et honoris agregetur. Ea namque sunt omnia si uerum inspicimus subjectorum leuamiam que sunt honora principatus. Intellecto igitur te in venerabilem fratrem nostrum episcopum gerundensem. instigante humani generis inimico graniter excesise. Cum inter alios mundi principes eclesia te habent specialem propter inmanitatem excesus non potuimus non dolera. ac in turbacione tua nequinimus non turbari. Et cum mundus Regnosceret te regem actenus virtuosum disimulare nequiuimus. quin etiam de anime tue salute coram sollicitam haberemus. Cum indubitanter excesus ille disimulatus inducat periculum et reprobatus remedium sempiternum. propter quod de fratrum nostrorum consilio ad te dilectum filium fratrem Desiderium de ordine minorum pecuniarum nostrum uirum honestum prouidem et discretum cum literis nostris duximus transmitendum. vt suis exhortacionibus imo nostris. ad sinum matris eclesie reducere procuraret. Set sicut tuarum habebat asercio literarum et coram nobis ac fratribus nostris ipsius relacio patefent. recipiens in nuncio transmitente uerba coram excellencia tua proposita gratanti animo suscepisti. Et tam misa quam mitentis propositum serenum talamis tue serenitatis oblatum tuis sensibus plurimum placuerit. De quo gaudemus in domino tibi non modicum et gaudentes. Et quot cum leso satisfacere procurases. ad ulteriorem te satisfactam exponens. corde contrito et humiliato spiritu

absolucionis. beneficium petiuistis. Dedictorum fratrum consilio. Venerabilem fratrem nostrum episcopum camerinensem et prefatum fratrem Desiderium de ordine minorum pecuniarum nostrum transmitimus. Qui tibi justa formam eclesie munus absolucionis inpendant. Sperantes ut sicut fidelitate contans et dileccione sincerus actenus extitisti. eclesie romane ac nobis deuote ac fideliter adherendo. Tua semper in posterum debant intencio dirigi. vt in diuina magestatis occulis placetis per opera pietatis. Quia per hec tibi augmentum dierum dabitur. et perhennis corona glorie conferetur. De gracia quot ac fauore apostolice sedis ac nostro esto securus. quot deuocionis et fidelitatis tue non sumus in memores. Et in animo gerimus tue sinceritatis afectum. in benediccionibus sed dum prosequi beniuolencie specialis. Datum lugduni X.º Kalendas octobris. Pontificatus nostri Anno IIII.º

Nouerint vniuersi. Quod nos philipus episcopus camerinensis, et frater Desiderium de ordine minorum domini pape pecuniarius. Auctoritati domini propter qua fungimur super absolucione nobis jacobo Regi aragonum impercienda de excomunicacione quam incuristis. propter ofensam in persona episcopi gerundensis commisa. mandamus in uirtute a nobis prestiti juramenti. quod decetero in clericos uel personas Religiosas exceptis casibus a jure promisis, non iniciatis uel ab aliquo inici faciatis manus temere uiolentas. Et acceptamus satisfaccionem quam obtulistis spontaneo per ofensa predicta videlicet quod monasterio de benifazano ordinis cisterciensis per vos feliciter inchoatum dotando et hedificando taliter consumentis. ut cum ad presentes non posint ibi plusquam XXII.º monachi esse ualeant ibidem XL. commode sustentari. Et quod fabrice eiusdem eclesie Ducentas marchas argonti inpendantis. Et hospitale sancti vincencii de valencia per vos similiter iam inceptum de tot et talibus posesionibus ditetis ut reddituum sexcentarum marcharum argenti annuarum habent conplementum. Et nichilominus stabiliatis de uestris redditibus vnum sacerdotem. qui perpetuo deseruiat et eclebret in eclesia gerundense. Datum ylerde.

Anno domini M.° CC.° XL. VI.° XIII.° Kalendas nouembris.

Ante absolucionem nostram coram karisimis et venerabilis ac discretis viris episcopo Camerinensi et fratre Desiderio. nunciis summi pontificis. et vniuersa tam prelatorum quam aliorum multitudine congregata. in ciuitate ylerde in domo fratrem minorum episcopo gerundensi super omnibus pro quibus ofensam nostram incurrerat. pepercimus puro corde. eidem decetero plenam securitatem prestantes. in cuius Rey testimonio presentem paginam sigilli nostri munimine dusimus roborandam. Datum ylerde. XVI.° Kalendas nouembris. Anno domini M.° CC.° XL. VI.°

Nouerint vniuersi. Quod nos. Jacobus. dei gratia Rex aragonum maioricarum valencie Comes barchinone et vrgelli et dominus Montispesulani. per nos et nostros damus et concedimus ac cedimus in perpetuum deo et beato vicencio et domui seu hospitali eiusdem sancti vincencii valencie. Et uobis jacobo de Rocha fideli notarii nostro decano valencie et procuratori dicte domus seu hospitalis jus feudatarium totum et dominium et potestatem quod quam habemus et habere debemus. que nobis conpetut in castro de montornes. quod pro nobis ad feudum tenetur. et contra. Petrum. Eximini. filium eximini. Petri de arenoso quondam dominum nunc dicti Castri. et contra quoslibet alios qui dictum castrum prius ipsum. Petrum eximini tenebunt. decetero et habebunt. Ita sed quod dictum castrum teneatur decetero ad feudum pro domo sine hospitali sancti vincencii. sicut pro nobis tenetur et procuratori seu priori dicte domus seu hospitalis. quicumque pro tempore fuerit. uel cui ipsi uoluerint loco sui. detur potestas dicti castri. sicut nobis dari debet. et non aliqui alii sic uolumus et concedimus nobis dicto jacobo de Rocha. recipienti nomine et racione domus seu hospitalis predicti. Quod ipsa domus sancti vincencii et priores seu procuratores dicte domus seu hospitalis qui pro tempore fuerint habeant dictum feudum et partem in dicto Castro potenter sicut nos ea ibi habemus absque retentu aliquo quod in

predictis que dicte domui damus. non facimus vllo modo. sicut melius dici potest in inteligi ad comodum et utilitatem domus seu hospitalis predicti. promitentes quod predictam donacionem firmam semper habebimus et tenebimus. et non contraueniemus. nec aliquo contrauenire permitemus aliqua racione. mandantes firmiter dicto. Petro. Eximini et omnibus aliis qui post ipsum dictum Castrum habebunt. quod teneant dictum Castrum ad feudum. pro domo sancti vincencii predicti. sicut ipsum pro nobis tenent. et inde donent partem procuratori seu priori dicte domus qui pro tempore fuerit. quamcumque et quociescumque ab eo fuerint requisiti. sicut eam tenentur nobis tradere atque dare. Datum ylerde. XVII° kalendas julii. Anno domini M.° CC.° LXX. VIII°. Signum jacobi dei gratias Regis aragonum maioricarum et valencie. comitis barchinone et vrgelli et domini montispesullani. Testes sunt. R. de Monte Cathena. G. R. de Monte Cathena. Garcias ortiz de azagra. jacobus de ceruaria. Berengarius de podio viridi. Signum bertolomei de porta qui de mandato domini Regis hoc scripsit et clausit, loco die et anno prefixis.

Coram nobis jacobus dei gracia Rege aragonum Maioricarum et valencie. Comite barchinone et vrgelli et domino Montispesulani. Accesit jacobus de Rocha sacrista ylerdensis et procurator domus seu hospitalis sancti vincencii valencie et proposuit coram nobis nomine dicte domus. quod illam donacionem quam feceramus de dominio et propietate Castri de Monttornes. regni valencie. deo et beate Marie et beato vincencio ac dicte domui in perpetuum ratam habentes dignaremur confirmare et iniungere. Petro Eximini filio eximini. Petro de arenoso. quondam tenenti dictum castrum quod ipsi jacobo de Rocha ut procuratori dicti hospitalis et nomine eiusdem prestaret homagium et fidelitatem sed vsaticum barchinonis et sibi attenderet et obediret ac faceret racieone dicti Castri. ea que vasallus domino suo racione feudi facere tenetur. Qui dictus. Petrus. Eximini. opponens se postulacioni jam dicte dixit. Quod hoc facere non tenebatur. nec donacio

facta dicte domui seu hospitali per nos ualebat vt pone quot non poteramus dominium nostrum quod habebamus in dicto Castro conferre in maiorem dominum. Dicens etiam quod quoniam nos mandauimus jurari a richis hominibus et militibus Regni valencie. Infanti. Petro. filio nostro quod post obitum nostrum atenderent eidem. et ipsum pro domino haberent. ipse. Petrus. Eximini fecit homagium et juramentum. dicto infanti. Petro. filio nostro sicut alii dicti Regni. et sicut non tenebatur racione eiusdem feudi. duobus dominis seruire. uel duos dominos inde habere. Super quibus nos rex predictus consilium habuimus cum fratre A.º de Castro nouo magistro milicie templi. et ferrando sancii. jacobo de ceruaria. G. de ceruelion. Petro Martini de luna et Geraldo de aquilone. et cum aliis pluribus richis hominibus et militibus ac juris peritis terre nostre. Quorum consilio habito. sic dicimus uolumus et mandamus quod dicta donacio omni tempori firma persistat prout in carta jam a nobis facta continetur tanquam valida et que valere debet et valet tam sed jura quam sed vsum Catalonie et regnum valencie. cum dicta donacio non posit dici collata in minorem set pocius in maiorem. videlicet in dominum et beatam Mariam virginem. et beatum vincencium. ob remedium anime nostre. Et anime preferende sicut omnibus rebus. Et hoc dicimus non obstante contradiccione dicti. Petri. Eximini. precipientes et mandantes eidem. Petro. Eximini. quot decetero prestet et faciat fidelitatem et homagium dicto. Jacobo de Rocha ut procuratori dicte domus seu hospitalis et ei tanquam domino dicti Castri et suis sucesoribus procuratoribus seu prioribus dicte domus siue hospitalis qui pro tempore fuerint. Pro quo siue quibus ipsum in feudum tenet et tenere debet atiendat et obediat fideliter sicut nobis facere tenebatur. ac faciat ea. que nobis racione dicti feudi facere tenebatur. Absoluentes eundem. Petrum. Eximini a juramento et fidelitate et homagio que nobis fecerat racione castri predicti ac ipsum etiam absoluimus a sacramento et fidelitate et homagio si qua fecerat siue prestiterat ut supradictum est infanti. Petro superius memorato. Lata sen-

tencia apud Ceruaria. VII.° ydus nouembris. Anno domini M.° CC.° LXVIII.° presentibus nobilibus. jacobo de Ceruaria. G.° de ceruilion. Petro martini de luna. Geraldo de Aquilonis. et alberto de lauania. legum profesore et aliis pluribus. Signum Symonis de sancto felicio. scriptoris domini Regis. Qui de mandato eiusdem hoc scripsit. et clausit. loco die et anno prefixis.

Qui omnia pretereunt preter amare deum et per ea que oferuntur deo hedificatur ad gloriam paradisi idcirco nos jacobus dei gracia Rex aragonum maioricarum et valencie. Co........ vrgelli et dominus Montispesullani. Attendentes nos eligesse nostri seplt........ monasterio populeti. per nos et nostros ad honorem omnipotentis dei et........ pro anima nostra. ac parentum et sucesorum nostrorum damus oferimus et concedimus domino deo et beate Marie. et Monasterio populeti et nobis fratri. berengaris abbati et conuentui eiusdem Monasterii et nostris sucesoribus in perpetuum. Castra nostra et villas de Compos. et de viciana et de monte falchona et de timor el de palyerols. cum castlanis et militibus ac aliis hominibus ac mulieribus habitantibus et habitatoris ibi. et cum terris et terminis suis. heremis et populatis et cum aquis et aqueductibus et furnis ac molendinis. et montibus. pratis et pascuis. atque planis et aliis suis pertinenciis vniuersis. et cum redolitibus et exitibus ac prouentibus et aliis nostris juribus vniuersis et cum jure feudali et dominacione. ac aliis omnibus omnino et singulis que in dictis castris et villis et terminis suis habemus. et habere posumus et habere debemus quocumque jure. racione modo uel causa. Ita uidelicet ut predicta omnia et singula castra nostra et uillas. cum omnibus supradictis habeatis uos. et dictum Monasterium et uestri succesores in perpetuum siue aliqua retencione quam in predictis non facimus quoquomodo ad uestras omnimodas uoluntates. Saluo tamen quo predicta castra et loca sint et remaneant semper monasterii antedicti. Et ea nos et uestri succesores. non positis uendere alienare. Nos autem mandamus dictis castlanis et militibus et hominibus omnibus dictorum Castrorum et uillarum quod uobis faciant

homagium et juramentum fidelitatis, et uobis decetero atendant, sicuot suo domino naturali. et respondeant de omnibus de quibus nobis respondere tenentur. Nos enim absoluimus eos ab homagio et fidelitate ac juramento quibus nobis tenentur. ipsis tamen facientibus ea uobis. Datum algezire XIII.° Kalendas augusti. Anno domini M.° CC.° LXX.° sexto.

Signum Jacobi dei gracia Regis aragonie Maioricarum et valencie comitis barchinone et vrgelli et domini Montispesulani. Testes sunt Guilelmus de Rocha folio. fortunius de veriga de podio. fortunius de mae justicia aragonie. C........ de sancto vincencio. Jacobus episcopus oscensis........ sancti felicio. qui mandato domini Regis predicti hoc scribi......... prefixis.

HISTORIA DE CATALUÑA

ALÍ-BEY EL ABBASSI

ALI-BEY EL ABBASSI.

I.

El 29 de Junio de 1803 una pequeña barca, que había salido de Tarifa á las seis de la mañana, atravesaba el estrecho de Gibraltar y penetraba á las diez en el puerto de Tánger.

Cuando la barca hubo atracado, se presentaron en ella algunos moros, y uno de ellos, que era el capitán del puerto, envuelto en un albornoz, especie de saco grosero con capucha, desnudo de pie y pierna y con una gran caña en la mano, pidió el certificado de sanidad, que el patrón le dió inmediatamente, y encarándose en seguida con el único pasajero, árabe, á juzgar por su traje é idioma, que llevaba la barca, con él entabló el siguiente diálogo:

—¿De dónde vienes?

—De Londres, por Cádiz.

—¿Hablas la lengua mogrebina?

—No. Hablo sólo el árabe.

—¿De dónde eres, pues?

—De Khaleb [1].

—¿Y dónde está Khaleb?

—En el Scham [2].

—¿Qué país es Khaleb?

—Está hacia el Levante, cerca de Turquía.

1 Alepo.
2 La Siria.

—¿Eres, pues, turco?

—No soy turco; pero mi país se halla bajo el dominio del Padischah [1].

—¿Pero eres musulmán?

—Sí.

—¿Cómo te llamas, pues?

—Alí-Bey el Abbassi, príncipe de la familia de los Abbassidas, descendiente del santo y glorioso profeta.

Al oir esto, el capitán del puerto continuó su interrogatorio en un tono menos seco y duro que el que había usado hasta entonces, manifestando desde aquel momento cierto respeto por el ilustre viajero que llegaba á Tánger.

—¿A qué vienes á este país?

—A visitar al gran emperador que felizmente lo rige, á continuar mis viajes científicos y á realizar la santa peregrinación á la Meca, tan recomendada á todos los verdaderos creyentes.

—¿Traes pasaportes?

—Sí; traigo uno de Cádiz.

—¿Y por qué no lo traes de Londres?

—Porque el gobernador de Cádiz me lo ha tomado reemplazándole con éste.

—Dámele.

—Toma.

Y Alí-Bey el Abbassi entregó su pasaporte al capitán del puerto, quien, dando orden de no dejar desembarcar á nadie, partió á enseñarlo al kaid ó gobernador. Éste lo envió al cónsul de España para reconocerlo, y, aprobado como auténtico, lo remitió al príncipe por conducto de Sidi Mahomed, jefe de los artilleros de la plaza, enviado por el gobernador para interrogarle de nuevo.

1 El Gran Señor.

Dirigióle éste casi las mismas preguntas que le había hecho ya el capitán del puerto, y dándole el pasaporte se marchó á dar cuenta al kaid.

Poco tiempo después volvió el capitán del puerto con la licencia del gobernador para el desembarco.

Alí-Bey saltó en tierra al momento, y apoyándose sobre dos moros (porque estaba herido en una pierna á causa de haber volcado su coche al atravesar por España), se hizo conducir á casa del kaid. Éste le aguardaba ya impaciente algunos pasos fuera de su puerta, y le hizo subir con todas las consideraciones á una pieza donde estaba su secretario y también su *kiahia* ó vice-gobernador.

El kaid, dirigiéndose al ilustre viajero, le dijo que quería darle hospitalidad hasta que hubiese mandado arreglar un alojamiento conforme él merecía; hizo que le sirvieran café con azúcar, y entabló una conversación con el recién llegado sobre sus viajes.

Este le dijo entonces ser el príncipe Alí-Bey, hijo de Othman, príncipe de los Abbassidas, que después de haber empleado muchos años en viajar por los estados cristianos estudiando en sus escuelas las ciencias de la naturaleza y las artes útiles al hombre, había tomado por fin la resolución de viajar por los países musulmanes; y cumpliendo al mismo tiempo con el sagrado deber de la peregrinación á la Meca, observar las costumbres, usos y naturaleza de las tierras que se hallasen al paso, á fin de no hacer inútiles las fatigas de tan larga travesía y sí provechosas á sus conciudadanos en el país que escogiera finalmente por patria.

El gobernador quedó muy satisfecho con estas explicaciones, alentóle en su propósito, y deseando corresponder á la honra que le cabía albergando en su casa á tan ilustre y sabio viajero, le hizo servir una abundante cena, compartiendo luego con él su propio lecho, que

era un diván cubierto con una alfombra á estilo del país.

Al anochecer del siguiente día avisó el kaid á su huésped, que estaba ya dispuesto su alojamiento, pasando Alí-Bey á ocuparle, luego de haberse despedido del gobernador y habiendo quedado muy amigos.

Después de haber pasado la noche en su nueva casa, Alí-Bey se enteró del rito de los marroquíes, algo diferente del turco, que era, al parecer, el suyo; é instruído en las ceremonias religiosas del país, se dispuso á cumplir con ellas al siguiente día, que era viernes.

Hízose rasurar la cabeza, excepto el mechón de pelos reservado en la coronilla, y después se hizo rasusar todas las demás partes de su cuerpo, dejando sólo la barba, de modo que no quedase rastro de lo que el profeta ha proscrito en su ley como horrible impureza. En seguida se hizo acompañar al baño público donde efectuó su ablución general, y luego pasó á ocupar el día en sus ceremonias religiosas.

Poco después de la llegada de Alí-Bey á Tánger, su existencia comenzó á ser bastante agradable. Sus relaciones íntimas con el kaid y el kadí, que le demostraban mucho respeto y deferencia convidándole á las audiencias que daban y reservándole en ellas un puesto de honor; la fama que luego comenzó á obtener de hombre sabio y profundo en toda clase de conocimientos; su arrogante y simpática figura; su anuncio del eclipse de sol que se verificó por aquel tiempo, y cuya figura trazó Alí-Bey de antemano, tal como se debía ver en su mayor oscuridad; la vista de sus equipajes é instrumentos que llegaron de Europa en un buque; sus ricos presentes al kaid, al kadí y á los principales personajes; sus liberalidades para con otros, todo contribuyó á fijar en él la atención general, de suerte que en poco tiempo adquirió una superioridad decidida sobre todos los extranjeros y personajes distinguidos de la ciudad.

Bien pronto no hubo en Tánger más persona de verdadera importancia que Alí-Bey.

Un nuevo acontecimiento vinó de golpe á acrecentar su prestigio y á hacerle uno de los primeros hombres del imperio.

El 5 de Octubre de aquel mismo año, la artillería de las baterías de Tánger anunció la llegada del sultán Muley Solimán, emperador de Marruecos, que se alojó en la alcazaba ó castillo de la ciudad.

Alí-Bey, que debía ser presentado al sultán, recibió del kaid el aviso de disponer el regalo de costumbre para el día siguiente.

Como el día señalado para la presentación era viernes, el príncipe Abbassida fué primero á la gran mezquita á hacer la oración de medio día, y poco después de entrado en ella, se le acercó un moro diciéndole que el sultán acababa de enviar uno de sus criados para anunciarle que podía subir á la alcazaba á las cuatro y presentarse á él.

Poco antes de la hora señalada, el príncipe subió á la alcazaba marchando al frente de los criados que conducían el regalo que iba á hacer al sultán, según costumbre en semejantes casos. Este regalo se componía de los objetos siguientes:

Veinte fusiles ingleses con sus bayonetas.

Quince pares de pistolas inglesas.

Algunos millares de piedras de chispa.

Dos sacos de perdigones para cazar.

Un arnés completo de cazador.

Un barril de la mejor pólvora inglesa.

Diferentes piezas de ricas muselinas unidas y bordadas.

Algunas frioleras de joyería.

Un hermoso quitasol.

Confituras y esencias.

Las armas iban en cajones cerrados con llave; los demás objetos, en grandes azafates cubiertos de damasco rojo galoneado de plata; todas las llaves, ensartadas en una larga cinta, iban colocadas en un plato.

El kaid aguardaba al príncipe á la puerta de la ciudadela, recibiéndole con muchos cumplidos; hízole atravesar un pórtico en el cual había gran número de oficiales de la corte, y en seguida entraron juntos en una pequeña mezquita para hacer la oración de la tarde, á la cual asistió también el sultán.

Acabada ésta, Alí-Bey salió inmediatamente de la mezquita, á cuya puerta había preparado un mulo para el sultán; el animal estaba rodeado de infinito número de sirvientes y primeros oficiales de la corte. Delante había dos hombres armados de una pica ó lanza, que mantenían perpendicularmente, cuya longitud era de 14 pies. Seguían de cerca á la comitiva 700 soldados negros, armados de fusiles, agrupados sin orden ni preferencia, y rodeados de gente por todas partes.

El kaid y el príncipe Abbassida se situaron en medio del paso inmediatos á los dos lanceros. Á su lado iba el presente, llevado en hombros de los criados del último.

No tardó mucho en salir el sultán, montó en su cabalgadura, y al llegar al centro del círculo, el príncipe y el kaid se adelantaron. Detuvo el sultán su mula, y Alí-Bey, presentado por el kaid, hizo una inclinación de cabeza, poniendo su mano en el pecho, á lo cual correspondió el sultán con otra inclinación, diciendo:

—Seas bien venido.

Al instante gritaron todos:

—¡Bien venido! ¡Bien venido!

Acto continuo picó el sultán su mula dirigiéndose á una batería distante de allí 200 pasos.

Fuese á ella Alí-Bey con su introductor, y permaneció junto á la entrada, adelantándose el kaid con el regalo.

Desde el momento en que penetraron en la batería, reinó el más profundo silencio, á pesar de ser muchas las personas que allí había, particularmente oficiales del primer rango.

Un instante después, el kaid llamó á Alí-Bey, y siguióle éste al terraplén de la batería, que formaba una especie de terrado al Norte sobre el mar, artillado con nueve piezas de grueso calibre. En el ángulo oriental se alzaba una especie de casita de madera de algunos pies de elevación para dominar el parapeto, subiéndose á ella por una escalinata de ocho gradas.

El sultán, entrando en la casita, se había recostado sobre un colchoncillo rodeado de almohadas. El príncipe, el kaid y dos oficiales de distinción, dejaron á la puerta sus pantuflos para caminar á pie descalzo, según costumbre. Dos oficiales se colocaron á los lados de Alí-Bey sosteniéndole cada uno por un brazo, y el kaid se puso hacia la izquierda como para formar una valla. Al hallarse en presencia del sultán, el príncipe Abbassida hizo una inclinación profunda de la mitad del cuerpo, puesta la mano derecha sobre el pecho.

Después de haber repetido su expresión de bienvenida, el sultán hizo sentar á Alí-Bey en la escalera.

Los oficiales se retiraron, y el kaid permaneció de pie.

Entonces el sultán, con mucho afecto y un tono lleno de amistad, dijo al príncipe Abbassida que se alegraba mucho de verle, y repitióle muchas veces la satisfacción que por ello sentía, poniéndole la mano sobre el pecho como para hacerle conocer sus sentimientos, tanto por gestos como por palabras. Preguntóle por los países en donde había estado; cuántas lenguas hablaba, y si sabía escribir en ellas; qué ciencias había estudiado en las escuelas de los cristianos; cuánto tiempo había residido en Europa; y después de haber dado gracias á Dios por haberle hecho salir de entre los *infieles*, manifestó sen-

timiento de que un hombre como Alí-Bey hubiese tardado tanto en ir á Marruecos. Contento de que hubiese preferido su país á Argel, Tunez ó Trípoli, le reiteró varias veces su protección y amistad, manifestándose muy dispuesto en su favor.

El príncipe Abbassida tenía algo de atractivo en su rostro y sus modales. Cuantos le veían se interesaban por él en seguida, arrastrados por una inexplicable simpatía, y el sultán fué de este número.

Entre las varias preguntas que le hizo, fué una de ellas si tenía instrumentos para hacer observaciones, y á la respuesta afirmativa del príncipe le dijo que quería verlos, y que podía ir en seguida por ellos.

Apenas hubo pronunciado esta palabra, cuando el kaid fué á tomar la mano de Alí-Bey para acompañarle; pero éste, sin moverse, hizo observar al sultán que era indispensable aguardar al día siguiente, porque no quedaba bastante tiempo para prepararlos en aquel día.

El kaid se quedó mudo de terror y asombro, y miró casi con espanto al príncipe.

En Marruecos jamás se contradice al sultán, y era quizá la vez primera que un hombre se atrevía á tanto. Si el kaid mismo lo hubiese hecho así, de seguro que su cabeza no hubiera estado á los dos minutos sobre sus hombros.

El sultán, empero, pareció no advertir aquella falta terrible de etiqueta: tal era ya el imperio que en él ejercía el príncipe desde su primera entrevista, y le contestó:

—Enhorabuena. Tráelos mañana.

—¿Á qué hora?

—Á las ocho.

—No haré falta.

Y Alí-Bey se despidió del sultán saliendo con el kaid.

Al día siguiente y á la hora señalada volvió al cas-

tillo. Aguardábale el sultán en el mismo sitio con su príncipe fakih ó mufti y otro favorito. Tenía delante un servicio de té completo.

No bien llegó el príncipe, cuando le hizo subir la escalera y sentarse á su lado. Tomó en seguida la tetera, puso té en una taza, y habiéndola acabado de llenar con leche, se la presentó por su propia mano. Mientras Alí-Bey la tomaba, pidió el emperador papel y pluma. Trajéronle un pedazo de mal papel y un tintero de cuerno con una pluma de caña: escribió en cuatro líneas y media una oración que dió á leer á su fakih, y como éste le advirtiera que había olvidado una palabra, el sultán tomó el papel y la añadió. Acabado de tomar el té, presentó al príncipe su escrito para hacérselo leer, y acompañó su lectura señalando con el dedo, palabra por palabra, sobre el papel, y corrigiendo sus defectos de pronunciación como hace un maestro con su discípulo. Acabada la lectura, le rogó que guardase aquel escrito como recuerdo suyo.

Dióle el sultán varias veces señales de su afecto. Pidió sus instrumentos, los miró pieza por pieza y con la mayor minuciosidad, haciendo que le explicase aquello que le era desconocido ó cuyo uso ignoraba. Manifestaba un placer sumo, y pidió á Alí-Bey que hiciese una observación astronómica en su presencia; para satisfacerle, tomó éste dos alturas de sol con el círculo multiplicador. Enseñóle en seguida diferentes libros de tablas astronómicas y logarítmicas que llevaba consigo, para hacerle ver que de nada servían los instrumentos si no se entendían aquellos libros y otros muchos más. El sultán quedó extrañamente sorprendido al ver tantas cifras. Ofrecióle entonces Alí-Bey sus instrumentos; pero le respondió que los guardase, pues él sólo sabía usarlos.

—A más de que, dijo, bastantes noches nos quedarán para mirar juntos al cielo.

Entonces vió claramente Alí-Bey que el emperador trataba de conservarle junto á su persona y agregarle á su servicio, lo cual ya antes había manifestado con otras expresiones. Añadió que deseaba ver los otros instrumentos; ofreció Alí-Bey llevárselos al otro día, y despidióse de él.

Volvió á la mañana siguiente y subió á su habitación.

El emperador marroquí estaba recostado sobre un pequeño colchón y una almohada, y delante de él, sentados sobre una alfombra, su gran fakih y dos de sus favoritos. Luego que vió al príncipe Abbassida, se sentó y dió orden de traer otro colchón de terciopelo azul lo mismo que el suyo; hízolo poner á su lado, y obligó á Alí-Bey á sentarse en él.

Después de algunos cumplidos de una y otra parte, mandó este último traer una máquina eléctrica y una cámara oscura, presentándoselas al sultán como dos objetos de pura diversión que no tenían aplicación alguna á las ciencias. Habiendo montado las dos máquinas, colocó la cámara oscura en frente de una ventana. El sultán se levantó y entró dos veces en la cámara, cubriéndole el mismo Alí-Bey con su bayeta durante el largo espacio de tiempo que se entretuvo en considerar los objetos transmitidos por la máquina, lo cual fué realmente una prueba inmensa de confianza.

Divirtióse luego el sultán en ver detonar la botella eléctrica diferentes veces; pero lo que colmó su pasmo fué el experimento de la conmoción eléctrica. Hízosela repetir á Alí-Bey muchas veces, teniéndose todos asidos por la mano para formar cadena, y luego le pidió largas explicaciones sobre las máquinas y sobre la influencia de la electricidad.

En esta entrevista acabó de echar raíces en el ánimo del sultán su afecto por Alí-Bey, al que reiteró cien ve-

ces su amistad, y á quien no tardó en dar de ella una prueba real, según vamos á ver.

Hallábase Alí-Bey en la noche de aquel día en compañía de sus amigos, cuando llegó un criado del sultán trayéndole un regalo de su parte. Mandóle introducir al momento, y se presentó postrándose y poniendo delante del príncipe un envoltorio cubierto de una tela de oro y plata. La curiosidad de ver el primer regalo del emperador de Marruecos le hizo que abriera apresuradamente el envoltorio, y encontró..... dos panes bastante negros.

Alí-Bey pareció quedar sorprendido, como si no comprendiera toda la importancia de aquel regalo; pero bien pronto le sacaron de dudas los plácemes que se apresuraron á darle cuantos estaban en su compañía, diciéndole:

—¡Dichoso de vos! ¡Qué felicidad la vuestra! ¡Ya sois hermano del sultán! El sultan es hermano vuestro.

Y otras frases por el estilo.

Efectivamente, el signo más sagrado de fraternidad entre los árabes es presentarse mutuamente un pedazo de pan y comer entrambos; de consiguiente, los panes enviados por el sultán eran la mayor prueba que podía dar de cariño: eran su signo de fraternidad con Alí-Bey.

El 11 de Octubre recibió éste un mensaje del sultán por conducto del kaid. Le advertía que estuviese pronto á partir con él al día siguiente, previniéndole que pidiese cuanto necesitara; pero Alí-Bey, contradiciendo por segunda vez al emperador (cosa inusitada en aquel país), dijo que le era imposible partir tan pronto, y que necesitaba permanecer en Tánger algunos días. El sultán, sin embargo, no se incomodó por esto, y le concedió diez días.

Muley Solimán, que así se llamaba entonces el soberano de Marruecos, partió el 12 muy de madrugada, y

Alí-Bey comenzó á hacer sus preparativos para partir á su vez.

Ahora bien; ¿quién era ese hombre que, poco después de haber llegado á Tánger, desplegaba un lujo y un fausto verdaderamente orientales?

¿Quién era ese hombre que se hacía reconocer como príncipe Abbassida, como scheriff descendiente de Abul-Abbas, tío del profeta, cuya dinastía ocupó el trono del califato por espacio de siete siglos?

¿Quién era ese hombre que por su fausto, sus riquezas y sus regios regalos á cuantos entraban en relación con él se conciliaba el respeto, por sus conocimientos y sabiduría, la veneración, y por su conducta, el amor de todos?

¿Quién era, en fin, ese hombre á quien el sultán llamaba hermano, y por el cual sintió á la primera entrevista una simpatía tan profunda que lo quiso allegar á su persona, abriéndole el camino del favoritismo, de las grandezas y de los honores?

¿Quién?....

Vamos á decírselo á nuestros lectores.

Era un cristiano, era un catalán llamado Domingo Badía y Leblich.

Su historia en África, que luego relataremos, parece una novela.

Veamos antes á qué iba ese hombre al África, impulsado por su genio, por su corazón y por su amor á la ciencia.

II.

D. Domingo Badía y Leblich había nacido en Barcelona el 1.° de Octubre de 1767, dedicándose con ardor al estudio desde sus primeros años. No es verdad que estudiara en la Universidad de Valencia, como se ha

dicho. Su genio libre y fogoso nunca se avino bien con los reglamentos escolares. Con efecto, Badía no conoció más aulas que su propia habitación: encerrábase en ella, provisto de los libros que más se conformaban con su inclinación, y pasaba muchas horas entregado al estudio. Primero se dedicó con ardor al de las matemáticas, á la delineación y al dibujo; siguió la geografía, astronomía, física y música; pero su atención se fijó particularmente en el estudio de las lenguas orientales, y especialmente el árabe moderno, el cual llegó á serle tan familiar, que parecía su propio idioma.

Con estos conocimientos asombrosos para su corta edad, llamó la atención del Gobierno de Carlos III, que á los catorce años le confirió el destino de administrador de utensilios de la costa de Granada. A los diez y nueve era ya contador de guerra con honores de comisario, y á los veinteséis Carlos IV le nombraba administrador de tabacos de Córdoba.

Pero estos empleos, aunque eran ciertamente unos testimonios de su mérito en razón de la corta edad en que los obtuvo, no estaban en armonía con los estudios que había hecho ni podían darle ocasión para desplegar su genio extraordinario, limitando sobradamente la esfera de su existencia. Con el objeto, pues, de ensancharla, y sintiéndose llamado por su vocación y por sus alientos á más altas empresas, presentó al Gobierno de Carlos IV en 1801 un proyecto de viaje científico al interior de África, y examinada por orden del rey y reconocida su utilidad, fué nombrado para realizarle el mismo Badía.

Había éste contraído estrecha amistad con el sabio naturalista D. Simón de Rojas Clemente, que á la sazón se hallaba regentando una cátedra de árabe, el cual, luego que supo el proyecto de Badía, quiso asociarse á la expedición.

En su consecuencia, ambos amigos salieron de Madrid para París y Londres en 12 de Mayo de 1802, en cuyas capitales entablaron relaciones con los sabios más distinguidos y con los más importantes establecimientos científicos, proveyéndose allí de los instrumentos más necesarios para las observaciones, y adquiriendo también una magnífica colección de historia natural, que enviaron al Real Gabinete.

Entonces fué cuando el príncipe de la Paz, valido de Carlos IV, y el hombre omnipotente por aquel tiempo en España, concibió una idea que, á ser realmente suya, como afirma en sus *Memorias*, le honra ciertamente en gran manera. Conocía á Badía, con quien tuviera algunas conferencias, y decidió cambiar su viaje de científico en político.

Nos es preciso ahora entrar en algunas consideraciones para comprender los motivos que impelieron al príncipe de la Paz á semejante resolución, así como también para hacernos cargo de cuál era la verdadera misión que llevaba al África el que hemos visto desembarcar en ella bajo el nombre de Alí-Bey.

El mismo príncipe de la Paz lo explica minuciosamente en sus ya citadas *Memorias*, y á su texto nos atenemos.

La idea del valido de Carlos IV fué primero la de encargar á Badía y á Clemente un viaje, que á la vista del extranjero pasase solamente por científico, al África y al Asia; mas cuyo objeto principal debía ser la inquisición de los medios de extender nuestro comercio en las escalas de Levante desde Marruecos al Egipto, y hacer la misma indagación sobre los planes y medidas que convendría adoptar para montar nuestro comercio en la región del Asia con entera independencia de la Europa, para formar enlaces comerciales y políticos con el imperio chino, y organizar allí el tráfico directo de los pesos

fuertes españoles sin que en él interviniesen otras manos que las nuestras. A estos encargos se debía añadir el de adquirirse cuidadosamente cuantos artículos exóticos de cultivo ganancioso les fuese dable recoger ó sorprender en las islas del Asia para aclimatarlos en la América.

De estos varios objetos mencionados, había uno mayormente que, según el príncipe de la Paz confiesa, era en él una idea fija, viva siempre en su espíritu hasta soñar en ella con frecuencia, y era buscar el modo de adquirir los españoles una parte especialísima del comercio interior del África por el conducto de Marruecos. Multitud de artículos de nuestra producción, poco ó nada estimables en América, y de valor también muy corto y nada cierto en los mercados de Europa, podían hallar salida en los países africanos con preciosos cambios.

«Pocos habrá que ignoren, dice el mismo príncipe, la riqueza y variedad de objetos de exportación que ofrece el África interior en polvo de oro, marfil, ámbar gris, gomas, pimienta arábiga, cueros, algodón, añil, cera, sen, anatrón, aloe, plumas de avestruz, etc., sin añadir á esto la granjería de esclavos, indigna de nombrarse,» añade, pero recibida y buscada codiciosamente en aquel tiempo sin ningún rebozo como ahora. «A estos varios artículos, procedentes de las caravanas, se juntaban los que eran propios de Marruecos, granos inagotables, ricos frutos de salida cierta en todos los mercados de Europa, ganados abundantes, caballos sin igual para el servicio de la caballería ligera, buenas lanas, tejidos estimables de esta especie, y los preciosos tafiletes amarillos inimitables en Europa. Sabidos son también los objetos más preciados de importación para lo interior del África, consistentes en armas blancas y de fuego, pólvora, plomos, abalorios y bujerías de toda especie, telas bastas de lana, sederías, cotonadas, papel, lato-

nes, vidriado, corales, granates, ágatas, etc.; mercancías que podían todas ellas surtirse por nosotros de primera mano, dando pasto á la industria de todas las provincias, sobre todo á la Cataluña, la Vizcaya, las dos Castillas, Valencia, Granada y Murcia. Lo que, menos perfecto en nuestras fábricas, no podía hallar consumo en otras partes, lo debía encontrar ilimitadamente en las ferias de Sus, donde se tenía un comercio activo en la parte central de la Nigricia de Occidente, Tombuctú, Dijinia, Sego y otros puntos de la otra parte del desierto. Establecido este comercio, no debía quedar ni un rezago ni ninguna cosa de desecho en nuestras fábricas.»

Tales son las palabras del príncipe de la Paz.

Esta oscura ensenada de comercio se hallaba realmente descuidada por las demás naciones comerciantes, que encontraban mejor su conveniencia traficando á un mismo tiempo con el África y el Asia en los mares del Oriente y en la Arabia y el Egipto. España solamente, por su posición geográfica, podía beneficiar este otro cabo de comercio africano, sin temer la concurrencia. Según las ideas del príncipe, á nuestras mismas puertas, la travesía de pocas horas, casi bajo el amparo de nuestras baterías, casi á cubierto de enemigos, aun dado el caso de una guerra, nuestro comercio con el África debia ofrecer empleo seguro y ventajoso, no tan sólo á los grandes negociantes, sino también á los más cortos, hasta al humilde pescador de un barquichuelo y de una vela.

«Hacíase, empero, necesario para tal empresa, continúa, tener puertos y asientos propios en los lugares aptos y oportunos de las costas marroquinas, como los tuvo el Portugal en otro tiempo, y como, unido después éste á la Corona de Castilla, los tuvimos también nosotros, si bien no se sacó ningún provecho de aquellas posesiones, puesta entonces nuestra codicia toda entera,

por desgracia nuestra, en los negocios de la América. Con otra gente menos idiota y desleal que la morisma, habría cabido un buen tratado de comercio, cuyo provecho hubiese sido mutuo entre Marruecos y la España, mayor quizá para los mismos marroquíes por la doble ventaja del movimiento comercial que habrían tomado sus provincias, y del inmenso desarrollo que se habría seguido de su cultivo é industria, puesta en mayor contacto con la Europa, y derramada en sus mercados. Difícil, sin embargo, como era persuadir á los moros sus verdaderos intereses, y mucho más lograr que consintiesen en hermanarlos con los nuestros, todavía pensé yo que se podría sacar partido de la situación política en que el monarca de Marruecos se encontraba entonces.

»Reinaba á la sazón Muley Solimán, príncipe más bien dado á la contemplación del Alcorán que á los negocios del Gobierno, muy más bien alfaquí, como de profesión lo era, que señor de un vasto imperio; flaco y perezoso, nada propio para las armas. Sus provincias del Atlas se hallaban invadidas por las tribus libres de aquel punto, y el scherif Ahhmed, levantando en Sus el estandarte de la rebelión, desafiaba su poder en aquel punto y amenazaba hacerse dueño del imperio. Scherif por scherif, y déspota por déspota, los pueblos de Marruecos debían ganar en aquel cambio, porque Ahhmed tenía talentos y prendas singulares para el trono. Muley se hallaba en gran peligro de perderle, como le perdió más tarde.

»En tales circunstancias me pareció poder lograr mi pensamiento, si, indicándole una alianza con España y ofreciéndole socorrerle contra sus enemigos, se pusiese por condición la de cedernos dos puertos por lo menos, á contento entero nuestro, uno de ellos en el Estrecho y otro en el Océano, prestándose igualmente á celebrar

un pacto de comercio en sus estados sin condiciones onerosas y sin ningunas restricciones. Menos escrupuloso que lo que merecían aquellos pueblos semi-bárbaros, como enemigos muy dañinos, y como amigos muy gravosos y muy falsos, desde un principio hubiera yo tomado otro camino más derecho; pero había dos motivos para obrar más cuerdamente: lo primero la voluntad de Carlos IV, incapaz de aprobar ninguna empresa que ofreciese ni un solo viso de injusticia; y lo segundo, la necesidad de no alarmar á Inglaterra.

»Pronto, no obstante, se nos vino á mano la ocasión de una guerra, bajo todas luces justa. Muley Solimán, cuya moderación y cuya paz, mientras duró la lucha con la nación inglesa, nos costó algunas parias bajo el nombre de regalos, como hubiese cesado había ya más de un año este tributo inicuo, se nos atrevió á pedirlo como un derecho ya adquirido, y del recuerdo pasó luego á la amenaza de interrumpir nuestro comercio en sus estados.

»Negados los presentes, se mostró su despecho á poco tiempo impidiendo comprar granos en sus puertos y retirando enteramente su protección á nuestros buques. Tras de esto se siguieron los amagos contra nuestros presidios, y vejaciones y durezas ejercidas con los negociantes españoles, violando á cada paso los tratados y las costumbres recibidas. Sobraban los motivos para tomar satisfacción á mano armada é invadir los estados de aquel príncipe; mas siguiendo mi pensamiento y mis deseos también de que en el caso de una guerra se hiciese ésta con acierto y con muy pocos sacrificios, concebí el raro medio de que Badía pasase á aquel imperio, no ya como español, mas como árabe, como un ilustre peregrino y un gran príncipe descendiente del Profeta, que habría viajado por Europa y volvería á su patria dando la vuelta al África y siguiendo á la Arabia á visitar la Meca.

»Su objeto principal sería ganar la confianza de Muley, y, presentada la ocasión, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia y alianza contra los rebeldes que combatían su imperio y amenazaban su corona. Si esta idea era acogida, debía ofrecerse él mismo para venir á negociar acerca de ella en nuestra corte con poderes amplios. Si no alcanzaba á persuadirlo, debía explorar el reino con el achaque de viajero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinión de aquellos pueblos, y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley; por manera que entrando en guerra pudiésemos contar con su asistencia y obrar de un mismo acuerdo en interés recíproco bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala para poder hacernos dueños de una parte del imperio, la que mejor nos conviniese.

»Badía era el hombre para el caso. Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de fantasía y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos; hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu, le hacían apto para aquel designio.»

Hemos dejado hablar al mismo príncipe de la Paz, á fin de que nuestros lectores comprendieran toda la transcendencia é importancia de su proyecto. Atrevido era y osado, peligroso y difícil; pero Badía se encargó de llevarlo á cabo.

«Tales fueron las veras con que aceptó mi encargo, añade Godoy, que, sin consultar con nadie y de su solo acuerdo, osó circuncidarse, sola cosa que le faltaba para el difícil y arriesgado papel que debía hacer entre los mahometanos.»

Así fué. Badía llamó en Londres á un facultativo acreditado y confió á su destreza la peligrosa operación, que, según parece, fué terriblemente dolorosa

para nuestro paisano Badía, haciéndole padecer mucho y ocasionándole una enfermedad de que sólo muy lentamente convaleció.

En seguida, con el fin de que pudiera fascinar por completo al monarca y validos de aquella corte semibárbara, halló medio de forjarse él mismo una genealogía completa árabe, como hijo de Othman-Bey, príncipe Abbassida y descendiente del Profeta, y, así que estuvo ya restablecido del todo, apareció un día en Londres con traje musulmán para comenzar á representar su papel.

Algún tiempo después, revestido Badía con todas las señales exteriores, y con sus inmensos conocimientos en las ciencias físicas y matemáticas y en las costumbres y literatura oriental, regresó á España, donde recibió las instrucciones reservadas, los numerosos documentos y recomendaciones que debían sostenerle en su peligrosa empresa, y que con los demás medios materiales le facilitó el poderoso valido príncipe de la Paz, el cual también, según parece, aseguró la subsistencia de su mujer é hija con una pensión de 12.000 reales.

En cuanto á Rojas Clemente, no le acompañó, que bien lo hubiera querido, porque el príncipe de la Paz no lo halló conveniente.

Marchóse, pues, solo Badía, desembarcando en Tánger, según hemos visto, y cortando desde entonces toda correspondencia hasta con su familia para dejar al Gobierno español en entera libertad de hablar de él según mejor conviniese al objeto de sus viajes. El secreto por de pronto no fué comunicado á nadie por el príncipe de la Paz. Desapareció ya entonces por completo la personalidad de Badía, ostentándose en su lugar la grandiosa figura de Alí-Bey el Abbassi. El Gobierno español le recomendó eficazmente á todos sus cónsules y agentes en África como si fuese un árabe que había

permanecido largo tiempo en Europa, que en ella había hecho sus estudios y que se había adquirido en ella generales simpatías.

Por lo que toca personalmente á Alí-Bey, ya hemos visto cómo su elegante y simpática figura, su porte majestuoso, el lujo que ostentaba, sus títulos escritos en árabe antiguo y admirablemente confeccionados con sus sellos y signaturas, la minuciosidad de sus prácticas religiosas, su completa posesión del idioma árabe, y más que todo, sus inmensos conocimientos en astronomía, química, historia natural, geografía, dibujo y medicina, llamaron desde luego hacia tan eminente personaje el respeto y la consideración de aquellos pueblos incivilizados, sin que ni por asomo se suscitara por el pronto la más pequeña duda acerca de su descendencia. Por lo demás, buen cuidado tuvo él de circular la idea de que durante su larga permanencia en Europa había adoptado en parte sus usos, y que, al *restituirse* á África, experimentaba la sensación de un europeo que se hallara en semejante caso y jamás hubiese salido de su país.

Y ahora que ya sabemos quién era aquel príncipe oriental que hemos visto llegar á Tánger; ahora que ya nuestros lectores saben que tras la figura y nombre del árabe Alí-Bey se ocultan la figura y nombre del catalán Badía; ahora que ya le tenemos introducido en la corte del sultán y en camino de ser su favorito, vamos á seguirle paso á paso en sus curiosos viajes, en sus novelescas aventuras y en su arriesgada y temeraria emprèsa.

III.

Nuestros lectores recordarán que Alí-Bey (á quien continuaremos llamando así) había pedido al sultán

diez días para disponer su viaje y salida de Tánger.

Dispuesto ya todo lo necesario para la marcha, empleó Alí-Bey todo el martes 25 de Octubre en hacer salir de la ciudad todos sus bagajes, yendo él á acampar á 100 toesas al Oeste de las murallas, donde había ya hecho reunir sus tiendas, gentes y equipajes. Salió de Tánger después de hecha su oración en la mezquita, acompañándole á caballo el kaid, los fakihs y talbes de la ciudad, con otras personas de importancia, unos montados y otros á pie, que no quisieron abandonarle hasta el sitio donde había levantado su tienda, y que así le acataban para honrar en él al viajero ilustre y al favorito del sultán.

Antes de salir Alí-Bey de su casa, uno de los fakihs le cogió el índice de la mano derecha y lo pasó por la superficie de una de las paredes de su cuarto, haciéndole trazar ciertos caracteres misteriosos para lograr buen viaje y feliz regreso.

Llegada la noche, todos los personajes que le habían acompañado se reunieron en su tienda, donde le ofrecieron una cena suntuosa, despidiéndose luego de él y retirándose á la hora de cerrar las puertas de la ciudad.

El miércoles 26 por la mañana, cuando Alí-Bey acababa de dar orden de levantar el campo para emprender la marcha, se presentaron á saludarle por última vez el kaid y todos los fakihs. Formaron un círculo alrededor suyo, dirigieron juntos á Dios dos oraciones para que le concediese un feliz viaje, y después de abrazarle afectuosamente, se separaron de él con lágrimas en los ojos.

Alí-Bey, enternecido con aquella afectuosa despedida que jamás había alcanzado personaje alguno en Tánger, montó á caballo y partió.

No pueden leerse sin conmoción las líneas que en su *Dietario* escribió Alí-Bey aquel día.

«En el momento en que me encontré solo, dice, quedé sumergido en la más profunda meditación. En efecto, educado en diferentes países de la Europa civilizada, me veía por primera vez al frente de una caravana, caminando por un país salvaje, sin otra garantía para mi seguridad individual que mis propias fuerzas. Partiendo de la costa septentrional de África, é internándome en el Mediodía, decíame á mí mismo:—¿Seré bien recibido en todas partes? ¿Qué vicisitudes serán las que me aguardan? ¿Cuál es el término de mis proyectos? ¿Seré acaso víctima desgraciada de algún tirano? ¡Ah! no, de ningún modo. El gran Dios, que desde lo alto de su trono ve la pureza de mis intenciones, me prestará su auxilio. —Salido de este estado de abatimiento, saqué la consecuencia siguiente:—Pues Dios, con su mano todopoderosa, me ha conducido felizmente hasta aquí á través de tantos escollos, con igual felicidad me llevará hasta el fin.»

El *Dietario* de Alí-Bey, del cual acabamos de entresacar las anteriores líneas, lo escribió en árabe, y es preciso tener en cuenta que figuraba ser el que escribía un musulmán, cuya juventud había transcurrido en Europa. Hacemos esta advertencia para que la tengan presente nuestros lectores siempre que citemos las memorias de Alí-Bey.

El 28 llegó con toda su comitiva y equipajes á Alcazalquivir, y atravesó los sitios en que tuvo lugar la famosa rota de D. Sebastián, pasando luego á la ciudad de Alcázar, en donde el ilustre viajero fué bien recibido y obsequiado. El gobernador quiso añadir seis soldados á su escolta y le envió una cena abundante aquella noche, mandándole también una segunda cena otro personaje de suposición.

De advertir es que, á medida que el viajero iba adelantando, hacía curiosas observaciones sobre los sitios

que atravesaba, sobre las plantas y animales que veía, sobre las costumbres de los pueblos, sobre el estado de la atmósfera, etc.; observaciones que trasladaba á su *Dietario*, digno de leerse bajo todos conceptos.

Vamos nosotros siguiéndole en su viaje.

El 29 atravesó el río Lukos, aquél al cual se refiere nuestro famoso poeta Herrera cuando dice, hablando de la ruína del ejército de D. Sebastián:

> "Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
> murió el vencido reino lusitano
> y se acabó su generosa gloria,
> no estés alegre y de ufanía llena
> porque tu temerosa y flaca mano
> hubo sin esperanza tal victoria,
> indina de memoria.
> Que si al justo dolor mueve á venganza
> alguna vez el español coraje,
> despedazada con aguda lanza
> compensarás muriendo el hecho ultraje,
> y Luko, amedrentado, al mar inmenso
> pagará de africana sangre el censo.„

Profecía del poeta que la España se ha encargado de cumplir en nuestros días.

Sin incidente alguno digno de referirse, Alí-Bey llegó el 1.° de Noviembre á la ciudad de Mequínez, donde ya se tenía noticia de su llegada y todo estaba dispuesto para recibirle, según orden expresa del sultán.

Mequínez está situada en una pequeña altura, y un triple lienzo de murallas rodea su recinto, capaz de contener un ejército numeroso, además de la población. Dichas murallas tienen 15 pies de altura sobre 3 de espesor, con algunas aberturas ó aspilleras de trecho en trecho. La ciudad, mirada desde lo alto del camino, presenta una hermosa perspectiva con sus torres, y está rodeada de huertas y olivares en anfiteatro.

Alí-Bey entró á descansar en una pequeña capilla que existe aún á la puerta de la ciudad, y por medio de uno de sus criados envió á participar su llegada al gobernador. Poco tardó en llegar un oficial de palacio enviado por el sultán para recibirle, el cual le condujo con todos sus bagajes á la casa que se le tenía preparada.

Al entrar en ella se encontró el príncipe Abbassida al superintendente del Tesoro, quien, después de los cumplidos acostumbrados, se informó de cuanto necesitaban, tanto Alí-Bey como su gente y los animales, pues había recibido orden de proveer absolutamente á todos sus gastos sin excepción.

El sultán hacía las cosas en grande.

Además de esto, el gobernador de la ciudad le envió á las nueve de la noche una magnífica cena.

A la mañana siguiente pasó á visitar al primer ministro del sultán, que se llamaba Sidi Mohamet Salaouí, quien le manifestó que tenía orden de presentarle al emperador el día siguiente.

Decididamente el sultán había cobrado un afecto y una simpatía inexplicables por el que creía ser un príncipe Abbassida.

Cuando Alí-Bey se hubo retirado á su casa, recibió el presente de una magnífica comida que le envió el ministro.

El día 4 fueron á buscar á Alí-Bey de orden del sultán, conduciéndole á la mezquita de palacio, en donde no tardó en llegar Muley Solimán.

Como era viernes hubo sermón y en seguida la oración acostumbrada, siendo de notar que este sermón, predicado por un fakih del emperador, consistió, como otro que oyera en Tánger Alí-Bey, en alentar el odio de los verdaderos musulmanes contra los cristianos, insistiendo el orador con energía en que «era grave pecado mantener comercio con los cristianos, á los cuales

no se les debía vender nada, ni darles género alguno de víveres y alimentos.»

Alí-Bey oyó este sermón con la religiosidad de un verdadero creyente.

Cumplidos los deberes religiosos, se presentó al sultán, que le recibió con grandes muestras de alegría y deferencia, diciéndole que pensaba partir dentro de breves días para Fez, empeñándole á tratar de este asunto con su ministro el Salaouí.

Salido de la mezquita, pasó Alí-Bey á verse con este personaje, quien le rogó con instancia pidiese cuanto necesitara para salir al día siguiente y marchar á Fez, donde sería alojado en casa de Muley Edris, que era entonces un santo muy célebre y venerado.

El príncipe Abbassida, cumpliendo esta orden, se retiró á su casa para hacer sus preparativos de marcha.

Al día siguiente, 5 de Noviembre, le llevaron por la mañana, de orden de Salaouí, las mulas que necesitaba y cinco soldados de á caballo que debían agregarse á su escolta, y salió en seguida de Mequínez, llegando á Fez después de un viaje feliz y corto.

IV.

Poco llama la atención la pintura que de Fez hace Alí-Bey. Según dice, las calles son muy oscuras, porque, no solamente son estrechas en términos de ser imposible marchar de frente dos hombres á caballo, sino también porque las casas, que son altísimas, tienen en el primer piso un vuelo ó proyección que quita mucha luz; inconveniente que se aumenta más con la especie de galerías ó pasadizos que reunen la parte superior de las casas por ambos lados, á lo cual es necesario añadir las murallas elevadas de distancia en distancia

para servir de apoyo á las casas de ambas aceras, y agujereadas en forma de arco. Estos arcos se cierran por la noche; de modo que la ciudad se halla entonces dividida en varios cuarteles, absolutamente incomunicados unos con otros.

Fez contiene multitud de mezquitas, cuyo número hacen subir á más de 200. La principal se llama el Karubín, y en ella se cuentan más de 300 pilares, con muchas puertas y dos hermosas fuentes en el patio. La mezquita de Fez cuenta la singularidad de poseer un sitio cerrado ó cubierto destinado á las mujeres que quieran participar de la oración pública. «Circunstancia que es única y peculiar de este monumento, dice el ilustre viajero, porque no habiendo nuestro santo profeta señalado á las mujeres lugar en el Paraíso, los musulmanes tampoco les hemos destinado sitio en las mezquitas, y las eximimos de concurrir á la oración pública.»

La mezquita más frecuentada en Fez, y al mismo tiempo nada parecida á las demás, es la dedicada al sultán Muley Edris, fundador de la ciudad, y por esta razón venerado como santo. En dicho santuario reposan sus cenizas.

El templo, como todos los monumentos de este género, tiene un patio rodeado de arcos; pero la parte cubierta es un gran salón cuadrado sin arco ni pilares. Su techumbre es altísima, de madera, y adornada de arabescos; forma una pirámide octógona, que solamente estriba en las cuatro paredes del salón.

El sepulcro del sultán Muley Edris está colocado á la derecha del nicho del imán, y cubierto con una tela pintarrajada de varios colores; dicha tela está en extremo sucia, á causa de la devoción de los visitantes. En lo interior del sepulcro hay colgadas gran número de lámparas de vidrio y arañas de cristal. A ambos lados del sepulcro se ven dos grandes cajones para recibir las ofrendas pecuniarias.

Es este santuario el asilo más sagrado de todo el imperio; el criminal, aun el culpable de crimen de lesa majestad ó de alta traición, está allí seguro, y nadie tiene derecho para arrestarlo.

Las demás mezquitas son pequeñas y miserables, excepto la que se halla en el palacio del sultán, que es grande, mas no por esto, según Alí-Bey, que es quien todas estas noticias nos proporciona, mejor construída ni con carácter alguno de belleza que la distinga de las demás.

El palacio del sultán se compone de muchos patios, unos á medio construir, otros medio arruinados, los cuales sirven de entrada á habitaciones en que no le fué dado penetrar al intrépido viajero. En el primer patio se ven ya guardias y puertas cerradas que sólo se abren á los empleados, á los criados de la casa ó á los que gozan de privilegio particular. En el tercer patio se halla una casita de madera, semejante á las de los dependientes de aduanas de Europa, á la cual se sube por cuatro escalones. Por dentro la cubre una tela pintada, y sobre el pavimento hay una alfombra. En frente de la puerta hay un lecho con sus cortinas, á un lado una silla y al otro un pequeño colchón. La extensión de este gabinete no excede de 15 pies cuadrados, y era, en la época en que Alí-Bey visitó Fez, el sitio donde el sultán, sentado en la silla ó recostado en la cama, recibía las personas que habían obtenido el permiso de serle presentadas; pero que jamás pasaban de la puerta, pues sólo los favoritos tenían el privilegio de entrar y sentarse en el colchón. Por lo que á Alí-Bey toca, siempre gozó de esta distinción particular.

En el mismo patio existe una capilla ó pequeña mezquita, en la que Muley Solimán hacía diariamente sus oraciones, menos los viernes, en cuyo día se trasladaba á la gran mezquita de palacio, que está abierta al

público por medio de una puerta que cae á la calle.

En el segundo patio se hallaban entonces las oficinas del ministerio. Había, y habrá ahora lo mismo, un portal sucio, bajo y húmedo, situado al pie de una escalerilla; la pieza podría tener unos cinco pies de ancho sobre ocho de largo; las paredes eran en extremo sucias y descostradas, sin verse allí otros muebles ó adornos que una vieja alfombra que cubría el suelo. En un rincón de este miserable recinto, el ministro se mantenía ordinariamente sentado en cuclillas, teniendo á su lado un mal tintero de cuerno, y en un pañuelo de seda algunos papeles, junto con un libro de memorias para apuntaciones. Cuando salía, cerraba su tintero, envolvía en el pañuelo papeles y libros y los ponía bajo el brazo, de modo que al marchar se llevaba consigo todos sus archivos.

El palacio, prosigue diciendo nuestro viajero, está situado sobre una eminencia en un cuartel ó arrabal que se halla fuera de la ciudad de Fez, llamado *Nueva Fez*. Los judíos están obligados á vivir en dicho cuartel, donde los cierran por la noche.

El jardín de palacio no es más que un simple huerto con algunos árboles y varios edificios de puro ornato. Llaman á este jardín *Buchelú*. El río de Fez atraviesa el palacio: al entrar en la ciudad se divide en dos brazos, los cuales suministran la grande abundancia de agua que se ve en las casas y mezquitas; de modo que apenas se hallará casa sin fuente; en los edificios de alguna consideración hay, por lo menos, dos, y á veces más. La ciudad contiene gran número de molinos.

Fez posee muchísimos baños públicos, un recinto compuesto todo de almacenes de lienzos, sedas y efectos ultramarinos que forman el sitio llamado El-Kaisería, un hospital ú hospicio para locos y algunos otros establecimientos.

La ciudad está cercada en todo su vasto recinto con murallas que, aunque se mantienen en pie, no por eso dejan de ser muy antiguas y deterioradas. Sobre dos de las eminencias que hay al Oriente y al Occidente de la ciudad, se ven dos fortalezas muy antiguas, que consisten en un simple cuadrado de murallas de 60 pies de frente.

V.

Tal es la ciudad á la cual llegó Alí-Bey, y en la que debía esperar al sultán.

Habíale precedido un oficial con una orden del monarca para el anciano Hadj Edris, á fin de que mandase preparar alojamiento para nuestro héroe, asistiéndole y sirviéndole en todo cuanto necesitase.

En su consecuencia, se alojó en su casa al llegar á Fez.

Ya hemos dicho que las cenizas de Muley Edris, fundador de aquel imperio, se veneraban en su santuario de Fez, donde también se habían establecido sus descendientes, mirados como la familia más ilustre del país, con el nombre de *scherifs de Muley Edris*. El jefe de esta familia tomaba el título del *emkaddem* ó el antiguo. El emkaddem, cuando Alí-Bey llegó á Fez, era el mismo Hadj Edris, á quien fué recomendado por el sultán.

Era un anciano venerable, y como los jefes de su familia antecesores suyos, administraba los fondos que estaban colocados en cofres al lado del sepulcro del santo, como también las limosnas de granos, animales y otros efectos que los habitantes ponían á su disposición á título de tributo; él mismo hacía la distribución entre los scherifs de la tribu, la mayor parte de los cuales se mantenían con dichos fondos, aunque los había

muy ricos, ya por los inmensos bienes de que eran poseedores, ya por el comercio que hacían, tanto ellos como el emkaddem.

Era tan grande, y lo es aún, la veneración que tienen los habitantes de Fez á Muley Edris, que en todas las situaciones de la vida, y aun por movimiento indeliberado, en vez de invocar á Dios, invocan á Muley Edris.

Hadj Edris recibió con grande agasajo al enviado del sultán; pero como era tan viejo que apenas podía andar y no se hallaba en estado de manejarse por sí mismo, su hijo mayor, llamado Hadj Edris Rami, fué quien se encargó del huésped que les enviaba el emperador, llegando á contraer con él lazos de íntima amistad y viva simpatía.

Al día siguiente de su llegada á Fez, recibió Alí-Bey la visita de los principales scherifs de la tribu de Edris y de otras muchas de la ciudad. En estas visitas las preguntas eran innumerables, las observaciones infinitas, como también las noticias é informes pedidos á los criados de Alí-Bey por todos los medios imaginables. Hacíanles sufrir verdaderos interrogatorios con relación á la persona de su amo; pero los molestos preguntones quedaron tan satisfechos de las respuestas de los sirvientes, que antes de pasar el segundo día ya habían besado cien veces la barba del príncipe Abbassida, y los más distinguidos le pedían que les otorgara la gracia de contarlos en el número de sus amigos.

Los Edris, por su parte, sabedores también del cariño que le profesaba el sultán, de la sabiduría que le adornaba, de las numerosas prácticas religiosas á que se entregaba, estaban encantados con su huésped, y como creían tenerle largo tiempo en su compañía, nada escaseaban para hacer agradable su permanencia en aquella casa. Empero Alí-Bey insistía cada día para

que le buscaran alojamiento, pues ya nuestros lectores pueden comprender las razones que le impelían á vivir solo, lejos de testigos, y fué preciso al fin complacerle. En su consecuencia, algunos días después pasó á habitar la casa que le habían dispuesto y que era hermosísima.

Hallábase en Fez un hermano del sultán, llamado Muley Abdsulem, que tenía la desgracia de ser ciego, y que era un digno y respetable anciano. Alí-Bey, que le conocía de Tánger, pasó á visitarle, recibiéndole con gran contento el hermano del emperador, llenándole de caricias y encargándole fuese á verle todos los días, lo cual prometió y cumplió el príncipe.

El despotismo, que desde muy antiguo ha pesado sobre el imperio marroquí, había reducido á los habitantes á la costumbre de ocultar su dinero y adoptar, tanto en sus vestidos como en los muebles de su casa, cuanto pudiera contribuir á disimularlo, de manera que nadie se atrevía á dar la más ligera muestra de lujo, cualesquiera que fueran sus riquezas, excepto los parientes inmediatos del sultán y los miembros de la familia Edris, que gozaban de mayor libertad en este punto, y que, de consiguiente, no temían vestir y alojarse más decentemente que los demás. Los nuevos amigos de Alí-Bey notaban en él un sistema contrario al del país, pues que acostumbrado, según él decía, al lujo oriental, de ningún modo podía acomodarse á la mezquindad usada en Fez. Con este motivo temblaban por él y comunicábanle sus temores sobre el particular; pero lejos de corregirse con estas advertencias, en nada alteró sus usos, hasta que sus amigos acabaron por acostumbrarse, y aun hubo quien se acostumbró á imitarle.

Su tertulia crecía diariamente. Los bajás, los scherifs y los doctores ó sabios se creían honrados en formar parte de ella.

Nuestro príncipe ejercía decididamente una especie de fascinación sobre todos los que le rodeaban. Nadie llegó á sospechar que tras de aquel hombre se ocultaba un cristiano; á nadie le pasó siquiera por la imaginación que aquel personaje iba á perturbar y revolucionar el país. Él, por su parte, andaba muy cauto y representaba su papel á las mil maravillas. Estudiaba, observaba, se iba creando simpatías y partidarios, y esperaba ocasión propicia para comenzar sus trabajos.

Algunos días después de su llegada, lleváronle á la mezquita de Muley Edris y á una hermosa habitación contigua donde vió un precioso surtido de relojes, previniéndole que el sultán había ordenado se le preparase aquella habitación, á fin de que pudiese ir allí á leer ó estudiar, debiendo subir también los doctores todos los días para conferenciar con él.

A Alí-Bey no le convenía en modo alguno sujetarse á trabas, ni bajo su carácter de viajero ilustre y de príncipe oriental le convenía tampoco acceder á ciertas órdenes, aunque sólo fuera para demostrar su independencia; así es que, después de manifestar la extensión de su reconocimiento por las bondades del sultán, y aceptar la habitación mandándola adornar á su gusto, dijo que iría alguna vez á leer, pero que no sería todos los días. Semejante lenguaje dejó parados á cuantos lo oyeron. Era inusitado en el imperio.

En diez días sólo fué dos veces. Muchos doctores acudieron, deseosos de conocerlo, y á todos encantó con la variedad y extensión de sus conocimientos. Su nombre comenzó á hacerse célebre, contribuyendo á darle fama algunas aventuras que dejamos de contar para que esta relación no se prolongue demasiado, y las señaladas muestras de deferencia que con él tenían el hermano del sultán y los parientes de éste.

Seguro ya de tener suyas las simpatías generales, Alí-

Bey desplegó todo el aparato conveniente á su rango, y no hubo persona distinguida en Fez que no se apresurase á ir á visitarle; de modo que su casa estaba llena de la mañana á la noche.

Algunos días después se anunció la próxima llegada del sultán. Acompañado de muchos criados y algunos sujetos distinguidos de la ciudad, salió Alí-Bey á recibirle montado, hasta una distancia considerable.

Es curioso saber el modo como efectuó su entrada en Fez el emperador. Dejemos que la refiera el mismo Alí-Bey, á cuyas memorias, por otra parte, como ya comprenderán nuestros lectores, nos atenemos especialmente en esta relación.

«Apenas lo divisamos, dice, le hicimos nuestros saludos, á los que correspondió afectuosamente, y confundiéndonos con los señores de la comitiva, le acompañamos á palacio. El sultán entró en él; pero el séquito y la tropa, junto con el pueblo, se retiraron cada cual por su lado. La comitiva del sultán se componía de un pelotón de 15 á 20 jinetes; cien pasos más atrás, venía el sultán montado en un mulo, llevando á su lado al oficial que sostenía el quitasol en una cabalgadura semejante. El quitasol es en Marruecos el distintivo del soberano; ninguno sino él, sus hijos y hermanos pueden usarlo. No obstante, á mí me cupo el inestimable honor de usarlo.

»Ocho ó diez criados iban inmediatos al sultán; el ministro Salaouí seguía detrás con un criado á pie, y cerraban la marcha algunos empleados y 1.000 soldados de caballería blancos y negros, con largos fusiles en la mano, formando una especie de línea de batalla, que su centro tenía 10 ó 12 hombres de fondo y aún más, y cuyas extremidades terminaban en punta con un solo jinete, pero sin orden de filas ó distancias. En el centro de la línea había un centro de 13 grandes banderas,

cada cual de su color, unas encarnadas, otras verdes, amarillas ó blancas. Esta hilera de estandartes sirve de punto de vista á la tropa para marchar, hacer alto ó variar de frente; pero todos los movimientos se hacen tumultuosamente y en desorden. Junto á las mismas banderas marchan cuatro ó seis tambores roncos, con algunas malas gaitas; pero no sonó esta especie de música hasta después de haber entrado el sultán en su palacio.»

El mismo día de la llegada del sultán, Muley Abdsulem dijo á Alí-Bey que el emperador le admitiría todos los viernes, y que si no le enviaba á llamar diariamente era porque no quería incomodarle ni privarle de su libertad, añadiendo que le enviaría uno de sus sabios, el cual se encargaría de acompañarle á palacio.

La figura de Alí-Bey comenzaba ya á hacer sombra á algunos cortesanos, y hubieran logrado oscurecerle y perderle en el ánimo del sultán, si su carácter resuelto y decidido no le hubiese hecho salir triunfante en la aventura que vamos á relatar.

VI.

Al día siguiente de la llegada del sultán, hallándose Alí-Bey en su casa con una reunión de unas 20 personas, anunciáronle un mensaje del sultán. Hizo entrar al enviado, que era el primer astrónomo y astrólogo de la corte, el cual se presentó manifestando el más profundo respeto, y poniéndole en las manos un magnífico *khaik* de parte del sultán, le dijo que él, Sidi Ginnan, tenía el honor de haber sido nombrado por S. M. para acompañarle á palacio todos los viernes.

Alí-Bey, después de besar el khaik y ponerlo sobre su cabeza, según costumbre, lo dejó sobre un almohadón y recibió los cumplimientos de todos los circunstantes.

Sirvióse el te, y después de media hora de conversación, Sidi Ginnan le pidió si podría hablarle una palabra en particular. Alí-Bey le condujo á otra sala con un escribano ó secretario que había traído consigo.

Luego que se sentaron, comenzó á hacerle diferentes preguntas sobre su edad, patria, nombre y lugar donde había estudiado, pidiéndole después que le resolviese diferentes problemas astronómicos.

Estaba muy lejos de gustarle á Alí-Bey semejante conversación, porque ignoraba su objeto; así es que dió sus respuestas con alguna severidad, lo cual no impidió que el secretario las trasladase. Alí-Bey resolvió los problemas, y añadió las dos predicciones de dos próximos eclipses de sol y luna, cuyas fechas y horas anotó también el escribiente. Después de esto los despidió, haciéndoles un regalo á cada uno.

Sidi Ginnan volvió el viernes por Alí-Bey, y montando éste á caballo, pasaron á la mezquita de palacio, donde, habiéndole hecho sentar Sidi Ginnan, le dejó solo. Una hora después apareció el sultán en la tribuna donde rezaba ordinariamente la oración de los viernes sin ser visto del pueblo. Concluído el rezo, partió sin ni siquiera haberle visto Alí-Bey.

No bien había salido, cuando Sidi Ginnan abrió la puerta de la tribuna, llamó al príncipe Abbassida, le hizo entrar, y habiendo cerrado la puerta, le acarició mucho, enseñándole el sitio donde acostumbraba el sultán á hacer oración, asegurándole que todo se lo había contado, que le había participado su anuncio de los eclipses, que el sultán le había respondido que quedaba satisfecho, y que le había dado orden de acompañarle todos los viernes á la mezquita, como lo había hecho en aquel día.

Alí-Bey conoció al momento la mala fe de aquel hombre, y le respondió con sequedad:

—Muy bien; pero me es indiferente venir aquí á hacer mi oración, ó hacerla en cualquiera otra mezquita.

Sidi Ginnan, embarazado, procuraba disimular su intriga.

Condujo al príncipe á la calle por una puerta interior de palacio, diciéndole misteriosamente:

—Salimos por aquí, porque como todo el mundo sabe que el sultán te ha llamado, advertirán más pronto las señales de distinción que te concede.

Pero Alí-Bey, indignado de la felonía de semejante hombre, replicó con acrimonia:

—Tanto se me da salir por aquí como por otra puerta.

Y montando al instante á caballo, partió con sus criados.

Sidi Ginnan montó igualmente en su mula, y corriendo para alcanzar á Alí-Bey, se puso á su lado, y le preguntó si gustaba dar un paseo, á lo cual el príncipe le contestó con aspereza que no. Sin decirse más palabra llegaron á la casa de Alí-Bey, despidiéndose Sidi Ginnan á la puerta.

El príncipe Abbassida, conociendo la fuerza de su influencia, como también los motivos de la conducta de Sidi Ginnan, creyó indispensable dar un golpe que produjese su efecto en el público. Quiso, como vulgarmente se dice, jugar el todo por el todo, y encumbrarse ó perderse para siempre.

Tomó, pues, la pluma en el acto, y pasó un escrito á Muley Abdsulem, demostrándole la injusticia de aquella especie de menosprecio de que acababa de ser víctima, pues él nada había pretendido, y el sultán, por el contrario, no le había enviado á llamar sino para desairarle.

«Por esta razón, concluía, salgo inmediatamente para Argel.»

Bien presumía Alí-Bey al hacer esto. Se había ya formado un verdadero partido, y todos sus amigos, al saber su resolución, se alarmaron, y trataron por todos medios de calmarle y detenerle. Tuvo entonces lugar de asegurarse que realmente su prestigio había echado hondas raíces entre aquellas gentes.

Al día siguiente, Muley Abdsulem, que le quería entrañablemente, le envió un recado suplicándole que pasase á verle. Acudió Alí á su invitación, y Muley le dijo que había estado en palacio y hablado al sultán de su negocio; que éste se hallaba en extremo irritado contra Ginnan; que bien veía era hombre de mal corazón; que el sultán, al dar la orden de conducir á Alí todos los viernes á palacio, no quería decir que le dejaran en la mezquita, sino que le introdujesen en él para verle y hablarle; que esto era lo que debía hacer todos los viernes, y que podría suceder que Ginnan y algunos otros tuviesen que arrepentirse. Acabó diciendo que iba á dar orden para arrestar á aquel miserable.

Al regresar á su casa á participar su triunfo á sus amigos, celebráronle éstos con grandes demostraciones; pero uno de ellos, con semblante bañado por la tristeza, le dijo:

—Temo, príncipe, que tu sobrada bondad te haya hecho cometer una falta.

—¿Cuál?—preguntó Alí-Bey.

—La de haber comunicado al traidor Ginnan los días y horas en que han de suceder los efectos del sol y luna.

—¿Por qué?

—Porque no contento con no haber dicho nada de tí y de la obligación que te tiene en el particular, ha presentado al sultán tu trabajo, y se ha hecho pasar por autor de él.

Alí-Bey se sonrió diciendo:

—¡Pobre hombre! Me da lástima.

—¿Por qué?

—Porque ni él ni nadie conoce en Fez los días y horas de los eclipses sino yo.

—¡Cómo! ¿Pues no se lo has dicho todo y él lo ha escrito?

—No: desde un principio conocí al hombre con quien trataba; por ello, en cuanto á la parte astronómica, no le dije verdad en cosa alguna, y de consiguiente, los pronósticos que ha dado son falsos.

Al oir esto, todos se abalanzaron á él; le besaban las manos, le abrazaban y le levantaban en brazos, proclamándole hombre superior á todos los hombres.

Dos días después, el sultán envió á llamar á Alí-Bey, y éste le encontró en la casita de madera del tercer patio de su palacio. Al instante que entró, le invitó á sentarse en un almohadón á su lado, y entre otras preguntas que le hizo, fué una de ellas si le gustaba aquel país y si el clima le probaba bien. Luego, llamándole hijo suyo y dándole otros títulos honrosos, añadió repetidas veces que era su padre.

Quiso el príncipe Abbassida besarle la mano; pero el sultán le presentó la palma como á sus propios hijos. En seguida, quitándose su propio albornoz, se lo puso por su mano, repitiéndole que podía ir á verle siempre que gustase, no fijándole día ni hora, porque no trataba de causarle la menor incomodidad.

Hacía ya rato que duraba su conversación, cuando el sultán, viendo que era la hora del rezo, se levantó para pasar á la mezquita, repitiendo á Alí que era su hijo, y diciéndole que le acompañase. Todo esto hubo de pasar en presencia de muchas personas, y entre otras, en la del mufti ó principal imán del sultán. Este personaje, tomando al príncipe Abbassida por la mano, le condujo á la mezquita, que estaba llena de gente, y no le soltó hasta que se hubo sentado.

Alí-Bey, entrando en la mezquita con toda aquella comitiva, y sobre todo revestido del albornoz del sultán sobre el suyo, atrajo sobre él las miradas de toda la asamblea. Salió al concluirse la oración; todos cuantos podían alcanzarle, le besaban el hombro ó la extremidad de su vestido. Dió limosnas á la puerta de la mezquita, según costumbre, y la multitud le colmó de bendiciones, uniendo su nombre al de Muley Solimán.

En seguida montó á caballo y volvió á su casa enteramente satisfecho, pues la reparación de su injuria había sido pública y, sobre todo, ruidosa. Cumplimentóle todo el mundo. Ya no se trató entonces de partir á Argel, y continuó visitando al sultán y haciendo la oración con él en la tribuna.

VII.

No contaremos todas las aventuras que sucedieron á nuestro héroe. Sería hacer esta relación interminable. Bastará decir que fué ganando poco á poco el favor del soberano de Marruecos, adquiriendo tal concepto por sus conocimientos astronómicos, por sus curas maravillosas y, lo que era más para Muley, por su profunda inteligencia de los textos y de la ciencia arcana del libro de la ley, que formó empeño en conservarle en sus estados.

Su reputación de ilustre y de sabio se fué extendiendo por todo el imperio; y como no es posible desarraigar del espíritu de aquellas gentes la idea de que el que sabe hacer una observación ó cálculo astronómico, ha de ser por fuerza astrólogo, saber la historia de cada uno y decirle la buena ventura, todos los días encontraba personas que le rogaban les hiciese descubrir las cosas perdidas ó robadas; otras, que, hallándose enfer-

mas, iban á pedirle les restituyese la salud; y otras, en fin, que no querían de él más que un *flus* ó moneda pequeña, para conservarla como un don precioso en memoria suya, creyendo que esto había de darles suerte.

A fin de complacer al sultán se entretuvo en hacer un calendario para los cuatro meses que terminaban el año árabe, y lo compuso indicando la correspondencia de las datas con el año solar; los días de la semana, del mes y de la luna; la longitud y declinación del sol en Fez en punto de mediodía; la hora de su salida y puesta, en el mismo lugar; la del paso de la luna por el meridiano; la diferencia del tiempo medio al verdadero; las fases y otros puntos lunares, y los fenómenos más notables de otros planetas. Como era precisamente la época en que habían de suceder los dos eclipses de sol y luna, el almanaque se hizo mucho más interesante por el pronóstico de dichos fenómenos, cuya descripción hizo completamente, añadiendo las figuras que debían presentar. Al fin puso otros dibujos que presentaban: el uno la grandeza de los planetas con relación al sol; el otro el sistema solar con todos sus nuevos descubrimientos.

Al presentar este almanaque quedó asombrado el sultán, lo mismo que todos los grandes de su corte, y pudieron convencerse de cuán pequeños eran, al lado de Alí-Bey, los que representaban en Fez el papel de sabios no sabiendo nada.

Una vez publicados los días y circunstancias de los eclipses, en poco tiempo llegaron á noticia de toda la ciudad. El eclipse de luna fué poco notado del pueblo, porque el cielo estaba cubierto de nubes y llovió un poco; pero, en cambio, el eclipse de sol, que tuvo lugar del modo y en la forma prevista por Alí-Bey, causó un desorden espantoso. El cielo se hallaba perfectamente limpio, era á mediodía, y de repente se oscureció el sol casi del

todo, quedando apenas descubierto medio dedo del disco. Los habitantes corrían por las calles como locos dando gritos; los terrados estaban llenos de gente, y todo el mundo acudía á la casa de Alí-Bey como un refugio, hallándose tan atestada, que era imposible dar un paso desde la puerta hasta lo más alto.

Nuestro héroe llegó á tener tal intimidad con el sultán, que éste no podía pasarse sin él; y habiendo emprendido un viaje á Marruecos, le invitó á seguirle á dicha ciudad.

En su consecuencia, pues, Alí-Bey dejó Fez y marchó en seguimiento del sultán. El día que salió de la ciudad, era inmensa la muchedumbre que se agolpaba á su paso para despedirle y bendecirle. Todos los personajes de Fez le acompañaron hasta una legua de distancia, siguiéndole una gran muchedumbre. Alí-Bey se marchó dejando en Fez una memoria eterna y un núcleo de partidarios dispuestos á todo por él.

Durante su viaje enriqueció su colección de historia natural; pero no como él hubiera querido, y como hubiera podido, según se desprende de estas líneas, que se leen en sus *Memorias*:

«Mis amigos de Fez, dice, no ignoran mi gusto por las colecciones de historia natural, y saben cuánto atractivo tiene para el alma sensible á las bellezas de la naturaleza; pero los salvajes que me rodeaban no eran capaces de comprenderlo. Yo me hubiera guardado bien de desplegar delante de ellos lo que condenan en los europeos que viajan por su país, es decir, el amor á las investigaciones, el ardor por las ciencias, y el celo por la dilatación de su dominio con el descubrimiento de nuevos individuos.

»Semejante gusto y liberalidad de opinión, son del todo extranjeras á la ociosa gravedad que debe caracterizar á un príncipe de mi santa religión. Este modo de

pensar puede causar perjuicios y producir casi siempre fatales consecuencias. Víme, pues, obligado á sacrificar mis inclinaciones á la preocupación de la gente de mi séquito, y renunciar á las riquezas de un terreno que me brinda con millones de plantas; sólo cogí una docena con aire distraído y de indiferencia, de modo que no pudiese alarmar su crasa ignorancia y estupidez.»

El príncipe Abbassida viajaba con una numerosa caravana, compuesta de sus gentes y de los soldados que los escoltaban. En el camino salíanle al encuentro muchos árabes de los aduares vecinos, ya para cumplimentarle ó para convidarle á que se quedase, ya para pedirle oraciones. Por todas partes fué recibido con las mayores atenciones, en cumplimiento de las órdenes que se habían recibido del sultán; y en Rabat, donde se detuvo dos ó tres días, fué tratado como el sultán mismo, alojándole en la alcazaba y siendo objeto de las mayores consideraciones.

La llegada de Alí-Bey á Marruecos causó la más viva alegría al sultán, lo mismo que á Muley Abdsulem y demás amigos que tenía en la corte. Apenas la supo el sultán, le envió en prueba de su afecto la provisión de leche de su propia mesa, y otro tanto hizo Muley Abdsulem.

El emperador guardaba una sorpresa á nuestro héroe. Hallábase un día descansando en su alojamiento, cuando se presentó uno de los ministros del imperio, portador de un *firman*, por el cual el sultán hacía donación absoluta á Alí-Bey de su casa de recreo, llamada Semelalia, con bienes raíces que consistían en tierras, palmeras, olivares, huertas, etc., y una casa grande en la ciudad, conocida con el nombre de Sidi Benhamed Duqueli.

El castillo y plantaciones de Semelalia habían sido comenzados por el sultán Sidi Mohamet, padre de Mu-

ley Solimán, que había fijado allí su residencia. Hizo plantar las más bellas y mejores especies de árboles frutales, y adornó la posesión con deliciosos jardines. Grande abundancia de agua, que llegaba del Atlas por un conducto magnífico, aumentaba el encanto de aquella habitación, que tenía más de media legua de terreno cercado todo de altas murallas; las grandes posesiones y las palmeras se hallaban fuera de la cerca general, y, por la parte de dentro, cada jardín de recreo, cada huerto ó plantación de olivos tenían su cerca particular. Era un sitio regio.

Por lo que toca á la casa de la ciudad, era también grande y magnífica. Habíala hecho construir para habitarla Benhamed Duqueli, ministro favorito que gobernó el imperio durante largo tiempo. Parte de ella y el baño eran de una arquitectura regular y bella; pero lo demás, aunque muy capaz, estaba muy lejos de corresponder.

No se limitó á esto la liberalidad y grandeza del sultán. Alí-Bey había llegado con respecto á él hasta el grado mayor de intimidad que se puede tener con un soberano.

Poco tiempo después del regalo de la posesión de Semelalia y de la casa Duqueli, el sultán le hizo saber que iba á enviarle dos mujeres de su harem.

Alí-Bey había manifestado varias veces que estaba resuelto á no tomar ninguna mujer sino después de cumplida su peregrinación á la casa de Dios, y por lo mismo trató de sostener su palabra, aun á pique de desagradar al sultán. Rehusó, pues, el presente; pero las mujeres ya habían salido del harem imperial, á donde era imposible volver, y el buen Muley Abdsulem se encargó de tenerlas en su casa.

Este temía hablar al emperador de la negativa de Alí-Bey, y también á éste. Toda la corte tenía fijos los

ojos en ellos, deseando saber el fin de aquel gran negocio; cada uno cuchicheaba al oído de su vecino, pero nadie se atrevía á explicarse abiertamente sobre el particular, y Alí continuaba yendo á la corte como si tal cosa sucediera.

Sin embargo, no pudiendo Muley Abdsulem soportar por más tiempo situación tan embarazosa y para él tan crítica, decidió romper el silencio y fué el primero en hablar de ello á Alí. Este se parapetó tras de la rigidez de sus principios, é invocó el voto que tenía hecho.

Muley Abdsulem, que se hallaba entre él y el sultán, manifestaba la mayor agitación. Algunas lágrimas se escaparon de sus ojos cerrados á la luz del día; y el príncipe Abbassida, á quien la situación peligrosa á que por culpa suya se hallaba reducido aquel respetable príncipe, conmovía más que ningún peligro de cuantos pudieran á él amenazarle, se levantó, y, tomándole la mano, le dijo:

—En fin, Muley Abdsulem, me consta cuánto me estimas; puedes conocer el fondo de mi corazón y leer hasta mis secretos pensamientos: indícame, pues, la conducta que he de observar; díme qué quieres que haga y lo cumpliré, pero míralo y reflexiona antes.

Muley tomó la mano de Alí, la puso sobre su corazón, y, después de algunos momentos de silencio, dijo casi balbuciente:

—Que lleven las mujeres á tu casa.

Alí-Bey calló.

Las mujeres regaladas por el sultán eran una blanca llamada Fátima-Mohhana y una negra llamada Tigmu.

El príncipe Abbassida recibió á las mujeres que llevó aquella noche á su casa la directora del harem de Muley Abdsulem; pero se presentaron ante él cubiertas, y dirigiéndose á Fátima, le dijo:

—Te estimo, pero circunstancias particulares me

impiden verte y hablarte. Deseo que el velo que te cubre no se aparte jamás para mí; todo cuanto hallarás en tu habitación es tuyo, lo mismo que las joyas guardadas en una caja de la que aquí te doy la llave. Confío que protegerás á Tigmu, y pídeme lo que te haga falta por conducto de cualquiera de mis sirvientes. Tú y yo, Fátima, no debemos hablarnos más.

Si quedó asombrada la corte de Marruecos de haber Alí-Bey rehusado las mujeres, no lo quedó menos del recibimiento que tuvieron. Era imposible mantener la cosa secreta á causa de los criados y personas de la casa. Así es que en menos de veinticuatro horas supo toda la ciudad hasta las circunstancias más pequeñas del suceso.

Y eso que Fátima era un prodigio de hermosura. Un negro la vió un día al salir del baño, y contó que era un portento de gracia y de belleza. No se daban razón de que así despreciase Alí-Bey el tesoro que en su casa propia tenía.

Nuestro héroe continuó visitando al sultán y á Muley Abdsulem como si nada hubiera sucedido, porque entre los musulmanes es regla de cortesía no hablar jamás de las mujeres.

Deseando el sultán partir para Mequínez, y deseando hacer agradable á su huésped la morada en el imperio, resolvió que pasase á Suera ó Mogador á una partida de placer, ordenando, en consecuencia, que los tres bajás de las provincias de Hhahha, Scherma y Sus se reuniesen en Mogador con sus tropas para mejor honrarle.

Vamos á dar breve cuenta de esta expedición.

VIII.

Conforme á las intenciones del sultán, Alí-Bey salió de Marruecos, componiéndose su campo de cinco tien-

das: la suya, otra para sus fakihs, otra para la cocina, otra para los criados, y la última para su guardia, que la formaban un cabo y cuatro soldados negros de la guardia de caballería del sultán.

Llegado á la ciudad de Suera, que en los mapas se conoce con el nombre de Mogador, encontró allí á los tres bajás de Hhahha, de Scherma y de Sus, que ya le estaban esperando con sus tropas. Diéronle con éstas el espectáculo de corridas de caballos y escaramuzas, en las cuales figuraban sus combates, jugando las armas, gastando mucha pólvora y metiendo mucho ruido.

Un día llevaron á Alí-Bey á un castillo del sultán situado en las montañas en medio del bosque, donde se le sirvió una gran comida.

Volvió de la expedición rodeado de soldados de caballería y otra gente que se entregaba por el camino á carreras y escaramuzas para demostrar su regocijo.

Concluídas las diversiones con que se obsequió al príncipe Abbassida, de las que también participó el pueblo de Mogador, regresó á Marruecos con una escolta de quince caballos, mandada por un oficial. Entonces fué cuando Alí-Bey comenzó á servirse del quitasol, privilegio reservado al sultán, á sus hijos y hermanos, y prohibido á todos los demás.

Nuestro héroe se volvió por el mismo camino por donde había ido á Mogador; y como siempre le precedían su nombre y reputación, todos los habitantes de los aduares inmediatos al camino salían en ceremonia á recibirle. Los primeros eran los soldados de caballería colocados en hilera, que le pagaban el saludo con una reverencia y al grito simultáneo de *Allah iebark ómor Sidina* (Dios bendiga la vida de Nuestro Señor). Venían luego los viejos y los muchachos, y le saludaban presentándole un jarro de leche.

Todos le instaban para que se quedase en su país.

Las mujeres, detrás de las tiendas ó las rocas, hacían resonar los ecos con sus gritos agudos de aplauso. Como á cada instante se repetían dichos saludos, porque los habitantes acudían de largas distancias, no hay necesidad de decir que le era imposible á Alí-Bey acceder á todas las invitaciones. Pedíanle entónces una oración; levantaban todos las manos; él la rezaba, y ellos manifestaban su reconocimiento corriendo los caballos y disparando sus escopetas.

Al llegar al paraje donde debía pasar la noche, después de las mismas ceremonias y estando ya acampado, todos los notables de la tribu ó aduar acudían segunda vez, precedidos del schik y de los principales, que de dos en dos llevaban un grueso carnero por los cuernos y se lo presentaban, mientras otros le hacían presentes de alcuzcuz, cebada, gallinas, frutas, etc., entregándolo á su mayordomo.

Así fué, obsequiado y festejado por todos, como Alí-Bey volvió á Marruecos.

IX.

Ha llegado ya el caso de decir algo de la misión particular que condujo al interior del África á nuestro intrépido paisano.

Badía, que con el nombre de Alí-Bey nos ha dejado unas *Memorias* muy curiosas acerca de sus viajes científicos, no dice una palabra del asunto político. Debemos, pues, atenernos á lo que cuenta el príncipe de la Paz, y á lo que dicen M. Bausset y el Sr. Mesonero Romanos, que de ello han hablado.

Ya hemos visto cómo nuestro Badía ó Alí-Bey supo conquistarse las simpatías del sultán. Llegó á ser tal el ascendiente que tomó sobre éste, que no sólo le trataba como amigo y hermano; no sólo le consultaba en todas

ocasiones y en los negocios más arduos; no sólo, como ya sabemos, le colmaba de regalos verdaderamente regios, llegando hasta enviarle mujeres de su harem imperial, sino que descansaba absolutamente en él todo el peso de la corona.

Al propio tiempo, el pueblo y los magnates del imperio—que odiaban en general al despótico y estúpido Muley Solimán—favorecían con sus simpatías y con su obediencia casi idolátrica al príncipe Alí-Bey, hasta el extremo de llegar á formarse un partido poderoso para exaltarle al trono y deshacerse del aborrecido Muley.

Por poco que Badía hubiese querido, sus partidarios le hubieran hecho emperador de Marruecos.

Por otro lado, alzábase en el interior del imperio otra formidable facción, siempre en contra del sultán reinante, y á favor de Heschan, hijo de Achmet, y uno de los príncipes de sangre imperial; nuestro intrépido Alí-Bey se hallaba en la situación más crítica y comprometida en presencia de ambas banderías, y representando además la suya propia, y todo ello teniendo que contar reservadamente con el Gobierno español.

Su perspicacia y talento superiores le sacaron siempre de apuros.

Ante todas cosas, y según el primer propósito de su viaje convenido entre él y Godoy, exploró la voluntad del sultán reinante sobre la realización de la alianza con España y la extensión de sus relaciones mercantiles; pero ni todo el favor, ni el gran ascendiente que Badía se había ganado sobre el crédulo y devoto emperador, alcanzaron á persuadirle que buscase nuestra amistad. El austero fanatismo de Muley le hacía mirar como grave pecado toda especie de liga con infieles. Su ojeriza era todavía más fuerte por lo tocante á los españoles, pues los antiguos odios nacionales se juntaban al sentimiento religioso.

La intención decidida de Muley, luego que hubiese logrado sosegar ó rechazar á los rebeldes que agitaban sus provincias del Atlas, era hacer la guerra á España; soltar, como él decía, sus perros contra ella en los dos mares, y dejar libertad á sus vasallos para atacar nuestros presidios.

¡Singular y peregrina situación la de Badía!

—Lejos de buscar amigos y socorros en España—le decía el emperador,—nada llenaría mi alma de contento como ver cumplida en nuestros días la divina promesa que á este imperio le está hecha de recobrar la España, aunque otro fuese el elegido para tan santa obra, y más que para esto fuese necesario cederle mi corona. Discurre más bien medios de apresurar los tiempos buscando amigos y aliados en nuestras viejas razas; ponte tú á su cabeza, haz revivir la gloria de nuestros mayores, tú, que al pasar por aquellas tierras has debido sentir hervir tu sangre é inflamarse tu corazón al ver los monumentos y vestigios que allí quedan de su esplendor antiguo. Los que, tan mal aconsejados de nuestra propia estirpe, quieren dividir mis reinos, encontrarían mejor empleo en hacer la guerra á los cristianos. Tu voz podría atraerlos y acabar esta guerra impía que me hacen, mejor por tus consejos que por conciertos y alianzas con príncipes infieles. Llama al Africa y al Asia para la grande empresa cuyo fundamento es este imperio, y que los hermosos reinos de Granada, Sevilla y Córdoba vuelvan á ser nuestros.

Tal concepto tenía Muley de los talentos de su huésped, y á tal punto poseía éste su perfecta confianza.

Dueño así de extender sus relaciones y de entenderse y concertarse con quien le conviniera, se avistó con Heschan el pretendiente, y sin manifestar quién era, siempre sosteniendo su papel de príncipe Abbassida, y diciéndole que había viajado por España para cumplir un vo-

to, le propuso su intervención con el Gobierno español para buscarle ayuda y coronarlo. En cuanto á condiciones, dejando á Heschan que se explicase él mismo, llegó éste á prometerle, por ceñirse la corona de Marruecos, la cesión de Fez entera. España debía, pues, adquirir, por medio de este tratado, Tetuán, Tánger, Larache, los dos Salé, nuevo y viejo, y todo el rico territorio de aquel reino, el más civilizado del imperio.

Según las observaciones de Badía, las fuerzas de Muley, si había de hacer frente á los españoles, consistían sólo en 10.000 hombres, los más de ellos esclavos; y aunque en caso de guerra todos los moros son soldados, no había temor de que se alzasen por un hombre que era aborrecido, mucho más no siendo nuestra entrada sino en clase de aliados y á favor de otro scherif que gozaba de un gran crédito. Toda la parte litoral oprimida y vejada por Muley en los negocios de comercio, lejos de acudirle, hubiera peleado en contra suya. Nuestro dominio mismo, según Badía manifestó á Godoy, en vez de disgustar á aquellos moros industriosos, les debía ser grato y preferible, respetada su religión, introducidas nuestras leyes en materia de propiedad que allí no tenía nadie, y dada entera libertad á su comercio. Aún parece que había algunos de aquellos pueblos que referían por tradición haber sido más felices cuando se hallaron gobernados por portugueses ó españoles.

El príncipe de la Paz, al recibir las noticias y observaciones de Badía, pesó todas las circunstancias de la empresa, y, según parece, quiso asegurarse de la certeza de aquellas cosas. A este fin, cuando fué tiempo, puso en el secreto de aquella tentativa á un hombre tan leal y activo como sagaz y cuerdo, que era el cónsul de Mogador, D. Antonio Rodríguez Sánchez. Ofrecióle á éste tanta parte en la fortuna y en la gloria que

podrían traer aquellos sucesos para España, como de vituperio si se empeñase un lance desastrado.

Rodríguez afirmó á Godoy que las operaciones de Badía eran ciertas y seguras; que todo estaba calculado con buen pulso, y que, vistas las circunstancias del país, el carácter de las personas que mediaban y las disposiciones de los ánimos, el buen éxito de la empresa parecía indudable, cuanto en operaciones de esta clase se podía juzgar con menos riesgo de engañarse.

Añadía, además de esto, que no sería imposible que el imperio de Marruecos quedase todo por España, si se diese anchura á Badía para aprovechar cualquier evento favorable á este designio, por más raro y singular que pareciese el modo de cumplirlo, porque existía un partido que quería darle la corona; medio cierto por el cual, dueño que llegase á ser de aquel imperio, lo podía añadir á la corona de Castilla, haciéndole ocupar por las tropas españolas, y estableciéndose después un virrey moro, á la manera de los príncipes mediatos del imperio anglo-indio.

Todavía, después de esto, para más asegurarse, hizo Godoy partir á los mismos lugares, para que se informase por sí propio, al coronel D. Francisco Amorós, oficial que era entonces de la secretaría de Estado y del despacho de la Guerra, su agente único desde un principio en el asunto de Marruecos, y á quien tenía encargada la correspondencia con Badía y Rodríguez. Vuelto Amorós, no tan sólo confirmó al príncipe de la Paz la verdad de los hechos y la exactitud de los informes recibidos, sino que además le demostró la urgencia de poner mano á aquella obra, sin dejar que se entibiasen ó que pudieran desmayar en su propósito los que estaban ya dispuestos para dar el gran golpe en cuanto fuesen recibidos los auxilios.

Entonces fué cuando el príncipe de la Paz escribió

al marqués de la Solana la siguiente carta, que se ha conservado, gracias al citado M. Bausset:

«*Aranjuez* 17 *de Junio de* 1804.

»En mi última carta dije á V. E. que bien pronto le daría á conocer todo lo que convenía preparar para el feliz éxito de la empresa de Africa y para asegurar el resultado con la precisión y exactitud más rigurosas.

»Las noticias que recibo de *nuestro viajero* (Badía) exigen que prontamente nos pongamos en disposición de enviarle secretamente todos los socorros que juzga él necesarios para llenar felizmente la misión de que está encargado. Es preciso que, al primer aviso que dé, se halle todo dispuesto para ser desembarcado en la costa de Africa y en el punto que él mismo designe.

»Antes que esta expedición parta para su destino, creo útil y conveniente dar á V. E. una idea exacta de las circunstancias, en las cuales vamos á entrar, y generalmente de todos los esfuerzos que son precisos hacer para triunfar.

»Muley Soliman, actual emperador de Marruecos, es un hombre tan estúpido y tan supersticioso, que es preciso asombrarse de que se halle aún en el trono en vista de lo que le aborrecen sus súbditos, los cuales esperan con impaciencia el momento de verse libres de él. Tan cobarde como cruel, manchado con todos los vicios, no tiene ninguna de esas nobles cualidades que se notan en nuestro *joven viajero*. Muley Soliman se parece al indolente monarca de Méjico, mientras que nuestro *joven español* tiene toda la energía y el valor de Cortés. Aprecia él mismo tan bien su posición y la de Soliman, que me envía á decir *que tiene entre sus manos á otro Motezuma*.

»Los hijos se parecen al padre, y ninguno de ellos tiene las cualidades necesarias para reinar á satisfacción

de los habitantes de Marruecos. El mayor está proscrito y desterrado; el segundo es despreciado y detestado por toda la nación, aun cuando sea el objeto de las preferencias de su padre; los otros son aborrecidos ó están desterrados. El único competidor de un poco de importancia y que ha anunciado pretensiones á la corona, es el pachá del Mogador, Muley Abdelmeleck. Algunas circunstancias felices para él parecían favorecer su ambición y ser contradictorias á mis proyectos. De desear hubiera sido que el gobierno del Mogador, que cuenta grandes establecimientos marítimos, se hubiese encontrado entre las manos de un hombre menos recomendable y de pretensiones menos elevadas; sin embargo, nuestro *nuevo Cortés* no parece temerle.

»Ahora que V. E. conoce la situación de toda esa familia, debe ver que todo concurre á favorecer nuestro plan, y le parecerá, como á mí, natural y en el orden de las cosas que el ingenio, la habilidad, la inteligencia y el carácter de *nuestro viajero* le hayan adquirido tal ascendiente sobre esas almas vulgares, y una tal preponderancia, que no fuera extraño llegase á obrar una gran revolución, hasta sin el socorro de un aparato de fuerza militar, sin choque y sin estrépito. De todos modos, él estará pronto á rechazar la fuerza con la fuerza si las circunstancias lo exigen.

»En cuanto á los ministros y á los primeros personajes del Estado, es inútil hablar de ellos. Es una clase llena de ambición, de ignorancia y de avaricia, de bajeza y de cobardía.

»El vicecónsul del rey en Mogador, D. Antonio Rodríguez Sánchez, ha recibido la orden de favorecer con todo su poder las *excursiones científicas* de nuestro joven sabio, y se le ha dado á entender que sería posible que esas excursiones cambiasen de objeto; se le ha prometido recompensarle hidalgamente si contribuye á hacer

salir airoso en sus proyectos al viajero. Este vicecónsul es joven, activo, disimulado y discreto, de una figura agradable, y no está casado. Los moros y los indígenas le aman mucho, y no podíamos encontrar un hombre de un carácter más apropiado y más conveniente para la ejecución de las órdenes de que debe encargársele.

»El cónsul de S. M., D. N. Salomón, ha dirigido muy bien la introducción del viajero, así como su correspondencia; ha sabido allanar igualmente todos los embarazos de ese primer momento, y ha dado prueba de inteligencia y cordura. Podría, sin embargo, no ser el mismo si llegase á saber que las operaciones científicas podían convertirse en militares. Hay muchas mujeres en su casa, está dominado por ellas, su comercio habitual ha debilitado singularmente su carácter, y sería poco á propósito para secundarnos. Este cónsul, por lo demás, tiene grandes relaciones con todos los negociantes del imperio de Marruecos, y si llegaba á tener el menor temor de ver su fortuna comprometida, no hay ninguna duda que empezaría por esconder sus capitales y salvar lo que pudiese, cosa que necesariamente daría la alarma á los moros y á los otros cónsules extranjeros.

»Bastaría esto para echar por tierra todo nuestro plan: la máxima más verdadera en política es la de que no es preciso conceder á cualquiera más confianza de la que pueda merecer. Por esto se ha guardado reserva con ese cónsul. Proseguiremos obrando así con él hasta el momento en que circunstancias imprevistas exigieran que fuese puesto en el secreto por tenerse necesidad de sus servicios.

»De todas maneras, será prudente asegurar la retirada y no abandonar á los españoles que pudieran encontrarse en Marruecos ó en Tánger, en el caso de que V. E.

recibiese aviso antes que yo de un peligro inminente. A este fin, será preciso que V. E. prepare secretamente las embarcaciones necesarias, y tenga dispuestos en la bahía de Tánger buques de Algeciras, de Sanlúcar y de Cádiz, como asimismo algunos de esos faluchos que se emplean para el comercio de Tánger y de Gibraltar.

»Después de haber dado á conocer el carácter de las personas que deben aparecer en esa gran escena, es preciso que dé á V. E. una idea de algunos otros puntos que son bastante importantes.

»V. E. participará de la opinión del *viajero* respecto á que la guarnición de Ceuta debe ser progresivamente aumentada, de manera que reuna una fuerza disponible de 9 á 10.000 hombres, los cuales podrían acampar bajo los muros de la ciudad, cuando fuese llegado el momento de obrar, con el pretexto de ejercitarles y hacerles maniobrar en sus líneas solamente. Esta demostración bastaría por sí sola para atraer sobre aquel punto la atención de los moros. Estas tropas no deberían obrar hostilmente sino cuando su jefe hubiese recibido el aviso de Alí-Bey. No le faltarán á V. E. buenas razones para disfrazar y explicar ese grande aumento de tropas en Ceuta. Puede, entre otras cosas, decirse que han sido enviadas allí para contener el gran número de presidiarios que abundan en aquella población.

»También podría decir V. E., para impedir las observaciones de las potencias extranjeras, de los habitantes de Marruecos y hasta de los españoles, que las turbaciones interiores que existen en el imperio vecino habían hecho concebir temores á V. E. por la fortaleza de Ceuta, una de las más importantes de su mando, y que se ha reforzado su guarnición para preservarla de todo golpe de mano y ponerla en estado de sostener un sitio.

»Vamos ahora á las demandas de Alí-Bey:

»1.ª Veinticuatro artilleros y dos oficiales.

»2.ª Tres ingenieros y dos zapadores.

»3.ª Algunos físicos con sus instrumentos y una farmacia de campaña.

»4.ª Algunas piezas de campaña de diferentes calibres, con todo lo necesario.

»5.ª Dos mil fusiles y municiones.

»6.ª Cuatro mil bayonetas.

»7.ª Mil pares de pistolas.

»Los cuatro últimos artículos son los que más precisan. Es preciso prepararlos lo más pronto y secretamente que sea posible. A este fin, tomará V. E. de los arsenales de Cádiz ó de los almacenes de la marina el número pedido de fusiles, bayonetas ó pistolas, sea de nuestras fábricas, sea de las extranjeras. Será preciso escoger lo mejor que haya para que la humedad no los altere en el caso de que sea preciso enterrarlos en alguna playa luego de su desembarco.

»En cuanto á los proyectiles y los cañones, cuyo número no está determinado, lo mismo que su calibre, lo dejo enteramente al cuidado de V. E., ya sea por lo tocante á su transporte, ya por lo tocante á las precauciones que deben tomarse para disimularlos y hacerles tomar la apariencia de armamentos de comercio. Las órdenes que envío al comandante de la isla de León, de las cuales mando copia adjunta, facilitarán á V. E. los medios y le pondrán en estado de efectuar con reserva, y en el momento favorable, el transporte de todo este material.

»Por lo que toca á los oficiales, ingenieros, zapadores y artilleros que se piden, no creo que sean necesarios muchos. Oficiales de esta clase no cambian fácilmente de sitio sin inspirar sospechas siendo en gran número. La naturaleza de sus servicios exige, por lo demás, que sean iniciados algún tanto en el secreto de los trabajos

que se les impone, y un secreto es tanto menos guardado cuanto más se reparte. Ya tendremos tiempo de pensar en esto lo propio que en los físicos.

»Fijémonos sólo en la actualidad en establecer una correspondencia segura y seguida con Mogador, y en asegurar, para un caso desgraciado, la retirada del vicecónsul y de los demás españoles. Para esto nos basta un solo buque, y no se podría enviar una flota porque se oponen á ello infinidad de razones. Ha hecho V. E. muy bien en haber entregado sus últimos despachos á un piloto de confianza, encargándole que no los dejara más que en manos de la persona á quien van dirigidos. La marina real tiene en el departamento de V. E. dos pequeños buques que podrían ser utilizados para la correspondencia; pero como su armamento es militar, lo propio que el de los otros buques de la armada, es preciso valerse de ellos con prudencia y no emplearlos más que en el último extremo y en el caso en que los buques encargados de los despachos tardasen demasiado en venir, ó bien en el caso en que hubiesen de llevar objetos solicitados con toda premura por el *viajero*. Será preciso darle parte de todas estas disposiciones para su gobierno particular.

»Renuevo á V. E. las seguridades que ya le tengo dadas de toda mi confianza para con su persona, y de la satisfacción que experimento viéndole en tan buenas disposiciones para el éxito de nuestra empresa.

»Envío á V. E. copia de un aviso que el *viajero* me ha hecho pasar hace algún tiempo, á fin de que V. E. pueda valerse en el caso de ser necesario.

»EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.»

Este interesante documento, que hemos traducido de las *Memorias de M. Bausset*, nos pone en el caso de poder apreciar la situación en que se hallaba *nuestro*

viajero, como le llama el príncipe de la Paz, y del estado en que se encontraban los trabajos. Lástima que no poseamos más noticias que las que nos puede proporcionar este documento, y algunas otras pocas comunicaciones de escasa importancia que mediaron entre el mismo príncipe de la Paz y el marqués de la Solana. La correspondencia de Badía con el príncipe de la Paz se perdió desgraciadamente, y aun los documentos citados se han conservado porque M. Bausset, que pudo recoger copia, los tradujo al francés, insertándolos en sus *Memorias*.

Todo estaba, pues, dispuesto. Alí-Bey, que se había entendido con los jefes de los bandos, y que cada día gozaba de más favor y crédito en la corte de Marruecos, se hallaba ya dispuesto.

En aquel entonces, un acontecimiento inesperado vino de pronto á echar por tierra tan temerario y gigantesco designio.

Dejemos que lo cuente quien sólo podía contarlo, el mismo príncipe de la Paz.

He aquí una página de sus *Memorias*, referente á este asunto:

«Ninguna de estas cosas—dice hablando de los preparativos,—se había hecho ni se hacía sin las órdenes del rey. Cuando envié mis instrucciones por extenso al marqués de la Solana, me pareció debido mostrárselas primero á Carlos IV; pero S. M. me dijo que podía enviarlas, y que después, cuando se hallase más despacio, tendría contento en verlas, juntamente con un resumen bien circunstanciado, que tenía pedido, de la correspondencia de Badía. El resumen estaba ya extendido, y justamente aquella misma noche me mandó se lo leyese. Entre las cartas de Badía se encontraba el anuncio de la donación de Semelalia y demás gracias y favores que el emperador marroquí le había hecho,

junto con el diseño de aquella posesión y un traslado del firman que la pasaba á su dominio.

»Y he aquí que cuando llegué á esta parte del resumen y desdoblé el diseño, noté en S. M. una señal como de horror, tras la cual, después de haber leído por sí mismo aquel diploma, me dijo estas palabras:

—»No, en mis días no será esto. Yo he aprobado la guerra, porque es justa y provechosa á mis vasallos. He aprobado también que antes de hacerse vaya un explorador, porque esto se acostumbra y es forzoso algunas veces para emprenderla con acierto; pero jamás consentiré que la hospitalidad se vuelva en daño y perdición del que la da benignamente. Con Dios y con el mundo sería yo responsable de tal hecho, siendo un agente mío quien habría obrado de esta suerte. La culpa es de Badía, que debió quedarse libre y no aceptar estos favores..... A Badía que se vaya y que prosiga sus viajes; otro hombre de más juicio y de más peso se podrá encargar de semejante negocio.

»Tal era Carlos IV, en cuyas relaciones diplomáticas no habrá sobre la tierra príncipe ni gobierno que le pueda echar en rostro ni una sombra de doblez ó dolo.

—»Pero, señor—le dije al rey;—tiene que costar más deshacer lo que está hecho, que llevarlo adelante. Hay además personas, y algunas de éstas españolas, que podrán pagar con su cabeza si se vuelve un paso atrás de lo que está ya andado.

—»Si los comprometidos—dijo el rey,—son vasallos míos, escribirles que se vengan al instante. Si son moros, no es cuenta mía; pero se podrá avisarles.

—»¿Quién de ellos—insté aún,—volvería á fiarse de nosotros, ni querría concertarse con otro que Badía? Nadie podría tener sus relaciones; de él se fían porque lo creen un moro y un gran príncipe. El tiene en su

favor los mismos jefes de la guardia; muchos gobernadores y bajás..... nadie podría suplirle.

—»Y bien—repuso el rey,—dejemos esos medios y empréndase la guerra por sus caminos naturales, si Muley no se aviene con nosotros.

»En vano fué representar á Carlos IV las ventajas incalculables que podrían traernos aquellas posesiones; los arbitrios y recursos permanentes que adquirirían en la región del Africa nuestras industrias y comercios; las aclimataciones ricas que allí podrían hacerse en abundancia de los más preciosos frutos de los trópicos; el suplemento que esto haría á las riquezas de la América, suplemento tan necesario, ya fuese que las guerras interrumpiesen los negocios en aquellos países lejanos, ó ya que éstos se alzasen algún día y adquiriesen su independencia, como la América del Norte; el dominio que nos darían aquellos puertos sobre las bocas del Estrecho, frente por frente de los nuestros y tan á corta distancia; la importancia que tomaría nuestra amistad con las demás naciones comerciantes teniendo aquel dominio; el respeto que por tal modo podría imponerse á la Inglaterra; el aliento y espíritu de gloria que cobraría la España, conquistadas aquellas tierras deliciosas contra sus enemigos naturales que lo fueron tantos siglos; el aumento de fuerzas que se podría añadir á nuestro ejército con escuadrones berberiscos; la necesidad de agrandarnos y de buscar nuestros equilibrios con la Francia por cuantos medios fuesen dables: tantas y tantas cosas como éstas que yo dije y me inspiraba con vehemencia mi deseo de ver cumplida aquella empresa.

—»Todo es verdad—respondió el rey;—todo cuanto tú quieres y me dices, lo quisiera yo igualmente; mas mi conciencia no se aviene ni podría avenirse con los medios: *Non sunt facienda mala ut inde veniant bona.*

—»Gran principio, verdaderísimo—me atreví yo á

decir por último argumento,—si lo observasen todos; pero en política dañoso, si es uno solo el que lo observa.

—»Obrando rectamente, Dios estará conmigo,—dijo el rey.

»Pero el correo ha partido con la instrucción—dije yo todavía.—V. M. lo había mandado.

—»Yo lo desmando ahora—dijo el rey;—despáchese un alcance.

»Aquella noche entera fué pasada en vela para deshacer cuanto había hecho y deshacerlo para siempre.»

No debe haber desagradado á nuestros lectores que hayamos trasladado la narración del príncipe de la Paz. Es el único documento oficial que nos queda para saber el verdadero móvil que dió lugar á que se destruyera el edificio con tanta habilidad como peligro levantado por nuestro paisano Badía.

Grande fué el compromiso de éste, que se hallaba ya á la mitad del camino peligroso donde se había adelantado algo imprudentemente quizá; pero su admirable sagacidad, su presencia de espíritu y los grandes recursos de su ingenio, hallaron medios de sacarle de aquel apuro. Contentó á los conjurados con esperanzas y promesas y les fué manteniendo con buenas razones, hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese, y abandonar la corte marroquí bajo el pretexto de su peregrinación á la Meca, conforme los preceptos del Alcorán.

Le seguiremos también en este viaje tan peligroso como interesante al través de las regencias berberiscas, la Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia y la Turquía, y veremos cómo Badía supo desplegar en ocasiones las más interesantes y peligrosas, la serenidad de su ánimo, su valor indomable y la prodigiosa multitud y profundidad de sus conocimientos.

La historia de Badía parece una novela, y, sin embargo, nada más cierto.

«Recibido con entusiasmo y veneración por los pueblos más civilizados del Asia y África, por las tribus errantes de los desiertos, por los bajás soberanos de Trípoli, de Acre, del Cairo y de la Meca; consultado por los doctores de las diversas sectas del islamismo; reverenciado como un sér casi sobrenatural á causa de su carácter enérgico y sublime, de sus predicciones astronómicas, de sus curas asombrosas y del magnífico tren oriental de su comitiva, abriéronse á su insaciable investigación los lugares más sagrados, aquéllos en que ningún cristiano ha podido penetrar jamás; pudo presenciar y tomar parte principal en todas las ceremonias más recónditas del islamismo, y descorrer, en fin, el velo espeso que hasta entonces había tenido encubierta la fisonomía y costumbres de la moderna sociedad musulmana [1].»

Esto con respecto á Badía, á quien, según hemos dicho, vamos á seguir en su interesantísimo viaje, que perdió ya todo su carácter político.

Por lo que toca á Muley Solimán, nos adelantaremos á decir que al fin, años después, dividido en bandos su imperio, se vió obligado á desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderraman, sobrino suyo, sin que ninguno de sus hijos pudiera haberla.

En cuanto á Sidi Heschan, fundó un estado independiente con las conquistas que había hecho sobre Sus y otros provincias inmediatas.

La ocasión malograda era segura.

Ni Badía ni Godoy se habían engañado.

X.

Destruído el objeto político, sabedor de que no podía contar con el Gobierno español, abandonado en mitad

1 Mesonero Romanos.

del camino por quien á emprenderle le había comprometido, Badía ó Alí-Bey se vió, según ya hemos dicho, en una amarga y apuradísima situación.

No tuvo más recursos que contentar con esperanzas á unos, con promesas á otros, y gracias á su prudencia y habilidad pudo conseguir que ninguno lo vendiera.

Entonces, como lo que más importaba para él era salir de Marruecos, anunció que iba á partir para su anunciada peregrinación á la Meca, viaje que hizo pasar quizá como un pretexto á los ojos de sus partidarios para que guardaran el secreto de la conspiración.

Al anunciar su marcha, tuvo sobre el particular algunas disensiones con el sultán y Muley-Abdsulem, quienes se empeñaban en disuadirle de tan penoso viaje. Bien lejos estaban ellos de sospechar el motivo de tan repentina marcha.

Muley Abdasulem le decía para disuadirle que tampoco el sultán había hecho aquella peregrinación, que la religión no exigía se realizase personalmente, que podría pagar el viaje á un peregrino, y de este modo tendría igual mérito á los ojos de la Divinidad. El sultán, particularmente, que deseaba de todas veras retenerle consigo, se presentó un día en su casa acompañado de su hermano Muley Abdsulem, de su primo Muley Abdelmeleck y dé toda su corte, favor insigne que jamás había concedido á nadie. Entró á las nueve de la mañana y no se retiró hasta las cinco de la tarde, según cuenta el mismo Alí-Bey, el cual hizo servir una comida á su llegada y otra cuando salió.

El sultán, que quería darle pruebas de su afecto é ilimitada confianza, comió en ambos banquetes, tomó café, te y limonada diferentes veces, escribió y rubricó las órdenes del día sobre el propio escritorio de Badía, tratóle como á un hermano querido, y, finalmente, al

salir, seis de sus criados le presentaron en su nombre dos soberbios tapices.

Apenas acompañaron al sultán á su palacio, casi todos los oficiales volvieron otra vez á casa de Alí-Bey para cumplimentarle y renovar sus instancias al objeto de detenerle, haciéndole las más lisonjeras insinuaciones sobre su suerte futura, si consentía en quedarse. Alí-Bey, empero, permaneció inflexible, y fijó la época de su partida para pocos días después.

Llegó el momento de dar el último adiós al sultán. Renovó éste sus instancias, repitiéndole mil veces que reflexionase las fatigas y peligros que le aguardaban en tan largo y penoso viaje; pero nada pudo conseguir. Al separarse, le abrazó con las lágrimas en los ojos, regalándole una tienda magnífica de tela encarnada con franjas de seda. Antes de enviársela, hízola armar en su presencia, y entonces entraron doce fakihs y rezaron algunas oraciones que debían atraerle las gracias del cielo y dicha constante en el viaje. El sultán añadió á aquel presente varios odres para poner agua, objeto esencial para aquel camino.

Luego que Alí-Bey llegó á su casa, envió á decir á Fátima Mohhana que se cubriese, porque deseaba hablarla.

Estando preparada para recibirle, pasó Alí-Bey á su habitación acompañado de toda su gente, y le dijo:

—Mohhana, hallándome á punto de marchar para Levante, no te abandonaré si quieres seguirme; pero si gustas quedarte, eres libre de hacerlo.

La hermosa Mohhana, á través del tupido velo que la ocultaba, fijó sus ojos en Alí-Bey, y con una voz dulce como el tañido de un arpa, le contestó:

—Quiero seguir á mi señor.

Volvió él á insistir.

—Repara bien en lo que dices, pues no es cosa para hecha dos veces.

La hermosa tapada bajó la cabeza como para manifestar que estaba decidida.

—¿Insistes en seguirme?—preguntóla Alí-Bey.

Mohhana, con un acento que manifestaba una firme resolución,

—Sí, señor—le contestó,—te seguirá por todo el mundo hasta la muerte, do quiera que vayas, tu compañera inseparable siempre.

Había algo de afectuoso al par que enérgico en la voz de Mohhana. Parecía hablar con el corazón. Alí-Bey no pudo menos de conmoverse al ver el afecto de aquella mujer, que era suya, y á quien ni siquiera conocía aún, y volviéndose á los que le rodeaban, les dijo:

—Ya oís las palabras que Fátima Mohhana acaba de proferir, y sois testigos de su resolución.

En seguida, dirigiéndose á la para él hermosa desconocida,

—Eres—le dijo,—mujer apreciable; me tienes afecto y te protegeré: disponte para marchar. Adiós.

Mohhana, á quien parece que aquella orden llenó de júbilo, se abalanzó entonces á Alí-Bey, y antes que éste hubiese podido impedirlo, le tomó la mano y, levantándose algo el velo, aplicó en ella un beso. Al contacto de los labios de Mohhana, sintió Alí-Bey como si le aplicaran en su mano un botón de fuego.

Luego que hubo salido de su habitación, dió orden de construir para Mohhana una especie de litera, llamada en el país *darbucco*, perfectamente cerrada por todos lados, la cual se colocaba sobre una mula ó camello, y era la que usaban las mujeres de distinción. Respecto á Tigmu no hubo tanta ceremonia, pues podía caminar envuelta en su khaik ó albornoz. Destinó también para entrambas una gran tienda, donde nadie podía verlas ni incomodarlas.

Dispuesto ya todo, nuestro viajero salió de la ciudad

de Marruecos, dirigiéndose á Fez por el mismo camino que había emprendido á la ida.

En Fez se detuvo bastante tiempo, tres meses ó más; y aunque él no explica el objeto de su detención, bien pudiera ser que fuese para acallar las sospechas que pudieran tener sus cómplices en el plan trazado, y darles garantías.

Pocos días antes de que partiera, llegó á Fez Muley Abdsulem llevándole una carta de recomendación del sultán para el dey de Túnez, y otra para el bajá de Tarables ó de Trípoli. El mismo Muley Abdsulem le dió otra suya para el dey de Argel, á quien Muley Solimán no quiso escribir tal vez por consideraciones políticas.

Habiendo, finalmente, resuelto su partida de Fez para Argel, despidióse Badía de Muley Abdsulem y demás amigos, y á las diez de la mañana del 30 de Mayo de 1805 salió de su casa, acompañado de todos ellos, conduciéndole primero á la mezquita de Muley Edris, de donde le acompañaron parte del camino, hasta el momento de su despedida. La casa de Alí-Bey, las calles, la mezquita y salida de la ciudad estaban llenas de gente. Por todos lados se abalanzaba á él la multitud para tocarle, besarle, pedirle una oración ó darle muestras de respeto y afecto.

Fué despedido en medio de las mayores y más universales simpatías.

Entre los obsequios que le hicieron los moradores de los aduares vecinos á la ciudad, es digno de referirse el siguiente.

Salieron todos los muchachos reunidos á recibirle. Uno de ellos, que iba delante, vestía una túnica blanca, un pañuelo de seda en la cabeza, y un cinturón de lo mismo alrededor del cuerpo, y llevaba un palo de siete pies de alto, en cuya extremidad había suspendida una tablita, y en ésta, escrita una oración. Después de diri-

girle un cumplido estudiado, besáronle la mano, el estribo ó lo que podían tocar, y se volvieron en extremo satisfechos.

Así fué despedido en Fez el príncipe Alí-Bey el Abbassi.

Tomó con su comitiva la dirección de la ciudad de Ouschda, y según él mismo describe en su curioso itinerario, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores, pues que nosotros sólo extractamos de sus *Memorias* aquello que es más conducente al objeto que nos proponemos [1], el segundo día costeó la orilla del río Yenaut; el tercero plantó sus tiendas al pie de la ciudad de Teza; el sexto sentó su campo en la alcazaba de Temessuin; el octavo atravesó los ríos Muloiua y Enza; el noveno situó sus tiendas junto al aduar Aaiaun Mayluk, y, por fin, el décimo día de su salida de Fez llegó á Ouschda.

Ouschda, población de unos quinientos habitantes, era, como las demás partes pobladas que había hallado Alí-Bey al otro lado de la alcazaba de Temessuin, un oasis en el desierto de Angad.

Apenas hubo llegado, el jefe y los principales del pueblo le declararon que no podía pasar adelante, porque el mismo día habían recibido la noticia de la revolución que acababa de estallar en el reino de Argel, y que en Tlemsen ó Tremecén, á donde él se dirigía, no cesaba de correr la sangre de los turcos y de los árabes.

Después de muchas discusiones y de haber reflexionado maduramente, decidióse Alí-Bey á enviar un co-

1 Estas *Memorias* forman cuatro tomos en francés, impresos por la casa Didot, con atlas de cuatrocientas vistas y planos, todo dibujado por el mismo Alí-Bey.

También está traducido y publicado sin el atlas en Valencia, por Mallén, en tres tomos en 8.º

rreo, el que de vuelta le trajo la noticia de que los alborotos sucedidos en la ciudad de Tremecén se habían apaciguado; pero que los caminos estaban infestados de rebeldes que robaban y asesinaban.

El príncipe Abbassida pidió al momento una escolta al jefe de la población, y le respondió que no tenía bastantes fuerzas; pero que cuidaría de arreglar las cosas á satisfacción suya. Al cabo de dos días, el jefe y los principales de Ouschda enviaron á buscar al Schek de Boanani, que era el jefe de una tribu vecina, y le propusieron el conducir á Alí-Bey á Tremecén. El Schek rehusó desde luego, y, después de haber discutido largo rato, se marchó sin haber decidido nada.

Muchos días pasaron en negociaciones inútiles, y en el ínterin hubo algunos revoltosos que se acercaron hasta las murallas de Ouschda, disparando algunos tiros de fusil y matando á dos hombres.

La posición de Alí-Bey se hacía cada vez más crítica, pues por una parte se agotaban todos sus medios de subsistencia, y por otra sabía que sus enemigos de Marruecos se habían valido de su larga permanencia en Fez para hacerle sospechoso al sultán. Persuadido, pues, de que no dejarían de aprovecharse de esta circunstancia para desacreditarle, tomó el partido de montar á caballo para ir solo á buscar á Boanani, que tenía su aduar á dos leguas de distancia, al pie de las montañas.

Su gente se sobrecogió de espanto con esta noticia, excepto dos renegados españoles que se habían unido á él cuando salió de Fez, los cuales, en aquel crítico momento, se le presentaron diciéndole:

—Señor, si lo permites, nosotros te seguiremos y participaremos de tu suerte.

Miróles Alí-Bey con atención, y, viendo que eran hombres resueltos, mandóles tomar las armas, con el

fin de que le siguiera uno, quedándose el otro con los equipajes.

En el momento en que iba á montar á caballo, presentóse ante él, cubierta con su velo, la hermosa Mohhana.

Era la tercera vez que se veían. Durante el camino de Fez á Ouschda, Alí-Bey no la había visto siquiera. Habíase contentado con preguntar por ella y cuidar de que nada le faltara.

—¿Qué es eso?—preguntó Alí-Bey.—¿A qué vienes sin haberte llamado?

—Señor—contestó aquella mujer,—he sabido que ibas á marchar, á correr un peligro y he venido. Tuya soy, señor, y buena ó mala tu suerte, quiero compartirla.

Por segunda vez oía Alí-Bey la voz dulce y simpática de aquella mujer; por segunda vez le daba ésta una prueba de vivísimo afecto y de adhesión. ¿Qué extraña simpatía enlazaba á él de aquel modo á aquella mujer que se llamaba suya, que lo era efectivamente, y que, sin embargo, le era todavía desconocida?

Conmovióse el príncipe Abbassida al verse objeto de tan tierno afecto, tranquilizó á Mohhana, y le dijo que iba sólo á ponerse de acuerdo con un jefe de tribu para que les sirviese de escolta.

Mohhana, con su dulcísima voz, y con acento conmovido, dió gracias á Alí por el afecto y ternura con que la trataba, y se retiró.

Alí-Bey montó en seguida á caballo, y se dirigió á salir de la ciudad, acompañado de un fiel esclavo llamado Salem, y del renegado de que hemos hecho mención; pero encontró cerrada la puerta de Ouschda, y los principales habitantes, en número de cuarenta ó cincuenta, decididos á prohibirle la salida.

Suplicóles nuestro héroe que le dejasen marchar, y

respondiéronle casi todos á la vez, los unos con razones y los otros con gritos. El insistió, ellos resistieron. Por fin, dirigiéndose Alí-Bey al principal de ellos, amenazándole con una de las pistolas del arzón de su silla, le dijo con un tono entre amistoso y resuelto:

—Schek Solimán, hemos comenzado bien y creo que vamos á acabar mal. Abre la puerta.

Entonces Schek Solimán, sacando por un lado la viga que atrancaba la puerta, la abrió, diciendo á los demás:

—Pues él quiere perecer, que haga lo que quiera.

Salió Alí-Bey, por fin, seguido de su esclavo y de su renegado, dirigiéndose hacia las montañas de Boanani. Pocos momentos después de haber partido, vió llegar á escape á los mismos habitantes, que iban á reunirse á él para escoltarle. Acercáronse excusando su resistencia, la cual, según decían, no tenía otro objeto que su interés por él y el temor de una desgracia.

Fueron muy bien recibidos por Boanani, quien desde luego les convidó á comer á todos, dándoles una excelente comida; pero en la conversación manifestó encontrar muchos obstáculos para conducir al príncipe hasta Tremecén. Por fin, convencido por las persuasiones de éste y del Schek Solimán, convino en arreglarse con el Schek de otra tribu, llamado Benisuuz. Este último debía aguardar á Alí-Bey, con su gente, á mitad del camino para escoltarle hasta Tremecén, y el Boanani se encargaba de conducirle hasta allí.

Alí-Bey y su acompañamiento regresaron á Ouschda sin haber tenido novedad alguna á la ida y á la vuelta. Así que llegó á su campo, el príncipe participó á Mohhana, por conducto de Salem, el buen resultado de su expedición.

Mohhana recibió la noticia con sumo regocijo, y, en muestra de su contento, dió una rica joya al portador de tan fausta nueva.

Dos días después Boanani fué á avisar á Alí-Bey que estuviese pronto para el día siguiente. A la hora convenida se presentó, en efecto, con cerca de cien hombres, y salieron al momento de Ouschda el príncipe y toda su gente.

Estaban apenas á media legua de distancia, cuando llegaron á todo escape dos soldados del sultán gritando á los caminantes que se detuvieran. Seguíales un cuerpo de tropas mandado por un oficial superior de la guardia, llamado el kaid Dlaimi. Este anunció á Alí-Bey que el sultán, sabiendo que estaba detenido en Ouschda, le enviaba para protegerle y defenderle si fuera necesario.

Hízole saber Alí-Bey que la revolución de Argel y de Tremecén, así como los robos de los revoltosos, eran los únicos motivos que le habían detenido, y que supuesto había pasado el peligro, podía continuar su camino con toda seguridad, tanto más cuanto iba escoltado por las tribus de los Boananis y de los Benisuuz.

A pesar de estas razones, Dlaimi le declaró que en el estado de cosas no podía consentir en su viaje hasta recibir nuevas instrucciones del sultán.

Alí-Bey, á quien aquella medida no dejaba de inspirar cierta alarma, vióse obligado, por consiguiente, á regresar á Ouschda, donde escribió al emperador. Luego que éste recibió su carta envió otros dos oficiales de la corte con la orden de conducirle, según decía, á Tánger, á fin de que desde allí pudiera embarcarse para Levante.

Esta orden del sultán le obligó á salir de Ouschda con su gente y equipajes el 3 de Agosto á las nueve de la noche. Acompañábanle dos oficiales y treinta udaias ó guardias de corps del sultán, habiéndose quedado en Ouschda el kaid Dlaimi con el resto de la tropa. Según parece, salió tan tarde á causa de que Dlaimi dijo ha-

ber tenido aviso de que cuatrocientos árabes armados le esperaban en el camino. Alí-Bey vióse obligado á salir en secreto y sin saber qué camino había de seguir, hasta el momento de marchar, en que Dlaimi lo indicó á sus conductores.

El príncipe Abbassida iba como preso, y llevaba el corazón oprimido por secretos presentimientos.

Al salir de Ouschda la caravana, dejó á un lado el camino ordinario, atravesó hacia el Sur y se introdujo en el desierto.

La noche era muy oscura y el cielo estaba enteramente cubierto de nubes.

XI.

Después de haber caminado muy de prisa toda la noche, y subido por las montañas, la comitiva llegó á las seis de la mañana cerca de las ruínas de una gran alcazaba, al pie de la cual había un fresco manantial de agua y un grande aduar.

La caravana prosiguió marchando sin desçanso, siguiendo la dirección de muchos valles tortuosos, por cuyo fondo corría un arroyo que, aunque pequeño, no era menos útil para el riego á los laboriosos habitantes de muchos aduares.

En virtud de una orden que llevaban los oficiales encargados de acompañar á Alí-Bey, salían de cada aduar uno ó dos árabes montados y equipados, los cuales se incorporaban á la caravana.

Habiendo llegado á las nueve de la mañana al paraje en donde terminaba el arroyo, los treinta udaias se despidieron de Alí-Bey, dejándole la escolta de los árabes armados al mando de dos oficiales.

En el momento de retirarse los guardias del sultán, dió el príncipe Abbassida algunas monedas de oro á uno

de los oficiales para gratificar á los soldados, y continuó su marcha; pero bien pronto, habiendo oído ruido detrás de él, volvió la cabeza y vió á los udaias revueltos contra sus jefes y amenazando asesinarlos. Al punto dos de ellos corrieron hacia Alí-Bey para quejarse, creyendo que los oficiales se habían retenido parte del dinero que aquél les había dado. Corrió Alí-Bey hacia la gente amotinada, y no sosegó hasta que les hizo bajar las armas. Llegó á convencerlos y á calmarlos, haciendo continuasen su marcha.

Durante esta riña, que alarmó bastante á los de la caravana á causa de las desgracias que podían haber ocurrido, nadie se acordó de hacer provisión de agua á pesar de que comenzaba á faltar, y desgraciadamente Alí-Bey ignoraba que aquél era el último lugar donde podía hallarse.

La marcha seguía siempre acelerada por el temor de encontrar á los cuatrocientos árabes de quienes trataban de huir. Por esta razón marchaban separados de los caminos por medio del desierto, caminando sobre pedregales y al través de las montañas.

Aquel país está enteramente falto de agua. Los viajeros no veían ni un árbol, ni una roca aislada que pudiera ofrecer un ligero abrigo ó un poco de sombra. Una atmósfera transparente, un sol intenso que caía á plomo sobre sus cabezas, un terreno casi blanco, un montecillo ardiente como una llama: tal es el cuadro fiel de los sitios que recorrían.

Estaban en el desierto y vivían ya en su atmósfera de fuego. Luego debían probar todos sus horrores.

Todo hombre que se encuentra en aquellas soledades es considerado como enemigo. Así es que los trece beduínos de Alí-Bey, habiendo visto hacia el Mediodía á un hombre armado á caballo que estaba á una distancia bastante larga, se reunieron al punto y partieron

como un rayo á sorprenderle; pero el beduíno descubierto se aprovechó de la distancia y huyó á las montañas, donde fué imposible encontrarle.

En el ínterin, ni hombres ni animales habían comido desde el día anterior ni cesado de caminar á paso tirado desde las nueve de la noche. Poco después de medio día ya no le quedaba á la caravana una gota de agua, y tanto las gentes de Alí-Bey como las cabalgaduras, comenzaban á ceder á la fatiga. A cada instante caían las mulas con sus cargas, y era preciso levantarlas continuamente, sosteniendo el peso que llevaban. Tan penoso ejercicio acabó de agotar las pocas fuerzas que quedaban á la gente.

A las dos de la tarde, extenuado de sed y de fatiga, cayó un hombre al suelo, yerto como un cadáver. Paróse Alí-Bey á socorrerle con dos ó tres de sus criados. Exprimióse la poca humedad que quedaba en un odre, y lograron introducirle en la boca algunas gotas de agua, pero tan débil socorro produjo muy poco efecto.

El mismo Alí-Bey empezaba ya á sentir una debilidad que, acrecentándose de un modo espantoso, le anunciaba que también á él iban á abandonarle las fuerzas.

Hubo de dejar á aquel desgraciado y seguir adelante.

Desde aquel momento fueron cayendo sucesivamente al suelo varios de la caravana, y quedaron abandonados á su suerte. También se dejaron algunas mulas con su carga.

El mismo Alí-Bey cuenta que en aquellos instantes halló al paso dos de sus grandes maletas en tierra; pero que no pudo saber qué fué de las mulas que las llevaban, porque nadie cuidaba ya de sus efectos é instrumentos. Por lo que toca á aquella pérdida, la miró como cosa que no le atañía y pasó adelante.

Alí-Bey sentía ya á su caballo temblando debajo de él, y esto que era el más fuerte de la caravana.

Marchaban todos abatidos y silenciosos.

Varias veces volvió el príncipe Abbassida los ojos hacia el camello que llevaba el *darbucco* en que iba encerrada Mohhana. Estaba perfectamente cerrado, y parecía como que ningún sér viviente respiraba en aquel aposento de lienzo y seda.

¿Qué hacía allí la hermosa tapada? ¿Estaba espirando acaso? ¿Había muerto ya?....

Si quería Alí-Bey animar á alguno á que redoblase el paso, su respuesta era mirarle de hito en hito y llevar el índice á la boca para manifestar la ardiente sed que le devoraba. Quiso también reconvenir á los oficiales conductores su poco cuidado, el cual era la causa de la falta de agua; pero se excusaban con el motín de los udaias, y además decían:

—¿No sufrimos tanto como los demás?

La situación de toda aquella gente era tanto más horrorosa cuanto ninguno de ellos creía poder sostenerse hasta llegar al sitio en donde se había de encontrar agua.

Finalmente, sobre las cuatro de la tarde, Alí-Bey cayó á su vez, desvanecido de sed y de fatiga.

Tendido sin conocimiento en medio del desierto, con sólo cuatro ó cinco hombres á su lado, de los cuales uno había caído casi al mismo tiempo que él, y los otros no podían darle el menor alivio, pues no sabían donde encontrar agua, y aun cuando lo hubiesen sabido, faltábanles fuerzas para ir á buscarla, hubiera Alí-Bey perecido sin remedio, si la Providencia no le hubiera salvado por una especie de milagro.

Poco después de haber caído sin conocimiento el príncipe Abbassida, llegó hasta él el camello que llevaba el *darbucco* de Mohhana. Los pocos servidores que, en medio de su agonía, guardaron una memoria de aquel hecho, vieron entonces rasgarse, mejor que abrirse, los lienzos del *darbucco*, precipitándose de él una mujer sin

velo, radiante de hermosura, flotante la cabellera, la cual corrió hacia Alí-Bey, inclinándose sobre el cuerpo de su señor y procurando volverle la vida.

Era Mohhana.

Pero ¿qué podía hacer aquella pobre y débil criatura en medio de la inmensidad de aquel desierto, pronto ella á su vez á caer rendida de fatiga y de sed?

Si Alí-Bey hubiese entonces tenido fuerza para abrir los ojos, al ver aquel semblante pálido, pero espléndido de belleza, que se inclinaba sobre el suyo; al verse en brazos de aquella peregrina y celeste hermosura, hubiera creído tal vez ver á un ángel que le transportaba á los pies del Supremo Hacedor.

¡Pobre mujer! ¿Qué es lo que en aquellos instantes pasaba en su alma?

¿Era sólo fidelidad á su señor lo que la llevaba junto al cuerpo de Alí-Bey, ó era su amor profundo, ese amor violento al cual basta un instante para desarrollarse en el corazón de una mujer de Oriente, ese que nace, que crece, que estalla en un mismo día?....

Media hora habría pasado despues que Alí-Bey se hallaba en tierra sin sentido; media hora después que Mohhana, sublime de dolor y de agonía, se hallaba á su lado contemplando aquel pálido semblante y esperando el momento de caer exánime á su lado para sostener su promesa de que, buena ó mala, quería compartir la suerte de su señor, cuando se divisó á lo lejos una gran caravana de más de dos mil hombres, que iba hacia el grupo formado por las gentes de Alí-Bey.

Mandábala un morabito ó santo llamado Sidi Alarbi, que iba á Tremecén de orden del sultán. Este, encontrando á aquella gente en tan horrible situación, se apresuró á mandar derramar sobre ellos muchos odres de agua.

Después que á Alí-Bey se la echaron repetidas ve-

ces en la cara y manos, comenzó á recobrar el conocimiento y miró á todas partes sin poder reconocer á nadie.

Mohhana ya no estaba allí.

Había vuelto á esconderse en su *darbucco*, huyendo á las miradas de los salvadores que les llegaban.

Siguieron echándole á Alí-Bey agua en la cara, brazos y manos, pudiendo por fin conseguir que tragara algunos pequeños sorbos.

Entonces ya pudo preguntar á los que le rodeaban:

—¿Quiénes sois?

Apenas le oyeron hablar, le respondieron:

—No temas; lejos de ser ladrones ó salteadores, somos, por el contrario, tus amigos.

Y Sidi Alarbi se nombró.

Aún le vertieron más agua encima y en mayor cantidad que antes, haciéndole beber otra vez; pero así que vieron que comenzaba á restablecerse, llenaron de agua parte de sus odres y continuaron su viaje, pues cada momento que perdían en aquel sitio era preciosísimo é irreparable su pérdida.

Alí-Bey mandó con aquella agua socorrer á su gente, y envió tambien de ella á Mohhana, tranquilizándose al saber que ésta se hallaba ya restablecida.

Ignoraba aún, y hasta mucho tiempo después no lo supo, lo que había pasado durante su pérdida de sentidos.

Dejémosle hablar ahora á él mismo por un instante:

«El ataque de la sed—dice—se manifiesta por todo el cuerpo con una suma aridez de la piel; los ojos parecen ensangrentados; la lengua y la boca se cubren, tanto por fuera como por dentro, de una capa de sarro tan gruesa como una pieza de cinco francos; el color de esta crasitud es amarillo oscuro, su gusto insípido, y su consistencia perfectamente semejante á la cera

blanca de los panales. Un desfallecimiento ó languidez suspende todo movimiento; cierta congoja ó nudo en el diafragma y pecho detienen la respiración; escápanse de los ojos algunas gruesas lágrimas aisladas; cae uno á tierra, y á pocos instantes pierde uno el conocimiento. Tales son los síntomas que advertí en mis desgraciados compañeros de viaje, y experimenté en mí mismo.»

Salvada de la manera que hemos referido, la caravana prosiguió su viaje llegando á las siete de la tarde junto á un aduar y un riachuelo, después de una marcha forzada de veintidós horas consecutivas, sin un momento de descanso.

Alí-Bey no perdió casi nada, porque la caravana de Sidi Alarbi salvó con su agua tanto hombres como bestias.

Después de haber descansado suficientemente, volvió la caravana á emprender su marcha, y, después de doce días de viaje, llegó cerca de la ciudad de Wazein.

Durante el viaje, Alí-Bey advirtió en los oficiales conductores cierto aire de misterio y signos de conveniencia; pero continuaban, no obstante, tratándole con el más profundo respeto. Las tribus que se hallaban al paso salían á hacerle todos los honores y ofrecerle regalos de víveres y forrajes, y él continuaba usando el quitasol, como hijo ó hermano del sultán.

Sin embargo, en el misterio de sus acompañantes, en sus secretas conversaciones, en una porción de circunstancias, conocía que estaba pronta á estallar una borrasca.

Al duodécimo día de esta marcha se rasgó el velo de la conducta misteriosa de los oficiales que conducían á Alí-Bey, y le anunciaron que iban á Laraisch ó Larache, en lugar de Tánger, como le habían dicho.

Efectivamente, al siguiente día llegaron á este punto.

De orden del sultán, el bajá de la ciudad, Sidi Moha-

med Salaoui, destinó para alojamiento del viajero la mejor casa, situada en el gran mercado, al lado de la mezquita principal.

Alí-Bey estuvo enfermo en esta ciudad algunos días, á consecuencia de los sufrimientos pasados en el desierto.

Hallábase á la sazón en Larache una corbeta de Trípoli. Dió orden el sultán de fletarla á su costa, destinando la cámara de popa para que el príncipe Abbassida pudiese efectuar en ella su travesía á Levante. Pasó el mismo Alí-Bey á visitar el buque, y dió las órdenes convenientes para arreglar la cámara de una manera conveniente para tan largo viaje.

El 13 de Octubre de 1805, día que Alí-Bey destinó para su partida, fué por la mañana á despedirse del bajá, quien le hizo las mayores demostraciones de aprecio y consideración, añadiendo que si quería embarcarse á las tres de la tarde, asistiría á su embarque.

Era propuesta que no podía menos de lisonjear al viajero, y accedió á ella.

Embalados los equipajes y cargados á bordo, acudió Alí-Bey al puerto á la hora convenida para embarcarse con sus gentes. Preguntó por el bajá, y le respondieron que iba á llegar. Mientras llegaba la chalupa, aguardóse algunos instantes en la orilla del mar, en un sitio donde la muralla formaba un ángulo entrante, y donde se hallaba un callejón que salía del ángulo.

Llegada la chalupa y no pareciendo el bajá, disponíase el viajero á ir á bordo, cuando de pronto, por un lado y otro, se presentaron dos destacamentos de tropa, y otro tercero desembocó por el callejón. Los dos primeros se apoderaron de todas sus gentes; el otro le rodeó y le intimó que se embarcara solo y partiera al instante.

Preguntó Alí-Bey, asombrado, la causa de tan ex-

traño proceder, y le respondieron que tal era la orden del sultán.

Entonces conoció claramente la mala fe del sultán y del bajá, quienes hasta el último instante habían ordenado se le hicieran los mayores honores por las tropas y pueblo, mientras meditaban el golpe que debía herirle profundamente, pues miraba Alí-Bey con tanto interés la suerte de las personas que le eran afectas como la suya propia.

Embarcóse en la chalupa, despedazado el corazón por los gritos de algunas personas de su comitiva, inconsolables por tan cruel separación.

Entre estos gritos y lamentos sobresalían los de Mohhana, cuya desesperación era espantosa al ver que la arrancaban del lado de Alí-Bey.

La pobre mujer volvió al harem imperial, y el príncipe Abbassida partió sin conocer aún á Mohhana, sin haber más que sospechado toda la sublimidad de aquel amor desesperanzado que había vivido junto á él durante todo aquel tiempo.

Así fué como Alí-Bey salió del imperio de Marruecos.

XII.

Veintidós días empleó en la travesía la fragata tripolitana. El 11 de Noviembre desembarcó Alí-Bey en Trípoli.

No ignoraba que el bajá Salaoui de Larache había escrito contra él; también le inspiraban desconfianza dos de los pasajeros; pero en cuanto á los demás, estaba completamente seguro, como también de la tripulación, y más que todos del capitán.

Hizo el príncipe desembarcar sus equipajes, y al saltar del buque le condujeron á una casa destinada para

su alojamiento, situada frente á la del primer ministro y del cónsul general de España.

Bien lejos se hallaba éste de sospechar que aquel príncipe oriental que acababa de llegar, y cuya llegada movía tanto ruido en la población, no era otro que un compatriota suyo.

Hacía ya tres días que Alí-Bey se hallaba en Trípoli, cuando el capitán de la fragata le anunció la orden de presentarse al bajá.

La audiencia fué pomposa, y se verificó en un gran salón donde estaba el bajá sentado en una especie de trono ó pequeño sofá elevado, teniendo junto á sí á sus hijos y rodeado de una corte suntuosa. Pusiéronle delante el regalo que le hizo Alí-Bey, lo admitió con gracia y finura, y dispensó á su huésped toda clase de honores, haciéndole sentar en su presencia, conversando con él largamente, haciéndole servir te, agua de olor y perfumes, dándole, en una palabra, las pruebas más claras de afecto y consideración.

Después de una larga conversación, despidiéronse muy contentos uno de otro, pasando Alí-Bey á ver al primer ministro, que le recibió también admirablemente.

Algunas personas de Marruecos, y en especial el bajá Salaoui, habían escrito pintando á Alí-Bey con los más negros colores; uno de los pasajeros de la fragata, tal vez comisionado por el bajá, habia trabajado todo lo posible para hacerle odioso; pero estos osados manejos fueron objeto del menosprecio del bajá de Trípoli, después de los informes que se tomaron y declaraciones hechas por las demás personas del buque.

Sobre dos meses permaneció Alí-Bey en Trípoli, considerado y querido del bajá, respetado de todos y solicitado por el soberano, que le hizo brillantes ofertas para que fijara allí su residencia. El príncipe Abbassida

insistió, sin embargo, en su partida, diciendo que debía cumplir su peregrinación á la Meca, y el 26 de Enero de 1806 se embarcó para Alejandría en un buque turco, despidiéndose del bajá, que le colmó de atenciones y regalos, y que hasta el último momento le estuvo haciendo seductoras ofertas para retenerle á su lado.

XIII.

No entraremos en minuciosos detalles sobre los viajes de Alí-Bey, ni referiremos todas sus interesantes y peregrinas aventuras. Nos limitaremos al objeto que nos hemos propuesto, que es sólo dar á conocer la importancia de los viajes de nuestro paisano, bien poco conocido por cierto, pues aun en el día pasa por un príncipe árabe el autor del libro interesante conocido por *Memorias de Alí-Bey*, y apenas nadie sabía pocos años atrás que, bajo aquel turbante y ropas orientales, latía el corazón de un compatriota nuestro, del ilustre catalán D. Domingo Badía y Leblich.

Volvemos á repetir que recomendamos el libro de sus viajes á los que deseen más datos, y no les pesará, por cierto, la lectura.

El buque en que Alí-Bey salió de Trípoli, después de muchos días de fatigosa navegación, hubo de arribar á la ciudad de Modon para proveerse de víveres.

Alí-Bey desembarcó y vivió en casa de una especie de jefe de piratas, llamado Mustafá Schaux, que con su tiranía tenía aterrorizada á la ciudad, y que era en Modon un verdadero señor de vidas y haciendas.

Permaneció en Modon hasta el 20 de Febrero y pasó luego al puerto llamado la Porta Longa, situado en la misma isla Sapienza. Allí encontró tres buques austriacos, cuyos capitanes reunidos dieron una fiesta al príncipe oriental, llegando al día siguiente una grande urca

rusa armada y otro barco de la misma nación, que llegaban de Nápoles y Corfú, conduciendo oficiales y soldados rusos á las costas del mar Negro.

El general y los oficiales rusos pasaron á visitar á Alí-Bey, el cual á su vez les devolvió la visita, siendo recibido por los buques rusos con salvas de artillería, y con todos los honores que marca la ordenanza para las personas de sangre real. Con los rusos iba un joven griego, llamado Ipsilanti, el cual hablaba y escribía varios idiomas, y que improvisó estos versos italianos en honor de Alí-Bey. El poeta quiso sólo, sin duda, consagrar al príncipe una lisonja; sus versos fueron una profecía:

«Volerá di lido in lido
La tua gloria vincitrice,
E d'oblio triunfatrice
La tua fama viverá.
É non solo in questi boschi
Sará noto il tuo coraggio,
Ma ogni popolo piú saggio,
Al tuo nome, al tuo valore
Simulacri inalzerá.»

El buque de Alí-Bey tomó el rumbo de Alejandría, pero no pudo arribar á esta ciudad. Juguete de una violenta borrasca, que les puso á las puertas de la muerte, después de haber sufrido en el mar largas horas de angustia y de agonía, pudieron casi milagrosamente fondear en la rada de Limasol, en la isla de Chipre, donde Alí-Bey fué tratado con toda consideración por el gobernador turco, que era un agá, y las personas más influyentes de la villa.

Con ocasión de hallarse en los lugares inmortalizados por los poetas griegos con la descripción de las seductoras aventuras de la madre del amor, quiso nuestro viajero visitar los tan célebres sitios de Citerea, Idalia, Pafos y Amatanta, y emprendió su expedición

acompañado de M. Francudi, vicecónsul de Inglaterra y Rusia y cónsul de Nápoles, el cual permaneció siempre en la creencia de que su compañero era un príncipe oriental, sin llegar jamás á sospechar la verdad.

Alí-Bey comenzó por visitar la ciudad de Nicosia, capital de la isla de Chipre, donde fué recibido ceremoniosamente por las autoridades, que le trataron conforme al rango que representaba.

De Nicosia pasó á Citerea, de cuya población y del palacio llamado de la Reina hace una deliciosa descripción; visitó Idalia y Laruaca, recorrió las ruínas de Alancina y Amatanta, estuvo en Pafos, y pasó algunos días en el Yeroschipos Afroditis, ó sea el jardín consagrado á Venus.

Luego que hubo regresado á Limasol, terminada su expedición artística, hizo su travesía á Alejandría de Egipto en un pequeño bergantín griego, cuya cámara fletó para él solo y sus gentes.

En Alejandría, como en todas partes, fué recibido según el rango que representaba, y con el respeto y veneración que demuestran los musulmanes por el que hace un viaje á la Meca. El capitán bajá de la Puerta Otomana, que á la sazón se hallaba en Alejandría, le envió, todo el tiempo que nuestro viajero permaneció en aquella ciudad, su música ú orquesta todas las noches. Los músicos se sentaban en tierra formando semicírculo en frente del sofá ocupado por Alí-Bey, y tocaban hasta que éste les despedía. El mismo capitán bajá le enviaba también todos los días su médico y regalos de dulces y frioleras, y antes de que saliera de Alejandría, le dió una carta de recomendación para Mehemet Alí, otra para el bajá de Damasco y un firman para el sultán scherif de la Meca.

Alí-Bey permaneció en Alejandría desde el 12 de Mayo hasta el 30 de Octubre de 1806, en cuyo día

se embarcó en una *dijerme*, que es una barca descubierta, con velas latinas, y se dirigió hacia el Nilo para subir este famoso río hasta el Cairo.

«A las diez de la mañana, dice, entramos por la boca del Nilo. ¡Qué cuadro tan admirable! Un río majestuoso, cuyas aguas corren lentamente por entre dos orillas cubiertas de palmeras, de árboles de toda especie, de grandes sementeras de arroz, que entonces segaban, y de una infinidad de plantas silvestres y aromáticas, cuyos aromas embalsaman la atmósfera; aldeas, chozas, casitas esparcidas acá y acullá por ambas riberas; vacas, carneros y otros animales paciendo recostados sobre la yerba; mil especies de aves haciendo resonar el aire con sus cantos amorosos; millares de ánades, patos y gallinas de agua, y otros pájaros fluviales retozando por el río, entre los cuales se distinguían grandes bandadas de cisnes, que parecen los reyes de aquellos pueblos acuáticos..... ¡Ah! ¿por qué la diosa de amor no escogió por morada suya las riberas de la embocadura del Nilo?»

Llegado Alí-Bey á Rossetta ó Raschid, según los turcos, en cuya población permaneció uno ó dos días, abandonó su buque para tomar una *caucha*, que es una clase de barcos destinados solamente á navegar por el Nilo.

Después de seis días de navegación por el río, atravesando por entre sitios pintorescos y cruzando por ante pueblos y ciudades populosas, el intrépido viajero llegó al Cairo, alojándose en casa del seid El Methluti, que era el segundo scheid ó segundo jefe de la ciudad. Recibió las visitas de los personajes más distinguidos y el bajá Mehemet Alí le acogió como un amigo.

Respetado, festejado y querido, permaneció Alí-Bey en el Cairo hasta el 15 de Diciembre; en este día, po niéndose al frente de una caravana de cinco mil came-

llos y dos ó trescientos caballos, compuesta de gentes de todas las naciones musulmanas que iban á hacer la peregrinación de la Meca, atrevesó el desierto y llegó á Suez, en donde se embarcó, emprendiendo la peligrosa travesía del mar Rojo.

En esta travesía estuvo á punto de perderse, teniendo lugar una escena demasiado interesante y dramática para que renunciemos á contarla.

Alí-Bey viajaba en un *dao*, que son las embarcaciones árabes de mayor porte que navegan en aquel mar. El 4 de Enero fondeó al anochecer el *dao* sobre un islote entre escollos. A media noche se levantó una terrible tempestad, y luego refrescó el viento en términos que á las dos de la madrugada los golpes de huracán se sucedían sin interrupción con gran violencia, haciendo pedazos en pocos minutos los cables de las cuatro áncoras en que el *dao* se aferraba.

Abandonado el buque á la furia del viento y de las olas, fué arrastrado hacia una roca, contra la cual comenzó á dar terribles sacudidas. La tripulación, creyéndose perdida, despedía alaridos de desaliento y desesperación.

En medio de los clamores distinguió Alí-Bey la voz aguda de un hombre que sollozaba y gritaba como un niño, y, al preguntar quién era, le dijeron que el capitán. Hizo entonces buscar al piloto, pero inútilmente.

El buque estaba perdido. Abandonado á su desgraciada suerte, continuaba dando horribles golpes, y Alí-Bey, que conservaba toda su serenidad y sangre fría, no quiso aguardar á que se estrellase contra las rocas y gritó á sus criados:

—¡La chalupa!

Al instante se apoderaron de ella los que más cerca estuvieron, y todo el mundo quiso precipitarse. Alí-Bey saltó á la chalupa por encima de las cabezas de los pa-

sajeros, y dió orden de alejarse de la embarcación; pero un hombre que tenía su padre á bordo la detenía por medio de una cuerda, gritando: ¡Abujupa! ¡Abujupa! ¡Oh padre mío! ¡oh padre mío!

Según nuestro mismo viajero cuenta, respetó por un momento este arrebato de amor filial; pero á la vista de un grupo de hombres prontos á arrojarse á la chalupa, gritó á aquel buen hijo que soltara la cuerda. Sordo á las voces que se le daban, prosiguió éste llamando á su padre, y entonces Alí-Bey, de una fuerte puñada que le dió en la mano, le obligó á soltar la cuerda, siendo al instante arrastrada la chalupa á doscientas toesas del *dao*.

Esta escena pasó en menos de un minuto. Fueron momentos cortos, pero horrorosos.

La situación de los navegantes de la chalupa no había, sin embargo, mejorado mucho. Un velo de negrísimas nubes les envolvía en una profunda oscuridad; estaban todos casi desnudos; los golpes de mar llenaban de agua la barca, mientras descargaban por intervalos fuertes chubascos.

En esto se suscitó una disputa, pues unos querían ir á la derecha y otros á la izquierda, como si fuera posible distinguir la ruta en el seno de las más profundas tinieblas.

Haciéndose cada vez más seria la disputa, hízola cesar Alí-Bey apoderándose rápidamente del timón, y gritando con imperio:

—Yo sé más que vosotros, y me encargo de dirigir la chalupa. ¡Desgraciado del que se atreva á disputármelo!

Alí-Bey había observado muy bien la posición de la tierra al anochecer; pero no sabía á qué lado dirigirse. No pudiendo, pues, orientarse en medio de las espesas tinieblas que le rodeaban, procuró cuanto le era dable conservar su posición relativamente al buque, que aún distinguía.

Para complemento de desgracia, nuestro viajero se hallaba enfermo, atacado de violentos vómitos de bilis; pero, sin embargo, no abandonó el timón.

Dió orden de remar; sus compañeros no sabían: señaló su lugar á cada cual, y después de distribuirles los remos, les explicó la maniobra, y con su admirable serenidad se puso á cantar como los marineros del mar Rojo para darles el compás y hacerles mover con uniformidad.

¡Escena terrible y dolorosa! Alí-Bey estaba casi desnudo, descubierto á los golpes de mar, lluvia y granizo; atado al timón sin saber á dónde ir; sufriendo horribles vómitos, y obligado á cantar para regular la uniformidad de la maniobra.

Alguna vez la chalupa, el único y solo refugio de aquellos desventurados náufragos, tocaba en una roca, y la sangre se helaba entonces en las venas de todos.

Finalmente, después de pasar una hora entera en tan horrorosa agonía, comenzaron á aclararse las nubes: un rayo de luna sirvió para orientar á Alí-Bey y llevar la alegría hasta el fondo de su corazón.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó.

Y fijando la dirección de la chalupa hacia la costa de Arabia, aunque no hubiese claridad bastante para descubrirla, se hallaron casi en tierra al rayar el día, después de tres horas de las mayores fatigas.

Desembarcaron en número de quince, todos casi desnudos ó en camisa, y su primer movimiento fué abrazarse y darse el parabién por su salvación.

Los compañeros de Alí-Bey, sobre todo, no se cansaban de manifestar su pasmo por dicha tan inesperada; preguntábanle cómo había podido saber, á pesar de la oscuridad, que la tierra estaba allí; y por un movimiento espontáneo de reconocimiento se despojaron de parte de sus vestidos en su favor, con lo cual nuestro

viajero se halló bien pronto vestido, algo grotescamente, es verdad, según él mismo confiesa, pero á lo menos al abrigo del viento que soplaba.

Sólo faltaba saber cuál era la tierra á que acababan de llegar. Para esto, Alí-Bey envió cuatro hombres á la descubierta.

Su relación dió á conocer á los náufragos que se hallaban en una isla desierta, que no era absolutamente más que una llanura de arena movediza, sin agua, sin roca ni vegetación. Descubríase el continente á algunas leguas de distancia; mas ¿cómo exponerse aún en la chalupa y con una mar siempre furiosa? Y si la borrasca había de durar algunos días, ¿cómo permanecer en la isla sin comer ni beber? «El tiempo, que se iba aclarando cada vez más, me hizo descubrir en el horizonte, dice Alí-Bey, nuestro buque acompañado de otro *dao*. ¡Cuál fué nuestra alegría al volverlo á ver, cuando lo dábamos por perdido!»

El tiempo volvió á enmarañarse, caía el agua á mares y soplaba un viento glacial. Los pobres náufragos estaban transidos de frío, exhaustos, sin fuerzas, después de aquella horrible noche. Apretábanse estrechamente unos contra otros; un solo capotón que llevaban fué extendido sobre sus cabezas, y sirvió para defenderles algún tanto de los aguaceros y hacerles entrar en calor.

A mediodía calmó algo el tiempo, y la chalupa del otro buque, que buscaba á los náufragos muertos ó vivos, se acercó lo bastante para divisar las señales que le hacían con una camisa puesta en la extremidad de un remo. Al punto se aproximó, y sus marineros aseguraron que el *dao* se había salvado, sin avería considerable, por ser muy fuerte y llevar poquísima carga. Como había perdido todas sus áncoras, fué, afortunadamente, socorrido por el otro buque, que, llegando casualmente

en aquel apurado trance, le prestó un áncora y algunos cables.

Embarcáronse los náufragos en ambas chalupas y volvieron al buque. Tuvo entonces lugar una escena indescriptible. Todo el mundo, loco de contento por ver salvo á Alí-Bey, se echó á sus pies vertiendo lágrimas de alegría; abrazábanle, besábanle, y no sabían cómo manifestar su regocijo, porque le habían ya creído á él y á sus compañeros víctimas del mar.

XIV.

Vueltos los náufragos al buque, tornó éste á emprender la travesía, y, después de otros siete días de viaje y de haber pasado el trópico, los peregrinos llegaron á Araboh, donde los que van á la Meca efectúan la primera ceremonia de su peregrinación.

A medida que se iban acercando á la Meca, el corazón de Alí-Bey debía latir con desusada violencia. Iba á penetrar él, cristiano, en la comarca y en el templo de que había dicho el profeta: *Jamás el pie del infiel profanará el territorio prohibido*. Por esto nunca había sido posible á hombre alguno que no fuese musulmán introducirse en aquel país llamado *la tierra prohibida*. Él se presentaba resuelto y sereno para desmentir la profecía.

La travesía marítima terminó en Djeda, siendo alojado Alí-Bey en una habitación adornada con todo el lujo oriental. Permaneció algunos días en la ciudad para restablecerse, y continuó luego su romería á la Meca, á donde llegó el 23 de Enero de 1807, quince meses después de su salida de Marruecos.

Al entrar en la ciudad le aguardaban muchos mogrebinos ó árabes occidentales con pequeños cántaros de agua del pozo de Zemzem ó pozo santo, la cual le presentaron para beber, rogándole no la tomase de otro

y ofreciéndole proveer la casa, añadiéndole en secreto que no bebiese jamás de la que le presentase el jefe del pozo.

El jefe del pozo, según luego supo Alí-Bey, á quien consiguió unirse con estrechas simpatías, era un joven de veintidós á veinticuatro años, de hermosa presencia, bellos ojos, bien vestido, muy fino, de aire dulce é interesante, y dotado de cuantas cualidades hacen amable á una persona. Depositario de toda la confianza del sultán scherif, desempeñaba la plaza más importante de la Meca: la de envenenador en jefe.

El jefe del *Zemzem* ó del pozo sagrado siguió con Alí-Bey, durante su permanencia en la Meca, la conducta misma que tiene encargo de seguir con todos los peregrinos de distinción que allí llegan. Les envía todos los días dos pequeños jarros del agua del pozo maravilloso; les hace incesantemente la corte; les da suntuosos banquetes; espía las horas á que van al templo, y acude, con la dulzura y gracia más delicadas, á presentarles una taza llena de agua milagrosa. Por la más ligera sospecha, al menor capricho, el sultán scherif le da la orden de envenenar al extranjero, y el desgraciado peregrino deja de existir. Como sería imposible no aceptar el agua sagrada presentada por el jefe del pozo, este hombre se hallaba, por tal medio, dueño de la vida de todos los peregrinos.

Alí-Bey sabía que, desde tiempo inmemorial, tenían los sultanes scherifs de la Meca un envenenador en su corte; sabía que no se ocultaban de ello, pues era cosa conocida en el Cairo y Constantinopla, en términos que el diván había enviado, en varias ocasiones, bajás y otras personas á la Meca para deshacerse de ellos por este medio; así es que nuestro viajero llevaba siempre consigo un contraveneno por lo que pudiera sucederle.

Fué conducido el príncipe Abbassida á una casa que

le estaba preparada junto al templo é inmediata á la del sultán scherif.

Alí-Bey se hizo distinguir y respetar bien pronto por la prodigalidad de sus ceremonias religiosas y por el celo y fervor con que se las veían cumplir.

Bebió el agua del pozo maravilloso, besó la piedra negra, dió las siete vueltas alrededor de la Kaaba ó casa de Dios rezando las oraciones marcadas, hizo sus siete viajes por entre las colinas sagradas de Ssafa y Merua, y la primera noche no se recogió en su alojamiento, ni se entregó al descanso hasta que hubo terminado todas sus ceremonias y prácticas religiosas con el celo de un verdadero creyente.

Mientras estuvo en la ciudad hizo cada día lo mismo. Admiraba á todos tanto fervor; así es que el sultán scherif, que ya había oído hablar de él, le recibió con agrado y benevolencia, y usó con él de cuantas muestras de consideración y amistad pudiera desear.

Dió la casualidad de hallarse Alí-Bey en la Meca el día en que se lavó y purificó la Kaaba, en lo cual tomó él una parte activa barriendo la sala con un manojo de pequeñas escobas, lo mismo que había visto hacer al sultán scherif en persona. Esto le valió ser proclamado Hhaddem Beit Allah el Haram, es decir, servidor de la casa de Dios la prohibida, título que le dió cierta reputación de santo, conquistándole mayores méritos á la admiración del vulgo.

No relataremos lo que pasó á Alí-Bey en la Meca: es preciso leerlo en su obra misma, pues que lo que se refiere á las descripciones de la Meca, de su templo y del que tienen los musulmnes en Jerusalén, á donde fué también, según veremos, es lo que forma la parte clásica de sus memorias y viajes.

Había ya varias descripciones y vistas de la Meca y de su templo, pero eran sólo conocidas por las relacio-

nes de los peregrinos ó por dibujos groseros hechos por los árabes; pero Alí-Bey, habiendo dado el plan de la ciudad santa de los musulmanes, los planos, elevaciones, cortes y perfiles de su templo y del de Jerusalén, en los cuales ya hemos dicho que jamas había penetrado ningún cristiano, enriqueció la historia de las bellas artes con una geográfica y fiel descripción de aquellos monumentos, que puede con justicia llamarse clásica, y, sobre todo, de una ciudad que tan gran papel ha hecho en los tiempos antiguos y modernos.

Jamás había penetrado cristiano alguno en los lugares donde se veneran los sepulcros de Abraham y su familia en Hebrón, ni en el templo de Eyab, en Constantinopla, donde se ciñe el sable á los nuevos sultanes. Los planos y descripciones que de todo esto da nuestro viajero, no pueden menos de satisfacer la curiosidad pública y ofrecer el mayor interés.

Hay además otra circunstancia que aumenta el mérito de las relaciones y descripciones de Alí-Bey, y es haberse hallado en los mismos lugares precisamente en la época (Febrero de 1807) en que los wehhabis se apoderaron de la Meca, y tenido todas las proporciones posibles para darnos exactas y ciertas nociones sobre la geología, usos y costumbres de un país casi desconocido á los europeos, y sobre la famosa peregrinación de los musulmanes, de la cual, hasta Alí-Bey, sólo se había tenido una idea falsa ó muy imperfecta al menos.

El 2 de Marzo de 1807, después de dar las siete vueltas á la casa de Dios y rezar las oraciones particulares de despedida delante de los cuatro ángulos de la Kaaba, en el pozo de *Zemzem*, en las piedras de Ismail y en el Makam Ibraim, salió Alí-Bey del templo por la puerta Beb-l'udáa, lo cual dicen los musulmanes que es de feliz agüero, porque el Profeta salía por ella terminada

su peregrinación, y dejó la Meca para regresar á Djeda.

Llegó á este punto sin cosa que de contar sea, y quiso pasar á Medina á visitar el sepulcro del Profeta, á pesar de que lo acababan de prohibir absolutamente los wehhabis, que se habían hecho dueños del territorio en aquel entonces.

Quiso Alí-Bey tentar aquel viaje, con la esperanza de que la casualidad secundaría su empresa, y se procuró dromedarios á fin de hacer más pronto el camino, poniéndose en marcha y llegando felizmente á Djideida, de donde salió á las pocas horas de su llegada.

Atravesaba ya el desierto de Medina, y creía poder llegar sin obstáculo al término de su viaje, cuando se le presentó de repente un pelotón de wehhabis, cayendo en su poder él y toda su caravana.

Despojáronle de algunos objetos y quisieron exigirle la multa ó contribución á que se había hecho acreedor por desobedecer la orden que habían dado; pero pudo afortunadamente librarse y consiguió que se le diese permiso con toda su gente para volverse, uniéndose á la caravana formada por los empleados, domésticos y esclavos del templo de Medina, que el Saud, sultán de los wehhabis, enviaba fuera de Arabia.

Sus nuevos compañeros de viaje le contaron que los wehhabis habían destruído todos los adornos del sepulcro del Profeta, donde nada quedaba absolutamente; que habían cerrado y sellado las puertas del templo, y que Saud se había apoderado de los inmensos tesoros acumulados allí en el transcurso de tantos siglos.

Alí-Bey pasó con esta caravana á la ciudad de Ineboa, en donde se embarcó para Suez, á bordo de un *dao* que formaba parte de una pequeña flota.

Como parecía que el destino había condenado á nuestro viajero á no hacer viaje por mar sin accidente, tuvo la desgracia de que, al cuarto día de travesía, el buque

que montaba diese en una roca á flor de agua, siendo la sacudida terrible, y encallándose.

Pudiéronse afortunadamente salvar pasajeros y equipajes, pasando á bordo de otro *dao*. Tuvo todavía nuestro viajero muchos percances en su larga travesía, decidiéndose por fin á desembarcar en un puerto que encontraron, proporcionándose camellos para seguir su viaje por tierra.

El 14 de Junio, después de haber pasado por Suez, llegó Alí-Bey al Cairo, habiendo salido á recibirle, ceremoniosamente los personajes de más distinción, noticiosos de su llegada.

XV.

Nuestro viajero se permitió pocos días de descanso en el Cairo.

Los halagos de sus admiradores, la respetuosa veneración del vulgo, las afectuosas demostraciones de sus amigos, no impidieron que continuase su viaje en la forma y modo que tenía proyectados.

El 3 de Julio de 1807 se puso en camino para Jerusalén, agregándose á una caravana compuesta de un gran número de viajeros y de doscientos camellos. Infatigable y sereno, atravesó el desierto que le separaba de Siria, y sin incidente notable llegó á Gaza en época en que era gobernador de ella Mustafá-Agá, el cual le hizo mil obsequios, mandándole disponer un buen alojamiento, con orden de que le sirviesen y suministrasen cuanto pudiera necesitar, y mandándole diariamente tres comidas, que es, por lo que parece, el modo de obsequiar que tienen los musulmanes.

Alí-Bey descansó algunos días en aquella ciudad deliciosa, saliendo de ella sin caravana el 19 de Julio, y

después de mil rodeos entre jardines y olivares por espacio de hora y media, se halló en campo raso.

Al llegar á este punto de su viaje en sus *Memorias*, Alí-Bey se entrega á una extraña serie de reflexiones, que queremos reproducir.

«¡Cuán extraño, dice, me parecía aquel modo de viajar! Acostumbrado tanto tiempo á recorrer los desiertos con grandes caravanas, es inexplicable la sensación que experimenté aquel día. No llevaba conmigo más que tres criados, un esclavo, tres camellos, dos mulas, mi caballo y un soldado turco por escolta; veíame, en fin, sobre terreno cultivado; encontraba de trecho en trecho pueblos y caseríos habitados; mis ojos podían á cada instante descansar deliciosamente sobre variados cuadros de plantíos; topaba á cada paso con seres de figura humana, viajando á pie ó á caballo, y casi todos bien vestidos; parecíame estar en Europa; mas ¡gran Dios! ¿qué idea venía á mezclar su dosis de amargura con tan gratas sensaciones?

»Lo confesaré, pues lo he sentido: al entrar en aquellos países circunscritos por la propiedad individual, *el corazón del hombre se encoge y comprime*. No vuelvo los ojos, no doy un paso sin tropezar con un seto que parece me diga: *Alto ahí, no traspases este límite*. Mi corazón se desanima, mis fibras se relajan, me abandono muellemente al movimiento de mi caballo, y me parece no ser ya el mismo Alí-Bey, aquel árabe que, lleno de energía y fuego, se lanzó en medio de los desiertos de Africa y Arabia, como el atrevido navegante que se abandona á las olas de un mar tempestuoso, con la fibra siempre en tensión y el alma preparada á todo. No hay duda que es un gran bien la sociedad, que la mayor dicha del hombre consiste en vivir bajo un Gobierno bien organizado, que, con el sabio empleo de la fuerza pública, asegura á cada individuo la pacífica po-

sesión de su propiedad; mas también me parece que *cuanto se gana en seguridad y tranquilidad, se pierde en energía.*»

Alí-Bey siguió su viaje cruzando la Palestina, sin que fuese turbada la monotonía del camino más que por un suceso que debió de alarmarle al pronto, pero que luego se convirtió en materia de risa.

Acababa de salir de la ciudad de Ramle, y habiéndose internado en las montañas, se vió obligado á trepar por rocas escarpadas donde no se descubría camino trillado. Llegado que hubo á la mayor altura á las dos y media de la madrugada, hallóse rodeado de nubes y nieblas, las cuales, á la claridad de la luna, y con los horribles precipicios que le rodeaban, formaban un cuadro imponente y magnífico.

Precedido de su guía, y seguido de sus gentes á alguna distancia, el viajero caminaba absorto en la contemplación de tan bello espectáculo, y acaso en aquel momento su alma se transportaba á países distantes, recordando desde aquellas lejanas comarcas el país que le viera nacer, y pensando en su infancia, transcurrida á orillas del histórico Llobregat. El peregrino de la Meca estaba quizá pensando que iba á entrar como musulmán en los lugares en que había muerto Cristo, sin que le fuese dado decir:

—También yo soy cristiano.

De pronto, en medio de la oscuridad de la noche, se presentan dos viejos y detienen al guía.

Éste, que ya les conocía, les dijo en seguida, señalando á los que guiaba:

—Son musulmanes.

Pero los viejos replicaron:

—No, que son cristianos.

El guía replicó levantando la voz:

—Todos son musulmanes, os digo.

Adelantóse entonces uno de los viejos, y asiendo de la brida el caballo de Alí-Bey, exclamó dirigiéndose á éste:

—Tú eres cristiano.

El fingido musulmán, interpelado tan bruscamente en medio de sus reflexiones, sin saber qué era aquello y asombrado por el tono de autoridad de aquellos viejos y por la firmeza con que hablaban, permaneció mudo un instante.

El guía y sus criados contestaron por él.

—Es musulmán—dijeron,—es un fiel creyente.

Alí-Bey no sabía qué hacerse. Ignoraba la intención de aquellos hombres, y, por otra parte, le sobresaltaba aquel acontecimiento.

—Te digo que tú eres cristiano,—volvió á insistir el viejo.

El príncipe Abbassida, vuelto en sí y recobrando su serenidad, le contestó entonces:

—Soy musulmán y me llamo Scherif Abbassi. Vengo de hacer mi peregrinación á la Meca.

Entonces el viejo le pidió su profesión de fe. Hízosela Alí-Bey por darle gusto, y luego les dejó continuar el viaje.

Ahora bien: ¿por qué se obstinaba aquel viejo en creer que Alí-Bey era cristiano, sin haberle visto el rostro ni oídole hablar?

Porque llevaba un albornoz azul, y en aquel país este color es usado por los habitantes cristianos.

Los cristianos y judíos que van á Jerusalén, pagan en aquel sitio un tributo de quince piastras por persona, en provecho del sultán de Constantinopla. Los viejos habían arrendado aquel tributo, y como aquel paraje, que no dista mucho de la población, es el único desfiladero por donde se puede pasar, estaban continuamente en acecho para que ningún judío ni cristiano se sustrajera al tributo.

Llegado que hubo á Jerusalén, Alí-Bey fué alojado en la mezquita de un santón llamado Sidi Abdelkader, situada al lado del Heram ó templo musulmán.

XVI.

Ya hemos dicho que á Alí-Bey debe la historia una descripción circunstanciada del templo musulmán de Jerusalén; descripción que antes no se tenía, porque los musulmanes no se hallaban en estado de darla, y á los cristianos no les ha sido posible penetrar jamás.

También visitó nuestro viajero, pero siempre como moro, los lugares venerados por el cristianismo.

Obtuvo permiso para visitar el sepulcro de Cristo, pero no pudo hacer en él oración, atendida la clase que representaba, porque, según él mismo dice, los musulmanes hacen oración en todos los santos lugares consagrados á la memoria de Jesucristo y de la Virgen, excepto en el sepulcro que no reconocen, pues creen que Cristo no murió, sino que subió al cielo, dejando la imagen de su rostro á Judas, condenado á morir en su lugar, y en consecuencia, que habiendo sido sacrificado Judas, aquel sepulcro podía muy bien encerrar el cuerpo de éste, mas no el de Cristo. Por esta razón no ejercen acto alguno de devoción en este monumento.

De Jerusalén pasó nuestro viajero á Jaffa, embarcándose allí para San Juan de Acre; visitó el monte Carmelo y estuvo en Nazaret, alojándose en el convento de frailes franciscanos, edificado en el sitio de la casa donde la Virgen María recibió la visita del ángel Gabriel.

De seguro que habrá sido Alí-Bey el primero y tal vez el último cristiano que ha visitado como musulmán los lugares santificados por nuestra religión.

De Nazaret pasó á Damasco y de ésta á Alepo, visi-

tando entonces por primera vez el país de que en todos sus viajes había dicho ser hijo.

Tocamos ya el término de los viajes del príncipe Abbassida.

De Damasco, por Antioquía, se dirigió á Constantinopla, á cuya ciudad llegó á últimos del año 1807, pasando á alojarse en el palacio del embajador de España, que era el marqués de Almenara, único que le conocía, pero que guardó naturalmente el más profundo secreto, llevando el misterio hasta destinarle una habitación mandada expresamente alhajar á la oriental para recibirle. Alí-Bey pasó siempre á los ojos de toda la familia de Almenara y personal de la embajada por un príncipe Abbassida, relacionado ó recomendado por nuestro Gobierno al embajador.

A propósito de la estancia de Alí-Bey en Constantinopla, se cuenta una graciosa anécdota, que un joven agregado entonces á nuestra legación en Constantinopla refirió al conocido escritor madrileño Sr. Mesonero Romanos.

Un día del mes de Octubre reunió el embajador Almenara á toda la legación, manifestándoles que iba á llegar el príncipe Alí-Bey el Abbassi, poderoso magnate que le estaba altamente recomendado por la corte de Madrid, como fiel aliado y amigo; y que esperaba de todos los caballeros españoles le tratasen con el agrado y respeto debidos á sus distinguidas cualidades. Llegó, en efecto, el príncipe seguido de una magnífica comitiva de esclavos y soldados, mujeres, camellos y caballos; apeóse en el palacio de la embajada, y fué presentada á él toda la legación por el marqués, siguiendo la conferencia por medio de los intérpretes, y en árabe puro, con todas las etiquetas y retóricas figuras de estilo entre los orientales. Repitióse la tal escena constantemente mientras su permanencia en aquella capital, hasta

que el día de la despedida hizo disponer el embajador un espléndido almuerzo, colocando al príncipe Alí-Bey en el lugar distinguido, y apresurándose todos á servirle por gestos y ademanes.

Lo extraño era que en el medio de la mesa descollaba un gran plato de huevos revueltos con tomates, vianda algo exótica en verdad en semejante convite; pero que sin duda estaba puesto allí por capricho del embajador. No dejaron de notarlo y aun de afearlo algunos de los jóvenes españoles; pero ¡cuál fué su asombro cuando vieron al príncipe Alí-Bey, que animado de repente á la vista del plato, y poniéndose en pie, empieza á repartir á todos y á servirse á sí mismo con gracia y desembarazo, repitiendo con sonrisa placentera, en puro lenguaje español, aquellos versos de Iriarte:

«Y ella les dijo: sois unos petates,
¡Yo os los haré revueltos con tomates!»

El príncipe árabe reía de veras, el embajador reía también, todos los demás estaban sin creer lo que veían..... Al día siguiente, y ya después de marchar Alí-Bey, supieron la verdad del caso.

En Constantinopla fué donde tuvo Alí-Bey las primeras noticias de las ocurrencias políticas acaecidas en España y la entrada de los ejércitos de Napoleón, con lo cual se determinó á acelerar su regreso; pero una larga enfermedad le sorprendió en el viaje, obligándole á detenerse en Munich.

No bien restablecido todavía, se trasladó á Bayona, donde, según parece, llegó por cierto bien escaso de recursos en 9 de Mayo de 1808, en los mismos momentos en que la familia real de España y Napoleón se hallaban en aquella ciudad.

Presentóse, pues, al rey Carlos IV, y habiéndole enseñado algunos papeles y planos relativos á su viaje, aquel monarca, después de examinarlos, le dijo:

—Ya sabrás que la España ha pasado al dominio de la Francia por un tratado que verás. Ve de nuestra parte al emperador, y dile que tu persona, tu expedición y cuanto dice relación á ella, queda á las órdenes exclusivas de S. M. I. y R., y que deseamos produzca algún bien al servicio del Estado.

Insistió Badía en seguir la suerte de la familia destronada; pero contestóle Carlos IV:

—No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleón.

Lo que sucedió después, se sabe por las *Memorias* ya citadas de M. Bausset, prefecto del palacio imperial.

Éste fué enviado á buscar un día por el emperador, que le dijo:

—Acabo de hablar con un español, que debéis haber visto en el salón. No tengo tiempo bastante para prestar atención á su historia, que, por lo demás, me parece muy larga. Vedle, pues; habladle, y enteraos de un manuscrito á que ha hecho referencia. Luego me daréis cuenta.

Este español era Badía, que, siguiendo las instrucciones del rey Carlos IV, se había presentado al emperador.

M. Bausset dice que, habiendo entrado entonces en el salón á que el emperador hiciera referencia, vió á un hombre, joven aún, de esbelta y elevada estatura. Llevaba una especie de uniforme azul, sin bordados ni charreteras, y una magnífica cimitarra, prendida al uso de los orientales, pendía á su lado colgando de un cordón de seda verde.

El aspecto de aquel hombre llamó favorablemente la atención de M. Bausset, que se acercó á él diciéndole que estaba autorizado por el emperador para seguir la conversación con él empezada.

«Respondióme con cortesía, dice M. Bausset, y entonces su fisonomía expresó tal dulzura y tal vivacidad

al mismo tiempo, que me sentí predispuesto en su favor, y pronto á hacer por él cuanto de mí dependiera.»

M. Bausset se nombró, y le preguntó luego su nombre.

—Aquí y en España—le contestó nuestro héroe,—me llamo Domingo Badía y Leblich; pero en Oriente soy conocido por Alí-Bey, príncipe de la familia de los Abbassidas.

Hubo de causar gran asombro á M. Bausset esta respuesta, y Badía se apresuró á contarle su dramática historia, refiriéndole con los mayores detalles los principales acontecimientos.

El prefecto, en sus *Memorias*, se extiende luego en referir las noticias del viaje de Alí-Bey, que le contó él mismo; sus proyectos políticos y demás que queda explicado, haciendo un completo elogio del claro talento, del valor y hasta de la hermosa figura y porte verdaderamente oriental de Badía.

Empero, no obstante el gran interés que éste le inspiró, y que también debió inspirar al emperador, no tuvo por entonces otro resultado que el de ser recomendado al rey José, que parece tampoco pudo atenderle en mucho tiempo. Badía vivió en Madrid con su familia reducido á la mayor estrechez, hasta que quince meses después le envió aquel Gobierno de intendente á Segovia, sin que él lo hubiese solicitado, pues lo único que pidió, según parece, fué el permiso para trasladarse á París á hacer la edición de sus obras, que no era posible publicar en España.

Más tarde fué nombrado prefecto de Córdoba, y últimamente intendente de Valencia, de cuyo destino no llegó á tomar posesión.

Aún parece que se conservan en dichas dos ciudades de Segovia y Córdoba recuerdos del *intendente moro*, por lo que chocaban á sus habitantes su ademán y maneras orientales.

Comprometido por este modo con el partido *afrancesado*, no creyó prudente quedarse Badía en España á la retirada de los franceses, porque aun cuando su buen comportamiento en la intendencia y prefectura parecían deber ponerle á cubierto de toda persecución, era difícil que la cualidad de empleado del Gobierno intruso no le acarrease cuando menos algún insulto. Emigró, pues, á París en 1814, y como su proceder había sido recto y patriótico, envió á los pocos días una reverente exposición al rey Fernando VII, haciéndole una breve reseña de sus importantes servicios, y ofreciéndose á continuarlos en favor de S. M., á quien tributaba su homenaje de fidelidad y sumisión.

Esta exposición, que encaminó á manos del rey por distintos conductos, no produjo resultado alguno. Badía tuvo el dolor de ver despreciados sus servicios, y no le quedó otro recurso que el de admitir la hospitalidad que le ofrecía la Francia, y renunciar á su patria que, ingrata é indolente, repelía en él una de sus mejores glorias.

Fijóse, pues, definitivamente en París, donde publicó en 1814 su interesante viaje, en francés, bajo el nombre de Alí-Bey, y ocultando su verdadero nombre y patria.

En 1815 casó á su hija con M. Delislle de Sales, miembro del Instituto, y este enlace y el aprecio que el Gobierno de Luis XVIII hizo de Badía, proporcionaban á éste los medios de pasar tranquilo el resto de sus días; pero su arrojo y osadía invencibles, el deseo de recobrar parte de los preciosos objetos científicos que había reunido en sus viajes, y, sobre todo, según parece, una misión política que le confirió el Gobierno francés, le obligaron á pasar de nuevo á Oriente, á donde regresó con el sueldo, grado y consideraciones de general de división (mariscal de campo) que le había conce-

dido el Gobierno francés, aunque con el nombre y representación de Alí-Othman, príncipe oriental.

Ya no debía regresar á Europa. Aquella vida laboriosa pasada en prestar eminentes servicios, debía tener un fin trágico.

Se supone, pues no ha llegado aún á esclarecerse esta verdad, que la misión importante que Badía llevaba del Gobierno francés, era para la India, y que el Gobierno inglés, celoso de esta misión, se entendió con el bajá de Damasco, el cual envenenó á nuestro Alí-Bey ó Alí-Othman por medio de una taza de café. Empero el Sr. Mesonero Romanos, que es el último que ha escrito su biografía, dice haber visto carta del guardián del convento español de San Francisco en Damasco, en la que afirma que el desdichado Badía murió en el mismo de una disenteria natural en 1822.

Todos sus papeles y efectos se perdieron, quedando en poder del bajá, según los que suponen la primera versión.

Su esposa, que le sobrevivió algunos años, residió siempre en París, disfrutando la viudedad de general, y creemos que su hija, casada con M. Delislle de Sales, vive aún en dicha ciudad.

Hemos creído que debíamos extendernos algo al hablar de D. Domingo Badía. Es una gloria de nuestro país, que hasta hace poco ha sido criminalmente desconocida, y que, por desgracia, no tiene aún entre nosotros toda la celebridad de que es digna.

FIN DEL TOMO XI Y ÚLTIMO DE LA HISTORIA DE CATALUÑA Y XIX DE LA COLECCIÓN.

ÍNDICE DEL TOMO UNDÉCIMO.

